

**TAYLOR CALDWELL**

**TESTIMONIO  
DE  
DOS HOMBRES**



Lectulandia

Jonathan Ferrier es un generoso y querido médico cirujano que introdujo en los hospitales nuevos métodos de trabajo, como la asepsia y la investigación. Tras la muerte de su esposa debido a una septicemia como consecuencia de un aborto, es acusado de haber querido matarla aunque él se encontraba fuera del pueblo cuando se le realizó la operación. Condenado injustamente por algunos de sus colegas y la opinión pública, es llevado a juicio y aunque se prueba su inocencia, las cosas no serán iguales para él en Hambledon, su pueblo natal. Quizá algún día este pueblo olvide las mentiras que sus habitantes dijeron en contra de su brillante y joven médico. Pero nunca podrán perdonar las verdades que el joven médico les dijo a ellos.

De esta poderosa historia sobre un médico enfrentado con un mundo al que ha intentado curar, Taylor Caldwell ha creado una novela sobre un aguerrido idealista, una novela en la que el drama de las nuevas fronteras médicas se convierte en parte de una crónica sobre el amor, la muerte, el deseo y la redención.

Publicada por primera vez en 1968, pasó diez meses en la lista de superventas del *New York Times* y, en 1977, se convirtió en una elogiada y memorable miniserie.

**Lectulandia**

Taylor Caldwell

# **Testimonio de dos hombres**

**ePub r1.0**

**Iluviecilla** 12.06.14

Título original: *Testimony of two men*  
Taylor Caldwell, 1968  
Traducción: María Antonia Oliver  
Retoque de cubierta: lluviecilla

Editor digital: lluviecilla  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Todos los personajes en este libro son ficticios y cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

*Dedicado con respeto y admiración  
a la memoria de los hombres como Jonathan Ferrier,  
que sufrieron tanto y lucharon arduamente para traernos  
las bendiciones de la medicina moderna.*

## Prólogo

Oí por primera vez esta historia de Jonathan Ferrier cuando era niña, de boca del médico de nuestra familia.

La historia de la medicina tiene sus mártires, como los tiene la historia de la religión. Aun cuando hay muchas personas que conocen por sus nombres a los santos que murieron por ellos, pocos conocen los nombres de los médicos que vivieron y lucharon por ellos, y que se dedicaron a servir a la humanidad tanto como lo hicieron los santos mismos.

Pocos conocen los nombres de los hombres que trajeron la asepsia y la inmunología a los hospitales modernos, y sin embargo millones de seres humanos que están vivos, no vivirían si no fuera por ellos. Millones de diabéticos llevan una vida saludable y productiva gracias a la insulina, pero ¿cuántos conocen el nombre del hombre que les salvó? Acuden a las escuelas niños que hubieran muerto de no haber sido por los hombres que descubrieron vacunas contra la difteria, la viruela y la poliomielitis, pero ¿cuántos de ellos les recuerdan?

Muchos de esos héroes sufrieron la ignominia, el deshonor, el exilio y el ridículo para salvarnos. Algunos fueron abocados a la locura y al suicidio. Sin embargo, persistieron en sus afanes.

Entre ellos se encuentra el hombre, que nunca conocí, pero al que he llamado Jonathan Ferrier en esta obra.

Si bien es cierto que parece un poco exagerado y belicoso, luchó por las vidas de todos los que nacimos, como yo, en el siglo xx. Fue uno de los miles a quienes nadie lloró, ni honró, ni cantó loas, y tal vez ni siquiera recordó, con excepción de Dios.

*TAYLOR CALDWELL*

«En vuestra ley está escrito que  
el testimonio de dos hombres es verdadero».

*JUAN 8:17*



# Capítulo 1

Cuando el joven Robert Sylvester Morgan tenía oportunidad de escribir a su madre, siempre redactaba lo que intencionadamente llamaba «un primer borrador», para el cual utilizaba papel común (le habían enseñado a ser económico) y luego lo transcribía en otro de mejor calidad, en el que podía emplear su elegante jerga spenceriana —que le causaba fastidio— a fin de complacer a su madre con palabras y frases que no la sobresaltaran.

*8 de junio de 1901.*

*Hambledon, Pennsylvania.*

*Hotel Quaker.*

*Querida Mamá:*

(Aquí se detuvo. ¿Por qué diablos no le permitía que la llamara «Madre»? ¡«Mamá», a su edad, por amor de Dios!).

*Te alegrará saber que las cosas han salido bien desde mi llegada aquí, hace una semana. Hambledon es un hermoso pueblo de unos veinticinco mil habitantes, que no puede compararse con Filadelfia, naturalmente, pero adecuado y lleno de vida.*

(Después de pensarlo un momento, tachó las últimas palabras y las sustituyó por «moderno»).

*Está situado junto al río, cercano y ancho, salpicado aquí y allá de bonitas islas. Muy pintoresco. La gente es agradable, amistosa, y muy atenta.*

(La palabra favorita de su madre).

*Hay una industria considerable, pero está situada en las afueras del pueblo, de modo que la atmósfera es clara y fresca, cosa excelente para tu artritis y tu asma. Pese a la proximidad del agua, la atmósfera es seca. No parece haber mucha pobreza, y la clase trabajadora es enérgica.*

(¡Su madre ciertamente estaría de acuerdo con eso!).

*Los mejores barrios del pueblo son encantadores, con calles amplias, césped bien cuidado, árboles, magníficos olmos, abedules, robles, pinos, abetos, y casas que incluso en Filadelfia llamarían la atención. Ya he seleccionado cuatro para que tú elijas, y te llevaré a verlas cuando llegues la*

*semana próxima. Cualquiera de ellas te gustará.*

(¿Sería así? Nunca le gustaba nada, a su madre. Quizá la estaba tratando con dureza, o con irritación. Nunca antes se había sentido así para con su madre. Se detuvo para pensar, y después sacudió la cabeza, preocupado).

*Detrás del pueblo se levanta una cadena de montañas, que alegran el ánimo al amanecer.*

(Había visto amanecer una sola vez en esa semana y sin la menor intención de su parte, pero a su madre le gustaba que le mencionaran el amanecer).

*La población más refinada vive en las laderas de las montañas en residencias espléndidas. En cuanto a hospitales, que es lo que más me interesa en este momento, hay uno grande al que llaman Friend's, aunque no es propiamente cuáquero.*

(Su madre detestaba a los cuáqueros).

*Está subvencionado en parte por el pueblo. El otro hospital es privado, selecto y muy caro. Entrar a formar parte de su personal es una cosa muy codiciada.*

Venía ahora la parte difícil de la carta. Se puso a mordisquear la punta de su lápiz y a contemplar a través de la limpia ventana de su elegante cuartito las montañas que tanto admiraba. Por fin prosiguió:

*Los hospitales de Hambleton no sólo sirven al pueblo, sino también a las aldeas y a las granjas de las afueras, por supuesto, y gozan de la mejor reputación. En realidad estos hospitales causarían admiración incluso en Filadelfia, Boston o Nueva York. Son muy modernos.*

(Esta última palabra le hizo fruncir el entrecejo, su madre no soportaba nada que fuera «moderno», pero la dejó como estaba).

*Te confieso que recibí una agradable sorpresa. He conocido a muchos médicos y cirujanos, todos hombres muy ilustrados con excepción de unos pocos, y perfectos caballeros que gozan de una distinguida reputación. Se les llama con regularidad a consultas desde Filadelfia, Pittsburgh, y hasta de Nueva York, pues cada uno es un especialista en su género. Uno de ellos es el doctor Jonathan Ferrier, aunque te cueste creerlo, pero he leído sus conferencias y artículos en la revista de la Asociación Médica Americana, y*

*te puedo asegurar que goza de una gran estima.*

Ahora empezó a escribir más rápido:

*Creo, gracias a una constante relación con el doctor Ferrier, que ha sido un hombre muy difamado, y que fue en verdad inocente de la muerte de su esposa. No será necesario que te recuerde que se vio obligado a pedir cambio de tribunal de Hambleton a Filadelfia para lograr que se le juzgara imparcialmente. Pero los diarios de Filadelfia no fueron más justos que los de Hambleton. Sin embargo, como bien sabes, fue absuelto. Se le devolvió su licencia para ejercer de nuevo, y su puesto en el personal de ambos hospitales. Pero está muy amargado. Hemos hablado muy poco sobre el asunto, pero ha sido suficiente para provocar mi indignación. ¿No me has enseñado siempre a considerar las cosas con objetividad y en forma adecuada?*

(Una frase oportuna. La viejita se sentiría satisfecha. Me estoy convirtiendo en un diplomático, pensó).

*No puedo reprocharle su terminante resolución de no ejercer más en Hambleton. En cierto momento llegó a ser el médico más popular del pueblo y tiene una familia prestigiosa, bien establecida, opulenta y que goza del mayor respeto: viejos pobladores.*

(Su madre adoraba a los «viejos pobladores»).

*Pero recordarás que todo esto fue divulgado por la prensa. He conocido a su madre, una gran señora, aunque algo enferma. La señora Ferrier está ansiosa por conocerte y darte la bienvenida.*

(Una deliciosa mentira, pero que enorgullecería a su madre).

*El doctor Ferrier no ha concretado hasta este momento sus planes para el futuro, aun cuando algo ha dicho de marcharse por un tiempo. Me imagino que tendrá que instalarse en Nueva York. Había ayudado a construir ambos hospitales con sus propios recursos, y se dedicaba mucho a los pobres.*

(Su madre aceptaba a «los pobres» siempre que no se cruzaran en su camino, salvo para proveerse de sirvientes competentes).

*Cree que no podrá volver a sentir nunca amistad por la gente de la comunidad, teniendo en cuenta la hostilidad que le demostraron después de la muerte de su joven esposa, lo convencidos que estaban de su culpabilidad*

*antes del juicio en Filadelfia y durante el transcurso del mismo, y lo que él llama su «desengaño» cuando le absolvieron. Le trataron con ruindad.*

(Robert subrayó estas palabras. Su madre misma, aun cuando no hubiera visto nunca al doctor Ferrier, lo detestaba después de haber leído los relatos de los diarios y se había sentido también desengañada por su absolución. Y todavía estaba convencida de que era culpable).

*Ahora todo el pueblo se siente muy ofendido y le acusa de «abandonar» a su propia gente. Algunos empiezan a recordar lo leal que fue para con ellos, las salas que construyó de su peculio, y las excelentes escuelas de enfermeras que insistió en crear en los hospitales. ¡Afirman que no pueden comprender por qué desea dejarlos! ¿No es ésta acaso una muestra de la naturaleza humana? Cuando era pequeño, pensaba a veces que eras un tanto rigurosa en lo concerniente a la naturaleza humana, pero ahora sé que tenías razón.*

(¡Con esto ciertamente se suavizaría!).

*Todavía hay corrientes aquí.*

(Miró las palabras con los labios fruncidos y después las tachó. Su madre no podía soportar «corrientes» de ninguna clase. Las consideraba impertinentes y malcriadas, y no había que aceptarlas en absoluto. La gente bien educada nunca tenía «corrientes» en sus vidas. Todo era serenidad, si es que era gente bien educada). Escribió en cambio:

*Los colegas del doctor Ferrier han tratado de convencerle de que no se vaya, pero él se mantiene inflexible. Su madre es neutral en la cuestión. La decisión que él ha tomado es muy afortunada para mí. Hemos llegado a un acuerdo sobre los honorarios por sus servicios, etc. Su consultorio, que es muy grande y muy hermoso, está situado cerca de su casa, donde vive con su madre, y está maravillosamente equipado. Poseía una extensión telefónica de su consultorio a su residencia, de modo que podía ser llamado en un caso de urgencia y responder sin demora. Ahora rehúsa a atender cualquier llamada, salvo que provenga de antiguos pacientes que estuvieron de su parte durante su desgraciada aflicción.*

*Una de las casas en la que he pensado para nosotros está cerca de ese consultorio, de modo que me resultará muy conveniente cuando me establezca aquí para ejercer. El doctor Ferrier me ha presentado ya a los doctores más influyentes y a otros ciudadanos. Y aun pecando de inmodestia tengo que admitir que parecieron aprobarme a mí y mis credenciales, a pesar de que ésta será mi primera experiencia. Los impresionó que yo hubiera*

*hecho mi internado en el Johns Hopkins. ¡Mantuvieron muchas entrevistas indagatorias conmigo! Estoy seguro de que no dije ni hice nada que provocara las dudas.*

*El precio del alquiler que el doctor Ferrier me ha pedido por el consultorio es muy razonable. Estoy seguro que te sentirás satisfecha. Desde cualquier punto de vista, me siento extraordinariamente afortunado por la posibilidad de ejercer aquí, aunque tú prefieras que lo haga en Filadelfia. Pero cuando veas Hambleton, respires su delicioso aire fresco, conozcas a las señoras del pueblo y comprendas mi buena fortuna, te sentirás complacida. Un médico joven en Filadelfia, en su primera práctica, lo pasa bastante mal, como he podido descubrirlo. Los celos de los médicos establecidos son cosa habitual en Filadelfia, ellos están muy orgullosos de sus prerrogativas. En Hambleton no advertí esta actitud. Me recibieron muy bien, a pesar de que están resentidos con el doctor Ferrier por su resolución de dejarlos. Su posición viene a ser la siguiente: «Le hemos perdonado. ¿Por qué no puede él perdonarnos?». Encuentro muy irrazonable esta actitud, ¿no te parece?*

(Naturalmente, a ella no le parecería lo mismo. Consideraría como muy magnánimo por parte de los otros médicos y cirujanos «perdonar» al doctor Ferrier por un crimen que no había cometido, y también consideraría imperdonable que él los rechazara. ¿Qué me pasa últimamente?, se preguntaba a sí mismo el joven doctor Morgan. Nunca había pensado así de mi madre antes de venir aquí, era siempre un hijo obediente que decía: «Sí, mamá; tienes toda la razón, mamá», cuando sabía perfectamente en mi interior, que la vieja no sólo era una presumida sino también algo estúpida y pretenciosa).

*He alquilado ya un hermoso carruaje con dos fogosos caballos negros.*

(Tachó la palabra «fogosos» y la reemplazó con otra menos turbadora).

*El doctor Ferrier raramente utiliza vehículos para andar por el pueblo desde su absolución. Anda a caballo y tiene un hermoso establo de su propiedad.*

El joven se quedó pensativo, luego tachó las observaciones sobre el doctor Ferrier. Su madre se hubiera enfadado por una tal falta de «gentileza».

—Mamá —dijo en voz alta— eres una burra.

Su propia afirmación le chocó por un instante, luego hizo una mueca y encogió sus jóvenes hombros bajo la excelente tela de su traje. Después de todo, era ya tiempo

de que la vieja recordara que había dejado de ser un niño, y que no dependía ya de ella.

Tomó el gran reloj de oro que había pertenecido a su padre, médico también, antes de su muerte, lo miró y vio que eran casi las diez, y que el doctor Ferrier pasaría a buscarle pronto. Devolvió el reloj al bolsillo de su chaleco y enderezó la pesada cadena de oro sobre su liso vientre. Concluyó su carta con una ráfaga de palabras afectuosas y se puso enseguida a pasar en limpio los párrafos que acababa de escribir. Después de terminarla le pareció que había quedado muy afectada, pero eso era justamente lo que su madre esperaba. Lo inesperado le resultaba a ella irritante. A los bien nacidos no les ocurría nada inesperado, y menos aún desordenado.

«Así es la vida», pensó el joven, sintiéndose alegre ante su nueva objetividad. ¡Cómo le gustaría llevar a su madre a una sala de partos! ¡O a una sala de enfermedades venéreas!, por ejemplo. No era que la mujer no hubiera oído hablar nunca de enfermedades venéreas, y de la sorprendente cantidad de personas «bien nacidas» que se presentaban allí con regularidad. Estaba seguro de que ella no había oído hablar nunca de un aborto. Las señoras no tienen útero. Sus hijos emergían graciosamente de regiones indefinidas.

Robert había vuelto a fumar «asquerosos yuyos», como los denominaba su madre, desde su llegada a Hambleton. Encendió un cigarrillo y se puso cómodo, sonriendo pensativamente mientras miraba a través de la ventana la isla a la que llamaban Heart's Ease, en la que vivían el hermano del doctor Ferrier, Harald, y su hija, en compañía de tres sirvientes. De ellos no sabía gran cosa, pues el doctor Ferrier era reticente ante ese tema.

—¿Su hermano es mucho mayor? —le había preguntado con curiosidad.

—No —le contestó Ferrier, con aire divertido—. Es mi hermano menor. Yo tengo treinta y cinco años. Harald treinta y tres.

—La hija debe ser muy joven —sugirió Robert.

El doctor Ferrier pareció sentirse aún más divertido, y cambió de tema. No sentía envidia por el dinero de su hermano. Él era un hombre rico, y tenía dinero, en parte heredado y en parte ganado con su esfuerzo. Su madre había sido una Farmington de Filadelfia, y todos sabían que los Farmington eran muy ricos. Se decía que los Ferrier habían llegado de Francia o de Bélgica, hacía más de doscientos años, y que siempre habían vivido en esa localidad. El doctor Ferrier era dueño de tres productivas granjas cercanas, que tenía alquiladas.

—Nunca desprecie el dinero —le había dicho el doctor Ferrier a Robert—. La pobreza no es un delito, pero el vulgo no lo cree realmente así. Usted puede ser un santo lleno de heroicas virtudes, pero si no tiene dinero le despreciarán. ¿Qué dice la Biblia?: «*La riqueza de un hombre opulento es su fortaleza...*». ¡Esos ancianos sabían lo que decían!

Los diarios habían insinuado con bastante claridad que fue la «fortaleza» de la riqueza del doctor Ferrier lo que le había obtenido su absolución, puesto que había podido «comprar» los mejores abogados de Filadelfia, ciudad notoria por sus leguleyos.

En su habitación del hotel, Robert pensaba, mientras esperaba la llegada del doctor Ferrier para dar un paseo por el pueblo, en la acusación y el juicio, que había llenado durante meses enteros las primeras páginas de los diarios de Filadelfia. El doctor Ferrier había sido acusado de practicar un aborto a su joven esposa, Mavis, quien falleció dos días más tarde a consecuencias del mismo. Aquello había ocurrido casi un año antes. La defensa tuvo que luchar semanas enteras para conseguir un jurado sin prejuicios. El doctor Ferrier declaró en su propia defensa. No se encontraba en Hambleton en la época del supuesto aborto, sino en Pittsburgh, y tenía testigos de ello. Ni siquiera se había enterado de que su esposa estuviera embarazada. Ella nunca se lo había dicho. No, tampoco tenía la menor sospecha de quién pudiera haber sido el criminal.

—Estábamos casados desde hacía tres años —declaró reposadamente—. No teníamos hijos. Mi esposa no quería tenerlos. Siempre había sido de complexión delicada. —Aquí vaciló un momento—. Sí, yo quería hijos. No, no puedo ni siquiera adivinar el nombre de quién realizó la operación. Mi esposa murió de septicemia, por supuesto, como resultado del aborto. ¡Soy cirujano, y de practicar el aborto yo mismo, no hubiera sido una chapucería, lo puedo asegurar!

Al jurado no le gustó lo que dijo, le pareció inhumano. En realidad tampoco le gustaba el doctor Ferrier, su alta y esbelta arrogancia, su rostro oscuro y estirado, sus afilados pómulos «extranjeros», sus brillantes ojos negros, su aire de repugnancia e impaciencia hacia el personal que llenaba la atestada sala del tribunal, incluyendo al juez y el jurado. No había denotado la menor pena por su joven esposa, ningún signo de lástima o de pesar. Había escuchado con atención el testimonio de sus colegas médicos, y en varias ocasiones la impaciencia traicionó la impasibilidad de su rostro. La septicemia fue consecuencia de una operación deficiente, con desgarraduras.

—Soy cirujano —repitió—. No hubiera hecho mal la operación.

Sus modales eran despectivos. De pronto pareció como si estuviera a punto de decir algo más, con amarga impaciencia. Sin embargo, se limitó a apretar con más fuerza la boca.

Los testigos citados por la defensa también eran distinguidos médicos y cirujanos. No sólo declararon que el doctor Ferrier no podía en modo alguno haber practicado una operación tan burda, sino que, además, afirmaron que había estado en Pittsburgh durante aquel día crucial, realizando operaciones admirables en su presencia. Tumor cerebral, para el que había empleado el método de Broca. No sólo había estado en Pittsburgh aquel día, sino el día anterior y los dos posteriores, para asegurarse de que

su paciente estaba fuera de peligro, cinco días en total. El doctor Ferrier no parecía escuchar a los que declaraban en su favor. Estaba sentado, como una piedra, dijo un diario, con la mirada perdida en el vacío, pasándose de vez en cuando su mano delgada sobre sus espesos cabellos negros. Era como si se hubiera apartado espiritualmente de aquel lugar, encerrándose en una soledad que nadie podía invadir, una soledad triste y silenciosa.

Le absolvieron. El jurado, aun a regañadientes, tuvo que creer a los testigos de la defensa. No había que darle vueltas. Sin embargo, quedó firme la opinión de que si el doctor Ferrier no hubiera sido un hombre rico, muy rico, le hubieran declarado culpable.

Circularon algunos rumores maliciosos, que no llegaron al tribunal, de que el doctor Ferrier había «saboteado» deliberadamente la operación de manera que su joven esposa, de sólo veinticuatro años, muriera. Por ello, siguió siendo, para muchos, un doble asesino: el asesino de una mujer joven y de su propio hijo que no llegó a nacer, un embrión de tres meses. Entre quienes estaban firmemente convencidos de ello, había el tío paterno de su mujer, el doctor Martin Eaton, cirujano muy respetado en Hambledon. A los amigos les resultaba muy extraña aquella actitud, toda vez que el doctor Eaton antes de la muerte de Mavis había sentido profundo afecto hacia el doctor Ferrier, y le había considerado como un hijo, con orgullo y admiración. Mavis había sido criada desde niña por el doctor Eaton y su esposa, Flora, después de la muerte de los padres de la niña. Finalmente la habían adoptado, puesto que no tenían hijos propios.

El doctor Eaton, hombre alto y corpulento de sesenta años, había acudido a diario al tribunal, con gesto ceñudo y sin dejar de mirar con un odio sin disimulo al doctor Ferrier. Cuando el jurado regresó con un desgano veredicto de «no culpable», el doctor Eaton se puso de pie, y gritó con desesperación:

—¡No, no!

Después se volvió, tuvo una leve vacilación, y recuperando la serenidad abandonó la sala. Había vuelto aquella misma noche a Hambledon, donde sufrió un ataque, del cual se estaba restableciendo. Hambledon entero simpatizaba con él con verdadero afecto.

Sí, pensaba Robert Morgan consultando otra vez el reloj de su padre, era verdad que todavía existían «corrientes» en Hambledon. No era extraño que el doctor Ferrier deseara irse. Alguien llamó a la puerta. El doctor Ferrier esperaba abajo al doctor Morgan.

Para sorpresa de Robert, el doctor Ferrier no había venido a caballo como tenía por costumbre, sino en un hermoso faetón tirado por dos de sus hermosos corceles negros, bestias de aspecto fiero, morros blancos y mirada indómita. «¿Caballos de



carrera?», pensó Robert nervioso. Nada de eso. Ni él ni su madre actuaban en los círculos de aficionados a los caballos en Filadelfia, y la única relación que había tenido con los «demonios de la pista», como los llamaba su madre, fue cuando acompañó indiferente a algunos compañeros de estudios a un hipódromo, en el que ganó inesperadamente ciento veinte dólares con una apuesta de doce. (No podía recordar ahora el nombre del caballo, y ni siquiera estaba seguro de que nunca lo hubiera sabido).

El doctor Ferrier le miró sonriendo fríamente.

—Robert, pensé que debía pasar a buscarle en el faetón de mi madre.

El joven, que sólo contaba veintiséis años, era de complexión robusta, y no parecía medir el metro ochenta que tenía. Robert tenía el cabello de color claro y brillante, la cara redonda, juvenil y rosada, unos grandes ojos azules, la nariz corta y obstinada, una boca agradable y un hoyuelo en la barbilla. Lucía un bigote ralo del color del cabello, y tenía los hombros amplios. Sus manos eran también grandes y cuadradas, lo mismo que sus pies calzados con zapatos negros y bien lustrados. El día era caluroso, pero a pesar de ello vestía ropa oscura y gruesa y llevaba en la cabeza lo que Jonathan Ferrier solía llamar una escupidera invertida. El cuello de la camisa era, naturalmente, alto y duro, lo que hacía resaltar aún más el color de su rostro, y la corbata era negra y sostenida firmemente con un alfiler con perla.

Robert advirtió con sorpresa que el, por lo común austero y correcto, doctor Ferrier vestía como si fuera a jugar al golf, o a cazar o jugar a bolos. Llevaba una chaqueta liviana de lana, unos pantalones de franela clara y unos zapatos bajos. Y lo que era todavía peor: no llevaba ni cuello ni sombrero. Sin embargo, aquella indumentaria informal no disminuía un ápice su natural elegancia.

—Suba —dijo con su habitual tono rápido y abrupto.

(La madre de Robert le había dicho insistentemente toda su vida que nunca una dama o un caballero se atrevía a aparecer en una calle pública, fuera a pie o en carruaje, sin llevar sombrero y guantes).

—Y quítese esa obscena cacerola de la cabeza —agregó Jonathan Ferrier, mientras Robert se sentaba cautelosamente a su lado—. ¡En un día como éste! Debemos estar casi a treinta y cinco grados.

Los caballos partieron con un trote que a Robert le pareció algo apresurado. Se quitó el sombrero y se lo puso sobre sus rodillas. El aire cálido se le metía entre los cabellos y se los levantaba agradablemente.

—Caballos, ¿eh? —dijo Robert, intentando que la voz fuera profunda—. ¿De carrera?

—No tanto, pero tengo buenos corredores, como ya le dije. Voy a presentar dos en Belmont, en otoño. Espero que uno de ellos gane. Es un potro de tres años, de origen argentino. Tiene que dejar muy atrás a los pencos que tenemos por aquí. Lo

compré yo mismo, en Buenos Aires.

—Pensé que al menos por hoy teníamos que olvidarnos de quirófanos y hospitales —siguió diciendo Jonathan, con una breve risa—. Aquí tenemos dos borricos diplomados, enfundados en sendas levitas, que jamás han oído hablar de Pasteur o de Lister, pero están llenos de dignidad y prestancia. Esta mañana están rebanando, serruchando y moliendo a toda velocidad, y si alguno de sus pacientes llega a sobrevivir, seré el primer sorprendido. Sólo la buena suerte y sus sanas constituciones mantienen vivos a sus otros pacientes después de la sangrienta matanza.

—¿Por qué les aguantan todavía los hospitales, doctor?

—¿Cuántas veces tendré que decirle que me llame Jon? Después de todo, no soy tan viejo como para ser su padre. ¿Por qué aguantan a esos jamelgos? Bien: uno de ellos es primo del Gobernador, y el otro es jefe de personal en la junta directiva de Sta. Hilda, nuestro moderno y pequeño hospital privado. Riqueza petrolera, por parte de su mujer, se abrió camino a fuerza de dinero. —Se rió con un gesto cínico—. Lo cierto es que está operando a la hermana de su mujer de un tumor de ovario. Yo había diagnosticado un posible carcinoma antes... —Se detuvo—, pero el amable doctor Hedler pensó, y piensa, que mi diagnóstico es ridículo. Posiblemente lo esté descubriendo él mismo, o quizás uno de los internos le esté informando humildemente, ¡y posiblemente hasta una de las enfermeras! Nunca sería capaz de saberlo por sí mismo.

Robert estaba horrorizado.

—¿Y usted no dice nada, Jon? —Robert lo miró con dureza.

—¿Y por qué habría de hacerlo? Hace uno o dos años hubiera ahuyentado a patadas a una porquería como ésa, pero ahora no. ¿Por qué habría de hacerlo? Fue ella quien eligió al doctor Hedler. Es un hombre imponente y a las mujeres les gusta eso. Además, habla con la autoridad propia del ignorante. Pura fachada. Cierto es que todavía formo parte del personal y del Consejo Directivo, pero recientemente he descubierto cuándo es conveniente mantener la boca cerrada. A usted también se lo recomiendo, mi joven amigo, por lo menos durante algunos años. Yo mismo lo pasé bastante mal cuando empecé a ejercer y traté de introducir la asepsia en los quirófanos: pantalones y chaquetillas blancas para los cirujanos, lavados de manos y guantes de goma. De no ser por el buen nombre y el dinero de mi familia, me habrían echado a la calle. Mi madre había prometido construir un pabellón para Sta. Hilda. Esos borricos todavía llevan sus levitas y pantalones a rayas, y se frotan con señorial ademán los bisturíes en las mangas, sobre las nalgas de las enfermeras, o sobre cualquier cosa que tengan a mano, pero con gesto señorial. Y algunos, cuando operan, acaban de salir de las salas de disección. Uno de ellos es ginecólogo, atiende un parto esta mañana. —Volvió a reír—. La madre tendrá mucha suerte si no muere

de fiebre puerperal.

—¿Y no hay nada que usted quiera... quiero decir... que usted pueda hacer?

—No. ¿Cree usted que en estos momentos me escucharían? No. He oído decir que son pocos los que me confiarían la atención de sus perros.

—¡Imposible! —La cara rosada de Robert se encendió de indignación. El doctor Ferrier parecía divertirse.

—Usted parece no tener la más remota idea de lo que es la gente, muchacho. Ya lo descubrirá, por desgracia. Fíjese en usted mismo, un médico que puede ruborizarse. Notable. Y aquí le dejo otra idea: pese a lo que un cirujano o médico en general pueda hacer o no hacer, su acción es sólo una parte de la historia de la supervivencia del paciente. Un cincuenta por ciento de su curación la debe a sí mismo y a la fe que deposita en su médico. ¿No se lo enseñaron en el gran Johns Hopkins?

—Bueno... sí.

—Pero ¿usted no lo cree?

Robert se sentía incómodo:

—Por supuesto que lo creo. Pero todavía así, un médico incompetente, con la absoluta confianza de todo el mundo y la de su paciente puesta en él, puede cometer literalmente un asesinato en la sala de operaciones, y hasta en la sala general.

—Cierto, pero éstos son los casos visibles. Tuve una vez un paciente con un simple lobanillo en el cuello que murió de *shock*, a resultas de su temor anticipado. Era una operación sencilla, pero no me tenía confianza alguna. Eso fue hace pocas semanas, después...

«Después del juicio», pensó Robert.

—Todo eso fue lo que me convenció de que me fuera de aquí —dijo Jonathan.

—¿No habrá olvidado que se va a quedar un tiempo para hacer las rondas conmigo, y estar a mi lado en la sala de operaciones?

—Se lo prometí, ¿no es así?

El empedrado de granito brillaba como si lo hubieran pulido al sol. Corrían a lo largo de las verdes y amplias calles de la parte más hermosa de la villa, con casas grandes y de aspecto agradable que se erguían en medio del cálido y brillante césped, ocultas por resplandecientes árboles. El césped estaba salpicado de brillantes canteros de flores, y en algunos lugares los caballos sedientos bebían en bateas de hormigón. Robert podía oír el soñoliento golpear de puertas metálicas en la distancia. Hambleton era una villa cómoda y próspera, y Robert se sentía a sus anchas en ella.

—Espero que le guste esto —dijo Jonathan—. Tuve, como usted sabe, diez solicitudes para la vacante que dejo. Me entrevisté con todos. Usted fue el último.

—Me alegro de que me haya elegido —aseguró Robert.

—Usted fue el mejor —dijo Jonathan—. Por lo menos parecía el más inofensivo. No se ofenda, es muy importante ser inofensivo cuando se es médico. ¿Acaso no dijo

eso el viejo Hipócrates? Sí. En realidad, el mejor cumplido que se nos puede hacer, es decir que no perjudicamos nunca a nadie, aun cuando tampoco le ayudemos. Conozco un viejo sinvergüenza que es muy competente con el bisturí, por momentos genial, inspirado, pero tienen que anestesiar al paciente antes de que lo vea. Es un monstruo, y tiene un carácter de mil diablos. Podría matar con una mirada, y supongo que ya lo ha hecho. Es temible. Le llamaban generalmente en casos desesperados, cuando el operador está a punto de abandonarlo todo. Es realmente milagroso, pero temible.

A Robert le habían enseñado en Johns Hopkins que no era necesario que los cirujanos fueran vanidosos ni siquiera entre ellos, con relación a los pacientes. Por lo que veía no le habían enseñado lo mismo al doctor Ferrier. Algunas veces intimidaba al pobre Robert, quien le admiraba muchísimo, pero no había llegado a saber todavía si el otro le apreciaba. Tenía un modo de hablar áspero y amargo, y a menudo era despectivo. Al principio Robert había creído que aquello era resultado del trágico juicio, pero otros le habían dicho en voz baja que Jonathan había sido siempre así: *«Por supuesto eso se ha acentuado ahora, pero generalmente es un cínico endemoniado»*. Robert no se sentía seguro de la eficacia de que un médico fuera cínico o demasiado objetivo. Realmente tenía un corazón muy tierno.

—No se apresure en querer a este maldito pueblo —dijo Jonathan mientras corrían rápidamente por las calles—. Aquí tenemos un montón de nuevos ricos: petroleros. Esa especie de preciosas vulgaridades que cuando hablan de sus casas, las llaman «hogar». Arribistas. La modestia es algo que no aprecian ni le dan el menor valor, creen que es un signo de inferioridad, y entonces se arrojan sobre uno. Tenemos unas pocas familias auténticas, pero no son muchas. No es más que una villa americana, igual a cualquier otra villa, poblada en su mayor parte por tontos. ¿Usted es capaz de aguantar alegremente a los tontos, Robert? Bien. En ese caso, va a ser muy popular aquí. Yo nunca he podido, y ahí es donde la Iglesia y yo estamos en violento desacuerdo.

Robert podía vincular a Ferrier con muchas cosas, pero no con ninguna Iglesia. Constantemente descubría en aquel hombre cosas sorprendentes, algunas de ellas desconcertantes.

—¿Pertenece usted... a la Iglesia, Jon?

Jonathan volvió con lentitud la cabeza hacia Robert y le hizo una mueca desagradable

—En cierto modo, sí. Qué, ¿le sorprende eso? Los Ferrier tuvieron que trepar una cuesta empinada hace más de doscientos años, cuando llegaron a Pennsylvania. Eran, y son, lo que ustedes llaman papistas. Nominalmente yo soy católico, pero no he ido a misa desde hace años. Verá, una vez yo era también blando como usted, Bob. Mis semejantes me desilusionaron pronto. Tenía entonces diecisiete años. Usted es casi

diez años mayor que yo en aquella época. ¿Cómo diablos puede ser tan inocente?

—No soy inocente hasta tal extremo —dijo Robert con dignidad. Jonathan se sintió divertido de nuevo, y rió con aquella seca risita tan suya.

—Ya ha estado con alguna de las enfermeras, o quizá con alguna de las chismosas del pueblo, ¿verdad?

En el rostro de Robert volvió a asomar el rubor que le invadía con tanta facilidad. Pensó en su madre. Estaba seguro de que ella le creía virginal. Recordó los rápidos y ridículos escarceos amorosos de los últimos años, y se sintió confundido al recordar que siempre había cerrado los ojos para no ver la cara de las mujeres. Sentía que el doctor Ferrier le observaba, pero seguía mirando con obstinación las tostadas manos del doctor que sostenían las riendas con tanta seguridad.

—Tuve una vez un interno proveniente de una escuela médica metodista —dijo Jonathan, feliz al recordar— que nunca podía llegar a pronunciar la palabra «vagina». Prefería llamarle las «partes privadas». No hay nada, —siguió diciendo—, menos privado, sea en un hospital o en una sala de operaciones, que eso que tan delicadamente llaman «partes».

—No hay que olvidar... mmm... que las mujeres tienen sus reservas —tartamudeó el infortunado Robert.

—¿A estas alturas? —preguntó Jonathan levantando una de sus espesas cejas negras—. Si hay algo menos reservado o modesto que una mujer, yo no lo conozco. Una mujer enfurecida puede hacer que el hombre más grosero parezca un monaguillo.

—Supongo que usted ha tenido una buena experiencia —dijo Robert.

—¡Magnífico! No es usted tan blando como parece, ¿eh, Bob? Eso es algo de lo que quería sentirme seguro. Temía, a veces, de que fuera usted demasiado delicado para las sangrientas arenas que llamamos hospitales.

—En Johns Hopkins me consideraban muy competente —afirmó Robert en un tono duro—. No se puede decir que fuera blando. Además, mi padre también era cirujano, y mucho antes incluso de estudiar medicina presencié algunas de sus operaciones.

—Y supongo que nunca se desmayó. No importa. Estoy provocándole. Realmente lo aprecio, Bob, y suelo destacar por no querer a la gente. Tiene usted que cultivar el sentido del humor. No importa. ¿Sabe a dónde vamos hoy? A mirar los pájaros.

—¡A mirar pájaros!

—Es un día demasiado hermoso para mirar seres humanos. Tendría usted que mirar a la gente cuando el tiempo es malo, o hay tormenta, o se desbordan los ríos, o arden las casas. Muy revelador. Se ven entonces en su peor aspecto, desnudos. Sí, quise decir pájaros —indicó, con una inclinación de la cabeza, la correa que le cruzaba el pecho y que sostenía un estuche de prismáticos—. ¿No ha observado

nunca a los pájaros?

Los pájaros, para Robert, eran unos vertebrados bastante adorables que cantaban en la primavera y tenían plumas. No podía distinguir uno de otro, salvo los petirrojos y los cardenales. Su madre hablaba de sus «queridos niditos» y le había dicho en cierta ocasión, cuando era niño, que los pájaros fueron creados expresamente por el antropomórfico Todopoderoso para delicia de la humanidad. Para la señora Morgan carecían de identidad propia, de alegría de vivir, no se alegraban de estar vivos. Era evidente para la vieja dama que ponían huevos, pero Robert dudaba que estuviera enterada de que los pájaros tenían también una vida sexual que originaba los huevos y, en consecuencia, las nuevas criaturas vitales. Era evidente que creía que los pájaros nacían como las flores, gracias al polen. Robert, al recordar aquellas cosas, pensó que su madre era bastante difícil de soportar. ¿No sería una de esas mujeres tontas a las que se refiriera el doctor Ferrier? Tal vez. Era muy probable. Robert volvió a sentir una irritación cuya causa no podía precisar. Había sido siempre el solícito y tierno hijo único, dedicado por completo a su madre. Aquello le parecía ahora pueril y embarazoso. Pensó en su padre, y se le ocurrió de repente que no era raro que de aquel matrimonio estéril no hubiera nacido otro hijo. La vieja también es vulgar, pensó. Llama «hogar» a nuestra casa.

—¿De qué se queja? —le preguntó Jonathan—. Si no quiere observar pájaros, lo dejaremos.

—¿He dicho eso? —Robert sintió un escalofrío por el tono ofensivo de su voz. Raramente se ofendía con la gente, era demasiado amable para eso—. Pensaba en otra cosa. Estoy interesado en observar sus pájaros. Pero ¿por qué?

—¿Por qué observar pájaros? Algunos todavía se dirigen al norte. Tal vez vea usted algunos ejemplares hermosos y raros, si sabe mirar. ¿Por qué observar los pájaros? No lo sé exactamente, siempre lo he hecho, desde que era muy niño. Mi padre era un excelente observador de pájaros. Casi hacía una reverencia cuando oía nombrar a Audubon. Regalamos un parque a la ciudad, mi abuelo, por lo menos, lo hizo, en las afueras. Era un santuario para pájaros. Los pájaros son seres sosegados, nunca tienen líos. En todo son pájaros. Al revés de la gente, que son raramente humanos en el mejor sentido de la palabra. Sucede lo mismo que con los animales no humanos: son lo que son, sinceros en su manera de ser, sólidos en su comportamiento. Pero usted nunca podrá saber lo que es un hombre.

«Tiene razón», pensó Robert, desagradablemente impresionado por aquella verdad.

—Tengo seis perros y ocho gatos —dijo Jonathan—. Uno de los perros en casa, y el resto en mis granjas. Cada uno es un individuo distinto, pero sincero en cuanto a su propio modo de ser. Nunca verá usted que un perro pretenda ser mejor de lo que es, nunca encontrará un gato que carezca de respeto por sí mismo. Incluso el ganado es

fiel a su naturaleza. Pero hablando de eso, hay que reconocer que el hombre también, casi siempre, es fiel a su naturaleza. Casi siempre es un idiota, un mentiroso, un hipócrita, un cobarde, un pretencioso, un asesino oculto, un ladrón, un traidor. Nombre algún vicio que no tenga. Ésa es su naturaleza. Sólo cuando pretende ser virtuoso se sale de órbita y deja de estar de acuerdo con su carácter.

—Sabe, doctor, eso podría decirlo un alumno del secundario.

Para sorpresa suya, Jonathan se echó a reír, con la primera carcajada genuina que Robert le oyera.

—¿Qué le hace pensar —preguntó— que los alumnos del secundario sean invariablemente unos alocados y estén equivocados? Algunas de las personas más brillantes que he conocido eran muchachos que cursaban la escuela preparatoria. Ven las cosas en su conjunto y tal como son. Más tarde los adultos les corrompen, les ciegan, y les cuentan un montón de atractivas mentiras entorpeciendo sus percepciones. A los diecisiete años termina, por desgracia, la edad de la inocencia. Vamos, dígame, ¿nadie le ha traicionado nunca, o le ha mentido con respecto a usted, o le ha hecho alguna porquería, Bob?

—Sí, por supuesto. Pero ¿qué importa eso? Conservo mis manos limpias.

—Felicitaciones —dijo Jonathan, y agregó—: Usted me recuerda a Omar Khayyam.

—Otra vez en secundario —dijo Robert—. ¿Qué tiene de malo el viejo constructor de carpas? Si sus verdades parecen, a veces, gastadas y obvias es porque son verdades. ¿Qué es una perogrullada? Es una moneda que ha sido muy manoseada, pero es una moneda genuina, y no la hubieran manoseado tanto si le hubiera faltado veracidad.

—Apostaría que ha leído eso por lo menos una vez al mes.

Aquello resultó ser cierto, y Robert se sintió fastidiado.

—Yo hago lo mismo —dijo Jonathan—. ¿Quiere saber cuál es mi verso favorito?

*El móvil dedo escribe, y después de haber escrito sigue moviéndose.*

*Ni toda su piedad, ni su ingenio pueden inducirlo a borrar ni media línea.*

*¡Ni todas sus lágrimas podrán borrar una sola palabra!*

Robert estaba perplejo, primero porque aquel verso no parecía adaptarse al carácter de Jonathan, y además porque era también su estrofa favorita. Siempre le había resultado insoportablemente punzante, y una advertencia trágica.

Se dio cuenta de que el doctor Ferrier se reía de nuevo de él, y ahora que habían salido del camino y cruzaban el río, la isla parecía estar a sólo unos metros de distancia.

## Capítulo 2

Hambledon no había estropeado todavía su ribera con la instalación de fábricas, depósitos y barracones. Cuando Robert lo señaló satisfecho, Jonathan exclamó con desagrado:

—Espere un poco. Hasta ahora nosotros, los Ferrier, y nuestros amigos, hemos podido contenerlos, pero ya se nos está acusando de «ir contra el progreso» y de «obstaculizar el camino del futuro». El futuro, por lo que se ve, será utilitario y se impondrá la fealdad si los progresistas se salen con la suya. Disfrutemos de esta hermosa América que desaparece, mientras podamos. Se va para dar paso al culto proletario de lo sombrío.

Robert asintió.

—O al culto de Karl Marx por «lo útil». ¡Cómo odiaba Marx al agricultor! Miraba en cierta ocasión un mapa de Alemania, que mostraba las ciudades y la amplia campiña, y se quejó de toda aquella «tierra desperdiciada». ¿Por qué, se preguntó, no se desparramaban las ciudades por encima de la campiña, de modo que «las masas» pudieran poseer pequeños lotes de tierra? Cuando se le recordó que se necesitaba la tierra para cultivar los alimentos con que se sostenía a la gente, lo rechazó como si se tratara de un despropósito.

—¿De modo que aprendió usted algo más que practicar autopsias y operaciones innecesarias? —preguntó Jonathan—. ¿Por qué pone mala cara? Perdona, el Viejo Marx era un plagiaro. Sacó todas sus ideas de la Revolución Francesa de 1795 y de los asesinos jacobinos, quienes probablemente se inspiraron en aquel traidor romano, Catilina, hace más de dos mil años. La idea del utilitarismo y del poder de las turbas indisciplinadas es antigua y se remonta a los hijos de Caín. La libertad es una flor muy frágil, y es mejor que la disfrutemos aquí en América antes de que la aplasten por completo. ¿No cree usted que sucederá? Joven amigo, es usted terriblemente ingenuo.

—Vaya, eso es ridículo —dijo Robert con el aplomo propio de la juventud—. Nadie hace caso a Teddy Roosevelt y a sus ideas progresistas.

Jonathan gruñó.

—Estamos en un siglo nuevo. Sí, ya lo sé, eso de contabilizar el tiempo es una creación artificial del hombre, pero he notado algo que es muy sugestivo: lo cierto es que los nuevos siglos se apartan de los que los precedieron. No creo en la astrología, naturalmente, pero un loco de Chicago me envió los aspectos planetarios de los años 900. No recuerdo su nombre. De cualquier modo, dijo que este siglo sería conocido como «el preludio del Armageddon», o el siglo de los Tiranos y el Desastre. Puede ser, puede ser. Penetremos en este bosque de abedules, y busque los pájaros —dijo mirando a Robert, mientras hacía una mueca.



En el bosque de abedules se percibía un grato aroma, mezcla de los dulces y punzantes olores de la tierra, las hojas de los árboles y el suelo fecundo. No penetraba allí la cálida luz del sol, y el aire era fresco como el de un fragante sótano. Había grandes macizos de flores silvestres y hongos, y en todas partes se oía la voz del río y el canto de los pájaros. Robert, hombre de ciudad, experimentaba una enorme alegría, respiraba profundamente y escuchaba con atención. Jonathan, con los prismáticos enfocados, escrutaba las copas de los árboles y sus ramas bañadas por el sol.

—¡Mire allí! —gritó—. ¡Si ése no es un mirlo rezagado, no he visto nunca uno!

Robert tomó los prismáticos que Jonathan le ofrecía y los dirigió a la rama que le indicaba. Vio un ave muy grande, con un pico de color aguamarina muy peculiar y de plumaje brillante y abundante. Pero los prismáticos enfocaban un ojo grande y de mirada salvaje, fija, misteriosa, que reflejaba recuerdos de otros bosques y el conocimiento de otras épocas. Nunca había visto Robert un ojo como aquél, grande, dilatado, que parecía atesorar secretos que el hombre no conocía. Sentía fascinación y respeto a la vez, y, cosa rara, aquel extraño temor que experimenta siempre el hombre cuando se encuentra frente a lo inexplicable.

—¡Cuántas cosas hay que no conocemos! —dijo a Jonathan, como si hablara consigo mismo.

—Es usted un observador de aves nato —afirmó Jonathan—. No he conocido hasta ahora un observador de pájaros satisfecho de sí mismo, o un zoólogo que opine que el hombre es la cúspide de la creación, o un astrónomo que diga que el hombre es un poco menos que los ángeles. —Jonathan resopló—. Las gentes que escribieron el Antiguo Testamento se guardaron para ellos muchas cosas, nunca explicaron a qué ángeles se referían. Quizá hablaban de los que siguieron a Satanás al fondo del abismo.

—No tiene usted una opinión muy favorable de sus semejantes, ¿no es cierto? —preguntó Robert mirando a Jonathan con curiosidad.

—La más baja posible —respondió Jonathan con presteza—. Después de todo, puedo decir, literalmente, que los conozco por dentro y por fuera. Si quiere usted conservar la buena opinión que tiene de la humanidad, no se le acerque nunca demasiado. Quédese en su torre de marfil leyendo poesías, o teja ensueños. No salga nunca a la calle ni se mezcle con la gente. Y, por amor de Dios, no hable con nadie.

Robert sentía una extraña opresión. El rumor del río y los cantos de los pájaros seguían sonando cercanos, pero ahora parecían contener un extraño presagio.

—Las aves no quieren al hombre, ni los árboles tampoco. Son perspicaces, ¿no le parece? Vemos los últimos ejemplares de castañas comestibles, aunque los químicos y otros como ellos andan de cabeza a la búsqueda de la cura de la enfermedad que las mata. Una tras otra, morirán otras especies de árboles, como murieron en China, cuando las masas de la población se les acercaron demasiado. Ése es el motivo de que

China esté ahora tan desierta. No pasará mucho tiempo sin que América empiece a su vez a perder los árboles, una especie tras otra. No, parece que estos amigos no quieren a la gente.

—Habla usted como un Druida —dijo Robert, que sentía crecer dentro de sí aquella sensación opresiva.

—Tal vez haya algo de eso en mí —respondió Jonathan con auténtica gravedad—. Recuerde que fuimos paganos antes que cristianos, y en aquel entonces teníamos un auténtico conocimiento de lo que era la Tierra, como lo tenían también los judíos antiguos. —Sonrió mirando a Robert con expresión burlona—. ¿De modo que conoce usted también a los Druidas? Empiezo a sentir respeto por usted, amigo mío.

—¿Cree usted que soy analfabeta? —preguntó Robert con furia creciente—. Mi padre, a pesar de ser médico, era un hombre instruido y tenía una gran biblioteca.

—Una raza que tiende a desaparecer —dijo Jonathan—. El médico del futuro será un especialista, y su conocimiento de la naturaleza del cuerpo y de la mente será estrictamente limitado. Vuelva esos prismáticos hacia esa condenada isla, es muy interesante.

Robert obedeció aunque lo hizo automáticamente. Estaba demasiado perturbado por sus pensamientos, pero enfocó los prismáticos. Los lentes le acercaron tanto la isla que le pareció que podía tocarla con sólo estirar su brazo. Era más grande de lo que parecía a simple vista, tenía la forma de un corazón, y su parte más ancha y dentada emergía del agua azul como la proa de un barco, mientras que el extremo puntiagudo parecía estar al mismo nivel del agua. Pudo ver claramente el farallón de granito, las blancas paredes del castillo, las masas de árboles que lo rodeaban y las brillantes flores que salpicaban el césped. El techo del edificio brillaba al sol con su color escarlata. Una figura humana trepaba allá en la parte más ancha, y Robert logró ver algo de color azul. La figura parecía joven y esbelta, y trepaba con fuerza y agilidad. Se movía entre las copas de los árboles, subiendo constantemente, hasta que alcanzó el punto más alto, justamente detrás del cerco de granito. De repente quedó por completo a la vista la figura de una muchacha alta, que miraba en dirección al bosque de abedules. Su luminoso rostro estaba bañado por el sol y brillaba como si fuera de mármol.

Era una cara hermosa, fuerte y de forma delicada. Una abundante cabellera negra y ondulada, sujeta por una cinta roja, le caía más abajo de los hombros... Se destacaban las cejas bien recortadas y una boca grande y roja. La nariz tenía una forma un tanto aguileña. Robert notó todo aquello, pero lo que atrajo de inmediato su atención fueron los ojos. Eran intensamente azules, grandes y densos, de pestañas negras, y cejas arqueadas que parecían las brillantes alas de un pájaro. Tan extraordinario era su color azul, que el reflejo que brotaba de ellos parecía iluminar todo el rostro.

Aquellos ojos se dirigían hacia el bosque, llenos de un odio apasionado e inequívoco, lo que hizo que Robert, impresionado, bajara los prismáticos precipitadamente.

—¡Se ha dado cuenta de que la espíamos! —exclamó.

—¡Tonterías! —respondió Jonathan, tomando los prismáticos y llevándoselos a los ojos—. Esa isla está a más de un kilómetro de distancia, la muchacha no puede ver tan lejos. —Soltó una risita mientras la estudiaba—. Sí, mira hacia este bosque, pero no nos ve. No puede.

Devolvió los prismáticos a Robert.

—Muy joven, ¿verdad?

Robert vaciló, pero enfocó de nuevo los prismáticos.

La muchacha seguía mirando hacia la arboleda, apoyada sobre el muro de granito, con actitud expectante. No sólo era alta, sino que tenía una hermosa figura, graciosa y esbelta. Llevaba un sencillo vestido azul, abierto en el escote y con mangas que le llegaban a la mitad de los brazos. Sobre el vestido llevaba un tosco delantal marrón, como una sirvienta.

—Sigo creyendo que nos ve —dijo Robert molesto—. Mira directamente hacia mí, y parece que no le gusto en absoluto.

—Está a más de una milla de distancia —repitió Jonathan—. Lo sé, porque he nadado hasta allí varias veces, ida y vuelta. La corriente es muy rápida. No, no puede vernos. Simplemente odia a todo el mundo, como de costumbre.

—¿Quién es, doctor?

—Mi sobrina, técnicamente hablando.

Robert se volvió y le miró.

—¿Cómo ha dicho? ¿Su sobrina? ¿Cómo puede ser? Esa muchacha tiene veinte años, o quizás más. ¡Y su hermano es más joven que usted!

Jonathan permaneció silencioso un instante. La quebrada sombra de los abedules temblaba sobre su rostro, en el que se dibujaba una expresión dura.

—Técnicamente, dije —habló finalmente—. Mi hermano, Harald, se casó con su madre, que había estado casada con Peter Heger, de Pittsburgh y Titusville. Ella era doce años mayor que mi hermano, y esa hija la tuvo de su primer marido. Su nombre es Jennifer, o Jenny, como la llaman familiarmente.

—¿Vive allí, con su hermano? ¿Solos los dos? —preguntó Robert ruborizándose.

Jonathan hizo una mueca, y Robert volvió a preguntarse si aquel hombre, mayor que él, le agradaba o no. Su mueca había sido muy desagradable.

—¿Ambiguo? Bueno, creo que ésa es la palabra apropiada —dijo Jonathan—. La gente de Hambleton no cree que eso esté bien. Sin embargo hay allí tres supervivientes, y a Jenny, aparentemente, no le importa nada lo que pueda decir la gente. Su padre compró la isla y construyó en ella esa estúpida casa que llama «el

castillo», en un ataque de ridiculez propia de la luna de miel. Dejó toda su fortuna a su esposa quien, para empezar, no era mujer que se pudiera definir como muy inteligente. Nunca se puede decir lo que una mujer idiotizada hará con el dinero y Myrtle, qué nombre más tonto, ¿no le parece?, estaba embobada con mi hermano. Es un vagabundo por naturaleza, un artista, y no tenía un centavo cuando Myrtle se fijó en él.

Jonathan se detuvo un instante.

—Mi padre sabía lo que hacía. Repartió su dinero entre mi madre y yo, y al artístico Harald sólo le dejó una pequeña renta vitalicia, que no bastaba para satisfacer sus refinados gustos. Es un artista muy malo, pero se cree un genio, como les sucede a todos los artistas malos. Es elegante y sensible, nuevo cubista, creo. Yo no sé gran cosa de arte, pero creo que en ese sentido Harald apesta. Nunca ha podido vender un cuadro, pero ha viajado por todo el mundo. Supongo que Myrtle fue para él un regalo de Dios. Sea como sea, se casó con ella y vivieron felizmente juntos durante varios años, hasta que ella murió. Tuvo estenosis mitral, y después un infarto. La atendí como médico.

Robert había escuchado con atención. La voz de Jonathan, resonante y no demasiado agradable, se había vuelto quebrada y desagradable, como si se aguantara un ataque de risa.

—¿Por qué no se va la muchacha? —preguntó Robert—. No..., no debe ser apropiado para ella.

—¿Qué dice? ¿Para ganar cien dólares al mes, después de haber sido criada como una princesa? Jenny es astuta, y esa isla fue su hogar durante años hasta que Harald se instaló definitivamente allí. Era de su padre, que murió cuando ella era muy niña.

—Supongo que no se querrán mucho..., su hermano y la muchacha.

Jonathan rió de nuevo.

—¡Corren rumores de que se quieren demasiado bien! En el pueblo la llaman «Lilith».

Robert conocía la Biblia.

—¿Lilith? —preguntó—. ¿No dice la leyenda que ésa fue la primera mujer de Adán, o algo así? Lilith fue un demonio. —Volvió a sonrojarse—. No tenía que haberlo dicho.

—Me ofende usted —dijo Jonathan, en tono divertido—. Les desprecio a ambos, a la dulce Jenny y a Harald. No quiero decir con eso que haga caso de los chismes, que son bastante abundantes en el pueblo. En cierto modo creo que está bien que vivan en «el castillo». De cualquier forma, debió de heredarlo Jenny. Los sirvientes están allí. Sin embargo...

Robert se sintió disgustado y un sabor malo le llenó la boca. Volvió a mirar con los prismáticos. La muchacha seguía dirigiendo su odio hacia el bosque. Después,

mientras Robert seguía mirando, inclinó la cabeza y volvió a descender por donde había subido, desapareciendo de la vista. Lo último que vio fue el destello de su blanca nuca entre los árboles.

—Sigo creyendo que nos vio —dijo.

—No, eso es imposible. Simplemente odiaba a Hambledon en general. No va al pueblo con mucha frecuencia, y cuando lo hace, a menudo visita a mi madre, que técnicamente es su abuela. Son grandes amigas, pero si aparezco se va inmediatamente. No creo que yo le guste.

«Creo que no habrá muchos a quienes les guste usted», pensó Robert, y se sintió embarazado.

—¿Qué le parece una visita a los ermitaños? —preguntó Jonathan—. Sepa que serán pacientes suyos. Conviene que les conozca.

En su oscuro y delgado rostro relucía una alegría que Robert no podía comprender, aunque percibía en ella un toque de malicia.

—Oh, no —exclamó Robert—, hoy no. —Se sentía muy incómodo.

—¿Por qué hoy no? —Jonathan se puso de repente muy contento—. Tienen tres barcas y una de ellas está siempre en esta orilla. Venga. ¿Por qué se queda ahí plantado?

Robert no lo sabía. Sencillamente no sentía deseo alguno de hacer amistad con la ambigua pareja de la isla. Pero Jonathan le tomó del brazo y le sacó con firmeza del bosque.

—Voy allí por lo menos dos veces por semana, sólo por gusto. Mi vida no ha sido muy divertida, últimamente. Vamos, no sea usted terco.

Con su gruesa chaqueta bajo el brazo, Robert siguió a Jonathan. Por algún extraño motivo, se caló firmemente el sombrero. Llegaron a la orilla del río y vio un bote posado sobre la espesa hierba.

—Quizá su hermano no esté en casa —dijo Robert esperanzado.

—¿Dónde cree usted que podría estar? ¿En Hambledon? ¿Qué tal rema usted?

Jonathan se quitó la chaqueta y levantó los remos, una vez que ambos hubieron empujado el bote dentro del agua.

—Usted puede remar a la vuelta —dijo Jonathan—. Es un magnífico ejercicio, y a los médicos les hace falta. Suelen volverse demasiado gordos y pomposos.

Robert se acomodó en el bote mientras Jonathan introducía con vigor los remos en el agua brillante y azul. Sospechaba que Jonathan había planeado aquella visita desde un principio, y sintió que su sensación de incomodidad aumentaba.

—Espero que no se maree —dijo Jonathan.

—No. Pero ¿no deberíamos llamar antes, para saber si molestamos?

—No tienen teléfono. Myrtle nunca pudo soportar los teléfonos, quería que la isla fuera muy rústica. —Jonathan hizo una mueca que puso al descubierto sus blancos

dientes—. Si ocurre algo tienen una luz, una linterna, que colocan en el tope de su estúpido «castillo». Lo sé, y fue así como me llamaron para atender a Myrtle. También uno de los sirvientes puede cruzar el río remando y arrancarme de la cama, o buscarme por los hospitales. No se preocupe, Jenny y Harald están acostumbrados a verme llegar remando.

—Deben sentirse solitarios. —Robert trataba de aplacar, hablando, sus ansiosos pensamientos.

—No, en realidad no. Acuérdesse que Harald es un artista. Le gusta su soledad, o por lo menos así lo dice, y además... está Jenny.

—Es una muchacha joven. ¿No tiene amigos en Hambleton?

—Algunos. Pero es arisca por naturaleza, y no muy popular. Ha empeorado mucho desde que murió su madre. ¿No le he dicho que me detesta? En cuanto a mi hermano, no podemos decir que estemos demasiado unidos. Bueno, coja usted los remos y pruebe un rato.

La corriente se había vuelto inesperadamente rápida, y el bote rolaba y cabeceaba. Los dos hombres cambiaron de lugar con cautela y aun así Robert casi perdió el equilibrio. Pero Jonathan se movió con la agilidad y la facilidad de un joven, y ya estaba sentado antes de que Robert tomara los remos. El sol quemaba y la corriente empujaba los remos, de modo que Robert tenía que tirar con toda su fuerza. Comenzó a sudar, y echó una mirada por encima del hombro. La isla parecía todavía lejana, y el agua salpicaba la empinada orilla.

—¿De verdad nadaba usted hasta aquí? —preguntó Robert.

—Es fácil. Soy buen nadador. Pero Harald no puede nadar ni una brazada. ¡Así son de delicados estos artistas!

Robert empezó a sentir que el cuello y la nariz le quemaban. Le brotaba el sudor desde las raíces de su cabello rubio rojizo, debajo de la barbilla y entre los hombros. Jonathan no le miraba. Su mirada dura estaba fija en la isla, y parecía haber olvidado por completo la presencia del joven.

—No tienen gas ni electricidad —dijo Jonathan con voz ausente—. Myrtle no quería echar a perder la rusticidad. Ya le dije que era tonta. Es por ello por lo que tienen lámparas de petróleo, una lancha les suministra carbón en invierno para ese estúpido montón de piedra, y queman hermosos troncos de manzano, que son muy caros, en su estufa. Una vez por semana los sirvientes traen una carga de comestibles en los botes. Si no les pagaran sueldos muy elevados no trabajarían allí. Puedo decirle que les cuesta una fortuna sostener toda esa ostentación.

El agua lamía los costados del bote, el sol brillaba sobre el río, y Robert sentía cada vez más el calor. Jonathan le miró con ojos críticos.

—Emplea usted menos tiempo que yo en la travesía —le dijo—. Dé la vuelta hacia el lado angosto de la isla. Hay ahí una abertura en el farallón y un caminito.

Robert volvió a mirar por encima de su hombro. El amplio costado dentado de la isla se elevaba por encima suyo lo que le hacía experimentar una sensación agradable. Podía oler la tierra fetal y los árboles, y notar el silencio sobre la voz del río. Gobernó diestramente el bote en la forma que se le indicaba.

—Hemos llegado —dijo Jonathan, levantándose. Cruzó por encima del asiento de Robert y salió del bote. Tomó una cuerda que sobresalía de una pila, y rápidamente amarró la embarcación—. Muy bien, estamos anclados. Va a tener que dar usted un salto de un metro, sin embargo.

Antes de que Robert pudiera ni tan solo ponerse en pie sobre el oscilante bote, ya Jonathan había saltado a la orilla, que era más empinada de lo que el joven esperaba, con una pronunciada inclinación. Dio un salto, su pie resbaló en la húmeda tierra, y habría caído al río si Jonathan no le hubiera cogido del brazo.

—Con cuidado, ahí —le avisó Jonathan—. Éste es el camino. ¿Qué hace usted? ¿Se pone la chaqueta? ¿Para qué?

La muchacha estaba parada sobre el inclinado sendero, y les miraba con una desagradable expresión en su bonita cara.

—¿Qué quieres? —preguntó. Su voz era hermosa a pesar de sus groseras palabras y el brillo azul de sus ojos.

## Capítulo 3

Robert experimentaba una tremenda confusión. Miró con enojo a Jonathan, pero éste sonreía a la muchacha, y Robert nunca había visto en su vida una sonrisa más desagradable que aquélla.

—Caramba, Jenny, ¿no me esperabas como de costumbre? —le dijo con voz aduladora—. Jenny, querida, éste es el doctor Robert Morgan, que va a hacerse cargo de mi consultorio. Bob, le presento a Jenny Heger, mi sobrina, la señorita Jenny Heger.

La muchacha les miró en silencio, con los brazos en jarras. No hizo caso de la presentación, y se limitó a mirar con desprecio a Robert. Después se volvió y les abandonó, trepando rápidamente como un ciervo, con sus largas faldas flotando detrás de ella como una vela hinchada por el viento. Desapareció, y Robert se caló el sombrero. Estaba más enojado que nunca.

—No creo que seamos bienvenidos —opinó.

—Oh, Jenny nunca recibe bien a nadie. No se preocupe usted. Probablemente salió corriendo a informar a la cocinera que tiene compañía para el almuerzo.

—¿Almuerzo? No tengo deseos de quedarme.

—¡Pero tiene usted que conocer a Harald, el genio de los pinceles! —Jonathan parecía ingenuamente sorprendido.

Sin embargo, Robert desconfiaba cada vez más de él.

—A Harald le encantan los invitados, y a mí me quiere especialmente. Venga conmigo. Tiene usted tendencia a echar raíces dondequiera que pone los pies. Deje de pensar en Jenny, la rústica labradora. Esa idiota de su madre la malcrió. Si Jenny se riera alguna vez, como cualquier mujer normal, crujiría el mundo o sobrevendría el Apocalipsis. Mire por donde camina. Este sendero es muy empinado y está siempre mojado, y lleno de raíces. Casi me mato una noche aquí, cuando me hicieron la dramática señal luminosa en el techo.

Robert se detuvo en el sendero para secarse la cara. Se sentía inseguro y confuso, mientras Jonathan seguía ascendiendo sin dejar de hablar.

—Myrtle me había prometido que construiría un pabellón para el hospital con seriedad en la mirada y voz temblorosa. No lo hizo nunca, por supuesto, y la verdad es que tuve grandes dificultades para lograr que contribuyera con cien dólares al año a la ayuda de los hospitales. Su «querido». Pete le decía siempre que fuera ahorrativa, y Myrtle era más avara que una navaja, pese a su idiotez en todo lo demás. Me ponía la mano sobre el brazo y me miraba sentimental, suspirando y prometiendo misteriosamente una fortuna. Muy lisonjera, sí, pero nunca decía nada en serio. Debería haberla conocido mejor. —Jonathan miró hacia atrás y vio a Robert detenido en el sendero—. ¿Qué le pasa? ¿Ya está flojo, a su edad?



—No. —Robert se sentía más confuso que nunca—. Es que los hospitales... ¿significan tanto para usted, doctor?

La sombra era muy densa cuando Jonathan llegó al final del sendero. Estaba silencioso, pero el joven podía sentir la amarga penetración de su mirada.

—Antes sí, pero ahora no.

Siguió trepando rápidamente, seguido por Robert.

—¿Por qué me habla con tanta formalidad? ¿No le dije que me llamara por mi nombre? —dijo Jonathan.

No miraba hacia atrás. Parecía atrapado en un aura sombría que era toda suya. Su alta y esbelta figura se deslizaba sobre el sendero, como una sombra. Había un recodo y desapareció momentáneamente. Robert siguió trepando sumido en pensamientos inquietos y contradictorios. Sintió un frío entre los omóplatos que le hizo estremecerse.

Llegó súbitamente a la luz del sol, clara y brillante.

No se percibía ya el olor fuerte del musgo mojado y el limo de la tierra. Sin saber por qué experimentaba un profundo agradecimiento. Todo volvía a ser hermoso, lleno de una sencilla amabilidad y frescura, despojado de todo lo perverso, aquí, bajo la luz del sol. Sí, el hombre era bueno, sin complicaciones. ¡El hombre era hijo de Dios! De pie sobre el verde césped se sentía lleno de calor y bienestar. Por un momento no vio a Jonathan Ferrier que le esperaba a poca distancia.

Jonathan le miraba con curiosidad, y por un momento se sintió triste. Pobre diablo. Pobre muchacho confiado. Todo le parecía dulzura y luz, ¿no? Nada era complejo, ni complicado, ni perturbador, ni cruel, ni traidor, ni infame. No, nada era así para Robert Sylvester Morgan, que apenas había salido de la matriz. «Pobre diablo», volvió a pensar Jonathan Ferrier, «tengo que ayudarlo. Tiene que conocer la realidad antes de que sea demasiado viejo para aceptarla con ecuanimidad, y seguir luego adelante...».

—¡Eh, Robert! —gritó.

Robert se dirigió lentamente hacia donde estaba Jonathan, encantado, volviendo la cabeza a ambos lados en busca de nuevas maravillas. No sentía envidia, pensaba que todo era maravilloso. Se reunió con Jonathan, y en silencio se aproximaron al castillo. El camino estaba pavimentado con losas de mármol blanco, tres escalones, también de mármol, conducían hasta las puertas de bronce, y a cada lado se acurrucaban leones de piedra de tamaño natural.

—¿Qué le parece a usted todo esto? —preguntó Jonathan.

—Hermoso —dijo Robert.

Jonathan se rindió.

—El sueño de un hombre vulgar —dijo—. Por lo menos, el sueño de un sueño. Robert no escuchó su irritada observación.

Las puertas de bronce se abrieron antes de que llegaran frente a ellas y un hombre joven y alto, ataviado con una chaqueta carmesí de terciopelo, bajó ágilmente los escalones para saludarlos. Robert le vio a la clara luz del mediodía con su cabeza alargada, indiferente, sonriente. Tenía una hermosura vivaz, poco corriente en una persona tan despreciada y joven, su cabello era rojo brillante y sus facciones bien delineadas y sinceras. Se les acercó ansioso, como si fueran invitados merecedores de la mejor bienvenida, tendiéndoles las manos. Robert advirtió entonces sus grandes ojos, de color avellana brillante, que revelaban su buen carácter, y su alegre y atractiva sonrisa que dejaba al descubierto sus deslumbrantes dientes. Su aspecto era el de una persona franca y juvenil, muy agradable.

—¡Jon! —exclamó—. Jenny acaba de decirme. Y... —dijo volviéndose hacia Robert con aquel aire de profunda sinceridad y mal disimulada expectación. Su voz era igual a la de Jonathan, aunque menos grave.

—Mi sustituto —dijo Jonathan—. Robert Morgan. El joven Bob.

—¡Muy bien! He oído hablar del doctor Morgan. ¿Qué le parece nuestro pueblo?

—Me gusta. Me gusta muchísimo —dijo Robert con un fervor que provocó una sonrisa torcida en Jonathan.

Estrechó las manos de Harald Ferrier. Aquel hermano no era ni un extraño, ni raro, ni secreto. Era tan transparente y tan cálido como la luz del sol. Le hacía sentirse a uno como si fuera un viejo amigo a punto de recibir un fuerte abrazo. Le daba la sensación de haber sido ya aceptado, de estar seguro y cómodo, y más bien recibido de lo que es normal.

—Me alegro —dijo Harald—. Me alegro mucho. Excelente, como diría Teddy Roosevelt. Bueno, entren, entren. Se quedan los dos a almorzar, ¿verdad?

A pesar de que su voz se parecía a la de Jonathan, le faltaba su resonancia, su profundidad, aquel tono que denotaba firmeza de ánimo. Robert, arrullado por tanta buena voluntad, por tan tremenda amabilidad, vaciló.

—Bueno, yo... —murmuró mirando a Jonathan.

—Vinimos a almorzar —dijo Jonathan—. ¿Acaso no lo hago generalmente?

—Excepto cuando vienes a cenar —dijo Harald con una sonrisa, mientras guiñaba un ojo, sin motivo, a Robert, como si le hiciera cómplice de una deliciosa conspiración contra su hermano—. Nos aburrimos un poco aquí, sin visitas. Soy un tipo gregario, me gusta tener compañía. Los amigos tienen que hacer un enorme esfuerzo para atravesar ese río a remo.

Robert murmuró algo. ¿Qué malos pensamientos había tenido sobre Harald Ferrier pocos minutos antes? No lo podía recordar, pero se sentía avergonzado. ¡Harald irradiaba tanta alegría, tanta simplicidad y buen humor!

Entraron en un vestíbulo cuadrado con paneles de mármol blanco y negro, y cuatro armaduras colocadas a lo largo de las paredes de nogal. Una escalera de

madera oscura que partía del vestíbulo conducía a un descansillo con una gran ventana de vidrios manchados. Emanaba del vestíbulo aquel peculiar olor que hacen posible los muchos años, una mohosidad suave y agradable. Robert vio también banderas de diversos colores colgadas, que insinuaban blasones familiares.

—Por amor de Dios, salgamos a la terraza, lejos de todas estas baratijas — exclamó Jonathan.

Harald se echó a reír sin acusar la ofensa.

—Todo son baratijas para Jon —le explicó a Robert— pero el viejo Pete compró este vestíbulo íntegro en Alemania, así que, ¿qué es lo que tiene de falso? Y el castillo está totalmente decorado con muebles auténticos, traídos de toda Europa. Sheraton, Chippendale, Español. Y también hay un montón de Duncan Phyfe. Bien, vayamos a la terraza. —Tomó el brazo de Robert amistosamente—. No haga caso a Jon, trata de agriarle la vida a todo el mundo.

—No a todo el mundo —dijo Jonathan— pero me gustaría agriártela un poco a ti.

—Querido y viejo Jon —dijo Harald sin asomo de resentimiento—. Por esta puerta, por favor, doctor Morgan.

Abrió una gran puerta de roble labrada, y un destello de sol penetró en el vestíbulo. Detrás había una terraza de piedras grises y lisas, y macetas con flores exóticas, todo ello rodeado de pequeños abetos.

Robert se puso la chaqueta, un tanto avergonzado por haberse olvidado de hacerlo antes, y se sentó. Jonathan se sentó a su lado con las piernas cruzadas y aire descuidado, dando el perfil a Robert, como si se hubiera olvidado de él. Harald se mostraba muy amable, y miraba a Robert con mirada cálida y afectuosa, como si le conociera desde hacía muchos años y le consideraba un amigo muy querido.

—¿Tomamos unas copas antes de almorzar? —sugirió.

—*Whisky* con soda para mí, como siempre —dijo Jonathan, sin apartar su mirada ausente del río.

Robert no se decidía. Su madre no era partidaria de los licores fuertes, y lo único que había conocido, tanto en el secundario como en la Facultad de Medicina y en Johns Hopkins, eran la cerveza, el vino y el jerez. Pensó que, en este ambiente, cualquiera de los tres sería apropiado.

—Jerez —dijo Jonathan, como si le estuviera leyendo el pensamiento.

Robert sintió que se odiaba a sí mismo, por el calor que le subió al rostro.

—No —dijo—. Gracias de todos modos. Creo que me gustaría tomar un poco de *whisky* también.

—Muy bien —dijo Harald, e hizo sonar una campanilla que tenía sobre la mesa, junto a su codo. Al instante se acercó a la puerta un hombre de cierta edad, ataviado con una chaqueta blanca.

—Tres *whiskies* con soda, Albert —dijo Harald, con su tono amable—. Por favor.

El anciano le sonrió como un padre.

—Sí, míster Ferrier —dijo—. En seguida.

—¿No te molestaría, Albert, pedirle a la señorita Heger que se reúna con nosotros aquí? Podría también traer jerez para ella.

—*Whisky* —dijo Jonathan, sin volver la cabeza.

—¡Oh, vamos, Jon! No seas fastidioso. ¡Jenny no bebe *whisky*! Es una dama. Jonathan bostezó.

—Jenny, generalmente, bebe *whisky* también. No hagas teatro para Bob.

Harald no cesó de sonreír, pero sus ojos dejaron traslucir cierto dolor. Robert sintió pena por él. Harald hizo una seña a Albert.

—Cuatro *whiskies*, entonces —dijo, y vaciló—. Le vas a dar al doctor Morgan una mala impresión de la gente de esta casa, Jon.

—Peor la va a tener en el pueblo —dijo Jon con indiferencia, mirando ahora a Robert—. Mi madre bebe *whisky* y le gusta. ¿Y por qué no? Eso de pensar que las mujeres son mejores o peores que los hombres es una estupidez.

Robert no sabía qué decir. Deseaba que Jonathan no se mostrara tan intolerable, pero Harald ya hablaba de nuevo con entusiasmo.

—¡Hambledon es realmente un pueblo espléndido! Le va a gustar, doctor. No es como Filadelfia, naturalmente, pero en ciertos aspectos es mejor...

—¿Por qué entonces siempre deliberas con abogados para dejarlo? —le preguntó Jonathan.

Harald se puso serio de repente, y se inclinó con ansia hacia su hermano.

—Vamos, Jon, sabes que eso no es cierto. ¿No es acaso Hambledon mi hogar? ¿No he regresado siempre aquí cuando...?

—Cuando el dinero de papá empezaba a evaporarse, o cuando se negaba a darte más.

—¡Oh, déjate de esas cosas, Jon! Ésta es la primera visita aquí del doctor Morgan, y... —dijo Harald con una alegre sonrisa.

—No debemos causarle una mala impresión. Sí, lo sé. ¿Pero acaso crees que nunca oírás hablar de nosotros en el pueblo? Hay centenares de viejos pajarracos de ambos sexos que se sentirán ansiosos por contarle todo cuanto saben de los Ferrier. Lo mejor es que lo sepa de primera mano.

—Nos haces aparecer como despreciables, o algo peor.

—Y eso es lo que somos.

Harald se quedó silencioso, pero siguió sonriendo. Se abrió la puerta y Jenny salió a la terraza. Se había quitado el delantal marrón, pero su vestido azul de algodón tenía manchas de tierra, como si acabara de dejar el jardín. Su expresión era taciturna y remota. No miró a ninguno de los hombres, y no hizo el menor gesto cuando se levantaron para saludarla. Se dirigió corriendo con la torpeza de un potrillo, hacia una

silla alejada. Se sentó, volvió la cara y apoyó sus grandes manos blancas sobre su regazo.

Robert miró furtivamente su perfil, y pensó que nunca había visto una muchacha tan extraordinariamente hermosa.

—He pedido un *whisky* con soda para ti, Jenny —dijo Harald con un tono amable, casi suplicante—. Me alegra que puedas estar con nosotros.

La muchacha no dio el menor indicio de haberle escuchado, su expresión taciturna, no varió.

«¡Caramba, le odia!», pensó Robert. Después se le ocurrió otra idea: «No, era a Jonathan a quien odiaba». Seguramente les había visto en la arboleda. Con aquel aire diáfano una persona de aguda vista podía descubrir cualquier presencia, incluso a más de un kilómetro de distancia. Robert empezó a sentirse incómodo.

En aquel momento regresó Albert con una bandeja de plata, una botella de soda y otra de *whisky*. Los hombres miraron cómo preparaba las bebidas, como fascinados. Aquella muchacha perturbaba su tranquilidad con su silencio, aunque ni siquiera les miraba. Albert le alcanzó un vaso y ella lo aceptó en silencio, sin volver la cabeza.

—¡Salud! —exclamó Harald inclinando amablemente la cabeza en dirección a Robert—. Que tenga mucha suerte, doctor, y que se quede con nosotros por mucho tiempo.

—Gracias —dijo Robert, y tras una pausa agregó— y llámeme Bob, por favor —y añadió, sonriendo como un niño tímido—, nadie me llamaba así en Filadelfia y he pensado que podría empezar aquí, en Hambleton.

—No se le ocurra a usted alentar a los pacientes para que lo hagan —le dijo Jonathan—. Si insiste en ser amistoso con ellos, que no es lo mejor que puede usted hacer, permítales sólo que le llamen Robert, y eso después de un largo período de prueba.

—No haga caso a Jon —dijo Harald con tono indulgente—. Es muy formal, aunque no vista la levita convencional y pantalones a rayas —y poniéndose serio, agregó— todos le vamos a echar en falta aquí. Pero dadas las circunstancias... pienso que es prudente que se vaya...

Jonathan bebió un largo trago.

—Y a ti también te gustará más.

—¡Vamos, Jon! ¿Por qué habría de gustarme?

Jonathan, que se llevaba de nuevo el vaso a la boca, se detuvo y miró a su hermano. Pero no dijo nada. Harald volvió a animarse. Sin embargo Robert, a quien generalmente le pasaban desapercibidas lo que su madre llamaba «corrientes», sintió que algo oscuro y dañino flotaba en aquella terraza y se situaba entre los dos hermanos. La mirada que Jonathan clavaba en Harald era fría, pero Harald no parecía darse cuenta. Bebió alegremente unos sorbos. Robert le imitó. Había bebido *whisky*

una sola vez en toda su vida, cuando, siendo niño, tuvo dolor de vientre y su padre mezcló un mejunje de miel, *whisky* y agua caliente para curarle. No le había gustado el *whisky* en aquella ocasión, y tampoco le gustaba ahora. Empezaron a zumbarle los oídos, y aquella sensación le pareció agradable. Estaba todavía vagamente fastidiado por la súbita tensión que se había adueñado del ambiente. En aquel momento advirtió que Jenny le miraba, con el mismo desinterés con que podría haberlo hecho una estatua.

Sus ojos, fijos en los suyos, estaban nublados y distantes, mucho más azules que el río y mucho más tranquilos. Sólo había una cierta luz tímida y vacilante en el hueco de su garganta.

Sin embargo Robert sabía que ella le estudiaba a fondo. De repente sintió la necesidad de que ella le quisiera, que supiera que era inofensivo. Tragó saliva y habló como si tuviera la garganta cerrada.

—¿Le gusta la jardinería, señorita Heger?

Parecía como si ella no le hubiera oído, o no tuviera la intención de contestarle. Después se encogió de hombros, y dijo con voz dura:

—Me ocupo de los rosales de mi padre. Los plantó él mismo, pero no vivió lo bastante para verlos florecer. —No cambió su expresión ni el tono de indiferencia de su voz.

—Qué triste —dijo Jonathan.

La boca de Robert se contrajo. ¿Era posible que se burlara de todo de manera tan perversa, incluso de la pena tan natural que una muchacha pueda sentir por su padre muerto?

Jenny siguió mirando a Robert.

—Es triste. No pudo ni siquiera ver terminada la casa. No vivió aquí ni un solo día.

Hablaba sin revelar la menor emoción, pero la lucecita en el hueco de su garganta pareció intensificarse.

—Jenny era una niña cuando murió su padre. Se querían muchísimo. Después Myrtle, la madre de Jenny, y ella vinieron a vivir aquí. Es un lugar muy bonito —dijo Harald.

—Un lugar muy bonito —repitió Jonathan—. Felicidad, encanto, dulzura. —Dejó su vaso sobre la mesa con un golpe seco—. Y sentimental.

—No seas insultante, Jon —dijo Harald con suavidad—. A Jenny y a mí nos gusta. Fue el sueño del viejo Pete, y es una desgracia que él no haya podido vivir...

—Y una suerte para ti —dijo Jonathan.

Robert sintió de veras haber aceptado la invitación. Experimentaba una fuerte sensación de malestar. Entonces se dio cuenta de que Jenny, por primera vez, miraba a Jon. Había odio en aquella mirada, más feroz e implacable que nunca, pero también

había algo más, oculto y violento. ¿Sería desesperación? Robert nunca había brillado por su imaginación. Siempre había aceptado las cosas tal como las veía, sin buscar por debajo de lo que se ofrecía a su vista ningún significado ulterior. Nunca se le había ocurrido observar de aquel modo, pero en aquel instante se sentía fascinado por la expresión de la muchacha. Había palidecido más que antes, como si experimentara un gran dolor. Sus dedos agarraban fuertemente el vaso, y tenía las puntas blancas.

Jonathan seguía observando indolentemente el agua, como si hubiera olvidado que había gente en la terraza. Harald dijo a Robert:

—No haga usted caso de sus malévolas insinuaciones, Robert. Siempre hace lo mismo. No hay en ellas nada personal, se lo aseguro.

—Siempre son personales, Harald —dijo Jonathan—. No digas tonterías. Soy un caballero. Jamás insulto a nadie, si no es intencionalmente.

«Cerdo», pensó Harald sin dejar de sonreír abiertamente. Era todo serenidad e indulgencia.

—¿Cómo está mamá hoy? —preguntó.

—¿Te interesa? Está tan bien como le es posible.

Jenny miraba fijamente su vaso y dijo:

—¿No ha mejorado? La vi por última vez hace un mes. Me pareció que no tenía buen aspecto.

—Es el corazón —dijo Harald dirigiéndose a Robert con simpatía—. No es muy serio, pero a veces la deja incapacitada. Tuve con Myrtle la misma dificultad. Tenía que tomar con regularidad digitalina.

—Lo siento —murmuró Robert con una sensación de impotencia.

—No está muy bien —dijo Jonathan, respondiendo a Jenny—. Ha tenido que aguantar muchas cosas.

—Olvidemos las cosas morbosas —dijo Harald poniéndose de pie—. ¿No suena la campanilla para el almuerzo, Jenny?

La muchacha se levantó con rapidez, erguida la cabeza, y pasó a su lado en dirección de la casa.

—¿Bob? —preguntó Harald, y Robert siguió a la muchacha, que ya desaparecía detrás de un amplio portal que se abría hacia el vestíbulo.

Harald se sentó alegremente a la cabecera de la mesa y Jenny al otro extremo, que era el que antaño ocupara su madre. Robert se sentó a la derecha de Harald, y Jonathan en el lado opuesto.

—Esta habitación —dijo Jonathan— sería excelente para velar un cadáver.

—Oh, acaba con eso —exclamó Harald—. Lo has dicho un centenar de veces. ¿Crees que a Jenny le gusta oír lo que piensas sobre la casa de su padre?

Jonathan bostezó, mientras miraba el inmenso buffet, oscurecido por los años, y repleto de candeleros de hierro forjado.

—Sigue siendo un velatorio —dijo—. ¿Por qué demonios no regalas este condenado lugar al pueblo para que lo utilicen como museo?

—Es la casa de Jenny. Ella podría oponerse —dijo Harald en un tono de voz alegre.

«¡A él tampoco le gusta este lugar!», pensó Robert, asombrado.

—Jenny —preguntó Jonathan— ¿te opondrías?

La muchacha no contestó.

—Vamos, Jenny —dijo Harald— sé buena y contesta a tu querido tío Jon.

La muchacha siguió tan muda como antes, y Robert volvió a desear encontrarse lejos de allí. Aquella extraña hostilidad no se alejaba de ellos.

—Por favor, contesta a tu querido tío Jon —dijo Jonathan.

La muchacha se levantó de un salto.

—Me llevo una bandeja a mi cuarto —dijo, y antes de que los hombres pudieran levantarse, ya había salido corriendo.

—Mira lo que has hecho. Otra vez —dijo Harald, pero sin animosidad, y sonrió a Robert como si pidiera disculpas—. No sé lo que les pasa a ambos. Jon siempre da disgustos a la pobre Jenny y la fastidia, y la muchacha no lo puede soportar. Deberían controlarse, ¿no le parece? Especialmente estando usted delante como invitado.

—Termina de hacerte el perfecto anfitrión —dijo Jonathan, sin mostrar disgusto alguno por la violenta salida de Jenny.

«Puerco», volvió a pensar Harald. «No puede portarse bien ni un minuto. Ruego a Dios que se marche pronto».

—Veo que tenemos sopa de tortuga hoy, y un hermoso pescado fresco. Espero que le guste. ¿Quiere un poco de vino? —preguntó serenamente a Robert.

La comida estaba muy bien sazonada y servida. Robert gozaba por lo general de un saludable apetito, y hasta aquel momento había tenido hambre. Ya no tenía. Sentía la mayor urgencia por irse de aquel lugar y abandonar la compañía de los dos hermanos que con tanta evidencia se odiaban. Se sentía impresionado. Nunca había visto casos de odio fraternal con anterioridad, no había pensado siquiera que tal cosa pudiera existir. No se detuvo a pensar cuál podía ser la causa. Para él, era suficiente que existiera. Estaba profundamente conmovido. ¡Era algo que iba contra la naturaleza!

—¿No come usted? —dijo Jonathan, y por primera vez advirtió Robert una genuina amabilidad en aquella voz profunda.

Le miró y se sintió de nuevo conmovido y sobresaltado. ¡Parecía como si Jonathan sintiera compasión por él! Repentinamente experimentó un confuso enojo.



## Capítulo 4

Harald, con voz agradable, insistió en mostrar parte de la casa a Robert, después de un almuerzo que le pareció desastroso.

—Y no te olvides de tu estudio —sugirió Jonathan—. El estudio, cueste lo que cueste.

Harald no pareció molestarse. —Qué bromista— dijo con la mayor amabilidad. Tomó del brazo a Robert y le introdujo en el vasto salón.

—Tonto, ¿no? —preguntó Jonathan.

Harald se limitó a sonreír.

—Es una habitación muy hermosa —contestó Robert.

Jonathan contuvo su risita.

Robert sintió de nuevo la impresión de que los hermanos se reían juntos aquella vez, y eso le hizo experimentar cierta molestia.

—Veamos, ¿qué otra cosa construirías en esta isla en lugar de esto? —Harald preguntó, lleno de humor, a su hermano.

—Ya te lo he dicho en otras ocasiones. Una granja grande y sólida de piedras o, si la quieres con más pretensiones, una casa georgiana. ¡Pobre viejo Pete, él y sus delirios de grandeza! Un rústico que soñaba con un palacio.

—Los sueños nada tienen de malo —dijo Harald—. ¿Cómo puede vivir un hombre sin soñar con algo más grande que él mismo?

—Tú te las arreglas bien. Siempre lo has hecho —dijo Jonathan.

Eres muy sutil —contestó Harald—. No creo que tú, tú mismo, sepas realmente lo que dices la mayor parte del tiempo.

Venía después la sala del desayuno, redonda y alegre, con muebles estilo Amish, contruidos en abedul y arce, que de inmediato le gustó a Robert, luego la sala de estar, como la llamaba Harald con una expresión rara, toda en roble oscuro y con brillantes telas de algodón, y la biblioteca, angosta, larga y sombría, con hileras de libros que evidentemente nadie había leído nunca, y cuyas encuadernaciones habían sido elegidas únicamente en función del color. El moblaje de cuero negro, azul oscuro y carmesí era pesado, y en el ambiente flotaba un olor de cuero y humedad, propio del desuso. Grandes cuadros melancólicos colgaban de las paredes en todo el espacio que había disponible. Caballeros victorianos barbudos y peripuestas damas.

—Los ilustres antepasados del viejo Pete —explicó Jonathan.

—No seas mordaz —dijo Harald. Si Pete se inventó antepasados, no se hizo daño a sí mismo, ni tampoco a ellos. No fue el primero en América.

—¡Ahora al estudio! —dijo Jonathan, con una voz que dejaba traslucir un falso entusiasmo—. El corazón del castillo, la verdadera razón de su existencia.

—Oh, cállate —exclamó Harald con amplia sonrisa—. Bob no puede estar

interesado en mis garabatos.

Pero Robert, a quien Harald le gustaba cada vez más en contraste con Jonathan, a quien a cada momento quería menos, dijo:

—No entiendo gran cosa de arte...

—Pero sí sabrá usted lo que le gusta —dijo Jonathan mirándole de frente. A Robert le subieron los colores, y Harald le tomó del brazo, como si quisiera consolarle en broma.

—Vuelvo a decirle, Bob, que no le preste usted atención. Nuestro querido Jon no es más que un diamante en bruto, sin pulir. ¿Quiere realmente ver mi estudio? Está en el segundo piso, y recibe una buena luz del norte.

Encabezó la marcha por la oscura escalera de roble sin alfombras, y llegaron al estudio en el que Robert pudo ver en su interior, que olía a humedad, algunos cuadros que colgaban de las paredes.

—Fíjese en éste —dijo Jonathan, llamando su atención sobre la más loca de las pinturas expuestas.

Robert se acercó sin mucha convicción. En el centro de la tela se veía algo así como un sol escarlata que ardía en el centro, pero cuyos rayos, líneas torcidas y remolinos, eran de color violeta, verde, púrpura, rosado, azul, negro, amarillo y todos los matices imaginables entre los colores. En la esquina superior izquierda había una mancha blanca con puntitos de un negro brillante.

—Magnífico, ¿no le parece? —preguntó Jonathan fingiendo una tremenda admiración.

—No estoy familiarizado con este tipo de arte —dijo Robert tratando de encontrarle algún significado a aquella furiosa e incoherente masa—. Me parece Nueva York, ¿no?

—Es usted un provinciano —dijo Jonathan—. Veamos, le voy a decir lo que es. Es la impresión que tiene Harald de la guerra, en la que no participó pues estaba en París en aquella época, mientras yo me derretía en aquella maldita selva cubana y contraía la malaria.

—Verdaderamente parece la jungla —dijo Robert, que nunca había visto una.

—No es una jungla —apuntó Harald sin disgustarse—. Jon ha bromeado de nuevo. Es mi impresión sobre los pueblos americanos.

Robert pensó que Harald se burlaba, pero se dio cuenta de que no bromeaba en absoluto.

—Mi impresión de las corrientes ocultas —explicó Harald— que implican vehemencia, venganza, explosiones de energía carente de inteligencia, un sol estancado que nace y se pone sobre nada en realidad, animosidades semiocultas y prejuicios, sucios pecados menores, avidez carente de objeto, en resumen, lo que ocurre en casi todas las pequeñas ciudades americanas.

—Consigue dar realmente una impresión de hediondez —dijo Jonathan moviendo la cabeza como si tratara de estudiar la tela más detenidamente—. ¿No le parece así, Bob?

—Creía que a usted le gustaba Hambleton —musitó el pobre Robert a Harald.

—Sí, me gusta, ciertamente me gusta. Pero eso no impide que lo vea con claridad y en todos sus aspectos.

—Oh —fue lo único que pudo exclamar Robert, y Jonathan estalló en una carcajada.

—Gané un premio con este cuadro en Nueva York —dijo Harald sin animosidad—. Me ofrecieron quinientos dólares, pero lo aprecio demasiado como para desprenderme de él. —Señaló una cintita roja que colgaba en la parte inferior de la tela—. Me siento orgulloso de él —agregó sonriendo en dirección de Jonathan—. Por supuesto, los rústicos no lo entienden, pero ésta es la forma que tendrá el arte en el futuro. Ya lo verá.

—No debía de asombrarse —dijo Jonathan—. Ésta será seguramente la época de los mal educados y de los analfabetos mentales, de los artistas sin arte y de los hombres que nunca aprendieron la disciplina del arte, y ni siquiera a dibujar. Será la época en que la mayor parte de los cuadros serán pintados por daltónicos.

—El arte tiene que sacudir, no apaciguar —dijo Harald sin perder su buen humor—. Hemos pasado la época de la complacencia y de los compromisos irreflexivos en una actividad carente de dirección.

Robert estaba convencido de que el antagonismo entre los dos hermanos tenía su base en el hecho de que Jonathan había participado en la reciente guerra, mientras que Harald la había esquivado con habilidad. A Robert le hubiera gustado enrolarse con los «Jinetes Rurales de Teddy Roosevelt», pero su madre se había opuesto a ello históricamente, y sus maestros le habían asegurado afanosamente que su profesión era más importante incluso que el patriotismo.

—El Partido Republicano —dijo Harald, encabezando el descenso por la oscura escalinata— es en mi opinión demasiado radical, demasiado expansionista. Ahora pinto una impresión sobre él. Prefiero el Demócrata, que es conservador y desprecia el imperialismo.

—Pero también te gusta William Jennings Bryan —dijo Jonathan.

—Un hombre de color, un artista en cada milímetro de su cuerpo.

A Robert no le interesaba míster Bryan. Al llegar al pie de la escalinata dijo en tono de disculpa:

—Todos nuestros amigos de Filadelfia son republicanos. A mí me parecen ciudadanos sobrios, Harald.

—Lo siento, muchacho. Están repletos de lo que ellos llaman entusiasmo dinámico, que no es otra cosa que explotación. Fíjese en lo que hicieron después de la

Guerra Civil: imprudentemente lanzaron sobre la población a una horda de esclavos. Radicales, vulgares, gente sin normas conservadoras, carentes del conocimiento del imperativo histórico.

—No tiene la más remota idea de lo que dice —dijo Jonathan—. No sabe siquiera quién fue el primero que habló del «imperativo histórico». Fue Karl Marx en *Das Kapital*. Pero Marx, como Harald no parece saberlo, fue el peor de todos los conservadores, y odiaba verdaderamente a lo que él llamaba «las masas». ¡Gente de la ciudad! Como lo dijera Sócrates, los más malignos enemigos del pueblo nacen y se desarrollan en las ciudades. Es verdad. Mientras más se aleja uno de la tierra, más peligroso se vuelve.

—Tú eres granjero y tu opinión es parcial —dijo Harald en tono de comprensivo afecto.

Salieron al sol ardiente y Robert sintió un gran alivio. Temía complejidades y hostilidades sofocantes, y no tenía la menor idea de lo que hablaban los dos hermanos. Había venido aquí, desde Filadelfia procedente del Johns Hopkins, creyendo que encontraría en Hambleton la máxima simplicidad, el corazón de la América no comprometida, pero la conversación que había oído entre aquellos dos hermanos le había alarmado. Los pueblos pequeños no eran, como él había creído hasta entonces, simples lugares llenos de corazones buenos y emociones sencillas, donde brillaba sincera una buena voluntad. Había dicho su madre condescendentemente: «*Debe de haber ventajas en Hambleton. Aire fresco, lugares frescos, sencillez, naturalidad. Todo natural, sin dobleces. Tú puedes ser una Gran Influencia, querido, llevando los valores urbanos, comedidamente, a los nativos ingenuos*». ¡Qué tonta era su madre!

Harald se ofreció para acompañar a sus huéspedes al río, donde estaba el bote, pero Jonathan le detuvo.

—¿Qué dices? ¿Con esos zapatos tuyos de charol? No los ensucies, por favor.

Harald les dijo adiós desde la puerta del castillo, saludó con un movimiento afectuoso de la mano a Robert, y regresó adentro.

—Un amable bribón, ¿eh? —comentó Jonathan mientras descendían por el camino empedrado que corría entre el césped.

—Pienso que es un caballero muy amable —dijo Robert con cierta dureza.

—Lo es, lo es. Así es él —dijo Jonathan—. Sonríe, sonríe, y pórtate como un villano.

Robert no había conocido a nadie que tuviera menos apariencia de villano que Harald, de modo que no contestó a la maliciosa observación. Se encontraron con Jenny, que había vuelto a colocarse su delantal. Estaba ocupada con el cultivo de un cantero de rosas, y su rústico delantal azul le cubría hasta los talones. Jonathan siguió andando, pero Robert se quedó atrás, vacilante. La muchacha ignoró su presencia.

Tenía las manos sucias de tierra marrón y las rodillas clavadas en el suelo.

—Las rosas son muy hermosas —comentó Robert tímidamente.

La muchacha volvió apenas la cabeza, sosteniendo una paleta en la mano.

—Gracias —dijo taciturna. Tenía la frente perlada de sudor, y sus labios llenos eran rojos. El cabello suelto le caía como una cascada sobre la espalda.

—He disfrutado mucho con esta visita —prosiguió Robert.

Ahora Jenny le miraba de frente.

—¿Por qué?

—Bien, porque todo es muy encantador.

La muchacha miró su bigote leonado, meditativa.

—¿Lo cree así? —preguntó bruscamente, y volvió a su tarea.

Jonathan silbó impaciente y Robert echó a andar. Había contemplado el hermoso y joven cuerpo de Jenny, sintiendo otra vez un hormigueo.

—Ya voy —gritó.

Después observó que las manos de Jenny habían detenido sus vigorosos movimientos y que la muchacha miraba a Jonathan con aquel aspecto de desesperación, o algo semejante, que Robert ya había advertido antes. De nuevo molesto, Robert siguió andando y se acercó a Jonathan. Llegó a la conclusión de que había algo muy extraño en todo aquello que no le gustaba.

Remaron en silencio para cruzar el río. Robert era consciente de que Jonathan le estudiaba rígidamente. Por fin dijo:

—Sabía que no seríamos bien recibidos. —Se sentía resentido.

—Por supuesto que fuimos bien recibidos. A Harald le gusta tener compañía. Quiere a todo el mundo, él mismo lo dice.

—No hay nada de malo en querer a la gente —dijo Robert tirando vigorosamente de los remos.

—Yo nunca he querido a nadie.

—¿Cómo ha podido entonces llegar a ser médico y cirujano?

Jonathan se echó a reír.

—Todavía soy capaz de sentir compasión, algunas veces... —Se irguió en el oscilante bote—. Bueno, déjeme tomar los remos el último tramo.

Una vez en la orilla Jonathan soltó los caballos, que habían estado atados cerca de una burbujeante cascada en el bosque de abedules.

—¿Por qué no viene a tomar el té con mi madre y conmigo, Bob?

El sol descendía por el oeste, y el calor era intenso. El río aparecía ahora en un brillante color oro puro.

—Gracias, pero no —dijo Robert—. Tengo muchas cosas que hacer. Antes de encontrarnos hoy, recibí un telegrama de mi madre. Llegará aquí cuatro días antes de lo pensado. Tengo... tengo arreglos que hacer, quiere una suite en el hotel.

Las negras cejas de Jonathan se contrajeron sobre sus oscuros ojos, y se encogió de hombros.

—Muy bien, será otro día. Mi madre lo desea, Bob.

«¿Lo cree usted?», pensó Robert. Subió al faetón con Jonathan y arrancaron vigorosamente.

Jenny Heger siguió cultivando las rosas de su padre después que los invitados se fueron, pero ahora corrían por sus mejillas lágrimas que la muchacha, con gesto infantil, limpiaba con el dorso de sus manos, dejando manchas en la piel.

Al rato sintió la presión de unas manos fuertes sobre sus hombros, y después unos dedos se movieron suavemente entre la cálida maraña de sus cabellos negros. No levantó la cabeza.

—Te he dicho que no me toques —dijo—. Uno de estos días vas a hacer que te mate.

—Dulce Jenny —dijo Harald— eres igual que un potro joven sin domar.

—¡Quítame las manos de encima!

Harald se levantó, suspirando.

—Te amo, Jenny. Quiero casarme contigo. ¿Qué tiene eso de ofensivo?

—Te voy a matar de veras —dijo Jenny, sentándose sobre sus talones y mirándole con odio, con un salvaje destello en sus ojos azules—. Te voy a matar, con toda seguridad —repitió—. Le miró con toda la fuerza de su espíritu y de su cuerpo joven.

Instantes después, Harald se fue.

## Capítulo 5

El calor de junio se había esfumado de repente. Ahora el cielo era gris, estaba nublado, y el aire era frío y húmedo. Las montañas se ocultaban tras la blanca niebla, la humedad goteaba de los árboles, de los arbustos y de los aleros de las casas, aunque no llovía.

Jonathan Ferrier y su madre, Marjorie Ferrier, estaban sentados en la sala de estar de su sólida casa de ladrillo de persianas y puertas blancas y brillantes adornos de bronce. Los ventanales estaban firmemente cerrados, los cortinajes azules parcialmente corridos, el candelero de gas encendido en aquella mañana, y un alegre fuego chisporroteaba en el hogar de ladrillos blancos. Se estaba cómodo en aquel lugar, fragante de cera, café y leña ardiendo. La habitación, de forma octogonal, tenía las paredes pintadas de color pálido, y el mobiliario era de caoba clara.

Marjorie Ferrier, a los cincuenta y cinco años era alta y esbelta, y conservaba su figura y su gracia juveniles. En aquellos momentos servía café a su hijo mientras éste leía el diario.

—¡Vaya! —exclamó Jonathan—. Aquí tenemos a nuestro simpático y obeso míster Taft llamando a los filipinos «*nuestros hermanitos de color tostado*». ¡Con eso se sentirán muy felices, sobre todo teniendo en cuenta la orgullosa sangre española que corre por sus venas! —Lanzó una risita contenida—. Y aquí tenemos una parodia de eso, creación de un soldado americano anónimo: «*¡Puede que sea hermano del Gran Bill Taft, pero no es hermano mío!*», ¡qué concesiones más nauseabundas pueden borbolar esos políticos!

—Parece que estamos metidos en un buen número de dificultades —dijo Marjorie Ferrier con suavidad.

—Bueno, sea como sea, la Guerra de los Boers ha terminado. ¿Recuerdas lo que dijo el *Lite* sobre esa guerra?: «*Un niño con diamantes no es rival para un salteador con experiencia*».

—Nunca me interesaron los Boers —dijo Marjorie, llenando de nuevo la taza de Jonathan.

—No, supongo que no. Tú eres una de las pocas admiradoras que quedan del rimbombante Imperio Británico.

—¡Oh, Jon, por favor! El Imperio Británico es la rueda que mantiene el equilibrio del mundo. ¿No recuerdas aquella ilustración en aquel diario de Londres, creo que era el *Times*, el año pasado, en que Rusia y los Estados Unidos sostenían juntos el globo terráqueo, y Gran Bretaña figuraba como una diminuta manchita debajo de él? ¡Oh, querido, espero que no sea así! No mientras Gran Bretaña tenga fuerza, sea como sea. —Su voz tenía el timbre profundo de Jonathan, pero era más tenue y amable.

Jonathan dejó su diario sobre la mesa y lo miró con gesto sombrío.

—Hubo una ilustración anterior, vi una reproducción de ella. Fue publicada primero en el *Herald* de Nueva York, creo que en 1857. ¿Thomas Nast?, magnífico dibujante. Describió en aquella época, hace cuarenta y cuatro años, que el viejo barbudo Iván y América lucharían un día para dividirse el mundo entre ellos.

—Absurdo —dijo Marjorie haciendo sonar la campanilla para que trajeran más tostadas—. ¿Por qué tendría América que abrigar ambiciones imperialistas? Absurdo. Y aquella Rusia bárbara, con sus zares, tenía ya bastantes dificultades para mantener sometido a su propio pueblo y evitar que se le rebelara. Es una nación oriental muy misteriosa, ¿no te parece? ¿Por qué razón tendría América que establecer contacto con ellos, salvo quizá en materia de comercio, y teniendo como tenemos suficiente de eso? No hay ningún punto real de contacto entre nuestro país y Rusia.

—Nunca puede predecirse el futuro —aseguró Jonathan, y su madre se echó a reír.

—Tenemos una gran nación —dijo Marjorie— y no hemos empezado ni siquiera a desarrollarla. Poseemos todavía territorios que no son Estados. Llevará siglos llenar a América de costa a costa. ¡Ya tenemos bastante trabajo, sin necesidad de ambiciones foráneas ni de meternos en alianzas con nadie!

—Nunca se puede afirmar —repitió Jonathan—. ¿Qué te hace decir que no vamos a tener «ambiciones» dentro de, digamos, veinticinco o cincuenta años? Si no las tenemos, seremos únicos en la historia del mundo y de la humanidad.

—Somos únicos —dijo Marjorie con voz tranquila—. No tuvimos ambiciones ni siquiera en la última guerra. Pronto vamos a darle a Cuba su libertad.

Jonathan, pensativo, bebió un sorbo de café.

—Únicos —repitió, sacudiendo la cabeza—. No, no lo somos. Empezamos del mismo modo como empezó la vieja Roma. Probablemente terminaremos también como ella, en un sangriento despotismo, con dictadores y, finalmente, con Césares.

—¡Qué morbosos estás esta mañana! —dijo Marjorie—. Pero ahora que recuerdo, siempre fuiste un muchacho solemne. —Le sonrió con afecto, sonrisa que él no percibió.

—Hay una cosa de la que siempre podrás estar segura —dijo Jonathan— y es que resulta muy imprudente no subestimar la buena voluntad de la humanidad. No hemos dado un paso adelante hacia una humanidad verdadera en cinco mil años. Somos los mismos asesinos degen... —Se detuvo, pero Marjorie se limitó a sonreír.

—América no —dijo—. La guerra hispano-americana no fue realmente una guerra en el pleno sentido de la palabra. Hemos estado en paz desde 1865, más de treinta y cinco años. Nunca tendremos las guerras que tienen los europeos, gracias a Dios.

—No estés demasiado segura de ello. Ya empezaremos a tener lo nuestro. Está en la naturaleza humana.



—Sí, pero hay dos grandes océanos que nos protegen y nos aíslan, y vuelvo a dar gracias a Dios.

—Los océanos pueden encogerse. Los griegos y los egipcios lo descubrieron, y ocurrió lo mismo con Egipto y Palestina, cuando Roma empezó a estirar los músculos y a mirar a su alrededor, en busca de nuevos mundos que conquistar y expoliar.

Marjorie le ofreció el plato de jalea.

—Querido Jon, en verdad eres morboso. No tienes fe en tu propio país. ¿Te he dicho que Jenny vendrá a tomar el té conmigo hoy?

—La querida, la dulce Jenny... —dijo Jon, con una fea mueca.

—Bueno, Jon, espero que Harald la traiga. Es un día desapacible, y hay que hacer un largo trayecto a través del río.

—Mi querido Harald —dijo Jonathan—. ¿Cómo ha ido el escándalo por el pueblo últimamente?

Marjorie estaba afligida.

—¿No es algo horrible? Esa gente de mentalidad tan malvada.

—No puedes reprochárselo, tratándose de nuestro Harald.

—Jon, quisiera que terminaras con esas incesantes mofas contra tu hermano.

Él la miró fijamente.

—Me había olvidado. Era tu favorito, ¿no es verdad?

«No», pensó Marjorie con profunda tristeza.

—Harald tiene un carácter débil —dijo—. Pensé, cuando se casó, que elegiría una mujer de carácter firme, que le dirigiera y le guiara. Pero se casó con Myrtle.

—Por su dinero.

—Pobre Myrtle. No debemos hablar mal de los muertos.

—No, claro que no. No hablaba mal de Myrtle, madre. Hablaba mal de Harald, si es que es posible. ¿Una mujer de carácter firme? Como Jenny, por ejemplo.

Su madre le miró extrañada. Le parecía increíble que Jonathan estuviera tan ciego, nada menos que él, siempre tan astuto y perceptivo.

—Jenny —dijo con su voz más amable— es una muchacha maravillosa. La quiero tiernamente. Eres muy duro con ella. Estás completamente equivocado, igual que todo el pueblo.

—Lo sé: *un lirio impoluto*. No importa —dijo, y se levantó.

—¿Adónde vas en una mañana tan desapacible, querido?

—A tratar de fastidiar a ese viejo... quiero decir, a Louis Hedler para que acepte a Bob Morgan en el personal de Sta. Hilda. —Se detuvo—. ¿No podré convencerte de que te desprendas de veinticinco mil dólares que sumados a los veinticinco mil que pongo yo, sirvan para construir un nuevo pabellón para enfermeras?

Marjorie levantó sus oscuras cejas.

—Ésa es una suma muy grande —observó— y más para un joven al que apenas

conoces.

—Pero acuérdate de que lo pensaste hace un año.

La miró, y ambos recordaron que Marjorie y él iban a dar aquella suma al costoso hospital privado... hasta que tuvo lugar el juicio.

—Sí —dijo Marjorie.

—¿Me permites anunciarlo, pues? Necesitan de verdad ese pabellón, tú lo sabes.

Marjorie, jugueteando con el asa de la taza, suspiró.

—Supongo que nada te hará cambiar de opinión, ¿verdad, Jonathan?

—Nada.

—Quiero que sepas esto, querido: si me necesitas, iré contigo donde quiera que vayas —aseguró.

—¿Y dejarías a Jenny y al dulce Harald? ¡Pero, mamá!

La palidez aumentó alrededor de su boca. Se sintió incapaz de alargar la mano impulsivamente, tomar la de su hijo, atraerla hacia ella y besarla, haciéndole saber cuánto le quería, por lo tanto, permaneció en silencio.

—Muy bien, voy a mantener la promesa que hice. Pero ¿es necesario? —dijo después de pensar un poco.

—Sí, es por eso que saqué a relucir el asunto. El viejo Hedler es demasiado íntimo de Martin Eaton, a pesar de que Eaton esté todavía restableciéndose de su ataque y aprendiendo a andar de nuevo.

«Nunca olvidará», pensó Marjorie, «y nunca perdonará. Siempre fue un muchacho implacable».

—Qué cruel de tu parte, Jonathan. ¿Merece el doctor Morgan el esfuerzo que haces por él? —le preguntó.

—Así lo creo. Así lo espero. Por cierto, su madre llega hoy. Nunca me ha hablado mucho de ella, pero creo que es una... bueno... digámoslo así: ese tipo de mujer vulgar, pretenciosa, socarrona. Sin embargo su padre era un caballero. Espero poder rescatar a Bob de sus garras y hacer que se case con ese carácter firme a que te referías. No obstante, toda una dama. Por otra parte, tal vez necesite una muchacha suave para que surja sin demora su virilidad latente.

Se inclinó con rigidez y besó a su madre en la frente.

Ella le dio un beso frío en la mejilla. Después le vio salir. Sentía un dolor que no provenía del corazón. Se acordó de Mavis Eaton, la difunta y joven esposa de Jonathan, y su pálida boca se abrió en un gesto de sufrimiento. Nunca había llegado a querer a Mavis, la muchacha risueña, vital, excitante, atormentadora. ¡La bonita y rubia Mavis, de voz tan alegre, tan llena de vida, tan estúpida, protectora y cruel! ¡Y cómo la había adorado Jonathan! ¡Qué cosa tan extraña que Jonathan, tan perceptivo, no hubiera sabido en seguida cómo era Mavis, a pesar de que era una niña! Pero cuando se trata de mujeres, los hombres son muy peculiares. La mujer más torpe

puede engañar al hombre más inteligente.

Marjorie le había expresado con sutileza su desaprobación un centenar de veces, antes de su boda, pero lo único que había logrado fue despertar su enojo y su indignación. Asistió a la boda tranquila, serena, sonriente, mientras que por dentro los presentimientos la hacían llorar. Había aceptado a Mavis en su casa, después de la luna de miel, y le prodigó amabilidad y afecto. No le sirvió de nada...

Marjorie se estremeció. Se apretó fuertemente los ojos con las manos, apoyó los codos sobre la mesa y se cubrió el rostro con las manos. No se atrevió a decir una palabra. Una palabra hubiera podido producir un desastre, y no debía pronunciarla jamás.

—Muy bien —dijo el doctor Hedler, el «burro diplomado» como le llamaba Jonathan—. ¡Es un ofrecimiento magnífico, muchacho, realmente magnífico! Muy bueno de tu parte y de la encantadora Marjorie. Ella ha sido siempre generosa. Ya sabes que la conocí en Filadelfia, y también a su familia.

—Sí, lo sé. Casi todo el mundo ha conocido a mi madre *en Filadelfia* —dijo Jonathan, y, sin poder evitarlo, siguió— por cierto, lamento mucho lo de su cuñada.

La cara gorda, fofa, vieja, que estaba frente a él cambió, y los ojos cargados miraron a Jonathan de modo agresivo. Pero el doctor Hedler suspiró y dijo:

—Sí, una desgracia. Pero no hubo manera de descubrir que tenía cáncer antes de la operación. Sólo pudimos coserla y mentirle.

Jonathan lamentaba haber hecho aquella observación, por cierto, brutal, pero ahora estaba seguro de que en realidad llevaba a cabo una pequeña extorsión, y que le resultaba peligroso al doctor Hedler. Muy bueno, ya que el doctor Hedler sabía que Jonathan había diagnosticado, un año atrás, un posible carcinoma y no le habían hecho caso. Y entre los que con los mejores modales le ridiculizaban estaba el propio doctor Hedler. Éste era jefe de personal de Sta. Hilda, pero todo el mundo conocía al dedillo sus antecedentes médicos, en especial los médicos más jóvenes, y todos, incluso sus enemigos, sabían que el doctor Ferrier era un famoso cirujano y diagnosticador, y que su opinión había sido confirmada en la sala de operaciones.

«Sí, soy un tipo peligroso», pensó Jonathan complacido.

Estaban sentados en la sobria pero lujosa oficina del Jefe de Personal, forrada con paneles de madera, pesados cortinados de terciopelo color carmesí, con un acogedor fuego en la estufa, ricas alfombras de Bruselas, hermosos cuadros y excelentes muebles de caoba. Había empezado a llover. Caía una lluvia susurrante y cálida, misteriosamente llena de promesas, que se deslizaba por las altas ventanas en hilillos plateados.

—Tengo una idea sobre el cáncer —dijo Jonathan, con mucha gravedad—. Seis personas de cada diez mueren por su causa, en una forma u otra. Son

proporcionalmente pocas víctimas comparadas con las de otros asesinos, como la diarrea y la tuberculosis, la neumonía y la difteria. Éstos son nuestros asesinos actuales, mientras que el cáncer es poco mortal en comparación con ellos. No será siempre así. Hace veinte años sólo moría por su causa una persona entre diez mil. ¿Qué pasará dentro de cuarenta o cincuenta años? En cuanto dominamos una enfermedad, hay otra que toma su lugar. Equilibrio de la naturaleza. Pero el cáncer es la enfermedad más traidora de todas.

—Siempre será rara —dijo el doctor Hedler, con la indulgencia del hombre de experiencia frente a uno juvenil e inexperto—. Y sólo afecta a los muy ancianos en la mayor parte de los casos, aunque Georgia no es vieja, lo admito. Sin embargo tampoco es muy joven. ¿Sabes que solamente es el décimo caso que he visto en mis largos años de práctica?

«No lo dudo ni por un instante», pensó Jon sin el menor asomo de caridad. Pero se limitó a asentir con la cabeza.

—He oído hablar de un solo caso de leucemia —dijo el doctor Hedler.

—Yo he tenido unos ocho —dijo Jonathan—. Creo que esa forma de cáncer va en aumento también.

El doctor Hedler sonrió y movió la cabeza negativamente.

—Lo dudo. Bien, veamos otra vez las credenciales del joven doctor Morgan. Humm... —Se colocó los lentes—. Interno en el Johns Hopkins, eso está muy bien. —Suspiró con un ruido como de sebo en movimiento—. Hablé del asunto antes con Martin Eaton, según sabes.

—Y él bajó el pulgar.

El doctor Hedler se sintió dolorido.

—Jon, Martin Eaton es un hombre muy razonable, y además fue quien fundó Sta. Hilda, que es su orgullo y su alegría. ¡Dio un cuarto de millón de dólares, una suma considerable! Le enseñé las credenciales del doctor Morgan. Él... este... dijo que el personal está completo.

—Personal cerrado. La maldición de los hospitales —dijo Jonathan con desprecio—. Nosotros necesitamos todos los médicos y cirujanos que podamos conseguir para Hambleton y sus alrededores. Si mantenemos a los recién llegados excluidos del personal no podremos hacer frente a la demanda, y los hospitales que tenemos irán decayendo.

—Tenemos que proteger los sueldos del personal, Jon.

—Proteger los sueldos del personal. Que el público se vaya al diablo. ¿Quién dijo eso? ¿Fue el viejo J. P. Morgan o uno de los Vanderbilt? No interesa. El público merece mejor trato de sus médicos y de sus hospitales. ¿Para qué estamos aquí, si no?

—¡No podemos permitir que los nuevos doctores llenen con entusiasmo todas nuestras camas! Eso les encanta, les da reputación. ¿Y qué pasa con la gente que

realmente necesita camas?

—Siempre estamos a tiempo de imponer nuestro propio juicio si un muchacho se vuelve muy ambicioso —dijo Jonathan—. Y ahora volvamos al viejo Martin. Actúa movido por el rencor y tú lo sabes, Louis. Sé que los restantes miembros del personal se pondrán de tu parte si tú lo dices y das tu aprobación a Bob Morgan. El viejo Martin te ha dominado durante años y todos lo sabemos. Demuestra que eres independiente.

El doctor Hedler enrojeció, pero contuvo la furia que le invadía.

—Uno de estos días, amigo mío, te van a colgar de la lengua.

Se detuvo bruscamente, pero Jonathan se limitó a hacer una mueca.

—Estuvo a punto de sucederme una vez —dijo—. Pero nos estamos saliendo del tema. Hambleton crece, lo mismo ocurre con toda la zona que nos rodea. Se instalan industrias. La población médica también tiene que crecer para mantenerse a la par. Sigue negándoles un lugar en el personal del hospital a los médicos jóvenes, y se verán obligados a irse a otra parte, entonces será Hambleton quien perderá. Es una suerte para nosotros que un tipo como Bob Morgan solicite un puesto. Dejemos entrar un poco de aire fresco en este pueblo.

Se quedó esperando, pero el doctor Hedler no abrió la boca.

—Vamos, Louis —dijo Jonathan con impaciencia—. El viejo Martin ya no podrá volver a ejercer nunca más, y tú lo sabes. Si pasas por encima de él, cosa que tienes perfecto derecho a hacer como jefe de personal, habrá algunos gruñidos de indignación, pero en seguida se olvidarán. Además yo me voy, como sabes. ¿A quién tienes en vista para reemplazarme?

Sin poder contenerse el doctor Hedler dijo:

—Martin ya ha pensado en alguien. Terminará su internado en diciembre.

—¿En qué hospital?

Pero el doctor Hedler se limitó a mover la cabeza y miró de nuevo las credenciales.

—Cincuenta mil dólares... ¿Dónde piensas hallar una suma igual tan pronto? ¿En la calle?

El doctor Hedler seguía mirando las credenciales.

—Mira —le dijo Jonathan— toma a Bob Morgan, o si no seguiré formando parte del personal y, ¿a dónde irá entonces el precioso protegido de Martin? Voy a decirte una cosa: si yo me quedo, al viejo Martin se le va a reventar otra arteria cerebral. No es que ésa sea una mala perspectiva a la larga, o a la corta. Le vas a hacer un gran favor, Louis, si aceptas mi elección.

—Cuando lo dices de ese modo... sí, ya veo qué quieres decir. Dame otra oportunidad de hablar con él, Jon. Y, como dices, cincuenta mil dólares es mucho dinero y necesitamos el pabellón de enfermeras prácticamente en seguida —la actitud

del doctor Hedler se hizo cordial—. Acepta mi gratitud, Jon. Y también Marjorie.

«Perfecto», pensó Jon. «Extorsión, fianza, oportunidad de venganza. ¿Quién puede resistir semejantes cosas? ¡No por cierto el viejo Louis!».

—No, no, nada de flores —le dijo Robert Morgan al gerente del hotel, que acababa de traer un gran florero lleno de rosas silvestres muy perfumadas, tan rojas como la sangre y pletóricas de vida—. Mi madre es alérgica a las flores, pero se lo agradezco igualmente.

Por un momento se quedó mirando las rosas, le recordaban a Jenny Heger.

—Me gustaría tenerlas en mi habitación, sin embargo —nunca más podría volver a ver rosas sin pensar en Jenny. Sólo el pensar en ella le producía una sensación punzante.

Ocupaba la mejor suite que el hotel podía ofrecer. Su madre se sentiría satisfecha. Tenía una salita y un vestidor grandes, limpios, frescos aunque los muebles no eran muy distinguidos. Las cortinas eran de terciopelo marrón. Había alfombra turca de color gris y ventanas limpias y brillantes. Miró el dormitorio y vio la cama grande de bronce con almohadón y colcha de terciopelo marrón, su porcelana bien adornada y la sólida cómoda, sus tupidas toallas y las toallas de mano de delicado hilo. No era nada espléndido, pero sí lo bastante adecuado.

—Tendremos un gran placer en dar la bienvenida a la señora Morgan, doctor —dijo el gerente del hotel—. Dígame en mi nombre, por favor, que los servicios del hotel están a sus órdenes.

«Y pueden estar seguros que va a dar órdenes», pensó Robert, pero se sintió avergonzado acto seguido de sus pensamientos.

—¿No ha encontrado todavía una casa que le convenga, doctor?

—Todavía no, pero tengo cuatro en vista, y en cuanto venga mi madre elegiremos entre ellas.

—Lamentaremos perderle como cliente, doctor.

La puerta se cerró detrás del gerente, y Robert volvió a su habitación. Le pareció pequeña y desnuda en el sombrío crepúsculo del día lluvioso. Miró su reloj, su madre llegaría a la estación dentro de una hora. Tendría que buscar un coche. Éstos tenían una forma especial de hacerse invisibles cuando llovía. Se puso el sombrero y los guantes y corrió hacia el ascensor.

No hacía una hora que Jonathan Ferrier le había llamado por el teléfono del hotel para decirle que era prácticamente seguro que sería aceptado en el personal de Sta. Hilda, y muy pronto lo sería en el del Hospital Friend's.

—Es cuestión de pocos días —le dijo Jonathan—. Creí que tenía usted que saberlo.

—Es una gran amabilidad por su parte —murmuró Robert.

«¡No se imagina lo duro y costoso que ha resultado!», pensó Jonathan un tanto disgustado de que el joven médico tomara la noticia con tanta indiferencia.

—Tiene usted mucha suerte —le dijo.

Robert se quedó desconcertado.

—¡Siempre me dijeron que había nacido con una estrella afortunada! ¿*Oiga...*? —dijo.

Pero Jonathan había colgado el receptor.

Jonathan pasó toda aquella fría y oscura tarde en sus oficinas, ocupado en los preparativos de su partida definitiva de Hambledon.

El edificio había sido mandado construir por su madre para regalárselo cuando inició su práctica diez años antes. Lo recorrió totalmente y por último se detuvo en el pequeño vestíbulo, con las puertas y el silencio por toda compañía.

Allí estuvo largo rato pensando. Tenía que revisar todavía el fichero de sus pacientes y las anotaciones especiales que había hecho para Bob. ¡Archivos que contenían las vidas de los demás, con todas sus enfermedades y sus historias, sus temores y sus inminentes condenas a muerte! Entró en la habitación y contempló las hileras de muebles de acero verdes, discretamente cerrados de manera que nadie pudiera tener acceso a ellos, aparte de él. La vida de un hombre te pertenece.

¿Sería así? En unos pocos meses la suya había dejado de pertenecerle. No pertenecía en absoluto a nadie, ni siquiera a él mismo. Era ya un exiliado. Dentro de muy poco tiempo aquel lugar tan querido sería alquilado por otro, y a él le olvidarían. Y él estaría... ¿en dónde? Se encogió de hombros. No lo sabía.

Para él, desterrado por sí mismo, el dolor era un insulto inferido a toda la humanidad. Un joven sacerdote le había dicho en cierta ocasión:

—El dolor es el castigo que Dios ha aplicado a nuestra raza caída, desde el pecado de nuestros primeros padres.

—¿Y no cree usted en la bondad de una bocanada de éter o de cloroformo para aliviar a una mujer los dolores insufribles del alumbramiento? ¿Ha visto alguna vez un nacimiento difícil, padre? Seamos sinceros, ¿sería usted capaz de aconsejar una operación sin anestesia?

—Caramba, Jon. Por supuesto que no. ¿Cree acaso que soy un fundamentalista chillón? Pero la mujer fue condenada a sufrir en el parto...

—Tal vez en el parto común. No creo que se deba intervenir mucho en ese caso, excepto durante los últimos diez minutos más o menos, podría ser peligroso tanto para la madre como para la criatura. Si usted pensara con lógica, los médicos deberían ser declarados delincuentes, como lo fueron durante los primeros siglos del cristianismo, o considerados despectivamente como simples veterinarios y sacrílegos, como en la Edad Media. Aún en Gran Bretaña, en la actualidad un médico es

simplemente «señor». Cuando Nuestro Señor curó al sufriente, le dijo: «*Tus pecados te son perdonados*». Pero eso fue así en un contexto y por razones distintas. ¿Seguramente conoce eso? Ya no creemos más que su «pecado» sea el motivo de que un niño nazca inválido, ciego, defectuoso o enfermo. Tampoco creemos que el cáncer sea un «juicio» sobre el angustiado, gente que en su mayoría rara vez han pecado en toda su vida. ¿Recuerda cómo, durante la época medieval, un hombre, y hasta una criatura que caían enfermos, eran considerados como criminales que sufrían la condena de un Dios supuestamente misericordioso? A veces le apedreaban hasta que moría. ¡Sí! Usted sabe eso, padre. ¡QUÉ OFENSA TUVO QUE SER ESO PARA DIOS!

—Sí, Jon, lo sé. Pero su feroz guerra contra el dolor, que es ejemplar, más parece que sea para usted una batalla personal, un insulto personal...

—Es así porque creía en la dignidad del hombre.

Pero ya no creía en ella. Ya no le importaba lo que pudiera ocurrirles a sus semejantes, debido a lo que le habían hecho, al desprecio y al odio que habían amontonado sobre él incluso aquéllos a quienes incansablemente había prestado su ayuda. Si todo eso lo hubieran hecho unos pocos que no le hubieran conocido en absoluto, ni siquiera de oídas, podría haber perdonado. Pero los causantes habían sido sus propios amigos y parientes, que habían deseado ardientemente, SÍ, DESEADO creer las peores cosas de él. Muchos lo seguían deseando, muchos todavía se sentían decepcionados.

—No debe apartarse de la humanidad, Jon —le había dicho el joven clérigo.

—La humanidad se apartó primero de mí. No me importa ya su dolor, padre —contestó.

—Ése es un pecado contra Dios. Fue Él quien le hizo médico.

—¡Por eso renuncio! —contestó con una mueca. Pero renunciaba porque había perdido la compasión...

—Si la naturaleza pecadora del hombre afectara a los clérigos de ese modo, Jon, después de escuchar lo que se dice en los confesonarios no habría ya sacerdotes.

—No soy sacerdote, padre.

—Todos los médicos, los que lo son de verdad, son sacerdotes, Jon. Hubo una época en que sólo los sacerdotes eran médicos. ¿Lo recuerda?

Pero Jon dejó la pregunta sin respuesta. Se había apartado de uno de los pocos hombres que habían creído en él.

Ahora pensaba en aquello. Sentía enojo contra el joven padre McNulty, para quien la vida era muy simple. El padre McNulty amaba a la gente. ¡Oh, por el amor de Dios! ¿Qué había allí digno de amor? De repente pensó en Jenny Heger, la impúdica. Se volvió, entró de nuevo en su oficina y se sentó ante su escritorio. Despreocupadamente empezó a vaciar los cajones.

Encontró la pequeña fotografía enmarcada de su joven esposa muerta, Mavis. La



colocó sobre su escritorio y contempló el rostro hermoso enmarcado por una abundante cabellera rubia, la garganta suave y llena, los sonrientes y carnosos labios, los ojos pequeños pero alegres, los hombros redondos y delicados. El afán de vivir se dibujaba en las cejas amplias y bajas, en la barbilla con hoyuelos y en la sombra que la bordeaba. ¡Mavis, la hermosa y risueña Mavis, con sus femeninos senos, las contorneadas caderas, los muslos y los brazos redondos! Sacó con cuidado la fotografía del marco, la rompió en pedacitos y arrojó los fragmentos a la papelera. Después arrojó también el marco.

—Me alegro de que estés muerta, Mavis —dijo—. Muchas veces quise matarte.

Sonó de repente el teléfono que había sobre su escritorio y dio un salto, pues se había roto el intenso y terrible silencio. Levantó el auricular.

—¿Jon? —preguntó su madre—. ¿No querías tomar una taza de té con Jenny y conmigo?

—No, querida.

—Sé que estás ahí, recordando. No te hace bien, Jon.

—Es muy bueno.

—Ven, por favor.

—No, mientras ella esté allí.

Marjorie suspiró.

—Está anocheciendo. ¿No querrías llevar a Jenny al banco en el coche?

—No, mamá, nunca lo hago. ¿Para qué está Jim?

—Es que no quiero que estés ahí recordando.

—No estoy recordando. No recuerdo nada, simplemente estoy arreglando cosas.

Marjorie volvió a suspirar.

—Está bien, Jon, pero vuelve a casa pronto. Jenny está a punto de marcharse.

—Salúdala de mi parte.

Colgó bruscamente el receptor en el teléfono. Durante largo rato permaneció sentado con la mirada perdida, mientras la oscuridad se hacía más densa. Toda la vida de un hombre. Los mejores años de su vida. No había llegado a ninguna parte. Todo había sido destruido en un instante y era como si los años no hubieran existido nunca. Miró hacia el lugar hueco y oscuro que absorbería el resto de su vida. Abrió otro cajón, sacó de él una botella de *whisky* y un vaso, y empezó a beber.

La señora de Morgan recorrió con la vista la suite tan ansiosamente preparada para ella por su hijo.

—Realmente no es muy elegante —dijo con una nota de descontento en la voz.

—Es lo mejor que este pueblo puede ofrecer, lo sé.

Se apoyó en sus dos bastones y lo miró todo con un descontento todavía mayor.

—No es a lo que estoy acostumbrada en mi casa. Mañana —agregó, volviéndose

hacia Robert— si me siento un poco mejor, debemos ir a ver los cuatro hogares que mencionaste, querido.

Robert no pudo contenerse.

—Querrás decir las casas, mamá.

La vieja dama frunció el entrecejo, pero por alguna razón, Robert no se intimidaba con su gesto ceñudo.

—Hogares, querido Robert.

—Mamá, la casa en que uno vive se convierte en su hogar, pero las casas de los demás no son «hogares». No puedes referirte a las casas de los demás llamándoles «hogares», sino casas. —Respiró profundamente—. Llamar «hogar» a la casa de otro es una ridícula vulgaridad.

—¡Qué me dices! ¿Aprendiste esa estupidez en este pueblecito, que no podría compararse ni con una esquina de Filadelfia?

—He aprendido una cantidad de cosas que no sabía... madre. Y Hambleton podrá ser pequeño, pero está lleno de vida.

—No creo que me guste. ¿Por qué me llamas madre?

—Porque eres mi madre, y ya no soy un niño.

Le miró con expresión indomable, pero él sostuvo su mirada sonriendo. Se sintió asustada. ¿Estaría a punto de perder a su hijo como había perdido a su marido? La idea le parecía increíble y alarmante, pero lo cierto es que él se había vuelto muy extraño, e incluso le parecía más alto y muy masculino. Aquello se le hacía repugnante.

—Me siento desvanecer —dijo. Robert la acomodó en una silla—. Creo que me vendría bien un vaso de agua —agregó. Robert le trajo agua. Había vuelto a sonreír—. No estoy bien —se quejó ella—, y toda esta humedad...

—¿Quieres tomar una aspirina?

—¡Robert! ¡Nunca tomo drogas! Soporto mi artritis como una cristiana.

—El dolor que puede ser aliviado, debe aliviarse... No es valentía sufrir un dolor innecesario.

—¡Cuánto has cambiado, Robert! ¡Y en tan pocos días! Espero que ese hombre horrible, el doctor Ferrier no te corrompa.

—Madre, aquí tendrás que ir con cuidado. Estás en Hambleton, entre extraños. En Filadelfia tenías amigos que pasaban por alto tus errores. Perdóname, pero es la verdad.

—¡Mi padre era un intelectual! No creía que tuviera que instruirse a las mujeres, pero él mismo me enseñó.

«No te enseñó gran cosa, entonces», pensó el recalcitrante Robert.

—Madre, sólo estoy tratando de ayudarte —dijo con amabilidad.

—Eres un impertinente, Robert, eres ingrato. En primer lugar te niegas a ejercer

en Filadelfia, donde tienes viejos y fieles amigos. Después te decides por este miserable pueblecito de rústicos y caes bajo la influencia de un hombre temible. ¡Sí, lo sé que no goza de buena reputación entre la gente respetable! Me traes aquí, a este pueblo húmedo, con mi artritis, e insistes en que abandone a todos mis amigos...

—Madre, no tienes por qué quedarte aquí, si no quieres. Puedes volver a Filadelfia en cualquier momento.

—¿Y dejarte solo aquí? ¡Solo! ¡En medio de esta corrupción! ¡Tú! ¡Debes creer que soy una madre desnaturalizada! Robert, ¿cómo puedes creer una cosa así?

Robert seguía en silencio.

—Además, ya he alquilado nuestro hogar por una buena suma. Eres todo lo que me queda, Robert —dijo.

—Tienes a todas mis tías en Filadelfia, y mis primos.

—¡Mi hijo único! Arrojado a los paganos.

«Tengo que tener paciencia», pensó Robert.

—¡Ese asesino! —continuó—. ¡Y pensar que mi único hijo ha sido influido por él! Es una cosa criminal. Debería ser expulsado del país.

Robert lanzó un suspiro.

—Fue absuelto, madre.

—En un buen lío nos hemos metido en esta nación, cuando los criminales andan sueltos entre la población para continuar con sus crímenes. —Se llevó el pañuelo a los ojos húmedos—. Pero hay algo que sé, y es esto: nunca entrará en mi hogar mientras viva.

—No creo que venga sin una invitación. Madre, ¿por qué no te acuestas un rato antes de cenar?

Se sintió tentada, no porque realmente experimentara ningún dolor, sino porque la cama siempre había sido su refugio y su venganza contra su familia. Pero Robert estaba extraño, y su temor aumentó considerablemente. Tenía que conocer algo más de aquel misterio a fin de poder defenderse.

—Estoy demasiado agotada por este terrible viaje, con todo el polvo y el ruido. Ha sido mi primera experiencia como viajera, y no me ha gustado. ¡Esa gente vulgar!

—Han sido sólo cuatro horas, madre, y has viajado en pullman.

—¡Cuatro horas de verdadera desgracia, Robert! No sabes lo que significa ser una mujer delicada.

«Gracias a Dios», pensó Robert.

—Bueno, ya ha pasado. Podemos empezar a hacer planes. La casa que está más cerca de la oficina es más pequeña que las otras que vi, pero muy cómoda. Cuatro hermosos dormitorios con buena vista. Y los sirvientes son más baratos que en Filadelfia. Tiene un bonito jardín y un césped realmente agradable. El precio es también muy razonable. Creo que te gustará.

—¿Solamente cuatro dormitorios? Uno para ti, Robert, otro para mí, los dos restantes para la servidumbre. ¿Dónde dormirán nuestros huéspedes?

—Podemos construir otra habitación detrás de la casa. Hay bastante terreno.

—¿Cuánto piden por la casa?

—Sólo diez mil dólares.

—¡Exorbitante! ¡En este rústico pueblecito!

—Está en el mejor sector. Por cierto, la señora Ferrier desea invitarte a tomar el té mañana si te sientes bien —y añadió— está considerada como la primera dama de Hambleton, madre.

—Ni soñarlo..., ¿dijiste la primera dama? ¿Cómo puede serlo con un hijo asesino?

—Madre, ¡el juez y el jurado decidieron que no es un asesino! Hazme el favor de recordarlo. Si llegas a llamarle asesino aquí, puedes ser demandada por calumnia. Bien, ¿la invitación la rechazas entonces?

—¡Oh, cómo me duele mi pobre cabeza! Me confundes, Robert. ¿Rechazar? ¿He dicho eso? ¡Cómo me confundes!

—¿Qué te parece si pensamos en eso mañana? Entonces sabrás mejor cómo te sientes.

—Y tener que dormir en esa cama... —Su voz alta y aguda estaba cargada de compasión hacia sí misma—. Cómo podemos estar seguros de que no tiene bichos...

—Madre, está muy limpia, te lo aseguro. He ordenado una excelente cena para nosotros aquí en la suite, madre. Tus platos favoritos: caldo de pollo, costillas de cordero, patatas con crema, un poco de nabo con mantequilla, ensalada, un poco de tarta, fruta y queso. ¿La pido ahora?

—No creo que pueda comer nada, Robert, salvo unas tostadas con canela y té caliente con limón.

Apenas un mes antes, la hubiera acariciado y tratado de convencerla, pero ahora le dijo:

—Muy bien, voy a cancelar la cena y a ordenar que te traigan lo que deseas. Yo bajaré al comedor y cenaré solo. No estaría bien que te provocara náuseas cenando aquí arriba.

—¿Dejarte comer solo en un comedor público? ¡Robert!

—He comido allí casi todas las noches, madre, y no me han seducido todavía —«desgraciadamente», añadió para sus adentros.

—Robert, ¿qué conversación desvergonzada es ésta? Bueno, voy a sacrificar mi natural repugnancia. Pide la cena, Robert.

—¿Solamente una? ¿Para mí?

La dama le miró fijamente. No le gustaba aquel tono zumbón, indiferente, en un hijo por regla general más solícito.

—Me sacrificaré... —repitió.

Robert, con una sonrisa debajo de su bigote color oro rojo, pidió la cena doble. Luego se excusó y fue a lavarse a su propio cuarto. Salió por el corredor pensando: «Pobre vieja. Es una pesada y una presumida, y, sí, además vulgar».

En cuanto estuvo segura de que su hijo había salido, la señora Morgan soltó ágilmente sus bastones y corrió hacia las ventanas para mirar el pueblo. Las aceras brillaban de humedad en el crepúsculo. Los paraguas se movían en una falange sólida allá abajo, y los faroles de gas estaban encendidos, rodeados por un aura amarilla bajo la lluvia. Pero las lámparas estaban muy espaciadas, y todo estaba muy tranquilo. ¡Qué pueblo más horrible! Su Robert no tardaría en cansarse de él, y entonces volverían a la civilización, a Filadelfia. Bueno, ya veríamos. Tomaría el té mañana con aquella mujer, y le haría ver que era condescendiente con la madre de un asesino.

—Realmente no puedo comer nada. —Se quejó a Robert cuando la mesa estuvo puesta en la suite, y la sabrosa comida ante ella.

—¡Oh, qué desgracia! —dijo Robert levantando con entusiasmo su cuchara—. Esto está muy sabroso. Prueba un sorbo.

La mujer comió con apetito, todavía más que Robert, y se quejó, suspiró y murmuró durante toda la cena. Como mujer ahorrativa que era, deslizó hábilmente dos chuletas en su pañuelo, para engullirlas más tarde. Después de todo, se dijo a sí misma, le costaba dormir. Y el desperdicio es un pecado. Ya estaba pagado. No es bueno dejar que los sirvientes se harten con lo que sobra.

—¿Dos dólares por esta comida, Robert? ¿Se han creído que eres millonario?

## Capítulo 6

—Una mujer de verdad odiosa —le dijo Marjorie Ferrier a su hijo dos días después—. Tan afectada. Se pasó la mayor parte del tiempo contando chismes, haciéndose la condescendiente, alardeando cortésmente y hablando de un modo que indudablemente ella considera muy «refinado». ¿Cómo puede tener semejante madre un joven tan agradable y caballeroso como Robert?

—¿Y cómo puede una madre tan simpática como tú tener hijos tan odiosos? —le preguntó Jonathan—. Debe ser herencia de antepasados remotos.

—Mis hijos no son odiosos —dijo Marjorie—. Mira, querido, prueba esta mermelada inglesa. Estos días no has comido muy bien. ¡Qué mañana tan hermosa! El tiempo es brillante y cálido de nuevo. Creo que voy a trabajar en los canteros de rosas. ¿A dónde vas ahora, Jon?

—A llevar al joven Caballero a hacer las rondas. Quiero estar seguro...

—¿De qué, querido?

—No importa. Ya nada me importa.

«Pero todo te importaba siempre demasiado, hijo mío», pensó Marjorie con un suspiro, mientras su hijo le daba un breve beso y se iba. Se apretó las rodillas con sus delicadas manos y cerró sus hermosos ojos color avellana. ¿Alguna vez tendrían respuesta sus plegarias? ¿Cómo podría vivir sola aquí, en aquella casa tan grande, sin Jon?

Todos sus sueños se habían derrumbado. No había nietos, no habían risas felices. Ya no se sentía alegre de llegar aquí, como en los días en que Mavis vivía y Jon estaba ocupado. ¿Jon? Pensó sobre aquello. ¿Cuándo había dejado de sonreír con aquella sonrisa tan suya? ¿Un año después de casarse con Mavis, o dos, o tres? No, había dejado de sonreír apenas seis meses después.

«¡Oh, Dios!», pensaba Marjorie. «¡Si Mavis no hubiera nacido nunca! ¡Si Jon no la hubiera visto jamás! ¡Si ella se hubiera muerto cuando nació!». Pero la vida, según parece, está trágicamente condicionada por un «si».

Sabía que lo mejor para Jonathan era irse de Hambledon y no regresar nunca, pero su opinión no se basaba en la de él ni en la de los que le conocían. Había momentos en los que no podía soportar que su hijo se fuera, ya que cada uno de esos días significaba un peligro y un terror inminentes. Pero tenía que fingir.

—Bueno aquí estamos: Sta. Hilda, la joya, como lo llamó una vez una señora.

Habían llegado a los portones demasiado primorosos de hierro forjado que permitían el acceso al hospital. Detrás de ellos se veían unos amplios senderos de grava, hermoso césped, olmos, cuidados canteros de flores y bancos para los

convalecientes. El hospital estaba construido con brillantes ladrillos blancos, con chimeneas rojas y ventanas con persianas azules, y tenía cortinas tras los cristales de los costosos cuartos privados. Recordaba más una gran mansión inglesa que un hospital. Algunas enfermeras vestidas de blanco acompañaban pacientes por el prado, o empujaban sus sillas de ruedas. Todo irradiaba frescura. Alguien segaba la hierba y se sentía su deliciosa fragancia en el aire tibio.

—Bien, es un hospital como debe ser, y no un cuartel —dijo Robert.

Un hombre vino corriendo cuando se aproximaron a los blancos escalones, y tomó las bridas del caballo. Los dos médicos saltaron a tierra, y penetraron en el hospital por las puertas ampliamente abiertas que permitían el paso de la brisa y el perfume de las flores. El interior era fresco y luminoso, el pasillo de linóleo estaba pulido en cada uno de sus cuadros amarillos, y en el vestíbulo se veían alineadas cómodas sillas y mesas. Una enfermera que estaba sentada ante un escritorio, levantó la vista, vio a Jonathan y su rostro se endureció.

—Buenos días, doctor Ferrier y doctor Morgan.

Jonathan la ignoró, continuó su camino y abrió de un empujón una ancha puerta que daba a una amplia y cómoda sala llena de sol, y sus modales cambiaron de inmediato.

—¿Cómo estamos esta mañana, Martha?

Una niña, no mayor de diez años, estaba echada descuidadamente sobre un montón de almohadas, y su cabello rubio caía sobre sus hombros. Robert no la había visto antes. Jonathan tomó la hoja clínica que estaba sobre el vestidor, le echó una rápida ojeada y frunció las cejas.

—Ésta es Martha Best —le dijo a Robert—. Es hija de uno de mis amigos más íntimos, Howard Best, abogado. En realidad soy su padrino, ¿no es así, Martha? —Su expresión se había hecho amable, se dirigió hacia la niña, se inclinó y la besó en la mejilla. Martha le tomó la mano fijando en él la mirada de sus ojos azules.

—Podré ir pronto a casa, ¿verdad, tío Jon?

—Así lo espero —le contestó—. ¿No vas a saludar al doctor Morgan?

La chiquilla le miró tímidamente pero no abrió la boca.

Cuando él le dijo: «Hola, Martha», agachó la cabeza y su cabellera de oro cayó sobre sus mejillas como una cortina.

—Mira Martha, el doctor Morgan me va a ayudar contigo —dijo Jonathan—. Parece un gran oso colorado, ¿no?, pero no muerde a las niñas. En serio.

La niña rió convulsivamente y miró de reojo a Robert. Jonathan le entregó la hoja: Anemia aguda. Fiebre intratable de 39 grados. Seria infección de garganta, ahora reducida. Presenta ligera infección de pulmones y nariz. Dolores en las articulaciones. Sangra en forma transitoria por la boca, intestinos, riñones y nariz. Ligera hipertrofia del hígado, bazo apenas agrandado. Se perciben nudos linfáticos.

Palidez, laxitud.

Diagnóstico del médico que la revisó, doctor Louis Hedler: «fiebre reumática con escasos signos de complicación cardíaca».

Diagnóstico del médico de la familia: «... *nada*», todavía no se había registrado diagnóstico alguno del doctor Ferrier.

Robert dejó la hoja y miró inquisitivamente a la niña, su color era fantasmal, debido a la falta de color rosado en sus labios, a los huecos azulados debajo de los ojos. Pensó en algo que le hizo sentir mal. No había visto nunca un caso de...

Jonathan lo observaba fijamente.

—Martha ha estado ligeramente enferma, según me dijeron ayer sus padres cuando la traje aquí, por cuatro semanas. Un pequeño resfriado, según ellos. Después, hace de esto dos días, recayó y me llamaron. Ingresó anoche. ¿Y bien?

Robert se acercó lentamente a la muchachita que le miraba inquisitivamente. Le tomó la mano, estaba helada y ligeramente trémula. La niña se dejó examinar la garganta. Sacó su estetoscopio y le auscultó el corazón. Latía un poco más rápido de lo normal, pero no había sonidos cardíacos evidentes. Tenía la lengua muy pálida, pero las encías estaban congestionadas. Le colgaba del cuello una medalla de oro con una cadena delgada del mismo metal, y en la mesita que estaba al lado de su cama había un rosario. Robert le dejó caer la mano suavemente, y miró el crucifijo de plata del rosario. Estaba silencioso.

—¿Y? —preguntó Jonathan con voz curiosamente velada.

—¿Le han sacado sangre? No parece haber ninguna referencia en la hoja de una prueba de sangre. Quisiera ver el recuento de leucocitos.

Jonathan dio un suspiro.

—¿Estoy muy enferma? —preguntó la niña con ansia—. Tío Louis dijo que tengo reumatismo. ¿Voy a ser una inválida?

—El tío Louis es un viejo... —comenzó a decir Jonathan pero se detuvo—. Por supuesto, no vas a ser una inválida, Martha. La verdad es que cuando esta fiebre empiece a bajar un poco podrás levantarte. Y después podrás volver a casa.

Una alegre enfermera entró en aquel momento, luciendo dos rosados hoyuelos y brincando, con un gorro sobre su alto peinado.

—¡Buenos días, doctores! —saludó con voz cantarina—. ¡Vamos muy bien esta mañana! ¡Tuvimos un abundante y sabroso desayuno y nos gustó mucho! ¿No es así, Martha?

—Sí, señora —dijo la niña cortésmente.

—¡Y qué bonito camisón! —dijo la enfermera admirando el hermoso camisón de seda blanca bordado que vestía Martha—. Se debe dormir bien con él.

—Bob —dijo Jonathan— ésta es una de las enfermeras privadas de Martha, la señora Chapman. Señora Chapman, el doctor Morgan, mi reemplazante.



—Mucho gusto —dijo vagamente la agradable mujer.

—Tráigame un portaobjetos de vidrio del laboratorio —dijo Jonathan—. Y rápido, por favor.

Se sentó junto a la cama y miró a la niña con verdadera ternura.

—Martha, voy a pincharte la oreja para sacarte un poquito de sangre. No te dolerá mucho, casi nada. No vas a hacer un alboroto, ¿verdad?

La niña adquirió súbitamente una expresión de susto.

Jonathan tomó una de sus manos y la sostuvo cálidamente.

—No quiero sangrar, tío Jon —dijo Martha—. Me enferma ver sangre.

—Entonces no voy a dejar que la veas. Conserva simplemente los ojos cerrados, y cuando yo te diga que los abras no verás sangre. ¿Cómo está Tommie? —le preguntó, refiriéndose a su hermanito menor.

—Él también tiene un resfriado —dijo Martha—. No tan fuerte como el mío. Tampoco tiene las rodillas hinchadas. —Sonrió afectuosamente—. Está mejor que todas mis muñecas.

—Claro que sí. Tu mamá vendrá pronto, Martha, cuando haya atendido a Tommie. Para entonces sabremos exactamente qué te pasa y cuándo puedes irte a casa.

—¿Y no tengo reumatismo?

Jonathan miró a Robert, y la niña le miró a él.

—No —dijo Robert—. No tienes reumatismo, Martha.

Trató de sostener la mirada de Jonathan, pero éste la esquivó. Se produjo en la habitación un súbito y espeso silencio.

—¿Qué es lo que tengo entonces? —preguntó Martha con la curiosidad propia de la niñez.

—Primero tenemos... que ver... las cosas —dijo Robert, sintiéndose enfermo.

—¿Quiere decir que no tengo nada de malo? —preguntó la niña con voz chillona. Se sentía un poquito desilusionada.

«*Nunca deje entrever por el tono de su voz o por sus modales que el paciente está gravemente enfermo, o en estado desesperado*». Pensó que aquello no tenía sentido, pero se guardó de decírselo así a sus maestros. ¿Cómo se hace para decir a un niño: «Querido, vas a morir?».

«Por favor, Señor, haz que esté equivocado. Después de todo, no he visto nunca un caso antes, y podría equivocarme. Haz que me equivoque». Echó una mirada a la niña, vio su hermosura y la dulzura de sus ojos. Se volvió, caminó lentamente hacia la ventana, miró hacia afuera y no vio nada. ¡Era un error que muriera tan joven y siendo tan adorable! Tenía que celebrar que estuviera viva. La vida no era una cosa alegre en sí misma, lo sabía, porque para algo era médico y había visto demasiado dolor y muertes, y había escuchado demasiados llantos desolados. Pero era como la

primavera, y un niño tiene derecho a la primavera. Oyó cómo se abría y cerraba la puerta y la radiante voz de la señora Chapman, que traía el portaobjetos.

—Bueno, ahora, Martha —oyó que decía Jonathan— cierra los ojos. Vas a sentir un pinchazo. Dime ¿cómo anda la escuela?

—No me gusta, tío Jon. ¡Oh! —gritó.

—Quietecita. Sólo dos segundos. Deja cerrados los ojos. ¡Buena chica! Señora Chapman, llévelo al laboratorio y dispóngalo, nosotros estaremos allí en unos segundos. Ya pasó todo, Martha. Ahora puedes abrir los ojos. No te ha dolido, ¿verdad?

La niña apenas sollozó y después sonrió. Robert se volvió hacia la ventana, el sol dibujaba una aureola alrededor del sedoso cabello de la niña.

—No, en realidad no me ha dolido... mucho, tío Jon. El padre McNulty llamó al hospital y viene a verme hoy. ¿Verdad que es bonito?

—Maravilloso —dijo Jonathan—, muy bueno. —Robert vio su expresión y se volvió de nuevo—. Y ahora —agregó— saldremos por unos minutos para contar esas bonitas cositas coloradas que hay en el poquito de sangre que te he sacado.

Se levantó, y ambos abandonaron la habitación. Jonathan cerró la puerta lenta y pesadamente.

—Bien, doctor —preguntó—. ¿Cuál es su diagnóstico sobre el terreno?

Robert no recordaba haberse sentido tan miserable y triste antes.

—Espero equivocarme —dijo—. Después de todo lo sé... solamente... por los libros. Nunca vi un caso.

—¿De qué?

—Leucemia aguda. Es muy rara —dijo vacilante.

Jonathan, con la cabeza inclinada, guardaba silencio.

—Dígame que estoy equivocado —le rogó Robert—. Es una niña tan hermosa...

—Miremos el portaobjetos —ordenó Jonathan.

Fueron al laboratorio sin decir palabra mientras cruzaban los largos pasillos. Siempre en silencio regresaron en seguida a la salita de Martha. Oyeron sus risitas al abrir la puerta. El doctor Louis Hedler estaba sentado cerca de la cama en un cómodo sillón y aparentemente le había contado a la niña algún chiste muy gracioso. Se volvió al oír a los dos médicos, hizo un gesto con la cabeza y les tendió su blanda y gorda mano. Se parecía más que nunca a un sapo amable, con su rostro y cabeza completamente desprovistos de pelo, y la nariz respingada y ancha.

—Buenos días, Jon —dijo—. Buenos días, Morgan. Me he enterado de que va a incorporarse a nuestro personal. Encantado. Espero que se encuentre bien entre nosotros. —Estrechó vigorosamente la mano de Robert—. Ahora, ¿qué es lo que he oído? Le han sacado sangre a Martha con un enorme cuchillo, dice ella. ¿Por qué? — Seguía sonriendo todavía alegremente, pero sus grandes ojos castaños eran duros y

penetrantes.

—Simplemente para divertirnos —dijo Jonathan—. Nos gusta lastimar a las niñas, Louis.

—He anotado que opinabas que Martha padecía de anemia, como así también... ejem... de reumatismo. ¿Qué es lo que mostraron tus preciosos portaobjetos?

—Anemia.

—Evidente, evidente. A su edad. Muy común. No hay por qué alarmarse. Son esos dolores en las articulaciones lo que me preocupa, y una sospecha en su corazón...

«*Nunca discuta sobre la condición de un paciente en su presencia*», le habían enseñado a Robert, pero el doctor Hedler, según Jonathan, era uno de esos médicos salidos de una fábrica de diplomas. Quizá le habían enseñado que un paciente difícilmente tiene sensaciones y es siempre totalmente ignorante.

—Tío Jon ha dicho que no estoy muy enferma —dijo la niña con renovada ansiedad al oír mencionar su corazón.

—¡Claro que no estás enferma! —gritó el doctor Hedler con inmensa jovialidad—. Yo, o mejor Jon, va a recetarte un tónico con hierro, ¡y muy pronto estarás tan fresca como la lluvia! Te lo prometo. —Se puso de pie y palmeó la mejilla de la niña, pero miraba a Jon como si buscara confirmación de sus palabras.

—No te asustes, Martha —dijo éste—. No tienes nada malo en el corazón —el doctor Hedler frunció las cejas—. Louis —siguió diciendo Jonathan— tengo un caso afuera que quisiera discutir contigo.

—¿Uno de los tuyos? No me digas, Jon, que te importa mi opinión.

—Siempre hay una primera vez —contestó el doctor Ferrier—. ¿Vamos, Bob? Martha, volveré a verte antes de irme.

Jon cerró con cuidado la puerta detrás suyo, y los tres médicos quedaron solos en el alfombrado pasillo.

—¿Bien? —preguntó el doctor Hedler con impaciencia—. ¿Dónde está tu paciente?

—Acabas de verla, Louis. Y recuerda que nosotros acabamos de volver de los laboratorios...

—Sí, sí, ya me lo has dicho. ¡Ustedes, y sus pomposos portaobjetos y pruebas! Anemia, eso es lo que han dicho, ¿no es cierto?

—Para Martha, sí, para ti, no. —Se volvió hacia Robert—. El doctor Morgan lo adivinó en el primer examen, y después fue confirmado por la prueba de sangre. Bob, dígale a Louis lo que encontramos.

—Leucemia aguda —dijo Robert.

Al doctor Hedler se le abrió la boca con un sonido perceptible. Los ojos le saltaron, y se dirigió a Jonathan.

—¡Vaya! ¡Están locos! Jonathan, no me dirás que crees lo que dice un jovencito como ése, recién salido de las filas del internado, ¿no?

—Lo creo, y lo creí anoche, antes de la prueba de sangre.

—¡Locuras, locuras! ¡Nunca he oído nada tan ridículo en toda mi vida! ¡Es cosa de locos. Esa enfermedad es tan rara que difícilmente ninguno de nosotros verá un caso por sí mismo en toda su vida! ¡Es tan raro como un ángel en el infierno!

—Depende de la clase de ángel —dijo Jonathan—. Louis, compréndelo de una vez. La niña tiene leucemia aguda. Te diré exactamente qué fue lo que vimos en la prueba, pero eso no será para ti más que palabras. Tienes que aceptar nuestra palabra.

—¡Tú, arrogante cachorro con tus ideas científicas! —dijo el doctor Hedler, rojo de rabia—. ¿Sabes lo que haces? ¡Condenas a muerte a esa hermosa chiquilla!

—Yo no —dijo Jonathan—. Fue Dios quien la condenó.

—¡Ah, blasfemo además! —el doctor Hedler transpiraba, aunque hacía fresco en el corredor. Miró a Jonathan con odio—. ¡No, no voy a aceptar tu palabra! La niña tiene fiebre reumática...

—Tú no eres su médico, Louis, soy yo.

El doctor Hedler respiró con dificultad. No podía creer lo que oía.

—¿Vas a decirle a sus padres esta... esta enormidad, esta suposición tuya?

—No es una suposición, Louis. He visto ocho casos en los últimos diez años. Cada vez se hace más común. Hace veinte años sólo un médico entre mil llegaba a ver un caso. Pero los griegos le dieron un nombre: la *Enfermedad Blanca*. ¿Recuerdas a Hipócrates? Él la diagnosticó.

—¡Te prohíbo que le digas a sus padres, Beth y Howard, esta cosa terrible! Si por casualidad fuera verdad, ya sería bastante malo, pero una simple suposición...

—No es una suposición, Louis, y la niña no es tu paciente. No puedes prohibirme que les diga la verdad a los padres de mi paciente, aunque seas jefe de personal. Y voy a decírselo hoy, tienen que estar preparados. La niña tiene muy poco tiempo de vida, en el mejor de los casos, y no hay tratamiento posible, Louis.

—¡Cáncer de la sangre! ¿Eso es lo que quieres decir, no es cierto? ¡Cáncer, a su edad!

—Una criatura entre cada veinte mil tiene cáncer en alguna de sus formas. Louis. ¿No lees las revistas médicas?

El doctor Hedler parecía a punto de golpearle.

—¡La niña tiene reumatismo, fiebre reumática! ¡He visto cientos de casos, y nunca me he equivocado en uno! Y voy a decirles a Howard y Beth que eres un idiota, y que no te crean. ¡Leucemia! ¡Bah! —Golpeó la pared con la mano y echó a andar vacilante, temblando de furia.

—La gloria médica cumbre de Hambledon —dijo Jonathan—. El viejo y sonriente Louis.

—¿No podríamos hacer una consulta médica? —preguntó Robert angustiado—. ¿Alguien del Johns Hopkins?

—¿No cree usted en su propio diagnóstico, y en el mío? —preguntó Jonathan mirándolo con seriedad.

—Nunca vi un caso antes de éste —contestó Robert.

—Ya se lo he dicho, he visto ocho. No en este hospital, por cierto, ni en el otro hospital del pueblo. Fue en Pittsburgh, en Nueva York, en Boston, en Filadelfia. El caso de Martha es clásico. ¿Y bien?

Robert se miró sus grandes manos rosadas.

—No hay cura, no hay tratamiento. Hay casos de remisiones...

—No por mucho tiempo, y no siempre. ¿Acaso quiere mentir a sus padres, Bob?

—No, claro que no. Usted no quiso decir que yo tengo que decírselo a sus padres, ¿verdad?

—No —dijo Jonathan con una sonrisa de helada conmiseración—. Pero quisiera que estuviera usted presente, iniciarle en esas cosas. Y ahora, vayamos por mis otros pacientes. Se los voy a dejar a usted, Bob, con mis mejores sentimientos.

## Capítulo 7

—La misericordia no es una cualidad dañina, salvo que Dios nunca oyó esa frase —dijo Jonathan abriendo de un empujón otra puerta, a través de la que penetraron en otra suite con baño privado, salita y dormitorio, toda provista con un alegre y costoso mobiliario, abierto al sol y al viento y perfumada por muchas flores.

—Éste es un caso muy interesante —le dijo a Robert, poniéndole una mano sobre el brazo—. El viejo Jonas Witherby, de ochenta años, antiguo poblador, dinero viejo, vieja mansión, buenos bonos viejos y hermosa tierra vieja. Quiero que me dé su opinión.

Entraron juntos en el dormitorio cruzando la salida. En un sillón hamaca, estaba sentado un anciano con el rostro más hermoso y tranquilo que Robert había visto nunca en una persona de edad. Era pequeño y de constitución delgada, de pies y manos diminutos y una cabeza noble, poblada de cabellos blancos y ondulados. Tenía los ojos de un niño, claros, azules y vivos, la nariz respingada, una dulce sonrisa en la boca y las orejas rosadas. Estaba sentado frente a la ventana mirando la luz del sol y sonriendo pensativamente. Cuando volvió la cabeza Robert sintió una sensación de calor y paz, algo muy cercano al afecto.

—Ah, Jonathan —dijo míster Witherby, alargando una mano hacia el otro médico y haciendo un guiño—. Nunca te veo sin sentir placer. ¿Cómo estás en este, glorioso día?

—Simplemente mal, Jonas —dijo Jonathan—. Todo anda del peor modo posible. Por cierto, éste es mi sustituto, el doctor Robert Morgan.

El anciano agarró la mano de Jonathan y sonrió alegremente a Robert, después se entristeció.

—¿Cómo está usted, doctor? Todos ustedes parecen volverse más jóvenes a cada momento. Sustituto de Jonathan, ¿eh? Tiene usted que convencerle de que cambie de idea. ¿Qué hará Hambledon sin él?

—Sencillamente, seguir adelante con la maldad de siempre —dijo Jonathan. Se sentó en otra silla, cruzó sus largas piernas, se puso las manos en los bolsillos y estudió a míster Witherby con expresión ambigua—. Dejémoslo. No nos pondremos a repetir las viejas discusiones para que Bob se divierta. Como él va a reemplazarme voy a transferirte, con tu permiso, naturalmente.

—¡Claro, claro, amigo mío! —dijo míster Witherby sonriendo más radiantemente que antes. Observó a Robert con gran interés—. Cualquiera que tú recomiendes...

Jonathan se puso en pie y, con su traje azul, dio de inmediato la sensación de estar extremadamente agotado. Tomó la hoja clínica de míster Witherby, frunció el ceño, y la volvió a su sitio.

—Todavía débil, según veo. Todavía comiendo como el proverbial pajarito.

Conozco a los pájaros, no paran de comer durante todo el condenado día, pero tus enfermeras han anotado: «*tomó el desayuno como un pajarito*». Viejas brujas tontas. ¿Cómo has dormido?

—Siéntese por favor, doctor Morgan —dijo míster Witherby con un suspiro—. Encontrará muy cómoda esa silla, quiero mirar sus jóvenes rostros. Bien, Jonathan ya sabes que a mi edad nadie duerme bien del todo, quiero decir que uno pasa despierto toda la noche.

—Y tiene bastante en qué pensar —dijo Jonathan parado cerca del vestidor y mirando a Robert—. Este viejo Jonas fue viudo. Dos hijos, uno de cincuenta y tres años y uno de cincuenta y uno. Los dos casados, y los dos abandonados por sus esposas. Bill está internado en un manicomio privado, y Donald es borracho crónico. El sanatorio privado lo deja primero seco, y después lo suelta de nuevo. No tiene hijas ni nietos —dijo Jonathan en el tono indiferente de un clínico—. La esposa se suicidó. Muy triste, ¿no le parece?

Robert tomó sus instrumentos de su maletín y procedió a revisar al anciano.

—No hay signos visibles de enfermedad —dijo. Jonathan se movió inquieto. No era hombre que se inquietara por nada, pero a Robert le pareció que ahora estaba agitado. Le vio acercarse a la ventana, mirar hacia afuera y bostezar.

—¿Cuándo llega Priscilla? —preguntó.

—¿Prissy? —míster Witherby volvió a mostrar su encantadora sonrisa—. Dentro de una hora o dos, creo.

Jonathan miró a Robert por sobre el hombro.

—Priscilla, o Prissy, es la segunda esposa de Jonas. Tiene treinta y pocos años. Un bocado apetitoso.

Míster Witherby sonrió con agrado.

—¡Así es, muchacho, así es ella!

Robert le miró, y aquello provocó en Jonathan una risita contenida.

—Una rara chinche vieja, este Jonas —le dijo a Robert haciendo al tiempo un ruido raro. Robert se puso rojo, y míster Witherby se echó a reír otra vez.

—No debe hacer caso a nuestro querido Jonathan —dijo apoyando su pequeña mano en la manga de alpaca azul de Jonathan—. Le gusta confundir a la gente. Realmente debería usted ver a Prissy, el sexteto Florodora son unas brujas en comparación con ella. Sólo hay en toda Pennsylvania una muchacha más bonita que ella..., —sonrió a Jonathan con astucia— y es Jennifer Heger, a quien Jonathan le encanta llamar su sobrina.

Bueno, pensó Robert, no se le pueden hacer reproches al viejo caballero. Tiene derecho a ser feliz en la vida.

—Priscilla fue la prostituta de más precio del pueblo —dijo Jonathan—. Presumo que usted sabrá qué clase de prostituta es, ¿verdad, Bob?

—Vamos, vamos, Jonathan —dijo míster Witherby sin ofenderse en lo más mínimo. Lo que hizo fue echarse a reír—. ¿Acaso no tuvo David, cuando viejo, una rolliza y joven virgen para que durmiera con él y le calentara sus viejos huesos?

—Pero Prissy dejó de ser virgen a los dieciséis años, si no antes. Fue siempre una perra. Nunca se acostó con nadie por menos de cincuenta dólares, y muchísimas veces, por más —dijo Jonathan—. Míralo a Bob, se está ruborizando de nuevo.

Robert le miró, desconcertado.

—Bueno —dijo Jonathan con considerable impaciencia—. ¿Dónde está ese olfato suyo? ¿Huele algo?

—¡Qué pillastre eres! —dijo míster Witherby con afecto, observando a Robert con renovado interés—. Heme aquí, un hombre viejo con tantas aflicciones como Job, y Jonathan no sabe hacer otra cosa que tomarme el pelo. Vine aquí después de un colapso...

—Hubo algo raro con aquel colapso —dijo Jonathan con aire meditativo—. Al principio creí que estabas tratando de demostrarle a Prissy que todavía podías, y que casi te caíste muerto al intentarlo. Después quedé convencido de que Prissy te había hecho tomar algo para poder así escabullirse y tomar aire fresco. Vamos, Jonas, ¿qué fue lo que pasó?

—Oh, querido —dijo Witherby— eres muy molesto y grosero, Jonathan. Le vas a dar al doctor Morgan unas ideas muy raras sobre mí. —Su anciano y angelical rostro resplandecía mientras miraba al médico más joven—. Conozco a Jonathan desde que nació, y siempre fue así. Ha sido siempre imprevisible, y se complace en sobresaltar y perturbar a los demás con el lenguaje más grosero. Pero yo le conozco. No he visto corazón más compasivo, ni alma más amable...

—¡Cállate! —dijo Jonathan—. No he visto nunca un sinvergüenza mojigato peor que tú, Jonas. —Miró fijamente a Robert y frunció el ceño—. ¿Y bien? ¿En dónde está ese olfato?

«En nombre de Dios, ¿qué quiere que le diga?», se preguntó Robert a sí mismo sintiendo un renovado furor. Ha estado insultando constantemente a este amable anciano y a su joven esposa. Levantó violentamente la cabeza. Recordó a aquellos hijos de mediana edad, uno loco, el otro un borracho, la esposa que se había quitado la vida. Volvió los ojos hacia Witherby y le estudió con más atención. Entonces, *sí que olió algo*, y se le ocurrió que era la hediondez del mal.

La idea le horrorizó. Míster Witherby, igual que lo hiciera antes con Jonathan, le puso la mano sobre el brazo. Los músculos se le endurecieron involuntariamente.

—¿Huelo mal? —preguntó míster Witherby con un tono dulce y adulator—. Acabo de bañarme y empolverarme como un bebé.

Sin soltar el brazo de Robert se dirigió a Jonathan.

—Casi me has convencido de que contribuya para la construcción de la sala de



niños tuberculosos indigentes en el Friend's, muchacho. Un poco más de tu refrescante conversación y te doy mi cheque. ¡Y no voy a ordenar después que suspendan el pago! —dijo, y rió alegremente.

«Debo de haberme equivocado», pensó Robert, y se quedó muy quieto. «Fueron mi imaginación y las insinuaciones de Jonathan las que me hicieron sentir el olor de depravación».

—Si me das ese cheque, será la primera cosa decente que hayas hecho en tu vida —le dijo Jonathan—. Incluso podrían perdonarte con una reprimenda y mandarte al Purgatorio en vez de al Infierno. Pero tú no crees en ninguno de los dos, ¿no es así?

—¡Jonathan! ¡Soy cristiano! Pregúntale al reverendo míster Wilson... Oh, Jonathan, me estás provocando otra vez.

Los dos miraron a Robert.

—Usted tiene... usted tiene..., míster Witherby, algunos de los signos de la edad avanzada —dijo Robert.

El anciano palideció y no sonrió más.

—¡No se le ocurra decirle eso! —exclamó Jonathan—. Si algo odia es la simple insinuación de su mortalidad. ¿No ha notado que a todos los perversos les pasa lo mismo? Llámeles como se le ocurra: asesinos, mentirosos, ladrones, perjuros, traidores, sádicos, y le perdonarán. Pero recuérdelos que están a punto de morir, y se habrá creado un enemigo para toda la vida. Y un enemigo como este viejo Jonas es algo formidable. Es capaz, aun en cama, de estrangular a la gente.

—Pero, míster Witherby, usted está magníficamente conservado, y cuidándose podría vivir... podría vivir... muchísimo tiempo más —dijo Robert casi sin pensarlo.

A míster Witherby le volvió el color.

—Pienso hacer eso, doctor. En serio. Mis padres pasaron de los noventa. Amo la vida, doctor. La encuentro eternamente divertida, eternamente fascinante, y siempre he sido así. No debe usted escuchar a Jonathan, que podría encontrarle miles de defectos a un santo. Nunca tuve necesidad de dañar a nadie, ya que heredé todo el dinero que tengo y además lo he aumentado. He sido desgraciado en mi vida familiar. Mi pobre primera esposa tuvo antepasados inestables, me previnieron de ello. Mis pobres hijos heredaron su predisposición. Pero no tengo por qué cansarlo con mis dificultades. Jonathan, ¿cuándo podré salir de aquí?

—Hoy, cuando venga Prissy. ¡Se le va a iluminar la vida cuando se lo diga! Pero si yo estuviera en tu lugar, me compraría un mestizo y le haría comer de mi plato antes de probarlo yo, después de lo que ha pasado.

—Oh, Jonathan, no deberías decir cosas tan duras. —Se rió como un muchacho—. Prissy conoce mi testamento. He ordenado que se me haga una autopsia.

Robert se preguntó si hablaba en serio. Se sentía otra vez confundido, y se apartó del anciano.

—Muy bien —dijo Jonathan— aunque si soy yo quien realiza la autopsia y encuentro cianuro, diré que moriste de «causas naturales». Después de todo, Prissy ha tenido que aguantarte tres años. Merece algunas consideraciones especiales, ¿no lo cree así, Bob?

—Quisiera hablar con usted afuera un momento —repuso Robert.

—¿Por qué? ¿Por qué? —preguntó míster Witherby, mirando del uno al otro—. ¿Están tratando de ocultarme algo? ¿Hay algo que anda mal? —Estaba claramente aterrorizado.

—Desearía de veras que así fuera —dijo Jonathan—. Por triste que sea, no te pasa nada, aunque para mí todavía es un misterio lo del colapso. Creo que voy a tener que advertirle a Prissy que no se precipite en el futuro. —Saludó con gesto burlón al anciano y siguió a Robert fuera de la habitación.

—¡No sé a qué viene todo esto! —exclamó Robert enojado cuando estuvieron en el corredor.

—¿No olió usted nada?

—Puede que yo sea impresionable. Pensé que... —Se detuvo y apretó fuertemente los labios.

—¿Sintió un olor a podrido?

Robert movió la cabeza con renovada furia.

—Estaba usted en lo cierto, estoy satisfecho de usted —le dijo Jonathan—. Ése es el monstruo más despreciable y maligno que haya usted conocido probablemente en toda su vida, y no creo fácil que vuelva a conocer a otro igual. Con su almibarada perversidad llevó a su esposa a la muerte, a uno de sus hijos a la locura y al otro a la bebida. Estoy dispuesto a apostar todo lo que tengo a que nunca en su vida les levantó la voz, o les amenazó o les dirigió palabras fuertes. Apuesto a que nunca hizo nada violento en toda su existencia y que nunca inspiró miedo a nadie. A pesar de ello, asustó tanto a su esposa que la impulsó a matarse, y atemorizó a sus hijos de tal modo que escaparon de él de la única forma que pudieron. Ya ve usted, los caracteres suaves y amables son en particular susceptibles a la presencia del mal. Pero yo soy duro. Le conozco a fondo.

Robert miró involuntariamente la puerta cerrada de la habitación.

—Usted no cree en la posesión demoníaca, ¿no? —preguntó Jonathan—. Pues yo sí. Hay muchas cosas en las que no creo, pero sí creo en un Satanás personal, y el viejo Witherby es uno de sus mejores amigos. Jonas nunca blasfema, al menos por lo que se sabe, los párrocos le aprecian. Los niños le adoran, y vaya eso por lo de que «los niños siempre saben». El montón de flores que había ahí adentro no fue enviado por hipócritas, sino por personas que realmente admiran al viejo degenerado. Pero nunca entro ahí sin hacer la señal contra el mal de ojo. —Y sonriendo extendió la mano derecha, hizo la señal de los cuernos con los dedos y apuntó para abajo—. Mi

adiestramiento católico. Además, cuando era niño tenía una niñera supersticiosa.

Echó a caminar por el corredor y Robert tuvo que seguirle. Jonathan se metió de nuevo las manos en los bolsillos e inclinó su oscura cabeza.

—Hay algo en usted que le hizo sentir el olor de alguna cosa, y si un médico es incapaz de oler el mal, no es un médico en el verdadero sentido de la palabra. Hubo algunas casas en las que el doctor Bogus no habría entrado ni por un puñado de piezas de oro de veinte dólares, y yo sé por qué. Les tenía miedo.

—Miedo, ¿de qué?

Robert se sentía más confiado con respecto a Ferrier y avergonzado de sí mismo.

—De la corrupción. Me dijo, cuando ya era muy viejo, que uno puede contagiarse de un alma enferma lo mismo que se puede contagiar de un cuerpo enfermo. Y es cierto. Dijo también que la corrupción es una enfermedad mortal, y así es. Apártese de la gente corrompida, que es más numerosa que lo que usted cree.

—Pura superstición —dijo Robert—. Una persona mentalmente enferma...

—¿Cree usted que el viejo Jonas es un enfermo mental?

—Bueno, no lo creo exactamente, pero nunca se puede afirmar. Quizá un psiquiatra... He leído algunas de las obras de Freud...

Jonathan se echó a reír.

—¿Freud? ¿Ese pervertido incestuoso? Sí, porque tiene usted que saber que cometió incesto. Lo hizo a conciencia y a su gusto. Proyectó sus propias perversiones sobre toda la humanidad. Naturalmente, iluminó con su propia luz infernal algunos rincones, altillos y sótanos inmundos de otra gente, porque él era un buen conocedor de dichos rincones en su propia alma. Pero se sentía desconcertado cuando estaba en compañía de gente buena, verdaderamente perdido. No podía aceptar la virtud, la consideraba hipocresía, mentira o histeria. Haría usted bien en estudiarlo más a fondo.

—El campo de las enfermedades mentales... —empezó a decir Robert en un tono un tanto altisonante.

—¡Oh, ya exploraremos eso! Pero algo hay de cierto en todo eso de los pozos de víboras abandonados, ¿sabe? Curaban a la gente, por *shock*, según decía. Me parece que quizá los asustaban de tal modo que les arrancaban los diablos de adentro. Una forma de exorcismo bastante ruda... —y al decir esto, Jonathan hizo una mueca.

—¡Eh, ahí está! ¡Jon! —exclamó alguien.

Robert se volvió y vio que se acercaban tres jóvenes sonrientes que alargaban las manos. Uno de ellos era un joven y rollizo sacerdote de rostro amable y juvenil. Otra era una hermosa mujer, vestida a la moda, con un traje de seda gris claro, gargantilla y severo sombrero de paja sobre su cabello rubio. El tercero era evidentemente su marido, un joven de movimientos sueltos, de rizos castaños y con unos grandes ojos claros. Por alguna razón inexplicable, Robert experimentó una sensación de alivio o

de frescura, como si acabara de salir de una cueva pestilente y húmeda a la luz del día. Vio unos rostros frescos, sinceros y honestos, que rebosaban felicidad y expresaban una vívida sinceridad y un placer infantil.

—¿Cómo está, padre McNulty? —preguntó Jonathan estrechando brevemente la mano del sacerdote—. Queridos Beth y Howard —señaló entonces a Robert—. Mi reemplazante, el doctor Morgan. Fresco como una margarita, y les aseguro que es tan inocente como esa flor.

Robert, algo fastidiado, estrechó las manos que se le tendían.

—Beth y Howard Best —dijo Jonathan presentándolos—. Los padres de Martha.

Robert sintió miedo. Miraba los rostros sonrientes y habría deseado salir corriendo, pero Jonathan le tenía firmemente agarrado del brazo.

—Vayamos a la sala de espera al otro extremo del pasillo —dijo Jonathan—. Acabo de examinar a Martha y quiero hablarles de ella.

Echaron a andar todos juntos conversando tranquilamente, y Robert pensó en la niña agonizante que les esperaba.

—Me he preocupado mucho por Martha, y Howard dice que eso es ridículo —dijo Beth—. Lo es, ¿verdad, Jon? ¿Cuándo podremos llevarla a casa? —Sonrió mirando a Robert con timidez—. Espero que le guste Hambleton, doctor. Es un pueblo muy simpático y estamos muy al día en todo. He sabido que viene de Filadelfia. ¡Lo vamos a recibir muy bien, ya verá usted! Pero trate de hacer que nuestro querido Jon se quede, ¿lo hará? ¡No podemos dejarle ir! ¡Le queremos tanto!

Robert quedó silencioso. El sacerdote se retrasó para caminar a su lado mientras le miraba con curiosidad.

—De Filadelfia, ¿eh? Yo fui teniente cura allí, ¡no por mucho tiempo, gracias a Dios!, y lo digo en serio, doctor. —Se echó a reír, con una risa fresca y amistosa—. El cura viejo era un tártaro, pero los curas noveles tienen que habituarse a cosas así. Nos suavizan, nos arrancan las pretensiones, hacen trizas nuestras temblorosas pieles, y luego nos arrojan fuera, desnudos y llenos de gratitud para que a cualquiera que le parezca nos levante, nos sacuda el polvo y nos lleve a casa.

Tiene razón mi madre, pensó Robert. Los clérigos papistas están llenos de vanidad. Se sintió embarazado por haber pensado eso. El padre McNulty apenas era mayor que él. ¿Cómo se dirige uno a un sacerdote? No podía llamarlo «padre». ¿Qué dice la Biblia sobre eso?: «*No llames padre a nadie, excepto a Uno que está en los cielos...*» o algo parecido, Robert se sentía confundido.

—Bien, señor, supongo que toda profesión tiene sus inconvenientes —dijo, y se sintió como un tonto.

El joven sacerdote se limitó a sonreír con la mayor amabilidad. Tenía una cara de manzana, con papada, cabellos finos y ralos y un hoyuelo en la mejilla, derecha, pero sus ojos eran dorados.

En la sala de espera, llena de sol y de cómodos muebles modernos, no había nadie. Beth se sentó, se quitó los guantes y mantuvo la mirada afectuosamente fija en Jonathan, que se sentó muy cerca de ella.

—¡Bien! —exclamó—. ¡Qué hermoso día tenemos! ¡Howard, por favor, no enciendas esa maloliente pipa! Y menos en un hospital. Acabamos de encontrarnos con el padre McNulty —dijo, dirigiéndose a Jonathan—. También venía a ver a Martha. ¿No es bonito eso?

—Mi pipa no tiene mal olor —dijo Howard Best, palmeando el hombro de su esposa—. Es mejor que esos clavos de ataúd que fuma Jonathan mientras aconseja a todo el mundo que no se los lleven a la boca. Bien, Jon ¿cuándo podemos llevarnos a la niña a casa?

—Tan pronto como se le vaya la fiebre —dijo Jonathan frotando la gruesa cadena de oro que le cruzaba el vientre. Miró al sacerdote—. Me alegra que usted esté aquí —agregó.

Howard Best se quitó lentamente la pipa de la boca.

—¿Qué pasa? ¿Sucede algo malo respecto a Martha? —dijo.

Beth dejó de sonreír, y su hermoso color se esfumó.

El padre McNulty lo comprendió todo, con esa misteriosa forma de comprensión propia de los clérigos. Vio la grave expresión de Jonathan, sus amplios pómulos que se habían atirantado, sus ojos evasivos.

—Bueno Beth, oigamos lo que Jonathan tiene que decir —le dijo a la señora Best.

—¿No le pasará nada malo a mi hija? —preguntó Howard con la voz alterada—. Caramba, el viejo Louis dijo que era anemia...

—¡Martha! —gritó Beth con el tono de una madre asustada. El sacerdote le tomó la mano y la sujetó con firmeza.

Robert, quieto a cierta distancia, hubiera querido salir corriendo de allí, pero sabía que su deber era quedarse, a pesar de que nadie se fijara en él.

—En cierto modo es anemia, es cierto —dijo Jonathan con voz amable—. Le hice una prueba de sangre esta mañana. No me explico por qué no se la hicieron antes.

—De modo que es anemia —dijo Howard—. Eso no es muy grave, ¿verdad?

—¡Oh, no, no puede ser grave! —dijo Beth con un acento que parecía una plegaria—. ¡Que no le pase nada a nuestra querida niñita!

«*Se deben emplear eufemismos con un paciente o con sus parientes*», recordó Robert. «*Se debe inspirar esperanza*». «Quizá sea así», pensó, y se sintió desdichado. Había visto con sus propios ojos pacientes moribundos que se iluminaban de repente y se restablecían de modo milagroso, había visto lechos mortuorios llenarse de vida. Había visto moribundos que abrían los ojos y seguían viviendo. Pero no había visto nunca un caso de leucemia aguda, aquella rarísima enfermedad, aquella casi desconocida y misteriosa enfermedad, que se curara. Aquella Enfermedad Blanca de

los griegos, el fantasma silencioso que asestaba un golpe mortal, y nunca retrocedía.

Era una mentira y una crueldad alentar esperanzas cuando no había ninguna.

—Martha tiene leucemia aguda, Beth —dijo Jonathan mirándola a los ojos, que tenía enormemente abiertos.

Los padres se aliviaron en forma visible. No habían oído hablar nunca de aquella enfermedad, y era evidente que el sacerdote tampoco. Ahora parecían llenos de una perplejidad esperanzada.

—¿Qué es eso? —preguntó Howard—. ¿Una de esas nuevas enfermedades que sus microscopios acaban de descubrir?

—No, es muy antigua y muy rara —dijo Jonathan vacilante—. Y no tiene cura.

Beth se tapó la boca con una mano.

—¿Quiere decir —preguntó— algo así como consunción?

—Beth, querida —explicó Jonathan— ahora en ocasiones podemos curar la tuberculosis. Daría gracias a Dios de que no fuera más que eso. Se trata de leucemia aguda, y no hay forma de curarla.

—¿Quieres decir que la tendrá toda la vida, como los efectos de la parálisis infantil? —preguntó Howard sentándose tieso, como si tuviera miedo de romperse—. ¿Cómo hay que tratarla? ¿Tónicos especiales? ¿Ir al mar, a la montaña? —Se detuvo—. ¿Qué diablos es, de todos modos? —exclamó casi gritando.

El sacerdote sostuvo con más fuerza todavía la mano de Beth, que luchaba desesperada.

—¡Casi preferiría tenerla yo, lo juro por Dios, que decir esto, Howard! —dijo Jonathan—. Ya ves, no hay nadie que pueda hacer nada. La llamamos, hablando claramente, cáncer de los órganos productores de sangre.

—¡Cáncer! —gritó Beth, y poniéndose de pie enloquecida, se apartó del sacerdote. Su expresión era terrible—. ¡No lo creo, no lo creo! ¡Los niños no enferman de cáncer! ¡Sólo le pasa a gente vieja! ¡Martha no tiene cáncer! ¡No lo creo, están equivocados! ¡Eres cruel, Jon! ¡Es cruel, cruel, cruel decir una cosa como ésa!

—Pero verídico —dijo Jonathan con voz casi imperceptible.

Howard se puso de pie, atrajo hacia sí a su esposa y ella hundió la cara en su hombro, temblorosa, mientras sacudía la cabeza en una terminante negativa, murmurando:

—Dios mío, Dios mío.

—Nunca he oído hablar de leu... ¿cómo la llaman? —dijo Howard, apretándose a su esposa—. ¿Sangre? ¿Cáncer? ¿Tumor? Martha no tiene tumores, me... —Miró desesperado al sacerdote, con el rostro asustado—. Tiene que ser un error —dijo—. ¡Cáncer! ¿Martha? Nunca se ha oído algo así en un niño.

—No, no es así —dijo Jonathan poniéndose de pie y acercándose a la atribulada pareja—. Lo que ocurre es que los médicos no hablan de ello. Se hace cada vez más

común. He visto otros ocho casos como el de Martha, Howard, ocho, como te digo. Y todos ellos...

—Fatales —dijo Howard sin expresión en la voz.

—Fatales —confirmó Jonathan.

Howard estrechó aún más a su esposa. Miraba a Jonathan como quien mira a un verdugo, con odio instintivo y desesperación a la vez.

—¿Cuánto falta? —susurró.

—No lo sé, Howard, de veras que no lo sé. Quizá unos pocos días, quizás unas pocas semanas, o tal vez meses. Pero no más de un año, no más de un año, y eso siempre que haya una remisión temporaria.

—¡No te creo! —exclamó Howard—. ¡El viejo Louis Hedler nos lo hubiera dicho! ¡Dijo que no era más que anemia! ¡La examinó anoche! Él hubiera sabido si era... si era...

—Howard —dijo el sacerdote poniendo una mano sobre el hombro del joven, pero Howard le echó una mirada ciega e impersonal, y se sacudió la mano de encima. Jadeaba. Beth estaba entre sus brazos, rígida y quieta.

—¡Voy a llamar médicos decentes, médicos que tengan experiencia en estas cosas... médicos que *SEPAN!* —gritó Howard—. No a jóvenes charlatanes, no a un hombre que...

—¡Howard! —le conminó el sacerdote con energía.

—¡No me importa! —gritó Howard enloquecido—. ¡Está mintiendo! ¡No sé por qué, pero está mintiendo! ¡Quiere... no le creo! Vamos a llevarnos a Martha a Filadelfia... a un médico competente... uno de esos clínicos. ¡Él miente! —hablaba casi sin aliento—. Es un podrido...

—¡Howard! —gritó el sacerdote.

Pero Howard le apartó de nuevo, y apretó su mejilla contra la de su esposa.

—No llores, querida, no llores. Son todas mentiras, Martha está bien. No tiene que verte de ese modo. Nos llevaremos a Martha a casa hoy. La llevaremos a... —Sus ojos se habían hinchado con lágrimas de angustia y miraba a Jonathan con ferocidad y repugnancia—. ¡Cómo has podido decir semejante cosa a una madre y a un padre!

—Por Dios que desearía que me pasara a mí —dijo Jonathan—. Daría mi vida, Howard. Pero es cierto. No tienes nada que esperar. Es demasiado cierto. Tenéis que estar preparados.

—Oh, no —dijo Beth con los labios apoyados en el cuello de su marido—. No es cierto. No con Martha. No es más que una infección... un resfriado fuerte. Martha no ha estado enferma un día en su vida.

Jonathan suspiró. Por primera vez advirtió la presencia de Robert. Se dirigió al sacerdote.

—Padre, no deje usted que se hagan ilusiones. No hay la menor esperanza. Simplemente ayúdelos, si puede. Eso es todo.

Howard casi gritaba.

—¡Es un asesino, y todo el mundo lo sabe! ¡Por eso dijo lo que dijo! ¡Quiere que otra gente muera también, y probablemente las hace morir él mismo! Él... —Se atragantó—. ¡Voy a matarle! ¡Seguro que voy a matarle!

—No lo tome en cuenta, Jon, en su dolor no sabe lo que dice. A usted en realidad no le importa, ¿no es así? —le dijo el sacerdote a Jonathan.

—Sí, me importa —dijo Jonathan—. Me importa como el mismo diablo. ¿Esperaba usted que no?

—Pobre Jon —dijo el sacerdote.

El hermoso cuarto, radiante de sol que entraba por todas las ventanas, le pareció súbitamente horrible a Robert.

Oía risas distantes en el pasillo y afuera el crujido de ruedas sobre la grava, el sonido que hacían los cortadores de césped y el piar de los pájaros. Tan hermoso y placentero, tan lleno de vida. No podía soportarlo. Una niña se moría y a nadie le importaba allá afuera, nadie lo sabía, y cuando hubiera muerto todo seguiría como si tal cosa.

—¿No hay nada que hacer? —preguntó el sacerdote.

—Nada —contestó Jonathan.

Salió lentamente de la habitación y Robert le siguió. Cuando llegó al pasillo, se apoyó en la pared como si estuviera agotado.

—Cristo —dijo, con acento cargado de veneno.

En la sala de espera Howard seguía gritando en forma incoherente. Se oía también la voz baja pero persistente del sacerdote, pero no a Beth.

—Ahora veo claro por qué tiene usted que irse —dijo Robert—. Ya es bastante malo tener que decírselo, pero encima esto... —Se detuvo, con un silencio elocuente.

—Cristo —volvió a decir Jonathan, como si no le hubiera oído.

Se separó de la pared y comenzó a alejarse, seguido por Robert. «*Le queremos tanto*», había dicho Beth. Robert sentía deseos de golpear algo con toda su fuerza.

—Esa niña —dijo Jonathan como si hablara consigo mismo—. Y el viejo Witherby. Eso no tiene sentido. Nada tiene sentido.

Pero al cabo de unos instantes el rostro amargado de Jonathan se había suavizado, y abrió otra puerta.

—Hola, señora Winters. ¿Cómo estamos hoy? —preguntó.

Una señora mayor, muy delgada y con el pelo blanco, escaso, estaba sentada en unas altas almohadas en una habitación que le pareció extrañamente desierta a Robert, todavía conmovido, aun cuando estaba iluminada por el sol y llena de flores colocadas sobre el vestidor. Era como si allí no hubiera nadie y la anciana no fuera



más que una sombra. Y parecía realmente una sombra, con su palidez, sus labios reseco y los ojos pálidos y cansados. Pero sonreía feliz a Jonathan, y cuando el médico tomó su mano seca le atrajo hacia sí y le besó la mejilla como una madre.

—Mi querido muchacho —le dijo. Su voz era baja y susurrante, y tenía una leve pulsación en la garganta, pero sus ojos eran astutos e inteligentes—. ¿Qué te pasa, querido? —le preguntó—. ¿Algo te ha herido?

—No más de lo habitual —contestó Ferrier—. Bueno, no se preocupe por mí. ¿Cómo ha dormido? —Tomó la hoja clínica y la estudió atentamente.

—Maravillosamente —dijo la anciana. Miró con suave pero cortés curiosidad a Robert. Tenía un rostro hermoso aunque gastado, aristocrático y controlado, y vestía un camisón de batista bordada.

Jonathan seguía estudiando la hoja.

—Éste es el joven doctor Morgan, señora Winters, mi reemplazante. Robert, la señora es Elizabeth Winters, mi paciente favorita y una santa.

—Dice tonterías —dijo la señora Winters tendiendo la mano a Robert, quien la tomó y la notó muy fría, a pesar de que en la habitación hacía calor—. No vamos a permitirle que se vaya, ¿no es cierto, doctor Morgan?

Insuficiencia cardíaca, pensó Robert. La anciana señora tenía una apariencia indomable y un espíritu fuerte, según veía ahora. Había un frasco de digitalina en su mesita de noche. Parecía extraño, pero se sentía aquella habitación tan vacía como si la anciana ya estuviera muerta. ¿Qué había dicho? «*No vamos a permitirle que se vaya, ¿no es cierto?*». Jonathan puso la hoja a un lado y se acercó otra vez a la cama.

—¿Respira mejor? —preguntó.

—Mucho mejor, gracias a ti, Jon. Estoy segura que me siento mejor que tú.

—No tengo la menor duda. No podría sentirse peor.

Para ella, reír significaba un esfuerzo, pero lo hizo, sin dejar de examinar por eso a Jon.

—Si me dejas, voy a morir en las manos de cualquier otro —y tras una pausa añadió—. Así lo espero, Jon, ¿por qué insistes en mantener con vida este viejo cuerpo? Siempre te riño. —Se detuvo para recuperar el aliento—. Eres sencillamente perverso.

—Claro que lo soy, me gusta ver cómo la gente sigue viviendo. Además, no tenemos mucha gente buena en el mundo, y cuando perdemos una persona buena nos empobrecemos. Por eso quiero que usted viva.

—¿Para qué? —Su voz se había convertido de nuevo en un susurro, y sus cansados ojos le miraban con simpatía no afectada.

—Para mí, digámoslo así. —Hizo una seña a Robert, quien abrió su maletín—. El doctor Morgan va a examinarla señora Winters, así podrá él también saber cómo mantener viva tanto como sea posible una alma buena.

—Es tan joven... —dijo la anciana con afecto.

Su respiración se hizo más difícil. Robert la examinó con su estetoscopio y casi de inmediato se dio cuenta de que agonizaba. Tenía taquicardia y arritmias, el corazón hacía unos sonidos sordos, ritmos galopantes y los pulmones producían ruidos sibilantes. Insuficiencia cardíaca aguda del lado izquierdo, y no pasaría mucho tiempo sin que el lado derecho empezara a fallar a su vez. Robert miró pensativo la digitalina.

—Bien —dijo Jonathan—. ¿Por qué cree usted que receté eso? Sea franco. La señora Winters es una mujer inteligente y usted no podrá asustarla.

«*Nunca discuta el estado de un paciente en su presencia, ni siquiera con otro médico*», le habían enseñado.

—Usted se lo recetó a causa de la rápida fibrilación auricular —dijo Robert después de una ligera vacilación.

—Cierto —dijo Jonathan.

—¿Sedantes, diuréticos? —preguntó Robert.

—Sí, narcóticos y compuestos de mercurio. ¿Tiene algo más que sugerir, doctor? Robert vaciló de nuevo. «Quisiera darle esperanzas», pensó.

—No —contestó.

Jonathan sonrió, y echó una mirada a las flores.

—Gracias por haberlas enviado, Jon —dijo la señora Winters. Tosió, se llevó el pañuelo a la boca y aspiró con dificultad—. Ya sé. No venía con ellas ninguna tarjeta, pero ¿quién podría mandármelas que no fueras tú, querido? —dijo una vez superado el espasmo.

—Mucha gente. Las enfermeras la quieren.

Estaba tan agotada que sólo movió la cabeza sobre las almohadas esbozando una sonrisa negativa. Jon volvió a inclinarse sobre ella y le besó la mejilla.

—Manténgase viva, la necesito —y añadió— mi madre vendrá a verla esta tarde.

—La dulce Marjorie —dijo la señora Winters cerrando los ojos.

Jon abandonó la habitación seguido por Robert, y se quedaron parados en silencio cerca de la puerta.

—Éste es un clásico ejemplo de cómo no debe tratarse a los hijos —dijo Jonathan.

—Ella no quiere vivir, ¿no es cierto?

—No, no quiere. Y la esperanza, en un caso de insuficiencia cardíaca congestiva, es la droga más potente. Ella no tiene ninguna. ¿Qué era lo que decía? La señora Winters es otra de los «viejos pobladores». Es viuda. En cierta forma sentía afecto por su marido, pero toda su vida estaba centrada en dos hijas y un hijo. Heredó una fortuna de sus padres y otra de su marido. Ahora no tiene un céntimo.

—¿Qué hizo con el dinero?

—¡No lo gastó en llevar una vida turbulenta! Dejó que sus hijas y el hijo la convencieran de que les diera el dinero. Tendrían para con su madre los cuidados más maravillosos, mamá era demasiado poco sofisticada para desenvolverse por sí misma, la dulce cabeza de la maravillosa mamá no tenía por qué verse preocupada por esos malditos detalles financieros, mamá tenía que vivir y ser feliz, y dejar que las adorables Bertha y Grace y el joven Jim cuidaran de todos sus asuntos y trataran con esos viejos abogados, con los bancos, y con todas esas cosas feas. Mamá merecía gozar de la vida ahora que su familia había llegado a la mayoría de edad.

La voz de Jonathan había adoptado aquel tono maligno que Robert había oído antes tantas veces.

—Bien, el caso es que mamá se dejó convencer por esas incitantes y adorables voces, las queridas voces de sus hijos. Están casados; las hijas viven en Filadelfia y el joven Jim, cuando metió sus sucias manos en toda esa fortuna, se mudó a Nueva York. ¡Ah, pero no la dejan morir de hambre! Tiene un cuartito para ella sola en el mismo hotel en que usted se aloja en estos momentos, le pagan los gastos de médicos y la recuerdan con un pequeño, modesto, regalito en Navidad y algunas veces, cuando no se encuentran demasiado ocupados en gastar su dinero le mandan una tarjeta para felicitarle en su cumpleaños. Algunas veces. Y una vez por año le escriben una notita. Están demasiado ocupados, se ve.

»La anciana les ha permitido que la adulen y que le saquen su dinero con mentiras desde hace veinte años. Desde entonces han tenido hijos, seis nietos. Ella sólo ha conocido a uno. Entonces era un bebé, y ahora está en Princeton, en la universidad. Nunca vio a los otros. Ellos nunca le pidieron que les visitara, decían que mamá estaba demasiado débil. Tampoco volvieron nunca a Hambleton. ¿Por qué tenían que hacerlo? Tienen lo que se empeñaron en conseguir, desde el momento mismo en que murió su padre. Ella no tiene ni siquiera una fotografía de sus nietos.

»La pobre mujer lo sabe todo. No es una estúpida. No guarda ni las tarjetas ni las poco frecuentes cartas que le mandan cuando se acuerdan de que está viva, cosa que lamentan. Conservó una fotografía de los codiciosos y malditos demonios hasta hace cosa de cinco años, luego la destruyó. Cuando la gente le pregunta si tiene hijos responde que no. Realmente no los tiene, ni los ha tenido nunca. Les dio demasiado amor, demasiado tiempo y excesiva devoción. Les dio su vida, tan naturalmente que ellos se apoderaron de todo y no dieron nada a cambio. Y ella lo sabe. Sabe que todo es por su culpa, y no les reprocha nada. El daño se lo causó ella misma. Comprende que si hubiera conservado su dinero, ellos hubieran continuado dando vueltas a su alrededor y la hubieran abrumado con su afecto. Y ella no quiere afectos de ese tipo. No quiere besos ni recuerdos comprados, ni cartas afectuosas ni mentiras. Si no puede tener lo verdadero no quiere otra cosa. En cierto modo, es un alivio para ella que no sigan engañándola. Si a alguien le echa la culpa, es a sí misma, no por

haberles dado su dinero sino porque desperdició su vida y también la de su marido. Lo que le dio a él, las sobras que quedaban después de haber dado la mayor parte del afecto a sus hijos, no fue suficiente, y ahora le llora y quiere apresurarse en reunirse con él para pedirle que la perdone por su ceguera y su egoísmo.

—Es trágico —dijo Robert muy deprimido. Pensó en su madre, que mantenía el puño bien cerrado sobre su bolso, y dijo para sus adentros: «Bien hecho, mamá».

—La cosa más trágica que puede sucederle a uno en la vida no es perder a quienes más quiere, o sufrir una pérdida o un dolor. Es haber hecho el papel de tonto cuando no era necesario. Eso es lo más difícil de soportar. —Miró a Robert y esbozó una leve sonrisa—. Eso es lo que hice yo, y ahora lo estoy pagando.

—Pienso —dijo Robert— si debiera pedirle a mi madre que visite a la señora Winters. A ella le gustan «los viejos pobladores», sabe usted. Y es formidable para lo que ella llama «visitar a los enfermos», siempre que no le cueste más que un ramo de flores, o un pañuelo perfumado o un frasco de jalea.

—No —dijo Jonathan—. Todavía no he conocido a su madre, pero tengo una idea de cómo es. Probablemente le diría a la señora Winters que se ha portado como una tonta, y estaría en lo cierto. Pero decirle a una persona que se ha portado como una tonta sólo sirve para que siga recordándolo, y no creo que eso le haga ningún bien al paciente.

—Está decidida a morir —dijo Robert.

—Así es. Y en cuanto a mí, me sentiré feliz de poder cerrar sus ojos y desearle que Dios la asista. He dejado instrucciones para que se me llame cuando esté *in extremis*. Alguien tiene que estar a mano cuando el barco se aleje para darle la despedida desde el puerto. A ella le gustará.

Una criatura se moría cuando debería de vivir, un viejo perverso que no se moría y deseaba vivir, una anciana madre abandonada que quería morir. Como bien lo dijera Jonathan: «*no hay nada que tenga sentido*».

De los dos últimos casos, Robert diagnosticó erróneamente en uno de ellos. No estuvo mucho más acertado en el último. Cuando volvió a ver de nuevo la luz del sol pensó que había envejecido enormemente. Se sintió muy viejo, muy gastado y muy agotado. Hasta aquel momento no había podido todavía ser objetivo.

Aquella tarde tendría que presenciar tres operaciones, ninguna de las cuales estaba a cargo de Jonathan. Vio cómo éste se alejaba rápidamente y se dijo para sus adentros: «un hombre sumamente ambiguo».

## Capítulo 8

Cuatro noches después, y siendo casi las doce, el padre Francis McNulty fue a ver a Jonathan Ferrier. Las luces del caserón estaban apagadas, pero las de la oficina brillaban con intensidad. La luna alumbraba con luz helada, pues había vuelto a hacer frío. El sacerdote llegó hasta la oficina, llamó a la puerta y entró. Encontró a Jon tirado sobre una silla, en avanzado estado de embriaguez y con una botella de *whisky* sobre el escritorio, que estaba salpicado. De modo que esas tenemos, pensó con tristeza el joven clérigo, pero se obligó a sí mismo a sonreír, con un destello de sus blancos dientes.

—¿Le sorprende verme? —preguntó reprochándose a sí mismo por lo vacío de la pregunta.

Jonathan, que se había quitado el cuello y la corbata hacía un rato y estaba ahora en mangas de camisa, tenía un aspecto lamentable e iba despeinado. Hizo un gesto de fastidio, adormilado, tenía los ojos inyectados en sangre.

—Confíe usted en que el diablo aparezca cuando menos lo espera —dijo, e hizo un saludo a la botella—. Tome un trago, hay un vaso vacío.

—Creo que lo voy a hacer —dijo el sacerdote.

Se sentó. Trató de que su voz no dejara traslucir su desánimo y su compasión. Se sirvió un poco de *whisky* y lo bebió con lentitud, tratando de ocultarle a Jonathan la consternación que sentía. Pero Jonathan no le miraba. Bostezaba con fuerza, mientras trataba de alcanzar la botella.

—Espere un momento, Jon —dijo el sacerdote—. Tengo que hablar con usted.

—¿A estas horas de la noche?

Jonathan echó una mirada turbia a su reloj. Cerró la tapa, hurgó en busca del bolsillo, no pudo encontrarlo y dejó que el reloj quedara colgando sobre su vientre.

—¿Dónde ha estado? ¿De jarana por ahí? —Bajó la botella y trató de enfocar la mirada—. ¿Qué pasa? ¿Ha muerto alguien, gracias a Dios?

—Sí.

—Felicidades.

—No sea chiquillo, Jon...

—Si quiere usted instalar un confesionario aquí, padre, puede irse al diablo. No estoy dispuesto a escuchar una historia triste. —Tenía la voz velada y entrecortada—. Ni le voy a contar la mía. —Se excitó un poco y pareció como si su embriaguez aumentara—. ¿No fue usted quien me preguntó en diciembre pasado, una y otra vez, si yo era «culpable»? Sí, no me he olvidado de ello, como ve.

—Sólo cumplí con mi deber, Jon, y usted lo sabe. Existía siempre el peligro...

—De que me colgaran en pecado mortal. Ahora, ¿por qué no se va a casita, reza sus oraciones y me deja meterme en cama?

—Nunca creí que usted matara a Mavis.

—Bueno, no lo creyó después de que le convenciera. Al principio, sí.

El sacerdote guardaba silencio, elevando una plegaria mental.

—Quiero que perdone a alguien. Quisiera decirle a él y a ella, esta noche, que lo hizo usted —murmuró.

Jonathan se puso de pie con esfuerzo, gruñó y se agarró la cabeza.

—¿Quién, por amor de Dios? ¿Y por qué? ¿Y qué me importa a mí? ¿Acaso quiere decirme que algunos cerdos se han convencido de que no maté a Mavis y le han enviado aquí, a esta hora? ¿No pueden seguir friéndose en sus propias conciencias hasta mañana?

—Esperan oírme, Jon, ahora mismo. Por teléfono. Lo están pasando bastante mal, y les resulta mucho peor al pensar en usted.

—Magnífico. Déjelos que se frían. Dígalos que NO.

Se sirvió un poco más de *whisky* y lo bebió de un trago.

—Jon —dijo el clérigo— la pequeña Martha Best ha muerto hace tres horas, en el hospital.

Jon levantó sus pesados brazos, los dejó caer sobre el escritorio y hundió la cabeza entre ellos.

«Realmente no me ha oído», pensó el sacerdote compadecido, «se ha quedado dormido». Miró la cabeza floja de Jonathan, su oscuro cabello que le caía desordenadamente sobre sus descoloridas mejillas, duras como si fueran de madera.

—No lo sabía —oyó decir a Jonathan con una voz que parecía venir de muy lejos—. No la he visto desde hace cuatro días. Los Best habían dado órdenes, y también ese viejo cochino de Louis Hedler, de que no me dejaran acercarme a ella. ¿No había hecho yo ya bastante mintiéndoles, matándoles casi de miedo, tratando de hacerles sufrir? Eso es lo que dijeron. Hasta sus propias enfermeras tenían prohibido decirme nada de la niña.

—Sí, lo sé, Jon. Lo sé. Pero después de la primera impresión sufrida por su muerte, Howard y Beth me dijeron: «¿Podrá Jon llegar a perdonarnos?». Les dije que no lo sabía, y me pidieron que viniera ahora, no mañana. No pueden soportar la espera, tienen que saberlo.

—¿En este momento, ahora que Martha acaba de morir? ¿Pueden pensar en eso ahora? —Levantó la cabeza, tenía la cara cambiada y deformada—. ¿Qué les pasa?

—Esta mañana se dieron cuenta de que se moría. Era evidente. Pero usted no estaba en esos momentos en el hospital. Estuvieron buscándole.

Jonathan se humedeció los labios, que tenía secos e hinchados, y pareció como si los ojos se le llenaran de sangre.

—De modo que, según parece, tiene que celebrar una Misa de Ángeles.

—Jonathan, por favor.

—¡No me venga a hablar de esa forma, con ese tono de voz dolorido! En cuanto a Martha, ya está liberada. ¿Para qué tiene que vivir nadie?

—Usted no sabe cuánto sufren, Jon.

Miró al clérigo de forma torcida.

—Deje que los consuele ese viejo embaucador de Louis.

El sacerdote se puso de pie con un suspiro.

—¿De modo que no va a perdonarles?

Esperó, pero Jon no dijo nada. Sin embargo, al cabo de un momento empezó a hablar.

—Tengo que ser el santo, ¿verdad? Tengo que perdonar a todo hijo de perra que venga a revolverme el cuchillo en las tripas. ¿Por qué? Dígame simplemente por qué.

—Porque, Jon, aunque usted se ha vuelto de espaldas, es todavía cristiano. Y, según espero, un hombre.

—Palabras, palabras —dijo Jon, riendo, y, con un pesado ademán señaló el teléfono—. Está bien, llámeles. Dígales que me arrastro delante de ellos y les pido perdón. —Se detuvo—. Demonios. Dígales que tengo el corazón destruido por ellos y después lárguese de aquí.

El sacerdote se acercó al teléfono y descolgó el auricular.

Marjorie Ferrier estaba sentada con su hijo, Harald, en su pequeña salita privada del segundo piso de la gran casa vieja. Allí no entraba nadie a menos que ella le invitara. Solía citar, sin disculparse: «*En soledad, que es cuando estamos menos solos*».

Jonathan comprendía eso, pero Harald observaba en la jerga de moda: «*Es egoísmo e indiferencia hacia los demás*». Por desgracia, le hizo esa observación a Jonathan quien lanzó un bufido, diciendo: «*“Yo para mí mismo soy más querido que un amigo”*. Shakespeare. Un hombre nunca se traiciona a sí mismo, a menos que sea un tonto o un santo». «¿Y en dónde está la diferencia? Mamá no puede en realidad aguantar a la gente, lo que demuestra que es, por cierto, una mujer muy sabia».

—Sabrás querido que, como ya te dicho antes, le he pedido a Jenny que venga aquí a vivir conmigo. Se niega —le dijo Marjorie a su hijo.

—Lo sé. Bien, la isla fue el sueño y el placer de su padre —hablaba con una leve amargura—. Siente una gran pasión por ella. Cree que soy un cobarde intruso. —Sonrió—. Odio ese condenado y pretencioso lugar y Jenny lo sabe, y también sabe que no me atrevo a alejarme más de cinco meses por año. ¡Apostaría a que cuenta los días! Más de cinco meses, hasta un par de horas y... —Se pasó el dedo por la garganta haciendo ademán de rebanarla.

—Fue un testamento insensato —dijo Marjorie, mirando esta vez a su hijo—. Jenny cree que tú oíste cuando su madre le decía, justo antes de morir, que estaba a

punto de hacer nuevo testamento.

Harald vaciló, y sombríamente bebió otro sorbo de su vaso.

—Sí, así fue. Tiene toda la razón. Pero yo no sabía que ella se había enterado de que yo lo oí. Estaba contento, madre. Conocía la redacción del testamento anterior de Myrtle, y lo odiaba. Pensé que tal vez ella entraría en razón, después de las largas discusiones que sostuvimos. De modo que Jenny sabía que yo lo oí, ¿eh? Y, ¿qué te dijo?

Su madre le miraba con expresión intensa pero inescrutable.

—No hizo más que mencionarlo, Harald. También ella piensa que fue un testamento insensato e injusto... para ella.

—Y bien, así es. Myrtle hubiera tenido que dividir el dinero en partes iguales entre ambos. Yo podría haberme marchado entonces, despidiéndome de Hambleton para siempre, y Jenny podría haber tenido su maldita isla para ella sola, y vivir como la reclusa que en realidad es.

Marjorie seguía observándole. Harald no oyó su leve suspiro, estaba sirviéndose un poco más de coñac en su vaso. Era el más hermoso de los hijos de Marjorie, como todo el mundo aseguraba constantemente.

—¿Sabes que he querido que Jenny se casara conmigo? —dijo.

—Sí, querido. Me lo ha dicho ella.

—No es por el dinero, madre. Después de todo, ¿cuánto tendría ella hasta que yo muera? Cien miserables dólares por mes. Yo la amo, quiero tenerla.

—Sí —dijo Marjorie, y se detuvo—. ¿Quién crees tú que anda contando historias sucias sobre tú y Jenny, Harald?

Por unos instantes no respondió y Marjorie se sintió mal.

«¿Por qué, Harald?», se dijo a sí misma.

—¡TÚ LO HICISTE, HARALD! ¡Quieres obligar a Jenny a estar allí contigo en forma menos escandalosa! ¡Oh, Harald, siempre fuiste un muchachito descarriado! Pero esto... es espantoso... —Se sentía muy mal.

—No lo sé —dijo Harald.

—Pero todo el mundo las cree.

—Son unos idiotas. ¿Cómo podrían creer nada repugnante sobre la pobre Jenny? Es casi tan seductora como una estatua de piedra tallada.

—Jon cree en esas historias, Harald.

—Ah, Jon. Siempre cree las peores cosas de las personas. Siempre ha sido así. —Dibujó una sonrisa incitante—. Cuando éramos niños, nunca preguntaba quién había roto algo suyo, daba por sentado que lo había hecho yo, y pegaba primero para averiguar después. No siempre se equivocaba. A mí me gustaba fastidiarle, era demasiado solemne la mayor parte del tiempo.

Marjorie dejó caer el tejido sobre sus rodillas y, con la mirada fija en él, dijo:



—Jon era un chico implacable, querido. Para él las cosas eran o completamente negras o completamente blancas. Jamás vio los tonos grises. Había una especie de fiereza en él. No transigía nunca. Una vez traicionado, no perdonaba. Ahora tú...

—Yo vivo en los lugares grises, como tú, madre. Como todas las personas sensatas.

—Sí.

Harald le sonrió con afecto.

—Si él fuera un tonto, yo podría comprenderle. Pero no lo es; bueno, no mucho, de todos modos. Yo podría perdonar y olvidar. Mi padre siempre le prefirió, aun cuando el viejo era más tolerante y comprensivo. Solía olvidar a veces que yo estaba vivo. Decía siempre: «Jon, esto, o Jon, aquello... MI HIJO, JONATHAN».

Harald sonreía, pero su sonrisa había experimentado un cambio sutil.

—Mi padre nunca me tomó en serio.

—Quizá no fue así, Harald. Tu padre también fue un hombre muy serio.

Harald bostezó ostentosamente.

—Lo sé. Siempre citaba a Tomás de Kempis: «*Por doquiera he buscado reposo y no lo he encontrado, salvo cuando me he sentado en un rincón apartado con un libro*». ¡Él y sus «rinconcitos»! Se pasaba en ellos con Jon horas enteras. Quizá sea eso lo que le ha hecho daño a mi hermano de cara tétrica.

Las manos de Marjorie estaban muy quietas sobre su tejido.

—No disminuycamos las dificultades de Jon. Hay que tener en cuenta que sucedió lo de Mavis, y él... él... bueno, el pueblo no quiere olvidar. Pese a todo lo que Jon ha hecho por ellos, y su vehemente cuidado por los enfermos, su combate contra el dolor y toda su devoción, no quiere olvidar. Nunca dicen nada, pero siguen creyendo que él mató a Mavis.

—Quieren creerlo, madre. La gente siempre quiere creer lo peor de los demás.

«Oh, Dios», rezaba Marjorie para sus adentros, «haz que me contenga». Pero lo dijo:

—Tú nunca lo creíste ni por un momento, ¿verdad, Harald?

—¡Ni por un instante! ¿No conozco acaso a Jon? ¡No necesitaba que esos médicos testigos de Pittsburgh vinieran a decírmelo! Me bastó la palabra de Jon.

Marjorie reanudó su labor. Temía que Harald descubriera el temblor que se había apoderado de sus manos.

—Sírreme un poco de té, querido. —Observaba los diestros gestos de Harald como si toda su vida dependiera de sus menores movimientos.

—¿Un poco de leche? ¿Azúcar? Toma, no has bebido la primera taza.

—Gracias... ¡Harald, todos esos meses que Jon estuvo preso! ¡Oh, ya pasaron y están en el pasado, y el pasado es mejor enterrarlo! Pero no permanecerá enterrado para Jon. La gente tratará de desenterrarlo. Él cree que yo no sé nada, pero lo sé, a

menudo se pasa las noches en la oficina, bebiendo...

—¿Jon? —Harald la miró, y frunció el ceño.

«¿Le importará realmente?», se preguntó a sí misma Marjorie.

—Él cree que yo no lo sé y sé algo más. Cuando la niña Best murió estaba desconsolado pese a todo su cinismo superficial. Y me enteré de que los padres de la criatura rechazaron su diagnóstico, y todo el hospital le cubrió de desprecio. Las enfermeras y algunos doctores oyeron los desvaríos y las amenazas de Howard Best cuando Jon se lo dijo. Pero Jon tuvo razón, y la pobre niña murió poco después. Algunas veces no puedo dormir, Harald. Así fue como supe que el padre McNulty fue a ver a Jon en su oficina la noche de la muerte. No sé exactamente para qué. Pero Jon no quiso ir al funeral. He oído decir que no quiere hablar con Howard ni con Beth. Eso ocurrió hace dos semanas. Él quería realmente a la niña, le gustan los chicos. Es muy extraño, ¿no te parece?

Harald había escuchado con profundo interés.

—No creo que sea extraño —dijo—. No se lo reprocho a Jon; creía que ellos se contaban entre sus mejores amigos y que siempre habían estado de su parte.

—¿Qué es un «mejor amigo», Harald? A veces no lo sé. Nunca he confiado plenamente en nadie. En realidad, estamos solos. Pero Jon, hasta hace poco, esperaba lo mejor de la gente, o por lo menos un comportamiento humano y decente. Howard le visitó en la cárcel y fue él también quien le procuró buenos abogados y luchó furiosamente contra cualquiera que dijera que Jon era culpable. Y después sucede esto. —Puso la taza de té sobre la mesa—. Si Jon tenía algunas dudas sobre si debía irse de Hambleton ya no las tiene ahora. Espero que se dé prisa. ¡Espero que se vaya pronto!

«Y así lo espero yo», pensó Harald. «Para mí nunca será demasiado pronto». Se acercó a su madre y le dio unas palmaditas en las manos.

—Querida, no te aflijas tanto. Ha sido una etapa muy desgraciada para todos. Ya pasó. La gente olvidará, y Jon podrá ejercer en un lugar mejor.

—Jon no olvidará, Harald. No olvidará esos meses, ni el juicio.

Tomó de nuevo su labor aunque la oscuridad en la habitación se había hecho más intensa.

—No, querido, puedo tejer sin necesidad de la lámpara. Si Jon llega a descubrir alguna vez la verdad, temo que pueda... que pueda... ¡Oh, siempre ha sido violento!

—¿Qué «verdad»? Algún chapucero operó mal a Mavis, y cuando ella sintió que la herida estaba infectada fue a ver a su querido tío, el viejo Eaton, y él se apresuró a llevarla al hospital y trató de salvarle la vida con una operación, pero ya era demasiado tarde. Eso es lo que declaró el tribunal, ¿no fue así? Todo sucedió cuando Jon estaba en Pittsburgh. Si el viejo Eaton todavía cree que el autor del desaguisado fue Jon, nadie podría hacerle cambiar de opinión. Todo el mundo cree lo que quiere

creer, hasta el mismo Jon.

—Todos sabían que Jon quería tener hijos. Nunca hubiera operado a Mavis de ese modo —dijo Marjorie.

De repente reinó un pesado silencio en la habitación.

—A menos que hubiera querido matarla —dijo Harald con un tono de voz sumamente suave.

Hubo un nuevo silencio. Su madre no dijo nada, era sólo una pálida sombra en la habitación.

—Pero no lo creo —afirmó Harald—. Sabemos cuál es la verdad. Faltó cinco días de Hambleton, y todo sucedió mientras estuvo fuera.

—Sí —dijo Marjorie. Creyó que iba a desmayarse. El corazón le latía desordenadamente, y tenía la frente perlada de sudor—. Por eso le absolvieron. Hubo testimonios de médicos, hasta del mismo doctor Eaton, y los testigos de Jon. Fue imposible.

—¿Cómo hemos ido a parar a este sombrío tema? —Harald se puso en pie como si la oscuridad le pesara demasiado. Prendió un fósforo, encendió la lámpara, y se quedó mirando durante un largo rato a su madre.

—Hemos hablado de esto muchas veces. No tienes que ser tan morbosa, madre. Creí que habíamos decidido que nadie debía volver a mencionarlo de nuevo.

—Sí, querido. —Le miró con amor apasionado y con pena—. Pero todo surgió de nuevo con la muerte de la pequeña Martha, y sigue repitiéndose. Y Jon se está dando a la bebida. Harald, estoy asustada por él, es de los que se desesperan.

—¡Oh, vamos! Tú no creerás que pueda suicidarse, ¿verdad? —le preguntó Harald, echándose a reír.

—No lo sé. Si las cosas llegan a lo peor, la verdad tendrá que salir a la luz.

Harald se volvió lentamente y miró a su madre.

—¿Qué verdad, madre? ¿El nombre del chapucero que hizo fracasar la operación?

—Harald, antes de que llevaran a Mavis al hospital, ella me dijo que... que... Jon le había hecho aquello.

—¡No puedo creerlo! —dijo Harald perdiendo el color.

—Me lo dijo ella. Eso ocurrió antes de ir a ver a su tío. Yo sabía que estaba enferma... y entonces me lo dijo.

—¡Pero eso es imposible! ¡Jon ni siquiera estaba aquí! —Miró fijamente a su madre.

—Y también se lo dijo a su tío.

—Mintió —dijo Harald—. Mavis fue siempre una mentirosa.

—Lo sé. Pero eso fue lo que nos dijo a mí y a su tío.

—Si fue así, ¿por qué declaró el viejo Martin en la forma en que lo hizo?

—Lo he pensado. ¿Trataba quizá de proteger a Jon, a pesar de que le odiaba, después de todo? Tú sabes cómo se protegen los médicos entre ellos.

—Pero he leído que protestó cuando el tribunal dio el veredicto absolutorio.

Harald seguía mirando a su madre. Después le habló con calmada violencia.

—¡Espero, por Dios, que no le hayas dicho una palabra de esto a nadie!

Marjorie levantó sus grandes ojos castaños y los clavó en los de él, que tanto se le parecían.

—No, querido, no se lo he dicho a nadie. Y si sé que hay rumores, Harald, sabré de dónde provienen.

Madre e hijo se miraron sin moverse.

—No sería por culpa mía. ¿Cómo has podido pensar semejante cosa? ¿Por qué me miras de ese modo?

—Porque, querido, sé que odias a Jon. Lo he sabido desde hace años. Ya no os queríais cuando erais niños. Tu padre tiene parte de culpa de ello. Harald, si las cosas se ponen peor...

—No será así —habló con rapidez, y en tono que traslucía seguridad—. Deja que los muertos entierren a los muertos.

—Pero con frecuencia los muertos no se quedan muertos. —Se puso en pie. Era muy alta, delgada y derecha, y miró a su hijo con fijeza.

—Harald, no trates de forzar a Jenny a casarse contigo. Sé que la amas, pero no le hagas la vida intolerable. Jenny no te quiere, Harald.

Él sintió que flotaba una amenaza en el interior de aquella habitación.

—¿Cómo puedo forzar a Jenny a casarse conmigo, madre? No estamos en los días de la Edad Media.

—Harald, no debes obligarla. Ella no es tan fuerte como parece, es una muchacha muy sensible. No debes forzarla.

La sensación de amenaza aumentaba. Harald se apartó de su madre, con un paso hacia atrás.

—Si Jenny se casa alguna vez conmigo, será por su propia voluntad. Te lo prometo.

—Sí, querido —dijo, y sintió ganas de llorar—. Sí, querido.

Rodeó con sus brazos a su hijo y fue como si volviera a abrazar a aquel niño vulnerable, el muchachito que siempre se había reído cuando alguien le ofendía. Pero ella había querido más a Jon. ¿Cómo podía perdonarse a sí misma?

—Bien, realmente no sé qué hacer, Robert —dijo Jane Morgan con su habitual acento de disgusto en la voz—. Las habitaciones no son demasiado elegantes.

—Pero madre, tienen una excelente distribución, y la casa no es vieja.

—Había pensado que viviríamos con elegancia, de acuerdo con nuestra situación.

—Todavía no tenemos ninguna situación... aquí.

—¡Oh, Robert querido! ¿Cómo puedes decir eso? ¡Este miserable pueblucho!

—No es miserable. Y a ti te han gustado las señoras que has conocido, y me dijiste tú misma que eran muy «atentas». La mayoría tienen parientes próximos en Filadelfia. Y el césped, —añadió— magníficos nogales, viejos robles, y una vista del río desde las ventanas de la salita y de los dormitorios. No encontrarías nada mejor en Filadelfia por este precio.

Jane Morgan, apoyada en sus bastones, volvió a observar con desagrado la enorme habitación. Iba ataviada con su pesado vestido de luto en aquel día caluroso. Su blanca cofia de encaje firmemente sujeta en la cabeza estaba en abierto desafío a los sistemas modernos. Torció su nariz larga y delgada, y su dura boca se frunció. Sus pequeños ojos grises recorrieron fríamente las sombreadas paredes, buscando defectos y rajaduras.

—Bueno, madre, tenemos que decidirnos —dijo Robert—. Esta casa, como ves, no está lejos de los Ferrier, y está cerca de las oficinas que he alquilado. Me gusta, es más barata que las otras casas que has visto y tenemos suerte. El precio sería mucho más elevado si los abogados no estuvieran ansiosos por concluir el juicio sucesorio.

—Yo había pensado en un hogar más suntuoso. No puedo decir que me guste este hogar...

—Madre. —Robert ya estaba cansado—. Esto no es todavía un «hogar», no vivimos aquí. Continúa siendo todavía una «casa».

—Hogar —insistió la señora Morgan. El desagrado la hizo suspirar. La casa la había impresionado en realidad, pero su naturaleza no le permitía aprobar nada—. Muy bien —dijo con voz gruñona— si a ti te gusta tendrá que gustarme a mí, supongo. Pero sé que no voy a poder dormir bien viviendo cerca de un asesino. Les dije a las señoras...

—¡Madre! —le dijo Robert con aspereza—. ¡Por amor de Dios! ¡Espero que no hayas estado llamando «asesino» a Jon Ferrier! ¡Dios mío! ¡Eso es difamación! ¡No lo habrás dicho aquí, en Hambledon, por amor de Dios! Espero que no te metas en chismes aquí. Eso podría arruinarme para siempre.

—Robert, te olvidas de que soy la madre de un médico y fui la esposa de otro, también. Pero me resulta muy difícil cerrar los oídos y fingir que no oigo. Eso sería sumamente descortés.

Emitió un débil quejido y Robert se volvió rápidamente. Un perro grande, casi tan grande como un mastín, había entrado en la habitación, olfateando atentamente, con sus puntiagudas orejas tiasas y temblorosas.

—Ah, es el perro de Jon —dijo Robert sentándose sobre los talones y chasqueando los dedos para llamar al animal.

—¡Llévate esa bestia de aquí! —gritó la señora Morgan olvidándose de su artritis,

pues huyó ágilmente hacia la ventana y casi se acurrucó allí por completo aterrorizada—. ¡Robert, no lo toques! Puede estar rabioso. Puede tener pulgas, o puede matarnos.

—Tonterías —le contestó Robert.

El perro había rodeado con sus grandes patas delanteras el cuello de Robert, y le estaba lamiendo con entusiasmo, con los ojos brillantes de alegría. En aquel momento, la señora Morgan, aterrorizada, amenazaba a Monty agitando su pañuelo, y el perro había decidido investigar aquel interesante fenómeno.

—Termina de chillar, madre —dijo Robert—. Jon debe de andar cerca, pues Monty nunca va solo sin Jon.

Al oír aquel querido nombre, Monty perdió todo interés en Jane, abrió su enorme boca, miró hacia la puerta, y lanzó un ladrido. Jon, con traje de montar, entró en la habitación.

—Ah, esas tenemos —dijo con un breve saludo a la señora Morgan, y sonriéndole a Robert—. Debe de haber oído sus voces, pues salió como una bala. No hay nada tan curioso como un bóxer, son unos terribles chismosos, y siempre quieren saber qué es lo que pasa en todas partes.

El perro estaba parado sobre sus patas traseras, con las garras apoyadas en el pecho de Jonathan y le lamía la mejilla con amor apasionado. Jane tembló.

—Desearía, doctor Ferrier, que se lo llevara. Me siento terriblemente débil. Me aterrorizan los perros.

—¿De veras? Lo lamento. Aquí, Monty —dijo Jonathan llevando al perro hacia el umbral, lo empujó hábilmente hacia afuera y cerró las amplias puertas dobles—. No sería capaz de lastimar a un ratón, lo digo sinceramente. Hace un barullo enorme cuando ve conejos, pero desde que se entreveró con un zorrino hace un año, le asusta cualquier animal que tenga piel. Pero es un maravilloso guardián.

Jane se había recuperado un poco.

—Espero que no le permita vagar libremente. Tendría miedo de salir a mi propio jardín, y sentiría que el hogar estaba amenazado.

Robert se encogió, pero Jonathan sonreía tranquilamente.

—No tiene por qué preocuparse. Además se va a ir junto conmigo.

Miró a la mujer esforzándose por ocultar su disgusto y el desprecio que le inspiraba, y luego se volvió hacia Robert.

—Le agradecerá saber que esta mañana he despedido a la señora Winters.

—¿Ah, sí? —Robert sentía todavía el rubor en su rostro—. La señora Winters era una paciente de Jon. Ha muerto esta mañana —explicó a su madre.

Jane se sentía horrorizada por la indiferencia de Jonathan y su aparente satisfacción frente a la muerte.

—¿Una de sus pacientes? —preguntó con un tono intencionado—. Así que

murió... ¿y usted está contento?

—Muy, muy contento, señora Morgan. Me sentí muy feliz por ella. —Sus ojos parecían apagados e inexpresivos cuando miró a la madre de Robert.

La señora Morgan tragó, después se llevó delicadamente el pañuelo a los ojos por un momento en reconocimiento de lo que denominaba el «Sombrío Segador».

—¿Sentía mucho dolor, tal vez? —sugirió.

—En realidad no, salvo el dolor de vivir, y, ahora todo ha terminado para ella. Hace muchos años que no me sentía tan contento.

—¿Era una mujer pobre? —preguntó Jane.

—No, había heredado muchísimo dinero, tampoco era muy vieja. Tendría probablemente su edad, señora Morgan.

Era evidente para Robert, que se había ruborizado de nuevo, que Jon se divertía a costa de la señora Morgan

—¡Y se alegra usted de que haya muerto! —dijo Jane mirando significativamente a su hijo.

—Muchísimo. Generalmente me siento muy alegre cuando muere la gente. Morir no es nada. Lo intolerable es el dolor.

Jane consideraba a la muerte como el mayor de los terrores. Por superstición no entraba nunca en una casa donde hubiera ocurrido una recientemente y nunca a un cementerio.

—Me siento desmayar —le dijo a Robert, y sonrió a Jonathan como si tratara de aplacarle, como quien trata de aplacar a un demonio antes de echar a correr—. Tienes que llevarme de vuelta al hotel.

—Sí, madre —suspiró Robert—. Bueno, ¿estamos de acuerdo con respecto a esta casa? Tengo que hacérselo saber a los abogados esta tarde.

—No estoy decididamente satisfecha con este hogar —dijo Jane girando prudentemente alrededor de Jonathan y empleando hábilmente sus bastones—. Pero soy tu madre, Robert. Lo que te gusta a ti, tiene que gustarme a mí. No tienes por qué considerarme en lo más mínimo.

Robert hizo chirriar sus dientes. No sabía a quién detestaba más en aquel momento, si a su madre o a Jonathan. Éste sonreía tranquilamente, golpeándose la pierna con la fusta. Se acercó a la puerta y la abrió para que pasara Jane, pero ella se echó atrás.

—¿Vamos, Robert?

—Sí, madre.

Aquellos últimos días había sentido enormes deseos de golpear algo con toda su fuerza. Le echó una mirada asesina a Jonathan, pero éste sólo levantó interrogativamente sus espesas cejas.

—Espero que su perro no asuste a mi madre —dijo Robert—. ¿Por dónde anda

ahora?

—¿Monty? Andará por ahí olfateando a las ardillas, supongo. Mejor que salga yo primero y lo sujete. Cuando me oiga silbar estarán seguros. —Jonathan se tocó la cabeza descubierta con la fusta en un ademán de saludo a Jane, y salió con presteza de la habitación.

—Oh, querido —dijo Jane—. No puedo soportarlo, realmente no puedo soportarlo. Casi me hace morir de miedo con su sonrisa tan especial, y...

—Su sonrisa no es especial, madre. Ha tratado sencillamente de hacerte explotar, y lo ha logrado. Te llevaré de vuelta al hotel inmediatamente.

Se oyó un silbido agudo.

—Creí que querría ver usted otra paciente mía, Bob, es la última que acepto. Debería verla usted —dijo Jonathan acercándose. Sonrió a Robert con una sonrisa inocente por completo, pero sus negros ojos parecían cansados y como perdidos.

—¿Dónde nos encontramos? ¿En el hospital Sta. Hilda?

—Esta vez no. En el Friend's. Mi paciente no es rica.

Jane le hizo un gesto con la cabeza a Robert como para ordenarle que rehusara, pero el joven dijo:

—Dentro de media hora, entonces. —Guió a su madre por el largo y serpenteante sendero hasta la calle, sin volver la cabeza, y la ayudó a subir al coche.

Jonathan los miró mientras se alejaban. Pobre diablo, pensó. Vamos a tener que trabajar duro en este asunto. Se fijó en la delgada y oscura espalda de Jane mientras caminaba cojeando dolorosamente al lado de su hijo. Una simuladora. Si la mujer tenía artritis él era un leproso. Estaba acostumbrado a estas mujeres hipocondríacas que manejaban a sus familias gracias a fingidas enfermedades, y desgraciadamente, se salían por lo general con la suya. Uno de estos días se dijo para sí, mientras acariciaba a Monty que mostraba deseos de acompañar a Robert, tendremos que ponerla en evidencia y va a resultar agradable. Una buena patada en el culo y quedará curada. Pero tenemos que hacerlo con diplomacia.

Llevó a Monty hasta la cerca blanca que separaba la casa de la oficina, hizo entrar al perro por la puerta, y le cerró.

—Vete a casa —le gritó—. Creo que Mary tiene un hueso para ti.

Robert estaba enfurruñado todavía cuando se encontró con Jonathan en el vestíbulo del edificio grande y sombrío. Ya era malo tener una madre tonta, y no era muy cortés divertirse a costa de la madre de uno en su propia cara.

—La señorita Meadows se alegrará de verle —le dijo Jonathan tomándole del brazo. Avanzaron por un largo pasillo.

—Creí que su paciente estaría en una sala general —dijo Robert.

—Estaba. La saqué de allí y la puse en una habitación privada a mi cargo. Nunca



ha tenido en toda su vida una verdadera intimidad, pero ahora la merece. No le he contado nada de ella. Es un caso de cáncer incurable, de recto y colon. La pobre no pudo pagarse un tratamiento más prematuro, aunque francamente creo que esa enfermedad no tiene cura. Podemos detenerla, algunas veces, y en algunos casos de cáncer de piel se la puede eliminar... algunas veces. Están en desacuerdo conmigo, naturalmente, pero pienso que es una enfermedad sistemática y no local, y no es local aunque aparezca delimitada. Si la señorita Meadows hubiera venido un año antes, o siquiera seis meses, habríamos podido hacer algo, por lo menos prolongarle la vida. Pero de todos modos el cáncer hubiera acabado con ella. Qué significan unos pocos años más de vida, cuando uno es viejo y nunca ha vivido del todo.

—¿Otro caso como el de la señora Winters?

—No, al revés. Tuvo que ser hermosa en una época, fue mi maestra de primer grado, y la recuerdo tan bonita, torneada y cálida como un panecillo recién sacado del horno. Seguro que tuvo lo que nuestros padres llamaban «admiradores». Pero tenía hermanos y hermanas menores y padres, y en cierto modo los maestros se ven obligados a mantener a toda su condenada familia. «*Es su deber*», dice todo el mundo, cuando el más elemental sentido común, para no hablar de religión, debería enseñar a la gente que su primer deber es el de satisfacerse a sí mismos como individuos antes de que tengan que hacer algo por los demás. Pero he observado que los maestros son mártires natos. De otro modo no serían maestros. Son almas dedicadas. Me pregunto por qué. Puedo ver niños que acabarán por ser maestros, son aquéllos que rebosan un tranquilo sentido de responsabilidad.

»Así fue como la señorita Anne Meadows, la delicada, esa alma responsable que quería a todo el mundo y que deseaba servir a todo el mundo de la manera inefable que lo hacen los maestros, mantenía a sus padres y puso a sus hermanos y hermanas en camino. Nadie se lo agradeció, nadie creyó nunca que la pobre Anne tenía derecho a una vida propia. Sólo estaba cumpliendo con su deber. Nunca pensó ninguno de ellos que quizá Anne quisiera casarse y tener sus propios hijos, y retirarse de ese condenado trabajo de luchar con obstinados chiquillos que en primer lugar no quieren aprender nada. Era sencillamente Anne Meadows, una maestra que tenía un “deber” que cumplir. Nunca se quejó.

»Bien, sus hermanos se mudaron después de recibir la educación que les proporcionó su hermana, ya que para ellos sus padres seguían siendo responsabilidad de Anne. Ella tuvo que estar de acuerdo. Por aquel entonces ya tenía cincuenta años, y habrá podido advertir usted que los padres de los maestros llegan a ser increíblemente viejos. Cumplió después los sesenta y sus padres seguían vivos, pero se habían vuelto caprichosos, regañones y seniles, y Anne tenía que aguantarlos después de todo un día de trabajo. Después cumplió sesenta y cinco, y Dios aparentemente se dio cuenta, con bastante demora, de su existencia, y le quitó a los

padres de encima.

»Un hermano y un sobrino acudieron a los funerales. Mi madre y yo también fuimos, pero yo era el único alumno antiguo. Había visitado a la señorita Meadows durante todos aquellos años y había tratado de convencerla de que tenía un deber para consigo misma, en primer lugar, pero esa pobre alma se sentía sinceramente disgustada. Éste es otro síntoma de la enfermedad de los maestros. Ahora tiene sesenta y ocho años. Empezó a fallarle la vista y tuvo que pedir su retiro. Le dieron la pensión más miserablemente reducida de que se haya oído hablar nunca. Yo le mandaba un giro anónimo todos los meses, de otro modo habría muerto de hambre, o habría tenido que hacer de fregona o cualquier otro trabajo para poder mantenerse. No tiene nunca noticias de sus familiares, se han olvidado de que existe, después de todo, ¿acaso no cobran los maestros de escuela sueldos elevados? Anne no pudo nunca ahorrar un céntimo, pero, como siempre, nunca se quejó.

»Ésa es la saga de los mártires. Si hay alguien que puede llamarse santo, ese alguien es Anne, tiene todas las virtudes heroicas, patéticas, y piense que por mi parte, no me interesan los santos. Son un fastidio infernal para el resto de nosotros. Le diré de pasada que ella cree que mi cheque es un tierno recuerdo de sus hermanos, y se lo agradece dulcemente todos los meses.

Robert no podía creerlo.

—¿Y ellos nunca le dicen la verdad?

Jonathan se detuvo y le miró con expresión divertida.

—Claro que no. ¿No sabe usted nada sobre sus queridos semejantes? Probablemente piensan que ha caído en la senilidad o que está burlándose de ellos, así que nunca le escriben. ¡Anne cree que sus hermanos no quieren que se lo agradezca! Entonces teje y cose obsequios para la familia y se los manda todas las Navidades con amor. ¡Por Dios!

»No puedo hacer nada por ella, pero tengo pensada una operación que va a tumbar boca arriba a los asnos que pretenden ser muy piadosos y creen que el sufrimiento es el sino de todo hombre. He hecho esa operación antes, y tiene sus problemas. Podrá usted observarla mañana. Amputo los nervios que contactan con la región cancerosa. Eso detiene el dolor. La mujer sufre angustias espantosas a menos que esté bajo el efecto de los narcóticos. Y piense en esto: me mandó llamar hace apenas tres días, a pesar de que los últimos meses había sufrido horrores, pero también había sufrido horrores durante toda su vida, y un tormento más no significaba nada para ella.

Robert movió la cabeza.

—Si la gente no se cuida a sí misma y se ofrece como mártir, ¿puede reprocharse a los demás si obtienen ventajas con ello? —dijo con disgusto.

Llegaron mientras hablaban a la puerta sobre la cual había un cartelito:

## *LLAME Y ESPERE QUE LE DEN PERMISO PARA ENTRAR*

—La señorita Meadows lo escribió ella misma, y creo que es maravilloso —dijo Jonathan riendo—. Toda su vida estuvo plagada de gente: su parasitaria familia, los miles de chiquillos que desasnó y los parientes entrometidos que la urgían a que cumpliera con su deber, o sea, que no les molestara. Su vida estuvo compuesta de campanas y camas, pizarras y pelagatos, pies y voces que golpeaban, polvo, tiza, platos, y ruido, ruido, ruido. Ahora tiene por lo menos la oportunidad de estar sola. Ni siquiera las enfermeras se atreven a entrar sin llamar primero y pedir permiso. Sola. Es una cosa maravillosa estar sola. Nosotros no lo apreciamos lo bastante y tengo el rarísimo y maldito presentimiento de que llegamos a una época en la que nadie le va a dejar a uno solo, ni va a sentir el menor respeto por su intimidad. Todo en nombre del «sentimiento social», como lo llamó el idiota de Henry Mann.

Llamó a la puerta y un momento después se oyó una voz de mujer en tono un tanto renuente:

—¿Quién es?

—Jon Ferrier, señorita Anne.

—¡Oh, pasa, pasa!

Entraron en una gran habitación radiante de sol. Robert vio una figura pequeña y regordeta sentada en la cama, alisándose el cabello espeso y asombrosamente negro que enmarcaba una cara redonda y pálida. Había esperado ver una pobre mujer anciana convertida en una ruina mortal, pero la señorita Meadows tenía un magnífico aspecto, y sólo su color sugería la existencia de una enfermedad en estado desesperante. Al acercarse más a ella vio que sus grandes ojos castaños estaban nublados y vidriosos por el efecto de los calmantes que le habían suministrado. De repente, la mujer bostezó, se le iluminó el rostro con una sonrisa, y tendió su pequeña y regordeta mano a Jonathan, que la retuvo entre las suyas.

—Señorita Anne, éste es el doctor Morgan, de quien ya le he hablado, mi reemplazante.

La maestra le saludó cortésmente y le examinó con aquella rápida inteligencia y eficiencia propias de un maestro a quien le presentan a un nuevo alumno, de quien debe formarse una opinión concreta.

—Qué simpático muchacho pelirrojo —dijo tendiéndole la otra mano que estaba caliente y trémula—. Me imagino que nunca causó usted ninguna dificultad a nadie en su vida, ¿verdad, doctor?

—Si lo pienso, creo que no —dijo Robert—. Tal vez sea ése mi error.

Anne se echó a reír con una risa agradable y comprensiva.

—Vea, este Jonnie fue el peor alumno que tuve nunca. Siempre disputaba con todos, siempre estaba seguro de todo. Un chico feroz. Nacido, como siempre le dije a

su madre, con un irritante sentido de lo que está bien y lo que está mal, y dispuesto a no transigir nunca. —Volvió a bostezar. Los suaves músculos de su rellena cara se contrajeron con un espasmo de dolor, pero no dejó de sonreír. Tenía un perfecto control de sí misma como suelen tener los maestros natos, en medio de un dolor insoportable—. Yo le adoraba —dijo— y le azotaba dos veces más que lo que haya azotado jamás a ninguno de mis otros alumnos. Se mostraba horrible también para con su hermano, Harald.

Miró a Jonathan con ternura y los nublados ojos brillaron traviesos y afectuosos.

—Jonnie, sé que tú pagas esta habitación. Interrogué a una de las enfermeras y la pobrecita, que es estudiante, se vio obligada a decírmelo. No importa, Jonnie, tú sabes que yo no aceptaría nunca nada gratis... de modo que le pedí a mi abogado que viniera a verme ayer, cosa que hizo, y te he dejado la vieja casa de papá y los pocos dólares que tengo en el Banco. Por favor, no digas nada. La casa no vale más de dos mil dólares. Es muy vieja y decrepita, ¿sabes? Pero la tierra aumenta de valor. La puedes dar para una de tus obras de caridad si lo crees conveniente. Quiero asegurarme de que la heredas tú, y nadie más. —Se le debilitó la voz.

—Bien —dijo Jonathan—. ¿Y cómo está su familia?

La enferma sonrió de modo raro.

—Jonnie, soy una mujer vieja, y a veces las viejas tenemos revelaciones. O tal vez seamos muy curiosas. Sé que eres tú quien me ha enviado ese misterioso giro mensual. No lo niegues, por favor.

Su voz, sus ojos, sus cabellos y sus modales eran los de una jovencita. Robert recordó que la mayoría de los maestros que había conocido, habían conservado aquel aspecto juvenil tan raro hasta una edad muy avanzada. ¿Sería así porque estaban tan íntimamente vinculados con niños, o quizá era una cualidad innata del espíritu?

Anne seguía sosteniendo la mano de Jonathan. Inclino la cabeza y apoyó su mejilla en ella, como una madre.

—Que muchacho más adorable —dijo—. Jon, tú no tienes que marcharte nunca de aquí, no tienes que permitir que te echen. Nunca podrás sobreponerte si lo haces. No me obligues a pensar que me había equivocado contigo. ¡Siempre tuviste tanto valor!

—Déjelo estar, señorita Anne —dijo Jonathan—. Ya no es usted mi maestra, ahora soy un hombre. ¿Cómo ha dormido?

—Muy bien, hacía muchos meses que no dormía así.

—Hubiera tenido que venir a verme antes.

La enferma sonrió con sonrisa ingenua.

—Sí, Jonnie, yo sabía que atendías a muchísima gente sin cobrar. Sabía también que no querías cobrarme, y por eso me mantuve apartada. Sí, sabía que hubiera podido ir a ver a otros doctores, pero me hubieran cobrado y no estaba en condiciones

de pagarles. ¿Qué puede hacer en ese caso una mujer pobre?

Jonathan se sentó al borde de la cama y la miró con seriedad.

—Señorita Anne, sepa usted que voy a operarla mañana, y que eso le aliviará muchos de los dolores que siente. Pero también sabe que a la larga no cambiará nada, ¿verdad?

—Sí, lo sé, Jonnie, y me alegro de que no trates de engañarme. Tú sabes que no he tenido demasiado tiempo para pensar en Dios, pero ahora lo hago. Es muy interesante. En cierto sentido eso de especular sobre Dios y sobre el lugar a donde finalmente iré es la cosa más excitante que me ha ocurrido nunca. Cuando no siento los ojos demasiado cansados estudio la Biblia que me traje conmigo. Seguro que el hombre vivirá otra vez. Eso es muy consolador. Tengo esperanzas —dijo con su alegre sonrisa— de que no me destinen otra vez a enseñar, al menos por una larga temporada. Espero que me permitan vivir en una pequeña casa de madera con rosas, en medio de una selva muy espesa, y donde pueda escuchar el canto de los pájaros, completamente sola.

Jonathan le palmeó la mano febril sin decir nada.

—Tú no crees nada de eso, ¿verdad, querido?

—No —respondió él— no lo creo, pero puedo estar equivocado. Espero por su bien, que lo esté.

Anne suspiró y desvió hacia Robert una mirada interrogante.

—Espero que usted sea un muchacho más piadoso de lo que es Jonnie, doctor Morgan. —Luego se volvió hacia Jonathan, con un cambio notable en su expresión—. ¡No me dejes, Jonnie! ¡Jonnie, no me dejes! —Hubo un repentino acento de terror en su voz.

—No, no la dejaré. Usted sabe que no la dejaré. —Tuvo una vacilación—. Sé que usted no es católica, pero me gustaría que la visitara un amigo mío, el padre McNulty, sólo para charlar. No va a tratar de predicarle, pero podrá decirle cosas que van a interesarle, después de todo, es su especialidad.

—Sí, querido, me gustará muchísimo. —Ya no había terror en su voz—. Gracias, Jonnie. Y conspiraremos juntos para hacer que te quedes en donde tanto te necesitan.

Entró una enfermera con una inyección de morfina, pero fue Jonathan quien frotó con alcohol el brazo de la señorita Meadows e inyectó la aguja. Anne no le sacaba los ojos de encima, aquellos ojos reflexivos de maestra.

—Ahora voy a dormir —le dijo—. Y me gustaría pensar.

Robert había visto cientos de pacientes durante su internado, pero nunca había tenido frente a sí un caso de valor y fortaleza como aquél. Sabía que sus sufrimientos debían ser terribles, pero sin embargo no le preocupaba nada más que Jonathan. Mientras la enfermera le arreglaba las almohadas y le alisaba las sábanas, la maestra dijo:

—No debes irte, querido, no lo hagas. Eso te matará para siempre. De nada sirve huir, debes erguirte y hacerles frente, aunque tengas la espalda contra la pared. Eso es lo que hacías cuando eras un niño, y quiero recordarte como eras entonces, ¿eh, Jonnie?

—No soy un cobarde —dijo Jonathan.

Al cabo de un rato la anciana quedó serenamente dormida, pero entonces las arrugas de la frente provocadas por su tormento se hicieron profundas, lo mismo que las que tenía alrededor de la boca.

—Ah, doctor Ferrier, el jefe de personal, el doctor Bedloe, desea verle urgentemente. Dijo que era muy importante —anunció la enfermera.

—Al diablo con él —dijo Jonathan mirando a la mujer dormida—. Quisiera que se fuera así como está ahora, que nunca volviera a despertar. Esta enfermedad puede derrumbar al paciente más valeroso, no quisiera verla cuando llegue el final.

—No creo que se derrumbe —afirmó Robert con la seguridad propia de su juventud y de su ignorancia.

—Será así, será así —dijo Jonathan—. Es la única que me ata a este pueblo. No puedo irme hasta que no se haya ido ella. Y nadie puede saber lo que pasará, tratándose de esta enfermedad, puede vivir una semana, o seis meses más. —Miró a Robert con amargura—. Sé que nuestro deber es mantenerlos con vida, sólo me pregunto por qué, eso es todo.

La enfermera le miró fijamente, con expresión dura, y volvió a decirle:

—El doctor Bedloe desea verle urgentemente, doctor.

—Ya lo sé, y ya le he dicho que se fuera al diablo. —Tomó a Robert del brazo—. No puedo hacerle ningún daño a usted ahora. Ya ha sido aceptado en la nómina del personal, y Bedloe será su particular desgracia. Es uno de esos viejos burros diplomados sin una décima parte del sentido que tenía el doctor Bogus.

La enfermera salió al vestíbulo detrás de ellos, haciendo ondear su larga falda blanca.

—El doctor Bedloe... —comenzó a decir con su voz sentenciosa, pero de repente su rostro se iluminó—. ¡Ah!, aquí viene.

El doctor Humphrey Bedloe cayó sobre ellos como un águila.

—¡Jon —gritó— me alegro de pescarle! Es muy importante.

—Bueno —dijo Jonathan apoyándose descuidadamente en la pared—, ¿qué es lo que he hecho esta vez? Usted sabe que no tengo más que media docena de pacientes en esta penitenciaría ahora. —Después miró al hombre mayor con curiosidad—. ¿Qué le pasa, doctor? ¿Otra vez con principio de angina?

El doctor Bedloe estaba pálido y parecía agitado. Le hizo una señal enérgica a la enfermera, que desapareció, y mordiendo la punta de su sedoso bigote blanco miró con cautela a Robert.

—Tengo que hablarle a solas, Jon. Es de suma importancia.

—Hable pues —dijo Jonathan sin moverse—. Bob es mi sustituto. Tendrá que arreglar las barrabasadas que hagan sus carniceros, que no tienen siquiera el suficiente sentido común que tiene un carnicero honesto. Vamos, hable.

El doctor Bedloe se agitó más y lanzó a Robert una mirada fulminante. Sólo dos semanas antes Robert habría obedecido aquella mirada y se habría marchado discretamente, pero ahora se afirmó sólidamente sobre sus largas piernas y no se movió un ápice. Por un instante el doctor Bedloe lo reprobó activa y abiertamente, y en los ojos le brilló un destello de amenaza siniestra.

—Es muy privado, Jon.

—No hay nada que sea privado para mí.

El anciano volvió a morderse furiosamente el bigote, y dijo:

—Se trata de mi sobrina. Usted la conoce, Hortense Nolan. Estuvo en su boda, se casó con el hijo de los Nolan. ¡Oh, maldita sea, Jon! ¡No puedo quedarme aquí parado y que todo el hospital lo sepa!

—Si recuerdo bien —dijo Jonathan— usted informó a todo el hospital sobre mí, incluso antes de que me detuvieran. En realidad, ni siquiera esperó a que me condenaran para eliminarme de la nómina del personal. Usted es un tipo muy precipitado, mi querido y paternal Humphrey.

—Dios mío —dijo el doctor Bedloe, y Robert vio con interés un gesto de desesperación en el hombre—. ¿Por qué menciona de nuevo ese asunto ahora? ¿No estaba ya terminado? Pienso en Hortense. He pensado muchas cosas de usted, Jon. Siempre las he pensado. Pero nunca creí que fuera usted un malvado.

Ahora era Jonathan quien miraba fijamente al doctor Bedloe.

—Hay algo que anda mal, ¿no es cierto? Bueno, ¿qué le sucede a Hortense? Bonita muchacha, si no recuerdo mal, abundante cabello rojo y grandes dientes blancos. ¿No tiene diecinueve años? ¿Y bien?

—Es... sabe usted, Jon. ¡Usted lo sabe todo! Estaba embarazada...

—Sí, lo recuerdo. Y le recomendé al joven doctor Harrington cuando usted me pidió que atendiera el parto. Pero los médicos jóvenes y modernos no son lo bastante buenos para usted y su familia, ¿no es así? Dijo usted que la atendería el viejo Schaeffer. Fue así, ¿no es cierto?

—Sí —dijo el doctor Bedloe inclinando la cabeza—. Es cierto. Él la atendió en Sta. Hilda, hace cinco días. Un hermoso bebé, un niño.

—¿Y bien?

—Se trata de lo siguiente, Jon...

—Bueno, no me diga usted que la muchacha tiene fiebre puerperal, ¡por amor de Dios!

—Peritonitis.

Jonathan se apartó de la pared y miró al doctor Bedloe con odio y repugnancia no disimulados.

—Se lo advertí. El viejo Schaeffer no sirve ni para atender el parto de una vaca. Nunca se lava las manos, es un principio que sigue desde que se adoptó la asepsia hace años. No cree en los gérmenes ni siquiera ahora, ¿verdad? Pero es un viejo degenerado tan cariñoso, y les da a las mujeres tanto aliento, y les palmea las mejillas con tanta dulzura en vez de aplicarles cloroformo en las narices. ¡Peritonitis, por Dios! Y bueno, ¿qué era lo que usted pretendía?

—Se muere, Jon. Para mí es como la hija que nunca tuve, y se muere. Acaban de telefonarme de Sta. Hilda. Ha tenido... ha tenido fiebre desde ayer, y ahora, hoy...

—Y él la infectó, el maldito cochino viejo, palmeando con sus manos sucias. ¿Qué fue lo que hizo antes? ¿Una autopsia?

El doctor Bedloe tendió las manos.

—Jon, creen que necesita una operación inmediata... para salvarle la vida. Ella... sangró más de lo acostumbrado después del parto. Creyeron que estaba fuera de peligro. ¡Jon, se muere!

—¿Una operación? ¿Histerectomía? ¿A su edad? —dijo Jon en voz alta.

De repente el doctor Bedloe pareció enfermo, golpeado y viejo.

—Es peor que eso. El bebé... murió anoche. Una herida cerebral, al nacer, creo. Iba todo tan bien, a pesar de los fórceps, y de repente sucedió. Hortense sólo tiene diecinueve años, Jon.

—¡Oh, Jesús! —exclamó Jonathan.

Robert no hizo el menor gesto, se sentía demasiado horrorizado.

—Jon, Louis Hedler me dijo que le llamara de inmediato. Dijo que si hay alguien que pueda salvar a Hortense, ése es usted.

—El bueno de Louis —dijo Jonathan moviendo la cabeza—. Mire, Humphrey, no voy a meterme en esto, ni siquiera por la pequeña Hortense. Es su sucia obra, no me suplique. ¿Dónde está el viejo Schaeffer?

—No la deja ni por un instante. Es patético...

—Ya lo creo. Hortense es su ahijada, ¿no es cierto? No, no voy a meterme en este podrido lío para que después vayan ustedes por ahí diciendo que fue culpa mía. No, Humphrey, lo lamento, pero este engorro ha caído sobre sus hombros.

El doctor Bedloe agarró a Jon por un brazo.

—Por favor, Jon —le dijo con la voz rota—. No piense en otra cosa que en Hortense. Le prometo...

—Claro que prometo. Ahora prometo cualquier cosa, pero si Hortense muere, lo que probablemente va a ocurrir, entonces la culpa será mía. ¿No fue su esposa la que fue diciendo por ahí que había algo misterioso en la muerte de la pequeña Martha Best? Sí, fue ella, mi madre me lo dijo.



—Jon, yo estaré allí, en la sala de operaciones. Media docena de médicos estaremos allí.

—Magnífico, magnífico, estarán allí con sus levitones plagados de gérmenes. No, gracias, lo lamento por Hortense. Pero llame a Harrington, Humphrey, como debió de haber hecho desde un principio.

El doctor Bedloe estaba a punto de estallar en lágrimas.

—He... he pensado en eso. Se negó.

—Muy bien por Phil. Mire, voy a rezar una plegaria por Hortense, si es que puedo recordar a quién debo elevarla, pero no cuente conmigo, Humphrey.

Meneó la cabeza y volviéndose tomó al joven Robert por el brazo. Le miró y dijo con fastidio:

—¡Oh, también usted! ¡No!

—Yo estaré allí —dijo Robert—. Colaboraré con usted.

—¡Usted y su hermoso bigotito colorado! —Jonathan le miró con desprecio—. Permítame advertirle: nunca limpie lo que ensuciaron los burros, y no trate ni siquiera de hacerlo. Después que sea demasiado tarde, los burros cantarán: «¡Él lo hizo, él lo hizo!». Nunca nos perdonarán que tengamos una educación profesional decente. ¡Vámonos de aquí!

—¡Por favor, Jon! —rogó el doctor Bedloe.

—¿Qué más podrá decir contra mí este apestoso pueblo? Simplemente que asesiné a Hortense. ¿Vamos, Bob? Vamos a Sta. Hilda.

## Capítulo 9

Jonathan y Robert cruzaron rápidamente el pueblo en el coche y llegaron a Sta. Hilda. No cambiaron palabra, aunque Jonathan le echó a Robert varias miradas sombrías y acusatorias como si el joven tuviera la culpa de lo que ocurría, como si Robert le hubiera obligado a meterse en aquella situación peligrosa, pero Robert sonreía por debajo de su bigote. En cuanto llegaron se dirigieron a la lujosa suite que ocupaba la joven Hortense Nolan, y allí Jonathan vio al doctor Schaeffer sentado al lado de la cama de Hortense, que protestaba y se quejaba dolorida, mientras el doctor suave y cariñosamente la instaba a comer:

—Nada más que un poquito, querida. Este buen caldo, este delicioso pedacito de pollo, este panecillo caliente con manteca. Tienes que conservar tus fuerzas.

Jonathan entró casi corriendo, apartó de un manotazo la cuchara de la mano del médico, levantó la repleta fuente y la arrojó con furia contra la pared, donde se estrelló ruidosamente.

—¡Maldito sea! —exclamó—. ¿Trata de matar a la muchacha? ¡Fuera, fuera! Quiero una conferencia con todos ustedes.

El doctor Schaeffer, hombre bajo y rosado con espesa barba gris y cabeza calva, le miró como si fuera un perro rabioso, y se levantó lentamente, con los ojos extraviados. El doctor Bedloe, que había seguido a Jonathan pisándole los talones, miró con desaliento los restos del «nutritivo almuerzo», pero dijo lo más tranquilamente que pudo:

—Emil, he llamado al doctor Ferrier... está acostumbrado a estas cosas... y quisiéramos consultar contigo.

—Llamaste a éste... éste...

—Emil, ella es mi sobrina. Hay algunas cosas modernas, sabes...

La gorda cara del doctor Schaeffer se puso muy blanca.

—Si él la toca, tendré que abandonar el caso, Bedloe.

—Louis Hedler también se lo pidió a Jon —dijo el doctor Bedloe, aterrorizado al pensar que Jonathan se negara—. Por favor, Emil.

—Pensándolo bien —dijo Jonathan— le necesito aquí. Quiero hacerle algunas preguntas. Quiero aquí también a esos dos internos del último año, Moe Abrams y Jed Collins, que ya han sufrido bastante a las órdenes de los borricos. También quiero ver a Louis. Vaya a buscarlos, Humphrey —le hablaba al jefe del personal del Friend's como si fuera un lacayo—. No voy a mirar a la muchacha hasta que todos estén aquí. Y dícales a Moe y Jed que se traigan sus cuadernos de notas. Eso no sólo es para su información, sino para mi propia protección.

Su oscura y delgada cara estaba muy pálida, y los ojos le relampagueaban, mirando al doctor Bedloe amenazadoramente. El doctor Schaeffer sacó el pañuelo y

se secó con él la cara y las manos, que tenía empapadas de sudor. Jonathan dio un paso, le quitó el pañuelo, miró al hombre mayor y luego sus manos, y le arrojó el pañuelo a la cara.

—¿Así que tiene un resfriado? Y la ha estado examinando. ¿Cuántas veces lo ha hecho hoy, criminal idiota, con esas manos cargadas de gérmenes?

—¡No voy a soportar esto! —gritó el doctor Schaeffer—. No voy a soportar estos insultos de un mequetrefe, de un incompetente, que hasta metió la pata con...

—¡Emil, por amor de Dios! —gritó el doctor Bedloe con voz angustiada.

—Y lo hizo deliberadamente —agregó el doctor Schaeffer, que parecía estar al borde de un ataque.

—No se aflija por lo que diga —dijo Jonathan—. Vaya y tráigame a esa gente. Déjelo que se quede aquí gimoteando. Ya tendrá bastante en qué ocuparse contestando preguntas más tarde. —Se metió las manos en los bolsillos como si envainara dagas.

«¿Es necesario ser tan violento?», se preguntaba Robert. Se acercó lentamente a la hermosa cama de bronce y contempló a la joven que la ocupaba.

Hortense Nolan reposaba sobre un almohadón y varias almohadas y estaba cubierta por sábanas del mejor y más suave hilo. Era evidente para Robert que estaba casi moribunda a causa de la infección. Era tan delgada, tan pequeña y tan joven que no parecía tener más de doce años. La masa de sus cabellos rojos contrastaba con la cenicienta palidez de su rostro. Sus cabellos flotaban sobre la almohada como una bandera de peligro y le caían sobre el pecho jadeante. Tenía los ojos semiabiertos y hundidos en sus cuencas grises, y su color estaba velado por una película opaca. Las aletas de la nariz estaban contraídas y pálidas, y los labios eran tenuemente rojos. Su constitución era delicada, brazos delgados y manos pequeñas, apoyadas sobre la cobija. Robert se sintió descompuesto y atemorizado. Respiraba lenta y ruidosamente en el repentino silencio de la habitación. Pero Jonathan no quería mirarla, acodado en la ventana, miraba afuera, mientras que el doctor Schaeffer apoyaba su voluminosa espalda contra la pared, junto a la puerta.

Entraron dos enfermeras y se acercaron apresuradamente a la cama.

—¡No se acerquen a esa cama ni toquen a esa mujer! —les gritó Jonathan sin volverse.

Las enfermeras se quedaron boquiabiertas, y sus rostros de colores frescos se endurecieron por la sorpresa. Se volvieron al doctor Schaeffer y le hablaron obsequiosamente.

—Doctor, los padres de la señora Nolan y su esposo están afuera, y quieren verla.

—Sí, sí —dijo el abrumado hombre—. Naturalmente. Háganlos entrar.

—No —dijo Jonathan—. Si ellos entran yo me voy, y no volveré.

Pero las enfermeras sólo esperaban las órdenes del doctor Schaeffer, sonriendo

con desdén e ignorando por completo a Jonathan. El doctor Schaeffer vacilaba. Los esfuerzos que hacía por tomar una decisión le enrojecían la cara, y miraba a Jonathan con odio.

—Yo... nosotros... celebramos una consulta —les dijo a las enfermeras. Una de ellas, la mayor, se echó hacia atrás, asombrada.

—¿Con el doctor... Ferrier?

—Con el doctor Ferrier...

Las dos jóvenes se quedaron de nuevo boquiabiertas. Volvieron lentamente las cabezas y observaron a Jonathan, que seguía apoyado en la ventana, y su asombro no tuvo límites.

—Váyanse, por favor —les dijo el doctor Schaeffer con voz entrecortada.

Las dos muchachas abandonaron la habitación haciendo ondear sus largas faldas blancas. Les faltaría tiempo para relatar a sus compañeras aquella increíble escena. Robert podía oír sus voces aflautadas y agitadas mientras se retiraban por el pasillo. Volvió a reinar el silencio en la habitación, sólo interrumpido por la angustiada respiración de la muchacha agonizante, que parecía ignorar totalmente la presencia de los hombres que estaban a su lado, el brillante sol de la tarde, los ruidos del pasillo y el viento suave que levantaba las cortinas de las ventanas. Se había sumergido en aquel profundo desinterés y en aquel distanciamiento que son la antesala de la muerte. Jonathan no la miraba, pero Robert advertía la palidez y el hundimiento de sus mejillas, la fuerte tirantez de los pómulos y de la mandíbula, y la tensión de todo su cuerpo, como si estuviera a punto de perder el dominio de sí mismo.

Se abrió la puerta y entraron apresuradamente el doctor Hedler, acompañado por el doctor Bedloe y los dos jóvenes internos.

—¡Jon! —gritó el doctor Louis Hedler— es muy bueno de tu parte... a... atender esta consulta ¡Muy bueno!

Jonathan se volvió lentamente, pero su mirada se fijó solamente en los dos médicos internos. Y sin apartar la vista de ellos, contestó:

—Quiero que entiendan bien esto: he venido bajo presión. Mi sentido común me aconsejaba negarme. He venido contra mi voluntad y porque soy un maldito sentimental y tengo un corazón que se entenece ante las jóvenes víctimas de los obstinados y medievales asnos anticuados, que nunca han oído hablar de Semmelweis y Lister, y que continúan asesinando a voluntad. He venido a denunciarlos a ustedes, como la Asociación Médica Americana quiere que se les denuncie. Quiero librar a los hospitales de tipos como ustedes. Eso es mucho esperar, naturalmente, pero el tiempo hará lo suyo.

—Jon —dijo Louis Hedler— ¿no podemos dejar estos insultos para después? Hortense está casi *in extremis*.

Jonathan, indiferente, seguía mirando a los internos.

—Moe Abrams —dijo— fue un hombre de tu misma religión, Ignaz Semmelweis, quien en 1847 aisló la causa de la fiebre puerperal en el *postpartum* de las mujeres. Falta de asepsia, y el hecho de venir de las salas de disección a las de maternidad con la sangre de los muertos en las manos de los «médicos». Su jefe, Johann Klein, lo obligó a salir de su país natal, Hungría, utilizando la calumnia y el odio, y a causa de su vanidad y desdén por los «métodos modernos». Semmelweis estuvo a punto de volverse loco. Vino después Joseph Lister, pero también se rieron de él. Estos dos precursores son todavía despreciados por los burros diplomados que tenemos hoy entre nosotros.

—Jon —dijo el doctor Hedler.

—Louis —le dijo Jonathan— tú y este Schaeffer, y Bedloe también, no tienen derecho a curar ni a los perros. Sé muy bien que nunca les permitiría tocar a mi bóxer Monty. Probablemente lo matarían.

Los dos internos se sonrieron fugazmente, y después miraron sonrientes a Jonathan.

—Yo —siguió diciendo Jonathan— no les dejaría que me trataran una quemadura de primer grado —señaló la cama—. Sin embargo, es muy probable que hayan matado a la pequeña Hortense.

Se acercó a la cama y miró gravemente a los internos.

—Muchachos —siguió diciendo— necesito que toméis voluminosas notas. Haré mis preguntas lentamente para que podáis registrarlas, y quiero que anotéis también las respuestas.

—¡Qué falta de ética! —gritó el doctor Schaeffer y miró implorante a sus amigos, Louis Hedler y Humphrey, pero ellos, incómodos, eludieron su mirada—. ¿Estoy sometido a juicio?

—Sí, lo está usted, y los otros, junto con usted —dijo Jonathan.

Abrió su maletín, acercó una silla a la cama, y por primera vez concentró toda su atención en Hortense. La estudió con una concentración absoluta, inclinándose sobre ella pero sin tocarla.

—Tráiganme una enfermera con una hipodérmica de 15 miligramos de morfina, en seguida —ordenó.

—¡Morfina! —gritó el doctor Schaeffer—. ¡Cuando apenas puede respirar!

—Louis —dijo Jonathan sin levantar la cabeza.

El doctor Hedler vaciló, luego tocó la campanilla para llamar a la enfermera y cuando apareció, le dio precipitadamente la orden.

—La va a matar —dijo el doctor Schaeffer en tono bajo y desesperado. Jonathan miró a los internos.

—La morfina, entre otras cosas, reduce los movimientos peristálticos, como ya sabéis. Éste es un caso no sólo de fiebre puerperal, sino de peritonitis extensiva.

Empezó a examinar a la muchacha, que se quejaba débilmente. Apartó las sábanas, y soltó la blasfemia más sucia que Robert había oído en su vida.

—¡Un roñoso tapón! —gritó—. ¡Un tapón sucio y asqueroso! ¿Para qué? ¿Para producir el flujo de sangre? ¡Mírenlo! —dijo levantando el tapón en el aire—. ¡Lleno de lo que nuestros amigos llamarían «saludable pus», o algo parecido! ¿Cuándo diablos se le detuvo la hemorragia, Emil?

El doctor Schaeffer veía desesperado como los internos lo anotaban todo afanosamente.

—Ayer por la mañana... sangraba un poco. Por eso ordené el tapón.

Entró la enfermera con la jeringa de morfina, y se la alcanzó con ademán desdeñoso a Jonathan, quien inyectó hábilmente el fluido en el brazo de Hortense, que se quejó débilmente. La enfermera, sonriente, se retiró hacia la puerta, pero se quedó allí, ¡tenía tantas noticias divertidas que darles a sus compañeras! Robert advirtió la sonrisa, y su convicción sobre la «bondad» de la naturaleza humana sufrió nuevamente una fuerte sacudida. ¿Qué había dicho Jonathan?: «*El hombre no es bueno, es intrínsecamente malo y desea sólo un mal destino para su prójimo*». Bueno, parecía que había mucho de verdad en eso. Demasiado de verdad como para poder conservar la paz del espíritu.

Jonathan arrojó el amarillento tapón sobre una bandeja que alargó a los internos, y dijo, mirándola horrorizado:

—Veamos, Emil. ¿Cosió las desgarraduras?

—Lo hice. —Los ojos de Schaeffer ardían de humillación. Su palidez aumentó.

—¿Después de los fórceps? Sí. ¿Y esterilizó los fórceps? NO. ¿Usó los métodos modernos de asepsia para sus manos? NO. ¿Guantes de goma? TAMPOCO. Muchachos, ¿lo han anotado?

—Sí, doctor —dijo el doctor Abrams con portentosa solemnidad.

—Muy bien. Ahora, Emil, ¿se aseguró bien de que no quedaba ningún resto de placenta?

El doctor Schaeffer se movió pesadamente contra la pared.

—Creo que sí. Parecía que no quedaba...

Jonathan saltó hacia él.

—¡Usted creía que no quedaba! ¿No está seguro... doctor?

El doctor Schaeffer habló rápidamente y con voz fuerte.

—He atendido miles... miles... ¡Creo que sé cuándo queda o no!

—¿Cuántas murieron... doctor, de hemorragia? ¿De fiebre puerperal? ¿De peritonitis extensiva?

—¡No estoy obligado a contestar esa pregunta, y no lo haré!

—No —dijo Jonathan— la Quinta Enmienda de la constitución le protege de la autoacusación. De modo que existe una posibilidad bien definida de que quedaran

retenidos restos de la placenta, que pudieron provocar por sí mismos todo este daño. Además, hay una situación peligrosa: la descarga normal ha sido inhibida y el pus ha tomado su lugar. —Miró al doctor Hedler—. Quiero que preparen de inmediato un quirófano.

El doctor Hedler hizo una señal a la enfermera, quien se precipitó fuera de la habitación, rebosante de noticias.

Jonathan continuó examinando a Hortense, sin dejar de hablar lentamente. Sostenía la hoja clínica en la mano y la verificaba con sus observaciones, asintiendo en algunos momentos.

—Taquicardia. Vómitos. Rigidez del abdomen. Notarán ustedes, doctor Abrams y doctor Collins, que no hago un examen vaginal. La paciente ha sufrido seis de éstos, hoy mismo, y con manos sucias.

—¡Yo no voy a...! —empezó a decir el doctor Schaeffer volviéndose furiosamente hacia sus colegas.

Ahora el doctor Bedloe le miró amargamente.

—Cállate, Emil —le ordenó.

Jonathan continuaba hablando.

—Fiebre de 40 grados desde anoche. Infección violenta. ¡Esperemos de Dios que no haya también una embolia por algún lado! —Examinó las blancas piernas de la muchacha minuciosamente drogada—. No, todavía no, al menos hasta donde puedo ver.

—¿Histerectomía? —preguntó el doctor Bedloe.

—No lo sé... todavía. Encuentro un absceso aquí, adyacente al útero. Peritonitis extendida. Fulminante. ¡Esperemos de Dios que el absceso esté cercado! Ahora escuchen: nadie será admitido en la sala de operaciones sin una asepsia completa, botas, mascarillas, gorros y guantes de goma. A usted, doctor Schaeffer, no se le permite en absoluto la entrada. Su «resfriado» ha contribuido a extender la infección.

—¡Es mi paciente! ¿Cómo puedo saber lo que le hará usted, mequetrefe?

Jonathan se irguió y le miró con repugnancia.

—¿Mequetrefe, yo? Mírese al espejo, Emil. Si llego a salvar a esta muchacha, que dudo poderlo hacer, no será gracias a usted. Será a pesar de lo que usted hizo.

El doctor Schaeffer tendió las manos hacia sus colegas.

—¡Louis! ¡Humphrey! ¡Ustedes saben lo que sucedió! Me refiero a su mujer. ¿Dejarán que le pase lo mismo a Hortense?

Robert no reprochó a Jonathan lo que hizo en aquel momento: se acercó rápidamente al doctor Schaeffer y le golpeó ferozmente la cara. El fuerte chasquido pareció una explosión en la calma que reinaba en la habitación. El doctor Schaeffer se tambaleó. Se llevó la mano a la mejilla. Todos quedaron silenciosos y nadie se movió, espantados, a excepción de los dos jóvenes internos que se miraban recatadamente los

zapatos.

—¡Le haré detener por agresión y lesiones! —gritó el doctor Schaeffer.

—Y yo le haré detener por ineficiencia deliberada, causada por su ignorancia, su estupidez y por su ineptitud para entrar ni siquiera en una sala de hospital. Si esta mujer muere, Emil, tan seguro como que hay Dios que aconsejaré al marido que inicie juicio contra usted. —Miró a Louis Hedler—. Y contra este hospital, por permitir que este hombre utilice sus instalaciones y por ayudarlo y protegerlo. —Sus ojos negros parecían echar fuego.

Llegó la camilla para Hortense que roncaba pesadamente bajo la influencia de la morfina. Jonathan no miró siquiera a los doctores.

—Listos, tan pronto como les sea posible con sus cuadernos de anotaciones —les dijo a Robert y los internos. Meneó la cabeza.

—¡Aquí tenemos a Hortense en una suite abierta en la sección de maternidad! ¿Saben ustedes lo peligroso que es eso? La infección puede propagarse a las otras madres. Tiene que permanecer aislada después de su regreso de la sala de operaciones... si sobrevive a la operación, cosa que dudo. Aislamiento total, y nadie que la atienda a ella debe atender a otro paciente. ¡Dios mío!

Pero a Jonathan le había pasado desapercibido algo vital. Cuando entró en la salita de espera de la suite vio reunidos allí al señor Horace Kimberley y su esposa, los padres de Hortense, y a su joven marido, Jeffrey Nolan; entonces Jonathan dijo en voz casi imperceptible: «¡Oh...!», y otra palabra irreproducible a Robert. El doctor Schaeffer hablaba con la llorosa madre.

Louis Hedler quedó desagradablemente desconcertado, y apoyó su mano sobre el brazo de Jonathan, pero éste, apartándole de un empujón, avanzó hacia los otros cuatro con expresión fría y enfurecida. El doctor Schaeffer había hablado urgentemente con los otros. Su rostro estaba enrojecido y una de las mejillas presentaba un trazo carmesí causado por el golpe de Jonathan. Fue Jeffrey Nolan quien se dirigió a Jonathan, mientras los enloquecidos padres pestañeaban confusos y atemorizados.

—¡Hola, Jon! —le dijo tendiéndole su seca y angosta mano—. ¿Qué es lo que oigo? Humphrey le llamó, ¿es así? Pero aquí el doctor Schaeffer nos dice que Hortense mejora. ¡Una operación! ¡Jon, mi esposa tiene sólo diecinueve años, y el bebé ha muerto!

—Espere un momento —dijo Jonathan ignorando por completo al doctor Schaeffer y hablando a los otros tres—. Tengo que ser brusco porque no nos queda prácticamente tiempo, Jeff, señor y señora Kimberley, Hortense tiene fiebre puerperal y peritonitis. Déjenme terminar. ¿No les ha dicho Schaeffer eso? Necesita una limpieza, lo que denominamos dilatación y raspado. También es necesario evacuar el absceso y ponerle un drenaje. Tengo que hacerlo de inmediato, ahora mismo. Está



casi *in extremis*. Jeff, ¿entiende usted eso? Estará muerta en menos de veinticuatro horas si no opero. Eso es seguro.

—¡No estoy de acuerdo! —gritó el doctor Schaeffer—. ¡Mejora decididamente! ¡Ya tiene períodos más largos sin coma! ¡Los latidos de su corazón suenan mejor! ¡Sólo necesita alimentación para que recupere las fuerzas, y buen cuidado!

—¿Jon? —interrogó el joven marido con una voz tan seca como su mano. Pero su mirada era implorante.

—Se va a morir, y muy pronto, a menos que le haga esa operación —dijo Jonathan—. Eso puedo asegurarlo con absoluta certidumbre. Jeff, no quería hacerme cargo de esto, deseaba que Schaeffer pagara por ésa carnicería de la que es culpable por su incompetencia y por el desprecio que siente por lo que él llama «métodos modernos». El joven Harrington se negó a que lo complicaran en esto, por excelentes razones. Jeff, diga una sola palabra y me retiro. El lío no lo he provocado yo.

El doctor Schaeffer se dirigió a los padres.

—Julie, ¿acaso no te atendí cuando tuviste dos hijos? ¿Sufriste algo?

—No —dijo la llorosa madre—. Fue todo perfecto. Horace, no sé si debiéramos dar la autorización. Estoy abatida. No puedo pensar.

—Señora Kimberley, no está en sus manos tomar una decisión —dijo Jonathan—. Le corresponde a Jeff, su marido. ¿Y bien, Jeff?

Jeffrey miró con desesperación a Louis Hedler y Humphrey Bedloe, que se les habían acercado.

—Es completamente cierto, Jeff —dijo el doctor Hedler, y el doctor Bedloe asintió en silencio.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró el joven, agarrando a Jonathan del brazo—. Dígame, Jon, ¿si la opera, vivirá?

—No lo sé. En este momento, no lo creo, Jeff. Tiene una sepsis. Está terriblemente infectada. No voy a entrar en detalles, usted no los entendería, de todos modos. Sin la operación con toda seguridad se muere, con ella, tiene una probabilidad entre mil. Eso es todo lo que puedo prometerle, el asunto ha llegado demasiado lejos.

—¿Demasiado lejos? Jon, ¿no puede usted darnos ninguna esperanza?

—No muchas, prácticamente ninguna. Sólo haré lo que esté en mis manos para deshacer este terrible daño.

—Lo prohíbo —dijo el doctor Schaeffer, con una voz que era casi un susurro—. ¡Sería criminal privar a una esposa joven de su capacidad de tener hijos! ¡Eso es lo que quiere hacer! ¡Será un crimen!

—Si ella muere —le dijo Jonathan al joven marido— será ciertamente un crimen, pero no seré yo el asesino. No le extraeré el útero si es posible dejarlo, Jeff. Ya veremos. La elección es desesperada, y yo lo sé demasiado bien. Hortense puede morir, sea en la mesa de operaciones o bien unas cuantas horas después, o morirá con

toda seguridad sin la operación, o vivirá después de la operación pero incapacitada para tener hijos en el futuro. No me corresponde a mí la elección.

—¿No queda ninguna otra alternativa?

—Una remotísima: que viva después de la operación y pueda tener hijos. Es remotísima, no puedo ofrecerles ninguna esperanza. Sólo puedo darles mis conocimientos y mi promesa de que haré todo lo que pueda, todo lo que cualquier médico puede hacer.

El doctor Schaeffer apeló de nuevo a los padres.

—¿Es que mi experiencia no vale nada en comparación con el conocimiento «nuevo» y superficial de este hombre? Quieren una... —Se detuvo, pero los parientes sabían qué era lo que quería decir.

—¡No lo sé! ¡No lo sé! —gimió la madre de la muchacha abrazándose a su marido.

Jonathan suspiró y miró su reloj.

—Cada minuto que pasa disminuye las probabilidades de Hortense. Deme su respuesta, Jeff, está por completo en sus manos.

El doctor Bedloe puso una mano sobre el hombro de la madre.

—Ya lo has oído, Julie. No está en tus manos. Conozco a Jon Ferrier. Sí —agregó en un tono de profunda vergüenza—. Le conozco. Le agravié, Julie. También yo le temía porque sabía más, o le odiaba profundamente por esa misma razón.

Las cejas negras de Jonathan se alzaron en un gesto de sombría burla.

—¿Y bien Jeff?

—Doy mi permiso —dijo el joven—. ¿Dónde está el condenado papel? ¡Dese prisa, Jon, por el amor de Dios, dese prisa!

Firmó el papel. La pluma le temblaba entre los dedos.

—Acaba de condenar a muerte a esa niña —dijo el doctor Schaeffer.

—No, fue USTED quien lo hizo —le contestó Jonathan doblando el papel—. Pero trataré de arrancarle de la sentencia de muerte que usted dictó. —Miró a Robert y éste le siguió cuando salió de la habitación.

Una vez en el pasillo Jonathan echó a correr y Robert tras él. Llegados a la antesala, los dos hombres comenzaron a lavarse las manos, una y otra vez, mientras las escépticas enfermeras, de pie junto a ellos en silencio, intercambiaban miradas significativas. Jonathan pareció aflojarse.

—El viejo Bedloe es un borrico, y siempre lo ha sabido. Ahora lo admite. Puede tener algunas esperanzas. Pero ¿cómo me he metido yo en esto, al final? Hortense no es paciente mía. Pégueme un puntapié, Robert. Pégueme un puntapié muy fuerte.

—¿Cree usted que hay alguna esperanza?

—¿Quién lo puede saber? Yo no. ¿Ganarán mis caballos en Belmont en septiembre? Me resulta tan difícil contestar esa pregunta como la que usted me hace.

¿No le han enseñado en Johns Hopkins que un médico nunca hace ni responde una pregunta semejante? Si no se lo han enseñado, perderé de inmediato el respeto que sentía por ellos. Vamos, démonos otra enjabonada. Recuérdelo, diecisiete veces. Debe haber algo cabalístico relacionado con ese número, ¿no le parece?

Robert se dio cuenta de que Jonathan se distendía deliberadamente, se hacía objetivo, despegado, antes de enfrentarse con la prueba que le esperaba en la sala de operaciones, y Jonathan confirmó aquella sospecha de inmediato al decirle:

—La paciente tiene algo en su favor: es muy joven, y la juventud engaña con mucha frecuencia a los médicos.

Hortense Nolan se había convertido para él ahora en «la paciente», y Robert pudo sentir cómo se aflojaba la tensión en sus propios hombros.

—¿Le he contado alguna vez la historia de un cirujano que era un viejo chivo, y la enfermera? —preguntó Jonathan enjabonándose de nuevo las manos.

Se dedicó entonces, ante el embarazo de las jóvenes enfermeras que silenciosas aguardaban junto a ellos, a contar una historia muy lujuriosa, con gestos sugestivos de sus dedos húmedos, gestos que no habría entendido alguien excesivamente inocente. Robert miró a las enfermeras, que tenían la vista fijamente clavada en el suelo, y rió con todas sus fuerzas.

—Es un cuento viejo —dijo Jonathan satisfecho—. ¿Quiere decirme que nunca se lo contaron en su imponente Johns Hopkins?

—Cuidaban mucho nuestras delicadas sensibilidades —dijo Robert.

—¡Qué bonito! —dijo Jonathan—. ¿Y supongo que nunca le dijeron que algunas enfermeras podían tener purgaciones, tampoco?

—Eso lo decían veladamente —dijo Robert, y las enfermeras cambiaron de posición, indignadas.

Los dos médicos entraron en la sala de operaciones con los gorros, guantes, batas y mascarillas puestos. Aquélla estaba iluminada cegadoramente por encima de sus cabezas. Olía a pintura fresca, jabón, éter y ácido fénico. El doctor Bedloe, el doctor Hedler y los dos internos, ya les esperaban vestidos como ellos. El doctor Bedloe le administraba éter a Hortense Nolan, cuya brillante cabellera estaba envuelta en una toalla. La muchacha parecía patéticamente pequeña y ya muerta sobre la mesa de operaciones.

—Eso es lo que usted mejor hace, Humphrey —dijo Jonathan con la voz velada por la máscara—. Algo ha aprendido por lo menos. ¿El oxígeno está también preparado?

Miró a las enfermeras como si buscara una infracción a las normas de la asepsia, y observó fijamente la bandeja con todos los instrumentos, que brillaba bajo las potentes luces del quirófano.

—¿Supongo —dijo— que todas estas cosas han sido esterilizadas?

—Jon —contestó Louis Hedler— ¿no le parece que ya se ha burlado bastante?

—Oh, estoy lleno de bromas —dijo Jonathan haciendo un gesto con la cabeza a la enfermera que estaba a su lado—. Solución fénica, primero. Muy bien, querida. Ahora, frote la zona operatoria con alcohol, y espero que sea alcohol de veras y que nadie se lo haya bebido y cambiado por agua.

Vio la blancura mortal de las mejillas de Hortense y escuchó los sonidos entrecortados que emitía mientras inhalaba el éter. Tenía los ojos cerrados, y los párpados lucían el azul de la muerte.

—Está por debajo —dijo el doctor Bedloe tomándole el pulso—. No me atrevo a darle más, Jon.

La enfermera que se encargaba de la bandeja de instrumentos puso un bisturí en la mano enguantada de Jon. Aquél era el momento que Robert siempre temía. La operación en sí nunca le perturbaba ya que había asistido a muchísimas y realizado gran número de las más sencillas. Pero todavía el frágil trazo del bisturí sobre la carne blanca y la fina estela roja que lo seguía, hacían que el corazón se le estremeciera de temor. Le parecía que sólo un sádico podía permanecer indiferente ante aquella primera violación del cuerpo humano, la delicadeza de los primeros cortes se le antojaba cruel y malvada.

—¿Le he contado alguna vez a alguien el cuento de la vieja matrona que creía que estaba preñada? —preguntó Jonathan mientras las enfermeras se acercaban con esponjas y suturas.

—Sí —dijo el doctor Hedler—. Muy inoportuno. Aumentó la tensión que reinaba en la sala de operaciones. Ahora todos guardaban silencio, aunque los internos tomaban notas cuidadosamente. La frente del doctor Bedloe había tomado un tinte lívido, al recordar que había sido él quien había llamado a Jonathan. Miraba sin hacer el menor movimiento, sus ojos apenas pestañeaban.

—Una cosa se ve claramente ahora: la infección se ha extendido hasta la mucosa uterina. ¡Y vean ustedes este absceso de la pared uterina! Gracias a Dios que está cerrado. Muy pocas veces se ve algo igual. Eso es debido a la juventud y a una sólida constitución. Vamos a evacuar. Pondremos tubos de drenaje. No hay salpingitis o parametritis, gracias a Dios. ¿Cómo se las arregló esta muchacha para salvarse de ello, después de los esfuerzos del viejo Emil para matarla? Trabe esta arteria, Bob, ¿qué es usted, una estatua? ¡Vamos, vamos, muévase más rápido! ¿Dónde está esa famosa técnica del Johns Hopkins?

Pasaban los minutos.

—No me gusta nada esto, Jon, el pulso se debilita, y la presión ha bajado a 92/110 —dijo el doctor Bedloe con un temblor en la voz.

—Bueno, no le extirpamos las amígdalas —dijo Jonathan.

Tenía la frente perlada de sudor. Apartó la cabeza a un lado y una enfermera le

enjugó el sudor de las partes del rostro que tenía descubiertas. Miró el reloj que colgaba de la pared, y cuyo tic tac sonaba ominosamente. Había pasado casi una hora.

—Pérdida de sangre —dijo el doctor Hedler.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo Jonathan—. ¡Rápido, este derrame! Maldito sea, Bob, muévase con más rapidez.

—Creo que se nos va —dijo el doctor Bedloe.

—¡Fíjense en estas infernales suturas del viejo Emil. No me asombran! Y, como sospechaba, hay restos de placenta. Si alguien le degollara me daría muchísimo gusto.

El doctor Bedloe empezó a proporcionarle oxígeno.

—¿Cuánto tiempo más? —imploró—. Tengo que intentar sacarla, Jon.

—Siga entonces, hay una sola salida. —Sus manos volaban, limpiando y cosiendo—. De todos modos, el útero ha quedado perfectamente. ¿Les he contado alguna vez...?

La paciente emitió un largo quejido inconsciente.

—¡Magnífico, Hortense! —dijo Jonathan—. Quédate con nosotros, querida. Bob, ahora puede empezar a coser.

Robert advirtió que le temblaban las manos. El pulso, los latidos y la presión de la muchacha iban en aumento, y su vientre se ponía tenso.

—¡Éter! —dijo Jonathan—. No mucho, sólo el suficiente para aflojarle el vientre, ¡maldito sea!

Observaba con mirada crítica a Robert mientras daba limpias puntadas.

—Muy bien —dijo sin mirar a la paciente, parecía estar concentrado en la labor de Robert.

—Tendré que darle de nuevo oxígeno —dijo el doctor Bedloe.

—Muy bien, hágalo rápidamente. Cuidado con ese reborde que hay ahí, Bob. Señoritas, ¿tienen ustedes todas las esponjas?

Tenía las manos y la ropa llenas de sangre. Estaba allí, observando, y sólo sus ojos parecían tener vida, mirándolo todo, saltando de la cara de la paciente a las manos de Robert. Hortense volvió a quejarse, con un gemido que resonó en la silenciosa sala.

—Todavía está bien por debajo —dijo Jonathan—. No se moje los pantalones, Humphrey, aún está floja. No le dé demasiado oxígeno por un par de minutos.

Pasaron dos horas antes de que Hortense Nolan fuera transportada a una sala de aislamiento total, lejos del piso de obstetricia y acompañada por enfermeras que no atenderían a nadie más. Los cuatro doctores, alejados ahora de los vocingleros internos, se dirigieron a la salita de la anterior suite de Hortense. Los padres y el marido de la muchacha esperaban, y se pusieron en pie a la vez, de un salto.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó la madre mirándole con miedo—. ¿Por qué no la han traído de vuelta? —se llevó las manos a la boca, sin atreverse a formular la

pregunta.

—Está en una habitación aislada. No puede volver a este piso. Ahora escúchenme bien todos ustedes —dijo Jonathan—. Hay una esperanza, no es más que una esperanza. Pero perderá esa milagrosa esperanza si se le permite al viejo Emil meterse en su habitación, con su bonita infección y sus viejas manos curiosas. Si le dejan entrar, aunque sea por un segundo, abandono el caso. ¿Lo han entendido bien, con claridad?

Jeffrey Nolan se había echado a llorar. Los padres se abrazaban, y los cansados ojos de Jonathan les miraban sonrientes.

—Una esperanza —repitió—. Una sola esperanza. Yo no apostaría nada, pero pueden tener una leve esperanza. Y hay más, si vive —siguió diciendo— si vive, podrá tener otros hijos, aunque realmente no me explico cómo puede haber nadie que quiera darle vida a un alma inocente. Es uno de esos misterios sin resolver que me acosan siempre.

—Jon —dijo el doctor Bedloe tomando la mano del joven—. No puedo decirle...

—No lo haga —dijo Jonathan.

—Jon —dijo el doctor Hedler—. Hortense estará bajo mi vigilancia personal.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Jonathan—. Acaba con eso, Louis. Si a algún médico se le permite entrar aquí cuando no esté yo, ése será Moe Abrams, o Bob, o Jed Collins. Nadie más. ¿Está bien entendido?

El doctor Hedler, que parecía realmente un sapo muy pálido, sonrió con gesto dolorido.

—Está bien, Jon. No tienes por qué insultarnos. ¿Es necesario que lo hagas?

—Sí. No he pasado por todo lo que pasé para que venga algún borrico a arruinarlo todo. Sé que ustedes son unos viejos simpáticos, pero no quiero verles en la sala de Hortense. La asepsia tiene que ser estricta en todo momento. Yo, Abrams, Collins, sí, y Bob también. Se lavan bien las manos. Saben quiénes fueron Semmelweis y Lister. Sería una excelente idea que leyeras algo sobre ellos algún día, Louis.

—Observamos estricta asepsia y esterilización en Sta. Hilda, Jon.

—Eso está muy bien, pero siempre queda el hecho de que a pesar de ello, hombres como el viejo Emil tienen acceso a las salas de parto y al piso de obstetricia. ¿De qué sirven todas las precauciones cuando un solo hombre puede echarlo todo a perder en un instante?

El doctor Hedler vaciló y miró al doctor Bedloe.

—Me parece —dijo— que vamos a quitar todos los privilegios a Emil. Lo eliminaremos de la nómina del personal.

—Si no hubiera logrado hoy ninguna otra cosa —dijo Jonathan sonriendo— algo habría conseguido con eso. Algunas pobres muchachas van a seguir viviendo en vez

de morir, aunque no sé para qué diablos quiere nadie vivir. Si queda algo de *whisky* o coñac en la casa, tráiganlo. Jeff, encárguese de Julie y Horace, si no queremos que nos caigan otros pacientes en las manos.

Jeffrey lo siguió hasta la puerta y trató de hablarle.

—Vamos, vamos —le dijo Jonathan—. Ahorre todas sus fuerzas para sus oraciones, Jeff. Recuerde que la muchacha corre todavía gran peligro. No podremos estar seguros hasta dentro de dos días más. Rece, Jeff.

## Capítulo 10

Los dos médicos fueron a ver a Hortense antes de salir del hospital. Volvía rápidamente de la anestesia. Jonathan le tomó el pulso e hizo un gesto silencioso. El joven doctor Abrams estaba sentado al lado de la paciente.

—Ha abierto los ojos una vez —explicó—. Doctor, quería decirle que nunca he visto tan maravillosa...

—Tonterías —le contestó Jonathan—. Usted no es más que un interno, Moe. Verá cosas mucho mejores... y mucho peores. ¿Cómo está la presión sanguínea de la señora Nolan?

—Excelente, casi normal. No voy a dejarla, doctor, hasta que Jed pueda relevarme. Vamos a atenderla por turnos, como usted ha ordenado.

—Y nadie puede entrar: ni su marido, ni sus padres, ni ningún otro médico con excepción del doctor Morgan, o Jed, hasta que yo lo permita. ¡Y ojo con esas enfermeras!

Los médicos salieron juntos del hospital.

—¿No se nos va la mano? —preguntó Robert—. ¿Quién manda en este hospital? ¿Usted?

—Me encantaría, siquiera por un par de meses. El viejo Louis sería el primero en salir como una bala. Pobre cerdo. No le envidio que tome usted mi lugar en el personal, Bob. Habrá veces que usted deseará que le hubiera pasado distraídamente el bisturí por el cogote en el quirófano.

Les rodeaba la luz púrpura del crepúsculo en la atareada calle, Jonathan encendió un cigarrillo.

—Apestosos —dijo—. Pero no tengo todavía la suficiente fuerza como para enfrentarme con ellos. En cierta forma lo siento por el viejo chapucero de Emil.

—Los médicos tienen que estrechar filas siempre —dijo Robert encendiendo su pipa.

Jonathan se echó a reír, con una risa débil y agotada.

—Sí, debemos hacerlo, ¿no le parece? ¿Qué pasaría si nuestros pacientes nos vieran tal como somos? Por cierto, ¿se ha trasladado ya a esa casa? Debería habérselo dicho. Era de la señora Winters. Sus hijos la habían puesto en venta.

Robert se detuvo por un momento.

—Sí, me he instalado en ella —dijo con firmeza.

—Muy bien. Ellos querían quince mil dólares, pero yo les hice rebajar a diez, para usted. Buenas noches. Pero vaya a ver a Hortense antes de medianoche. Éste es su primer caso, Bob.



Marjorie no oía más que el sordo rumor de las montañas en el profundo silencio. Ni siquiera los árboles se agitaban con aquel viento tenue y quemante. Pensó en los dormitorios vacíos allá arriba, en el segundo piso. Sólo dos se utilizaban, el suyo y el de Jon, alguna vez había esperado oír los ruidos que harían allí los nietos, pero no había nietos. Jon no volvería a casarse y Harald, viudo, seguía viviendo en aquella tonta isla sin atreverse a salir de ella durante más de cinco meses al año. E incluso las veces que salía, no iba a dormir a casa de su madre. Su habitación no tenía ocupantes, y las otras tampoco. El personal de servicio dormía en el tercer piso y subían por una escalera trasera. Tenían allí sus propias viviendas. ¿Cómo podría ella, Marjorie, aguantar quedarse sola allí una vez que Jonathan se marchara como único ser viviente en el segundo piso, la única ocupante de aquellas enormes habitaciones, la única persona que andaría por los jardines o miraría cómo la nieve llenaba los árboles?

No pensaba en su difunto esposo, su fantasma no le hacía compañía.

Tuvo un sobresalto cuando alguien la tomó firmemente por la muñeca.

—¡Jon! No te oí entrar.

Pero él le tomaba el pulso, un poco enfurruñado.

—¿Te molesta demasiado el calor? —le preguntó, depositando la mano de ella sobre el brazo del sillón.

—Un poco. ¿Quieres prepararme una bebida, también?

Jonathan se aproximó a la mesa sobre la que había una bandeja de plata. Echó una buena porción de *whisky* en un vaso, le añadió un poco de soda, después echó un poco menos de bebida en otro vaso pero con una considerable cantidad de soda, y se lo llevó a su madre. Después, sentándose, bebió rápidamente de un alto vaso de cristal como si no pudiera tragar la bebida con suficiente rapidez. Cuando apartó el vaso de su boca casi lo había vaciado. Sonrió a su madre. Marjorie mantenía una expresión cuidadosamente suave.

—Te he preparado la cena esta noche, Jon, pero temo que sea muy pesada para un tiempo como éste. Wiener Schnitzel, siempre te ha gustado.

—Y todavía me gusta, pero no tendrías que haberte molestado.

—No es molestia. —Se movió inquieta—. Espero que haga buen tiempo para el cuatro de julio. ¿A quién invitaremos a nuestro *picnic* habitual?

—Ya he invitado a Bob Morgan y a su madre. Ya lo sé. Ella es todo flato y platería falsa.

Marjorie bebió un trago.

—Yo también he invitado gente. ¿No te lo dije? Rose y Albert Kitchener y su hija, Maude. Es una muchacha muy simpática, muy bonita, tiene talento, y además es inteligente. Tiene unos ojos hermosos y el cabello castaño ondulado, y además una figura deliciosa.

—¿Para Harald?

—No, querido. Harald se fue hoy a Filadelfia. ¡Qué mala memoria tengo! ¿No te dije que va a presentar una exposición en Filadelfia el cinco? Ya ha enviado veinte telas. ¿Conoces esa galería privada y muy exclusiva de Broad Street? Sí, ahí.

—Bien —dijo Jonathan levantándose y llenando de nuevo su vaso—. Le va a costar un montón de dinero.

—Puede pagarlo, y además el dueño ha hecho propaganda por dos semanas, ha enviado invitaciones y ha tenido una aceptación maravillosa. Tendrá mucho éxito.

—¿Por qué no fuiste tú también?

—No sé. He perdido la costumbre de ir a Filadelfia. La mayoría de mis parientes han muerto y eso me hace sentir muy triste. Yo era una de esas chicas reservadas y no tenía muchos amigos. Casi todos se han mudado. Pero supongo que debería de haber ido.

—Y no querías dejarme solo el cuatro.

—Claro, querido, te hubieras sentido muy solo. —Le miró—. También he invitado a Jenny.

—¿Qué? ¿Sin Harald?

—Jon, por favor no hagas esa sonrisa burlona. Te hace muy feo, y tú eres un hombre muy guapo. Sí, lo eres.

—El niño Harald. No entiendo su estilo impresionista, pero debe de ser bueno en eso. Va a causar una gran impresión en Filadelfia, y por eso le deseo que le vaya bien. ¿Cómo has podido arrancar a Jenny de esa isla? —dijo Jonathan en tono burlón.

Su madre le miraba fijamente otra vez.

—Simplemente la he invitado y ella ha aceptado. Pobre Jenny.

—Lo sé. Hubiera llorado la ausencia de nuestro Harald. Es asombroso que no la haya envuelto y llevado con él.

—Jon, querido ¿es posible que tú no sepas que a Jenny le... disgusta... Harald? ¿Eres tan ciego? Tú sabes muy bien que Jenny se queda en esa isla a su pesar porque es su hogar, su padre construyó esa casa y ella le adoraba, y que considera a Harald un descarado intruso. No le permitirá que la tenga para él solo. Jenny simplemente se queda allí a la espera que Harald no vuelva más.

—Oh, madre, ni por un momento creeré eso. Ella se queda allí a causa de nuestro Harry.

—¿Crees realmente los chismes que corren por el pueblo, Jon? ¡Oh, no, no es posible! ¡Tú, por sobre todos! Jon, Harald quiere casarse con Jenny. Me lo dijo él mismo.

El vaso quedó inmóvil en las manos de Jon, y el líquido amarillo tan quieto como si fuera de piedra. Marjorie observó con profunda atención la cara oscura, las cejas espesas y los ocultos ojos de su hijo.

—¿Harry? ¿Quiere casarse con Jenny?

—Sí. Se lo ha pedido docenas de veces.

—No lo creo. He estado allí con mucha frecuencia y la he observado. Le mira como si estuviera... hambrienta. Escucha cada palabra que él dice como si viniera de Dios. Le sigue por todas partes con esos grandes ojos azules suyos. No advierte la presencia de ninguna otra persona cuando él está allí. No son solamente los chismes del pueblo, yo no los tomaría en cuenta ni por un minuto. Pero he visto a Jenny... mirando a Harald. Y tengo mucha percepción para la gente. Tengo que tenerla. Cuando Harald se mueve junto a ella, Jenny prácticamente tiembla, y espera. Es una mujer enamorada.

«Sí», pensó Marjorie. Pero dijo:

—Jenny sólo tiene veinte años, Jon, y aunque no quisiera decirlo, tú no sabes en realidad gran cosa sobre las mujeres, y especialmente sobre las mujeres jóvenes.

—No —confesó él—. Tienes toda la razón. No sé nada.

Pensaba en Mavis. Su madre notó cómo se le contraían los músculos de la cara. Se puso en pie como si tratara de ocultarse de la anciana y volvió a llenar su vaso. Marjorie se sintió ansiosa de nuevo, más que otras veces. Jonathan estaba parado al lado de la mesa y apartaba el rostro.

—Tendrías que haberme dado hermanas.

—Bueno, mucho me temo que sea un poco tarde para eso ahora.

Marjorie sonreía dolorida, pero Jon no la miraba.

—Querido —dijo—. Si Jenny procede como dices, es porque odia a Harald. Lo vigila siempre. Hasta creo que en cierto modo le tiene miedo. Pienso que Jenny cree...

—¿Qué? —dijo él echándose sobre la silla—. ¿Qué piensa la dulce Jenny, si es que piensa algo?

Marjorie seguía bebiendo de su vaso.

—Lo que ella piensa de Harald es equívoco. No puedo contarte lo que me dijo. Es... probable que sea sólo su imaginación. Es muy joven y ha vivido siempre muy recluida, y las muchachas tienen fantasías.

—La verdad es que ha tejido una fantasía con respecto a nuestro Harry, madre. Puede ser que no conozca todos los misteriosos pensamientos que flotan en la cabeza de una muchacha como murciélagos y mariposas, pero sé cuándo una mujer está en...

—¿Apasionada, Jon? —dijo Marjorie con tranquilidad—. Muy probable, ¿pero enamorada, Jon? ¡No creo que puedas nunca darte cuenta de ello!

—Tampoco quiero. De todos modos dudo mucho de que la mayoría de las mujeres puedan amar. No tienen capacidad para ello. Para ellas todo es frivolidad, casas pretenciosas, ropas, joyas y té. —Sacudió la mano—. Hermosos niñitos, posición social, ambiciones diminutas. Dime una cosa —agregó volviéndose

bruscamente hacia su madre—. ¿Tú amabas a mi padre?

La palidez de la boca de Marjorie se hizo más intensa.

—Creo que sí, al principio. Después, no. Me costó mucho tiempo.

—¿Qué pasó con todo aquel amor?

—Jon, ¿quieres que te lo diga?

—Sí, ahora que estamos en un estado de ánimo tan romántico.

—Muy bien. Tu padre no era muy inteligente, Jon. Sé que te duele oír eso. Tú le querías tanto... y él te quería mucho, y siempre deseaba que estuvieras a su lado. No creo que le interesara nadie más, en especial, Harald. Yo no era eventualmente más que la virtuosa ama de casa. Jon, ¿te duele mucho todo esto?

Jon regresó a su silla. Había un rubor sombrío en sus mejillas, y durante un largo rato estuvo escudriñando a su madre.

—Mi padre era muy amable —dijo por fin—. Aprecio la amabilidad. Hay tan poca, desgraciadamente, en este mundo. Si un hombre es amable hay que alabarlo.

—No era amable con Harald.

—Porque Harald es un tonto.

—¿Por qué?

—Escuchaba a papá. Tenía una forma de irritarle.

—Sí, lo sé. Pobre Harald.

—¿No era amable contigo? Me parece que era la personificación misma de la consideración.

—Nunca me vio después de tu nacimiento, Jon.

—¿Estabas celosa? —Le sonrió incrédulo y divertido.

—No. Había dejado de importarme desde hacía mucho tiempo.

Jonathan consideró aquellas palabras, y después le dijo:

—Si era tan tonto como parece creer, entonces tendría que haberse dedicado a Harald.

—Pero es que él nunca supo que era... un tonto... y eso hace que las cosas varíen.

—Un tonto... ¿Qué era papá para ti, madre, en realidad? ¿Cuál es tu opinión?

—Parece raro decir de un hombre tan distinguido y tan aristocrático que tenía muchas, muchas pretensiones.

—¿De qué?

—Pretendía tener gusto, inteligencia, mundanidad, cosmopolitismo. Era en realidad un ingenuo, y la ingenuidad en un hombre maduro no engaña, Jon, excepto a la gente superficial, y no soy superficial. Podía hablar con elocuencia, entendía de poesía, según creía. Tenía amplios conocimientos de literatura, arte y música. Sí, pero nunca sintió el arte en absoluto. Uno tiene la creencia que sólo las personas vulgares son pretenciosas, pero los pseudocultos, que sienten vagamente que les falta algo, se

desesperan porque se les considere más sensibles de lo que son. —Suspiró—. Esa lucha por ser más de lo que es, en un hombre ordinario, es una cosa muy patética, y tu padre luchaba. Yo me sentía muy afligida por ese motivo, y lo lamentaba. Cuando se dio cuenta de que no podía ya impresionarme me abandonó, y desde entonces me evitaba. No se lo reprocho. Yo debí de haber sido más tolerante, pero no lo fui.

—Y probablemente piensas lo mismo de tus hijos.

—Jon, no seas tan duro e incapaz de perdonar.

Se oyó el suave tañido de la campana que llamaba a la cena, Marjorie y Jon se levantaron juntos. Él titubeó un poco.

—Sólo sé esto —dijo—. Tú estabas más cerca de Harald que de mí, y a pesar de ello sugieres que Harald se parece más a mi padre. No tiene sentido, ¿vamos?

—Maldita sea esta tormenta —dijo Jonathan con voz velada, mientras depositaba la botella de vino en la mesa con un golpe—. ¿Cuánto hace que el tiempo está así? Mira aquel relámpago.

El regreso mental de Marjorie a su pálido y brillante comedor fue casi traumático por su violencia, puesto que había estado demasiado sumergida en sus recuerdos. Tuvo un gesto de sobresalto.

—Parece muy violenta, ¿no es cierto? —dijo.

Habían comido un poco de fruta con crema y bebido el té, y ya se habían llevado los restos, pensaba Marjorie aunque no tenía el menor recuerdo de todo ello. La botella de vino estaba vacía.

—¿Estás lista para que nos vayamos? —preguntó Jonathan.

Tenía la cara muy hundida, y los ojos velados por el alcohol. Le temblaban la boca y las manos.

—Sí, gracias —dijo Marjorie.

Jon se acercó a la silla de su madre, la apartó y se dirigió después al buffet, dejándola sola.

—Creo que me llevaré una botella de *whisky* arriba conmigo. Un traguito. Estoy cansado.

La espesa lluvia barría las ventanas altas y brillantes, y el viento aullaba. Jon, con enorme dificultad y a duras penas, llenaba un vaso de cristal, completamente absorbido por aquella delicada tarea. Después caminando con precaución y apoyando cada pie con sumo cuidado, abandonó el comedor. Su madre oyó sus pesados e inseguros pasos en la escalera. Se quedó escuchando durante unos instantes pero sólo oía la lluvia y el viento. Jonathan había entrado en el estudio de su padre, y la mujer oyó el sólido golpe de la puerta.

«Sí, mi querido Jon» se habló a sí misma, «siempre te he dicho la verdad. Nunca te mentí. ¿Habrían mejorado las cosas si lo hubiera hecho? No lo sé. Pese a todo lo que sabías y todo lo que te dije, te convertiste en un hombre bueno y en un médico

que no puede soportar que otros sientan dolor. Hiciste todo lo que pudiste por aliviarles, el dolor era tu enemigo personal. ¿Sería acaso porque el dolor era siempre tan espantoso en ti mismo y tratabas de exorcizarlo? Nunca te mentí, Jon, excepto una vez, con mi silencio. Pero fue por tu bien, Jon, por tu bien».

Le parecía un siglo aquella noche de revelaciones interiores y de descubrimientos, un siglo espantoso. Marjorie subió lentamente las escaleras hacia su dormitorio. No podía enfrentarse aquella noche con los solitarios sillones, las sillas vacías, el mobiliario brillante, y las ventanas que no reflejarían más que la cara de una mujer desesperada.

«Con el silencio, mentí. Pero ¿había otra forma mejor? No hablando te ahorré tanto, Jon, mucho más de lo que habías soportado ya. Pienso si, en caso de haber sabido lo que sé, te habrías sentido agradecido. Quizá. ¿Habría sido mejor que esto?».

Oyó que Jon hablaba por teléfono en el estudio. Se detuvo, después se dirigió a la puerta del estudio y prestó atención.

«Muy bien, muy bien» oyó que decía con la voz de la embriaguez. «No deje usted que entre nadie. Traguitos de agua helada, solamente, o mejor, pedacitos de hielo sobre la lengua. No deje que entre nadie».

«Tú nunca lo permitiste, querido» pensó Marjorie. «No, nunca, salvo a Mavis».

Antes de quedarse dormida, después de un rato muy largo, se repetía a sí misma, como si quisiera consolarse: «Está herido, pero no muerto. Sangrará un poco, pero volverá a levantarse y a luchar».

¿Lo haría? No había olvidado a Mavis, y sólo Marjorie lo sabía. Mavis, la muy amada, y la odiada.

## Capítulo 11

Jonathan bebía de pie en el estudio de su padre. Lo hacía de manera lenta y constante, mirando a su alrededor, a aquella habitación decorada en marrón y oro, tan calmada y tranquilizante a la suave luz de la lámpara. Adrian Ferrier la llamaba su «retiro», y pasaba la mayor parte de sus momentos de ocio allí entre sus amados libros, «mis compañeros más queridos», aunque su biblioteca no poseía aquella atmósfera tan particular de contemplación y comunión profunda que distingue a la verdadera biblioteca, al verdadero estudio de un intelectual. En resumen: era vacía. Siempre brillaba, siempre estaba hermosa, daba la impresión de ser acogedora. La lustrosa belleza permanecía después de entrar allí, pero la superficial invitación pronto se desvanecía ya que no había sido formulada verdaderamente. Era una armoniosa vasija que nunca había contenido vida ni siquiera desde un principio, pues Adrian Ferrier nunca había poseído vida para poderla dar. Carecía de vida ahora como había carecido en su período de existencia. No era una habitación abandonada, lo que pasaba era que nunca había estado habitada.

Jon lo había sabido desde niño, pero desde aquel entonces había consentido a su padre la vanidad de creer que aquél era el salón del trono de un pensador y de un contemplativo, que buscaba refugio contra un mundo ardiente y exigente en las cavernas de su propio pensamiento brillante. *«Me siento siempre como refrescado»*, solía decir. *«No importa lo cansado que esté, entro en mi retiro donde pienso y medito, donde doy rienda suelta a mi fantasía, dejo que mis pensamientos se eleven, y pronto me sobrevienen la paz y la fuerza que me hace falta para soportar las cargas de la vida»*. Nunca pudo saber Jonathan cuáles habían sido aquellas cargas, pero su padre las dejaba entrever con un suspiro, levantando su rolliza mano por un instante y dejándola caer sobre el brazo de su sillón. Entonces sonreía patéticamente a Jonathan, con sus grandes ojos azules húmedos y reflexivos.

Jonathan estaba aquella noche apoyado contra la puerta de roble de la biblioteca, bebiendo lenta y firmemente. Después, con aquella extraña claridad que da la embriaguez, empezó a decir en voz alta y risueña:

—Querido papá, fuiste un terrible pero adorable farsante y siempre te conocí muy bien. Te quería profundamente, y todavía te quiero, eras muy bueno. Tú me querías y yo nunca permití que notaras lo que sabía de ti, pues te compadecía y te protegía de la aguda y perceptiva mamá, incluso desde muy niño. La aguda y perceptiva mamá. Sabes bien que ella estaba por encima tuyo. No tenía ni el humor ni la compasión necesarias para ocultártelo, pero yo sí. Y tú me estabas agradecido, y en cierta forma nunca hubieras podido comprender que me enseñaste muchísimas cosas sobre la gente. Me enseñaste, para empezar, a reconocer a los majaderos y la forma de evitarlos. No importa, papá. Eras un hombre vulgar, más ordinario que la mayoría, y

eras muy pretencioso. ¡La sorpresa que se llevaría mamá si supiera que sé todo esto! Ella piensa que yo creía que eras un intelecto, y la dejo que lo crea, porque a mí me divierte y a ella le irrita.

»Eras débil y vulnerable, y por alguna maldita razón los débiles y vulnerables se me meten dentro del chaleco y se agazapan en mi corazón. Mamá los desprecia, es intolerable con ellos, y probablemente con muy buenas razones, lo que me enfrenta con algo que es casi un dilema. ¿No seré yo también un poco débil y vulnerable? ¿Era ése el lazo que había entre nosotros?

Miró ceñudo el vaso que tenía en la mano, y bebió un sorbo, mascullando una palabrota.

«Puede ser», se dijo para sí. «Nunca había pensado en eso antes. Bueno, al diablo, papá. Pobre viejo. Siempre supe que tu insistente amabilidad y solicitud para con los demás no era otra cosa que tu aterrorizada defensa contra tus semejantes... Probablemente tenías una ligera idea de lo que es la gente y por eso tratabas de mantenerlos alejados, prever potenciales ataques contra ti con declaraciones de tu fe en la humanidad, que realmente es buena, decente, amable en su corazón, rebosante de la miel de la buena voluntad, y que sólo necesita estímulos para que le broten alas. Le dabas dinero a cualquier sinvergüenza lloriqueante, ladrón o mendigo mentiroso que te pidiera ayuda, así pensarían bien de ti y te elogiarían por ser un hombre sensible y compasivo. Pero las instituciones de caridad, e incluso la iglesia, en pocas ocasiones conseguían de ti un céntimo. En eso te portabas de modo muy parsimonioso. Algunas veces me mortificabas cuando el cura o las hermanas venían por aquí. A pesar de que les despedías con algunos céntimos o una monedita de plata, ellos “pobres diablos” pensaban que eras la criatura más benigna que había venido al mundo. Lo raro del caso es que lo eras en realidad. No eras hipócrita en absoluto, aunque sospecho que la querida mamá creía que sí lo eras. Te querías a ti mismo tiernamente, pero el tuyo era un amor inocente, como el de un niño. Por Dios, papá, me hacías sentir dolorido cuando era un niño y me tratabas como si yo fuera tu padre. ¿Me gustaba eso? Tal vez sí. Quizá ése fue otro lazo entre nosotros, también».

«Sabía desde que llevaba pantalones cortos que tú eras incapaz de liarte a puñetazos o puntapiés con nadie. En el fondo de tu corazón eras una mujer, y casi diría que una niña. No hablo así en el mal sentido, papá. Soy médico, y sé que en toda mujer existen cualidades masculinas y, en todo hombre, femeninas, ésa es nuestra dualidad. Pero tus cualidades femeninas eran mucho más numerosas que las masculinas».

«Creo que fue el terror que sentías por la gente lo que hizo que quisieras a las cosas inofensivas, como los pájaros, los árboles y los jardines. Ellos nunca te amenazaban. ¿De qué tenías miedo, papá? No creo que nunca lo supieras. No creo que tuvieras ni siquiera la más ligera sospecha de ello. Simplemente no querías que te



hirieran. ¿Y a quién le gusta? Desgraciadamente no todos podemos escaparnos, como escapaste tú durante toda tu vida. Tuviste unos padres amantes y tiernos, de modo que ellos nunca te asustaron. Naciste como naciste, con todos tus genes temblorosos y tu miedo. No pudiste evitarlo, pero mamá creía que podías...».

Jonathan bebió otro gran trago. Las superficies brillantes del cuarto lo cegaron. Alargó cautelosamente una mano y se acomodó en una silla. Un poco de *whisky* cayó sobre sus rodillas. Maldijo distraídamente.

—Pobre papá —dijo—. Tus padres y tus amigos te protegieron. Todo el mundo lo hizo. Era tan fácil llegar a quererte, con tus perogrulladas y tus clichés, nunca pronunciaste una palabra que pudiera ofender a nadie. No podías imaginar con cuánta aspereza se podía hablar, y dudo de que nunca tuvieras un pensamiento malvado. Simplemente no eras lo bastante brillante, papá. La única que se negó a protegerte y darte abrigo fue la querida mamá. Pienso que estuviste muy cerca de odiarla, tan cerca como llegaba tu capacidad de odiar. Escapaste de ella. Ella probablemente te impresionó como una muchacha amable y comprensiva, cuando los dos erais jóvenes, y en ella viste una nueva madre para reemplazar a la que habías perdido. Mamá nunca fue en realidad una mamá, a pesar de que te dio dos hijos. Salvo, por supuesto, para el querido Harald, que era la pupila de sus ojos.

Se oyó un último trueno y después la tormenta disminuyó de intensidad. Llovía de forma sostenida. El agua barría los cristales de las ventanas, y el viento había cesado.

—Bueno —dijo Jonathan sonriéndole a la silla en la que su padre acostumbraba sentarse «*para recibir las confidencias más íntimas de mi hijo*»—, no creo que fueras capaz realmente de distinguir un poema malo de otro que no lo fuera, un cuadro apastoso de uno hermoso, pero trataste de hacerlo. Creo, y siempre lo he creído, que eso es endemoniadamente conmovedor. Yo odié siempre en particular «La Tormenta», ese cuadro que está sobre la estufa de leña, pero tú lo adorabas, y aunque yo nunca lo miraba si podía evitarlo, sabía que tú lo querías, y lo encontraba hermoso. Era igual que tú, papá.

»Sí, papá, tú eras dulce y cariñoso. Por encima de todas las cosas eras inofensivo, y ésa es una cualidad rara y preciosa en la humanidad. Tu inofensividad, eso es lo que me gustaba de ti, y nunca permití que supieras ninguna cosa mala que hubiera en mí. Te hubiera hecho morir de miedo, y yo te quería demasiado y sentía demasiada ternura por ti, para decirte la verdad. No hubieras podido soportarla. Entonces inventaba líos juveniles sin importancia que tú pudieras solucionar simpáticamente con aforismos, palmadas en la cabeza y murmullos apaciguadores. Eso te hacía feliz, y moriste pensando que los chicos son corderitos inocentes, “nubes de gloria que pasan”. Eso es de tu poeta favorito, Wordsworth, y me hace sentir mal.

Jonathan llenó su vaso con solemnidad, y dedicó un brindis a la silla vacía de su

padre.

—Te echo a faltar como al diablo —dijo— extraño tu mansedumbre. Eras la única criatura inofensiva que he conocido. Papá, a tu salud, dondequiera que estés.

Se rió un poco y se dejó caer en su silla.

—Papá, si hay algo cierto en eso de la inmortalidad, ya sé dónde estás ahora, y lo que haces. Vagas por las azules y brillantes mansiones del cielo con un plumero en la mano, y todos los ángeles te palmean la cabeza mientras realizan apresuradamente sus tareas. Seguramente tendrás siete años de edad. Dios debe de quererte muy en particular. Apostaría a que nunca cometiste un pecado mortal en toda tu vida. Los pecados capitales no eran más que palabras para ti, ¿no es cierto? ¿Qué les decías a los curas cuando te confesabas, papá? ¿Tenías que inventar algunos pecaditos veniales? ¿Los pecados de un niño?

»Nunca llegaste a saber cómo era Mavis en realidad. Siempre la quisiste, ¿no es cierto? No llegaste a vernos casados. Hablabas de ella como “*una querida muchacha, un tesoro, un amor*”. Sí, papá, así era verdaderamente. De verdad. Me alegro de que nunca supieras lo a punto que estuve de matarla. Pensé en mil formas...

El vaso se deslizó de su mano inerte, cayó al suelo y su contenido se derramó. No se enteró, ni le importó tampoco, estaba completamente borracho. Miraba a su frente sin ver, pero sus pensamientos no estaban turbados. Su cara tomó el oscuro color de la angustia.

«Mavis, Mavis,» pensaba. «¡Oh, mi Dios! Mavis...».

Tenía veintitrés años de edad y hacía dos que estaba en la Facultad de Medicina, cuando descubrió por primera vez la existencia de Mavis Eaton, sobrina e hija adoptiva de Martin Eaton y de su esposa Flora. Había conocido a la jovencita desde muy pequeña, la vio gatear y luego crecer, chillona y terca, pues era muy mimada, pero no llegó a quererla más que de modo académico, pues le gustaban todos los niños.

Jonathan no le había caído bien a la niña ya que le creía muy presumido y pagado de sí mismo, y como nunca le llevaba aquellos obsequios que se reciben con manos ansiosas, y además tenía la costumbre de echarla cuando se encerraba en el estudio con su tío, había llegado a odiarle.

Fue un caluroso día de agosto cuando Jonathan Ferrier, que contaba entonces veintitrés años, se dio cuenta de la presencia de Mavis, que tenía doce. Nunca olvidó aquella fecha, 12 de agosto de 1888.

Había llegado a la casa del doctor Eaton en su bicicleta, pues su caballo estaba enfermo. Jonathan era un muchacho alto, excepcionalmente delgado, moreno y desgarrado, aunque con una gracia y una elegancia muy particulares.

Llevaba aquel día de agosto un traje de lana gris liviano, un sombrero de paja con

cinta roja, unos zapatos negros bien lustrados y una camisa a rayas azul pálido. El cuello de la camisa era alto, duro y brillante, y la corbata de un endemoniado color escarlata, adquirido en la Universidad y un tanto sorprendente en un lugar como Hambleton. No llevaba guantes, y aquello era imperdonable, además tenía la cara y las manos bronceadas por el sol, cosa que se consideraba muy vulgar.

Apoyó la bicicleta contra los escalones de la alta veranda que circundaba la casa de los Eaton, mientras silbaba una alegre canción cuya melodía no hubiera sido ciertamente admirada en Hambleton. Se quitó su áspero sombrero de paja y se abanicó vigorosamente, mientras bailaba unos pasos con aquella característica exuberancia juvenil. Sus movimientos eran ágiles y casi profesionales por su precisión. Entonces vio una niña hamacándose en un columpio con almohadas. Ella, al advertir que había atraído su atención, se rió un poco más fuerte y aplaudió burlonamente.

Jonathan se ruborizó, confuso y disgustado, y fue entonces cuando se dio cuenta de que se trataba de aquella condenada niña, Mavis. Se puso de nuevo el sombrero, ella era demasiado joven para dedicarle galanterías, y subió saltando los amplios escalones.

—¡Hola! —dijo—. ¿Está en casa el doctor? Son casi las cinco.

—Está en casa —dijo Mavis—. Hola Jon, hace un par de años que no te veo. — Se detuvo y sonrió—. Has crecido.

Al oír aquella impertinencia de la niña, se detuvo y volvió la cabeza para mirar.

—Tú no —dijo con voz cortante, pero quedó paralizado. Era del todo evidente que Mavis había alcanzado un asombroso grado de madurez, más que el que sus doce años hubieran hecho suponer, y tenía un aspecto de profunda felicidad animal.

La niña se echó hacia atrás en su columpio, sonriendo, y él quedó atrapado por aquella sonrisa, que era francamente seductora. Pensó de inmediato: «La Ninfa Risueña», y se sintió satisfecho por hallar en un instante una perfecta valoración de Mavis. La niña había nacido para reír, como otros nacen para sufrir, trabajar, ser inteligentes o genios. En Mavis la risa era una parte integrante de su naturaleza, y reía del mismo modo que otros simplemente sonreían. Había perdido aquellas actitudes irritadas de su niñez, pues habían sido sólo superficiales. Ahora su innata capacidad para divertirse con todo y reírse de las cosas era la característica más sobresaliente de su naturaleza, y su risa provocaba la de los que se encontraban junto a ella.

No era excesivamente alta ni tampoco muy frágil, ni tenía aspecto de cruda inmadurez. Podía muy bien haber tenido diecisiete años en vez de doce, pues la parte alta de su vestido estaba delicadamente redondeada por encima de la fina cintura, y aunque el vestido no era ceñido insinuaba núbiles curvas debajo de él y de la enagua de encaje. Las piernas, aunque casi ocultas, estaban bellamente torneadas, y los tobillos parecían de delicada porcelana con sus medias blancas de seda.

Había nacido para reír, cantar, bailar, jugar al sol, pensaba Jonathan Ferrier. Había nacido para no envejecer nunca, sin que importaran demasiado los años que pudiera tener. Era la *Muchacha Risueña*.

Mavis se le acercó un poco más, con la cabeza ligeramente inclinada para estudiarlo, y los ojos entrecerrados con una expresión intrigada debido a la forma como Jon la miraba. De repente la mirada intrigada desapareció, y Mavis comprendió.

Jonathan podía ser un viejo, pero era exactamente igual que los muchachos que la niña conocía, de modo que perdió su timidez. Mavis era a su manera una muchacha muy sabia.

Ahora sonreía, sin embargo, la rodeaba un aura de risa, que era más fuerte que el aura de su intensa belleza. Estaba allí, como agazapada, a la espera de saltar hacia arriba como una ola que salta en un mar en calma, ante la más leve brisa.

—Has crecido, Mavis —dijo Jonathan, y no creyó ser banal. Le parecía una maravilla que aquella muchacha fuera Mavis.

—Generalmente eso les pasa a las chicas —contestó Mavis, con su voz susurrante—. Espero que te guste lo que ves, Jon.

—Has mejorado —dijo él, luchando con el exasperante deseo que sentía por ella y el repudio de sí mismo. Trató de tomarlo más a la ligera—. El último recuerdo que tenía de ti era de cuando eras una chiquilla sucia de naricita respingada y pelo revuelto.

—¿De veras? —preguntó ella—. ¿Y sabes lo que siempre he creído de ti, Jon? Que eras un presumido. —Y de nuevo soltó una risita contenida.

Rió a la par de ella, pero siguió deseando tomarla entre sus brazos y besarla con la pasión y el deseo de un hombre. Se quitó el sombrero con ademán burlón, y luego se acercó a la puerta e hizo sonar la campanilla.

—Papá está en el jardín, y hoy es el día de salida de mamá —le informó Mavis—. Ha ido de compras a la ciudad.

Oyó los ágiles pasos que bajaban la escalera y se quedó solo, y cuando se volvió pudo ver el brillo dorado de su cabello rubio al sol y oír aquella risa que le alegraba el corazón.

Regresó a su casa, y cuando estaba a punto de entrar se sintió desanimado. Quieto en la fresca y fragante semioscuridad del hermoso vestíbulo, sintió desprecio por sí mismo. Entró su madre, que venía de la salita de estar, y levantó las cejas, sorprendida.

—Caramba, querido —le dijo—. Creía que habías ido a ver a Martin Eaton. ¿No estaba en casa?

Jonathan nunca había aprendido a mentir bien o a menudo.

—Sí, estaba en casa —dijo.

Marjorie se le acercó un poco más y quedó desconcertada.

—Jon, ¿algo anda mal?

Jonathan se sintió impaciente. Arrojó el sombrero sobre una silla. Cayó rodando al suelo, y lo dejó como estaba. Marjorie se agachó para recogerlo y se quedó en pie con el sombrero en las manos.

—¿Qué puede andar mal? —dijo Jon.

—Bien —dijo Marjorie.

Estaba un poco preocupada. Se había decidido que Jon haría su internado bajo la protección de los amigos de Martin Eaton, y que el doctor Eaton lo apoyaría con todo su poder en Hambledon. Se preguntaba si Jonathan se había peleado con él. No era algo fatal, pero sí un inconveniente como para preocuparse. Conocía el temperamento de Jonathan, sus rápidas y hasta peligrosas rachas de furia, su repugnancia ante cualquier argucia o extravío, su modo especial de acusar a un hombre de hipócrita a la menor provocación, y su mortífera impaciencia e intolerancia ante el fraude.

—Acompáñame a la sala —le dijo Marjorie—. Tengo limonada helada y un poco de tarta que he hecho esta tarde. Pareces muy acalorado.

—Quiero tomar algo —dijo Jonathan con voz ruda y ademán abrupto—. Y con eso no me refiero a la limonada.

Jonathan no bebía todavía con regularidad, pero cuando lo hacía preocupaba mucho a su madre, pues bebía con tanta temeridad como vivía, y siempre bajo una gran tensión. No dijo nada cuando él se dirigió al comedor donde estaba el mueble en donde se guardaban las bebidas. Colgó el sombrero y se quedó en el vestíbulo un momento, pensativa. Quería volver a la sala de estar, pero pensó que si lo hacía, Jon no la acompañaría, cosa *que quizá* hiciera si le esperaba. Jonathan regresó al vestíbulo con un vaso de *whisky* con soda, y ella advirtió que la bebida estaba bastante cargada.

—¿Dónde está Harald? —preguntó Jonathan.

—Paseando en bote —contestó ella—. Ha ido a una excursión a Heart's Ease. —Sonrió—. Vayamos a la sala de estar, ¿quieres? —E inició la subida.

Se sentaron juntos en la acogedora y bien iluminada habitación, Marjorie tomó su labor de costura e inclinó la cabeza sobre ella. No servía de nada tratar de presionar a Jon en busca de una explicación. Nunca había servido de nada, ni siquiera cuando era niño. Hablaba o no hablaba, según le viniera en gana.

—Bueno, ya que insistías tanto con esa maldita limonada, ¿por qué no la tomas tú? —le preguntó Jonathan, quieto frente a ella.

—Oh, sí, por supuesto. Sírveme un vaso, querido.

Jon le sirvió un vaso y se quedó en pie bebiendo su *whisky* y mirándolo después con gesto ceñudo. Marjorie advirtió que estaba demacrado bajo su piel tostada, como si hubiera pasado por alguna experiencia desagradable, pero se limitó a esperar. Al

poco rato Jon se sentó en el borde de la silla, y aquella vez no se preocupó de las rayas de sus pantalones.

—Qué día más caluroso —dijo ella—. A Martin no le gusta el calor, ¿no es así? Recuerdo que cuando éramos chicos...

—Hace mucho tiempo.

—No tanto —dijo Marjorie sonriendo—. Yo estaba de visita en casa de sus padres, con los míos. Siempre he sido delgada y él solía hacerme bromas, pero luego él engordó como una pelota y es debido a ello que el calor le afecta tan cruelmente. —Se detuvo—. Hoy es el día más caluroso del verano, el pobre Martin debe estar sufriendo.

—Oh, demonios, no des más vueltas —dijo Jonathan—. Quieres saber si le vi, y si no, por qué. No le vi, a pesar de que estaba en casa. No quise verlo.

—Entiendo —dijo Marjorie.

—No, no entiendes nada —dijo Jonathan. Volvió a beber, haciendo girar el vaso nerviosamente entre sus manos. Nunca se había confiado a su madre, salvo en dos ocasiones, y no pensaba en hacerlo ahora. ¿Qué contestaría si le dijera bruscamente?: «Vi a la joven Mavis Eaton. Se ha convertido en una belleza impresionante. Quise arrastrarla a alguna parte, arrancarle la ropa y violarla, no suavemente, sino de manera loca y brutal». ¿Cómo podía un hombre explicar el encanto y el espantoso impulso que había sentido en su interior? Su madre era una dama y no sólo no le entendería, sino que se levantaría y le dejaría, disgustada y temerosa. No se desmayaría como era costumbre entre las señoras cuando se sentían abrumadas por algo. No pediría sales aromáticas ni abanicos, pero le detestaría. Le tenían sin cuidado los sentimientos de su madre, o sus pensamientos, o por lo menos, desde hacía muchísimo tiempo se había dicho a sí mismo que no le importaban. Sin embargo, pensar en su mirada de repulsión le hacía encogerse por dentro. «Y con toda la razón», se dijo a sí mismo.

—Quiero otro trago —dijo levantándose.

Marjorie no hizo comentario alguno, sólo esperó su regreso. Jonathan estuvo ausente durante un tiempo considerable, y cuando entró de nuevo en la habitación Marjorie sospechó que la bebida que llevaba en la mano no era la segunda, sino la tercera.

—¿Por qué no lo dices? —preguntó él, sentándose—. «*Bebes demasiado, Jon, para tu edad y con la salud que tienes*».

—No —dijo Marjorie—. Me prometí a mí misma hace un año que nunca lo diría otra vez. Después de todo ya no eres un niño, y tampoco eres un jovencito. Tienes veintitrés años y por lo tanto eres un hombre, y tu vida te pertenece. Un hombre debe hacer lo que siente que debe hacer.

—Ése es un sutil aforismo —dijo Jon con el acento burlón que siempre utilizaba

cuando sentía que tenía que protegerse—. «Un hombre debe hacer lo que siente que debe hacer». Martin Eaton es un zoquete, y todo el mundo lo sabe. ¿Hace lo que siente que debe hacer?

Marjorie se puso la costura en la falda y observó a su hijo con una mirada larga y grave.

—Sí —le dijo.

—¿Sí? ¿Sí qué?

—Sencillamente sí, Jon. No eres tú el único que puede ser retraído, me parece.

—Soy retraído en mis propios asuntos...

—Así soy yo también.

Jon se puso a pensar en el asunto, y quedó intrigado. Por último dijo, haciendo una mueca:

—¡Oh, no! ¡No tú y el viejo Martin Eaton! ¿Antes de papá, supongo?

—Martin y Flora forman un matrimonio muy feliz —dijo Marjorie bebiendo en su vaso—. Fue una boda muy conveniente.

—¡Imagínate! —dijo Jonathan en tono desagradable—. ¡Podría haber sido mi padre!

—Nunca le tomé en serio —dijo la madre con una tenue sonrisa— nos sucedió allá por los días oscuros que tú ya sabes, Jon. Nos conocíamos desde la infancia, y yo siempre le quise. No lo creerás, pero le llamaba Fantasía.

Jonathan se echó a reír. La tensión y la molestia que experimentaba se iban aflojando gracias a la bebida y a la calmante voz de su madre.

—¡Fantasía! ¡El viejo Eaton!

—Tiene sólo veinticinco años más que tú, Jon, y no se le puede llamar viejo a los cuarenta y ocho años. Me dijo, cuando éramos muy jóvenes, que me esperaría hasta que yo hubiera crecido, y entonces...

Jonathan depositó su vaso en la mesa muy cuidadosamente.

—¡Oh! ¿Y cuántos años tenías entonces?

—Once. Sí, tenía once, o casi.

—Y él...

—Era mayor. Dieciséis, creo.

—¡Un hombre!

—Casi. En aquellos malhadados días creíamos que un muchacho de dieciséis años era un hombre, aunque ahora no creamos que son hombres completos hasta que no tienen veintiuno. Es tan absurdo. Los hombres de hoy no son más jóvenes en ningún sentido que entonces.

Jonathan bebía de nuevo, aunque más despacio.

—Dieciséis —dijo—. Y dieciséis bien desarrolladitos, supongo. Probablemente ya tenía un rollo o dos... lo lamento, madre.

—No soy muy impresionable —dijo Marjorie—. Y ya que lo dices, me parece que también pienso lo mismo de Martin. Siempre fue un muchacho vigoroso y después un hombre fornido. Ésa fue la causa de que casi me casara con él, aunque no le tomaba muy en serio. Para mí era como un hermano. Ahora, si no hubiera sido tan íntimo y fraternal conmigo toda mi vida, podría haber...

—Pero a los once años no sabías, naturalmente...

—¡Claro que sabía! ¡Una chica de once años es mucho mayor que un muchacho con diez años más! Se dice que los hombres no son más que niños en su corazón, pero dudo mucho que las mujeres hayan sido jamás niñas. Yo sabía que Martin, ¿cómo decirlo con delicadeza?, quería hacerme el amor, y pensaba que era muy excitante. Los niños no son tan inocentes como tú crees, Jon.

—¿Y tú sabías, a los once años, que quería seducirte?

—¡Cielos, qué palabra más anticuada, querido! En muchos sentidos tú eres completamente anticuado y poco sofisticado.

—No te pongas a analizarme —interrumpió Jon, y su madre le miró con una repentina sorpresa—. ¿Lo sabías?

Marjorie pensaba rápidamente. No era propio de Jon sostener una conversación larga con ella. Habitualmente la encontraba aburrída, o por lo menos lo fingía.

—Sí, sabía que quería «seducirme». —Sonrió, y su delgada cara se iluminó con el alegre recuerdo—. No hubo para mí ni luz de luna ni rosas, como suelen creer los adultos que les sucede a los jóvenes. Los chicos tienen los pies sobre la tierra. Sólo después ocultan las crudas exigencias de la naturaleza con un manto rosado de romance, y lo acompañan con poesía y música. Los adultos son en realidad almas vacilantes, pero los jóvenes miran la vida francamente y la ven en su plenitud, y no se sienten repelidos por los malos olores, la maldad o los actos criminales. Eso sucede porque no tienen conciencia para confundir las cosas. Son salvajes, y cualquiera de los aspectos de la vida es siempre interesante para ellos, aun aquéllos que llamamos los más sucios. Bueno, de todos modos Martin no me sedujo, ni siquiera cuando tuve catorce, quince o más años. En aquel entonces ya se había vuelto romántico y decía que me quería.

—Tú debiste ser una mujer fatal incluso a los once años —dijo Jonathan.

—Has leído a Marie Corelli —le dijo Marjorie—. Permíteme que te ilustre, querido. Todas las mujeres son fatales desde la cuna, pero algunas lo son más que la mayoría. La mujer rara, la mujer muy rara, sigue siendo fatal a pesar de que tenga noventa años o más. Pero ésa es una forma distinta de fatalidad, gracias a Dios. He visto solamente dos o tres mujeres como ésas, y eran mortíferas.

—¿De qué modo?

Marjorie se inclinó hacia delante, apoyó sus codos en las rodillas y fingió que consideraba la respuesta, pero pensaba con mayor rapidez que antes, y se dijo a sí



misma: «¿Quién, por amor de Dios? ¿Una muchacha muy joven? ¿Una niña que apenas ha pasado la infancia? Pobre Jon. Pero puede resultar peligroso».

—¿De qué modo? —repitió pensativamente—. De un modo realmente temible, querido. Verás, nunca han amado a nadie en su vida. Son incapaces de amar. Nunca han podido superar el vínculo amoroso que tuvieron consigo mismas en la cuna. Y aquello las hizo irresistibles. Los hombres adoran en especial a las mujeres que son incapaces de amar a nadie que no sean a ellas mismas. Se sienten seguros de que las mujeres tienen buenas razones para toda esta apasionada adoración, y se unen a los adoradores.

—¿Narcisistas, quieres decir?

—¿Qué?

—Oh, es un término que proviene de Viena o de alguna parte. Los psiquiatras lo usan. Quiere decir estar enamorado de uno mismo, una especie de enfermedad mental.

—Sí, una excelente palabra. Pero esas mujeres no son enfermas, Jon. Algunas tienen una inusitada salud, son robustas y están rodeadas de una atmósfera de arrolladora excitación y de amor por la vida, y gusto. Todo les resulta delicioso, encantador. Nunca están afligidas. Siempre están dispuestas a cualquier extravagancia. Y rien... siempre. Hay sólo algo que nunca tienes que hacer: jamás debes aburrirlas. Ése es el único crimen que no perdonan a nadie.

—Las *Muchachas Risueñas* —dijo Jon.

—Exactamente. —Marjorie sonrió satisfecha, y asintió con un movimiento de cabeza—. Las *Muchachas Risueñas*, y ellas son la única especie, no importa lo hermosas que sean, que no despiertan envidia ni odio entre las restantes mujeres. Pueden embrujar a las mujeres igual que a los hombres. Son absolutamente femeninas y eso es mortal. Sí, creo que debería decir que su gran encanto reside en que son enteramente femeninas, lo saben y lo explotan. Una de las más formidables *Muchachas Risueñas* que he conocido era una tía mía, bastante entrada en años, que debía tener entonces por lo menos sesenta y ocho. Una tía abuela. Era extremadamente fea, con una gran verruga en una mejilla, un cuerpo bajo y gordo, como el de la reina Victoria, de pelo blanco y escaso, los ojos porcinos y los labios grandes y salientes. Carecía de estilo y de inteligencia, pero ejercía un efecto devastador sobre las personas, a pesar de que no cuidaba su persona en lo más mínimo y tenía la costumbre de limpiarse la nariz con el dorso de la mano si no tenía un pañuelo a su alcance. Pero todo el mundo la adoraba, aunque carecía de modales y de gracia alguna. Toda la familia la quería, incluyéndome a mí. Yo era todavía una niña, sin embargo, cuando la conocí, y la primera vez que la vi pensé que era una mujer mala, con una voz alta y grosera, unos modales ordinarios y los dedos sucios. Después oí su risa y de ahí en adelante fui su esclava, aunque sabía que no valía ni el

filo de una uña de uno de sus cinco maridos... que iban muriendo demasiado de prisa y le dejaban enormes cantidades de dinero.

Jonathan miraba, ceñudo, dentro de su vaso.

«¡Dios mío!», pensó Marjorie, «¿en dónde habrá conocido una? ¿Y hoy?».

—Creo que hablas como mujer, mamá —dijo Jonathan—. Deben de tener algo más... además de la risa y la excitación... que... provoca a la gente.

—Sí. Lo llamo «estar poseído de los demonios». No, espera. No quiero decir que sean conscientemente perversas. Les desagradaría saber que hay quien piensa que lo son, se sentirían impresionadas y ofendidas. Las personas conscientemente perversas son otra cosa completamente distinta, y uno las reconoce fácilmente y las elude. No, las *Muchachas Risueñas*, como tan inteligentemente las has llamado tienen un... bueno... un demonismo inocente. Es algo así como una fuerza de la naturaleza. Algo que está dentro de ellas mismas. Y la «posesión diabólica», aunque tú siempre has negado que exista una cosa semejante, les da el tremendo encanto que les es propio. Siempre he creído que Lucifer, por encima de todo, tiene que ser un ángel encantador.

—En cuanto a mí —dijo Jon moviendo la mano— creo que su encanto reside en que están completamente vivas, son intuitivas, ansiosas de experiencias, completas. Son mujeres llenas de sangre. Por eso es que las mujeres anémicas las detestan de este modo.

—Yo no las detesto —dijo Marjorie—. Sencillamente las conozco bien, aunque sólo he visto dos o tres en toda mi vida. Creo que son un fenómeno curioso, como una ola, o un cometa, o un tifón. —Se detuvo—. Espero que ésta no sea una discusión académica, Jon. Tú probablemente has conocido una o dos, y te interesen, como futuro médico.

—Tal vez —dijo Jon poniéndose de pie. Parecía dubitativo.

«¿Será posible que vaya a decirme algo?», pensó Marjorie.

—Creo que voy a tomar otro trago —terminó Jon.

Cuando Jonathan salió de la habitación Marjorie se puso a pensar con más concentración. Su hijo había salido de la casa en su bicicleta, a pesar del calor del día, para visitar a Martin Eaton. Había tenido tiempo solamente para llegar allí, perder cinco minutos aproximadamente, y regresar de inmediato. No se había demorado. Media hora en total. ¿Dónde habría podido encontrar una de aquellas *Muchachas Risueñas* en tan poco tiempo, teniendo en cuenta que no había bajado de su bicicleta casi ni un momento? No había mencionado a Flora Eaton, así que era probable que no la hubiera visto. No había visto a Martin Eaton. Había llegado a la casa, se había enterado de que el doctor estaba en ella, y sin embargo se había marchado de inmediato sin verle. Por lo tanto, había recibido una impresión de alguna clase casi en seguida.

Había visto una muchacha. Marjorie conocía a las muchachas de todas las

mejores familias de Hambledon, y recorría sus caras con su mente. Muchachas bonitas, saludables, algunos galanteos inocentes, y ninguno tan serio como para impresionar a Jonathan con tanta violencia. Además, estas esposas en potencia las había conocido desde que nacieron. Jonathan estaba muy impresionado, no había la menor duda de eso. Se hallaba bajo el efecto de un fiero y devastador embrujo, puesto que su madre nunca le había visto beber tanto y tan firmemente antes. Estaba pálido, y tenía el aspecto de un hombre sometido a una extrema tensión. Le habían temblado las manos unas cuantas veces. Le parecía un desconocido.

«¡Cielo santo! ¡Que no fuera alguna prostituta de la calle!», pensó Marjorie, y entonces incluso en su desesperación, se rió de sí misma. Jonathan no era uno de éstos, y ¿dónde podía haber encontrado alguien así en media hora, que había pasado casi por completo montado en su bicicleta?

De modo que entonces tiene que ser una muchacha, una muchacha muy joven. ¿Y quién? Lentamente Marjorie recordó algo que había sucedido la semana anterior. Había asistido a la reunión del Garden Club cerca del río, y Flora Eaton había llevado a su hija adoptiva, aunque a los niños, generalmente, les prohibían la entrada. «*Ella es en realidad tan mayor, y está tan interesada*», había dicho Flora Eaton disculpándose. Las señoras no se opusieron, a pesar de algunas expresiones ceñudas al principio. Al cabo de unos instantes todas estaban encantadas con Mavis Eaton, que había sido tan atenta, tan seductora, tan adorable, tan cortés y ansiosa por complacer a todas. También se había reído a menudo con agrado de cualquier cosa: el vuelo de una garza o la carrera evasiva de un zorrillo. Su alegría había sido una cosa radiante y por completo fascinante. Y no había sido falsa en ningún momento. La muchacha era como era: una *Muchacha Risueña*. A Marjorie, al contrario de todas las presentes, le había disgustado de entrada y con intensidad desacostumbrada.

—¡Qué encanto! —habían gorjeado las señoras cuando Flora y Mavis se fueron—. ¡Qué encanto de niña! ¡Qué les espera a los pobres muchachos y a los hombres cuando sea mayor!

«Pero nunca fue joven», pensó entonces Marjorie, la conozco bien. Se estremeció al ver que Jonathan había regresado a la habitación y se había parado frente a ella, bebiendo otra vez. Parecía estar un poco descompuesto, como si recordara, pese al *whisky*. Marjorie habló con cuidado.

—Dices que no has visto a Martin Eaton. Cuánto lo lamento. La semana pasada me enteré de que no se sentía bien, Flora me lo dijo. Fue muy cansado para Flora, porque trajo con ella a la pequeña Mavis. Recordarás a Mavis, la sobrina que adoptaron.

En seguida vio que había dado en el blanco, pues la mano de Jonathan tembló violentamente por un momento y se le derramó el *whisky* en los dedos. La miraba de frente y los surcos blancos que Marjorie siempre temía, habían aparecido alrededor

de su boca.

—¿Qué tiene de malo la niña? —preguntó.

—¿Malo? ¿Por qué ha de tener nada malo? —preguntó Marjorie con acento de sorpresa.

—¡No quiero decir eso, maldita sea! —Casi gritaba—. ¡Te pregunto qué tienes contra esa chica!

—Por favor, no grites, Jon, la ventana está abierta. No te comprendo. ¿Por qué tenemos que hablar de una muchachita, de una chiquilla que está en octavo grado, creo? Una niña. ¿No hay cosas más interesantes de que hablar que una chica? No recuerdo que sean tan importantes, sino más bien aburridas y la gente inteligente...

—¡Te he preguntado, madre, qué tienes contra la chica!

Marjorie estaba terriblemente asustada. Nunca había visto a Jonathan así antes, ni siquiera en su descuidada infancia.

—¡No me hables de ese modo, Jon, y no grites! ¿Qué te pasa? ¿Terminamos con el tema? Tengo que atender la comida —dijo con voz fría, y empezó a levantarse.

Pese al miedo que sentía, se enojó de verdad cuando Jon le apoyó la mano en el hombro y la sentó en la silla de un empujón.

—Sólo te he hecho una pregunta simple y razonable —le dijo con unos modales duros que a Marjorie le resultaron completamente extraños en Jon—. Sólo una simple pregunta.

—Que creo demasiado estúpida para contestarla, y mucho más estúpida todavía en boca de un adulto. Me niego a hablar de una chiquilla. ¿Por qué tendría que hacerlo? ¿Estás borracho, Jon? Me temo que sí. Quiero prevenirte sobre una cosa, muchacho. No te atrevas a ponerme la mano encima de ese modo en lo sucesivo. No eres tan mayor para mí como para que no te pegue fuerte, muy fuerte, en la cara.

Por unos instantes se sostuvieron la mirada. Jonathan vio la furia helada en los ojos de su madre y sintió vergüenza.

—Tienes razón —dijo—. He bebido demasiado, hoy. Ya ves, me he topado con una de tus *Muchachas Risueñas*, o la MÍA, para decirlo mejor. —Trató de sonreír—. Tienes que ser valiente, madre. No voy a ser como Martin Eaton, voy a esperar a que la muchacha crezca. Pero al revés de lo sucedido con Martin, a mí no me dejarán a un lado. Me casaré con ella.

Jonathan no le quitaba la vista de encima, y Marjorie se dio cuenta de que él no debía comprender que sabía a quién se refería. El único recurso que le quedaba era rezar para que sucediera algo. Se sentía confusa, agotada, enferma. ¡Era terrible que aquello le sucediera a Jonathan, a su querido Jon!

Trató de reír, aunque la expresión del rostro de su hijo era atemorizadora.

—Ah, ¿así que ella es muy joven? —Se detuvo—. Y tú tienes veintitrés años, lo que te convierte en un hombre maduro, ¿no es verdad?, y ella es una chiquilla. Yo, en

tu lugar, no permitiría que nadie lo supiera...

—¿Crees que estoy loco? —preguntó él.

«Probablemente sí, en este momento, es muy probable», contestó ella para sus adentros.

—Ya sé lo que pasa a los hombres que se enamoran de chiquillas —dijo Jonathan.

—Oh, Jon, por favor, no digas nada más. Lo lamentarás cuando después lo recuerdes. ¡No digas una palabra más! Es peligroso.

—Sí —dijo él—. Es demasiado peligroso. Y puedo esperar.

Después de haberlo dicho, se asombró de que su madre no se enfureciera, horrorizada y casi muriera de la impresión.

Había esperado mucho. Todo lo que su madre le dijera en aquella calurosa tarde de agosto no le había importado en absoluto. Nunca había llegado a conocerla, ni había tenido en cuenta para nada su opinión. Había hablado con ella aquella tarde sólo porque su conmoción interior era demasiado incontrolable, y porque había bebido demasiado. Al cabo de pocos días, al no volver Marjorie a mencionar para nada la conversación, que a buen seguro consideraba sólo un asunto pasajero, se sintió aliviado de que lo hubiera olvidado. Sólo el temor de sí mismo, de lo que era capaz de hacer, le había impelido a hablar de manera tan peligrosa, pero su madre no tenía la más remota idea de todo aquello, y la apartó de su mente. Su madre carecía de imaginación, en realidad no era inteligente. ¡Y además aquello suyo con el viejo Martin, por Dios! Martin no sabía de la que se había librado. Fue una desgracia que su propio padre no hubiera tenido tanta suerte. Eso pensaba Jonathan Ferrier en aquel agosto en que cumplía veintitrés años.

Vio a Mavis Eaton cada vez que tuvo ocasión de ello durante los cinco años siguientes, y en todo momento creyó actuar prudente y sutilmente. Pero Mavis lo sabía desde el primer instante, y la divertía muchísimo, que aquel «viejo» se interesara por ella.

Cuando Mavis cumplió dieciocho años, Jonathan les dijo a su madre y a su hermano que se casaría con ella en un futuro muy próximo.

Marjorie no dijo una palabra, pero la noticia causó risa a su hermano Harald.

—¡Esa muchacha no, Jon! ¡Es un dragón! ¡Se comerá tu corazón en un año!

Jonathan Ferrier, completamente embobado y enamorado, apenas oía lo que le decían. Más tarde supo que el secreto del encanto de Mavis era su exasperante sexualidad. No era una sexualidad manifiesta, paradójicamente era casi incapaz de sentir excitación alguna, estaba casi desprovista de pasión sensual. Sabía que resultaba irresistible a los hombres, y cuando cumplió los quince años supo exactamente por qué, experimentando entonces desprecio y burla hacia aquéllos a quienes atraía. Sin embargo, aprendió el arte de lucir sus atractivos sexuales de modo sumamente delicado, sin excitarse ella misma casi nunca. Aquella ostentación le

reportó una adoración abyecta y regalos, que era lo que en verdad deseaba. Si los hombres eran en realidad tan estúpidos como para creer que los deseaba, tanto peor. Aquello nada tenía que ver con los verdaderos deseos de Mavis Eaton, que ella ocultaba cuidadosamente.

La boda de Mavis Eaton con Jonathan Ferrier fue considerada como un acontecimiento en aquel caluroso día del mes de junio. Acudieron el gobernador, el senador Champion y, por supuesto, todos los intendentes. Los Eaton, al igual que los Ferrier, eran ricos, Jonathan adquiriría ya una sólida reputación y su madre descendía de una «vieja familia».

Nunca olvidaría su noche de bodas...

Jonathan, que dormía borracho en el estudio de su padre, o mejor dicho, que estaba tirado en una silla de cuero, recordaba aquella noche en su sueño. Tenía contorsionado el rostro sudoroso, y movía molesto la cabeza. Incluso en medio del sueño sentía una náusea muy fuerte y una sensación enorme de incomodidad. En él todo era un gran dolor, tanto físico como mental, y en algún lugar de la habitación parecía como si se oyera el zumbido de millones de abejas que se hubieran vuelto locas.

Salió de su pesado sueño de modo doloroso e indolente, y advirtió que ya era de mañana, y que el teléfono que había sobre el escritorio de su padre sonaba incesantemente. En la casa todo era quietud. La tenue y oblicua luz del amanecer se filtraba por las ventanas cerradas. Con una maldición, Jonathan se levantó y cogió el auricular.

—Oh, Jonathan —oyó decir al padre McNulty con alivio—. Espero no haberle despertado demasiado temprano. Son casi las siete, menos cuarto exactamente. Lo que tengo que decirle es importante.

—No se aflija por mí —dijo lentamente Jonathan con voz grave. Al tragar sintió la garganta hinchada y muy seca—. Siempre estoy despierto, como un perfecto médico. Llámeme dentro de un par de horas, tal vez le conteste, y tal vez no. —No estaba despierto del todo. Pestañeaba y se estremecía por efecto de la luz, y parecía como si el estómago quisiera subirle al pecho—. Adiós —dijo.

—¡Jon! —gritó el sacerdote—. Por favor, escúcheme uno o dos segundos. ¡Por el amor de Dios, escúcheme! Es un asunto de vida o muerte.

—En el cual no tengo ningún interés —dijo Jonathan—. Pero dígame, ¿usted no duerme nunca?

—No he dormido en toda la noche —contestó el sacerdote—. Acabo de llegar a casa y tengo una misa a las siete. ¿Recuerda al joven Francis Champion? He sabido que usted le trató por una colitis o algo parecido hace tres años. Es el hijo del senador

Kenton Campion.

Jonathan bostezó con desesperación. Parecía como si la cabeza se le partiera lentamente en dos, y que cada sección funcionara por cuenta propia.

—¿Y qué sucede? No soy el médico de la familia. Ellos me llamaron solamente porque su médico se había ido o algo por el estilo, después de que por poco no mata al muchacho. ¿Por qué no le llaman si el chico está enfermo de nuevo?

El sacerdote vaciló.

—Creo que existe un motivo personal con el médico de la familia. Puede haber algo de... —dijo con un titubeo—. Verá, el joven Francis trató de ahorcarse anoche y sólo le oyó el viejo Tom, uno de los sirvientes, que le salvó la vida. Se colgó con el ceñidor de su batín.

—Puede estar usted seguro —dijo Jonathan con amargura— de que nunca faltará algún entrometido que ande por ahí listo para meter sus cochinas manos. Cuando un hombre quiere morir, déjele que muera, digo yo. —Se detuvo, pero en seguida dijo con más interés—: ¿Trató de matarse? ¿A los veinte años? Creí que le iba bien en ese seminario en que estudiaba para sacerdote. ¡Bonito cura va a ser ése! —Jonathan soltó una risita contenida y después tosió—. De modo que le llamaron a usted para que le administrara el debido castigo espiritual.

—Jon, escúcheme, por favor. Tom me llamó, nadie más lo hubiera hecho. Y menos la tía. El senador está en Washington, aunque le esperan en casa hoy para las celebraciones del Cuatro de Julio. Usted conoce a la tía. —El sacerdote tosió, como disculpándose—. No hay duda de que es una señora muy estimable, pero nunca sabe lo que tiene que hacer, de modo que me llamó Tom. Pero Francis no quería escucharme y se negó a verme. Me quedé al lado de su cama y en ningún momento volvió la cabeza hacia mi lado. Me quedé hasta que tuve que irme a officiar la misa.

—Una historia muy conmovedora —dijo Jonathan—. ¿Pero tiene algo que ver conmigo? No.

—Pensé... pensé... —dijo el sacerdote con un tartamudeo— que usted debería verle. No, no para prestarle atención médica.

Jonathan salió de la nube rojiza que le rodeaba, asombrado por completo.

—¿Está fuera de sus cabales, padre? No es para prestarle atención médica, me dice. ¿Para qué, entonces?

—He oído decir que el muchacho... confía en usted, Jon. No es más que una inspiración. Necesita algo y pienso que tal vez usted pueda dárselo.

—No —dijo Jonathan—. Y además, si yo le viera, tendría que informar a la policía.

—Usted le salvó la vida una vez, y pienso que puede hacerlo de nuevo, Jon.

—¿Y por qué habría de hacerlo? Déjele que se muera y dele su bendición, padre.

—¿Irás, Jon, y en seguida?

—No —dijo Jon y colgando el aparato volvió a caer en las profundidades de la silla de cuero.

De repente se puso en pie, y se sintió mareado. ¿Por qué no tengo el valor de morir?, se preguntó. ¿Por qué no tuve la sensatez necesaria para declararme culpable en el juicio y dejar que el Estado me ahorcara, y escapar así a todas estas dificultades? Después pensó en Francis Campion, de veinte años, que había tratado de quitarse la vida pocas horas antes. ¿Pero por qué, a su edad? ¿Qué habrá desilusionado tanto a un hombre de veinte años como para llevarle a la muerte, y más tratándose de un aprendiz de cura? Jonathan se apoyó en una mesa y a pesar de sí mismo se sintió interesado. Recordó al muchacho, y cómo le había salvado la vida tres años antes. Y aquella vida había sido salvada tanto por la habilidad profesional de Jonathan, como por la voluntad de vivir del muchacho. Sin embargo, tres años después buscaba la muerte, él, hijo único de uno de los hombres más ricos del Estado, bien cuidado, mimado, dueño de hacer lo que quisiera en cualquier momento.

Jonathan fue al cuarto de baño, se desnudó hasta la cintura y comenzó a lavarse con agua fría. Miró en el espejo aquel rostro demacrado al que la crecida barba daba un tinte azulado, y dijo en voz alta:

—Al diablo con él.

Se secó y se vistió con ropas de montar, y el temblor de sus manos le hizo que se sintiera fastidiado. Notaba como si todo su interior fuera de cuero. Deseaba beber algo, pero no se atrevía a beber ni un trago de agua, por temor de que le hiciera vomitar. Hecho una completa calamidad y caminando con cuidado para no mover la cabeza, abandonó la habitación.

No se notaba ni un movimiento en la casa, aunque eran casi las siete. Se sentía por todas partes aquel aroma seco propio de una calurosa mañana de verano, compuesto de calor, una tenue polvareda y flores que se marchitan. Jonathan salió a la deslumbrante luz del día y se encaminó a los establos.

Todavía no podía comprender qué le impulsaba a ir a ver al joven Francis Campion, o qué diablos hacía a una hora tan temprana del día, con una terrible resaca encima y con la sensación de que la vida se le había hecho insoportable. Pensó en el padre McNulty con irritado disgusto. ¡Idiota entrometido! Pero esos curas piensan que la vida humana es sagrada y que tiene que conservarse. Él, Jonathan Ferrier, deseaba poder llevarles a algunos de ellos de paseo por las salas del hospital donde había gente muriendo de cáncer, incluso niños de corta edad, o a las salas de venéreas, tuberculosis, o de otras mil y una enfermedades, causas de corrupción y angustias de todo tipo. Dejarles ver con sus propios ojos con qué respeto consideraba Dios a su propia Creación, haciéndola caer tan bajo, hasta la base misma de una aullante animalidad, y abandonándola después a la decadencia, la tortura y a inenarrables indignidades. Lo que Dios no respeta, no tiene por qué respetarlo el



hombre.

## Capítulo 12

Casi todas las casas en Hambledon eran sencillamente «casas», pero la de los Campion era una «residencia», incluso para quienes tenían sentido del humor. La señora Campion la había heredado del finado padre de Kenton Campion, junto con una gran fortuna proveniente de las minas de carbón, y era considerada como la única auténtica mansión de Hambledon dentro de lo que tradicionalmente se considera una mansión.

La señora de Kenton Campion había muerto hacía unos quince años, dejando a su marido todo su dinero y un hijo, Francis, de cinco años. En aquellos tiempos Kenton, dedicado a la política, era un simple miembro del Congreso, pero repetidas reelecciones para la Legislatura del Estado le convirtieron con el tiempo en senador nacional, e incluso llegó en una ocasión a lograr la candidatura para la vicepresidencia.

Muerta su esposa, la hermana viuda del senador, Beatrice Offerton, se instaló en la residencia de los Campion como dueña y señora para ocuparse de la crianza del niño huérfano. Era por aquel tiempo una mujer de cincuenta y tres años, maciza y hermosa, además de inmensamente estúpida, de buen carácter, y, como Jonathan confidencialmente la definió entre otros tan irreverentes como él mismo, «absolutamente devota de todas sus funciones físicas, incluso las más groseras». Goza de todas ellas enormemente. Los movimientos de los intestinos o la evacuación de la vejiga son, para los demás, simplemente eso, ¡pero no para Beatrice Offerton! ¡Para ella son deliciosos acontecimientos diarios!

Beatrice no quería a nadie, a excepción de su cuerpo y de sus apetitos, y Francis, que había entrado ya en la adolescencia, no la impresionaba más de lo que pudiera impresionarla el perrito del jardinero.

El senador, por su parte, tenía amiguitas deliciosas en Filadelfia y en Washington a las que veía periódicamente en lujosos hoteles, en los que cada una de ellas, por turno, recibían sus cariñosas y productivas visitas. Como es lógico, antes de cualquier encuentro amoroso, eran cuidadosamente revisadas por médicos competentes. ¡El senador no estaba dispuesto a que le contagiaran una enfermedad venérea! Cuando se cansaba de una de ellas, lo que solía ocurrir aproximadamente a los seis meses de conocerla, la despedía bien provista de billetes de banco, pieles, vestidos y joyas, con lo cual se aseguraba su silencio y buen recuerdo.

Kenton Campion era un hombre alto y fornido, como su hermana, y sus muchas relaciones y modales adulescentes, le habían hecho rodearse de una cantidad de amistades influyentes, que veían en él, además, a un financiero de agudo instinto, vinculado a ricos e influyentes agentes de Bolsa de Wall Street, y señor de una hermosa bodega y de una mesa bien servida.

El senador decía que no existía ningún hombre con quien no simpatizara y a quien no pudiera comprender, pero en realidad había uno, y ése era Jonathan Ferrier. El senador se jactaba de haber intercedido en favor de Jonathan cuando se vio envuelto en su infortunado proceso, contaba que Jonathan le había pagado llamándole «*maldito charlatán sonriente e increíble sinvergüenza, que sería capaz de vender a su país por unos pozos de petróleo o unas concesiones comerciales*». Aunque en realidad, ¿qué político no lo haría?, agregó Jonathan.

Aquellos dos personajes, el padre y la tía, eran los guardianes, guías y directores espirituales del pobre Francis Campion, joven quizá demasiado sensible, inclinado a la emotividad, con una apasionada devoción por todo lo hermoso e inofensivo, que de modo inexplicable había llegado a adorar a Dios, encaminando todos sus sueños a la Visión Beatífica y al servicio de su Creador por el resto de sus días. No había tenido ningún guía piadoso que le señalara el camino, que encontró por sí mismo, sabe Dios al precio de cuánta soledad, desesperación, silencios y enemistades. El padre McNulty había dicho, a este respecto, que «*Dios encuentra a sus elegidos*», lo que para Jonathan fue una solemne estupidez.

Y ahora Francis, inexplicablemente ausente del seminario, había tratado de quitarse la vida en su solitaria habitación. Había fracasado, por poco.

Al entrar en la sala, Jonathan se sorprendió al ver sola a Beatrice Offerton, quieta serenamente al lado de una mesa, mientras disponía cuidadosamente unas imponentes rosas rojas recién traídas del jardín. Tenía una expresión soñadora y absorta, y sus labios dibujaban una tenue sonrisa que a Jonathan le resultaba muy conocida.

Jonathan se sentía furioso. Le habían hablado de una tragedia, y aquella corpulenta dama, con su macizo cuerpo y sus voluminosos senos, no mostraba la menor señal de inquietud ni de agitación. De buena gana hubiera soltado una blasfemia. Aunque no hizo el menor ruido, Beatrice advirtió su presencia y le miró, con expresión vaga y algo desconcertada.

—¿Jon? —dijo por fin con su voz profunda—. ¿Es usted, Jon?

—Eso parece —contestó Jon— aunque tal vez soñemos. Beatrice trató de asimilar lo que Jon había dicho y después sonrió levemente.

—Vaya, parece que tiene usted calor. Vamos a la sala de estar y tomaremos un poco de limonada y pasteles. ¿Quiere quedarse a almorzar? Esperamos que Kenton llegue en el próximo tren, ¿sabe? Tiene que pronunciar el discurso del Cuatro de Julio. Se sentirá muy contento de verle, le quiere mucho a usted y dice que debería dedicarse a la política, pero en Washington hace mucho calor, y...

—Me parece —dijo Jonathan— que me han llamado, Beatrice, ¿o es que también he soñado eso?

Beatrice se estremeció de nuevo, y se puso a pensar plácidamente. Por fin dejó sus tijeras.

—Oh, querido —dijo con una nueva sonrisa—. Qué prueba, ¿verdad? Estaba perfectamente segura de que todo acabaría bien, hay que olvidar estas cosas desagradables y hacer como si no hubieran ocurrido nunca, y ése —el cura— no estuvo de acuerdo conmigo. Dijo que usted tenía que venir. En verdad no fui yo quien le mandó a buscar, Jon querido. Estaba en contra de ello. Francis no quiso en realidad hacerlo, estoy segura de que fue un accidente y que puede explicarse sensatamente, pero ese cura...

Jonathan se sentía por completo fuera de sí.

—Corríjame si me equivoco —dijo— pero tengo entendido que Francis trató de ahorcarse anoche en su cuarto, y un sirviente oyó el ruido que hizo la silla al caer, corrió entonces a su cuarto y le salvó a tiempo. Se había colgado del ceñidor de su batín, según me dijeron. Bien, ¿cuál es la verdad?

Beatrice había perdido su color rosado y estaba ligeramente pálida. Humedeció sus labios rojos y se miró las manos.

—Estoy segura de que todo eso tiene una explicación —murmuró—. Va a ser muy molesto para Kenton cuando se entere. Estoy segura de que Francis no tuvo intención... Estaba sujeto en un anaquel de la pared, y pudo haberse enredado allí involuntariamente... esas cosas suelen suceder...

—E involuntariamente se hizo un bonito lazo que se enroscó por sí solo en el cuello de Francis mientras estaba subido a una silla, sin duda para limpiar el anaquel a medianoche, ya que detesta tanto el polvo, a causa de la austeridad que reina en el seminario, y después por alguna casualidad se volcó la silla... y ahí termina todo —dijo Jonathan.

Beatrice asentía en silencio con todo su macizo cuerpo.

—Bien pudo ser así —dijo en tono indiferente, después miró las rosas, se humedeció de nuevo los labios, y pestañeó varias veces—. Adoro las rosas —dijo tocando una que se caía—. Y es tan bonito que todavía nos queden algunas. Kenton las adora. Hacen que una habitación sea tan acogedora, tan cómoda...

Jonathan, a pesar de que conocía a Beatrice desde hacía quince años, cuando llegó a Hambleton, no podía creer lo que veía. Se acercó a ella mirándola fijamente, con los oscuros ojos echando llamas.

—Mire, Beatrice —dijo con voz brutal— usted no parece entenderlo. Soy médico, y la ley me obliga a informar del delito de tentativa de suicidio a la policía. ¿Comprende? A la policía. Y después los diarios lo publicarán.

Esperaba haberla sacudido lo bastante como para que su rostro reflejara alguna expresión de comprensión e inteligencia. Por fin vio que las manos caían flojamente a sus costados, que se ponía pálida de nuevo, y que sus ojos azules estaban enormemente dilatados y fijos en él, con un reflejo de terror.

—¿La policía? ¡No, hay que evitarlo a toda costa, Jon! ¿Qué dice usted? ¿Y

Kenton? ¡Kenton! La vergüenza... Oh, no, la policía, no. Ese muchacho terrible, insensato... La policía... Bromea usted, ¿no es cierto, Jon?

—No bromeo, así que será mejor que me preste usted un poco de atención, Beatrice. ¡Después de todo es usted la tía de Francis, por amor de Dios! ¿No siente nada en absoluto por él? ¿No la avisaron en seguida, cuando ocurrió? ¿Qué hizo usted? ¿Por qué no me llamaron inmediatamente, o por lo menos a algún otro médico? ¿Qué le dijo a usted el muchacho? ¿Y el sirviente? ¿Cómo se enteró del asunto el padre McNulty, y quién le llamó? ¡Deme alguna respuesta, Beatrice!

Beatrice miró a su alrededor con expresión vaga y después, al ver la silla que estaba a su lado, se sentó con lentitud. Tomó el pañuelo que tenía en la manga con gesto distraído, se lo pasó por los labios y después lo miró con toda la atención posible, que no era mucha por cierto.

—Resulta tan fastidioso todo esto —murmuró— e inconveniente. Kenton tiene que viajar por todo el Estado pronunciando discursos, y esto le fatiga mucho... No es para la elección, sabe usted, el Gobernador es quien le designa, un hombre muy recto y muy cristiano, pero un poco rígido. Deseo que aprueben de una vez esa enmienda constitucional de modo que los senadores puedan dirigirse directamente al pueblo y ser elegidos sin que se meta el Gobernador... pobre Kenton.

Entonces Jonathan comprendió que aquella grande y bien formada escultura de mujer albergaba en realidad algún sentimiento, pero dirigido solamente hacia su hermano y temía, en la medida que a ella le fuera posible temer algo, por su carrera.

—Beatrice —le dijo— no es la Legislatura estatal la que designa a los senadores, ni tampoco el Gobernador. Bueno, eso no importa. Conteste a mis otras preguntas, por favor.

Beatrice rumiaba con la cabeza baja, retorciendo el pañuelo con las manos.

—No puedo entenderlo —dijo, por fin—. No comprendí por qué venía Francis a casa. Creí que estaba un poco cansado y agotado, por los estudios. Me han dicho que los sacerdotes son muy duros con los seminaristas. Pero pensé que con unos días de descanso... Nunca espío, Jonathan. Nadie puede acusarme de espiar. Siempre estoy dispuesta a escuchar, y respeto las confidencias, pero si alguien no se me confía nunca insisto. Ése es mi código, y ha sido el código de mi familia. Pensé también que quizá tenía necesidad de ver a Kenton, es su único hijo, ¿sabe usted? Y creí también que una comida nutritiva, la paz y la tranquilidad del hogar, y dormir bien por las noches... Pero parecía que ésa no era la dificultad. No sé, Jon. Confieso que nunca he podido comprender a Francis. Es un muchacho muy extraño desde que era un bebé. Muy parecido a Henrietta, usted sabe que ella era muy histérica. Es una debilidad de la familia Pike.

Jonathan, apoyado ahora en la mesa, rezaba en forma un poco blasfema pidiendo paciencia, pero tuvo que aguantarse hasta que los lentos y pesados pensamientos de la

dama hallaron su expresión en palabras y le dieron una respuesta.

—Kenton es el único conversador verdadero que hay en la familia —siguió diciendo Beatrice, mientras sonreía a Jonathan con una sonrisa tenue y esperanzada—. Yo no lo soy, conversar me aburre demasiado. Creo que a Francis tampoco le gusta la conversación. No recuerdo que nunca haya hablado mucho con Kenton o conmigo. Siempre he respetado sus... reticencias. Nunca me ha contado nada, y en esta ocasión tampoco. Sencillamente... vino a casa, y se metió en su cuarto. Eso sucedió hace dos días. No bajó nunca a comer, ordenaba que le subieran las comidas a su habitación, y yo estaba muy confundida. Le había ordenado al cocinero que le hiciera sus platos favoritos: tarta de frutas, pollo al vino, que a mí no me gusta, pero a Francis sí, y no me explico de dónde sacó ese gusto. Jamón asado con miel y puré de castañas, aunque estemos en verano. Y ese extraño té verde que tanto le gusta. Pero las bandejas volvían a la cocina sin que las hubiera tocado siquiera. Me lo dijo el cocinero. Estaba completamente confundida.

—Probablemente eso le echó a perder a usted el apetito —dijo Jonathan con rostro impasible.

Beatrice lo pensó un instante y asintió.

—Sí, debo confesar que así fue, pese a que nunca he sido aficionada al vino mezclado con pollo, y que el jamón en verano no me atrae. Pero no hay que desperdiciar las cosas, no es cristiano. Una o dos veces tuve dolor de estómago. Bueno, pobre de mí, decidí ir al retiro de Francis y preguntar qué le pasaba, pero pensaba en su reticencia y en que no me gusta espiar. Creí que todo se arreglaría cuando Kenton viniera a casa.

El muchacho había estado solo más de dos días, encerrado con sabe Dios qué negros y terribles pensamientos, y qué conjeturas. Y después la decisión final.

Ahora Beatrice se ruborizó. Había un brillo en sus ojos, y el brillo era, por increíble y extraño que parezca, de enorme emotividad.

—¡Fue ese sirviente entrometido, ese Tom! Descubrió a Francis y le ayudó en la peligrosa situación, supongo que era peligrosa, aunque uno nunca sabe, y Francis puede ser tan histérico en ocasiones, y quizá tuvo la intención de que le descubrieran, al patear la silla con tanto ruido. A mí me alarmó, aunque volví a dormirme en seguida. Y después Tom estuvo golpeando mi puerta, creo que fue a eso de la una, que es una hora completamente irracional, y en la que yo nunca tengo pleno dominio de mis facultades. Me costó un rato entender lo que me decía, pues el criado estaba sin aliento y excitado. La gente común, usted ya lo sabe, es siempre muy excitable. Supongo que tengo que agradecerse, pero estoy segura de que aunque Tom no hubiera corrido en su ayuda, Francis habría recuperado su sensatez inmediatamente.

—Y habría puesto de nuevo la silla debajo de sus pies y habría desatado el ceñidor.

—Sí —dijo Beatrice con un suspiro—. Pero una nunca sabe, ¿no es verdad? Tom dice... pero no se puede hacer caso de esa clase de gente... que él... bien... salvó a Francis, y después le hizo respirar de nuevo, le humedeció la garganta con agua fría, le dejó por un instante para contármelo, y después llamó a ese cura. Empiezo a creer que estuvo insolente...

—Sí —dijo Jonathan, fumando esta vez—. Tom abusó de su autoridad, no al llamar al cura, sino al salvar a Francis. Despídalo inmediatamente.

—Es cierto —dijo Beatrice—. Consultaré con Kenton para echarlo... —Se quedó mirando a Jonathan con ojos que parecían dos vidrios saltones—. ¿Qué es lo que dice usted, Jon? ¿Que Tom debía de haber dejado... haber dejado...?

—Morir a Francis, naturalmente.

Beatrice se puso en pie de un salto, y su frente se arrugó de tal modo que se formó un gran remolino sobre sus ojos.

—¿Cómo puede usted decir eso, Jon? ¡Que Francis muriera! ¡Dejar que Francis muriera! ¡Que se matara! ¿Cómo cree que se hubiera sentido Kenton? —Estaba atragantada. Se puso una mano sobre los altos y exuberantes senos—. ¡No puede ser que hable en serio!

—Sí, hablo en serio —dijo Jonathan, satisfecho. Tenía la seguridad de que aquélla era una de las pocas veces en que Beatrice se había sentido agitada y disgustada—. Un hombre tiene derecho a elegir el momento en que debe morir, ¿no es cierto? Francis eligió morir anoche. Maldito sea ese entrometido de Tom.

Beatrice miraba a su alrededor asustada, como si buscara alguien que le asegurara que no escuchaba a un loco, que todo estaba bien, que ella simplemente había oído mal. Luego, ante la sorpresa de Jonathan, y con no poca satisfacción por su parte, estalló en lágrimas, extendió las manos con torpeza y salió de la habitación corriendo pesadamente.

Apuesto a que eso la privará de disfrutar de su almuerzo, aunque lo dudo, pensó Jon. Volvió al vestíbulo y allí encontró a Tom, el viejo sirviente que había estado al servicio de los Campion durante muchísimo tiempo, después de haber trabajado para el viejo Jasper Pike. Tom lo había escuchado todo, sin sentir la menor vergüenza. Jonathan le hizo un guiño.

—Ha perturbado usted a la señora —dijo Tom con cara grave.

—Así parece. Sugiero que le dé un poco de soda en la comida o un poco antes. No podemos permitir que la señora Offerton no disfrute de su almuerzo, ¿verdad? Sería una tragedia. Dígame Tom, ¿por qué mandó buscar al padre McNulty antes de amanecer? ¿Francis preguntó por él?

—No, doctor, se lo pregunté y me dijo que no. Pero como habían sido tan buenos amigos... y además el señorito Francis casi había cometido un pecado mortal, o tal vez lo cometiera, bien mirado, y... bueno, he conocido a ese muchacho desde que

nació. Le conozco muy bien. Nunca se sabe cómo va a reaccionar.

—Apuesto a que así es —dijo Jonathan— y eso hace que usted constituya una minoría de uno. Siga. ¿Habló Francis con el sacerdote cuando vino?

—No. —La cara del anciano se volvió desalentada y triste—. El padre McNulty vino en seguida en su bicicleta. Es duro subir la cuesta en una bicicleta, incluso para un hombre joven. Siempre me he preguntado por qué ninguno de sus ricos feligreses, o unos cuantos reunidos, no le compran un caballo y un coche.

—No me mire usted a mí —dijo Jonathan—. No soy feligrés suyo. Dirija sus miradas torvas a los McNellan que viven allá arriba en la colina, y a los Fandrusse, y a los Temple, y a otros por el estilo. De modo que Francis no quiso hablar con el sacerdote.

—No, doctor, no quiso. Se quedó acostado mirando hacia otro lado. Parecía como si estuviera muerto, sin escuchar, sin moverse. El padre McNulty se quedó hasta casi la hora de la misa. Estaba cansado y hambriento, me hizo prometer que no dejaría solo a Francis durante mucho tiempo y me dijo que le llamaría a usted.

El anciano suspiró y se retorció las manos.

—Hice que Francis me prometiera algo. Le hice prometer que no... que no... volvería a hacerlo. Me dijo que lo pensaría... y... y... —Las lágrimas corrían por los párpados inferiores de sus cansados ojos—. Bueno, le recordé los cuentos que solía contarle cuando era un niño, y cómo le sacaba a pasear y le traía golosinas para que comiera por la noche, y cómo cortábamos árboles de Navidad en la montaña, y cómo le vendaba las heridas y le llevaba al peluquero, y todas esas cosas. Y, señor, no me parece justo decirlo ahora que es un hombre, pero empezó a llorar. Fingí que no lo veía, pues no quería que se sintiera avergonzado cuando lo recordara. Entonces alargó la mano, yo se la tomé, y él dijo:

—Tom, hay más de una forma de morir, y yo moriré, pero no voy a hacerlo por mí mismo. —Tom miraba a Jonathan implorante—. No entiendo del todo eso, doctor, pero obtuve su promesa.

Jonathan miraba sus polvorientas botas de montar mientras las golpeaba distraídamente con la fusta.

—Hum... —exclamó pensativo. Tom esperaba, entonces Jonathan dijo—: ¿Tiene alguna idea de por qué lo hizo?

—No, doctor, no lo sé, sólo sé que el muchacho se ha sentido muy desgraciado durante más de un año. Nunca me quiso decir por qué, aunque se lo pregunté.

—Tal vez decidiera hace más de un año que no tenía pasta de clérigo, pero no tuvo valor para decírselo a sus superiores.

—No, señor —dijo Tom, con un súbito énfasis—. Usted no comprende al señorito Francis, doctor. Siempre tuvo el valor de tres muchachos juntos, no de uno solo. Vivía aquí sin que nadie se fijara en él, ni siquiera los sirvientes o el jardinero. Era un



chiquillo extraño, y aquello habría destruido a cualquier otro chico, que se habría dedicado a hacer travesuras para vengarse. Pero el señorito Francis no. Ha sido el muchacho más valeroso que he conocido, doctor, y ahora es un hombre valiente. Si hubiera creído que se había equivocado, se lo hubiera dicho a los padres directamente a la cara.

—Creo que ya lo ha hecho. No ha dicho nada al respecto, pero creo que ya lo ha hecho. Aunque tuvo que reunir valor durante todo un año para hacerlo.

—Doctor, fue otra cosa.

Jonathan quedó de nuevo pensativo.

—Muy bien, iré a ver al paciente. ¿Siente molestias para tragar?

—La garganta se le hinchó mucho, se le puso roja y azul y tenía muy mal aspecto, pero tragó un poco de agua y no pareció molestarle. Le digo, doctor, que cuando le vi allí... No había más luz que la de las estrellas, y al principio no le vi, y le diré... —Inclinó la cabeza—. Lo primero que me dijo fue: «¡Tom, maldito seas!», y lo decía en serio, doctor, en serio. Podía hablar, sin embargo, era como el chillido de un enfermo. Ahora está un poco mejor.

Subieron juntos por la enorme escalera de mármol, llegaron a la larga penumbra del fresco pasillo que tenía las puertas cerradas, y Tom apoyó tímidamente la mano sobre el brazo de Jonathan.

—Doctor —le dijo— doctor, quisiera preguntarle algo. Le he visto con mucha frecuencia, desde que usted era un niño y después cuando iba a la escuela. Dicen cosas muy feas de usted, que es usted un hombre duro, y... bueno, doctor, ¡nunca he creído nada ni por un instante! ¡Nunca! Le conozco muy bien a usted, igual que conozco al señorito Francis. Y por eso no creo que deba pedirle que tenga paciencia con él, y que sea amable. Que trate de entenderle.

Jonathan se sintió inmediatamente conmovido y enojado por el sentimentalismo del anciano.

—No es usted su padre, Tom, ni tampoco lo soy yo, pero confieso que parece necesitar un amigo.

Abrió la puerta, le hizo un gesto a Tom, y después entró en una habitación con vistas a las montañas escarlatas, amueblada con austeridad, con una austeridad que era fiel expresión de la personalidad de Francis Campion, como si se hubiera rebelado contra la opulencia y el lujo de la casa de su padre.

El joven yacía en la cama, una sábana blanca lo cubría hasta las axilas. No miraba el crucifijo que tenía frente a sí en la pared, sino las montañas que se divisaban a través de la ventana. Jonathan oyó en su interior la cita bíblica: «*Elevaré mis ojos hacia las colinas eternas, de donde viene mi fuerza*» y se rió de sí mismo. No había más fuerza en el hombre que aquélla que pudiera extraer de dentro de su propio ser, de su experiencia, de su carácter, la fuerza con que había nacido.

Vio el mechón de pelo negro sobre la blanca almohada, el pálido perfil hundido del joven, la quietud de su cuerpo y de su boca descolorida. Entró en la habitación, y sus tacones de cuero repiquetearon sobre la madera desnuda. Francis Champion no se movió, pero Jonathan se dio cuenta de que no dormía. Se sentó junto a la cama y colocó la fusta y el maletín a su lado, después encendió con calma un cigarrillo y empezó a fumar. Esperaba, Francis no se movía. Jonathan se dio cuenta de que no era por obstinación, resentimiento ni empecinamiento, ni tampoco por vergüenza. No se trataba más que de un total desinterés, indiferencia y falta de curiosidad por saber quién había entrado en su habitación. Francis había llegado ya a un extremo en que no le importaba en lo más mínimo que alguien le hablara o le mirara. Las opiniones de los demás o lo que pudieran pensar de él, no le importaban lo más mínimo. Ni un muerto podría haber sido más indiferente, y de no ser por el fugaz temblor de sus párpados, Jonathan podría pensar que se trataba de un cadáver.

—Es costumbre entre quienes esperan morir —dijo por fin Jonathan— tomar al menos algunas disposiciones en favor de quienes van a abandonar, es decir, si son decentes. Tú, por ejemplo, Francis, esperas morir de algún modo y haces tus planes. Sin embargo, la única persona que realmente cuida de ti quedará desamparada, pues será despedido de su miserable empleo, sin duda porque fue lo bastante indiscreto como para salvarte la vida. Tú no tienes ni una moneda de cobre. Si la tuvieras y se la dejaras a Tom Simmons, yo diría: «Vete, y que Dios te ampare dondequiera que vayas». Pero ¿qué es Tom para ti, de todos modos?

Por unos minutos Jonathan temió que Francis no le hubiera oído, que hubiera apartado sus sentidos de todo lo que era vida ordinaria, incluyendo el oído. Al cabo, su larga cabeza delgada giró lentamente sobre la almohada, y Jonathan vio su joven cara mortalmente pálida, quieta y rígida. Vio también la gruesa e hinchada herida sobre el cuello.

—¿Tom? —dijo Francis, con acento dolorido.

—Tom. Tu tía va a echarlo a patadas por culpa tuya. Parece que no sólo se preocupa por tu vida, lo que admito que fue una estupidez, sino que se preocupa también por tu alma inmortal. Eso es imperdonable. Por lo tanto tu tía no puede perdonarle. Tal vez sea tan generosa como para darle la paga de una semana — ¿cuánto será?— como compensación. Después de todo, es imposible que viva en este lugar alguien que sea humano, ¿no?

El sufrimiento helado que se reflejaba en la cara de Francis se convirtió en rigidez. Pensaba, y el esfuerzo era aparentemente demasiado terrible para él. Cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—Tú no tienes un centavo —le dijo Jonathan—. Tu abnegada madre le dejó a tu padre hasta el último céntimo. Tu padre iba a hacerse cargo de su amado hijito. Eso es lo que creyó tu madre. Bueno, volviendo al caso, tu padre no te ha dejado morir

exactamente de hambre; ni te ha pegado físicamente; te ha dado albergue y vestido; te ha permitido elegir tu forma de vivir sin hacer gran alboroto, y hasta es probable que te dé dinero para tus gastos. Bueno, las cosas van mal. Es posible que pueda conseguirle a Tom un trabajo como ordenanza en uno de los hospitales, pero dudo que dure mucho en eso. El trabajo es demasiado fuerte y Tom es muy viejo, ¿no es cierto? Ha estado con tu padre veinticinco años, y antes estuvo un cuarto de siglo con el viejo Jasper Pike. Tom debe andar por los setenta, y la mayor parte de su vida la ha gastado al servicio de gente como tu padre y como tú, Francis. Esto es una especie de epitafio, pero ¿que me condenen si puedo decir de qué clase!

Francis le miraba con fijeza, como si el dolor que soportaba, tanto mental como físico, fuera demasiado grande como para hablar.

—No soy uno de éstos —prosiguió Jonathan— como Teddy Roosevelt y algunos de sus amigos, que piensan que un hombre tiene derecho a los frutos de la tierra simplemente por la estúpida razón de que sus padres le concibieron en un momento determinado probablemente sin la menor intención, y le proyectaron sobre el resto de los mortales. He llegado a la conclusión que un hombre no sólo es digno de su salario, sino que su salario debe ser suficiente como para mantenerle decentemente durante el resto de su vida y permitirle que ahorre algo para su vejez o para un caso de enfermedad. Y maldita sea, los patrones deberían ser gravados de alguna manera para que cuiden de que sus empleados tengan una pensión para los años en que ya no puedan trabajar más para engordar la cuenta bancaria de sus patrones y sus inversiones.

»Ahora bien, sería bueno que Tom supiera que cuando le echen de aquí —y ha vivido en esta casa casi cincuenta años ¿no es cierto?— tú le has dejado varios miles de dólares, y supiera además que va a tener un ingreso fijo hasta que encontrase otro trabajo, o quizá nunca volviera a trabajar, eso sería muy bonito. Pero no tiene nada parecido, y al pobre Tom sólo lo espera el asilo de ancianos o la granja del Estado.

La sombra más pálida de desesperación corrió como una ola sobre el rostro de Francis, que levantó un poco la cabeza de la almohada.

—No voy a permitir que echen a Tom —dijo con un susurró áspero—. No pueden hacerle eso, sólo porque...

—¡Ah, sí, pero lo harán! —dijo Jonathan en tono alegre—. Ahora bien, si Tom hubiera sido lo bastante sensato como para cerrar la puerta cuando vio lo que hacías y hubiera vuelto cómodamente a su cama, te hubieran descubierto por la mañana y algún doctor, miembro de la familia, podría haber sido inducido a firmar un certificado diciendo que habías muerto de «causas naturales», y todo lo que le quedaba por hacer a Tom para vivir cómodamente el resto de sus días, era nada más que decirles a tu padre y a tu tía en privado que sabía lo que sabía. Y entonces, ¿qué? Pero el mundo está lleno de idiotas, ¿no es cierto?, incluyéndote a ti y a mí, y en

especial a Tom.

El joven no contestó, pero lentamente y con tremendo esfuerzo comenzó a incorporarse en la cama. Jonathan le miraba sin ningún signo de curiosidad o de interés, y esperó hasta que Francis, respirando convulsivamente y latándole fuertemente el corazón, acomodó las almohadas, se sentó sobre ellas y volvió a mirarle.

—Maldito sea usted —dijo Francis Campion luchando para respirar— y malditos todos. Nadie va a dañar al pobre viejo Tom. Si... lo hacen... haré saber a todo el condenado mundo por qué...

—¡Muy bien! —dijo Jonathan—. Deberías decirles eso a tu padre y a tu tía primero, y te ahorrarías muchísimas dificultades. Por cierto, tu padre estará aquí dentro de un par de horas. Tiene que pronunciar su retumbante discurso habitual en Hambleton el Cuatro, y, como de costumbre, tú asistirás al acto.

Pensó que el joven se le había vuelto a escapar de las manos, pues la cara de Francis se había hecho inexpresiva y remota por completo otra vez, como si estuviera sumergido en pensamientos ultraterrenos. Pero, para alegría de Jonathan, Francis insinuó una sonrisa. No era una sonrisa brillante y alegre, pero sí era visible, aunque tenuemente.

—No —dijo— no estaré allí —hizo un gesto ceñudo.

—Desgraciadamente yo sí estaré —dijo Jonathan.

En aquel momento Francis le miró fijamente, ya que recordaba que no había visto al doctor desde que fue acusado, procesado y absuelto. Recordaba además otras muchas cosas.

—Si yo fuera usted —dijo Francis, y en aquel instante había verdadera vida en su débil voz— no iría a ninguna parte, no vería a nadie de este pueblo, y les diría a todos que se fueran al infierno.

—Bonitos sentimientos para un aprendiz de clérigo —dijo Jonathan— pero estoy completamente de acuerdo contigo. Sin embargo, contrariamente a tu forma de proceder, yo pienso en los que dejo atrás. Voy a quedarme aquí hasta que mi reemplazante esté amaestrado, pues no soy un irresponsable como tú. Quiero asegurarme de que mis viejos pacientes no van a ser despedazados por cualquier burro diplomado, o tratados por algún amante de la naturaleza con «hierbecitas naturales» que crecen en los campos y las colinas. Ahora, si tú estuvieras en mi lugar, este pueblo no te habría visto ni los tacones de los zapatos desde hace muchísimo tiempo, y al diablo los pacientes. Es así, ¿no es cierto?

—Buena opinión tiene usted de mí —dijo Francis Campion.

Jonathan notó que le causaba dolor pronunciar cada palabra, y que la voz le salía áspera por el esfuerzo.

—No tan mala como la que tú debes tener de ti mismo, Francis. No te hago un

sermón. No me importa si te cuelgas otra vez cinco minutos después de que me marche. Pero no tienes derecho a sumir al pobre viejo Tom en la miseria, no importa cuál sea la dificultad, real o imaginaria, que te decidió anoche a escupirle la cara a Dios y a los hombres, y mandarlo todo al diablo.

Se endurecieron las finas aletas de la nariz de Francis, y Jonathan se alarmó al ver lo enflaquecido que estaba. Nunca había sido corpulento, tendía más bien a ser delgado, pero ahora gran parte de sus huesos eran visibles bajo la piel pálida, y el labio superior, caído, formaba bultos causados por los dientes. Cualquiera hubiera sido el motivo que llevara a Francis Champion a aquel punto en el tiempo y el espacio, seguramente no era cosa trivial.

Francis sonrió de nuevo.

—¿Qué le parece si consigo un trabajo, hago suficiente dinero para proporcionar a Tom cierta seguridad, y después decido?

—Te felicito por adelantado —dijo Jonathan—. ¿Quieres un cigarrillo?

Francis alargó la mano, tomó uno de la cigarrera de plata de Jonathan, y éste se lo encendió.

—Sin embargo —dijo Jonathan, mientras observaba cuidadosamente para ver si a Francis no se le cerraba la garganta al pasar el humo, cosa muy posible— eso requerirá un tiempo muy considerable, en vista de que tú no tienes ni profesión ni oficio, y estás casi tan indefenso como Tom. Quizá, sin embargo, te sea posible conseguir prestados unos pocos miles de dólares. Estoy seguro de que tu padre pagará la deuda después que se haya librado limpiamente de ti, con un suspiro de alivio.

—Quizá usted pudiera prestármelos —dijo Francis—. Le daré un pagaré.

—Yo, no. Por cierto, sabes que se supone que debo informar de este caso a la policía, ¿verdad?

En el delgado cutis del muchacho se dibujaron unas arrugas delatoras de la terrible desazón que la noticia le provocó.

—Con eso me parece que arruinaríamos la gira que tiene preparada tu padre —dijo Jonathan—. Especialmente si lo intentas de nuevo.

El muchacho dio unas chupadas a su cigarrillo.

—¡Por Dios, no me tiente! —dijo.

Jonathan se echó a reír, y después de un segundo de vacilación Francis le hizo coro con un tenue graznido. Empezó a toser, se le enrojearon las mejillas y se atragantó, después respiró con una especie de estertor.

—No luches —le dijo Jonathan, que lo observaba alerta—. Deja que la naturaleza siga su curso y ella hará la tarea por ti sin que levantes una mano.

Los estertores y atosigamientos continuaron durante un rato más, hasta que la cara de Francis se oscureció y los ojos se le saltaron, y justo cuando Jonathan se disponía a intervenir, cesaron los estertores y Francis se restregó los ojos, que tenía húmedos.

Dejó el cigarrillo a un lado y dijo con voz ahogada:

—Pero usted no informará a la policía.

—No lo sé, debería hacerlo, me parece. Sin embargo, tú no me mandaste a buscar, tu tía no mandó a buscarme tampoco, y yo no soy en realidad el médico de la familia. No atiendo a nadie aquí, de modo que por un tecnicismo éste no es negocio mío. Voy a tener que informarme por la *Ética Médica*.

—¿Nadie mandó a buscarle?

—No. Tom le dijo al padre McNulty que te había tratado durante un par de meses cuando tenías diecisiete años, en ocasión en que el médico de la familia se había ido a Europa, y el padre McNulty me pidió que viniera a verte. Para ser enteramente franco, Francis, no sé por qué estoy aquí. Tu tía no me quiere ni tampoco me llamó, si no fuera una perfecta dama, pediría al jardinero y a sus hijos que vinieran aquí, me arrastraran y me echaran a patadas. Estaría en todo su derecho, soy un intruso, no tengo status. No soy tampoco un buen amigo de tu padre, a pesar de cuanto hayas podido oír. Tu tía esperaba mantener todo esto en calma y dentro de la familia, pero Tom se metió en el lío.

A Francis le tembló violentamente la cara.

—¿Usted ha venido sólo porque el padre McNulty se lo pidió, doctor Ferrier?

—Así es. Ésa es la clase de idiota que soy yo.

—¿Por qué ha venido, en realidad?

—Eso no tiene por qué despertar tu maldita curiosidad, pero, como ya te he dicho, no me conozco a mí mismo.

Una rápida sonrisa volvió a entreabrir la boca de Francis.

—¿Fue simplemente su sentido de la responsabilidad?

—Quizá sea eso. Después de todo, tuviste una colitis ulcerosa bastante mala cuando tenías diecisiete años, y yo te saqué del pozo después que casi te matan los burros. Los chinos dicen que si salvas a un hombre de la muerte o del suicidio, su vida cuelga de tu cuello mientras vivas, y que el hombre se convierte en responsabilidad personal tuya. Pueblo áspero y realista el chino, pero muy intelectual. Eso que dicen tiene sustancia. Después de todo, si te entrometes en el destino manifiesto de un hombre tal como fue dispuesto por entidades misteriosas, cae sobre ti una maldición por interferir. Por lo tanto, quizá yo haya sido maldecido por curarte cuando tenías diecisiete años, y Tom ha sido maldecido ahora por salvarte, y es posible que él y yo juntos podamos establecer un trato con los hados.

Los francos y elocuentes ojos de Francis se oscurecieron con una sombra, y sus labios blancos se endurecieron. Jonathan le vigilaba sin demostrar que lo hacía.

—Como dice tu tía, yo no espío —observó—. Pero como ha pasado mucho tiempo, ¿qué fue lo que te produjo la colitis? No soy uno de esos médicos de Boston y de Nueva York que escuchan demasiado en estos días a ese médico brujo medieval

austríaco, Sigmund Freud, que parece pensar que todas las enfermedades del cuerpo tienen su asiento en algo que él llama el inconsciente, o el Superego. Sinceramente, prefiero creer que muchísimas enfermedades se originan en lo que llamo el Infraego, término que se podría acuñar.

»A un hombre sencillamente le falta la hombría, o el valor, o la autoestimación, o el orgullo suficientes para enfrentarse con la vida y sacar de ella la basura a patadas. Y se queda quieto aguantando la paliza, llora y se fabrica una enfermedad para escapar a la lucha. Freud tiene otra idea macabra, también. Piensa que un gran número de enfermedades mentales que dan origen a trastornos físicos son causadas por reprimirse demasiado de revolcarse en la hierba con alguna prostituta bien dispuesta. No siente mucho respeto por lo que nosotros llamamos moralidad judeo-cristiana. Eso puede hacer que un hombre enferme en su Id, o algo así. Creo que la continencia, si no se lleva al extremo de la ridiculez, o si se la adopta con pleno consentimiento de la voluntad, es muy recomendable.

Francis le escuchaba con aquella atención suya que Jonathan había juzgado excesiva tres años antes.

—Veamos entonces —dijo Jonathan—. ¿Qué diablos era lo que te perturbaba realmente cuando tenías diecisiete años? Dirás que soy un preguntón.

Francis apartó la mirada de Jonathan y la fijó en los dedos, que empezó a contraer y estirar.

—¿Le ayudará a «establecer un pacto con los hados» si se lo digo? —preguntó.

—Tal vez.

Francis se detuvo a pensar unos minutos.

—Usted sabe que se supone que no debemos revelar los pecados ajenos —dijo.

—No estoy muy al tanto de la doctrina últimamente, y además no es cosa que me interese ya.

Jonathan se sorprendió cuando Francis levantó el rostro abruptamente y le clavó una mirada en la que se mezclaban la furia y la pasión, pero el joven le habló con una voz que sonaba extrañamente tranquila.

—A mí tampoco, ya no me interesa, he abandonado el seminario. Usted ha hablado de lo que me pasó cuando tenía diecisiete años. Era algo que ocurría desde hacía un año, o quizá más. ¿Se sorprendería mucho si le dijera que adoraba a mi padre... hasta aquel momento?

—Francamente, me sorprendería. —Jon estaba más asombrado que nunca—. Nunca he admirado a tu padre.

—Lo sé —dijo Francis sonriendo de nuevo—. Le oí a usted llamarle el «oso de mazapán», y cosas todavía peores. Creo que le odiaba a usted cuando era niño por eso. ¿No le llamaba usted también «charlatán de feria»?

—Probablemente. Suelo decir cosas así.

—Sí, puede estar seguro. —Francis volvió la cabeza, miró a través de la ventana, y se dirigió a Jonathan sin mirarle—. Le adoraba. Creía que era... un santo. Creía que tenía... grandeza. Nunca parecía advertir que estaba a su lado, pero cuando me veía era sumamente afectuoso. Pasaron años antes de que descubriera que ésa era su forma de tratar a todo el mundo, afectuosamente. Puede ser que a él en realidad le guste la gente. Eso no interesa, de todos modos. Creía que era un hombre... coronado de sol, santo, intocable, heroico.

—Hércules con los ropajes de San Agustín —dijo Jonathan cuando Francis hizo silencio—. Ya lo entiendo.

Las pálidas mejillas tomaron color. Francis se volvió ahora hacia Jonathan, un poco enojado.

—¿No creía usted lo mismo de su padre?

—No, gracias a Dios no lo creía así. A pesar de que era muy niño, tenía más sensatez. Creía que mi padre era patético, pero también creía que era un condenado idiota y un pelmazo. Eso no impedía que me preocupara por él. Aparentemente tú descubriste algo de tu padre que te desilusionó, y en vez de ser sensato y decirte a ti mismo «*mi padre no es mejor ni peor que otros hombres*», trataste de matarte con la colitis y escapar así de tu desilusión.

—Usted me hace aparecer como un alfeñique —dijo Francis levantando la voz.

—Y bien, ¿no lo eres acaso? No importa que tuvieras dieciséis o diecisiete años. A esa edad ya eras un hombre, no un niño. Habías vivido lo bastante como para saber que este mundo tiene pocos héroes y santos. Quizá ninguno. ¿Qué más hizo tu padre que ser sólo su propio y afectuoso ego, revelándose por completo ante ti como simple arcilla humana? Es demasiado precavido como para hacer algo realmente malvado, o mejor dicho, demasiado precavido como para que le descubran. ¿Descubriste tú algo?

—Sí —contestó Francis con la boca apretada—. Varias cosas. No importa saber cómo ocurrieron ni cómo las descubrí. Todo empezó cuando le visité en su suite en Washington durante unos días de fiesta en que él no podía venir a casa. Resolví darle una maravillosa sorpresa —siguió diciendo Francis con amargura— y no le dije por lo tanto que iba. ¡Una sorpresa! ¡Sí que lo fue!

Jonathan se llevó las manos a la cabeza con fingido horror.

—¡No me digas! —exclamó—. Encontraste a tu padre «en los brazos de una mujer que no era su esposa».

—Ríase —dijo Francis—. Probablemente le parezca muy divertido, doctor Ferrier, pero no lo fue para mí, a mis dieciséis años.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Jonathan—. Ahí estabas tú, a los dieciséis años. Probablemente habías experimentado tus propios «impulsos carnales» como los llama la Iglesia, haciendo algunos juegucitos con las manos y otras cosas. ¿Creías que tu padre era un monje? ¿Un ermitaño? Era, y sigue siendo, un degenerado muy



sanguíneo. Es cosa sabida que siempre ha tenido un ojo certero para las damas, y no está casado. ¿Creías en realidad que debía haberse dedicado a los recuerdos de mamá, y mantenerse amurallado contra el mundo?

—Me hace aparecer usted como un idiota joven —dijo Francis inclinándose hacia Jonathan y aparentando que estaba profundamente ofendido.

—Naturalmente. Lo eras, y lo eres. ¿Nunca te dijeron nada en la escuela para varones de Filadelfia, o siquiera en el seminario?

La expresión de Francis se volvió fría y sombría.

—Sí, pero no fue ésa la razón... quiero decir, fue una impresión, al principio, y cuando los clérigos me hablaron, aunque la conducta de mi padre todavía me parecía repugnante, me di cuenta de que era completamente normal. No, no fue eso. Fueron otras cosas que empecé a descubrir.

—¿Cosas que te contó la gente?

—No, cosas que descubrí por mí mismo. Me dediqué a descubrirlas.

—¡Qué condenado pequeño espía habrás sido! Y un tanto despreciable también.

Pero los grandes y oscuros ojos de Francis no se apartaron ni pestañearon. Eran, por fin, los ojos de un hombre.

—No le diré lo que descubrí. Si hubieran sido las raterías y manipulaciones típicas de un político, las cochinas habituales, las hubiera llegado a comprender también. En la vida hay que hacer montones de transacciones, y llegar a madurar, ¿no es cierto? Hubiera transigido, como hubiera transigido antes con todas las hábiles filosofías de un mundo cínico, si los... delitos... de mi padre, hubieran sido los habituales y aceptados de un hombre político, e incluso si hubieran sido lo que la gente llama «peculiares», como una forma de no mencionar las verdades.

Jonathan escuchaba con atención. Ya no sonreía. La expresión de Francis se ensombreció de nuevo.

—No, no puedo decírselo. Creía, cuando tenía diecisiete años, que era absolutamente necesario decirlo... bueno, digamos hombres importantes, hombres de gobierno. Creía que era asunto de mi... país. Mi país. El país del que habla él en forma tan segura y elocuente, el Cuatro de Julio, y en los aniversarios de Washington y de Lincoln. Las cosas que ha jurado proteger. El nunca creyó que yo fuera muy inteligente, aun cuando tenía ya los dieciséis y los diecisiete años, pensaba que era un chiquillo. Así... se lo oí decir en su apartamento, en Washington.

Se miró, sin verlas, las palmas de las manos.

—Y ahí estaba la cuestión, mi conciencia, mi país. Por encima de todo, mi país. Sin embargo era mi padre. ¿Qué hace una persona en tal caso?

«Dios mío», pensó Jonathan, que tuvo como una sombra de revelación, sí, ¿qué hace una persona en tal caso? No lo sé.

—¿Así que entonces quedaste dividido por dentro, sangrabas en tu interior, y por

poco te mueres?

—Usted debería haberme dejado morir —dijo Francis cerrando sus delicadas manos.

—¿Nunca le dijiste nada?

—No. Para decírselo, tendría que haberme separado de él. Hubiera tenido que hacer lo que temía hacer. Me llevó mucho tiempo superar el cariño que sentía por él. Muchísimo tiempo. Suponga que usted hubiera descubierto algo muy terrible acerca de su padre, doctor Ferrier, algo realmente... monstruoso. Algo tan criminal que por el interés de su país tendría que ser denunciado, y que si no lo fuera, él seguiría haciendo la misma cosa, y puede ser que mucho peor. ¿Usted lo hubiera...?

—¿Denunciado? —dijo Jonathan, moviendo la cabeza—. No lo sé. Creo que no.

—Bueno, ahí lo tiene —dijo Francis suspirando—. Me llevé eso al seminario conmigo cuando tenía diecisiete años. Y, no se ría de mí ahora, recé. Sea como sea, lo aparté de mi mente.

—¿No podría ser que te hubieras equivocado? ¿No hiciste una montaña de un granito de arena? Después de todo apenas eras más que un chiquillo, y los políticos hacen cosas muy expeditivas.

Francis meneó la cabeza.

—Deme un poco de crédito. Traté de decirme eso a mí mismo durante más de un año. Traté de creer que él no hacía más que lo que otros políticos hacían, sólo que por mucho más dinero, y que en ellos era una especie de juego atroz solamente. Lo mismo que jugar a los dados con apuestas muy altas. Pero venían hombres a aquel apartamento en Washington, senadores... y otros...

—¿Y él te permitía quedarte ahí para ver todo eso?

—No, no era tan idiota. Seguía visitándole, y a veces no me esperaba... Tenía que saber. Siempre llegaba por la noche. Finalmente debió sospechar algo, pues cuando llegaba siempre estaba listo para recibirme. Mi tía le telegrafiaba que iba para allá. También descubrí eso.

—¡Cristo! —dijo Jonathan.

—Y ahora no sé nada. Sé que ganó un montón de dinero con la guerra hispanoamericana. Sé que viaja muchísimo al extranjero. Eso es todo lo que le diré, doctor Ferrier, aparte de que he leído mucho estos últimos tres años, muchísima lectura sobre un asunto que es temible. ¿Ha oído hablar alguna vez de Zaharoff, doctor?

—Sí, le llaman misterioso y siniestro. He oído mencionar su nombre. Tiene algo que ver con municiones, ¿no es así?

Pero Francis no le contestó. Se recostó contra las almohadas totalmente agotado. Jonathan le observó y respetó su honor y su sufrimiento, y al hacerlo se sintió enormemente molesto. ¡Qué peso tuvo que llevar durante años, sobre sus espaldas, el

pobre muchacho! Y peor todavía, Francis se dio cuenta de que para no traicionar a su padre, traicionaba algo que era infinitamente más grande.

—Míralo de este modo —dijo Jonathan con desacostumbrada amabilidad—. Si tu padre no lo hubiera hecho, y otros con él, igualmente habría habido otros hombres en la misma posición que la suya para hacerlo. Sé que esto no es un gran consuelo, y cuando se trata de asuntos como éste el individuo es impotente, pero...

Francis cerró los ojos, y habló con voz muy tranquila.

—Usted no entiende, doctor. Eso ya no me importa. No me importa nada de nada. Hace casi un año que no me interesa nada de eso, no me ha interesado durante todo ese tiempo, y quizá más.

Jonathan se sentía más turbado que nunca. Se levantó con lentitud y fue hacia la ventana desnuda. Desde allí contempló los macizos de césped, las fuentes, los árboles y las flores, después elevó la vista y miró las cadenas de montañas, tranquilas, espléndidas y remotas. Frunció el entrecejo. La habitación, a sus espaldas, estaba demasiado tranquila, como si allí hubiera un muerto.

—Dices que no te ha interesado nada desde hace mucho tiempo —dijo sin darse la vuelta—. Has estado en el seminario estudiando para el sacerdocio. ¿Ya no te importa nada de... digamos... Dios?

—No —dijo con voz inexpresiva detrás suyo—. ¿Cómo podía interesarme? Ya he dejado de creer en su existencia. O, si existe, ya no se interesa en esta mota de polvo en que vivimos. La fe que tenía murió, necesité mucho tiempo... más de un año. Murió despacio, doctor Ferrier, pero murió de veras. No puedo ser sacerdote, mi fe ha muerto.

«Y por eso trataste de morir tú también», pensó Jonathan. ¡Qué mundo más podrido, asqueroso, repugnante y enfermante es éste! Se acercó lentamente a la cama y se detuvo a su lado, mirando al agotado y doloroso muchacho que estaba acostado allí.

—Si cada hombre que pierde la fe —le dijo— si cada hombre que fuera un agnóstico o un ateo sinceramente convencido muriera por ello, quedaría muy poca gente en este mundo. Con eso no quiero decir que no sería excelente, simplemente establezco un hecho. Los hombres han muerto, y los gusanos se los han comido, pero no por Dios.

—No —dijo Francis, acostado y con los ojos cerrados—. Usted olvida a los mártires que murieron por Él, y a los santos que creyeron en Él hasta su muerte. Esa parece ser la mayor tragedia de todas: *morir por nada*.

—A todos nos pasa —dijo Jonathan—. Vivimos y morimos por nada que nosotros podamos discernir, nada que honestamente tenga sentido para un hombre racional. Los mártires, los santos, los héroes, los hombres comunes como tú y como yo, hombres como tu padre... vivimos y morimos por nada. Inventamos dioses cuando el

pensamiento de la nada, la esterilidad, la sinrazón, se nos hace insoportable y los adoramos, y no podemos soportar ya vivir en un vacío, cuando algo piadosamente humano clama en nuestro interior pidiendo consuelo para lo que vemos y sufre. La religión es la verdadera sinrazón, pero, Dios nos ampare, no podemos estar cuerdos demasiado tiempo, o con demasiada frecuencia. Hay una angustia que es peor que la fe: la falta de fe. Hay una locura peor que la de creer: la de no creer.

Los ojos de Francis se abrieron y miraron directamente a Jonathan.

—¿Cree usted eso, doctor?

Jonathan vaciló. Su perturbación era algo así como una tormenta en su interior. No sabía qué decir.

—Creo en eso, por momentos —dijo—. Recuerda el grito que lanzó el hombre hacia nuestro Señor: *¡Creo! ¡Ayúdame en mi incredulidad!*

Francis sonrió con tristeza.

—He perdido hasta la voluntad de creer, de modo que no necesito ninguna ayuda.

¿De modo que era por eso que no quería hablar con el padre McNulty? Jonathan acercó su silla a la cama.

—¿Has hablado con los sacerdotes viejos sobre este asunto en el seminario, Francis? —le preguntó.

—No. No quería causarles dolor.

—Deberías haber hablado con ellos. ¿Crees por un momento que esos hombres devotos y sin culpa nunca tienen sus largos períodos de sequedad y desesperación, de incredulidad? ¿Crees acaso que nunca conocieron la duda, e incluso que no las tienen todavía? Santa Teresa de Ávila tuvo treinta años de aridez, y fue la única de entre los santos que han existido que confesó que a menudo le asaltaba la duda y le torturaba la desesperación de la incredulidad. Sin embargo, persistió en las virtudes heroicas. He oído decir que sus dudas y su aridez eran pruebas a que se le sometía para ver si perseveraba en el desierto de su alma angustiada, a pesar de todo.

—¿Cree usted eso, doctor Ferrier?

—No lo sé —contestó Jonathan—. Verás, cuando tenía diecisiete años, también yo perdí mi fe, y nunca la he recuperado. Ni una vez, ni siquiera por un instante.

—¿Pero cómo puede vivir, entonces?

—No soy cobarde. El mundo está lleno de hombres valerosos que no tienen fe. Nos encontramos en un remolino sin sentido, y la única cosa verdadera es el hombre, en sí mismo. Su empecinamiento, su paciencia, su persistencia, su esperanza frente a la aparente falta de sentido, le dan una dignidad portentosa. Es el observador y el participante. Es el constructor. Es el artista que produce el orden dentro del desorden, que aporta un poco de débil luz al caos. Por lo general no siento demasiado respeto por mis semejantes, ya que conozco sus debilidades, sus crímenes y sus estupideces, y me aparto de ellos por ese motivo. Pero hay momentos en que siento respeto por el

hecho de que sobrevivan y no se dejen vencer. Es trágico, y eso lo transforma en una figura heroica en medio de sus ciegas calamidades.

—¿Y usted cree que vivir es suficiente para justificar la vida?

—¿Y qué otra cosa podemos hacer? ¿Maldecir a Dios y morir? ¿Acaso es eso lo único que un hombre puede hacer? Lo es, si sigue siendo un niño, y si insiste en patear y destruirlo todo cuando descubre que no hay Papá Noel, sólo por rabia pueril y espíritu de venganza.

—Doctor Ferrier —dijo Francis— he construido toda mi vida, desde la infancia, sobre Dios. Sabía, desde que era muy niño, que mi padre no se interesaba por mí, y sabía que tampoco le interesaba a mi tía. No le interesaba a nadie. No tenía facilidad para hacer amigos, era demasiado retraído, demasiado tímido. Me gustaba demasiado leer. Tenía mis fantasías. Me gustaba mirar el mundo, lo adoraba. Y adoraba a su gran Amante por haber hecho un mundo tan hermoso y por haberme creado a mí para que yo también pudiera disfrutarlo. Dios era para mí el Padre y la Madre, Hermano y Hermana, Amigo, Compañero, Maestro, todos los días de mi vida, desde el día en que escuché su nombre. —Levantó una mano y la dejó caer—. Y ahora no me queda nada, nada en absoluto.

—Tienes tu juventud y tu mundo aún está aquí, y tienes ante ti una vida para soportarla, como la soporto yo.

Francis contempló durante largos minutos la cara oscura, cansada y relajada que se inclinaba sobre él.

—¿Usted solamente la soporta, doctor? —preguntó.

—Solamente la soporto. Solamente la he soportado desde que tenía diecisiete años, por cierto, ¿qué fue lo que pasó para que se precipitara sobre ti esta crisis?

—Eso es lo peor de todo, doctor. Si se hubiera tratado de alguna terrible desilusión, o de alguna tragedia, o de algún trastorno, parecería mejor y más sensato. Pero no fue nada de eso. Mi fe fue desapareciendo, simple y lentamente, y por fin se fue del todo. Traté de conservarla, pero desapareció.

—Normal, habitual, lugar común —dijo Jonathan movido por una profunda compasión—. Así le sucede a la mayoría de los hombres. Así nos abandona la fe. Se desliza hacia afuera. Pequeñas dudas que no se resuelven, que no tienen respuesta. Unos cuantos meses de indiferencia. Una experiencia trágica para la que no parece existir una respuesta lógica, ni piadosa. Observación de los crímenes de los hombres que quedan sin castigo. Las inexplicables desdichas que sufren los fieles. Enfermedad. Muerte cruel. La alegría y satisfacción de los malos. Las aparentes paradojas que carecen de sentido. Confrontación de la realidad con la doctrina. En su mayor parte, cosas ínfimas. Arrepentimiento por miedo al castigo. Nuevos intereses...

»Eventualmente algo nuevo ocupa el lugar de la fe. El servicio, la ambición, la

excitación de vivir por vivir. Nuevas revelaciones de posibles placeres y goces. Curiosidad, ciencia, experimentación. La boda y la familia. Resultados agradables cuando gratificamos nuestros sentidos. Los Siete Pecados Capitaes, también, si es que quieres meterlo todo en una cáscara de nuez.

En el rostro de Francis se dibujó una tenue sonrisa. Ni él ni Jonathan habían advertido que éste le había tomado una mano y se la sostenía firmemente.

—Los Siete Pecados Capitaes —repitió Francis.

—Sí. Te sorprendería ver lo encantadores y divertidos que pueden resultar.

—Realmente no sé cómo pecar —dijo Francis sonriendo apenas.

—Entonces debes aprender.

En la habitación se produjo un nuevo silencio.

—Creo que lo que te sucedió es lógico —dijo Jonathan por fin—. Los clérigos del seminario buscan la lógica, y quieren a Aristóteles y a Platón. Pero la lógica puede ser muy irracional, peligrosamente irracional. La religión la usa a pesar de su mortífero peligro, pues la religión está basada en el instinto más profundo del alma de un hombre, en sus emociones más profundas, en sus impulsos más misteriosos que son totalmente inexplicables en nuestros términos mundanos. El hombre nace con ellos, no los adquiere. Sólo la lógica puede ser aprendida y adquirida. ¡Creo que eso es algo en lo que vale la pena que pienses!

»Me contaron una vez la historia de un maestro que llevó a su clase, compuesta por muchachos de diecisiete años, a ver salir el sol. Fue una especie de experiencia científica.

»Era una noche inusualmente negra pese a la luna menguante y las estrellas. Los jóvenes y su maestro, en medio de un campo oscuro, podían ver la amplitud del cielo sin que les interrumpiera ninguna construcción. Miraban hacia el este, bostezando y helados. Casi imperceptiblemente una sombra gris azulada iluminó el oriente, un espectro de sombra. Después, gradualmente, se produjo un brillo del color oro más pálido, aunque la tierra estaba tan quieta como si fuera el primer día de la creación y no hubiera ningún ser vivo para verlo. Los muchachos empezaron a sentir un pavor curioso y perturbador, y sin saber por qué, sus instintos sacudieron la pesada flojedad de la enseñanza que habían absorbido durante años, y empezaron a murmurar.

»El primer rayo de oro se hizo más profundo y fuerte, y después en medio de él, se vio algo parecido a interminables multitudes de alas de luz, palpitantes, puras, el brillo del cielo, extendiéndose más ancho y más vasto sobre la bóveda oscura, insinuaba una grandeza que iba más allá de la experiencia o de la imaginación de los que la contemplaban. Sin embargo la tierra seguía negra, quieta y silenciosa debajo de los cielos, sin formas, sombras o sonidos. Parecía esperar.

»De repente, sobre ese oro palpitante que brillaba más a cada instante, se elevaron las trompetas escarlatas del alba, abriéndose en abanico de uno a otro extremo de la

luz, y todo aquel poderoso oriente brilló y se hizo más rápido. A los muchachos les parecía que veían agitarse en medio de él rojas banderas, y elevarse majestuosamente, ante el sol, arcángeles con trompetas. La gloria estupenda, tan silenciosa aunque resonante como ninguna exclamación, ninguna voz, ningún tambor podría resonar, parecía proclamar la inminente llegada de un Rey. Pero la tierra estaba todavía quieta y no se proyectaba sobre ella ni el más delicado movimiento ni la luz más frágil.

»El maestro se sentía satisfecho por la concentrada atención de los muchachos, y les dijo: “¿Podéis casi sentir, no es cierto, el girar de la tierra hacia el este, hacia el sol?”. Algunos de los muchachos gritaron involuntariamente: ¡*Hosanna!*!, y otros gritaron: ¡*Aleluya!*! Y por vez primera en sus vidas algunos cayeron de rodillas y elevaron sus manos al cielo en reverente y exaltado saludo.

Francis había escuchado aquella historia absorto como nunca se había sentido antes, y en sus ojos brillaban las lágrimas.

—Ya ves, el maestro habló con lógica y con la verdad —dijo Jonathan— y por ello nunca agitó un corazón ni conmovió un espíritu. Pero los muchachos supieron. Habían advertido algo en sí mismos quizá tanto como en el cielo, que iba más allá de la razón, y saludaron algo que sólo la divina sinrazón puede abarcar. No puedes querer tener fe, Francis. No puedes obligarte a creer. Aprendiste en el seminario que la fe es solamente un don de Dios. Creo que tú nunca creíste realmente como un hombre cree, sino como cree un niño. Ahora tienes delante tuyo una gran aventura: *la búsqueda de lo que es Dios y lo que eres tú... y el significado de tu vida*. Eso puede llevarte toda la vida.

—¿Y si no lo encuentro?

—Bastará con la búsqueda. ¿Qué hay que pueda ser más importante, más digno de un hombre? De todos modos pienso que lo has de encontrar. —Jonathan sonrió—. Y cuando lo encuentres, cuéntamelo por favor. Quisiera saberlo también. Ya ves, era uno de aquellos muchachos que estaban en el campo, pero no estuve entre los que gritaron «¡Hosanna!», o «¡Aleluya!». Había perdido mi fe, mi fe de niño. Y nunca la encontré cuando llegué a ser hombre. Quizá no busqué con bastante empeño. Sólo sé que los hombres se interpusieron entre mí y lo que podía ser la única Verdad que necesitamos conocer —miró por un instante al Crucifijo.

Francis no podía hablar. Jonathan, que tampoco podía decir nada, cogió su fusta y el maletín, pero cuando llegaba a la puerta, el joven le dijo con voz rota:

—Quisiera ver al padre McNulty. Creo que deseo verle.

## Capítulo 13

No había nadie en el pasillo cuando entró Jonathan, tan agotado como no lo había estado ni siquiera después de pasar horas operando en el quirófano. Bajó lentamente la escalera, y al pie de ella estaba esperándole, mudo, el viejo Tom.

—Creo que va a ir todo bien —le dijo Jonathan—. Quisiera telefonar al padre McNulty para que venga a ver a Francis inmediatamente. Quiere verlo.

—¡Oh, gracias a Dios! —exclamó el anciano.

Condujo a Jonathan hasta la puerta de la cabina telefónica de vidrio que estaba al pie de la escalera y Jonathan llamó a la rectoría. La anciana tía del sacerdote, que le cuidaba la casa, contestó con frialdad.

—Lo lamento, doctor, pero el padre estuvo levantado toda la noche, después tuvo dos misas y está exhausto. Está descansando un poco antes de las visitas a los enfermos.

Jonathan, como de costumbre, perdió los estribos.

—Señorita McNulty —dijo con deliberada parsimonia—, también yo he estado levantado toda la noche, trabajando en uno de los casos preferidos del padre, por petición suya, además de no haber comido nada y tener que hacer las visitas en el hospital. De modo que tenga la amabilidad de llamarle, si me hace el favor.

La señorita McNulty no se tomó la molestia de contestar, pero al cabo de un minuto el padre estaba en el teléfono.

—Todavía no me han arrojado de esta casa —dijo Jonathan— pero espero que lo hagan en cualquier momento, a causa de su insolencia y de la mía. La próxima vez que un feligrés suyo esté en un aprieto y decida unirse a la gran mayoría, no se inmiscuya por favor en su sensata decisión. Y no me llame.

—¡Oh, Jon! —dijo el cura con voz más fuerte—. ¿Entonces todo va bien con Francis? ¡Sabía que tenía que pedírselo a usted! ¡Lo sabía!

—¿Lo sabía, eh? Permítame que le diga algo, padre, no le examiné. Nadie me llamó más que usted. No tengo nada que hacer en esa casa, no soy su médico. De modo que no examiné al muchacho, por la simple razón de que si le ponía una mano encima o le miraba la garganta me hubiera convertido entonces en el médico que le atendía, y habría tenido que informar de la tentativa de suicidio a la policía. Pero usted ni pensó siquiera en eso, ¿no es verdad?

—Sabía que usted sería capaz de arreglárselas de un modo u otro, Jon.

—Entonces usted sabía algo que yo ignoraba. Perfectamente, él le necesita a usted tan pronto como le sea posible, y como su estado de ánimo es ahora muy emotivo, debería usted de venir en seguida antes de que se le sequen las lágrimas y le asalten nuevas ideas. ¿Puedo darle un consejo eclesiástico? No le cite perogrulladas. No exprese ningún horror por lo que intentó hacer. Y por Dios, no le hable de



pecados. Este muchacho ha visto bastante pecado en los últimos años como para mantener ocupada a una curia entera. No suelte doctrinas o dogmas. Hace años que no escucha más que esas cosas. Nada de aforismos, nada de jerigonzas. Sólo conseguiría desesperarle. Llegue como un amigo que realmente está interesado en él, y mantenga la boca cerrada tanto como le sea posible, escúchele simplemente si él habla, y si no habla quédese callado. Trate de inculcarle la idea, si puede, de que usted sufre con él como un hombre sufre con un hermano, aunque eso también es una hipocresía, ya que es raro el hombre a quien le importa un pito su propia carne y su sangre. ¿Me entiende?

—Le entiendo, Jon —dijo con amabilidad el sacerdote, y vaciló—. ¿Ha abandonado definitivamente el seminario?

—Sí, y creo que ésa es una idea magnífica. Más tarde usted podrá sugerirle que haga un viaje por el mundo o algo así, y que baje hasta esas cuevas de vicio de que ustedes siempre hablan, y patéele los talones haciéndole conocer esas cosas prohibidas, ¿de qué se ríe?

—De nada. Siga, Jon.

—Permítale conocer algo del mundo, y en especial de las muchachas. Usted recordará la plegaria de San Agustín: «*Haz que sea casto, Dios, pero todavía no!*». Eso es lo que Francis necesita. Después quizá decida volver al seminario, o tal vez no, pero cualquiera que sea el caso, será ya un hombre.

—Igual que usted, Jon. Espero que en cualquier caso, sea igual que usted.

—Ése es un pensamiento cristiano. Bueno, me voy a casa ahora, y usted venga tan pronto como pueda, en su bicicleta. De paso, creo que debería saber usted que Francis está perdiendo algo que él llama su fe, de modo que no ataque por ese lado, y no traiga tampoco nada sagrado. Ahora empieza a madurar, en realidad está casi maduro.

El sacerdote empezó a decir «Dios bendiga...» pero Jonathan colgó el auricular. Hacía un calor sofocante dentro de la cabina y se enjugó las manos y la cara, y se enfrentó, blasfemando para su adentro, con el senador Kenton Campion y con Beatrice Offerton. Había tenido la esperanza de abandonar la casa sin que nadie se diera cuenta, pero allí estaban los dos, el senador brillante como un sol de oro que le tendía la mano, y Beatrice en pie detrás de él, con su cara todavía pálida y los ojos ligeramente enrojecidos. En la medida de sus fuerzas demostraba no sólo que no aprobaba a Jonathan, sino también temor, resentimiento e indignación.

—¡Mi querido muchacho! —exclamó el senador mientras tomaba la mano de Jonathan entre las suyas, regordetas y calientes, y hablaba conscientemente con voz de órgano—. ¡Qué bien que haya venido! He llegado hace menos de una hora, y Beatrice me ha contado cómo se ha apresurado usted en venir a vernos en nuestra... ejem... desesperante situación. ¿Cómo podré agradecerérselo? Ha sido una suerte que

haya venido usted en vez de cualquier otro...

—Lo ha sido. El médico de la familia hubiera tenido que informar a la policía y esas cosas causan muy mal efecto. Así como están las cosas me encuentro en una situación difícil, pues soy médico, aunque no sea el de ustedes, y Francis fue paciente mío en una ocasión. Pero si nadie abre la boca, si tanto usted como la señora Offerton se limitan a demostrar asombro si se menciona el asunto, y si usted conserva todavía su influencia con el jefe de la policía local, tal vez el asunto muera por sí solo. ¿Supongo que los sirvientes no saben exactamente qué sucedió?

El senador había perdido brillo y color.

—Sólo el viejo Tom y Beatrice va a despedirlo inmediatamente por alarmar a la familia por... ah... por nada.

Jonathan sintió deseos de golpearle.

—Nada, ¿eh? ¿Es eso todo lo que usted puede decir de un anciano que salvó la vida de su hijo? Sé que a usted le importa un bledo Francis, eso ha sido la comidilla del pueblo durante años. ¿Pero qué hubiera sucedido si Tom no le hubiera salvado? ¿Cree usted que su amigo, el gobernador, que se presenta para ser reelegido este otoño, o sus amigos de Washington, pensarían, como hasta ahora, que usted seguía siendo un hermoso ejemplar de caballero? ¿No preguntarían quizás qué clase de padre era usted, con un hijo que llegaba al suicidio? Su carrera política habría terminado. Por lo menos, los chismosos dirían que «debe haber locura hereditaria en la familia», y a pesar de que locura hay de sobra en Washington en los días que corren, no creo que quieran añadirle abiertamente un poco más. Y bien, ¿qué va a hacer con Tom, senador?

El senador advirtió que Jonathan tenía un aspecto feo y peligroso, y que sacudía su fusta de modo nervioso y rápido, como si estuviera deseoso de usarla. El senador tosió, y apoyó su mano, su mano blanca, grande y gorda, en la polvorienta manga de Jonathan.

—Bueno, Jon, hablaba sin pensar. El viejo Tom tendrá mi gratitud eterna. Es un viejo criado de la familia, y todo eso. Fue sólo mi natural agitación paterna... Perdóneme, soy un padre golpeado. Quedé muy desanimado cuando Beatrice me lo dijo.

—Según se huele —dijo Jonathan— unos cuantos vasos grandes de *whisky* le reanimaron.

El senador mostró una de sus amplias sonrisas.

—Y según veo, varios vasos de éstos le ayudarían también a usted, Jon. Venga a mi estudio.

No había nada que Jon deseara más en aquel momento que el *whisky*, pues en los últimos minutos había empezado a sentir un temblor interno, palpitations en la cabeza y la boca y la garganta secas. Pero miró al senador y pensó: «Este degenerado

es la verdadera causa de la desgracia de Francis y de su tentativa de suicidio. ¡Y ni siquiera me ha preguntado cómo está el muchacho!».

—No, gracias —le dijo—. Me voy a casa y trataré de descansar una o dos horas, después tengo las visitas en el hospital. Me alegra ver que está usted tan interesado y abatido por Francis, pero no se aflija demasiado.

El florido senador enrojeció y sus ojos lanzaron por un instante un destello perverso y maligno mientras dirigía una benigna sonrisa a Jonathan.

—Es cierto, es cierto, un golpe espantoso. Mi único hijo, con las esperanzas que tengo puestas en él, un carácter hermoso. No parece posible, tiene que haber sido eso que los franceses llaman una *crise de nerfs*. Uno no puede llegar a saber qué le ocurre a la gente joven en estos días. Tan nerviosos, tan agitados, tan inquietos, tan insatisfechos. Vuelan de un lugar a otro sin saber a dónde quieren ir realmente. Muy inquietante para los padres, muy perturbador. Uno hace lo que mejor puede... es realmente desalentador... desalentador. Una vida cristiana, la crianza... todo parece venirse abajo. Se rechaza el deber y también el honor, la sobriedad, la responsabilidad y el respeto por el nombre de la familia. Bueno, supongo que son cosas que tenemos que aguantar en este nuevo siglo.

—Sí, ¿no es cierto? —dijo Jonathan.

El amplio vestíbulo de mármol invadido por la deslumbrante luz del sol le hacía sentir descompuesto el estómago y dolorida la cabeza. El estómago parecía querer volvérselo del revés, y temblaba interiormente de rabia. Un pensamiento le asaltó y dijo:

—Por cierto, fue el padre McNulty quien me llamó. —¡Pensar que este político dorado no había preguntado siquiera cómo saldría de aquello su hijo y si había sufrido un daño muy grande!

—Ah, sí, sí —dijo el senador con voz de barítono—. Estuvo muy bien ese joven, muy bien. Tengo que acordarme de mandarle un obsequio.

—Digamos quinientos dólares —replicó Jonathan—. Eso le va a ayudar a comprarse el caballo y el coche que necesita tanto. Pronto va a llegar, en su bicicleta, trepando la cuesta con este calor, y sé que para mostrarle su gratitud, y quizás también a mí, usted ya tendrá el cheque preparado.

El senador quedó con la boca abierta, y se le saltaron los ojos.

—¡Quinientos dólares! —repitió.

—Muy poco para pagar la discreción, ¿no le parece?

El senador luchó por mantener su elevada rectitud.

—Sé que los clérigos son siempre discretos, no divulgan los asuntos privados que caen en sus manos. Realmente es así, Jon.

—Pero yo no soy clérigo, y como médico se supone que debo informar de esto.

—¡Usted...! —exclamó el senador.

—Así soy yo. Soy un tipo malo... perverso... despreciable... corrompido... degenerado..., senador, como indudablemente lo habrá oído usted decir siempre en Hambleton, y no tengo escrúpulo alguno. Usted no me conmueve el corazón ni me inspira la más mínima piedad. Si el padre McNulty no me hace saber con alegría muy pronto su magnífico rasgo de generosidad, entonces temo...

Meneó su oscura cabeza. La señora Offerton suspiró allá atrás y se llevó una mano al pecho.

—Al mantener la boca cerrada, me pongo en una situación incómoda, como usted comprenderá.

—¿Está seguro —dijo el senador con voz sedosa— que no preferiría llevarse los quinientos dólares para usted, Jon?

Jonathan le miró. Levantó a medias la fusta. El senador se echó para atrás horrorizado e indignado. Jonathan dejó caer la fusta.

—Conozco tres senadores en Washington, Kenton, tres hombres de primera. Son amigos míos. Le salvé la vida a la hija de uno de ellos. Una palabra mía, Kenton, otra palabra al Gobernador y unas pocas más a la Legislatura del Estado, y usted tendrá que presentar su renuncia más o menos voluntariamente. ¿He hablado con claridad?

Pero el senador no aflojó.

—Lamento haberle ayudado, Jon —dijo—. Me temo que había más detrás de las bambalinas de lo que apareció en el proceso.

—Claro, siempre hay —le contestó Jonathan sonriente—. En cuanto a su «ayuda», es usted un embustero. Si es que usted hizo algo, en su discreción, fue negarse a conocer a la familia Ferrier, bien, no importa. Quiero darle un consejo. Antes de empezar a devorar su acostumbrado almuerzo quiero que vaya arriba a ver a su hijo y le diga cinco palabras decentes, no reproches o acusaciones, sino palabras amables. Tiene una lejana idea de lo que es usted, de eso estoy seguro, aunque prefiere morir antes que decir nada. Tiene usted que estarle agradecido por ello. Sólo unas pocas palabras amables, si es que puede encontrar la forma de hacerlo. Y después déjelo en paz. Lo necesita.

Beatrice Offerton habló por primera vez con una voz sorprendentemente aguda.

—¿Cómo se atreve a insultar al senador de este modo, Jonathan Ferrier? ¿Y qué es lo que insinúa usted de mi hermano, mi buen hermano cristiano y honorable?

—¿Por qué no se lo pregunta usted misma, Beatrice? —dijo Jonathan.

Se dirigió a la puerta del vestíbulo, seguido por la mirada atenta del senador, cuyo rostro no expresaba complacencia, amabilidad ni afecto. Sus grandes ojos azules estaban casi cerrados, a tal punto que casi no se vislumbraba su color entre sus pestañas de color castaño. Los pasos de Jonathan resonaban en el suelo de mármol.

Bueno, ya nos hemos creado otro enemigo, pensaba Jonathan mientras esperaba que le trajeran su caballo, pero no le importaba un bledo.

Una vez en su casa, Jonathan se echó en la cama sin desvestirse del todo, y se prometió a sí mismo dormir una o dos horas pues se sentía agotado y enfermo.

Quedó profundamente dormido de inmediato, pero su sueño fue agitado, soñando con Mavis, su difunta esposa, como le ocurría habitualmente en aquellos días, con una frecuencia desconocida hasta entonces. Se despertó sudoroso, con la ropa sucia y en desorden y se levantó inmediatamente, asombrado al darse cuenta de que era casi de noche y que había dormido tanto. Se dirigió al cuarto de baño temblando y con la sensación de estar vacío por dentro, una vez allí se afeitó, se dio un baño y salió vestido. Le esperaba su madre con un gran vaso de leche con huevo mezclado con un poco de coñac.

—No sé si vienes muy tarde o muy temprano, ¿no es cierto, querido? No has desayunado ni almorzado. Tómate esto, parece estar agotado —le dijo con su calma habitual.

Sin decir palabra se sentó en el borde de la cama y bebió el vaso con su expresión taciturna de costumbre, pero la bebida empezó a revivirle. Marjorie nunca le hacía preguntas sobre sus pacientes, pues sabía que no era ético que él discutiera ese tema con extraños a la profesión.

—Llamó el joven doctor Morgan, y le dije que dormías porque saliste muy temprano esta mañana —dijo Marjorie—. Me dijo que todo andaba bien en Sta. Hilda y que no te preocuparas... Murió la señorita Meadows.

Le miró con tristeza, pues sabía cuánto le afligía la muerte de un paciente.

—Me alegro —dijo Jonathan—. Iba a operarla, pero ahora no hay necesidad de hacerlo. Voy a arreglar el funeral —se tomó de un trago lo que quedaba de la bebida—. Me voy a los hospitales de inmediato.

Se quedaron sentados en silencio. Pensaban en Mavis, quien incluso muerta era una intrusa en aquella casa, una intrusa temeraria y brillante que nunca debería haber entrado allí. Ninguno de los dos sospechaba qué era lo que pensaba el otro. Daba lo mismo. Ambos pensaban en la boda de Jonathan con Mavis Eaton en un caluroso día de junio, varios años antes.

## Capítulo 14

Jonathan Ferrier y Mavis Eaton se casaron en la primera Iglesia Presbiteriana de Hambledon, cuando Mavis apenas había llegado a su vigésimo cumpleaños.

—¿No te casarás ante un sacerdote? —preguntó Marjorie a su hijo cuando éste le informó de su inminente boda.

—¿Por qué habría de hacerlo? —le contestó Jonathan, con tono de irascible paciencia—. Ya no soy católico, o mejor dicho, soy un católico caído, como me llamaría la Iglesia. Ya no estoy en la edad media ni soy místico, y ambas cosas son imprescindibles para ser católico.

Marjorie no dijo una palabra, ni tampoco le hizo observación alguna a Harald cuando éste le anunció que iba a ser el padrino de la boda de su hermano. «Hay veces», pensó Marjorie, «en que es imposible por completo actuar frente a una situación, salvo guardarse las palabras y sonreír como si todo estuviese bien». El viejo padre McGuire había venido sin embargo a verla, con la vaga impresión de que era la *diabolus ex-machina*. Nunca se habían apreciado demasiado, aunque se respetaban. El cura era un viejo de mal carácter.

—Lo cierto —dijo el anciano mientras tomaban un té fuerte en la salita de estar— es que resulta difícil poder afirmar que Jonathan y Harald sean católicos militantes. ¡Lo sé muy bien! Pero un católico bautizado es siempre católico, aunque se haya apartado de la iglesia.

—Nunca he tenido influencia alguna sobre mis hijos —dijo Marjorie ofreciéndole una bandeja de plata con tarta de nuez al ron, que sabía que le gustaba—. Ya se lo he dicho antes, padre. Jon estuvo siempre bajo la influencia de su padre, y Harald anduvo siempre solo y nunca he podido comprenderle.

El gordo anciano enarcó sus espesas cejas blancas, y sorbió contemplativamente un poco de té.

—Adrian era un buen católico —observó—. Si Jonathan estaba tan influido por su padre, ¿por qué entonces se ha apartado de la iglesia?

—No lo sé, padre. Creo que le ocurrió algo cuando cumplió diecisiete años —dijo Marjorie con una sonrisa—. Creo que se desilusionó de la humanidad, lo cual no es una razón desacostumbrada para abandonar la religión. Jon ha sido siempre un muchacho reflexivo, tal vez demasiado, demasiado violento y fuerte en sus reacciones para con los demás. También intolerante ante cualquier tipo de violación contra lo que él llamaba «decencia civilizada». Por su naturaleza creo que es en realidad un calvinista. Tal vez Adrian tuviera un poco de sangre de hugonote.

—No, Adrian era sumamente piadoso. Le conocí muy bien durante veinte años —hizo una pausa—. He tratado de hablar con Jon, pero se ha negado a venir a verme a la rectoría, aunque siempre ha sido muy generoso en cuanto a donaciones con fines

de caridad. Señora Ferrier, ¿sabe usted que Jon está en guerra con la humanidad?

—Sí, lo sé.

—Y por ello está en guerra con Dios. Conozco a Jon desde que era un niño, he estado en Hambleton muchos años. Aquí siempre ha habido animosidad contra Jon.

—También sabía eso —dijo Marjorie sorprendida de la intuición del viejo sacerdote, que creía que sólo ella tenía—. El carácter de Jon es demasiado definido...

—Cierto. Los caracteres definidos son molestos en este mundo, ya se trate de criminales o de santos. La gente no quiere a aquéllos que tienen opiniones fuertes, a menos que sean las opiniones que ellos mismos sustentan, e incluso así no toleran la vehemencia en el lenguaje. Tampoco les gustan las acciones vehementes. Eso es algo muy extraño en un país tan joven, fuerte y vital. Y quizá hasta ominoso. Las repúblicas son por lo general varoniles y de procedimientos rectos.

—¿Cree usted que América es varonil?

El sacerdote meneó la cabeza y quedó pensativo unos instantes.

—Yo provengo de un país varonil, Irlanda. Pero América no lo es en el mismo sentido y eso es peligroso. Las repúblicas son por lo general masculinas, pero últimamente sospecho que América empieza a mostrar rasgos femeninos, y eso habitualmente es demostración de que una nación declina hacia la democracia. ¿Qué fue lo que dijo Aristóteles? «*Las repúblicas declinan transformándose en democracias, y las democracias degeneran en despotismos*». Sí. El populismo se está haciendo popular en América, doctrina vieja, aunque sus partidarios invariablemente piensan que es nueva, época tras época. Gracias, señora Ferrier, este pastel está delicioso como siempre. Tengo un diente cariado.

—¿Qué decía, padre?

—Bien, América está fervientemente dedicada a cosas superficiales y quiere a William Jennings Bryan y otras novedades. Son puerilidades, y eso es afeminado. También le gustan las tonterías y frivolidades, y también eso es afeminado. América no tiene en realidad nada que sea estable, y sus políticos hablan siempre de «llegar a ser». Quiero a este país, le ha dado a mi pueblo su mayor oportunidad, pero a pesar de ello tengo miedo. Volvamos a Jon. —Sonrió a Marjorie con una expresión encantadora y su cara arrebolada se hizo muy juvenil, enmarcada en su cabellera blanca.

—La actual animosidad que percibo aquí contra Jon no surgió repentinamente el día que cumplió veintiún años. No fue como el estallido de un trueno, ni se trata de maldad sin motivo, no del todo. Esa hostilidad estuvo latente durante muchos años, llenos de murmuraciones o de silencios. Celos por sus méritos, por su talento, su familia y su dinero. Irritación porque él es exactamente lo que aparenta ser, y además es intransigente y le gusta la pureza, odia la mediocridad, y debemos admitir que la mayoría de los hombres son mediocres, aunque se creen excepcionales. Jon odia

también la farsa y la incompetencia e incluso las corteses hipocresías sociales. Es también muy valeroso, y los hombres sospechan del verdadero valor, pues la mayoría no lo tiene. Me temo que el pueblo espera tener una oportunidad de aplastarle y poder así expresar el resentimiento que siente contra él.

Marjorie le miró con tristeza y con un poco de temor.

—Esperemos —dijo el viejo sacerdote— que nunca haga nada lo bastante irreflexivo como para exponerse a la maldad de la comunidad. Desearía que se fuera de Hambleton y se instalara en una ciudad mayor. No es que las ciudades mayores sean más tolerantes con un individualista confirmado, pero hombres así pueden ser menos conspicuos en las grandes ciudades. Desearía —prosiguió con la seriedad propia de su raza— que los hombres como Jon fueran más apreciados, más respetados y mejor comprendidos, pues son escasos aunque un tanto temibles. Es demasiado pedir, naturalmente.

—Quizá Jon sea apreciado con el tiempo.

—Lo dudo, señora Ferrier. Jon se ha levantado contra la naturaleza humana, y la naturaleza humana no se acomodará a la gloriosa imagen interior que Jon tiene sobre lo que debería ser. Tendrá que aprender a transigir sin repugnancia, o por lo menos a aguantar. —La miró—. ¿Le gusta a usted la señorita Eaton?

La pregunta, que fue inesperada y cogió desprevenida a Marjorie, le hizo dibujar una mueca. Su hermoso rostro permaneció inalterable, pero el agudo anciano había sorprendido su gesto.

—No soy de esas mujeres que se entrometen en los asuntos de sus hijos adultos —replicó.

«¡Ah, sí!», pensó con tristeza el clérigo. «Es una mujer orgullosa y reticente. Sus hijos podrán respetarla, pero es difícil que la quieran. Sin embargo, el respeto tiene en ocasiones más valor que el amor. Un amor reprimido puede ser destructivo, en su peor estado, cae en la tontería».

Cuando el sacerdote se marchó, después de corteses cumplidos referidos a su jardín y a su hermosa casa, Marjorie se sintió asaltada por pensamientos ansiosos y premonitorios. Había rezado pidiendo que se produjera algún milagro que impidiera la boda de Jon con Mavis Eaton, pero no se produjo milagro alguno que viniera en su ayuda. De naturaleza ardiente y violento de verdad, como el sacerdote había comentado y ella misma lo creía, Jon fue incapaz de advertir el menor defecto en Mavis. Había vivido los últimos años en un estado de embriaguez por ella. Sentía una especie de alegre sorpresa cada vez que la veía. ¿Qué representaba ella para él?

Marjorie no lo sabía. Le parecía increíble que Jon, que veía defectos en todo el mundo y a quien le sobraba elocuencia para denunciarlos, no pudiera encontrar nada de malo en Mavis Eaton. ¿Sería el atractivo de su hermosa carne? Pero había muchas muchachas bonitas en Hambleton, jóvenes y hermosas. Marjorie recordaba a su vieja



tía, la *Muchacha Risueña*, como Jon había llamado a las de su especie. Sin embargo muchos hombres no sentían la menor atracción por ellas. ¿Por qué la había sentido Jon? Precisamente Jon...

La gran iglesia de piedra, austera y oscura incluso en aquella tarde calurosa y brillante, era hermosa con sus sombras y las luces de los candelabros, el aire estaba cargado y apenas agitado por el susurro de los abanicos. Los invitados a la boda llenaban hasta el último espacio en los bancos, y la sofocante atmósfera se hizo todavía más opresiva con los perfumes de las mujeres. Y la fragancia de las flores que adornaban la iglesia. Habían acudido el alcalde, el senador Campion, los senadores del Estado, el gobernador y otros dignatarios, con sus esposas. Era una fiesta de gala.

Jon esperaba al lado de su hermano, sudando de embarazo y de expectación, con el rostro tenso y el entrecejo fruncido, «tranquilo, le murmuró Harald divertido». Jon le miró irritado y se sonrojó. Después el órgano y las voces triunfales acompañaron la entrada de Mavis, que apoyada en el brazo de su tío, parecía flotar por el pasillo mientras se acercaba a su prometido.

Terminada la ceremonia y la brillante recepción, la pareja se marchó en el coche de Flora guiado por su cochero. Hasta el último instante Mavis no cesó de saludar, reír y responder a los invitados que les deseaban buena suerte. Jonathan, a su lado, sentía como si estuviera sentado junto a una dinamo perfumada, que respiraba y pulsaba con fuerza. Una vez en la calle pareció que Mavis advertía su presencia, y le apretó el brazo alegremente.

—¿Verdad que ha sido una boda hermosa, Jon? —le preguntó con inmenso regocijo.

—Sí, querida —contestó Jonathan cogiéndole la mano y besándosela. Mavis miró con cariño su espesa cabellera negra.

—Te amo —le dijo.

Jonathan levantó la cabeza, profundamente conmovido, y recordó de repente que la muchacha nunca se lo había dicho antes. La atrajo hacia sí, en una nube de fragancia de rosas, y le besó los labios con pasión. Mavis apretó los suyos contra los de él como una gatita grande y contenta, y después se apartó.

—Me gustaría que fuéramos a Europa, a París —le dijo.

—Ya te he dicho, querida, que tengo que realizar varias operaciones en las próximas dos semanas.

—Lo sé. —Su voz era como siempre ronca y un poco áspera, pero ahora lo era todavía más—. Tío Martin y tía Flora ya me han dicho lo que significa ser la esposa de un médico —entonces Jon vio sus profundos hoyuelos a la luz de las lámparas de la calle—, pero no voy a permitir que te embotes y huelas a éter siempre, como tío Martin, y que nunca vuelvas a divertirme.

—Quizá el verano próximo vayamos a Europa —dijo Jonathan. Estaba agotado y

eufórico al mismo tiempo y pensaba en la noche que le esperaba junto a su joven y bella esposa.

—Hum... hum... —murmuró Mavis y le palmeó la mejilla, luego empezó a canturrear la marcha nupcial en voz baja.

—Una hermosa boda —volvió a decir—. Me gustaría casarme todos los días.

—¿Por qué? —le preguntó Jonathan con acento de adoración.

—Es muy divertido —dijo Mavis alegremente.

Jon no supo explicarse por qué sintió algo parecido a un destello de desilusión. Miró la bonita cara de Mavis que resplandecía a su lado, y que no mostraba la menor timidez ni nerviosismo. Cuando la besó de nuevo, su esposa le respondió distraídamente. Los labios parecían sonreír y él sintió que Mavis apenas notaba su presencia, y que debía pensar en algunas cosas deliciosas en las que él no tenía la menor participación.

La alcoba nupcial estaba resplandeciente con sus arañas de cristal, y llena de la fragancia de cientos de flores. Mavis tenía el don de la gratitud halagada, e iba de una habitación a otra, exaltada por la amabilidad de sus amigos que le habían enviado canastillas de plata, frutas, *bouquets* y montones de regalos.

—Todo el mundo me quiere —dijo, mirando ansiosamente a Jonathan.

—No me extraña —dijo él—. Yo también, ¿lo recuerdas?

Pero Mavis continuó dando vueltas por las habitaciones, cantando en voz alta y riendo cuando hallaba alguna notita entre los regalos. Había arrojado su sombrero y los guantes sobre un sillón azul. Su equipaje, junto al de Jonathan, estaba en el dormitorio grande, con su enorme cama de bronce y con su colcha de encaje. Jonathan empezó a temblar y llamó a Mavis.

—Son casi las diez, querida, y tenemos que levantarnos a las seis para coger el tren de Saratoga a las ocho.

Mavis se le acercó corriendo, le tomó de los brazos y le miró a la cara, atractiva y rosada.

—¡Estoy hambrienta! —declaró contenta, apretando su mejilla fuertemente contra la barbilla de Jonathan—. Estoy tan hambrienta como un lobo. Eso se debe a la boda, pero de todos modos puedo comer siempre, en cualquier momento.

—¿Quieres decir... ahora? —preguntó Jonathan. Mavis asintió con aquella alegría suya, tan inmensa, y con su risa contagiosa.

—Sí, sí —dijo—. Apenas he comido un bocado en casa, medio plato de pollo a la crema y una rebanada de jamón, unas rosquillas y tarta. ¡Y... —prosiguió con gran animación y alegría— quiero un poco más de champán!

Trajeron una mesita a la suite con fuentes de plata y un cubo de hielo con botellas de champán. Mavis, ataviada aún con su vestido de seda blanca, revoloteaba sobre la mesita lujuriosamente, y no dejaba de sonreír, mientras hacía jocosos comentarios al

embobado camarero.

—¡Oh, qué olor más delicioso! —exclamó, olfateando ruidosamente. Levantó las tapas de plata de las fuentes, mientras canturreaba.

Antes de que Jonathan pudiera sentarse, Mavis había llenado ya un plato con imponentes raciones de carne con salsa, patatas y tomates guisados, que ya devoraba con extático deleite y apetito.

Jonathan no pudo probar bocado. Bebía champán con Mavis y miraba cómo comía. Mavis comía con delicadeza, pero a él lo asaltó el pensamiento de que era grosera, idea que rechazó de inmediato. Sin interrumpir la comida, seguía sonriendo y de vez en cuando hacía un susurro con la garganta con ingenua alegría animal. Bebía el champán como si fuera agua y miraba pestañeando por encima del borde de la copa a su marido.

—No eres hermoso —le informó con risita contenida—. No eres como Harald.

—¿Importa eso? —le preguntó, indulgente, mientras la miraba con adoración con sus elocuentes ojos oscuros.

—Hum... hum... —Fue la única respuesta.

De repente Mavis se levantó, corrió hacia Jon rodeando la mesa y le besó fuertemente en la frente, antes de que Jon pudiera apresarla, ya estaba sentada y comiendo de nuevo. Parte de la cabellera le caía sobre la espalda y reflejaba las vívidas luces doradas de la lámpara. Pidió a Jonathan que volviera a llenarle la copa. Reía con ganas cuando las burbujas le hacían cosquillas en la nariz. Jon no había visto a nadie antes con tanta inspiración, y pensó en lo maravilloso, que sería su vida con Mavis, una vida agitada, alegre y refrescante, cuando llegara a casa cansado de regreso del hospital. Sería como un cántaro de agua efervescente, fragante y renovadora para su cansado cuerpo, y la casa estaría colmada de su alegría de vivir. Se sentía tan conmovido con aquella idea que lo único que podía hacer era mirarla y sonreírle con la esperanza más conmovedora. Mavis tenía que enseñarle tantas cosas, aventuras, nuevos modos de ver las cosas, felicidad... paz... y sobre todo el goce de vivir. Había olvidado qué era el goce, pero lo aprendería de nuevo.

—Desearía —dijo Mavis con la boca llena de helado— que no fuéramos a vivir a esa vieja casa de tu madre, Jon.

—Lo sé, querida, ya lo has dicho antes. Pero esa casa es la de mi padre y mía, y no de mi madre. Y es muy hermosa.

—Tu madre no me quiere —le informó, con una mueca.

—Te quiere, Mavis. ¿Quién podría no quererte?

—Bueno ella no me quiere. —Mavis hablaba como una niña maliciosa—. No es que me importe. Puedo llevarme bien con cualquiera. Ella no me molestará, y yo no la molestaré. No me interesa en lo más mínimo dirigir la casa, y hasta puede que me sienta agradecida de que tu madre continúe haciéndolo y me deje libre.

—¿Para qué, querida?

Mavis agitó su mano blanca en la que el diamante que Jon le regalara reflejaba las luces.

—¡Vaya, para tantas cosas! Todas las recepciones que ofreceremos y aceptaremos, reuniones al aire libre, bailes, compras, visitar amigos, té y recepciones.

Mavis le miraba ahora con una expresión extraña, y sus pequeños ojos eran astutos, calculadores y un poco crueles. Pero Jon no lo advirtió. Sólo veía su satisfacción.

—En la vida hay algo más que eso, Mavis —le dijo, y pensó en la niña que era.

—Quisiera saber qué puede haber más agradable que eso —dijo ella—. ¡Hum! Estas adorables tortitas. Mazapán. —Rompió a reír—. Recuerdo cómo llamabas al senador Champion: «Pera de Mazapán». Tío Martin dice que es muy gracioso. ¿Sabías que le tiene miedo al senador?

—No, ¿de veras? ¿Y por qué?

—No sé —dijo Mavis con una risita contenida—. ¿A quién le importa? Pero le tiene miedo y el senador es un hombre muy hermoso, amable y feliz. Me gusta la gente amable. ¿A ti no?

—Yo te amo a ti —dijo Jonathan.

Mavis echó hacia atrás la cabeza y empezó a cantar con aspereza:

—¡Felicidad! ¡Felicidad! ¡Es un gran mundo ancho y maravilloso, es un gran mundo ancho y maravilloso, es un mundo grande, ancho y maravilloso!

«Enséñame cómo es», pensó Jonathan.

Mavis se puso en pie nuevamente y empezó a bailar por la habitación, cantando, con los brazos abiertos y la cabellera de oro ondulando a su alrededor, inconsciente por completo de la presencia de su esposo. Miraba embelesada al techo, embebida en sus propios pensamientos. Se levantó las amplias faldas blancas y Jonathan vio sus firmes y graciosas pantorrillas y sus delicadas rodillas. Se levantó y trató de abrazarla para bailar con ella la danza de la vida, pero Mavis le apartó con un movimiento impaciente de la cabeza y se alejó de él, como si no necesitara a nadie más para su regocijo.

Pero Jonathan no advirtió nada en aquel momento, aunque una débil sensación de frío se apoderó de él, al ver a su joven esposa bailar enloquecidamente por las habitaciones, cantando sólo para sí misma, triunfante en su belleza y en su vigor. No merezco todo esto, pensó el orgulloso joven con una humildad rara en él. No merezco toda esta belleza, juventud, ansia pura de vivir, esperanza y felicidad.

Mavis se detuvo súbitamente al otro lado de la habitación y chilló de alegría. Se inclinó, se tomó las manos por debajo de las rodillas y tembló de gozo y exuberancia. Se echó el pelo hacia atrás y corrió hacia él, le tomó por los hombros y le besó con

entusiasmo.

—¡Oh, qué viejo eres! —le gritó.

Él la abrazó y la apretó, vibrante, contra su pecho.

—Enséñame a ser joven, Mavis —le dijo, apoyando los labios sobre su cabello fresco y perfumado.

Pero Mavis se movió inquieta entre sus brazos, como un gato, y volvió a bailar de nuevo. Hacía calor en la suite, el perfume de las flores y el olor de la comida eran abrumadores. Jonathan vio como en un chispazo que Mavis ya no sonreía, y que estaba tercamente enfurruñada aunque seguía bailando. Sus ojos pequeños, como siempre, estaban ocultos tras sus pestañas arqueadas. Parecía pensar furiosamente.

—¡Mavis! —llamó Jonathan.

La muchacha se detuvo de inmediato, jadeando, mientras se echaba el cabello hacia atrás, y lo miró.

—¿Qué? —preguntó como si él le recordara desagradablemente su presencia.

—Son casi las once y media.

—¿Y eso a quién le importa? —gritó ella—. ¿Eres tan viejo que no puedes perder un par de horas de sueño sin sentirte enfermo, cansado o algo por el estilo? ¿No puedes disfrutar de nada?

Jonathan se sentía perplejo. Él, como médico, siempre estaba pendiente del tiempo y de la presión que éste ejerce. Se sentía confundido. Luego pensó «tengo que acostumbrarme a tener alguien a mi lado que no esté acosado todo el día, que pueda disfrutar de los momentos fugaces y vivir en el presente. He estado demasiado absorto, demasiado encerrado».

—Sí, puedo disfrutar, Mavis —le dijo con voz humilde—. Pero pensé que debías de estar cansada, después de la boda y la fiesta.

—¡Yo nunca estoy cansada! —Su voz ronca se hizo enfática—. ¡No sé qué es eso de estar cansada! ¡Y odio a la gente que se cansa! No quiero tenerlos nunca a mi alrededor. —Movié la cabeza con tanta vehemencia que le voló el pelo—. ¡Detesto a la gente seria, son unos zánganos!

Medio alarmado y medio satisfecho, Jon le dijo en broma:

—Soy una persona seria, Mavis.

Los ojos de la muchacha volvieron a cerrarse astutamente.

—Sí, lo sé. —Y después soltó una carcajada como si se tratara de un chiste—. No me importa que seas serio, Jon. Eso te ayuda a ganar mucho dinero. Y ¿no te gusta ganar dinero?

«Es sólo una niña», se dijo Jonathan a sí mismo, sin acabar de darse cuenta de que las mujeres como Mavis nunca eran niñas.

—¡Montones de dinero, montones de dinero, montones de dinero! —cantaba Mavis, levantaba una pierna y giraba sobre la otra, como una bailarina experta. Sus

movimientos tenían algo de frenéticos.

Después se detuvo bruscamente y miró de nuevo a Jonathan. Su mirada fue otra vez astuta y reflexiva.

—¡Perfectamente, ancianito! —le dijo—. ¡Te voy a meter en tu cama, así no estarás demasiado cansado para ganar dinero!

—Pero tú tienes mucho dinero tuyo, querida —dijo Jonathan—. Y eres la heredera de tu tío.

—¡Nadie tiene nunca bastante dinero! —gritó ella encaprichada, pasó corriendo por su lado, se encerró en el dormitorio y dio un portazo.

Jon se sentó y sintió la fetidez del aire recargado con el olor de la comida. Se levantó y de un empujón sacó la mesa al pasillo. La botella de champán estaba vacía y Jonathan sintió la imperiosa necesidad de beber *whisky* de inmediato... varios vasos. Tuvo que admitir que estaba también muy cansado y sintió un vacío y una desorientación desconcertantes. Las luces de la sala de la suite se le clavaban en los ojos, se levantó y las apagó todas, dejando tan sólo una encendida. Había ahora olor de gas en la suite. Abrió las ventanas, se inclinó hacia afuera y aspiró el aire caliente, cargado con el olor del pavimento recalentado, los ladrillos y el polvo. Las luces de Hambleton le hacían guiños, y él, bostezando, se frotó los ojos. Vio la reverberación lejana del río y la sombra de las montañas contra un cielo oscuro pero ardiente, tachonado de estrellas. Se sentía a lo lejos el retumbar del trueno y un vientecillo polvoriento soplaba sobre su cara sudorosa.

De repente advirtió que se había olvidado de que tenía una novia durante aquellos breves segundos. Miró a su alrededor, algo ofuscado. Ya no sentía pasión alguna, estaba demasiado cansado.

—Está bien —gritó Mavis detrás de la puerta cerrada—. ¡Puedes entrar ahora si quieres! Ya he acabado con el cuarto de baño.

Jonathan entró en el dormitorio, avergonzado del dolor que notaba en piernas y espalda. Tenía sólo treinta años pero se sentía como un viejo.

Mavis había colgado su vestido y guardado su sombrero y guantes, ahora estaba quieta frente a él, semejante a un pilar de oro y blanco, vestida con su camisón de seda y su *peignoir*. El pelo le caía sobre la espalda. Sonreía sin nervios ni timidez. Cuando Jon se hubo desvestido y bañado en el cuarto de baño, salió. Mavis había apagado todas las luces menos una en el dormitorio, y estaba echada sobre las almohadas de la cama, contemplando algo con aire de misterio.

—Nunca te había visto el pelo revuelto antes, Jon. Me gusta —le dijo con afecto.

Le tendió los brazos como una niña deseosa de que le dieran una muñeca. Tenía el pelo esparcido sobre la almohada como una corriente de oro. De repente Jon sintió deseos de devorar toda aquella vida jugosa, toda aquella simplicidad y de olvidar que la vida es una cosa complicada, llena de dolor y casi desprovista de alegría.

Sentado al borde de la cama, la tomó entre sus brazos, fría y suave, y la miró, recordando una poesía:

*Amor, seamos sinceros entre nosotros,  
pues el mundo que parece extenderse ante nuestra mirada  
como una tierra de ensueño, tan hermoso, tan variado, tan renovado,  
no contiene alegría, ni esperanza, ni ayuda para el dolor.*

Ella abrió los ojos.

—No me gusta —le dijo—. No me gusta la poesía, es demasiado triste. ¿No vienes a la cama? ¿Querías eso, no es así? ¿Qué te pasa? Ah, es porque no entendí esa poesía, ¿verdad? Bueno, no la entendí ni la entiendo. Apaga esa luz, la que está a tu lado.

Se acostó a su lado en la calurosa oscuridad, y al rato oyó que Mavis trataba de sofocar la risa. Se volvió hacia su esposa y ella refugió la cara en su hombro. Su cuerpo magnífico y joven se cobijó bajo sus manos, y le hizo sentirse feliz.

—¿Qué pasa, querida? —le preguntó con ternura, notando que ella hacía desaparecer el cansancio que sentía.

—Estoy pensando —le contestó Mavis—. Esa pobre Betsy Grimshaw, una de mis madrinas de boda. Tú la conoces. ¡Veinticinco años, la pobre, y nunca ha tenido un pretendiente! ¡Recibió mi ramo y casi lloró! Nunca conseguirá un marido.

Jon le quitó las manos de encima. Mavis levantó la cabeza, que tenía apoyada sobre su pecho y trató de verlo en la oscuridad.

—¿Qué te pasa? —le preguntó—. ¿Estás demasiado cansado? ¿O es que tienes miedo de hacerme daño? No tienes nada que temer. La tía Flora me lo contó todo. «*Es algo que una mujer debe soportar*», me dijo, y tío Martin me dio un libro. No tengo miedo.

«Es superficial, descuidada», pensó Jonathan sintiendo que le invadía una oleada de desaliento. «No tiene nada que pueda darme. Ella, pobre chica, no tiene la culpa, la culpa la tengo yo, con mis fantasías. Toda mi vida ha estado llena de fantasías, y nunca lo he sabido hasta ahora».

El cabello de Mavis le rozaba las mejillas.

—Pobre viejecito —le dijo ella riendo—. Bueno... a dormir. También yo tengo sueño.

El matrimonio no se consumó hasta la segunda noche, en Saratoga. La falta de pasión y de goce de Mavis hicieron estragos en su esposo, quien trataba de convencerse a sí mismo de que todo aquello era nuevo para ella y que pasaría, y que eventualmente tendría que aceptarlo. No supo durante mucho tiempo que Mavis era

incapaz de responder a nadie más que a sí misma, y que si alguna vez llegara a sentirse apasionada, no sería con él. Se le había sometido, pero no con resignación o frigidéz, sino con indiferencia. Jon no había sido para ella otra cosa que el medio por el cual podría alcanzar una vida más alegre y más amplia, fuera de la casa de su tío. Había sido solamente un camino para la aventura, pero él no formaba parte de aquella aventura. No era más que «su viejecito».

El tímido afecto que le brindara duró escasamente un año. No tenía nada para darle y nunca lo tendría. No tenía nada para dar a nadie, salvo el placer de su risa fácil, su inspiración y sus bromas. Pero para un hombre de su clase aquello no bastaba.

Continuó queriéndola durante mucho tiempo a distancia, una distancia terrible llena de anhelos insatisfechos, y que, sin que pudiera saber cómo, convirtió su amor en odio.

«No debo culparla a ella», se repetía a sí mismo. «Mavis es como es». Sin embargo, pasó mucho tiempo antes de que llegara a conocer a Mavis tal como era. Desde que tenía veinte años sabía, y se repetía constantemente, que no hay que esperar nada de los demás, y que es cruel pedirles más amor y comprensión del que tienen para dar. Pero cuando llegó finalmente a darse cuenta de que Mavis era no sólo alocada y superficial, salvo en lo concerniente a sus exigencias y apetitos, sino también avarienta, de corazón duro e insensible al sufrimiento, intolerable para los necesitados y codiciosa sin medida, llegó a odiarla, sin dejar de sentirse fascinado al mismo tiempo por ella, que seguía haciéndole creer que si conseguía penetrar a través de aquella capa de avidez y trivialidad, encontraría un corazón lleno de humanidad y de ternura.

—¿Cuándo nos mudaremos a Filadelfia o Nueva York, Jon querido? —le preguntó en una ocasión acurrucándose contra él en la cama.

—No nos mudaremos. ¿Qué te lo hizo pensar, Mavis?

La mujer se irguió enfurecida.

—Creo que no esperarás que me resigne a vivir en este miserable pueblecito toda mi vida, ¿no te parece?

—Yo me siento satisfecho aquí —dijo Jon, asombrado e impresionado—. Éste es mi hogar, ¿no es así?

—Jonnie, Jonnie, ¿no sabes que aquí casi todos te odian? Yo lo odio, por causa tuya —le dijo ella astutamente.

—¿Por qué tienen que odiarme? —Jonathan se sentía sorprendido—. Doy todo lo que puedo de mí mismo a mis pacientes y a la ciudad...

—Ahí tienes la razón —dijo Mavis sonriendo con suficiencia—. La gente que da todo no recibe nada a cambio. Los demás les desprecian. Tienes que coger todo lo que puedas en este mundo, y entonces la gente te respetará, por tu dinero y tu



posición.

Se sintió enfermo y asqueado a causa de ella, pero no pensó que Mavis tenía un conocimiento pragmático y animal de la humanidad, que él con su inteligencia no podría llegar a adquirir nunca, y que la muchacha vivía en un nivel de realismo vulgar, que Jon había rehusado desde niño, ya que sentía que era insoportable para el que quisiera realmente vivir. No sabía que Mavis era temeraria porque aceptaba la vida tal como se le presentaba y a los hombres tal como eran y no pedía concesiones. No sabía que él, a pesar de ser valiente, alentaba esperanzas y era demasiado vulnerable.

Mavis continuó insistiendo en que se fueran de Hambledon durante dos años. Cuando Jon se negó finalmente de modo terminante, Mavis se volvió intratable y llegó a sentir hacia él resentimiento y odio. Él la amaba tan desesperadamente como siempre. En cuanto a Mavis, Jonathan dejó de tener importancia y realidad para ella, pues le consideraba solamente como el medio necesario para proveerse de vestidos, joyas y posición. En ocasiones bromeaba con él pero vivía completamente aislada en un alegre mundo propio, repleto de admiración por sí misma.

Jonathan acabó por sentirse totalmente desolado cuando se dio cuenta de lo que era Mavis y que seguiría siendo hasta el fin de su vida. Fue entonces cuando empezó a maquinarse la forma de matarla y eliminarla de una existencia que se le hacía ya intolerable. Pensaba que le había traicionado del único modo susceptible de herir a un hombre como él.

En aquella calurosa tarde de julio, sentados Marjorie y Jonathan en la habitación de éste, pensaban en lo que fue Mavis y en su muerte. Las abejas se estrellaban contra las persianas y las rosas enviaban su fragancia a través de las ventanas.

«¿Por qué será que un hombre es incapaz de reconocer el amor cuando lo tiene frente a él?», pensaba Marjorie. «¿Por qué será que sospecha del amor y lo rehúye, incluso duda de él y quizá nunca llega a saber lo que es? Jon nunca amó verdaderamente a Mavis. Estaba sólo entusiasmado y embrujado, y todavía sigue estándolo. Algunas veces creo en los hechizos».

Jon se levantó de su silla.

—Gracias —dijo—. Tengo que ir a recorrer los hospitales. El joven Bob se trasladará a mi consultorio dentro de un par de días, ya es hora de que se haga cargo de las visitas y trate directamente con los pacientes. Será bonito ver de nuevo la sala de espera llena de gente.

Se detuvo cerca de la puerta, regresó y besó a su madre en la frente.

—Tenemos que acostumbrarnos a todo —le dijo.

Marjorie se dio cuenta de que su hijo había advertido que ella pensaba en lo amargo que debía resultarle que un extraño ocupara el consultorio que ella había

construido para él, y lo indefensa que se siente la gente cuando tiene que hacer frente al dolor y al cambio.

## Capítulo 15

Cuando Jonathan llegó a Sta. Hilda encontró a Robert acosado por todas partes. Bob le echó una mirada resentida, Jonathan le resultaba un individuo insociable y descuidado. No comprendía que aquélla era la pose que adoptaba Jonathan cuando se sentía sometido a tensiones de todas clases, o cuando estaba demasiado agotado.

—Bien, ¿cómo le va con nuestros pacientes? —No esperó la respuesta—. Después del Cuatro de Julio, como sabe, se hará usted cargo de mi consultorio y de mis pacientes externos. He podido convencer a la señorita Foster para que sea su ayudante y allí estará el día cinco. Sí, le presentaré a todo el mundo. Todo el pueblo sabe que el consultorio abrirá el día indicado. Por cierto, espero que no se mezcle en la guerra que se libra en el pueblo a causa de los hospitales.

—¿Guerra entre los hospitales? —preguntó Robert.

—Sí, entre Sta. Hilda y el Friend's. Están llenos en este momento y necesitan desesperadamente nuevos pabellones, ¡pero siguen compitiendo por los pacientes! Y se denigran entre ellos. No se deje enredar por nada del mundo. Sta. Hilda desea llevarse a los pacientes que pagan bien, aunque también se ve obligado a aceptar a los otros, y al Friend's le encantaría que la gente de dinero y las listas de caridad le nivelaran los déficits. Y tiene preponderancia de pacientes pobres. Constantemente hacen propaganda de su personal presentándolo con los mejores colores. ¡No me diga que no ha oído los rumores!

—Bien... —dijo Robert mirando directamente a Jonathan a los ojos, que mostraban cierto desprecio—. Odio las controversias... prefiero transigir.

—¡Por Dios, no lo haga! Tome posición de una vez para siempre. Dígales a ambos que se vayan al diablo, sin importarles lo que le ofrezcan por su apoyo. En ocasiones el personal se olvida de que está en esos sitios con el único fin de ayudar a los enfermos y no para ocupar una posición. Si usted transige tratando de apaciguarlos, ambos le odiarán. Dígales lisa y llanamente que usted se interesa más en la medicina que por los tumultos entre profesionales rivales, y déselo a entender con toda claridad. Eso es lo que yo he hecho.

—No me gusta que haya animosidades —dijo Robert, que se sentía incómodo.

—Perfectamente, dígame cómo piensa actuar, entonces. —Estaban en la pequeña salita de espera del cuarto piso del Sta. Hilda, y la calurosa brisa de julio no les refrescaba en absoluto. Robert reflexionaba, con expresión turbada y una mirada afligida en sus ojos azules.

—Bueno... creo que... les diría... les diría que todavía es demasiado pronto para que yo...

—¿Para hacer qué? —Jonathan empezaba a divertirse.

Se aflojó la corbata y cruzó las piernas.

—Pienso decirles que como soy un recién llegado preferiría mantenerme apartado de las controversias locales, y limitarme a cumplir... bueno, con mi deber.

Jonathan le contempló un momento.

—¿Quedarse en la barrera? ¿Sabe qué le va a pasar si intenta sacárselo de encima? En el acto se encontrará con que no le reciben bien en ninguno de los dos hospitales. ¿Para qué tiene espinazo?

—¡Tengo un espinazo muy bueno! —gritó Robert ya enojado—. ¡Lo que sucede es que no me gustan las guerras entre bandos distintos! Eso es algo que está fuera de lugar en los hospitales.

—¡Qué inocente es usted! En cualquier lugar a que vaya encontrará bandos que luchan entre sí, en cualquier camino de la vida. Tiene que tomar una posición, y cuanto antes mejor para usted. Deje que los otros vean que le sobran redaños. ¿Cuántos viejos de aquí cree usted que se dedican sólo a la medicina? Quieren una posición. Todo maldito hijo de perra que habita en este mundo quiere tener una posición, estar por encima de su vecino. Su única esperanza, que debería ser la única esperanza de todo médico prudente, reside en decirles amablemente a los muchachos que usted ejerce la medicina, no la política, y aunque no le adoren por ello, por lo menos tendrán que tolerarle, a pesar de que tengan sus sospechas sobre sus verdaderas razones. Bueno, no importa. ¿Cómo están nuestros pacientes comunes hoy?

—¿Ya sabe usted que murió la señorita Meadows?

—Sí, es una buena noticia. ¿Estará en la morgue, supongo? Tendré que arreglar lo del funeral. ¿Qué más?

«Pensé que le tenía afecto», pensó Robert con renovado resentimiento. «Sin embargo habla de su muerte como si no tuviera la menor importancia». Con gesto enfurruñado le dio a Jonathan un breve informe sobre los numerosos pacientes.

—Por cierto, un amigo suyo está en la sala privada del tercer piso. Jefferson Holliday.

—¿Jeff Holliday? —dijo Jonathan sentándose—. ¡Ni siquiera sabía que estuviera en el pueblo! —Se le iluminó el rostro—. ¿Cuándo ha vuelto?

—Hace dos días. Dijo que trató de verle, pero que no lo consiguió. ¿Es usted su médico?

—No. Su madre es una histérica tremenda y quiere como médico al viejo Louis Hedler. Y él ha sido siempre uno de esos chicos que escuchan lo que les dice su mamá. Fuimos a la escuela juntos y ha sido uno de los pocos amigos que he tenido. ¡El viejo Jeff Holliday! Maravilloso. Un gran ingeniero, estuvo en Sudamérica estos últimos seis años, no sé para qué. Pero está lleno de eso de «hacer progresar nuestros conocimientos técnicos». Es un héroe incluso sin que lo proclamen, o quizá haya intentado escapar a mamá, que me odia por ser «una mala influencia». ¿Qué es lo que

le preocupa?

—Estoy francamente desconcertado —dijo Robert frunciendo el ceño—. Tiene unas manchas de color cobrizo en la piel, las manos y el tronco. Son redondeadas y la fiebre es baja. Dice que le salen cuando tiene fiebre. No traté de entretenerme —dijo Robert rápidamente— pero como preguntaba por usted le dijeron que... yo le reemplazaba. Bajé a verle, sólo como a un posible amigo, y para decírselo después a usted. Pero, como usted dice, su médico es Hedler. Le examiné, de todos modos, sólo por curiosidad.

—Muy bien —le contestó Jonathan—. Un médico que pierde la curiosidad, es un médico muerto, a pesar de que continúe ejerciendo. ¿Parece enfermo?

—No mucho. No tiene más que esas manchas redondeadas que le salen cuando tiene fiebre. Cuando se le va la fiebre, se desvanecen las manchas. Sin embargo hay algo que no entiendo. Me enseñó los sitios donde había tenido manchas antes, están algo endurecidos y hay como unos nuditos, pero no le duelen. Ahora tiene una nueva erupción de esas manchas, acompañada de fiebre leve.

—¿Cuánto tiempo hace que le sucede eso?

—Más o menos un año. Olvidó por completo el primer ataque, y el segundo no le preocupó demasiado. En esos países sudamericanos no tuvo asistencia médica. Creyó que su enfermedad eran hongos, así se lo dijeron en Nueva York: «hongos que existen en esas regiones cálidas y húmedas». En Nueva York le dieron un ungüento, un funguicida. Estuvo allí dos semanas, para unas reuniones con sus jefes. Cuando llegó a Hambledon tenía un sarpullido fresco. Sarpullido es lo único que puedo llamarlo. No recuerdo haber visto nunca nada parecido, ronchas definidas, simétricas, algunas tan grandes como una moneda de veinticinco centavos. Debe ser probablemente alguna enfermedad subtropical.

—¿Le han aislado?

—No.

—¡Mi querido y viejo Louis! No reconocería un sarampión aunque lo tuviera debajo de las narices. No es que crea que tiene sarampión. Bajemos a ver a Jeff —dijo Jonathan levantándose.

—Su madre está con él —le informó Robert.

Jonathan observó a Robert con gesto divertido.

—Veo que ha conocido usted a la señora Holliday.

—Sí —contestó Robert—. Le está poniendo cataplasmas de azufre. Es toda una jefa, ¿eh?

—Y muy rica además. Es una gran benefactora de Sta. Hilda. Heredó mucho dinero de su infortunado marido. Si esa mujer pidiera compresas de cebolla caliente aquí, las enfermeras correrían llevándole franelas y guiso de cebollas, y al viejo Louis se le iluminaría la cara y le diría: «Sí, por cierto, Elsie, por cierto, es muy eficaz».

Vamos a meternos donde no nos llaman.

—¿Le parece que debemos hacerlo? —preguntó Robert.

—Sí. Yo, por lo menos, sí.

Bajaron al tercer piso y entraron en una habitación grande y desordenada. El paciente, hombre de la edad de Jonathan, estaba cómodamente sentado en una silla cerca de la ventana mientras su madre que había desistido temporalmente de aplicarle compresas, se sentaba frente a él. Era un hombre guapo, de rostro ancho y vigoroso que reflejaba una vida al aire libre, de nariz corta y agresiva, boca generosa y unos ojos grises y vivaces. Una espesa cabellera rubia le cubría la cabeza. Al ver a Jonathan soltó una exclamación de placer.

—¡Jon! ¡Maldito perro viejo! No he podido encontrarte, y eso que te he buscado. Jon, ¡qué alegría me da volver a verte!

Se levantó y tendió su bronceada mano a Jonathan. Reventaba aparentemente de salud y vitalidad y no parecía sufrir ninguna enfermedad, salvo aquellas peculiares ronchas redondas y cobrizas que le cubrían la cara, las manos, la garganta y el pecho parcialmente descubierto.

Ambos amigos se abrazaron con fuerza, dándose golpes en los hombros y en los brazos, mientras soltaban palabrotas. Decían cosas incoherentes y palabras fuertes, mientras la presumida señora que se hallaba junto a ellos, de unos cincuenta años apenas, desviaba el rostro y mostraba la blanca mejilla tensa y el labio inferior tembloroso de la histérica de nacimiento. Tenía una cabellera gris y poco abundante, cubierta por un áspero sombrero de paja y llevaba la sombría ropa negra de quien no hace concesiones a la temperatura.

Jonathan, con un brazo sobre los hombros de su exuberante amigo, la miró.

—¿Cómo está usted, señora Holliday? —pregunto.

Lentamente y con desgana la mujer giró la cabeza hacia donde estaba Jon, y sus claros ojos fríos lo examinaron con despectivo disgusto.

—Muy bien, doctor —le dijo. Y añadió— el doctor Hedler es el médico de mi hijo, y le hizo ingresar anoche. No tiene ninguna importancia, por supuesto, pero el doctor Hedler es tan... consciente, al revés de muchos otros médicos que podría nombrar.

—Muy bien —dijo Jonathan. Jefferson enrojeció ante la ofensa que se le hacía a su amigo, pero Jonathan le apretó el brazo—. Probablemente no será más que una de esas condenadas enfermedades subtropicales.

—¿Enfermedad? —La voz de la señora Holliday salió chillona y ofensiva—. ¡Mi hijo no tiene ninguna enfermedad! ¡Qué desatino! —Agitadamente agarró los guantes de cabritilla negros que tenía sobre las faldas—. No es más que un sarpullido. Eso es lo que le dije a Louis, le dije que...

—No hay la menor duda —dijo Jonathan.

—Cataplasmas calientes de azufre —dijo la señora Holliday—. Ungüento de azufre. —Miró a su hijo—. Creo que deberías solicitar que te dieran el alta, Jefferson.

—Es lo que pienso hacer. —Jeff miró a Jonathan—. Siéntate. Sí, conocí al doctor Morgan. Tuvo la amabilidad de detenerse para verme. —Le salía por los poros el bienestar y una enorme alegría—. Tengo permiso por seis meses, Jonathan. ¡No lo adivinarás! Voy a casarme.

—¡No! —dijo Jonathan—. ¿A qué viene tan triste noticia?

—¡Vamos! —dijo Jefferson echándose a reír—. Es la hija del presidente de mi empresa. Nunca lo adivinarías, ¡es antropóloga, por Dios! ¡Y está loca con ello! Estuvo algún tiempo conmigo allá en Sudamérica, en esas ruinas incas, sabes. Estudiaba a los nativos en busca de huellas de los incas. Cree tener una pista. Adorable muchacha.

—Así lo creo —dijo Jonathan imaginándose una muchacha intrépida de voz áspera con falda corta y botas, que caminaba a grandes zancadas.

—Te equivocas —le dijo Jefferson.

Se acercó a una mesita cubierta de floreros, y cogió una pequeña fotografía con marco que tendió a Jonathan. Éste vio la imagen de una agradable muchacha de cabello oscuro, rostro sonriente, labios suaves y ojos grandes y extraordinariamente hermosos. Su blusa blanca, abierta por el cuello, dejaba ver una garganta inusitadamente delicada y bien formada, adornada con un delgado collar de perlas.

—Elizabeth Cochrane —dijo Jefferson con orgullo—. Tiene una manía, cree en la reencarnación. Cree que antes fue una princesa inca.

—Eso es un cambio —dijo Jonathan observando la fotografía—. Por lo general creen que fueron Cleopatra o por lo menos la reina Isabel.

La fotografía le impresionó. La muchacha tenía un aspecto vulnerable que le recordó con cierto fastidio a alguien, pero no podía precisar a quién.

—Hermosa muchacha —dijo.

—Maravillosa —dijo Jefferson mirando con cariño la fotografía que había vuelto a poner sobre la mesa—. Después que nos hayamos casado abandonaremos todas esas exploraciones, al menos por un año o algo así. He terminado mi trabajo en Sudamérica. Hemos hecho todo lo que pudimos, pero ahora tiene que seguir la gente de allá. No tengo demasiadas esperanzas. Carecen de nuestro empuje y decisión. Lo que nosotros vemos como empresa, ellos lo creen ridículo.

—¡Qué lástima! —dijo Jonathan, mirando atentamente las ronchas rojizas que tenía su amigo en la piel—. ¿Cuándo te salieron esas manchas?

—Hace un año.

—¡El doctor Hedler es su médico! —gritó la señora Holliday con su voz chillona, moviéndose espasmódicamente en su silla como si fuera a darle un ataque. La calurosa habitación, a pesar de sus grandes ventanas abiertas, apestaba a causa del

olor del ungüento de azufre.

—Mamá —le dijo Jefferson.

—¡No me importa! —gritó la señora Holliday—. No quiero que diga cosas... cosas...

—Mamá —repitió Jefferson.

—No te preocupes —le dijo Jonathan—. Soy un simple curioso. ¿Me permites que te examine? Sólo académicamente, no como médico.

La señora Holliday se levantó de un salto como si fuera una muchachita salvaje y proyectó su escuálido cuerpo vestido de negro fuera de la habitación.

—Allí va, en busca del viejo Louis —dijo su hijo con acento preocupado y triste—. ¿Puede causarte alguna dificultad, Jon?

—No más de las que ya tengo —dijo Jonathan—. Bob, acérquese, examinaremos esto juntos.

Ambos médicos se inclinaron sobre el indulgente paciente y examinaron con cuidado las ronchas. Una de ellas se había espesado ostensiblemente, y tenía un nudo. Jonathan lo apretó y Jefferson hizo una mueca.

—¿Te duele? ¿Cuánto tiempo hace que tienes esta roncha?

—Es nueva. Ocupa el lugar de otra anterior, que desapareció.

Jonathan tanteó alrededor del nudo y apretó la carne.

—¿Te duele?

—No —contestó Jefferson frunciendo el entrecejo—. En realidad, no siento nada.

Jonathan le levantó los párpados, le miró las membranas y después examinó los tejidos de la nariz y la garganta. Su cara normalmente pálida y oscura, se tornó lívida y tirante. Sacudió la cabeza, mirando a Robert Morgan.

—¿Y bien? —le preguntó.

—No puedo diagnosticar —respondió el joven Robert—. Nunca he visto esa enfermedad cutánea antes. ¿Y usted?

Pero Jonathan no le respondió. La boca se le torció en un gesto de amargura. Después extrajo el cortaplumas y suave y cuidadosamente raspó la superficie de una roncha, observando que el paciente no daba señales de dolor. Después le tendió la hoja a Robert.

—Vaya al laboratorio, colorea esto y luego examínalo —le dijo. Robert advirtió con sorpresa que la mano le temblaba un poco—... el coloreado para tubérculos.

—¡Dios mío! —exclamó Jefferson con gran alarma y echándose hacia atrás para mirar la cara de su amigo—. ¡No creerás que tengo tuberculosis de la piel, por amor de Dios! Escucha, no tengo ni siquiera tos. Estoy tan sano como un caballo.

—No —le dijo Jonathan—. No creo que tengas tuberculosis de la piel. Desearía de veras que fuera sólo eso, Jeff, por Dios que lo desearía.

—¿O cáncer? —preguntó el paciente tratando de sonreír.



—No. ¿Por qué se te ocurre eso? —preguntó Jonathan, sentándose y mirando al suelo—. ¿En qué condiciones viviste en Sudamérica?

—¿Condiciones? Bueno, crudas y primitivas algunas veces, o, mejor dicho, la mayor parte del tiempo. Teníamos un campamento donde vivían Elizabeth y los demás con excepción de algunas ocasionales salidas de exploración, pero yo tenía que viajar con frecuencia al interior, entre los nativos. Algunas veces dormía en sus chozas, durante las lluvias, otras en la jungla, abrigándome con lo que podía cortar con el machete. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Crees que tengo parásitos de alguna clase?

—Puede ser —contestó Jonathan—. ¿Viste a más gente con este tipo de desfiguración de piel?

—Sí, vi —dijo Jefferson frunciendo el entrecejo— dos o tres. Un niño, otra vez una mujer, en otra un viejo. En realidad, estuve en su choza durante las lluvias, que duraron varias semanas, antes de que pudiéramos salir y volver al río. ¿Por qué? ¿Tengo algo contagioso?

—Tal vez —le dijo Jonathan—. Pero es leve.

—¡Dios mío! ¡Elizabeth! —dijo Jefferson, su cara bronceada se puso pálida—. ¿Tengo algo que puedo contagiarle?

—No me preocuparía por eso. Todavía no te has casado con ella.

El rostro de Jefferson se ensombreció.

—Si crees que he atrapado una enfermedad venérea, es posible, y que quede entre nosotros. ¡Dios mío, no puedo soportar la idea! Aquella mujer de la choza, era joven, y entonces no tenía las manchas. Después de todo, Jon, soy un hombre. ¿Qué es ese producto con arsénico que se emplea ahora?

—Piensas en la sífilis —le dijo Jonathan—. No creo que la tengas, aunque siempre ha sido endémica entre los indios. Con ellos fue donde la pescó el hombre blanco por primera vez. No nos preocupemos hasta estar seguros.

—¿Qué me hiciste con tu cortaplumas?

—Tomé una muestra de las células de la piel.

Un pesado silencio invadió la habitación. Jefferson se puso de nuevo pálido. No dejaba de mirar a su amigo con un temor dubitativo. Recordaba las viejas historias sobre Jonathan Ferrier: un fanático que buscaba siempre lo peor en todo. Para él todo era complicado, no había nada simple. Uno de esos científicos modernos, que encuentran dificultades en las cosas más sencillas.

—¿La han llevado al microscopio? —preguntó el joven ingeniero, tratando de dominar un extraño temblor que le corría por los nervios—. ¿Mostrará algo?

—Espero que no —dijo Jonathan. Miró otra vez la fotografía de Elizabeth y se sintió de nuevo descompuesto.

La amplia puerta se abrió de un golpe y la señora Holliday volvió con aire de

triumfo vengativo, seguida por Louis Hedler.

—¡Ahora sí! —exclamó—. ¡Acabemos de una vez con estas estupideces!

Respiró victoriosamente, se dirigió hacia su hijo y le puso la mano sobre el hombro. El doctor Hedler sonrió amplia y mecánicamente a Jonathan.

—Estamos muy contentos con lo de Hortense, Jon —dijo—. Te lo debemos todo a ti, naturalmente, y a los competentes cuidados que se le prodigan. Hablé con el viejo Humphrey esta mañana... bueno, no importa. Te estamos todos muy agradecidos, Jon, créeme. No importa. ¿Qué es lo que me ha dicho Elsie? ¿Usurpando mis pacientes? —dijo con aire indulgente.

—No —le contestó Jon—. No hay usurpación, sino curiosidad.

—¡Curiosidad! —gritó la señora Holliday—. ¿Haciéndole preguntas a mi hijo? Eso es falta de ética.

El doctor Hedler apoyó su mano tiernamente en el brazo de la dama, que temblaba visiblemente.

—Vamos, Elsie, ten calma. Jon es un médico muy bueno, sí, por cierto muy bueno, y Jeff es su amigo. Los médicos sienten curiosidad, ya lo sabes. No hay nada de malo, querida, nada de malo. En realidad me siento complacido, siempre me gusta conocer una nueva opinión.

Dirigió una mirada radiante a Jonathan, aunque sus grandes ojos castaños de sapo mostraban sospecha y cautela.

—Bueno, ¿qué te parece a ti? Nada serio, por supuesto uno de esos dañinos hongos subtropicales, ¿no es así? Algunas de las ronchas ya han desaparecido. ¿Qué opinas?

—He enviado una raspadura al laboratorio —dijo Jonathan.

—¿Raspadura? ¿Para qué? Ah, ¿para verificar los hongos? —El doctor Hedler se sintió aliviado, y se volvió hacia la señora Holliday—. No es nada más grave que un hongo, querida, algo así como... hum... como las ampollas que salen en los pies. No hay nada de qué preocuparse.

Pero la señora Holliday miraba a Jonathan con irritada malignidad.

—¡Míralo! ¡No está de acuerdo contigo, Louis! ¡Piensa algo terrible sobre mi hijo! ¡Algo terrible! ¡Haz que se detenga, Louis!

—Vamos, Elsie. ¿Qué puedo hacer para impedir que alguien piense? —La voz del doctor Hedler era como un dulce bálsamo—. El pensamiento no puede hacer que cambie una cosa así, ¿sabes?

—¡Ya lo creo que sí! —gritó la histérica mujer con apasionado énfasis—. ¡Se pueden hacer «cosas terribles» con el pensamiento! He oído decir que hasta se puede provocar la muerte...

—No seamos supersticiosos —dijo Louis—. Siéntate aquí, querida. Deja de temblar.

Pero la señora Holliday alejó su silla todo lo que pudo de la de Jonathan, y después, con su mano fría y sudorosa tomó la de su hijo.

—¡No debes hacerle caso, querido, no debes hacerle caso! —le dijo mirándole con desesperación el rostro—. ¡Es todo mentira! ¡Tú sabes lo que es este hombre, sabes lo que es!

—Mamá, por favor —dijo Jefferson.

La voz de ella alcanzó casi el volumen de un grito.

—¡Jefferson, dile que se vaya! ¡Jefferson, no debes escucharle! ¡Tienes que reírte de él! —Repentinamente soltó una carcajada feroz y miró a Jonathan con odio y loco desprecio. Movi6 la cabeza mirándole, se mordió el labio y volvió a reír—. ¡Louis! ¡Haz que se vaya!

Louis Hedler se sentía profundamente molesto. No podía desairar a Jonathan, recordando que había salvado la vida de la pequeña Hortense Nolan hacía muy poco tiempo, pero tampoco podía ofender a la señora Holliday, a quien el hospital debía tanto. Su mirada se encontró con la de Jonathan, vio en ella su profunda compasión y sus mofletudas mejillas enrojecieron.

—En seguida, Elsie, tendremos los informes de laboratorio. —Y dirigiéndose a Jonathan le dijo—: ¿Puedes decirme qué es lo que buscabas, Jon?

—No busco en realidad nada específico —dijo Jonathan—. Trato simplemente de eliminar... algo.

—¿Qué es? —preguntó el doctor Hedler aliviado.

—Esperemos.

—Me he preocupado por el aislamiento —dijo el doctor más viejo, tratando de sondear a Jonathan.

—¡Y los periodistas que pueden venir en cualquier momento! —dijo la señora Holliday con fiero orgullo—. ¡Y para entrevistar a Jefferson! Para conocer todas esas cosas maravillosas que ha hecho en Sudamérica.

—No pueden entrar aquí hasta que conozcamos el resultado —dijo Jonathan.

—¿Conocer qué? —preguntó el doctor Hedler desanimado de nuevo—. ¿Sospechas de un contagio?

—¡No soy contagioso! —dijo Jefferson espantado—. ¡Si he estado con Elizabeth y su padre dos semanas en Nueva York, y meses enteros en Sudamérica! ¡Contagio! Por Dios, Jon, ¿no querrás decir que hay... una infección?

—No lo sé —dijo Jonathan—. Aquí está Bob. Ahora lo sabremos con seguridad.

Pero Robert no entro en la habitación, se quedó en el umbral, con su rostro joven falto de color completamente. Hizo un gesto mudo a Jonathan, y éste se levantó.

—¿Quieres venir afuera con nosotros, Louis?

—¿Por qué? ¿Por qué? —chilló la señora Holliday dando un salto—. ¡A mí no pueden echarme a un lado! ¡Quiero oír lo que dicen! ¡Nadie puede detenerme!

Jonathan no la miró. Fue hacia la puerta y miró hacia atrás. Louis tomaba del brazo a la temblorosa mujer y la traía con él.

—Por supuesto Elsie, debes enterarte...

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Jefferson con ironía—. No soy nada más que el interesado. Pero no se preocupen por mí, chicos, no se preocupen.

Jonathan se detuvo en el umbral, después se dirigió lentamente hacia el centro de la sala y miró a su amigo.

—Tienes razón, Jeff, tú tienes más derecho que nadie a saber. No soy de éstos que ocultan al paciente noticias de cualquier clase. Entre, Bob, entre, hagamos una consulta.

Robert Morgan le suplicaba con los ojos, pero Jonathan mantenía obstinadamente apartada la mirada.

—Tenemos aquí a un hombre mayor de edad e inteligente, Bob. Un hombre valiente, tiene que saber, no importa lo que sea.

—Naturalmente —dijo Louis, obligando amablemente a la señora Holliday a volver a su silla.

Robert Morgan volvió a la habitación con aire de desesperación en la mirada.

—No hay duda —dijo hablando directamente con Jonathan—. Sólo he visto diapositivas antes, pero estoy seguro. —Hizo una pausa, y después lanzó una silenciosa súplica a Jonathan—. Es la enfermedad de Hansen.

Jonathan estiró las piernas y respiró profundamente, tenía el rostro tenso y huesudo. La señora Holliday miraba con malevolencia de uno a otro, con la mano de su hijo entre las suyas.

—¡Qué! ¡Qué! —gritó—. ¿Qué es eso de enfermedad de Hansen? —Su mirada cargada de odio se dirigió a Jonathan—. ¿Qué quiere decir este hombre perverso y estúpido?

—La enfermedad de Hansen —dijo con lentitud Louis, confundido—. Me temo que... Jon, ¿estás seguro?

—Bob lo está. Creo que el laboratorio no debería enterarse. Ni ninguna otra persona. ¿Me comprendes, Louis?

El doctor Hedler no sabía qué decir, y se volvió a Robert.

—La enfermedad de Hansen. Me parece que no la he visto antes —dijo—. ¿Es algo nuevo, tropical?

—Es algo tan viejo como el infierno —dijo Jonathan—. Louis, ¿quieres que te diga su antiguo nombre?

—¡No es necesario! —dijo Louis apresuradamente—. Uno entiende, no podemos turbar a los pacientes, ya lo sabes, Jon.

—Lo que quisiera saber —dijo Jefferson— es qué significa exactamente «enfermedad de Hansen».

—Desearía que convencieras a la señora Holliday que vaya a la sala de espera y pida una taza de té o cualquier cosa —dijo Jonathan a Louis Hedler.

—¡No! —chilló la señora Holliday—. Usted no mentirá, le repito, no mentirá sobre mi hijo, para matarle de miedo con sus embustes. ¡Usted, perverso, maligno! ¡Usted... asesino! Todo el mundo sabe lo que hizo con su esposa; todo el mundo sabe lo que hizo a esa pobre muchachita, Martha Best; todo el mundo sabe...

—Mamá —dijo Jefferson.

La mujer se volvió hacia él echando fuego por los ojos, y tomándole entre sus brazos le apretó la cabeza contra su magro pecho. Y por encima de la cabeza de su hijo, miró a Jonathan y le escupió.

—¡Váyase, asesino! ¡Váyase! —gritó.

—¡Elsie! —gritó Louis Hedler.

—¡Oh, me lo llevaré a casa! ¡Me lo llevaré a casa! —gruñía la mujer—. ¡Lo apartaré de los asesinos! ¡Louis, nunca más verás un céntimo mío! ¡Ni un céntimo!

Jonathan se dirigió hacia ella y la separó de su hijo, aflojándole los brazos con violencia controlada, aunque firme.

—Apártese de él —le dijo—. No le toque.

Le dio un empujón que la hizo trastabillar, pero Louis la tomó de un brazo.

—No entiendo —dijo Louis alterado—. No puede ser tan contagiosa, Jon, Elsie, no chilles, por favor, querida. Jon, no puede ser tan contagiosa.

Jonathan le miró fijamente, en silencio.

—Louis, dime, ¿sabes qué es la enfermedad de Hansen?

—Claro.

—Mientes —le dijo Jonathan. Debía haberlo adivinado. Saca a esa mujer de aquí, déjala en cualquier parte, y después vuelve.

Se volvió hacia Jefferson, cuyo rostro se había hecho extrañamente tenso y tranquilo, y apoyó la mano sobre el hombro de su amigo.

—Jeff —le dijo— dile a tu madre que se vaya, que te deje solo cinco minutos. Por favor, Jeff.

Pero la señora Holliday se había apartado de Louis y estaba quieta, tiesa e histérica, en el centro de la habitación, con los puños contraídos a ambos lados del cuerpo y la cara echada hacia delante.

—¡Nadie me sacará de esta habitación para que usted pueda mentir y matar de miedo a mi hijo! ¡Soy su madre, y le protegeré de los asesinos!

Jonathan había aguantado demasiado la noche anterior y más todavía aquella mañana. El repetido y maligno epíteto causó finalmente su efecto.

—Muy bien, le diré el nombre antiguo de lo que tiene su hijo, señora Holliday —dijo con deliberada crueldad—. Tiene... lepra.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró el joven Robert volviéndose hacia el otro lado,

pero nadie le oyó.

Louis Hedler miró a Jonathan. Su rostro no tenía expresión y todo su cuerpo estaba flácido.

—Lepra —dijo con voz entrecortada.

—¿Lepra? —preguntó Jefferson Holliday. Incluyó la cabeza y no dijo una palabra más.

Entonces la señora Holliday soltó un alarido, y de un salto se plantó frente a Jonathan. Sus dedos, como garras, le arañaron los ojos, los oídos, la nariz, la boca, uno de ellos se hundió en su labio y se lo desgarró. Respiraba de modo convulsivo, como enloquecida. Luchó encarnizadamente con Jon cuando intentó sujetarla, profiriendo, ante el horrorizado Louis Hedler, obscenidades que él nunca había oído antes, sin dejar de luchar, jadeante, con Jonathan. Finalmente Jon pudo arrojarla lejos y Robert la retuvo, pero estaba por completo fuera de sí, loca, temible como un holocausto. Por fin Robert la arrastró fuera de la habitación y allí se quedó un rato.

—Que Dios nos ayude —dijo Louis Hedler mirando a Jonathan, que se limpiaba la sangre de la boca—. Oh, Jon, no puede ser cierto. Perdóname, pero me siento un poco mal. Creo que voy a sentarme. Jefferson, no podemos estar seguros...

Hizo un movimiento como para tomar la mano del médico lastimado, pero se contuvo y empujó su silla a un lado.

—Yo sí estoy seguro —dijo Jefferson con voz muy tranquila—. Debía haberlo sabido. Vi a aquel chico... la lepra no es muy rara en aquellos lugares. No es tan mala como en Asia o África, pero lo es bastante.

Miró la fotografía que había sobre la mesa y la tomó entre sus manos, casi llorando.

—Elizabeth —decía—. Elizabeth querida... —después volvió la fotografía a su sitio y miró a Jonathan.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó— pero primero de todo dime una cosa, ¿es peligroso para Elizabeth?

—No —dijo Jonathan—. Se necesita un contacto muy prolongado, una unión íntima. Jeff, tú tienes la del tipo nodular. Algunas veces se desarrolla rápidamente, otras sigue... durante años. Cuanto antes te hagas tratar, tanto mejor será.

Le resultaba duro mirar a su valeroso amigo, pero había advertido, por primera vez, la ronquera de su voz, lo que indicaba que la enfermedad había invadido ya la garganta.

—He visto dos casos en Nueva York —prosiguió—. En América no es tan rara como nos gusta pensar, pero el antiguo terror que se siente por ella aún persiste, y tal vez es fundado. Jeff, en Louisiana hay un sanatorio, debes ir en seguida allí. Existe una antigua droga india que utilizan ahora, aceite de chaulmugra que con frecuencia detiene la infección. No se conoce aún la forma de curarla, pero puede ser que la

encuentren. Tienes que ir tranquilamente. Sea como sea, tienes que tranquilizar a tu madre. Lo lamento, perdí la cabeza y se lo dije, es inexcusable. Pero había demasiadas cosas que... bueno, lo lamento. Tendrás que hacerla callar, cueste lo que cueste. Sabes cómo es la gente, se produciría el pánico en el pueblo y la histeria en este hospital, cosas que no podemos permitir que sucedan. La gente es ignorante. No saben que la enfermedad de Hansen casi no es contagiosa y eso solamente después de un contacto muy prolongado. No debemos permitir que cunda el pánico. ¿Has visto alguna vez una turba enloquecida?

—Sí, a menudo —dijo Jefferson con indiferencia, demasiado abrumado por su tragedia personal como para experimentar ningún sentimiento profundo—. Sé lo que es un motín, he visto varios en distintas partes de Sudamérica. ¿Qué debo decirle a Elizabeth? —preguntó, apretando los párpados.

—Deberías decirle la verdad. Me han dicho que la gente puede ir a Louisiana para estar junto a aquéllos que tienen... lo que tú tienes... y hasta verlos y visitarlos. Eso, si ella te quiere lo bastante.

—Y no podremos casarnos nunca.

Jon titubeó.

—He sabido de casos en los que la enfermedad se detuvo. No han sido muchos, pero sí algunos.

Jefferson levantó la cabeza.

—No, no puedo hacerle eso a Elizabeth. No puedo pedirle que desperdicie su vida conmigo. No, le escribiré y le diré cualquier cosa, todo, menos la verdad. Espero que me odie, eso la ayudará.

Jonathan se acercó, le rodeó por los hombros con un brazo, inclinándose después. Jeff se echó a reír.

—¿Qué debería ponerme? Una campanilla que proclamara: ¡*Impuro, impuro!* Jon, ¿no tienes miedo?

—Tengo miedo de muchas cosas —dijo Jonathan— que empiezo a descubrir ahora, pero ésta no es una de ellas.

—También yo tengo, miedo —dijo Jefferson—. Tengo miedo de ésta. Leproso. ¿No basta para hacerte reír?

Louis Hedler había recuperado el dominio de sus facultades.

—Jon, no es que quiera discutir, pero ¿no te parece que deberíamos celebrar una consulta con médicos de Filadelfia?

—Haz tantas consultas como te parezca —dijo Jonathan sorprendido por la docilidad del otro—. Mucho me temo que no haya más que confirmaciones. Pero permíteme que le escriba a un amigo que tengo en Nueva York, experto en enfermedades tropicales, aunque bien sabe Dios que esta enfermedad está más extendida en América de lo que nos atrevemos a confesar. Entonces podremos

arreglarlo todo para que Jeff vaya a Louisiana, donde tratan muchos casos como éste. No dejes que nadie lo sepa en este hospital, Louis, ni se lo digas a nadie en este pueblo, ni siquiera a los médicos. ¡Imagínate lo que dirán los diarios!

—¿A dónde iré? ¿Qué puedo hacer? —preguntó Jefferson desolado por completo.

—Puedes irte a casa de inmediato —dijo Jonathan—. No debes tener miedo, Jeff, no tengas miedo, no puedes infectar a nadie. Espera a que nosotros te digamos cuándo debes marcharte. Haz que tu madre se quede tranquila, Jeff. Tenemos que pensar en todo, en un pueblo, en todo un Estado.

—Nunca he podido mantenerla tranquila —dijo Jeff. Alargó una mano que Jonathan tomó y retuvo. Jeff comenzó a llorar de nuevo, con profundos sollozos de angustia total.

—¿Sufriré? —balbuceó.

—Es probable —dijo Jonathan—. Dolores en los nervios, durante un tiempo. Yo no te miento, Jeff.

—Y estaré aislado de todos para siempre —dijo su amigo.

—Ya te he dicho, Jeff, que hacen cosas maravillosas allí. Han detenido con frecuencia el proceso infeccioso y la enfermedad, de modo que hay pacientes externos que viven con esposos y esposas, y que incluso tienen hijos. El agente causal ha sido aislado. Con eso se resuelve la mitad del problema. Es sólo cuestión de tiempo que se encuentre la cura. Estoy seguro de que podrán detener la enfermedad en tu caso. No ha llegado lo bastante lejos como para causarte un daño permanente. Hay allí toda clase de gente: hombres, mujeres, niños, maestros, médicos, exmisioneros, gente como tú, de todas las clases y modos de vida. He oído hablar de eso. Tú puedes hacer muchísimo por los demás, allí, Jeff.

Pero Jefferson tenía el rostro inclinado sobre el pecho en incrédula desesperación.

—Permíteme que le escriba a Elizabeth —le dijo Jonathan—. Es una muchacha inteligente, según dices tú. Tiene derecho a tomar una decisión por sí misma. Déjala que decida si tiene que ir allá contigo y quedarse hasta que hayan detenido tu enfermedad. Es su vida, así como es también la tuya.

—No tengo el derecho de pedirle que decida —dijo Jefferson, pero levantó un poco la cabeza—. Imagínatela aislándose allí, con un... un... leproso... ¡Por Dios!

—A pesar de todo sigue teniendo derecho a decidir. Dame su dirección y le enviaré un telegrama de inmediato. Es mejor que una carta —y añadió— no es el fin del mundo para ti, Jeff. No hay nada que lo sea, nunca, hasta que te echen las paladas de tierra encima. —«Tú sí que eres bueno para hablar», pensó.

—¿Un telegrama, para Elizabeth? —dijo Jefferson, y por primera vez advirtió algo de esperanza en su voz—. Jon, te agradecería mucho eso, te lo digo honestamente. Pero ¿qué sucederá si no viene, o no puede soportar mi recuerdo nunca más?



—Entonces sólo habrás perdido una mujer vulgar, y a eso no se le puede llamar una pérdida..., ¿dijiste algo, Jeff? —preguntó al cabo de un instante.

—Me has dado una pequeña esperanza, Jon. Había pensado en el suicidio.

—No te alarmes por eso. No hay hombre inteligente que no haya pensado en él alguna vez. El mundo no es un lugar placentero, eso ya lo sabemos. Es un lugar condenado, feo, doloroso y miserable, pero debemos llegar a un acuerdo con él sea como sea («algo que yo mismo nunca conseguí», pensó con tristeza). Esta mañana he visto a un hombre joven que había perdido su fe, que era todo lo que poseía en el mundo, y quería morir por ese motivo. Su aflicción es peor que la tuya, Jeff, pues ahora tiene que descubrir cómo vivir sin la única cosa que le importaba, o volver a encontrarla.

—¿Crees que puedo volver a encontrar... algo?

—Creo que todos nosotros podemos —dijo Jonathan, y se sintió sorprendido.

El doctor Hedler había escuchado aquellas palabras con enorme sorpresa y miró a Jonathan, que ya se había olvidado de que estaba presente. «Bien, bien», pensó el viejo doctor, «este muchacho no es tan desconsiderado y brutal como habíamos creído. Yo, para empezar, me avergüenzo de haberlo pensado».

Antes de que Jonathan se retirara, le detuvo en el vestíbulo exterior.

—Jon, no te vayas de Hambledon. ¡Ya sé, ya sé! He sido tan malo como todos los demás, si no peor. Perdóname, si puedes.

—¡Buen viejo Louis! —dijo Jonathan, meneó la cabeza y se fue.

Aquella noche le envió un telegrama a Elizabeth Cochrane, un telegrama largo y detallado de varias páginas. Tenía pocas esperanzas. Las mujeres no son particularmente inteligentes, y a pesar de que fueran emotivas, sus emociones son superficiales. Son instintivamente egoístas y su capacidad de amar es epidérmica. A medianoche recibió la respuesta de Elizabeth:

VOY A HAMBLEDON DE INMEDIATO PARA ENCONTRARME  
CON JEFF E IR CON ÉL A LOUISIANA. STOP. LE HE ENVIADO A ÉL  
UN TELEGRAMA IGUAL. STOP. TENEMOS QUE TRABAJAR JUNTOS  
PARA DARLE UNA RAZÓN PARA VIVIR. STOP. GRACIAS, DOCTOR,  
Y QUE DIOS LE BENDIGA.

«Bueno», pensó Jonathan. «¡Esta debe de ser una criatura rara! Una criatura rara y poco frecuente. ¿Cuántas mujeres estarían dispuestas a abandonar una vida feliz para acompañar a un hombre al aislamiento, la miseria y la desesperación? ¿Cuántas mujeres pueden amar de ese modo?».

Cuando vio a Jefferson al día siguiente, en su casa, el joven estaba casi eufórico.

—He ganado algo, Jon. ¡Solía mirar a Elizabeth pensando qué tenía para ofrecer a una muchacha como ella! Debo ser algo muy especial, ¿no lo crees? —Y se echó a reír.

—Creo que todos lo somos —dijo Jonathan—. En cierto sentido —completó, haciendo una calificación un tanto reticente.

## Capítulo 16

—Has dicho lo mismo con mucha frecuencia, todos los Cuatro de Julio —dijo Marjorie sin dejar de trabajar en la cocina con la cocinera, preparando las canastas para el *picnic*— ritos tribales, sentimentalismo, chauvinismo. Las sé todas. Quizá tengas razón, pero habrá allí niños y gente joven y tienen derecho a aprender a sentirse orgullosos de su país. ¿Qué fue lo que dijo Sir Walter Scott?: «*¿Hay aún un hombre con el alma tan muerta que nunca se haya dicho a sí mismo ésta es mi propia patria, mi tierra natal?*».

—Madre —dijo Jonathan—, ¿crees acaso que los discursos del alcalde y ese maldito y hábil Campion inspirarán las mentes juveniles, inspirarlas y hacer que se sientan orgullosas? Por lo que respecta a Campion, nunca dice nada aparte de mentiras y banalidades. En realidad no sé por qué voy contigo, en las presentes circunstancias. No es más que una aparición de despedida.

La cocina blanca y azul, grande y ventilada aunque calurosa incluso a hora tan temprana, estaba llena del olor de pollo frito, ensalada de patatas, pan fresco, tartas que se cocían y café. Jonathan tomó un pequeño muslo de pollo y se puso a comer. Se parecía tan poco al molesto y formal Jonathan que Marjorie le observó con agradable sorpresa. Algo le había cambiado, le había suavizado un poco. Se chupaba los dedos como un niño. Nunca había hecho tal cosa antes, hasta donde llegaban sus recuerdos. Nunca había parecido importarle la comida lo más mínimo, y por lo general comía con impaciencia, como si se tratara nada más que de una actividad necesaria para vivir.

—Recuerdo lo que dijo Thomas Macaulay —observó Jonathan despreocupándose del pollo, del que había grandes cantidades sobre las blancas servilletas—. Lo que dijo sobre América: «*Su constitución es todo velas y no tiene ancla. Algún César o Napoleón tendrá que apoderarse de las riendas del gobierno con mano fuerte, o su república será devastada por bárbaros interiores en el siglo veinte, como lo fue el Imperio Romano en el quinto*». Dijo y escribió eso en 1857, hace cuarenta y cuatro años. Estamos ahora en el siglo veinte pero opino que fue un excelente profeta. Hay algo que está llamando a las puertas de América, y no es nada bueno, ni trae esperanzas.

—Macaulay fue un pesimista —dijo Marjorie apartándose un mechón de su hermoso cabello oscuro con el dorso de la mano—. ¿No recuerdas lo que dijo Abraham Lincoln antes que él?: «*¿Esperaremos acaso que un gigante militar del otro lado del mar salte el océano y nos aplaste de un golpe? ¡Nunca! Todos los ejércitos de Europa, Asia y África, combinados con todos los tesoros de la Tierra, exceptuando los nuestros, en sus cofres, con un Bonaparte por comandante, no podrán por la fuerza tomar un trago del Ohio o marcar una huella en el Blue Ridge, aunque lo*

*intenten mil años».*

—Te olvidas de algo —dijo Jonathan tomando un ala de pollo—. Lincoln añadió: «*Seremos traicionados desde el interior*». Los nuevos vándalos. Las mismas turbas que invadieron las Tullerías y arrancaron el empedrado en las calles de París. ¡La misma gente que en Alemania apoyó a Bismarck y al socialismo que éste había tomado de Karl Marx! Bueno, ahí tienes un tirano maligno: ¡Bismarck!, casi tan malo como Robespierre, durante la Comuna francesa en 1795.

—Tenemos un hombre sensato en el presidente McKinley —dijo Marjorie—. Jon, si realmente quieres un poco de esa ensalada de patatas, siéntate y te la comes en un plato. No picotees el huevo con los dedos, no es higiénico. —Pero se sentía encantada de que lo hiciera.

—Mis manos son siempre higiénicas —dijo Jonathan—. El presidente McKinley. Sí, es un hombre sensato, pero ese tumultuoso vicepresidente suyo ¡Roosevelt! ¡Querido y viejo vocinglero Teddy! ¡Qué calamidad para América si alguna vez llega a ser presidente! Es necesario ser un hombre rico y lleno de todo para adular lo que él llama las masas, probablemente porque no sabe nada acerca de ellas. El pueblo es mucho más realista. Yo diferencio el pueblo del populacho, por supuesto, y el pueblo americano, en su mayoría, es bastante sano. ¿Qué te parece si me escabullo de las celebraciones hoy?

—¿Y dejarme ir sola? Harald no está aquí, y de todos modos nunca vino con nosotros el Cuatro de Julio. ¿Quieres que la gente sienta lástima de mí, en especial esa aborrecible señora Morgan, que es tan fastidiosa respecto a su hijo? ¿Y los Kitchener, y su simpática hijita Maude?

—Y Jenny... —agregó Jonathan.

Marjorie inclinó la cabeza sobre el pan que rebanaba, y suspiró. «Mi querido y estúpido Jon», pensó.

—Sí, Jenny —dijo—. Ha dado el día libre a la servidumbre, se quedó completamente sola y se sintió patéticamente agradecida por mi invitación. Tiene tan pocas diversiones, pobre criatura. Eso se debe a que hay en ella rasgos inflexibles. Fue a la escuela en Hambledon, pero no conoce a nadie. Toda su vida ha sido una especie de ofrenda a su padre, quien después de todo nunca vivió en su isla. No puede sobreponerse al dolor, y Harald, como tú sabes, es para ella un intruso que no tiene ningún derecho sobre la isla.

—No digas «un intruso» madre, no seas ingenua. —Su rostro se contrajo de nuevo y abandonó la cocina.

Fue a su consultorio, atravesó las calurosas habitaciones que estaban cerradas, y luego se detuvo a contemplar sus archivos. Ya no odiaba a su difunta esposa, se había convertido en algo irreal. Pero odiaba a todos aquéllos que le hacían imposible que se quedara en aquella ciudad, que le echaban de allí con violencias verbales, mentiras,

insinuaciones, desconfianza, malicia y hostilidad. No había pedido otra cosa que poder servirles, y ellos le habían repudiado. Encontró una botella de *whisky* dentro de un cajón y bebió con ganas, sin usar el vaso. En eso sonó el teléfono.

—Querido —le dijo Marjorie—. Es hora de que me ayudes a cargar las canastas en el coche.

Aquello le resultó tan banal, en medio de su aflicción que se echó a reír.

—Estás muy guapo —dijo Marjorie, mientras Jonathan le ayudaba a cargar las canastas en la berlina—. Me gusta esa chaqueta a rayas blancas y azules. ¿Pero por qué lleváis vosotros los hombres, esos cuellos duros tan altos, especialmente en un día caluroso como éste? ¿Y puños duros, y gemelos, botones de cuello y ese resto de corbatita angosta?

—¿Por qué las mujeres lleváis corsés rígidos de ballenas y vestidos que se arrastran por el polvo? La moda, mujer, la moda.

Miró a su madre. Su cara aristocrática, tan parecida a la de Jonathan, estaba arrebolada por el calor y sus ojos castaños eran amables y contemplativos cuando le sonreían. Pero había debajo de aquellos ojos unos círculos color púrpura, y tenía los labios pálidos y un tanto contraídos. Jonathan frunció las cejas.

—¿Tomas la digitalina que te di? —le preguntó.

—Cuando me acuerdo. No hagas líos, querido. Olvídate de que eres médico, aunque sólo sea por hoy. ¡Qué día más hermoso! A menudo hace buen tiempo, los Cuatro de Julio.

—Desgraciadamente, porque estimula a salir a los mentirosos y a los demagogos.

No dejaba de escudriñarla. Le parecía verla envuelta en una desacostumbrada luz clara, y por alguna razón aumentó su inquietud. Marjorie colocaba cuidadosamente unas servilletas blancas dentro de la canasta, y Jon advirtió el leve temblor de sus manos.

—No nos vamos de aquí hasta que vuelvas a casa y tomes tu digitalina —le dijo.

Apoyó la mano sobre el lomo sedoso de su yegua favorita, y su madre volvió la cabeza y le acarició los dedos.

—De acuerdo —dijo Marjorie— pero me siento muy bien, de veras.

Volvió a la casa caminando lentamente por el sendero, y su delgada figura le pareció a Jon muy fatigada. Volvió a fruncir las cejas. Había sentido por su madre el interés habitual que experimenta un médico, pero ahora aquel interés había aumentado. Encendió un cigarrillo y miró sin ver la amplia y tranquila calle y también la sombra azul y profunda de los árboles y el brillo del cielo.

—¿Por qué tienes esa mirada fija? —le dijo su madre, que estaba a la altura de sus codos.

—¿Miraba así? —La ayudó a subir a la berlina y Marjorie se hundió en el asiento

con un suspiro—. Pienso que los americanos no tienen ya agallas. Empiezan a clamar porque se sancionen reformas en estos días, aunque las reformas deberían comenzar en ellos mismos.

—Un mundo nuevo trae problemas nuevos, y exige nuevas soluciones —dijo Marjorie—. ¿No es eso lo que dice siempre Mr. Roosevelt?

—Los gobiernos han dicho, eso mismo desde el principio de la Historia —dijo Jonathan tomando las riendas—. Es el primer paso hacia la tiranía, los viejos problemas nunca cambian porque no se puede cambiar la naturaleza humana.

—Salvo mediante la religión —dijo Marjorie.

Jonathan soltó un bufido. Apretaba fuertemente las riendas, mientras conducía la yegua calle abajo, pues era necesario tener cuidado con los niños traviesos que podían arrojar un petardo al paso de un caballo nervioso. Marjorie saludó a un amigo ocasional que estaba en la acera, y después pudieron ver entre las casas el brillo del río, y los flancos verdes y azules de la montaña.

—¡Tan pacífico, tan tranquilo! —dijo Marjorie—. ¡Cuántas cosas hay que debemos agradecer en estos días! No más guerras, sino abundancia, esperanza, paz e industria. Somos una nación llena de bendiciones.

—No estaría tan seguro de que continúe así —dijo Jonathan lanzando un nuevo bufido—. Hemos empezado a aflojar los músculos, como la vieja república romana. No somos diferentes de los viejos muchachos.

Pero Marjorie sonreía a esa tranquilidad soleada, interrumpida tan sólo por las breves explosiones de los fuegos artificiales y la cálida voz del viento caluroso en los árboles.

—¡Tenemos tanta prosperidad ahora! —dijo—. La depresión de Grover Cleveland ha terminado. La gente está muy esperanzada, muy entusiasta, con este país nuevo.

—Te va a gustar la «Pera de Mazapán» —le dijo Jonathan.

Enfiló al caballo por la calle que conducía a la plaza. Podían ver ya las altas banderas que ondeaban contra el cielo, y oír el zumbido distante de la multitud, además del largo tronar del cañón sobre el césped de la municipalidad. Aquel cañonazo marcaba el principio de las festividades anuales. El aire se impregnaba de olor de pólvora y un humo espeso se levantaba con la brisa, formando una neblina brillante. Ahora la banda atacó una canción marcial, una marcha de Sousa, y se oyó una gran ovación.

Jonathan ató al animal cerca de un abrevadero, a la sombra. La yegua bufó ansiosamente y le contestaron sus semejantes, atados a todo lo largo de la calle. Jonathan volvió a palmearla, le dio un terrón de azúcar y se le acercó un policía.

—Los voy a vigilar a todos, doctor —dijo, tocándose la gorra en un saludo dirigido a Marjorie—. No hay petardos en esta calle. —Se echó a reír—. Mucha

basura, sí.

—¡Jon! —dijo una voz a su espalda.

Jonathan y su madre se volvieron y vieron detrás de ellos al padre McNulty, rechoncho y radiante, brillantes sus dorados ojos y el rostro joven reluciente de transpiración. También llevaba una canastita cubierta con una servilleta a cuadros.

—Fue muy amable de su parte invitarme, señora Ferrier —dijo estrechándole la mano, su raída sotana tenía un tinte verdoso. Se dirigió a Jonathan con una risa alegre—. ¡Tengo mi propio caballo y mi coche ahora! —le dijo—. El senador Campion insistió. ¡Quinientos dólares! Sólo me quedan por pagar doscientos más. El senador es realmente muy generoso, paga los gastos de la caballeriza.

—¡Qué bueno! —dijo Marjorie.

—¡Delicioso!, como diría Teddy —apuntó Jonathan—. ¿Por qué no les exprime los otros doscientos a sus feligreses ricos?

—Qué amable el senador —interrumpió Marjorie apresuradamente—. ¿Verdad que tenemos un día hermoso?

—Maravilloso —dijo el joven clérigo, secándose la frente húmeda por debajo del sombrero—. Yo no he traído gran cosa, señora Ferrier. Mi tía le agradece su invitación, pero tiene uno de sus dolores de cabeza. Una desgracia. Pero preparó una tarta de chocolate muy buena.

—Me encanta la tarta de chocolate —dijo Marjorie—. Será deliciosa con el té helado.

Le miró con agrado. ¡Era un joven tan simpático, tan inocente, tan amable! Esperaba que los Kitchener no le desairaran, ni aquella temible señora Morgan tampoco. Había cosas muy poco amables en la prensa de aquellos días acerca de la «Amenaza Romana», o mejor dicho, en lo que Jonathan llamaba «prensa amarilla». Hacía apenas dos semanas habían roto las ventanas de las pequeñas cabañas de las familias de trabajadores irlandeses recién llegados a Hambledon y les habían desparramado basura sobre sus aceras. Nadie había protestado con excepción de Jonathan, en una carta muy violenta que envió al diario local, con lo cual, por cierto, no había aumentado su popularidad.

El padre McNulty echó a andar con ellos, hablando con deferencia filial a Marjorie.

—Me gustan estas celebraciones —le dijo—. Las ciudades pequeñas son más cálidas y más personales que las grandes urbes.

—Así lo creo —dijo Jonathan, olfateando la dulce fragancia del chocolate.

—Vamos, querido —dijo Marjorie.

—Más amables y más fraternales —prosiguió Jonathan—. Hay más amor.

Marjorie quedó desconcertada por la mirada extrañamente ansiosa y compasiva que el joven clérigo fijó en Jonathan, mirada que después se volvió triste. Caminaban

en silencio y sus pasos producían un eco leve.

La plaza, frente a la Municipalidad, que era el orgullo del pueblo, hervía de gente: hombres, mujeres y niños, bulliciosos y llenos de alegría, que aumentaba con el ondear de múltiples banderas y con los marciales sonos de la banda que tocaba sin cesar. Frente al palco principal estaba situada la banda y los altos dignatarios del pueblo, además de los militares, entre los cuales se destacaban veteranos de la guerra civil y jóvenes que habían combatido en la guerra contra España. El aspecto que ofrecía el lugar era deslumbrante.

—¿Puedes encontrar nuestra mesa, Jon? —preguntó Marjorie Ferrier. El padre McNulty había tomado una de las canastas sin que Marjorie protestara.

—Me parece ver un cuervo —dijo Jonathan señalando hacia el césped más distante—. Ah, sí, es la señora Morgan.

—Vamos, Jon —le dijo Marjorie.

—No sé por qué soporto esto, año tras año —dijo Jonathan abriéndose camino por entre las mesas, esquivando las fuentes, los vasos y a los niños que llenaban el césped.

—Es todo muy inocente e inofensivo —dijo el padre McNulty—. Debe haber varios miles de personas aquí, muy felices.

Jonathan le miró fijamente.

—¿De verdad? —dijo.

—Ingenuo, tal vez —dijo el clérigo, y se detuvo para devolver un saludo borreguil—. Pero las celebraciones públicas se remontan a los principios mismos de la historia espiritual del hombre.

El ruido se hizo más tumultuoso.

—Veo que el viejo Campion ha llegado con toda su magnificencia —dijo Jonathan—. Preparado, como siempre, para un maduro discurso lleno de gloria. Beatrice está con él, pero no veo a Francis.

—Salió para Nueva York anoche —dijo el sacerdote—. Va a Francia.

—Muy bien —dijo Jonathan—. Ésa va a ser una buena educación para él.

—Va a un monasterio en los Alpes —dijo el padre McNulty.

Jonathan se detuvo con brusquedad.

—Al infierno, dirá usted —exclamó—. ¿Fue usted quien maquinó eso?

—Vamos, querido —dijo Marjorie, al ver que a su hijo se le ensombrecía el rostro—. Bueno, aquí llegamos. ¿No es bonito?

El lugar elegido estaba ya ocupado, cuando llegaron, por la señora Morgan. La madre de Robert, ignoró olímpicamente al padre McNulty a pesar de que se lo presentaron. Había, además, su hijo Robert, Jenny Heger y otros. Marjorie advirtió de inmediato que Robert no tenía ojos más que para Jenny, hasta el punto que ni siquiera prestaba atención a las palabras de Jonathan.



—Señorita Heger, a menudo miro su maravillosa isla a través del río, esa encantadora isla suya —le decía con un temblor en la voz—. Desearía que me permitiera volver a visitarla pronto.

Jenny se sobresaltó, volvió lentamente la cabeza y se encontró con sus ojos, un doloroso color escarlata le subió por la garganta y le encendió las blancas mejillas.

—Yo... —dijo tragando saliva—. Tal vez pudiera usted... tal vez algún día...

—¿Pronto? —rogó él, con la cara enrojecida y asustado por su propia audacia.

Jonathan se dio cuenta de lo que sucedía. Advirtió la desesperada ansiedad en la expresión del joven doctor, su apasionada intensidad y su servil deseo, y vio en Jenny, sentada a su lado, un frío desapego y una evidente infelicidad. Jonathan no podía creerlo. ¿No le bastaba con Harald, que también intentaba ahora deslumbrar a aquel muchachote de rubia y rosada inocencia? ¿Y con qué contaba aquella bruja para deslumbrar a nadie? Por lo menos debería vestir como una mujer joven y no como una bruja indigente. Le asaltaron después sus propios pensamientos, que le hicieron enfurecer más de lo que estaba. Hubiera querido agarrar a Jenny por los hombros y darle una fuerte sacudida, la idea le resultó aterradora.

—Vamos a tender el mantel. Querida Jenny, alisa esos pliegues, para que quede liso. Espero que a todos ustedes les guste lo que hemos traído: limonada fría, refresco de fruta, y cerveza helada, para los caballeros.

—Robert no bebe —dijo Jane Morgan, lanzando sobre Marjorie una mirada reprobatoria, y ésta le contestó con una sonrisa.

—Tal vez haga una excepción hoy —dijo con su hermosa y tranquila voz—. Y quizá sea mejor que comamos ahora, antes de que empiecen esos espantosos discursos.

La banda tocó violentamente, pues el director, Emil Schuman, recibía la aparición de nuevos espectadores: señoras con grandes sombreros y sombrillas. Estaban allí Louis Hedler y Humphrey Bedloe, y otros miembros del personal de los dos hospitales; varios clérigos y el coronel Jeremiah Hadley, veterano del Gran Ejército de la República, con sus sesenta años y sus canas, pero alto e imponente con su uniforme azul de la Unión y sus medallas. Saludó a las damas y se sentó al lado del senador y de su hermana. Cruzó los brazos y observó a los veteranos que estaban al otro lado de la plaza. Cambió la expresión severa de su rostro e inclinó su cabeza.

—Me han dicho —dijo Jane Morgan observando a Marjorie con su mirada fría e irónica— que hay un público mucho más refinado en el parque cercano al río, sin todo este ruido, esos niños aulladores y las clases vulgares.

—Sí —le contestó Marjorie depositando unos rollos calientes en la fuente de plata—. Pero éste es el lugar tradicional y la celebración tradicional. Nosotros, los de Hambleton, nos hemos reunido aquí, en este *picnic*, todos los años, desde mucho antes de la Guerra Civil, incluso cuando Hambleton era una aldea y no un pueblo.

Habr  notado usted que est n aquí el senador Campion, el intendente y otra gente importante de Hambledon, aunque he oído rumores de que se unirán a los otros que est n cerca del río después de los discursos.

—No hay que extrañarse —dijo Jane Morgan—.  Con ese espantoso ruido!  Y esa horrible banda!  Por qué no podrá dejar de tocar aunque sea por un minuto?

La banda preguntaba de nuevo al bullicioso populacho si «* quedaban algunos más como ustedes en nuestro suelo?*», y las flautas respondían en falsete que «* s , hay bastante más, señor!*». Los petardos confirmaban todo eso formando un violento coro.

Explot  después con «* Salud, Columbia, tierra feliz!*». La muchedumbre se levantó formando una masa de ardiente colorido, cantando y vitoreando alegremente, agitando pequeñas banderas y encendiendo nuevos petardos. El sol iluminaba con fuerza, y el aire estaba impregnado del olor de la comida, la cerveza, el polvo, la hierba aplastada y la pólvora.

Jonathan se levantó también, y al hacerlo rozó, casualmente a Jenny, que también se levantaba, e instintivamente la sostuvo para que no cayera. Le rodeó la cintura con el brazo y sus labios rozaron las mejillas de la muchacha. Se quedaron inmóviles como estatuas, y después, muy lentamente, Jenny le miró levantando hacia los ojos de Jonathan aquellos enormes ojos azules, mientras se ponía más blanca que nunca. No podían apartar la mirada.  l sintió temblar bajo su mano el cuerpo de la muchacha y vio, con asombro y con una tremenda emoción, que un destello de luz le cruzaba el rostro y que se le abrían los labios.

Dej  caer la mano, susurrando «lo lamento», pero él también temblaba. Volvió a mirarla, pero la muchacha ya miraba hacia otro lado. «JENNY», pens , debía habérmelo imaginado.  Pero no podía ser! Jenny era la amante de su hermano. Sintió como si algo desintegrara todo su cuerpo y sus pensamientos.

## Capítulo 17

El senador Champion, con su imponente apostura, siguió al director Schuman hasta el atril, y todo el mundo le aclamó y aplaudió, pues era muy popular, le llamaban «El Amigo del Pueblo». El pueblo le amaba por su aspecto; su dinero; los pequeños escándalos que matizaban su vida; sus sonrisas; su ingenio; sus repetidas historias y la constante propaganda periodística. Saludó a la muchedumbre contestando el saludo de los veteranos con gravedad. Se inclinó ante los dignatarios, levantó los brazos como un padre cariñoso para calmar los gritos, las atronadoras vivas y el ondear de las banderas. Su hermana Beatrice brillaba como el sol a su espalda, orgullosa casi hasta las lágrimas, que secaba con un pañuelo de encaje.

Cuando la multitud se hubo tranquilizado un poco, la voz del senador, potente y meliflua, llenó toda la plaza, cargada de emoción.

«¡Queridos amigos —dijo— queridos vecinos, queridos hermanos y hermanas! De nuevo, en este glorioso Cuatro de Julio, este noble día de la Independencia de una vieja opresión y tiranía, vengo a dirigirme a vosotros con humildad y gratitud por el amor que me demostráis, el apoyo que me habéis prestado sin limitaciones, la confianza que me habéis otorgado. ¿Cómo podré expresaros lo que esto significa para mí, para mi corazón de hombre, para mi alma inmortal, para todas mis emociones y mi sensibilidad?», concluyó, golpeándose el pecho con un puño.

—¡Oh Dios! —murmuró Jonathan.

Recordaba la arrolladora pasión que había sentido cuando su mejilla se rozó con la de Jenny, y aquello le hacía sentirse horrorizado y apenado, en una medida que no había experimentado hasta entonces. Jenny estaba sentada a su lado, en actitud rígida y sin mirarle siquiera.

El senador, habiéndose sobrepuesto a su delicada sensibilidad y sentimientos después del primer embate, había vuelto a levantar los brazos y ya se dirigía de nuevo a la multitud Jonathan, en su ensimismamiento, había perdido algunos de los párrafos más floridos.

En aquellos momentos, el senador, en pleno apogeo de elocuencia, prometía a los concurrentes, el cumplimiento de «*un Destino inscrito desde la Edad de Piedra en el Corazón de Dios, profetizado en los Libros Antiguos y listo para derramarse sobre esta nueva Jerusalén, esta tierra de leche y miel*».

Jonathan se agitaba inquieto en su banco, y Robert Morgan no apartaba de Jenny sus ojos enamorados, mientras Marjorie dormitaba en su asiento. Sólo Jonathan y el padre McNulty prestaban atención al discurso, y este último tenía una expresión inquieta y grave.

El senador Champion, girando hacia todos los lados y clavando sobre la multitud miradas ardientes, reclamaba para su país el cumplimiento de sus altos destinos,

siguiendo las huellas de Grecia, Egipto, Persia y Babilonia. Y reclamaba la herencia de Gran Bretaña, y la hegemonía sobre Alemania, y Austria-Hungría, e incluso sobre aquellos hombrecitos amarillos del otro lado del Pacífico, preguntándose si *«prestaríamos oídos sordos al clamor de las sufrientes multitudes de todas partes del mundo»*.

—¡Dios mío! —dijo Jonathan en voz alta.

Miró a su alrededor, y vio el rostro soñoliento de su madre, el perfil inmóvil de Jenny y la actitud distraída de los demás, ninguno respondió a su exclamación. Pero en aquel momento su vista se cruzó con la mirada alarmada del padre McNulty, y durante un instante se miraron, mientras la rugiente multitud daba su ruidosa aprobación a las palabras del orador.

Campion siguió, alentado por los aplausos, reclamando para su América el destino imperial que la aguardaba, mientras que los veteranos y el coronel Jeremiah Hadley, estáticos y firmes, clavaban sus ojos en el senador con mirada de basiliscos. Éste seguía, entusiasmado, anunciando que *«había llegado el día en que un débil gobierno en Washington debía levantarse y hacerse cargo de las nuevas responsabilidades correspondientes al nuevo Imperio, a la nueva América»*. Según él, *«la tímida doncella se ha convertido en un gigante que mira con arrogante confianza a la asombrada Europa, y detrás de sus imponentes ciudades, sus atareadas fábricas, se alza el brazo poderoso. ¡Corre por nuestras venas una sangre irresistible, y tenemos en nuestros corazones la fuerza de los siglos! No debe asombrarnos que ahora, cuando lanzamos un grito jubiloso y desafiante, Europa nos escuche»*.

—¡Ya lo creo! —acotó Jonathan—. Y mejor que escuche bien. Mejor será que todo el condenado mundo escuche bien a este energúmeno, cuyos semejantes forman legiones en Washington.

—Sí —asintió el sacerdote que miraba alarmado al senador.

Jonathan recordaba lo que le dijo el joven Francis Champion y una furia creciente le subía por la garganta. Se preguntaba a sí mismo cómo era posible que un hombre conspirara contra su propio país sólo por el dinero, por la lujuria del poder, por el odio contra la raza humana. Sí, era más que posible. Las ruinas de las civilizaciones antiguas estaban manchadas con los nombres de hombres perversos como ése, que habían llevado a su mundo a la destrucción y a la muerte y se habían regocijado con ello, ya fuera por una ambición diabólica o por un loco entusiasmo. Satanismo puro. Jonathan siempre se había burlado de aquella palabra. Ahora, a pesar suyo y en medio de su turbación, dudaba.

El senador, ya embriagado por su propia oratoria profética, no vacilaba en citar al poeta Tennyson en apoyo de sus propias profecías, y su recitado encantaba a la muchedumbre, con la sola excepción del coronel Hadley, sus veteranos, Jonathan y el

sacerdote. Sacó a colación hasta a Víctor Hugo, y no vaciló en propiciar la formación de una Federación del Mundo, de la que su país sería la cabeza y tendría en sus manos el gobierno y el poder.

Jonathan ya no se burlaba, sino que estaba profundamente atemorizado. Hambledon era un pueblo pequeño, y Campion un simple senador, pero ¿no estaría repitiendo lo que susurraban en Washington en esos días algunos hombres ambiciosos y cargados de odio? ¿Se atrevería a hablar en forma tan audaz, incluso a esta gente tan simple, si no se hablara en forma mucho más cruda en los oscuros pasillos del Gobierno?

El senador pedía medidas severas contra quien se resistiera a aquella voluntad de imperio, si las palabras suaves y convincentes no producían su efecto, y todo ello en salvaguarda de los pobres y los oprimidos de todos los rincones del mundo.

—Se ha vuelto loco —le dijo Jonathan al padre McNulty.

—No, no lo creo —contestó el clérigo pálido—. Me pregunto cuántas pequeñas ciudades como ésta escucharán discursos como éste, en el día de hoy.

—Me gustaría que hubiera por aquí corresponsales extranjeros.

«... ¡Un Imperio benigno, completamente democrático! —aullaba el senador—. ¡Tal vez no lo veamos nosotros, pero lo verán nuestros hijos! El Destino no se puede evitar».

—Que Dios nos ayude —dijo Jonathan.

—Amén —agregó el sacerdote.

La gente rugía de excitación y júbilo, a pesar de que muy pocos habían entendido las terribles profecías del senador y lo que significaban para su país. Cruzaban la plaza para estrechar la mano del radiante senador, y muchos decían: «¡Ha sido un discurso magnífico!», aunque muy pocos se preguntaban, «¿Qué es lo que ha querido decir?».

—Esto es algo parecido a lo de las Tullerías —comentó Jonathan sin que nadie le escuchara, salvo el sacerdote—. Ahora bien, ¿de dónde saldrá nuestro César, o nuestro Napoleón? No vendrá con banderas ni tambores, me parece, vendrá con dichos piadosos, con boca engañosa, será un degenerado lleno de «amor», y de odio, lujuria de sangre y ambiciones. No será un César señorial, sino un Pequeño Cabo. Probablemente sea eunuco.

—¿Qué dices, querido? —preguntó Marjorie despertando con un pequeño temblor.

Los demás dormían descaradamente con los ojos abiertos, pero la vigilante señora Morgan seguía observando al imperturbable Robert, y éste a Jenny, que ahora miraba a Jonathan.

—Nada, mamá —dijo Jonathan.

En aquel momento sonaron las trompetas y cesaron los vivos y los aplausos. El

coronel Hadley se acercaba al atril.

El intendente presentó al coronel, a quien todos conocían, como «nuestro gran héroe de la Guerra Civil», y anunció que pronunciaría unas palabras.

La voz del coronel se elevó en medio del ruido que hacía la gente que levantaba las mesas y guardaba sus cosas, y el bullicio de los niños, y se elevó varonil, firme y tranquila. Los que ya se retiraban se detuvieron a escucharlo, a pesar del sol y del calor.

«Compatriotas americanos —dijo—. Acaban de escuchar un retumbante discurso de nuestro senador por Pennsylvania, Mr. Kenton Champion. —Hizo una pausa y levantó la mano—. He oído muchos discursos en mi vida, pero ninguno tan peligroso, tan enloquecido, tan cruel, tan irresponsable y tan siniestro».

Su voz se impuso en la plaza súbitamente silenciosa. La gente regresó a la plaza y se sentó sobre el césped para escuchar. Todos los rumores cesaron bruscamente y la sonrisa se borró de la cara del senador. El mayor se sentó rígido en su silla.

—¡No lo puedo creer! —dijo Jonathan—. ¡Qué les parece el viejo Jerry!

»Y un imperio —siguió diciendo el coronel— se compra a un sólo precio, y así ha sido a través de todos los siglos: agresión contra otras naciones, oro, sangre, muerte, lágrimas, sudor, dolor y esclavitud. Siempre en última instancia la esclavitud. Un imperio no puede crearse ni conservarse sin ese crimen contra Dios y el hombre, sin la bancarrota, sin la guerra, sin los perpetuos ejércitos, sin amenazas y prisiones, sin espada y pelotones de fusilamiento. América es un país de paz. No tiene ambiciones... todavía. No tiene aspiraciones internacionales... todavía. No tiene deseos de imponer su forma de gobierno, a pesar de que éste es un gobierno libre, sobre otras naciones... todavía. Está dispuesta a permitir que otros países vivan y prosperen, se levanten o caigan, por su propia voluntad. Sólo desea exponer un ejemplo de libertad, democracia y paz al mundo entero.

»Y en este día, amigos, en este día, recuerda las advertencias de George Washington sobre la necesidad de establecer un comercio pacífico con otras naciones, pero de negarse a verse mezclada en cuestiones foráneas y alianzas peligrosas. Ha aprendido la lección que ha sido proclamada por toda la Historia: la interferencia en nombre de cualquier consigna mojigata en los asuntos de otros países, es el camino al poder, quizá, pero es también el camino hacia la extinción, la ruina y la catástrofe. Es el camino de los hombres implacables y ambiciosos, hombres que sienten la lujuria de la riqueza y el deseo de mandar sobre sus semejantes».

El coronel hablaba en voz muy alta y con el puño cerrado.

«¡Escuchadme, compatriotas! ¡Ninguna nación ha emprendido nunca el camino hacia el imperio, con heroicas consignas, nobles banderas y tambores, sin morir en su propia sangre! ¡Es la justicia de Dios! Es la venganza de una humanidad enfurecida. Yo también, quizá, como el senador, he vislumbrado el futuro. Tenemos dos cosas

para elegir: la paz, la armonía interior y la eterna vigilancia, o guerra, sangre, bancarrota y vernos mezclados en las interminables peleas de otras naciones. La elección es nuestra. Yo elevo mis plegarias para que no nos volvamos locos, para que no escuchemos a embusteros, energúmenos y hombres llenos de ambiciones. Pero cuando se conduce a los hombres por el camino del imperio pierden la razón, se emborrachan de trivialidades, y baten los tambores de la locura, sus muertos caen a su lado, los jóvenes muertos, que ellos llaman “héroes muertos”. No lo son. Son sacrificios tributados a Moloch. Siempre ha sido así, y seguirá siéndolo».

«Yo soy soldado. Obedecí la llamada a las armas de mi país. La Unión ganó mi guerra, en la cual se vieron mezclados muchos otros que están hoy aquí. ¿Qué es lo que tenemos ahora? Una nación dividida. ¿Cuánto tiempo tardarán estas heridas en cerrarse del todo, y en olvidar la sangre de nuestros hermanos? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que los hombres de Gettysburg sean olvidados y sus cañones se oxiden en la tierra? ¿En qué nos benefició que libráramos esa guerra? Se dijo que era para acabar con la esclavitud, pero la esclavitud ya estaba desapareciendo en nuestra nación, y en unos pocos años más hubiéramos presenciado su fin. Se dijo que peleábamos para conservar la Unión, pero si no hubiéramos tenido agentes provocadores en el Norte y en el Sur, esa Unión no se hubiera visto amenazada nunca».

«Éstas no son las palabras que deseaba pronunciar hoy. Quería celebrar la paz, la seguridad y la grandeza de nuestro libre país, nuestro bendito país. Pero he oído las palabras del antiguo MAL, y una espada me ha penetrado en el corazón. Sólo puedo elevar mi voz en una advertencia: el sendero de los imperios conduce sólo a la muerte. Que Dios nos libre de él».

No se oyó ningún aplauso. El coronel no volvió a sentarse, bajó los escalones, llegó a los mástiles, y allí se dio vuelta y abandonó la plaza. La muchedumbre le veía marcharse, desconcertada y murmurando. Los dignatarios tenían expresiones enfurecidas. Susurraban moviendo las cabezas con sonrisas de desprecio, algunos se juntaron alrededor del senador, se inclinaron ante él y le felicitaron o le ofrecían sus condolencias por el insulto de que había sido objeto, mientras él se reía con la cara encendida.

«¡Estos viejos soldados!» —dijo con indulgencia.

La banda atacó *The Star Spangled Banner*, y todos cantaron. Flotaba en el ambiente la sensación de que algo portentoso había sucedido, algo amenazador, pero la premonición se desvaneció y todos pudieron irse a casa ya bien entrada la tarde a descansar, sentados en sus porches para luego mandar a los niños a dormir y preparar el café para después de la cena. Hablaban amablemente del senador, pero pocos mencionaron al coronel.

—Ha sido uno de sus discursos más inspirados —le dijo el viejo Louis Hedler al

senador—. He oído a Bryan, pero aun en sus mejores días no tenía la mitad de su elocuencia, senador.

—Gracias, Louis —respondió el senador, ayudando a su hermana a bajar los escalones. Esperó amablemente a que ella terminara una pequeña charla con sus amigas—. ¡Pobre Hadley!, casi chochea, ¿no les parece?

—Tiene su edad, Kenton, y ahora está retirado —dijo Louis Hedler sin poder resistir.

—Ah, sí, Louis. Es una suerte para el país que la mayoría de los soldados no piensen como él. Ya hubiéramos tenido sobre nosotros a los vándalos si pensaran así.

—Ahora sólo nos queda esperar que se levanten entre nosotros —dijo Louis.

—Entonces los aplastaremos —dijo Kenton con una carcajada—. Nosotros los senadores no procederemos como nuestros antiguos colegas romanos, que entraron al Senado majestuosamente y se sentaron allí, silenciosos, hasta que entraron los vándalos rugiendo y les rebanaron la cabeza no, seguro que no. En el momento en que nuestros vándalos internos se sientan con fuerzas suficientes para dar el golpe, tendremos una élite gobernante que no se verá obligada a esperar el permiso del pueblo, o el voto, o cualquier otra cosa, para poder actuar. Entonces no habrá opinión pública, tendremos opinión gubernamental. ¡Ésta es una época nueva, Louis, una nueva época!

—No me gusta —dijo Louis—. Bueno, tengo mis dudas de que tú y yo vivamos para ver a América convertida en un despotismo, es algo por lo que debemos estar agradecidos a la Providencia.

El senador miró a Louis, y en sus ojos se pudo percibir una sombra peculiar, como si estuvieran cubiertos por un vidrio.

—Louis, ¿puedo preguntarte cuándo se va de Hambleton el joven Ferrier?

—¿Jon? —La cara de sapo del viejo Louis se enrojeció—. No lo sé, Kenton, no lo sé. Francamente, Humphrey y yo hemos tratado de persuadirle para que se quede. Después de todo, fue absuel...

Pero la expresión del senador había perdido toda su alegría, y se volvió vengativa y tranquila.

—Louis, quiero que ese hombre desaparezca de este pueblo, la verdad es que quiero verlo fuera del Estado. Tengo influencias en Pittsburgh y Filadelfia. No va a conseguir privilegios hospitalarios en ninguna otra ciudad. Échalo, Louis.

Louis tenía la obstinación propia de sus antepasados teutónicos, y no había querido nunca al senador, pese a que eran amigos entrañables.

—Salvó la vida de Hortense Nolan hace muy pocos días —dijo— y, Kenton, sus padres son los mejores amigos que tienes en este pueblo. Ha salvado más gente de lo que me gusta recordar. Es un espléndido médico-cirujano, y lo necesitamos...

—Échalo, Louis —dijo el senador con voz suave y mortífera—. ¿Entendido?



Fuera de tu hospital, fuera del de Bedloe. ¿Sabes lo que ha hecho con mi hijo? Ha hecho que le resultase imposible continuar en el seminario. Desde el primer momento me opuse a que fuera al seminario, pero me incliné, como padre indulgente, ante la decisión del muchacho. Luego vino Ferrier y casi destruyó su mente con las cosas más irreproducibles, y el muchacho se ha escapado a Francia. He oído algunas cosas sobre los casos en que ha intervenido. ¿No murió la niña Martha Best en circunstancias misteriosas, por ejemplo? Y nada más que ayer mi querida y delicada amiga, Elsie Holliday, tuvo que ser tratada con calmantes, Louis, porque tu Ferrier obligó a su hijo, el joven Jefferson, a irse del pueblo, de su Estado natal, a alguna cueva apestosa cerca del Golfo de México, por algún supuesto tratamiento o diagnóstico que nadie ha confirmado, y que es muy probable que sea falso.

La cara de Louis se endureció.

—Ahora escúchame a mí, Kenton, te han contado mentiras apestosas. La pequeña Martha tenía una enfermedad muy rara, cáncer de la sangre, que es incurable y que Jon diagnosticó de inmediato. ¡Por Dios, hombre! No puedes echarle la culpa a Jon por un acto de Dios o de la Naturaleza. No sé nada sobre tu hijo, no sabía que Jon fuera su médico.

—Nunca lo fue. Se metió por su cuenta en mi casa sin que nadie le invitara ni le llamara y habló a solas con Francis. Después de eso, lo primero que yo y su querida tía supimos, fue que se iba a Francia, a un lugar desconocido. ¿Es ético insistir en tratar a un paciente contra su voluntad, contra la voluntad de su familia? Pienso que no. Pero ¿qué hay de lo de Jefferson Holliday?

—No puedo decírtelo exactamente, Kenton —dijo Louis vacilante— pero tiene algo que el Gobierno designa como una «enfermedad detestable y contagiosa». Tendrás que darte por satisfecho con eso, Kenton.

El senador sonrió y miró de reojo a su hermana, que seguía charlando.

—¿Venérea, eh? Bueno, es joven. ¿Qué hay de esos nuevos tratamientos con arsénico? Caramba, Louis, si todos los jóvenes que se atrapan sífilis o purgaciones tuvieran que irse de las ciudades, no nos quedaría ni uno.

Dio unas palmaditas a Louis en el hombro.

—Échalo, Louis. ¿De acuerdo? Vamos, Beatrice, tenemos apenas tiempo para llegar al parque y cenar con nuestros amigos y ver después los fuegos artificiales de la noche.

Louis le siguió con la mirada, después encendió lentamente un cigarro, bajó las escaleras y contempló el caluroso desorden y el silencio de la plaza que estaba casi desierta. Los rayos dorados de la caída de la tarde refulgían en las copas de los árboles y de las fachadas de los negocios.

—Sí, Kent —murmuró Louis Hedler—. De acuerdo, por ti, naturalmente. Pero hay otros.

Las señoras del grupo de los Ferrier se habían retirado discretamente «para refrescarse», en el interior del edificio de la Municipalidad, y los caballeros se retiraron también con el mismo propósito al subsuelo de la Primera Iglesia Presbiteriana. Volvieron a encontrarse en la mesa.

—Estamos prácticamente solos —dijo Jonathan con regocijo.

—Bueno, vamos a comernos la tarta de chocolate que nos trajo el querido padre, y todavía queda hielo para el té —dijo Marjorie dejándose caer pesadamente en un banco, como si estuviera muy cansada—. Todavía no refresca, ¿qué hora es, Jon? No he traído mi reloj.

—Casi las seis. Campion charló tanto que te quedaste dormida, madre, y lo mismo les pasó a casi todos los de esta mesa. ¡Qué engaño y qué peligrosa farsa es ese tipo! ¿Qué le pareció, Bob?

—¿A mí? —preguntó Bob ruborizándose—. Le confieso, Jon, que no disfruto escuchando a los políticos. Ya les he soportado bastante en Filadelfia. Dejé simplemente que las palabras del senador resbalaran sin que me penetraran.

Al decir esto su rostro se puso extremadamente brillante y Jonathan estuvo a punto de echarse a reír, pues el joven doctor había mirado a Jenny Heger haciendo una mueca, y ella ni siquiera se había fijado. Tanto había superado el miedo que sentía ante los extraños, que ayudaba a Marjorie a llenar los vasos limpios de hielo y té.

—No se perdió usted nada —añadió Jonathan.

Los hombres no se habían sentado todavía, estaban juntos formando un pequeño grupo, Jonathan, Robert Morgan, el sacerdote y el señor Kitchener.

—Yo tampoco presté atención —dijo este último—. ¿Para qué? Ya es bastante malo en épocas de elecciones. ¿Usted le escuchó... señor? —le preguntó amablemente al padre McNulty.

—Me parece que sí —dijo el clérigo—. Le encontré muy perturbador. Nunca había oído un discurso como ése antes, aunque he leído últimamente insinuaciones como ésas en los editoriales de muchos diarios, desde que llegó el nuevo siglo. Hay algo parecido a exuberancia en el aire...

—Bueno, eso no es malo del todo —dijo el señor Kitchener.

—Se acerca la locura —dijo Jonathan—. Recordaba justamente lo que dijo Henry James recientemente, en el sentido de que nuestro mundo estará muy cerca de estrellarse a mediados del siglo. Le creo. Algunos de los viejos muchachos son muy buenos profetas.

—¿En qué forma se estrellará? —preguntó el señor Kitchener mirando a su hija.

—Guerras, revoluciones, nihilismo. Hemos notado ya su hedor en América. Los acontecimientos futuros envían por adelantado su apestoso olor así como también sus sombras. El Populismo, el Progresismo de Teddy. William Jennings Bryan, Eugene

Debs. He leído muchísimo de Debs últimamente. Cuando el siglo llegue a la mitad, tendré ochenta y cuatro años y estaré muerto, por suerte.

—Pero nuestros nietos —dijo el señor Kitchener muy abatido.

—No tendré ninguno, y eso es una bendición —dijo Jonathan encogiéndose de hombros—. Deje que nuestros nietos cuiden de sí mismos. Suficiente para el día... bueno, todavía tenemos un poco de paz en el mundo, en estos momentos, aunque dudo que dure mucho más, considerando los Campion que tenemos en Washington.

—¿Guerra? ¿Se puede imaginar usted a América complicándose en una guerra foránea? Imposible.

La charla fue interrumpida por la llamada de Marjorie a la mesa, comieron y bebieron a gusto, hasta que la señora Morgan, invocando su vieja artritis, anunció que se retiraba. Robert sintió deseos de rebelarse, pero asintió.

Robert se levantó y se dirigió a la puerta, pero al llegar titubeó. Sentía enormes deseos de que Jenny le mirara, le dijera una sola palabra aunque sólo fuera banal, o le sonriera. No podía marcharse sin una de aquellas cosas. Como si ella hubiera percibido su urgente deseo, miró por encima de la mesa y le mostró una tenue y contenida sonrisa, apartando en seguida la mirada, aquello fue suficiente para el joven. Sus últimos adioses fueron extremadamente cordiales.

—¡Qué muchacho tan simpático, tan dedicado a su pobre madre! —dijo Sue Kitchener—. La pobre mujer ha llevado una vida de prueba. Toda una mártir. ¿Está él... quiero decir, ha hablado...?

—Si lo que usted quiere saber es si hay una muchacha flotando en la sombra, le diré que no —interrumpió Jonathan—. Está libre de compromisos, y espero que se conserve así.

—Vamos, Jon —dijo Marjorie bostezando con toda su alma.

—Bueno, espero que encuentre una adorable muchacha aquí mismo, en Hambleton —dijo sonriendo tiernamente a su hija Maude.

—Tengo bendiciones —dijo el padre McNulty— aunque no espero muchos concurrentes hoy al Santísimo Sacramento. Se levantó, se despidió de todos y salió corriendo. Todos le miraron cuando se iba, hasta la misma Jenny Heger.

—Sea como sea, Kenton ha sido muy bueno al ayudarle a comprar su caballo y el coche —dijo Marjorie—. Supongo que lo hizo por lo de Francis.

Miró interrogativamente a Jonathan, pero su hijo no abrió la boca.

—Y ahora me parece que tenemos que irnos nosotros también —dijo Sue Kitchener—. Vamos a cenar de manera muy liviana, si es que nos queda lugar donde poner la comida, y después iremos hasta el río para ver los fuegos artificiales en la oscuridad. ¿Vas tú también, Marjorie?

—Creo que no —dijo Marjorie Ferrier—. Estoy muy cansada. ¿Y tú, Jonathan?

—Con seguridad que no —contestó Jonathan.

—Caramba, qué lástima. Pensé que te gustaría llevar a Jenny.

Jonathan quedó asombrado, la idea en sí misma era grotesca. Los Kitchener se retiraron y los Ferrier se quedaron solos con Jenny, que estaba sentada en silencio, como habitualmente lo hacía. Tenía la cabeza inclinada y las manos sobre la falda. Pero cuando Marjorie empezó a reunir las fuentes, los vasos, la platería y las servilletas, Jenny se levantó de inmediato y fue a ayudarla con sus diestras y rápidas manos. Jonathan llenó las canastas.

—A Jenny la acompañaremos hasta el río —dijo Marjorie— pues hoy no ha traído su bicicleta.

—¡Oh no, puedo caminar! —exclamó la muchacha—. Me gusta caminar y no queda lejos.

—Tonterías. Una muchacha joven caminando sola por las calles, oscurece rápidamente ahora y en día de fiesta, podría ser mal interpretado —dijo Marjorie.

—Madre, estamos ya en el siglo veinte —dijo Jonathan—. A las muchachas jóvenes ahora las comprenden, y no como antes. ¿No es así, Jenny?

La muchacha no contestó nada, pero se apresuró en lo que hacía.

—Todo es ahora «la mujer nueva», ¿no es así, Jenny? La mujer libre, libre para hacer lo que quiera bajo cualquier circunstancia. Audaz y libre como el hombre —añadió Jonathan.

—No seas desagradable, Jonathan —dijo Marjorie—. Jenny, no quiero oír más. Me parece que vendrás con nosotros, entre las canastas. ¿Habrán regresado tus sirvientes para cuando tú llegues?

—No, les he dicho que no era necesario que vinieran hasta mañana. Es fiesta para ellos también.

Marjorie dejó caer las manos.

—¡Jenny, te propones pasar la noche sola por completo en la isla! ¡Vaya, ni pensar siquiera en ello! Es demasiado peligroso. Cualquiera podría remar hasta allí y abusar de ti, o robarte. No digas más. Te quedarás con nosotros esta noche.

—¡Oh, no! —exclamó con desesperación—. No tengo miedo, tía Marjorie, no me preocupa estar sola.

A la luz del crepúsculo parecía como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—Quiero estar sola —agregó—. Bueno, no he querido decir eso, tía Marjorie. Lo que quise decir es... bueno... —Jonathan la escuchaba con una sonrisa insolente. ¿Planearía una nueva cita con Harald allí, en esa isla? Parecía sin embargo estar fuera de sí.

—No quiero saber nada —dijo Marjorie—. Podría suceder algo.

—No pasará nada. Nunca ha pasado nada antes. He estado sola como ahora muchas veces.

¿De modo que has estado sola?, pensó Jonathan recordando una historia que

corría en Hambleton, y que se rumoreaba que había sido contada directamente por una de las sirvientas. Se decía que ésta había visto con frecuencia a Harald salir del dormitorio de Jenny por la mañana temprano, y una o dos veces había sorprendido a Jenny saliendo del de Harald al amanecer. Deliciosa historia. Había otra, además de ésta: que los favores de Jenny no eran para Harald y que nunca lo habían sido. La muchacha sólo tenía veinte años, sin embargo no había casi en Hambleton mujer más conocida que ella.

¿Quién le había contado aquella insidiosa historia unos pocos días antes? No lo podía recordar. «*Pero puedo dar fe de ella*», había dicho alguien. «*Es completamente verídica*». Entonces lo recordó, había sido en el vestíbulo de Sta. Hilda, y se la había contado uno de los médicos jóvenes. Jenny había despedido a la camarera, que ahora trabajaba para la madre de aquel médico. «La criada había visto demasiado», comentó el doctor. «*Pero esa zorra de Heger es una buena pieza. Me gustaría...*». Jonathan se había alejado, lleno de su rabia y odio crónicos. No llegó a ver, aunque pudo adivinar, el gesto obsceno del médico.

Jenny había tomado una desesperada resolución, rechazando los ruegos de Marjorie.

—De verdad que no tengo miedo. Deseo en verdad quedarme sola. Tengo cerraduras en las puertas —dijo—. Por favor, no insista, tía Marjorie.

—Estoy demasiado cansada para hacer frente a tu tozudez —dijo Marjorie con severidad—. Y estoy muy enojada contigo, Jenny. Jon va a dejarme en casa, y después te llevará al río. Y luego —dijo con voz fuerte y clara— te llevará remando hasta la isla e inspeccionará cada una de las habitaciones, los terrenos y esperará hasta que te hayas encerrado. No, Jenny, no estoy dispuesta a oír nada más. Me siento muy cansada. Quisiera dormir esta noche y no preocuparme más por ti. ¿Jon?

Jonathan se sentía encantado de poder enloquecer a la muchacha más de lo que ya lo estaba.

—Será un placer, querida Jenny —le dijo con una profunda reverencia.

Ella le miró con muda desesperación y un temblor en la boca. Él estaba eufórico.

## Capítulo 18

Caía ya la noche cuando Jonathan ayudó a su madre a descender de la berlina y la acompañó hasta la casa.

—Date prisa en volver —murmuró—. Entraré sola, sería muy propio de Jenny saltar de la berlina y huir. Jon, sé amable con ella. ¿Lo serás? No la fastidies de ese modo.

—¿Amable? Jenny no quiere que nadie sea amable con ella. Se basta a sí misma. Es una niña orgullosa e intratable, que piensa por sí misma. Déjame al menos que te abra la puerta.

Marjorie se quedó en el iluminado porche, y vio partir a la berlina, Jenny se había negado en apariencia a abandonar el asiento trasero, y seguía sentada entre las canastas que Marjorie había olvidado.

Jonathan conducía en silencio, pero consciente de la muchacha que llevaba a su espalda. Sabía que ella le odiaba, pero hasta ahora no se había interesado en conocer la razón de aquel odio.

El coche tomó la dirección del río. El agua oscura corría a lo largo de la calle, y a lo lejos se distinguía la masa de la isla proyectándose contra el cielo y las montañas del otro lado.

—Puedes dejarme aquí —dijo Jenny, con voz ronca y baja.

—Ya has oído a mi madre —le dijo Jonathan—. Le he prometido dejarte a salvo en tu casa, y en tu isla, con todas las puertas aseguradas.

No se volvió para mirarla en la oscuridad. Jenny estaba acurrucada sobre los cojines como si tuviera un frío mortal. Se abrazaba a sí misma. Lloraba en silencio, con grandes sollozos mudos que le sacudían el cuerpo y le obstruían la garganta, aquella angustia le era familiar, pues estaba compuesta de dolor y desesperación, de ansias y soledad, de monstruosa desolación. Las lágrimas le corrían silenciosamente por las mejillas y caían sobre su camisa a cuadros. Miró a través de la acuosa niebla la arrogante cabeza de Jonathan, después cerró los ojos y apretó los labios.

Llegaron a la orilla del río, y Jonathan bajó de la berlina para atar el caballo. Jenny pasó por su lado corriendo en dirección a la orilla, parecía una polilla. En un santiamén estuvo dentro de uno de los tres botes a remo que esperaban allí, y remaba con energía después de apartar el bote de la orilla, cuando Jon dio un salto sobre el agua negra que se hacía más amplia a cada remada, y cayó dentro del bote. Recuperó el equilibrio y se apoyó sobre una rodilla.

—¡Condenada idiota, maldita terca! —le gritó—. Pásate a este lado, dame esos remos.

El ancho bote osciló hacia ambos lados salpicando a sus ocupantes. Jonathan lanzó un juramento. Trató de alcanzar los remos, pero Jenny alzó uno de ellos. La

parte mojada recibió el reflejo plateado de la luna. Jonathan sabía que Jenny quería golpearle con el remo y no dudaba de que fuera capaz de hacerlo, de modo que retrocedió hasta la popa.

—Perfectamente, me gusta ver una exhibición de masculinidad —le dijo.

Jenny prosiguió entonces remando con resolución y cuando el bote llegó al desembarcadero de la isla, Jenny no esperó arribar para bajar. De un salto salvó el metro de agua que la separaba de la orilla y echó a correr hacia el interior. Jonathan volvió a jurar, ató el bote y salió en busca del pequeño refugio de madera donde se guardaban las linternas. Mientras encontraba y encendía una, Jenny ya había desaparecido, hallando el camino como una lechuza en la noche. Jon corrió detrás suyo iluminado por la luz amarilla de la linterna, y pronto la alcanzó. Jenny dejó de correr pero siguió conservando la distancia, moviéndose como una sombra a pesar de sus largas faldas. Cuando Jonathan llegó tras ella a las puertas del castillo, ella ya las había abierto y se había vuelto hacia él jadeante.

—Con esto basta. Gracias —le dijo con voz temblorosa.

—Voy a revisar este condenado lugar, como me lo pidió mi madre —contestó Jonathan—. Cualquiera puede haber llegado hasta aquí durante el día, e incluso esta última hora. ¿Es que no tienes el menor sentido de las cosas?

Jenny interceptaba tozudamente el camino apoyándose contra las amplias puertas de bronce que devolvían los reflejos amarillos de la linterna. Después, con un suspiro de resignación, penetró en el vestíbulo, con pasos firmes que resonaban sobre las losas de mármol blancas y negras. Encendió una lámpara que se hallaba sobre una cómoda española, cuya luz lanzó brillantes reflejos sobre las armaduras apoyadas en las paredes de nogal, y arrojó largas sombras sobre las escaleras medievales. Jenny se volvió y se enfrentó a Jonathan.

—Gracias —le dijo.

El vestíbulo, como siempre, despedía un olor mohoso, y las banderas que colgaban en las paredes eran mecidas por el tenue viento que se colaba por las puertas. El rostro de Jenny estaba frío y tenso. Miraba a Jonathan con enorme amargura.

—Todavía no —dijo éste—. Todavía tengo que registrar esta monstruosidad.

Sabía que con aquella observación la ofendería, pero no estaba capacitado para darse cuenta del dolor profundo que reflejaba su rostro, y le sorprendió el temblor de su boca. Entonces ella se volvió y se echó a correr escaleras arriba, con pisadas que resonaban en toda la casa.

—Cuando haya terminado, vienes y aseguras los pestillos de la puerta —le gritó él desde abajo. Oyó un portazo y el correr de la cerradura.

Jonathan revisó todas las habitaciones, una por una, sin encontrar nada anormal. Finalmente, con pasos ruidosos, descendió por las escaleras y penetró en la

biblioteca. Abrió una de las ventanas y el tenue viento empujó hacia adentro las cortinas de terciopelo.

¿Dónde estaba aquella estúpida muchacha? ¿Por qué no había bajado a asegurar las puertas al oírle bajar a él? No sabía si llamarla, cuando advirtió que sobre una de las mesas de nogal, junto con varios lápices y hojas de papel, había unos cuantos libros. Tomó uno muy delgado encuadernado en cuero suave, de Villon. Lo abrió y vio que había sido muy leído y que algunos versos habían sido subrayados como si tuvieran una especial importancia. Su mirada se posó sobre uno de ellos:

*Tengo un árbol, injerto de amor  
que ha echado raíces en mi corazón.  
Tristes son sus brotes y sus capullos  
y su fruto es amarga pena.*

«Ya lo creo», pensó cerrando el libro de un golpe y humedeciéndose los labios. ¿De modo que aquél era uno de los favoritos de Jenny? A Harald nunca le había interesado la poesía. Aquellos libros eran todos de Jenny, con toda evidencia. Tomó de la mesa otro libro, que abrió al azar en una estrofa de Matthew Arnold:

*Oh, amor, seamos sinceros entre nosotros,  
pues el mundo que parece extenderse ante nuestra vista  
como una tierra de ensueño,  
no nos depara alegría ni esperanza, ni ayuda para nuestro dolor.*

Jenny había subrayado la estrofa con gruesas rayas negras. Jonathan cerró el libro y en aquel momento oyó a su espalda un rápido suspiro. Se volvió con rapidez y vio a Jenny en el umbral de la puerta, con expresión de alarma en su rostro.

Sólo llevaba puesto un camisón de dormir de tela de algodón blanco. El cabello le caía sobre la espalda, sus ojos azules estaban muy abiertos y brillantes, y tenía los pies descalzos.

—¡Creí —dijo— que te habías ido! Se miró a sí misma y el rostro se le puso al rojo vivo.



## Capítulo 19

Jenny y Jonathan estaban frente a frente sin moverse, mientras en la habitación se oía el rugir del río como un torrente de agua tumultuosa.

—Jenny —le dijo él—. No, quiero decir... esperaba que bajaras a cerrar la puerta cuando me fuera, como te lo pedí antes.

Escuchaba su propia voz, baja y grave. Sentía que una ola de calor le invadía de nuevo el cuello y la garganta y un agudo dolor que más parecía una puñalada se le clavaba en las sienes. Se apoderó de él un deseo atormentador. Era tan intenso que se inclinó un poco, y en aquel momento se dio cuenta de que nunca la había olvidado, y que siempre la había amado y deseado.

—Jenny... —le dijo avanzando un paso.

Jenny se echó hacia atrás con un quejido que parecía un llanto contenido, y comenzó a volverse. Entonces Jon se le echó encima cogiéndola por las muñecas y obligándola a girar hasta quedar de frente. Jenny trató de resistirse, Jonathan sabía que era una muchacha fuerte. Parecía un hombre por la fuerza que desplegaba en defenderse. Se echó hacia atrás para obligarle a aflojar la presión de las manos, pero él se inclinó tratando de besarle la boca. La sostenía con violencia, pero Jenny movía la cara hacia ambos lados, de modo que los labios de Jonathan apenas le rozaron la mejilla. Jenny lanzó un agudo chillido cargado de furia y movió de nuevo la cabeza hacia los lados, barriéndole la cara con sus cabellos. Al echar hacia atrás la cabeza, quedó al descubierto su blanca garganta. Jon se echó de nuevo sobre ella, oprimiendo su boca contra el hueco del cuello.

Ambos cuerpos quedaron apretados uno contra otro, y al arquear Jenny la espalda Jonathan siguió su movimiento. De pronto Jenny se quedó quieta, sin ofrecer resistencia. Jonathan sintió contra su cuerpo la presión del de Jenny, el volumen de sus senos y la rigidez de las muñecas que sostenía apretadas detrás de su espalda. Exclamó apasionadamente: «¡Jenny, dulce Jenny!», y la besó de nuevo. Estaba resuelto, en el ardor de su deseo, a poseer a la muchacha, sin pérdida de tiempo. Jenny ya no ofrecía ninguna resistencia. Su carne se estrechó contra la de él, lánguida y débil, y Jonathan buscó afanosamente su boca. Empezó a gruñir empujándola hacia el interior de la habitación, y los pies vacilantes de Jenny le siguieron. «Dulce Jenny», dijo otra vez soltándole las muñecas. Su mano buscó afanosamente los senos de Jenny y se cerró firmemente sobre uno de ellos. Lo sintió como una manzana madura por el sol y el perfume de su carne le pareció lleno de frescura y embriaguez.

De repente Jenny cobró vida nuevamente de modo salvaje. De un golpe apartó la mano que tenía cogido su seno, con una fuerza que provocó el asombro de Jonathan. Con rapidez apoyó sus dos manos en los hombros y le empujó hacia atrás. Jonathan quedó tan sorprendido que no atinó a defenderse y se apartó de ella.

Los ojos de Jenny despedían un fulgor de odio y se podían ver sus dientes apretados detrás de sus labios entreabiertos. Él trató de acercársele de nuevo, temblando de lujuria. Pero cuando estaba a punto de tocarla, Jenny levantó la mano, describió un círculo y le golpeó con toda violencia la cara. Después dio un salto hacia atrás, dispuesta a hacerle frente con furia incontrolada.

—¡Asesino! —gritó—. ¡Asesino!

La voz de Jenny retumbó en la biblioteca, produciendo el sonido más desagradable y más terrible que Jon hubiera oído nunca. Ella ya había perdido el miedo y con los puños cerrados a ambos lados de su cuerpo, temblaba de furia.

La tremenda bofetada que Jonathan había recibido le había hecho arder su cara y trastabillar sobre sus pies. Tuvo el efecto de aumentar el feroz deseo que se había apoderado de él, a la vez que el de devolverle el mismo dolor que había sufrido. Quería someterla, conquistarla y echarse sobre ella, haciéndola suya brutal e inmediatamente.

Si Jenny se hubiera limitado a golpearle sin pronunciar aquella odiosa palabra, tal vez hubiera podido controlarse. Pero estaba enfurecido.

—No soy bastante bueno para ti, ¿no es verdad? —dijo con voz lenta y malévol—. Es por causa de mi hermano, ¿no? —Y le señaló las nalgas con un gesto que nunca había hecho antes en presencia de ninguna mujer— y de otros cuantos más, ¿no?

El rostro de Jenny enrojeció de horror y se estremeció en forma visible. Abrió la boca y lanzó un sollozo convulsivo.

—¿Tu hermano...? —preguntó—. ¿Harald...?

Le miraba sin poder creer lo que había oído, no entendía nada. Pero de repente se dio cuenta de todo y lanzó un grito, horrorizada.

—¡Vete, fuera de aquí! ¡Tú, asesino! ¡Tú... tú... monstruo asqueroso!

Se volvió y salió corriendo de la habitación. Jonathan se lanzó detrás de ella. Jenny corrió por el pasillo hasta el vestíbulo y allí alcanzó la escalera de roble, alumbrada por la vacilante llama de la lámpara, se levantó el camisón y se lanzó escaleras arriba como un animal joven aterrorizado; sus blancas piernas se movían con rapidez. Jon corría detrás de ella tratando de agarrar sus tobillos o el borde del camisón, pero Jenny era más rápida. Su cabellera ondeaba como una bandera.

Si Jon había sentido deseo antes, aquello no era nada comparado con lo que sentía ahora, furia y una pasión acuciante, deseo no sólo de poseerla, sino de hierirla con violencia por lo que le había gritado. Jenny podía oír a su espalda el áspero jadeo. Aumentaba la velocidad de su carrera, hasta que llegó al último descansillo de la escalera y se lanzó hacia su habitación llena de miedo y de odio.

Abrió de un empujón la puerta de su cuarto y trató de cerrarla, pero Jon, que ya estaba casi encima de ella, alargó la mano y la detuvo. Lucharon en la puerta,

Jonathan comenzó a reírse entre dientes, sudoroso y maravillado de la fuerza que desplegaba Jenny. Pelearon ridículamente por la puerta, empujándola hacia atrás y hacia adelante. La fuerza de Jenny seguía asombrándole. La muchacha apoyó el hombro contra la puerta y estuvo a punto de alcanzar la cerradura, Jon tuvo que hacer un enorme esfuerzo para impedir que la cerrara, Jonathan podía oír su respiración fuerte, sus exclamaciones entrecortadas. Pero Jenny no decía una palabra, firme en su propósito de ganar la batalla, que para él ya empezaba a resultar absurda. Sentía su orgullo herido porque le negaba lo que con tanta liberalidad daba a su hermano.

—¡No seas tan esquivia, Jenny! —gritó.

Hizo un verdadero esfuerzo supremo y la puerta se abrió con violencia. Jenny fue arrojada al interior del cuarto que estaba débilmente alumbrado por una lámpara junto a la cama. Jonathan cayó sobre Jenny, le agarró un brazo y con la mano que le quedaba libre tomó el cuello del camisón y lo rasgó hasta las rodillas. Antes de que la muchacha pudiera ni siquiera moverse, las manos de él se cerraron sobre su delgada cintura, atrayéndola hacia sí y besándole la boca en un rapto de furioso deseo. Ella luchó enloquecida tratando de darle puntapiés con sus pies descalzos, pero los dedos de Jonathan se cerraron como garfios sobre su tibia carne y su boca se apretó contra la de ella, tratando de forzarla a abrir los labios. Sentía el aliento de él en su boca, y sus gruñidos... «¡Jenny, Jenny!».

Jonathan la empujó hacia atrás, echándola sobre la cama, Jenny luchó entonces con mayor vigor. El rasgado camisón era un impedimento para Jonathan. De un sólo tirón lo abrió del todo y la muchacha quedó desnuda.

La empujó sobre la cama y ella cayó hacia atrás. Se echó sobre ella, apretando su boca contra la suya «Dulce Jenny» suspiró, tratando al mismo tiempo de separarle las piernas con la rodilla.

Jenny arqueó el cuerpo en una desesperada tentativa final y fue tan fuerte el esfuerzo que casi se lo quitó de encima. Jon cayó sobre la cama a su lado y quedó casi a horcajadas sobre ella. Lo que vio entonces en el rostro de Jenny fue un intenso terror, un terror que no tenía nada de afectado, un terror virginal. Sólo había visto una expresión semejante una sola vez en su vida, cuando tenía diecinueve años. Nunca quiso recordar aquel episodio, pues con sólo hacerlo se sentía avergonzado. No podía confundir aquel gesto con ningún otro sentimiento. La mujer que se enfrenta aterrorizada por lo desconocido y trata de eludirlo, dispuesta a luchar hasta la muerte para defenderse.

—Jenny... —le dijo Jonathan—. ¡*Por Dios... Jenny...*!

La muchacha, muy quieta, le miró a la cara, las lágrimas empezaron a correr sobre su cuerpo, y con un gemido se entregó completamente derrotada. Jonathan tiró del borde de la sábana y cubrió su desnudez con manos temblorosas y tierno cuidado. Después se levantó y la miró mientras yacía en el lecho con la sábana hasta el cuello

y los ojos cerrados, sollozando.

Ofuscado y furioso consigo mismo, avergonzado como nunca lo había estado, Jonathan miró a su alrededor, y vio que la habitación recordaba una celda monástica por su pequeña y tranquila simplicidad. ¿Cómo era posible que a él se le hubiera ocurrido lo que había estado a punto de hacer? ¿Cómo había podido creer las mentiras que había oído sobre ella? El asco que sentía contra sí mismo se mezclaba con un sentimiento de compasión por la muchacha.

—Jenny —le dijo—. No te reprocharía si nunca me perdonaras. No... *no me perdones nunca*. Estoy tremendamente avergonzado, Jenny.

Su voz sonaba con una humildad que no había sentido en toda su vida, una vida que había vivido con aquella confianza en sí mismo y aquella seguridad en todos sus actos.

—Jenny, desearía que hubiera alguna forma de poder decirte... pero supongo que no hay...

Apoyó las manos sobre la cama, junto a Jenny, endureció los brazos y se inclinó sobre ella. Jenny seguía llorando inconsolablemente con los ojos cerrados.

—Jenny, deseo decir solamente una cosa: te amo, querida. Siempre te he amado, desde la primera vez que te vi, cuando tenías dieciséis años. Piensa en eso, querida, y quizá seas capaz de perdonarme algún día, alguna vez.

Pero la muchacha seguía llorando, completamente apartada de él.

—¡Jenny! Te amo, querida mía. Eso no es una excusa por lo que... bueno, por lo que he tratado de hacer. No tengas miedo, Jenny, ahora me voy. Mira mi linterna desde la ventana, luego, cuando compruebes que me he ido, baja y cierra bien las puertas.

No le contestó. Seguía acostada, rígida, con el pelo desparramado sobre la almohada, en completo desorden. Tenía una lastimadura junto a la boca y cuando Jonathan la vio tuvo que contenerse para no besarla. Quiso hacerlo con una pasión que era mayor que la lujuria que antes había sentido por ella, y vaciló. Después se incorporó y abandonó el cuarto.

Jenny oyó sus pasos que se arrastraban lentos y cansados por la escalera, y después oyó su eco en el vestíbulo. Percibió el abrir y cerrar de las puertas de bronce y vio el débil reflejo de la linterna sobre el cristal de la ventana, oyó los pasos que se alejaban por el sendero, y ya no escuchó más nada.

Se sentó en la cama, después, de un salto corrió hacia la ventana, que abrió de par en par. La luz vacilante de la linterna se alejaba lentamente hasta que por fin murió en la distancia.

Apoyó la cabeza contra el marco de la ventana, y estalló en un llanto convulsivo.

—¡Oh, Jon! ¡Oh, Jon!

Lloró durante un largo rato. Lentamente fue deslizándose hasta el suelo. Con la

cara apoyada contra la lisa pared, siguió llorando. Estaba agotada y desolada. Al rato quedó dormida, encogida en su desnudez sobre el piso de madera. Cuando despertó despuntaba ya el alba con su tono purpúreo.

Jonathan entró sin hacer ruido en la casa paterna con la esperanza de que su madre estuviera ya acostada. Pero no había hecho más que entrar en el vestíbulo cuando oyó la voz de Marjorie desde la sala de estar.

—Jon, ¿eres tú? Estoy tomando una taza de té. Ven a tomarlo conmigo.

Juró en voz baja y vaciló, después entró en el comedor y llenó un vaso de *whisky* con soda, que llevó a la habitación en que su madre le esperaba. Vio que estaba extremadamente fatigada, pero le sonrió amablemente.

—¿Quedó todo seguro en la isla? —le preguntó y en seguida lanzó una exclamación consternada—. ¡Jon! ¿Qué te ha pasado en la mejilla? ¡La tienes señalada y roja, y con una marca muy larga! Jonathan no estaba acostumbrado a mentir, de modo que se palpó la cara y pensó rápidamente qué iba a decir.

—¡Ah, eso!, choqué contra algo en aquella oscuridad infernal de la isla.

Marjorie le miró pensativamente y después rió para sus adentros. «¡Jenny!». Sintió una verdadera oleada de felicidad. ¿Sería posible que por fin él hubiera acabado admitiendo lo que ella ya sabía desde varios años atrás? Sus cansados ojos castaños brillaron.

—Siéntate, querido, y háblame un poco antes de irme a la cama, no tuve fuerza para moverme hasta que tomé un poco de té y descansé. Qué día más ruidoso, ¿no te parece?

Jonathan se sentó desganado en la habitación, pero no tuvo valor para mirar a su madre, de modo que examinó el contenido de su vaso y frunció las cejas.

—Un día terrible —fue todo lo que dijo.

—Me parece —dijo Marjorie— que Robert tiene lo que llamamos embobamiento por Jenny, pero ella ni siquiera le mira. Es una niña muy inocente. Nunca aprendió a hacerse la interesante, ni a ser joven, alegre o despreocupada. ¡Pobre chica! Fue ese endemoniado Peter Heger, ¿sabes? No sería bonito que Robert y ella... ¿Qué te pasa, Jon?

—Eso no tiene sentido —dijo Jonathan—. Madre, conoces bien a Jenny, viene aquí con frecuencia. ¿Hay alguien acaso?

Marjorie adoptó un aire de completa inocencia.

—Oh, sí, ciertamente. Hay alguien a quien ella quiere profundamente. Es bastante mayor que ella, pero con toda evidencia le conviene. Le quiere desde hace mucho tiempo. Sé que no te gusta la palabra «amor», Jon, y crees que es absurdo y que no existe, pero solamente con esa palabra se puede describir lo que siente Jenny por ese determinado hombre.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Jon—. ¿Le conozco yo?

—Nunca mencionó su nombre, y yo nunca se lo pregunté. Sólo lo sé porque yo también soy mujer al fin, aunque eso pueda sorprenderte, querido. Pero hay ciertas cosas que ninguna mujer puede ocultarle a otra, y entre ellas está el hecho de sentirse enamorada. Conozco todos los síntomas.

Jonathan se bebió de un trago su *whisky* y agitó el vaso.

Sus oscuras cejas se juntaron en una sola línea. Le resultaba intolerable pensar en Jenny enamorada de un extraño. Había tratado de poseerla aquella noche por la fuerza, la había atacado e insultado y se había retirado seguro de que ella nunca le permitiría volver a verla de nuevo. Sabía que eso era lo que se merecía.

—Es posible que estés equivocada, madre. ¿Tienes... idea de quién es él?

—Sí.

La miró con una expresión terrible

—¿Quién?

—¿Por qué no se lo preguntas a Jenny tú mismo?

Jonathan se levantó y empezó a recorrer el cuarto con lentitud.

—Si ella nunca te lo dijo, seguramente tampoco me lo dirá a mí, eso es ridículo. ¿Lo sabe Harald?

—No —dijo Marjorie lentamente—. No lo sabe. Como tú ya sabes Harald quiere casarse con Jenny. Pero siempre te has reído cuando te lo he dicho.

Jonathan se detuvo y la miró.

—Madre, ¿quién ha divulgado esas repugnantes mentiras sobre Jenny en Hambledon?

Si Marjorie había tenido algunas dudas, éstas ya se habían disipado. Se echó a reír alegremente.

—No sé, Jon —dijo mirando su taza de té.

—¿Conoce Jenny esos... cuentos malignos?

—¿Jenny? —Marjorie experimentó una sacudida, y dejó la taza de té—. ¡Nunca lo ha sospechado ni siquiera! No conoces bien a Jenny, Jon. Es tan simple e inocente como una niña, y le parecería increíble que hubiera gente tan perversa como para tejer viles mentiras sobre los demás. No podría creerlo, una cosa así la sacudiría hasta lo más hondo. Elude a la gente porque su padre le dijo, cuando era niña, que era fea, que no tenía atractivos y que nadie, excepto él, por supuesto, podría quererla nunca, de manera que debía quedarse con él sin salir de su casa. —Marjorie se sonrojó sin dejar de mirar a su hijo a los ojos—. No soy una mujer afectada ni anticuada, Jon. No me criaron en una caja de terciopelo, ni me guardaron junto a las perlas de mamá en un lugar oscuro y apartado. A mi padre le gustaba la idea de la «mujer nueva», y lo que él llamaba la «nueva inocencia». Personalmente opino que llevó la cosa demasiado lejos en algunas ocasiones. Bien, Jonathan, sé todo lo de Peter Heger a

través de las cosas perfectamente inocentes que Jenny me contó de él. Creo que él...

—¿Tenía pensamientos incestuosos acerca de nuestra jovencita? —preguntó Jonathan con una sonrisa maliciosa.

—Bueno... sí. No es una palabra que se oiga con mucha frecuencia. No es una palabra que la gente «de bien» use siempre en conversaciones pulidas, pero es exactamente eso. Jenny me contó una vez que él la había halagado al decirle que se parecía muchísimo a su madre, la abuela de ella, que murió en Alemania siendo él pequeño, y que siempre había soñado en construir un *schloss* a su madre. Pero como ella había muerto, construía un castillo para Jenny en donde ella pudiera vivir, tal como había soñado que viviera su madre, en un castillo.

—Ya veo cómo pensaba —dijo Jonathan—. Sí.

—Jenny se sintió conmovida. Es una jovencita muy simple. Hay momentos en que pienso que Jenny cree que los niños son concebidos por ósmosis o algo parecido.

Jonathan no pudo contener la risa, se acercó más a su madre y la miró complacido.

—Sea como sea, no pienso que Jenny lo crea. No, no creo que lo crea —dijo, y ya no volvió a reír.

«Así que le enseñaste algo entonces, Jonathan», pensó Marjorie. «Una lección un tanto fatigosa, a juzgar por cómo te dejó la cara».

—Es así como Jenny creyó lo que le decía su padre —continuó Marjorie— y por eso se volvió anormalmente tímida con la gente, creyendo que les ofendía con su «fealdad». Además era mucho más alta que las demás chicas en la escuela, y todavía hoy le molestan sus hoyuelos, Jon, y sus labios arqueados, y porque no tiene la «cabeza más alta que el corazón». ¡Vosotros los hombres sois en verdad una raza estúpida! No importa. Después quedó encerrada en aquella isla, incluso después de muerto su padre, él había construido el *schloss* para ella, a pesar de que la gente creía que lo había construido para Myrtle. Jenny no sólo se siente obligada a vivir allí, sino que además adora esa casa fantástica. No creo que Jenny haya pensado siquiera que un hombre pudiera quererla.

Marjorie se interrumpió al ver que Jonathan la miraba con expresión sombría.

—Ahora lo sabe... perfectamente —dijo Jonathan—. Tengo que decirte algo antes de que lo haga Jenny, o aunque no te lo diga, te sorprendería que nunca más quiera volver aquí. He tratado de violarla esta noche, ¿me entiendes?

Aunque Marjorie sospechaba aquello y le encantaba pensar que había ocurrido, sabía que por dignidad su reacción tenía ser contraria a aquella idea. De modo que se enderezó en la silla, compuso su rostro y con gesto de furia se dirigió a Jonathan.

—¡Jon! ¡Cómo has podido, cómo te has atrevido, con una muchacha sola e indefensa! ¡Qué terrible, qué espantoso! ¡Es algo increíble en ti!

Jon agitó la mano con ademán de cansancio.

—Muy bien. Soy un pillastre, un perro, un sádico, un apestoso... puedes pensar lo que quieras. Soy todas esas cosas juntas. No pude conseguir lo que quería. Jenny me hizo frente como un gato salvaje, como un león hembra. En cierto modo la culpa fue suya. Me llamó... una cosa. Yo creo que eso fue lo que lo precipitó todo, aunque pudiera ser que no. Así que ya que somos «francos del todo», como dicen nuestros primos los ingleses, no está de sobra que te diga que ella llegó a convencerme de que es lo que delicadamente llamamos una muchacha «pura», y que de cualquier modo yo le resulto repugnante. Eso fue lo que me contuvo. Naturalmente que si hubiéramos continuado con nuestro pequeño torneo, hubiera llegado a descubrir toda la verdad por mí mismo en un minuto o dos, en ese caso todo hubiera sido irreparable.

—Sí —dijo Marjorie— tienes razón. A las mujeres no nos gusta que nos tomen por la fuerza.

—¡Por el diablo que no! —dijo Jonathan—. Mamá querida, yo ya no soy un niño, he conocido una enorme cantidad de mujeres. Pero a Jenny no le hubiera gustado, para usar una palabra suave. ¿Has dicho que no conocías el nombre del hombre de quién está enamorada?

—Yo no he dicho eso.

Marjorie pensaba en lo que Jonathan le había dicho, y se sentía un poco turbada. ¿Perdonaría Jenny alguna vez a su hijo? Sí, lo haría. Quizá se miraría al espejo y se estudiaría a sí misma muy pronto, pensando qué había en ella que hubiera podido excitar a Jonathan hasta el punto de incitarlo a atacarla. Una vez que una mujer sospecha que posee encantos capaces de inducir a un hombre a atacarla, le amará entonces, si ya no le amaba de antes, por desearla. Marjorie pensó que las cosas se desarrollaban muy bien, soltó un gran bostezo y se puso a escudriñar muy seriamente a su hijo.

—Jonathan, te has portado en una forma atroz, como tú mismo lo sabes. No es necesario que te lo diga. Si Jenny no me quisiera como me quiere podría denunciarte. Éste no es asunto baladí, pobre Jenny. De paso, ¿qué fue lo que te hizo perder la cabeza de ese modo?

—No tiene importancia —contestó Jonathan—. Los hombres siempre pierden la cabeza por alguna maldita mujer, sea de modo figurado o literal. —Sonrió—. Has dicho que los hombres somos una «raza estúpida». No cabe la menor duda. Así es como perdí la cabeza. Jenny es una mujer muy hermosa y muy deseable. Estaba hoy en un estado de ánimo muy especial, y lo sigo estando esta noche, y allí estaba Jenny, en apariencia a mi disposición, aunque supongo que no entenderás esto.

—Sí, lo entiendo. Pero no por eso deja de ser abominable. Jenny tiene solamente veinte años, es muy joven para su edad, tú eres un hombre experimentado de treinta y cinco años y además viudo. Casi tienes edad suficiente para ser el padre de Jenny. En algunos países de determinada cultura podrías serlo. —Se detuvo y le escudriñó



cuidadosamente—. Supongo que mientras se desarrollaba esta alegre francachela ni siquiera pensaste un instante en Mavis.

—¿Mavis?

La miró sin expresión. Estaba más inexpresivo que nunca y Marjorie pensó «gracias a Dios, ha terminado todo».

—¿Qué tiene Mavis que ver con esto?

—Nada, con toda seguridad —dijo Marjorie con voz casi cantarina—. Querido, déjame que te lave ese feo araño. Presumo que fue Jenny quien te lo hizo, y lo tienes bien merecido.

Jon se llevó otro vaso de *whisky* a su dormitorio, lo miró con disgusto y lo dejó sobre la mesa. Se asomó a la ventana y miró hacia afuera, hacia la calurosa noche, tan tranquila ahora que todas las festividades habían concluido y que los fuegos artificiales habían sido olvidados. Hubiera deseado poder ver el río, aquel río que rodeaba la isla. Pensó en Jenny y luego en Mavis.

No volvió a sentir el desamparo y la desesperación que experimentaba anteriormente, y cuando se acordaba de Mavis apenas podía recordar cómo era, aunque hacía menos de un año que había muerto. Sólo podía recordar, muy débilmente, su ronca risa. Estaba asombrado. Mavis era algo así como una persona en quien él no hubiera pensado durante muchos años y a quien apenas hubiera conocido. Se quedó quieto, esperando sentirse mal como siempre le sucedía, pero no pasó nada. El lugar de su mente en que estaba el recuerdo de Mavis era ahora un rincón vacío. Era como una habitación que se prepara para recibir a un nuevo huésped, pues el primer extraño que había habitado se había ido para siempre. Mavis no tenía ya poder para hacerle sufrir, odiar y dar la espalda a la vida.

Se sintió embriagado de alivio y de gratitud. La infección de Mavis se había curado. Podía incluso pensar en ella con una especie de conmiseración remota, recordando su juventud, el fin inesperado de su vida, y la tumba que nunca visitaba, pero que siempre estaba cubierta por las flores que le llevaban sus tíos y otros que también la habían querido. Entró en el vestidor y en el dormitorio que le habían pertenecido, encendió una luz y miró las lámparas rosadas y el hermoso mobiliario. El fantasma del perfume de Mavis le rodeó, pero su mujer ya no lo utilizaría nunca más. Cerró la puerta de su habitación del mismo modo que se cierra la puerta sobre alguien que nunca volverá a despertar.

Ahora podía pensar en Jenny. Había la posibilidad, aunque él verdaderamente no lo creía, de que nunca volviera a verla, o que, incluso viéndola, la muchacha no le dirigiera la palabra nunca más. Jon le había hecho algo violento e imperdonable, pero las mujeres muy raramente esgrimen una cosa así contra un hombre. Descartó como falta de sentido y por tanto indigna de ser tenida en cuenta, la idea de que Jenny amara a algún otro. ¿Qué sabía la joven Jenny del amor, al fin? Él podría buscar los

medios de acercarse a ella. ¡Jenny no iba a poder eludirle! Se rió para sus adentros. Entonces, después de algunos meses, no muchos, Jenny se vería obligada a tomarle en serio, y empezaría a pensar en él. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de eso? Tal vez un año, si es que él podía esperar tanto.

Abandonó la ventana, sonriendo. Se sintió tan joven como no se había sentido nunca, ni siquiera cuando era un muchacho. Se sentía rejuvenecido, vivo, excitado. Por vez primera le asaltó el pensamiento de que era posible que la vida tuviera momentos en que era deseable estar vivo y hasta sentirse arrobado. Ya tenía treinta y cinco años, y por lo tanto no era joven. Ya no podría nunca entregarse con entusiasmo al júbilo, ni creer que en verdad existiera, pero podría encontrar alguna satisfacción, algún propósito, tal vez una felicidad que no es frecuente, en la existencia. Por encima de todo, podría haber un propósito, y aquello era más que suficiente para cualquier hombre, y mucho más de lo que la mayoría de la humanidad pudiera nunca experimentar.

## Capítulo 20

Cuando Jonathan entró en su consultorio a la mañana siguiente, silbando, encontró, como esperaba, que el joven Robert Morgan ya estaría allí estudiando los archivos que la solterona dactilógrafa había depositado sobre el escritorio de Jonathan. Robert se incorporó ruborizándose fácilmente como siempre.

—Buenos días —le dijo—. No quería utilizar su escritorio mientras usted estuviera todavía aquí, pero la señora colocó las carpetas aquí, y...

—Está perfectamente bien —dijo Jonathan, y Robert se fijó en el apósito que llevaba en la cara.

—¿Un accidente? —le preguntó.

—No fue más que un jueguito con una dama excesivamente juguetona, anoche —dijo Jonathan.

«Parece muy avisado esta mañana», pensó Robert Morgan. Miró a Jonathan mientras éste revisaba las carpetas.

—Nos divertimos mucho ayer, mi madre y yo —dijo Robert.

Jonathan levantó hacia él rápidamente sus ojos negros. El bueno de Bob. Se sentía avisado. Era el maestro, y aquélla iba a ser una reunión estrictamente comercial. Jonathan silbaba pensativamente mientras seguía mirando las carpetas, pero no se sentó en el escritorio. Se lo había entregado tácitamente al joven Robert.

—Veo que ha separado las cabras de las ovejas —observó— los hipocondríacos de los enfermos verdaderos. No subestime ni desprecie demasiado a las cabras. Son la espina dorsal en el ejercicio de la profesión de médico y en su cuenta bancaria, pues invariablemente tienen dinero. Y hasta son interesantes. Pueden producir las enfermedades más grotescas y los síntomas más fascinantes y pagan además por su fascinada atención. Pero le voy a dar un consejo, no las desaliente abiertamente. No desestime sus quejas, ni pierda la paciencia, y más que nada, no sea demasiado rápido para asegurarles que no tienen nada y que están más sanas que una flor. Eso no tiene perdón en un médico prudente. Lo único que harán será llevarle su dinero a un hombre que sea más simpático, y en ese caso, ¿en dónde le dejan a usted? Se quedará acosado y enloquecido por los que están realmente enfermos, que por lo general son perseguidos por la mala suerte y tienen muy poco dinero, como para recordar de pagarle al médico rápidamente... si es que alguna vez le pagan.

Robert se echó a reír, pero después volvió a componer una expresión grave.

—La diferencia entre un hipocondríaco y un enfermo verdadero —prosiguió Jonathan— es que el primero quiere creer que está enfermo, aunque no grave, y que su médico le toma en serio y se preocupa por su sufrimiento, pero el verdadero enfermo quiere sentirse seguro de que goza de buena salud o de que pronto estará bien y de que está en buenas manos. El hipocondríaco quiere pensar

sentimentalmente sobre la muerte, mientras que la persona enferma no puede pensar en ella sin sentir terror y exige que se le dé la seguridad de que todavía está lejos. Ahí tiene usted la pista, vigile la cara de su paciente mientras le examina y habla con él. Si tiene unas lagrimitas en los ojos todavía antes de que empiece a examinarle, le encontrará en perfecto estado. Si sus ojos se fijan en usted suplicantes y con temor, entonces tendrá que llegar usted hasta la raíz desnuda del asunto, y no se engañará.

—Usted es bastante cínico —dijo Robert echándose a reír—. Nunca oí semejante cosa en Johns Hopkins. Allí había algunos médicos que hasta aseguraban que los hipocondríacos en realidad están enfermos... en sus mentes, y que su enfermedad tiene como causa la angustia psíquica.

—Un hombre —dijo Jonathan— e incluso una mujer que tenga angustia psíquica no tiene una situación financiera apremiante. No tiene tiempo para una enfermedad así, a menos que sea un enfermo mental. Pero un hipocondríaco, y usted ya lo verá, es por lo general sumamente inteligente, cuerdo y agradablemente solvente. Puede permitirse vacaciones y darse toda clase de satisfacciones. El enfermo legítimo, por otra parte, y en la mayoría de los casos, no tiene síntomas psíquicos frecuentes de ningún tipo. Está demasiado ocupado intentando salvar la vida, pagar sus gastos y conservar su empleo. No hablo de la ansiedad genuina, por supuesto, que con frecuencia puede matar, pero no nos encontramos con eso muy a menudo, y nunca se produce por la opulencia, el aburrimiento, el descontento y el deseo de placeres de otro tipo, como se produce la pseudo-ansiedad en el hipocondríaco. Alguien me dijo una vez que cuando un hombre siente el «descontento divino» necesita cambiar de cocinero o de amante. No encontrará usted nunca el «descontento divino» en aquél que está honestamente enfermo, no quiere otra cosa más que sentirse bien y volver a su trabajo. Pero el «hipo» quiere que su médico le diga que trabaja demasiado y necesita un descanso muy, pero muy largo, preferiblemente un extenso viaje por mar, y mejor todavía, acompañado por una señora que no sea su esposa.

—Tendré que creer que es usted un cínico —dijo Robert sonriendo y con un movimiento de cabeza.

—No. Simplemente conozco a la gente, y lo que sé sobre ella no contribuye a mantenerme en estado de júbilo.

Robert echó una mirada cautelosa hacia la puerta cerrada, detrás de la cual se oía el firme repiqueteo de la máquina de escribir.

—Ya lo he notado —dijo bajando su voz juvenil—. Me di cuenta ayer. No parecía estar disfrutando mucho.

—Bueno, no.

Robert se ruborizó de nuevo con su habitual facilidad, pero fingió estudiar una carpeta y dijo:

—Parecía que no le gustaba la mayoría de personas que habían allí, ni siquiera

esa hermosa muchacha, Jenny Heger.

Jonathan, sentado en una cómoda silla de las que usaban los pacientes, se detuvo en el momento en que encendía un cigarrillo, después apagó lentamente el fósforo.

—¿Jenny...? ¿Mi sobrina política, si es que se puede llamarla así? ¿Qué pasa con Jenny? —Su voz había experimentado un cambio tan notorio que Robert quedó desconcertado.

—Quiero decir que es excepcionalmente... bueno... bien parecida, atractiva. Cualquier hombre quedaría encantado.

—¿Y yo no estuve encantado?

Robert se volvió y le miró. No comprendía por qué hablaba en aquel tono. Ahora Jonathan le miraba de un modo que sólo podía definirse como fastidio. Robert quedó confundido.

—No tendría que haberme metido en cosas tan personales —dijo disculpándose—. Perdóneme. Ahora, esta señora Summers...

—No, no. Siga, hablemos de Jenny.

—No hay nada de qué hablar, Jon.

Recordaba la primera vez que había visto a Jenny en la isla y recordaba también la despectiva actitud de Jonathan con respecto a ella y sus observaciones burlonas y enigmáticas. Pensaba por encima de todas las cosas, en las feas historias que asiduamente le contaba su madre sobre la muchacha, las había repudiado indignado, pero todavía le dolía el recuerdo de las sonrisas significativas y maliciosas de su madre. No podía pensar siquiera en abofetear a su madre, pero sí abofetearía a Jonathan con gusto en aquel momento.

—Sólo trataba de serle agradable y de darle las gracias por el hermoso día y la buena compañía —dijo, sintiéndose tan enojado como no se había sentido nunca—. ¿Le ofende que encuentre a la señorita Jenny bonita y atractiva?

—¿Por qué demonios tendría que ofenderme?

Robert dejó la carpeta con sumo cuidado, y le miró.

—Encuentro a la señorita Jenny muy bonita y atractiva —dijo con voz muy resuelta—. Espero que me permita visitarla en la isla. Espero también que no me encuentre muy repulsivo, y que pronto me permita invitarla a un concierto o una comedia. ¿Ustedes tienen conciertos y obras de teatro en este pueblo, o exagero un poco?

—No exagera usted. Tenemos una orquestina decente que se llama a sí misma «Sinfónica», ¿o acaso es «Filarmónica»? No la subvencionamos totalmente, pero casi. —Jonathan sonreía, pero con una mueca un tanto desagradable—. Los componentes de la Banda Alemana que usted vio ayer son miembros de ella, y hay también algunos colegiales que son sumamente «virtuosos», como dicen las señoras. Algunas veces se puede reconocer lo que ejecutan. Les he oído tocar un nocturno de

Chopin que no les aplastó del todo, a pesar de que Brahms puede volverlos histéricos. Tienen valor y si se ponen un poco pesados con los bronce, los címbalos y los tambores, esos ruidos son alegres, y buenos para los corpúsculos. Están mejor con Sousa sin embargo, y desafío a cualquier orquesta, hasta a la suya de Filadelfia, que saque más jugo que nuestros muchachos de *The Star Spangled Banner*. Por lo que hace referencia a obras de teatro, tenemos compañías pasajeras que tienen la condescendencia de venir a visitarnos desde Nueva York, en verano, con un reparto de tercera clase, y Chautauqua levanta sus carpas en nuestras fértiles tierras también en verano. Una vez la Divina Sara pasó por aquí y se detuvo para hacer una sola función. Ni siquiera Nueva York es superior en todo esto, para no hablar de los Ringling Brothers y Barnum en primavera. Ésa es verdaderamente una época floreciente.

Robert se echó a reír a pesar de la rabia que sentía.

—Veo que éste es un pueblo muy culto y nada bárbaro. Me sentiría muy complacido de llevar a la señorita Jenny a alguno de estos extravagantes acontecimientos.

—He oído decir... ¿cuál es esa expresión tan deliciosamente recatada, que tanto le gusta a las damas?: que «su corazón pertenece a otro».

—¿Quién? —preguntó Robert con rápido e indisimulado desaliento.

«Eso es lo que yo quisiera saber» —pensó Jonathan y dijo:

—¿Quién puede saberlo? Es solamente un rumor, sin embargo, es una dama inabordable e irreprochable al mismo tiempo, se asemeja en algo a un puercoespín. Por cierto, ¿sabe cómo se aparean los puercoespines?

Jonathan estaba ya a punto de dar una explicación indecente cuando sonó el teléfono. Robert le miró, pero Jonathan le hizo una seña, y Robert atendió la llamada.

—Habla el doctor Morgan —dijo con gravedad frunciendo sus espesas cejas—. Sí, el doctor Morgan. Soy el sustituto del doctor Ferrier como usted sabe. ¡Oh, sí, por cierto, señor Kitchener! No había reconocido su voz. ¿Quiere hablar con el doctor Ferrier? Sí, señor, cómo no y le tendió el aparato a Ferrier, quien lo tomó y puso su mano sobre el auricular.

—Un médico nunca debe llamar señor a un lego a menos que sea un clérigo de mayor edad y próspero, un paciente mayor que él y muy rico, o un charlatán célebre, o el presidente de la República de los Estados Unidos de Norteamérica —le susurró a Robert—. Sí, Al, ¿no hay nadie enfermo, en casa, espero? —dijo dirigiéndose al aparato.

—No, no, Jon, gracias a Dios —dijo el señor Kitchener con voz cálida y amistosa—. Es un caso de un amigo mío, un amigo muy querido y apreciado, el doctor Elmo Burrows. Habrás oído hablar de él, aunque no creo que le conozcas. Es un estudioso destacado y uno de los dirigentes del Departamento de Inglés en la Universidad de

Nueva York. Muy distinguido, tiene escritos varios libros de texto muy valiosos sobre Chaucer y algunos poetas menores de la Edad Media, es muy distinguido, ha recibido una gran cantidad de premios y menciones.

—De otros estudiosos, presumo —dijo Jonathan.

Míster Kitchener se echó a reír.

—Bueno, sí. Como en todas las profesiones, los estudiosos se premian entre sí. ¿Quién lo haría si no? Elmo es un hombre muy modesto. Hace unos pocos meses se mudó a una linda casita aquí que había heredado de su esposa, junto con una sustancial suma de dinero. Escribe un libro sobre Chaucer.

—Ése es un tema que podría incendiar a todo el país —dijo Jonathan—. Ya veo a nuestros jactanciosos magnates, nuestros granjeros y los obreros de las fábricas comprando semejante libro por millones.

—Bueno, él no es Booth Tarkington o Frances Hodgson Barnett, con toda seguridad —dijo Albert Kitchener con una risita contenida—. Ni siquiera es un Jack London, o Joseph Conrad o Mark Twain. Le conozco desde hace muchos años. Su hija le cuida la casa, es una muchacha muy dedicada a él y le acompaña a todas partes. Es también su secretaria, y le recopila los datos. Una muchacha brillante de la edad de Maude, con la que son amigas íntimas. Se llama Elvira, nombre anticuado, era también el nombre de mi madre. Es una buena influencia para Maude, y a pesar de que soy su padre tengo que admitir que mi hija es un poco despreocupada a veces. Elvira la hace interesarse por las cosas.

—Muy edificante —dijo Jonathan revoleando los ojos y soltando un bostezo—. ¿Elvira está enferma, supongo? ¿Anémica, probablemente?

—No, no, Jon, déjame explicar. Se trata de Elmo. Todo andaba bien hasta hace dos semanas, después tuvo un ataque.

—¿En qué hospital está?

—Ésa es la cuestión. No está en ningún hospital.

—¿Nada más que un pequeño ataque, eh? ¿Quién es su médico?

—Ahí tenemos otro problema. No tiene ningún médico en Hambleton.

Jonathan se enderezó en su silla.

—¿No está en ningún hospital, ningún médico le atiende, y el hombre tuvo un ataque hace dos semanas? ¿Quién diablos dijo que había tenido un ataque?

—Elvira. Ahora espera, Jon. Ésa no ha sido una palabra muy linda para decirla por el teléfono. Podrían escuchar en la central y hay que tener mucho cuidado de no ofender a esas simpáticas señoritas, ¿no es cierto? Elvira me lo ha dicho esta mañana. Empieza a estar preocupada por su padre.

—Mi Elvira querida —dijo Jonathan—. ¿Y quién se lo ha dicho a Elvira?

—Nadie, pero ella es una muchacha muy intelectual, Jon, una de esas «mujeres nuevas». Estudió de enfermera un año o dos, no precisamente para ejercer, sino sólo

para cualquier eventualidad urgente que pudiera presentarse. Ha visto a una cantidad de gente con ataques. Sea como sea, esta mañana me fui derecho a su casa, 237 de Rose Hill, no lejos del cementerio, ¿conoces la calle?, muy bonita y exclusiva, ¿anotaste el número?, y allí estaba Elmo echado en la cama, absolutamente inmóvil como si estuviera ya muerto. Había tenido el ataque dos semanas antes, se metió en cama y allí está todavía. Cinco días atrás no podía hablar, aunque Elvira dice que comprende cada palabra que ella pronuncia. —El señor Kitchener se aclaró la garganta—. Puede usar la cómoda que tiene al lado de la cama, que fue la que le compró Elvira, pero eso es todo lo que puede hacer. Puede comer sólo un poco de leche, caldo y un poco de sopa de legumbres y cacao, pero nada más, desde hace dos semanas. Y ni siquiera quiere hacer eso. Te lo digo, Jon, me siento muy preocupado por Elmo.

—Y tienes motivos para estarlo. Aparentemente hubo dos accidentes cerebrales en dos semanas, ¿por qué esa estúpida muchacha no llamó a un médico dos semanas atrás, por amor de Dios?

—Bien, creo que te lo dije. Ella ha tenido práctica como enfermera y atendió a su madre antes de que muriera, me dijo que sabe exactamente qué es lo que hay que hacer en estos casos. Pero ahora está un poco preocupada porque Elmo ya no habla. Le hablé de ti y ha consentido en que vayas en seguida y veas lo que se puede hacer, eso como un favor para mí —agregó Kitchener astutamente.

—Ya sabes, Al, que me iré de este pueblo pronto, y el doctor Morgan es mi reemplazante. Está haciéndose cargo de todos mis viejos pacientes —los que he dejado— y algunos nuevos también, de modo que voy a mandarlo de inmediato.

—Jon —dijo el señor Kitchener— el doctor Morgan es un muchacho simpático, pero no es más que un muchacho, y nosotros lo queremos mucho. Pero ésta es su primera práctica, ¿no es así? Las noticias corren. No quisiera que nadie viera a Elmo más que tú, Jon. Es una persona que vale mucho y un estudioso, y no tenemos muchos de su clase en América.

Jonathan suspiró, ya exasperado.

—Muy bien. Voy a mandar una ambulancia de Sta. Hilda para que le traiga inmediatamente, y le veré dentro de una hora, cuando le hayan ingresado.

—Ésa es otra cuestión, Jon. Elvira no permitirá que le lleven a un hospital. Dice que ha «visto demasiado». Es una muchacha muy decidida y resuelta. Dice que cuando alguna vez se lo mencionó siquiera a su padre, estuvo en contra, tanto como ella misma. Está dispuesta a tener aquí una o dos enfermeras, pero eso es todo.

—¡Maldito sea, no voy a hacerme cargo de un hombre que ha tenido dos ataques recientes, fuera de un hospital! —gritó Jonathan—. ¡Necesita cuidados profesionales grandes y constantes, no las manos tiernas de Elvira! Prepáralo para la ambulancia.

—Bueno, Jon, no seas intransigente. Estoy aquí en la casa, con Elmo y Elvira. He



tratado de convencerla de que lleve a su padre a Sta. Hilda, pero no quiere saber nada, Jon. Elmo se morirá aquí mismo si no se le presta atención médica, y como le he contado a Elvira todo lo que sé de ti, no va a permitir que ningún otro médico entre en la casa. Ya me costó bastante trabajo convencerla de que te dejara intervenir. No confía en los médicos.

—Mientras más conozco a las mujeres —dijo Jonathan ya con furia— más creo que el Todopoderoso debiera de haber hecho a los hombres bisexuales, como los caracoles. Pero eso no sería muy divertido, ¿no te parece?

—Espero que las señoritas de la central no hayan entendido eso —dijo el señor Kitchener, pero soltó una carcajada.

—Venga conmigo —le dijo Jonathan a Robert después de colgar el tubo—. La oficina no funciona hasta las dos. Bueno es que empiece a conocer a esas mujeres llamadas pequeñas ayudantes de los doctores, quizá fuera mejor llamarlas *Némesis* de los doctores. Pueden deshacer mejor el buen trabajo de un médico experto, que lo que puede una enfermera oficial.

—Usted se olvida de que tengo una mamá dirigente.

En camino hacia la casa de Elmo Burrows, Jonathan le dio a Robert muchos consejos en lo referente a las mujeres, casi ninguno de los cuales podía encontrarse en ninguno de los textos corrientes sobre la materia. Robert pensó que algunos eran risibles y otros lascivos.

—La época de la hidalguía —dijo Jonathan— pretendió deificar a las mujeres y considerarlas como demasiado preciosas para el ayuntamiento vulgar, pero eso lo hacían para conservarlas «puras» cuando los hombres salían a asesinar sarracenos o en búsqueda del Santo Grial, lo cual constituye una forma poética de decir que salían a proveerse de territorios ricos. Eventualmente, sin embargo, cuando empezaron a aparecer algunos aprovechados, los hombres inventaron el cinturón de castidad. Después ya no deificaron a las mujeres, hasta la lamentada finada Victoria, que se las ingenió para convertir a los alegres hombres de Inglaterra en magnates industriales o en esclavos de las fábricas, atrayendo sobre el país una oscuridad que casi alcanzó las alturas del reinado de Cromwell, o sus profundidades. Las mujeres de la regencia, con sus delgados vestidos de muselina, sin llevar nada debajo, acostumbraban a humedecer con agua aquellas vestimentas para conseguir algo que ahora no estaría permitido en nuestros escenarios más audaces de la parte más baja de Nueva York, o en la Columna de las prostitutas de Hambledon, o en cualquier otra ciudad en donde las señoras alegres no encuentran trabas de ningún tipo. Victoria se dio cuenta de que no tenía un físico digno de ser expuesto de aquel modo, de manera que inició el movimiento para imponer las enaguas, crinolinas, capas, corsés de hierro, la castidad y la deificación de las mujeres. Un régimen lóbrego, como dijo Disraeli: «*no había más que poner techo a Inglaterra para que quedara convertida en un prostíbulo*».

Sin embargo, continuamos con la hipocresía de afirmar que las mujeres no tienen pimienta en el alma ni sangre en las venas, y que a las mujeres buenas no les gusta retozar en la hierba, les hacemos una injusticia. A las mujeres no les gusta que las endiosen, en realidad no les gusta tampoco la franquicia o la igualdad de derecho. Les fastidia, con todo derecho, que se las endiose y se considere que están muy por sobre todas las groserías de la copulación, dele a una mujer con sangre en las venas un hombre con sangre en las venas, que escasean bastante en este nuevo siglo, y al diablo, dirá ella, al voto, o al pedestal, o a estar a la misma altura que su pareja.

—Naturalmente, usted habla por experiencia —dijo Robert—. Las sufragistas con seguridad le lincharían como una amenaza.

—No me gusta que los hombres se burlen de ellas cuando las pobrecitas desfilan —dijo Jonathan—. Tendrían que invitarlas a ir a casa a recibir un poco de instrucción extensiva en posición horizontal. ¿Es su mamá partidaria del voto para las mujeres?

—Dentro del contexto que usted acaba de usar me rehúso a contestar —dijo Robert—. Soy un hijo respetuoso.

—Tengo esperanza en usted —dijo Jonathan—. Si llega usted a casarse alguna vez, y espero que no lo haga, trate a su mujer de modo amable pero firme, y nunca le diga nada. Dele instrucciones detalladas sobre el sexo de manera repetida. Le querrá siempre. Cometí un error con mi mujer, creí que tenía algo para darme además de su cuerpo blanco y puro. Nunca me lo perdonó, y no la reprocho.

—Usted denigra a la mitad de la raza humana —dijo Robert riendo.

—No se agite, ellas nos denigran a nosotros también, pero con muchísima más imaginación. ¿No ha oído nunca a mujeres discutiendo sobre sus esposos? Es una educación que debería tener todo hombre antes de casarse. Por fortuna, sin embargo, nunca deberá tenerla. Si la tuviera, no se casaría, con toda seguridad. Ha sido y sigue siendo el hombre primitivo quien inventó esos horrorosos tabúes sobre las mujeres y sabía por qué lo hacía, aunque indudablemente las mujeres se opusieron. El hombre moderno ha perdido el miedo que sentía por la mujer y eso es una desgracia para él. No hay nada como unos pocos tabúes mortíferos para hacer que el tiempo que pasamos en la cama sea el más alegre del día.

Les abrió la puerta una criada ataviada a la usanza inglesa, y penetraron en un amplio vestíbulo adornado con mobiliario inglés y espesas alfombras antiguas. Les esperaban el señor Kitchener y su hija Maude.

«Bello bocado para cualquiera, la damita ésta», pensó Jonathan, fijándose en la fina cintura, los generosos senos y los hoyuelos en las muñecas y los codos de la muchacha. «Es un buen bocado aunque uno pueda tener la mente ocupada con otra mujer».

—Les agradezco que hayan venido, querido Jon —dijo el señor Kitchener estrechando las manos a ambos hombres—. ¡Qué hermoso día ayer! ¿No les parece?

Maude, ¿quieres comunicar a Elvira que nuestros amigos están aquí?

Les introdujo en un salón de recepción de nobles proporciones y amueblado, por desgracia, en estilo victoriano, apenas había intentado Jonathan emitir su opinión, tuvo que interrumpirse por la entrada de Maude, que llegó acompañada por otra muchacha de casi su misma edad, y a la que presentó, en forma un tanto extravagante, como «mi querida, queridísima amiga, la señorita Burrows».

Elvira Burrows era una muchacha espigada, vestida severamente con un vestido gris de algodón, mangas largas e impropias en un día de calor y sin ningún toque de coquetería. De cara larga y pálida, sus facciones eran agudas aunque curiosamente armoniosas, como las de una estatua, su boca ancha y fina mostraba una expresión decidida y los ojos grises estaban enmarcados por unas espesas cejas negras. A su lado la figurita de muñeca rechoncha de Maude ofrecía agudo contraste.

La dueña de la casa examinaba a Jonathan y Robert con una mirada que era mezcla de resentimiento y disgusto.

—Gracias, caballeros —dijo con voz clara que no mostraba, por supuesto, ninguna amabilidad. Estrechó las manos de ambos médicos como lo haría un hombre muy ocupado, de manera rápida y breve—. Quiero dejar bien aclarado, sin embargo, que no siento gran estima por los médicos.

—Tampoco yo —dijo Jonathan con una sonrisa excesivamente humilde, que por alguna razón provocó un leve rubor en aquellas mejillas descoloridas. Elvira le dedicó entonces una atención exclusiva, pero desprovista de amabilidad.

—Entendido —dijo.

Sin hablar le sometió a un estudio más atento y todavía más desagradable. Se veía que la muchacha no era tonta. Recorría con sus ojos todo el cuerpo de Jon, como lo haría una maestra de escuela con un alumno incorregible y merecedor de expulsión y castigo, pero sin dejar de advertir su elegancia, su actitud desenvuelta y su traje bien cortado. Después le miró directamente a los ojos, y lentamente frunció el entrecejo y se volvió. Su boca firme, dibujaba un gesto de fastidio, como si alguien la hubiera besado por la fuerza.

—Fue sólo por la insistencia del querido amigo de papá, tío Albert, que he permitido la... consulta médica. —Se detuvo e hizo una mueca desagradable de desprecio—. Papá no necesita a nadie más que a mí y un poco de atención de enfermeras. No obstante, caballeros...

Les condujo por el vestíbulo al piso superior, donde estaban los oscuros dormitorios. Jonathan iba pegado a sus talones, seguido por Robert, y detrás de ellos el señor Kitchener resoplando un poco ya que los peldaños eran un tanto empinados. Detrás de ellos, cerraba la ascensión Maude, levantándose la falda sobre los tobillos.

Elvira abrió una puerta angosta y entró sin invitar a ninguno de los que la seguían, que entraron también a una habitación de buenas proporciones, paredes blancas y

ventanas abiertas, por donde penetraba un aire perfumado y el verde brillo de las hojas. En el centro de la habitación, y en una cama grande con dosel de muselina blanca, yacía una larga figura inmóvil que apenas levantaba la colcha, unos pocos muebles adornaban la habitación y una oscura alfombra de Bruselas cubría el piso.

Elvira, de pie al lado de la cama de su padre, se dirigió, más bien que habló, a ambos médicos.

—Mi padre ha tenido dos ataques —anunció, y Jonathan buscó involuntariamente sus notas—. Uno de ellos hace dos semanas, que casi paralizó del todo su cuerpo, menos las manos. Tiene cierto dominio sobre las piernas, y...

—Sus funciones corporales, espero —interrumpió Jonathan—. Es muy importante ese control.

La señorita Elvira se puso muy blanca y sus ojos grises le miraron relampagueantes, no con modestia o embarazo, sino con fría irritación.

—Sus funciones corporales —repitió de modo preciso—. Están controladas con orden, doctor. Sírvase no interrumpirme por un momento. Seré breve, doctor.

La palabra «doctor» sonaba en sus labios como una imprecación, como una palabra que una dama debiera usar sólo en casos muy extremos.

—Hasta hace pocos días podía ponerse en comunicación conmigo, aunque de manera esporádica, hasta el jueves, para ser exactos. Después tuvo aparentemente otro ataque, que le privó de la voz, no puede hablar en absoluto. Nos comunicamos por señas que hace con las manos, entiende sin embargo lo que le digo, afortunadamente. Se alimenta poco, y solamente a base de líquidos. Le doy té de manzanilla o tila a la hora de dormir, de modo que pueda descansar cómodamente. Duerme sin interrupciones. Duermo en una de esas sillas de manera que puedo oír su más leve movimiento. No se agita en lo más mínimo, salvo para usar esa cómoda que usted ve al costado de su cama.

Se detuvo como si le hubieran cerrado un interruptor y miró a los dos médicos de manera impersonal.

Robert le habló por primera vez, con indignación y recriminándole:

—¿Nunca pensó usted en llamar a un médico, señorita Burrows?

Ella ni le miró siquiera, sino que se dirigió a Jonathan.

—No. Ya les he dicho qué opinión tengo de los médicos. Esta opinión no es fruto de la ignorancia, sino del conocimiento. La condición en que está mi padre me resulta muy conocida. Necesita solamente buenos cuidados de una enfermera, movimientos pasivos y tranquilidad. Con el tiempo podremos saber si recuperará el control de los músculos y la palabra, o si estará condenado a la invalidez para toda su vida y al confinamiento en la cama.

—Naturalmente —dijo Jonathan con un gesto a Robert, que hervía de forma visible— conoce usted la medicación que hay que darle.

—Soy partidaria de las hierbas —dijo Elvira con firmeza—. Diente de león para estimular los músculos, cáscara de azafrán para la sangre, dedalera para la circulación, leche caliente con miel para estimularle la mente, limón para provocarle el apetito, azufre para la limpieza intestinal, cáscara de canela, cocida con té caliente para los nervios. Jengibre con agua caliente para los trastornos gástricos, baños de soda, baños de pies.

—Me parece —dijo Jonathan— que me inclinaré porque le quiten la licencia para ejercer, señorita Burrows. Claro que eso lo haré por la envidia que siento. ¿Me da permiso para examinar al paciente? Nada más que con fines de consulta, por supuesto. Después, más adelante, tendremos una discusión médica a fondo.

Elvira le echó una mirada asesina y se acercó con altivez a la figura que yacía sobre la cama y allí se quedó de pie, cruzadas las manos y una expresión fríamente desdeñosa. Robert, obedeciendo a un gesto de Jonathan, se acercó por el otro lado. Los dos médicos se inclinaron sobre el hombre yacente e iniciaron el examen. Elvira se alejó con gesto desdeñoso hacia la ventana y se puso a mirar hacia afuera tranquilamente, como si en la habitación no hubiera nadie más que ella y su padre. El señor Kitchener y su hija Maude estaban cerca de la puerta, ignorados por completo.

El enflaquecido hombre que yacía en la cama no tenía más de cincuenta años, si es que llegaba a esa edad. Su cabello era áspero y castaño, la cara lívida como una calavera, pero el cráneo era aristocrático, con nariz prominente. Sus ojos, grises como los de su hija, alertas, inteligentes y extremadamente conscientes de lo que sucedía, miraban sombríamente a Jonathan. De repente sonrió, con una mueca débil y festiva, y Jonathan sintió por él una simpatía que sólo era capaz de sentir por muy pocos hombres. Elmo Burrows tenía unas espesas cejas negras, y mientras Jonathan le examinaba con pericia, aquellas cejas se levantaron en una expresión que reflejaba comprensión. Después de uno o dos segundos la expresión se hizo triste, amarga y desesperada, y apoyó la cabeza de lado sobre las almohadas. Allí quedó totalmente inerte, sin hacer movimiento alguno con lo que Elvira llamaba «sus miembros».

Jonathan frunció más las cejas a medida que la revisión adelantaba.

—¿Estuvo su padre en coma en algún momento? —le preguntó a Elvira—. ¿Quedó inconsciente después del primer ataque?

La muchacha contestó con indiferencia desde la ventana, de donde estudiaba las hojas de los árboles.

—No. Una mañana, sencillamente, no pudo levantarse de la cama, a mí me lo dijo. Afirmó que le resultaba muy difícil mover las piernas y los brazos. Primero pensé en una artritis, pero no sentía dolores en las articulaciones y tampoco las tenía hinchadas. Al día siguiente dijo que tenía aún más dificultades para moverse y así siguió.

—¿No se quejó de mareos, náuseas o dolores de cabeza?

—No. Nosotros no somos víctimas de esas enfermedades causadas por descuidos en las dietas.

—¿No tenía rigidez de cuello?

—No. No tuvo ni resfriado ni catarro.

Los miembros del paciente no estaban flácidos ni achatados, estaban tan redondos como las piernas y brazos de cualquier hombre saludable que estuviera un poco delgado, y eran fríos al tacto. Jonathan le pellizcó en forma inesperada un bíceps, y el brazo se apartó involuntariamente. Sometió el otro brazo y las piernas al mismo experimento, y en cada caso el miembro se retrajo y el enfermo emitió un débil quejido de protesta. Su temperatura, el pulso y la respiración eran normales en un paciente retenido en cama que no estuviera verdaderamente enfermo o en peligro de muerte. La presión sanguínea era normal.

—¿Qué edad tiene su padre, señorita Burrows?

—No ha cumplido los cuarenta y nueve años.

—Excelente presión —le dijo Jonathan a Robert que miraba perplejo mientras aquél continuaba su examen—. Un tanto baja para su edad, pero excelente, y no hay señales de reciente infarto cardíaco o fibrilación auricular. Nada de espasmos. Los reflejos son un poco lentos, pero dentro de lo normal. Parece un poco desnutrido...

—Estoy limpiándole el sistema con una dieta líquida —dijo Elvira sin volverse—. Pero no puede tragar con facilidad, y hace señas de que no desea alimentarse. — Su voz era desapasionada por completo.

El enfermo yacía con los ojos cerrados como si no estuviera presente o no tuviera conciencia de las cosas, pero en aquel momento miró a Jonathan con una expresión de intensa desesperación, y Jonathan se inclinó de nuevo sobre él.

—¿Puede oírme, señor Burrows? Muy bien, veo que puede mover un poco la cabeza. ¿Puede hablar? ¿No? ¿Puede ver bien?, bueno, ¿no tiene dolores en ninguna parte?

Los ojos grises y hundidos del paciente reflejaron mayor angustia.

—¿La cabeza? ¿Las piernas? ¿Los brazos? ¿El cuello? ¿La espalda? ¿El pecho? ¿Nada? Muy bien. Entonces, ¿dónde siente dolor?

Los ojos del señor Burrows se velaron, giró la cabeza hacia un lado y bajó los párpados. Jonathan se levantó y miró a su paciente, pensativo.

—No hay parálisis —le dijo a Robert—. No existe desviación conjugada de los ojos, ni signos laterales. Las respuestas neurológicas están dentro de lo normal. No hay síntomas cerebrales de ninguna especie, ni siquiera una meningitis suave, cosa que había sospechado al principio. Afasia sí, pero me pregunto de qué clase.

—¡En resumen —dijo Elvira desde la ventana— encuentra que mi padre goza de perfecta salud! ¡No ha tenido ataques, y sin embargo no puede levantarse de la cama ni puede hablar!

—No he dicho que su padre goce de perfecta salud —dijo Jonathan—. Al contrario, quisiera tener una consulta con usted en otra habitación, si me hace el favor, señorita Burrows. Vamos, Robert. Ustedes, Al y Maude, ¿me harían el favor de quedarse con mi paciente?

Ambos médicos siguieron a la enérgica Elvira hacia el vestíbulo, y allí la muchacha se detuvo mirándolos con una expresión de frío desafío.

—¿No es suficiente este lugar para lo que tengan que decirme de acuerdo con su ignorancia médica?

Jonathan tomó el pestillo que estaba más cerca.

—Ésa es mi habitación, si me hace el favor, doctor —dijo Elvira con aspereza.

—No se alarme —dijo Jonathan—. He estado en más habitaciones de señoras, invitado o no, de las que puedo recordar, tanto como médico, como también en calidad de... ¿digamos... visita?

—No es necesario ser libertino —dijo la señorita Burrows con toda claridad— aunque no soy una de sus alocadas señoritas, sino una mujer moderna del siglo veinte, franca y sincera.

—Y apuesto a que usted conoce todo el vocabulario también —dijo Jonathan con gesto de gran admiración—. Bueno, si no vamos a invadir su cámara de vestal, ¿a dónde podemos ir?

Pareció como si Elvira tuviera una sugerencia muy apropiada para hacer, pero se limitó a apretar los labios, echó a andar por el vestíbulo y abrió una puerta distante. Con gesto imperativo les indicó que entraran. Tenía una franja de color rojo en cada uno de los pómulos.

—Y —siguió diciendo Jonathan— apuesto que conoce también los eufemismos de las palabras. Si no es así, tendré mucho gusto en instruirla, mi querida jovencita, cuando usted disponga. Pero solos.

—¡Estoy segura de que sería muy capaz! —dijo Elvira con los ojos relampagueantes—. Por favor, doctor ¿querría usted entrar en esa habitación que antaño fue la salita de mi madre muerta?

Robert pensó que las observaciones de Jonathan no eran fáciles de perdonar, pero no pudo evitar que se dibujara una sonrisa debajo de su bigote de color oro. Aquella era realmente una muchacha bastante difícil de calificar, con sus pretensiones de modernismo. Era una suerte que no hubiera entendido del todo las traviesas insinuaciones de Jonathan. No hay nada tan puro como una mujer que pretende estar emancipada y libre de inhibiciones. La prostituta legítima es habitualmente muy recatada en su forma de expresarse, y pretende que se la insulta a la menor observación jocosa, es muy reticente y limitada frente a los hombres que no conoce. Elvira, por el contrario, era un auténtico granadero.

Entraron en un cuarto muy recargado y mohoso, abrumadoramente impregnado

de perfume de alcanfor, flores de lavanda, cortinajes calientes y pesados, bolitas contra la polilla, alfombras recalentadas y un mobiliario ridículo. Los espejos del vestidor estaban cubiertos y los pocos cuadros estaban girados hacia la pared, una pequeña ventana se abría sobre las ramas de los árboles, y nada más. Era una habitación muy desagradable. Jonathan decidió quedarse quieto, mientras Elvira se sentaba tan derecha como un uso, en un sillón sin brazos.

—Le voy a formular unas cuantas preguntas muy serias, señorita Elvira —dijo Jonathan, con expresión dominante. Aquella expresión suya había tenido siempre éxito con las mujeres neuróticas, histéricas o intratables. Siempre tuvo el efecto de aquietarlas y someterlas, pero por lo que respectaba a Elvira, se limitó a dirigirle una fría sonrisa de desprecio, y se quedó esperando.

—Quiero que sea sincera como lo son todas las jóvenes de esta época.

Ella inclinó la cabeza.

—En primer lugar, ¿cuándo murió su madre?

Elvira, por primera vez, pareció quedar un poco desconcertada.

—¿Mi madre? ¿Qué tiene que ver con la enfermedad de papá *mi querida, queridísima madre*?

—Señorita Elvira, soy yo quien hace las preguntas. No quiere usted que su padre muera, ¿no es así? Está transitando el camino hacia la muerte con toda regularidad. Si tiene usted interés por él, por favor no me haga perder tiempo.

La muchacha había adquirido un color horrible, y los ojos parpadeaban de miedo, pero tenía un gran control sobre sí misma.

—No creo que se muera, no lo creo en absoluto. Sin embargo le contestaré sus preguntas en la forma más breve que pueda. Mamá murió hace once meses en Nueva York, en una pequeña casa. Fue algo completamente inesperado. Parecía gozar de buena salud, aunque a su edad, cuarenta y dos años, cualquier cosa pudo sucederle. Cosas de gente mayor, están sujetos a muchos disgustos. ¿Supongo que usted estará de acuerdo, doctor? Cenó muy bien, había cocinado yo misma, pues nuestra cocinera tenía su noche libre quincenal, y como soy partidaria de la comida saludable, puedo asegurarle que aquella cena era muy nutritiva.

—Estoy seguro de ello —dijo Jonathan—. ¿Y qué era, ya que hablamos de eso?

—Arroz integral tostado con picadillo de nueces y espinaca cortada, guisado con un poco de manteca.

Jonathan hizo un gesto muy elocuente. A Elvira le volvía el color, y tenía la apariencia arrogante de una fanática ferviente.

—Empezamos con un caldo liviano, judías ligeramente aderezadas con nuez moscada y tomillo.

—Ya veo, ya veo —dijo Jonathan nervioso—. Ya es bastante, gracias. Veo que la comida no podía dañar a su madre si hubiera gozado de óptima salud. ¿Sería así,



supongo?

—No estoy segura de que me guste el tono de su voz, doctor —dijo Elvira, era una joven muy vehemente—. Ni tampoco sus insinuaciones de que mi madre pudiera haber sobrevivido a las comidas saludables en caso de que su salud fuera óptima. Lo dejaré estar considerando que estas observaciones provienen de una mente con muchos prejuicios. Mi madre dijo que había disfrutado enormemente de la comida y me sentí satisfecha, pues durante mucho tiempo había intentado que comiera de manera más sensata. Ella prefería la comida sustanciosa y los cadáveres...

—¡Cadáveres! —exclamó Jonathan con un aire un tanto exagerado de repugnancia.

—Sabe usted muy bien a qué me refiero, doctor, los cadáveres inocentes, de inocentes bestias, asesinadas para satisfacer nuestra gula.

Jonathan abrió la boca para decir una cosa poco delicada, pero lo pensó mejor.

—Está bien —dijo—. Siga, por favor.

—Estoy segura —dijo Elvira con una voz que se hacía más rotunda y clara a cada instante— que usted no se interesa realmente en la dieta de mi pobre madre. De todos modos, despertó a medianoche llamándome, y diciendo que tenía una indigestión aguda, muy severa. Afirmaba que se sentía como si la hubieran envenenado.

—Sin duda fue así —dijo Jonathan con voz casi imperceptible.

—¿Qué dijo, doctor? No importa, no creo que sea importante, aunque supongo que era algo bastante descortés. Es usted un hombre muy áspero y muy grosero, si me permite la franqueza.

—Le di a mamá los remedios acostumbrados —prosiguió—. Jengibre con agua caliente, té caliente con un poco de crema tártara. Generalmente basta con eso. Mamá había tenido ataques como ése antes, pero siempre salió bien gracias a mis cuidados. Pero continuó quejándose. Me pidió que le buscara un médico. Para apaciguarla, aunque como es natural no tengo ninguna confianza en los médicos, llamé a uno por teléfono. Me llevó bastante tiempo, con ayuda de la central, encontrar uno que viviera cerca de casa, de modo que pasó una hora o más antes de que llegara.

De repente apretó con fuerza sus párpados blancos y su boca inflexible tuvo un leve temblor. Después volvió a abrir los ojos.

—Cuando llegó dijo que mamá había tenido un ataque al corazón y que se moría. No sé qué le dio, pero tuvo que ser algo mortalmente drástico. Murió media hora más tarde. Siempre le tuve por responsable, si no hubiera venido, mamá estaría ahora viva y entre nosotros.

Jonathan se sentía un tanto compadecido por aquella obstinada muchacha.

—¿Y cómo tomó su padre la muerte de su esposa?

—No se lo dije hasta la mañana siguiente. Había estado muy fatigado durante más de una semana y necesitaba descanso. Me quedé sentada al lado de mamá desde

el momento en que murió hasta que supe que papá había bajado al comedor y que el cocinero le había servido su desayuno. Leía tranquilamente su diario antes de salir para la Universidad, fue a eso de las ocho.

—¿Y usted permaneció sola con su madre muerta toda la noche?

—Sí.

Por primera vez la voz de la joven no fue tan vivaz. Elvira bajó por un instante el rostro.

—Cuando se lo comuniqué a papá, no dijo nada, absolutamente nada. Se quedó sentado en su silla, mirando el café que le quedaba en la taza, después dobló tranquilamente el diario, fue hasta la habitación de mamá, cerró la puerta detrás suyo, olvidando en absoluto que tenía una hija, y no salió hasta que llegó el de la funeraria. Me sentí aliviada al verlo. No había derramado una sola lágrima, mientras que yo tenía la cara y los ojos hinchados. Parecía completamente calmado, así como era siempre. Me habló tranquilamente también y me palmeó la cabeza. Decía sin parar: «*Está bien, Elvira. Está perfectamente bien*». Fue para mí como una torre de fortaleza. Él y yo... habíamos sido como padres para mamá.

—¿Sus padres se llevaban bien?

—Oh, mucho. Mamá era juvenil para su edad avanzada. Nunca estaba seria, aunque había recibido una buena educación y era de una mentalidad superior. Ella y papá siempre se hacían bromas. Papá es un hombre muy sobrio, pero mamá podía hacerle reír como si fuera un chico. No pasaba casi ni una noche, no importa cómo estuviera el tiempo, sin que fueran a pasear, internándose lejos en el campo, llegaban hasta el Parque Central, en nuestro carruaje, solos, los domingos, y algunas veces se llevaban el almuerzo. Volvían riendo como niños, quemados por el sol, manchados de hierba, con sueño, y muy felices.

Por primera vez empezaba a flaquear, y tenía pequeños espasmos en la garganta debido a la lucha que libraba con su pena. No miraba ahora a Jonathan sino al suelo, y arrugaba entre sus hábiles y lindas manos un pañuelo liso.

—¿Tenía su padre otros parientes que tuvieran intimidad con él? —preguntó Jonathan con una voz marcadamente amable.

—No, no tenía ninguno. Era huérfano desde hacía muchos años. No tenía hermanos, sólo algunos primos lejanos a quienes rara vez veía. Ellos vivían a cientos de millas de distancia, ni siquiera se escribían. No tenía a nadie más que a mamá y a mí. —Se detuvo—. ¡Algunas veces pienso que creía que no tenía a nadie más que mamá! —dijo, y se le rompió la voz.

—Estoy seguro de que se equivoca —dijo Jonathan.

Pensaba en aquel estudioso tranquilo que sólo encontraba alegría y risas en su mujer.

—Estoy seguro de que sabía, y sabe, que tiene una hija muy dedicada a él, una de

las mejores que hay.

Elvira levantó la mirada, desconcertada y suspicaz, pero la expresión de Jon era tan amable que tragó rápidamente y trató de contenerse para no soltar las lágrimas.

—Gracias —murmuró—. Yo tenía solamente a papá y a mamá, sin hermanas ni hermanos, aunque me he enfrentado al mundo mucho más de lo que lo hicieron mis padres. Creo que hay que participar con gran amplitud en asociaciones y ser parte de la Humanidad y de los acontecimientos. Pertenezco a muchas comisiones de caridad y juntas, y hacemos muchísimo bien.

—Estoy seguro de que es así —dijo Jonathan, y tuvo que contener una mueca—. Según veo, su padre tomó la muerte de su madre con mucha calma y sensatez.

—Así fue —dijo la muchacha titubeando—. Salvo que hizo una cosa extraña, no fue al funeral. En realidad, la mañana del entierro desapareció, y estuvo fuera durante dos días. No avisé a la policía, después de todo, sabía que papá no sería capaz de hacer nada... exagerado, creo que usted me entiende. Nunca le he visto agitado en toda mi vida. Tenía un carácter muy tranquilo, una forma firme de ver las cosas, y era muy equilibrado. Una vez tuvimos gran temor de que perdiera la vista, eso ocurrió hará unos cuatro años. Mamá quedó abatida, y pasamos muy malos ratos con ella, pero papá nunca perdió su equilibrio. Mamá casi se volvió loca por la alegría que le produjo el doctor cuando nos comunicó que se había equivocado en su diagnóstico, pero papá se limitó a sonreír. Siempre tuvo una gran estabilidad y perfecto control de sí mismo. Creo que me parezco a él un poco en eso.

—Sí —dijo Jonathan—. Sin embargo él desapareció el día de los funerales de su madre y permaneció ausente durante dos días. ¿Cómo estaba cuando regresó, y qué fue lo que dijo?

—Estaba muy pálido y agotado, pero muy tranquilo, como siempre. No me dio ninguna explicación, ni se la pedí, no volvió a hablar de mamá ni una vez siquiera en once meses. Era como si ella nunca hubiera vivido ni él la hubiera conocido, como si nunca hubiera estado en esta casa ni en la que tuvimos en Nueva York. Volvió a la Universidad y luego decidió en un permiso escribir su libro sobre Chaucer. Mi padre es un hombre muy distinguido —agregó la muchacha con un orgullo patético—. Ha recibido muchos honores y premios de estudiosos de fama y de sus comités. Ha hablado en Londres, en París y en Berlín, y es un lingüista brillante, que habla a la perfección idiomas foráneos. Le aclamaron mucho dondequiera que fue. Ha pensado en este libro durante años y lo discutió casi todas las noches con mamá. Era como si fueran dos niños ansiosos con ese libro. Me siento contenta de poder ocupar el sitio de mamá en esta única cosa, por lo menos.

—¿Y él no ha visitado nunca su tumba?

—¡Es muy extraño que me haga usted esa pregunta! —dijo la muchacha mirándolo desconcertada—. Nunca ha preguntado ni siquiera en qué lugar del

cementerio está enterrada. No le pedí que fuera conmigo en ningún momento, porque veía que se iba reponiendo muy bien y no quería volver a abrirle sus heridas.

Las palabras vulgares y los clichés no le eran desagradables a Jonathan, sino solamente tristes, pues tenían la frescura de la devoción y el dolor. Aquella muchacha no tenía una mentalidad tan fuerte como creyera al principio. A su manera, se había sentido tan solitaria y desposeída como su padre. ¿Qué era lo que no funcionaba bien en aquella gente tan ostensiblemente independiente y equilibrada? ¿Acaso eran de verdad demasiado sensibles para soportar la vida sin la salvaguarda del amor, del amor protector a su alrededor, y sin el apoyo de la fuerza de los demás? ¿Eran demasiado orgullosos como para admitir su terrible necesidad? ¿Tenían que condenarse a morir en silencio cuando la única razón de su vida se había esfumado?

—¿Y su padre parecía gozar de buena salud y dormía bien desde que murió su madre?

La muchacha reflexionó un rato.

—No —dijo por fin—. Naturalmente, papá nunca se queja. Nunca ha sido robusto, pero ahora está demasiado flaco. Estoy segura de que usted lo ha notado. Come muy poco, aunque se trate de sus platos favoritos, y le oigo pasear de un lado a otro de su habitación todas las noches, sin decir una palabra. Creí que pensaba en su libro..., pensaba en eso, ¿no lo cree?

Su tono se hizo súbitamente pueril y suplicante, ya que había empezado a advertir el tortuoso camino que seguía Jonathan.

Éste se le acercó, le tomó la mano y se la sostuvo cálidamente.

—Señorita Elvira —le dijo—. Quisiera que fuera mi hermana, se lo digo de veras. Necesito una hermana como usted, y quisiera tener una hija que fuera exactamente como es usted. Por favor, no se muestre tan incrédula, lo digo sinceramente. ¿Sabe lo que le pasa a su padre? Se muere deliberadamente de pena por su madre. Todo lo demás lo aparta de sí, a usted, su libro, su trabajo, sus alumnos, sus amigos. Se ha encerrado a sí mismo en una cueva y se muere en la oscuridad. ¿Me comprende?

—Sí —lloraba sin darse cuenta.

—Dígame, ¿qué clase de mujer fue su madre?

—Oh, era atenta, dulce y amable. Una mujercita, no era alta como yo —dijo sonándose la nariz con el pañuelo—. Suave, rolliza. Papá solía llamarla su pajarito. Era como un pájaro, a decir verdad. No piaba, pero cantaba y era alegre. Solía decirme en broma que no tenía sentido del humor, y supongo que de verdad es así. No es que mamá fuera frívola, aceptaba sencillamente la vida y todo lo que en ella hay, y opinaba que el mundo es maravilloso a pesar de que manifiestamente no lo sea. Era además muy religiosa. Quería que todos... amaran a Dios. Papá y yo somos agnósticos, pero algunas veces, a causa de la manera como creía mamá, pensaba que debía de haber realmente un Dios, y pienso que papá algunas veces especulaba

también con esa idea. Pero todo terminó cuando murió mamá. Fue como si... como si... todas las cosas hubieran recibido un baño gris, de modo que ya no quedaba ningún color en el mundo.

Robert lo había escuchado todo en silencio, con lástima, y sorprendido también por la forma en que Jonathan había consolado a la muchacha, que al principio les había parecido un ejemplo de mujer justiciera y de mentalidad estrecha. «Vive y aprende», pensó Robert.

—Su padre —prosiguió Jonathan— ha tratado desesperadamente de suprimir su pena, dominarla, pasarle por encima. Nunca le dio oportunidad de disiparse, de modo que todavía continúa herido, todavía sufre, quizá más que lo que sufrió al principio. Lo está envenenando, lo está matando. Él quiere morir, no ve razón alguna para vivir más.

—Creía que él era muy valeroso —dijo la muchacha deshecha—. Traté todo el tiempo de ponerme a la altura de su valor, pobre papá...

—Y pobre de usted —le dijo Jonathan.

—¡Oh! —gritó Elvira—. ¡Qué me importa de mí! Pero papá lo es todo, es importante, le necesitan, no se le puede reemplazar, ¿cómo es que no puede comprender eso?

—Porque mucho me temo que siempre haya pensado que nunca tuvo a nadie sino a su madre. Sé que esto puede parecerle rudo, pero si usted se hubiera manifestado abiertamente apenada, él la hubiera consolado y se hubiera apenado con usted, y ambos se hubieran curado juntos. Él piensa que usted es muy fuerte y no le necesita, ni tampoco los demás. ¿No es algo ridículo?

—¡Pero no soy fuerte! —explotó la muchacha, y apenas lo dijo, se le enrojeció el rostro y pareció abatida—. Soy ridícula, ¿sabe usted, doctor, que siempre creí que debía proteger a mis padres, tan alejados de este mundo?

—Uno de estos días —le dijo Jonathan— va usted a convertirse en una magnífica esposa y madre, y espero que tenga una docena de hijos, claro que corre peligro de mimarlos a muerte. Envidio al hombre con quien se case, aunque deseo que sea uno de éstos a quien usted no tenga que proteger, y que se enfurezca si usted trata de hacerlo.

—No —dijo Elvira—. Papá me necesita, me he dedicado a él.

«No, si yo puedo evitarlo», pensó Jonathan palmeando la mano que todavía conservaba entre las suyas.

—¿Tiene algunas bebidas en casa? —preguntó Jonathan—. ¿No? Bueno. Tengo un frasco de coñac en mi maletín. Elvira, ¿me cree ahora?

Le miró maravillada aunque con ciertas reservas.

—Caramba, doctor —le dijo—. Creo que sí, de veras que creo que sí —y sonrió débilmente a través de las lágrimas.

—¿No tiene inconveniente en quedarse aquí solo con Elvira, Bob? —le preguntó a Robert—. Quiero hablar con su padre.

Volvió a la habitación del enfermo y les pidió al señor Kitchener y a Maude que salieran. Luego acercó una silla a la cama del señor Burrows, y vertió con cuidado una buena medida de la bebida en un vaso.

—Quiero que se tome esto hasta la última gota —le dijo—. Y de golpe. Nada de sorbitos. —Sonrió amablemente.

El doctor Burrows hizo un lento movimiento negativo con la cabeza. Jonathan le pasó el brazo por detrás de sus débiles hombros, le obligó a incorporarse y le apoyó sobre las almohadas que dispuso detrás de él.

—Elija —le dijo—. Puede tragarlo, o si no se lo daré como enema. En cualquier forma es eficaz, pero una es menos agradable que la otra, y un poco más turbulenta.

La sombra de una sonrisa se dibujó en aquella cara larga y espiritual. Jonathan acercó el vaso a la boca de Elmo y lo mantuvo allí hasta que tragó la última gota. Le llevó bastante tiempo, pues era una cantidad terrible. Elmo pareció sofocado apenas terminó, y Jonathan le dejó apoyarse sobre las almohadas.

—¿Un poquito de agua? Aunque sería una lástima estropear el sabor que queda. ¿Nada de agua? Muy bien.

Se sentó de nuevo en la silla y cruzó sus elegantes piernas, mirando su reloj. Luego se levantó y se puso a caminar de un lado a otro por la habitación, tomando un libro u otro y dejándolo en su lugar después de hojearlo.

—¿No le parece que Chaucer es un alimento demasiado fuerte para las mentes de los americanos? —le preguntó al doctor Burrows—. Recuerde, tenemos aquí a Anthony Comstock y otros Cromwells. Somos un pueblo terriblemente ingenuo y muy simple, y todavía no demasiado brillante. No queremos admitir todavía que las mujeres tienen piernas, intestinos y vejigas, y tanta avidez por lo que llamamos «placeres carnales» como tenemos nosotros. No queremos admitir todavía que el mundo es un lugar bastante malo, sediento de sangre y hasta temible. Preferiríamos creer que es dulce y hermoso, lleno de niños que ríen, mujeres que viven solamente para servir a los demás y dirigentes que llevan en el corazón sólo los intereses de su pueblo. La historia, según leí en un editorial hace unas pocas semanas, es la página mala del pasado, de un pasado lejano, pero a partir de ahora la historia no tendrá otra cosa que registrar que la felicidad de las razas y el amor fraternal, los festivales, las manos que se tienden a través de los océanos, los barrancos floridos de mayo, y canciones, canciones y canciones. No más zares, no más reyes, no más emperadores, no más káiseres. Todo será un festival de amor entre naciones en armonía. Eso es lo que he leído. ¿Sabe cómo llamo a eso?

El doctor Burrows le miraba con unos ojos que se aclaraban milagrosamente, y por fin sacudió la cabeza, después se quedó muy quieto durante unos instantes y se

echó a reír. Fue una risa corta y muy imprecisa, pero lo cierto es que rió.

—Tome otro trago —dijo Jonathan, y esta vez el doctor Burrows no protestó. Hasta llegó a levantar una mano trémula para guiar el vaso con más cuidado.

—¡Ah...! —dijo cuando desapareció la última gota.

Jonathan se sentó de nuevo, y al rato Elmo habló por primera vez después de muchos días, y con voz fuerte.

—Estoy de acuerdo con usted doctor, se lo digo enfáticamente. No sabe usted las luchas que sostengo con mis alumnos, están muy mal informados y tienen una mentalidad simple, y se enfrentan con la corrupción a diario, sin querer reconocerlo hasta que es demasiado tarde. Y después, la mayoría piensan que es la cosa más noble del mundo y no la más vil.

—Tenemos necesidad de contar con una cantidad de hombres valientes que nos ayuden a combatir contra la auténtica corrupción que está echando raíces en América —dijo Jonathan—. Éste va a ser un siglo corrompido. Las señales ya han aparecido, pero le voy a hacer conocer mis teorías y mis temores alguna otra vez. ¿Sabrá usted, naturalmente, que nunca tuvo ningún ataque?

—Lo sé —los ojos de Elmo brillaban ahora con fuerza, y su color había mejorado. Llegó hasta a enderezarse más sobre las almohadas—. Fue nada más que... —Se detuvo.

—No quiso usted vivir más tiempo después de la muerte de su esposa. Lo sé. He tenido una larga conversación con su hija, una muchacha maravillosa, de las que se encuentran una en un millón. América mejoraría mucho si tuviéramos varios millones más que fueran como ella.

La oscura pena y el sufrimiento habían regresado al rostro de Elmo, y también la tragedia.

—¿Elvira? Es una muchacha muy fuerte y valerosa. No necesita de nadie, se basta a sí misma.

—Le necesita a usted —dijo Jonathan, y esta vez no sonreía, sino que su expresión era grave—. He hablado con ella. Parece raro, pero ella cree que usted es el fuerte y el valeroso, que no necesita de nadie más que de sí mismo. ¿Se le ocurrió pensar alguna vez que la pobre muchacha sufre horriblemente por la falta de su madre? Pero trata de mantener la espalda recta, por usted, de modo que usted no sufra por ella y no se aparte de su precioso trabajo.

—¿Elvira? —Elmo quedó boquiabierto, y después se sintió apasionadamente interesado.

—Elvira. Supongo que nunca le pasó por esa cerrada imaginación suya que pudiera estar afligida por su madre... que pudiera haber amado a su madre. ¿Ha mirado usted a Elvira en realidad alguna vez, o ha pensado siempre en ella como solamente el resultado de su boda? Es una persona por derecho propio, altruista,

devota, sacrificada, dispuesta a abandonar todas las promesas que le ofrece el futuro, sólo para servirle a usted. ¿Qué piensa que le ocurrirá a Elvira si usted se mata a sí mismo en esta forma?

—Nunca lo pensé —dijo Elmo volviendo el rostro. Después de unos instantes prosiguió—. No sabe usted lo que significa perder a su esposa, doctor, especialmente una esposa como la mía. Estábamos más juntos que el aliento, éramos de verdad una sola carne. Nunca tuve un pensamiento aparte de ella, ni ella de mí.

—Es muy poético —interrumpió Jonathan— pero no es cierto. Vivimos solos en nuestra propia carne. Ni siquiera los más cercanos a nosotros pueden adivinar nuestros pensamientos íntimos, y cuando considero eso, pienso que es una suerte que sea así, para todos.

Elmo volvió a mostrar aquella sombra de sonrisa, pero ahora más definida.

—Y conserva a la mayoría de nuestras mentes comparativamente limpias. Yo soy cirujano, doctor Burrows. He estado en docenas de salas de operaciones. Se quedaría pasmado si pudiera oír lo que las señoras más amables, cristianas, gentiles, reservadas, bien educadas y de voz más suave dicen cuando están bajo la influencia del éter. Muy edificante. Al principio me impresionaba, pero ahora no. Nada me impresiona ya, ni siquiera que una mujer asesine a su hija, o un hijo a su madre. Somos abominablemente humanos, y no me imagino cómo se las arregla Dios para soportarnos mucho más tiempo.

—Tampoco yo —dijo Elmo, y luego se dejó llevar de nuevo por su melancolía—. Mi vida se ha hecho pedazos. No hay ya en ella ningún propósito, ninguna meta, ninguna promesa.

—No discutiré eso —dijo Jonathan—. Mi propósito, cuando era más joven e inocente, era el de salvar vidas y curar el dolor. Todavía me dedico a curar el dolor, pero ¿salvar vidas? No lo sé. ¿Para qué?

Elmo se sorprendió. Se esforzó por sentarse y miró a Jonathan fijamente.

—¿No vale la pena salvar ninguna vida?

—No lo sé. ¿Lo sabe usted?

—¡Me parece —dijo Elmo— que la vida de un hombre bueno es digna de ser salvada en este despreciable mundo! Una vida buena es la única cualidad redentora sobre la tierra, la única inspiración. —Había adquirido una voz resonante y vital, llena de calor y énfasis—. Es la única salvación. Si esa vida buena está también dotada de genio, o sólo de talento, entonces debemos sentirnos en verdad enriquecidos por tenerla entre nosotros. Es un débil bosquejo de lo que los hombres pueden en verdad llegar a ser si se transforman en algo más que en hombres —vaciló—, con la Gracia de Dios —agregó en voz más baja.

Jonathan lo dejó reflexionar varios minutos.

—Su esposa fue una inspiración para usted —le dijo—. Fue una mujer buena.



Usted fue una inspiración para ella y para su hija, que le adora. Usted es un hombre bueno, de modo que le dejaré tendido aquí y que muera egoístamente cuando el mundo tanto necesita de usted, ese mundo que usted cree que vale la pena que lo salven.

Elmo trató de contener una sonrisa.

—Es usted muy elocuente, doctor —dijo con un suspiro.

—Dejémonos engañar en la creencia de que hay un propósito, un propósito más elevado en toda vida, cosa que hasta ahora no sabemos —dijo Jonathan—. De cualquier manera, vivimos entre engaños e ilusiones. El mundo es un lugar muy misterioso y mientras más descubrimientos hacen sobre él los científicos, más misterioso se vuelve, más insondable y más... excitante. Estamos sobre el rastro de algo, aunque no puedo imaginarme qué es. Llámelo Dios, si quiere. En los terribles días futuros que muchos de nosotros prevemos, haríamos bien en mantener firmemente un propósito en nuestras mentes, un conocimiento del misterio de la vida, y nuestra fe, cualquiera que sea, o toda la Humanidad va a volverse loca. El punto es éste ¿quiere usted formar parte del ejército de los cuerdos?

—Creo que me tomaré otro trago —dijo Elmo. Jonathan se lo sirvió.

Elmo lo sorbió, apartó los ojos y su rostro de estudioso quedó sumido en sus pensamientos.

—¿Qué cree que su esposa piensa de usted ahora? —preguntó Jonathan.

—¿Grace? —Elmo le miró asombrado—. Pero Grace está muerta.

—¿Cómo lo sabe?

—¡Cómo, doctor! ¿Usted es un médico y todavía pregunta eso? Ni usted ni yo somos niños.

—Bueno, digámoslo así, *no sabemos*. Nadie volvió nunca de entre los muertos para decírnoslo, aunque se dice que hubo uno. No podemos probar que hay un Dios, pero tampoco podemos probar que no lo hay. El hombre malo espera fervientemente que no lo haya, y el hombre bueno espera con el mismo fervor que sí. ¿Cuál de las dos esperanzas prefiere usted?

—Usted es todo un cristiano, ¿verdad? —preguntó Elmo con una sonrisa.

—¿Yo? Nadie ha podido acusarme de eso todavía. Nunca he encontrado ningún cristiano, con excepción, tal vez, de uno o dos. Sin embargo, éste sería un mundo mejor y más seguro, ¿no le parece?, si hubiera unos dos o tres millones de cristianos sinceros en él. Dando por sentado que sería un mundo mejor y más seguro, entonces el cristianismo se recomienda a sí mismo bastante bien, ¿no es cierto? Quizá pueda usted averiguar esto en ratos libres, cuando no elogie a Chaucer o batalle con las débiles mentes en sus aulas. Una investigación académica y una exploración, partiendo del escepticismo y sin pasión ni prejuicio.

Elmo cruzó sus delgadas manos por detrás de su nuca, con los ojos y los labios

dolorosamente caídos, y pensó profundamente en lo que acababa de oír.

—Ha abierto usted un excitante panorama delante de mí, doctor —dijo por fin— o quizá, después de todo, sea pueril. Sin embargo, vale la pena intentarlo, con todas las religiones antiguas y modernas. Tiene que haber existido una fuente original de la fe, o algo espontáneo en nuestra naturaleza. Personalmente, me gustaría estudiar un mundo sin la idea de Dios. Como dijera Voltaire.

—Sí, lo sé. Un brillante anciano. Tengo noticias tristes para usted, doctor: llegamos rápidamente a un momento en el que los hombres expulsarán completamente a Dios. Eso ha sido muy evidente durante más de doscientos años, y el paso se acelera. ¿Se le ha ocurrido pensar por qué?

—No. ¿Por qué?

—Bueno, eso es algo que yo tampoco sé. —Jonathan se levantó—. Haré que entre Elvira, su muy eficiente hija. Se sentirá muy complacida.

Salió y se dirigió a la habitación en que había dejado a Elvira. La muchacha hablaba interesadísima con Robert. Cuando vio a Jonathan se levantó de un salto.

—¿Cómo está papá? —preguntó.

—Venga y véale por sí misma —le dijo Jonathan cogiéndola de la mano y conduciéndola como si fuera una niña a la habitación de su padre.

Elmo se había levantado de la cama, estaba sentado en una silla con la bata y las chinelas puestas. Elvira se quedó parada en la puerta sin poder creer lo que veía.

—¡Papá! —gritó.

El rostro se le aflojó, y quedó convertida en una muchacha apabullada, y no en una dama llena de opiniones y convicciones.

—Querida Elvira —dijo Elmo, tendiéndole los brazos. Se le acercó corriendo, sollozando, se arrodilló a su lado y el padre la envolvió con sus brazos. Comenzaron a llorar juntos, y Jonathan cerró la puerta en silencio, yendo en busca de Robert.

—Que me hablen ahora de la resurrección de Lázaro —dijo Jonathan—. Éste también había empezado ya a apestar dentro de sus ropajes mortuorios.

—¿Sólo histeria? —preguntó Robert mientras bajaban por la escalera para juntarse con el señor Kitchener y Maude.

—¿No somos todos unos histéricos en una forma u otra? —preguntó Jonathan—. Pobre mundo condenado, y no uso esa expresión deliberadamente, tampoco. De algún modo, creo que nuestra Elvira va a dejar de ser tan partidaria de la comida saludable y espero que no siga emancipada mucho tiempo —añadió.

—Una muchacha realmente fina —dijo Robert— y tiene una mente sana.

Jonathan se detuvo.

—¡Vamos! ¡Eso es lo más despreciable que puede decirse de una simpática muchacha! Lo peor de todo.

## Capítulo 21

Ambos doctores regresaban al consultorio.

—Burrows ilustra con exactitud lo que decía antes —dijo Jonathan—. Que sólo los que tienen seguridad financiera pueden sufrir incontrolablemente «dolencias psíquicas». Oh, los pobres tienen sus preocupaciones, pero dichas preocupaciones tienen que ver con el pan, la vivienda, la ropa y la supervivencia, cosas honestas. Si Burrows, después de la muerte de su mujer, hubiera tenido que exprimirse para pagar las cuentas de médicos, entierro, contratar una mujer que cuidara de varios chicos y después hubiera tenido que continuar, por afligido que estuviera, trabajando mucho para ganarse la vida, pronto hubiera estado si no reconciliado, por lo menos demasiado presionado, como para sufrir por la pérdida. Simplemente, habría carecido de tiempo. Pero como tenía dinero y había heredado muchísimo más, disponía del ocio necesario para dedicarse a su pena egoísta, y al diablo con su hija, y al diablo con todo lo demás, incluida su propia vida.

»Es algo extraño también, aquéllos que verdaderamente disfrutan de la vida son los que sudan trabajando para ganársela y tienen pocos ocios, pero los que trabajan poco y tienen mucho descanso, y no necesitan preocuparse pensando de dónde saldrá el próximo dólar, son los que por regla general, descubren que la vida es insoportable y que la alegría no existe. Son los individuos que gustan de la poesía lóbrega, las obras de arte sombrías y las filosofías desesperadas y revolucionarias.

»No fue el trabajador de Francia ni el granjero, el minero, o el artesano quienes originaron y mantuvieron después la Revolución Francesa de 1795. No fueron los hambrientos, fueron los ociosos, los inquietos y descontentos, los envidiosos y los aburridos, los hombres con los bolsillos llenos de francos oro, los educados y filósofos, para abreviar: los hombres que no tenían nada de qué preocuparse y de ese modo podían cobijar penas en sus almas. Welschmerz, para hablar de Alemania, es admirado únicamente por aquéllos que no tienen callos en las manos, que nunca conocieron un arado o una vela o una máquina, ni tomaron las riendas de un caballo de tiro. Karl Marx es el ejemplo típico de esta edad moderna. Habrá notado usted que sus más entusiastas seguidores son aquéllos que nunca se han ensuciado los rosados dedos en el trabajo honesto. Woodrow Wilson, profesor de jurisprudencia y economía política de la Universidad de Princeton, es célebre por sus filosofías revolucionarias y socialistas muy peculiares, y al único elemento del mundo al que se ha acercado es la tinta.

»Si yo pudiera hacer lo que quisiera, no permitiría nunca que fuera elegido ni para un puesto tan bajo como superintendente de basureros, y menos para enseñar en clase o escribir un libro, un hombre que no haya trabajado con sus manos, por necesidad, en el campo, en una fábrica o en una mina. Los que más alborotan sobre la “justicia

para el trabajador” son los que más lo desprecian y fueron los abolicionistas del Norte, que nunca habían visto o empleado a un negro, quienes más vociferaron en pro del fin de la esclavitud. Esta gente gusta de eso que llaman “ideas”. Las ideas, según sostienen, no deben confundirse con algo que ellos designan como “asqueroso lucro”. Lastimaría su pureza.

—Sin embargo —dijo Robert— usted sintió compasión por Elvira.

—Siempre siento compasión por las víctimas de los hombres de ideas. Tengo que separarla de su eminente padre, quien es indudablemente el alma de la nobleza, y por lo tanto, de quien hay que desconfiar.

Robert rió y movió la cabeza.

—No le entiendo a usted.

—Usted no entiende a nadie, y nadie lo ha entendido nunca tampoco.

Parecía de excelente humor, y Robert, que ignoraba los acontecimientos que habían acaecido durante el agitado día anterior y la realidad de hoy, pensó que Jonathan era un hombre muy voluble cuyos estados de ánimo podían variar como las sombras de las nubes que pasan sobre las colinas. «Mercurial», pensó Robert, que nunca pudo ser acusado de tener un concepto enteramente original de nada.

A su vez Jonathan pensaba que Robert sería un excelente clínico y un cirujano cuidadoso y conservador, pero nunca sería capaz de concebir un método nuevo de tratamiento ni se atrevería a efectuar una operación única. Nunca sería un descuidado, pero tampoco sería un iniciado. Un buen hombre sano, este joven Robert, pero no un genio, ni un innovador, pensó. Salvaría las vidas de muchas personas con cuidado y devoción, pero nunca sería capaz de rescatar a un individuo a punto de morir, empleando la audacia. El sendero del medio es algo muy recomendable por muchas razones, pero nunca ha abierto un mundo nuevo, ni elevado los horizontes de los hombres, ni acercado las estrellas, y nunca ha considerado si existía una nueva dimensión para el hombre todavía no descubierta por los filósofos o los científicos.

La sala de espera estaba llena de gente cuando llegaron. Jonathan saludó con afecto a los viejos pacientes, y sonrió a los nuevos.

—Estamos de nuevo en movimiento —le dijo a Robert cuando entraron en el consultorio—. Es como en los viejos tiempos. ¡Escuche mis clichés! Se lo voy a dejar todo a usted y voy a hacer mi ronda en Sta. Hilda. —Y salió silbando.

Todo se ofrecía ahora a sus ojos fresco, nuevo e interesante. Los que le vieron en Sta. Hilda pensaron que nunca le habían visto con tan elevado estado de ánimo, ni siquiera antes de su boda con Mavis Eaton. Estaba verdaderamente afable, cosa muy rara, se le podía oír canturrear. Cuando se encontró con un joven ginecólogo, recién recibido, en el vestíbulo, le paró. Pero Philip Harrington habló primero.

—Jon, ¿puedo felicitarlo por la operación que le practicó a la joven señora Nolan? Me he enterado de que realizó un milagro. Sabrá usted que me negué a

intervenirla después que supe lo que le hizo el viejo Schaeffer.

—Yo traté de librarme también —dijo Jonathan, mirando al doctor Harrington con expresión reflexiva—. Phil, usted no está casado, y ¿cuántos años tiene... treinta, treinta y uno? Sí. Recuerdo que una vez me dijo que nunca se casaría a menos que encontrara una mujer joven, hermosa y rica, con inteligencia e independencia, y que a la vez tuviera algunas ideas originales. ¿Estoy en lo cierto?

—Exacto —dijo el joven médico sonriendo. Era un hombre alto, un tanto carnudo y muy rubio, de cara alegre y modales simpáticos.

—Acabo de encontrar justo la muchacha indicada para usted —dijo Jonathan—. Viva como un rábano, sabrosa como un buen vino viejo, devota como Penélope, paciente como Griselda, inocente como un ángel, bonita como Venus, rica como la hija de Creso, no de carácter fuerte sino de principios, límpida como la miel, y con una figura que le haría crecer a un eunuco un segundo par de testículos. ¿Qué le parece esa combinación?

El doctor Harrington se echó a reír.

—¿Por qué no aprovecha todo eso usted mismo, Jon? —le preguntó.

Jonathan se golpeó el pecho con gesto dramático.

—Mi corazón está en otra parte —dijo—. Si no fuera así, galoparía alrededor de esa dama como un centauro, aunque le aseguro que no es una yegua.

El doctor Harrington le observó con curiosidad.

—¿De dónde saca usted la idea de que semejante belleza se fijaría en un médico pobre, que todavía paga las deudas pendientes de sus estudios?

—Ya se lo he dicho. Es una muchacha de muy elevados principios. Además, la idea del dinero no ha penetrado nunca en esa adorable cabeza. Conozco estas jóvenes espiritualizadas, a pesar de que se cree muy «moderna». Su padre es un estudioso eminente, y tiene más dinero de lo que él cree, o de lo que cree ella. Vaya a su casa disfrazado de caballero andante, y podrá ponerla en la grupa de su potro blanco en cuanto pronuncie la palabra. A ella le encanta servir, y aunque creo que esa palabra es una maldición, cuando la pronuncia Elvira, suena bien saliendo, como sale, de esos hermosos labios que nadie ha besado.

—¿Qué tiene ella de malo para que nadie la haya besado? —preguntó el doctor Harrington con gesto de sospecha.

—Devoción hacia sus padres, dedicación al «deber». Horrible, ¿no? Sin embargo, su madre murió hace poco, y papá tiene cuarenta y nueve años, de modo que inevitablemente volverá a casarse, y ¿cómo va a quedar entonces Elvira? No sólo sin recibir besos para siempre, sino también vir...

—¡Eh! —dijo el doctor Harrington mientras un par de enfermeras jóvenes pasaban por su lado—. Sujete la lengua.

—Alguien tiene que rescatar a Elvira —prosiguió Jonathan— y si no es usted, va

a ser algún sinvergüenza, pues no tiene la menor idea de cómo son los hombres, ¿no le parece que tiene suerte? Prefiero verla en manos competentes y conscientes que la guíen amablemente al lecho nupcial y la instruyan en todo lo que una buena mujer debería saber.

—Conozco muy bien uno de los extremos de la mujer —dijo el doctor Harrington—. No estoy muy al día sobre el otro extremo, sólo soy un aficionado.

—Tiene usted bastante conocimiento para Elvira —dijo Jonathan—. Pensará que es un verdadero calavera, y le adorará por eso. Es el tipo de mujer que puede ser muy ardiente, ¿y no le parece que eso es maravilloso? ¿Y bien?

—¿Qué debo hacer para conocerla?

—Muy sencillo. Su padre sufría de parálisis histérica y afasia. Le curé con coñac en menos de media hora —el doctor Harrington no pudo contener un gesto de sorpresa—. Es la verdad —prosiguió Jonathan—. Su esposa vivió dedicada a él y a su hija, y usted habrá observado que cuando un hombre pierde una buena esposa se lanza en seguida a buscar otra que sea exactamente igual y por regla general llega a encontrarla. Mi conversación erudita y mi coñac le sacaron de la cama casi de inmediato, y me equivocaré lamentablemente si no se casa de nuevo dentro de seis meses, o si no está pensando en eso en este preciso momento. Es uno de esos tipos que dependen de otro y no pueden vivir sin una mujer amante. Si se casa antes de que Elvira esté comprometida o interesada, o cualquier otra cosa, la muchacha se sentirá abandonada y permanecerá solterona. Todo lo que tiene usted que hacer para conocer a Elvira, es caer por allí a visitar al padre en mi nombre, en mi querido nombre, para ver cómo andan las cosas.

—Soy ginecólogo, y a pesar de que me siento muy capaz para bailar unos cuantos chotis con Elvira, mucho me temo no poder hacer lo mismo con papá —dijo el doctor Harrington, ahora muy interesado—. ¿Pero cómo les explico por qué no fue su sustituto? ¿Cómo les explico siquiera mi presencia?

—No tiene usted la menor imaginación —dijo Jonathan meneando la cabeza—. No va allí como médico, lo hace por caridad cristiana, como amigo y emisario mío. Mi sustituto está demasiado ocupado como para atender llamadas casuales. Y de paso, le diré que no tiene que explicar en una primera visita, lo que realmente hace, pues entonces Elvira querrá conocer detalles, y se pondrá a buscar la palabra en un diccionario médico, y estoy seguro de que tiene uno. No hay nada capaz de hacer que una mujer se aparte de un hombre más rápido que cuando descubre que él conoce a fondo a las mujeres. Amorosamente, todo va bien, a las mujeres les encantan los libertinos. Pero clínicamente no. Empezará por sospechar que a un hombre así le falta ardor y en lo mejor del acto sexual pensará si ve sus órganos en forma objetiva, eso es la muerte del romance. Empiece por darle unos besos y un suave manoseo. Sólo entonces podrá admitir su criminal especialidad y asegurarle que usted antes es

hombre que médico. Convénczala de que puede rugir tan bien por lo menos como un estibador, y que le falta tiempo para demostrárselo. No le va a ser difícil. Estas mujeres intelectuales pueden inflamar y satisfacer a un hombre, y no me refiero de modo intelectual.

—Usted lo plantea con elocuencia —dijo el doctor Harrington—. Me está incitando.

—Deje que sea Elvira la que le incite —dijo Jonathan—. Y a propósito, me dijo que no confiaba en los médicos, y tratará de convertirle en un adepto de la homeopatía, las comidas saludables y las «formas de la naturaleza». No se ponga a gruñir, por favor. Enséñele a Elvira que sólo hay una «forma de la naturaleza» en la que usted es un experto, y ella querrá que usted se lo demuestre, pero después de sonar las campanas de la boda, naturalmente. Pero usted tiene que ser imaginativo para incitar la imaginación de ella —¿no le parece?— con unas pocas palabras hábiles y unos cuantos toquecitos oportunos, y provocando esas traviesas sensaciones que hasta las muchachas más recatadas sienten.

—¡Apártate de mí, Satanás! —dijo Philip Harrington—. ¿Cuál es la dirección?

Después de cumplir con la meritoria obligación de remediar la aflicción de una mujer joven, Jonathan se fue por el pasillo. Cerca de la sala de descanso de los médicos se encontró con el doctor Louis Hedler.

—Bien, Louis —dijo Jonathan—. He visitado a la joven Hortense Nolan, progresa espléndidamente, y dentro de más o menos un año puede intentar tener de nuevo hijos. Pero, por el amor de Dios, haz que la atienda el joven Harrington, o alguien como él. ¿Qué te pasa? —agregó.

El doctor Hedler tenía un aspecto muy solemne y reflexivo.

—Entremos en la sala de descanso, Jon —dijo—. No hay nadie ahí ahora, y lo que tengo que decirte es privado.

Se sentó con aire de importancia y miró a Jonathan ominosamente. Jonathan conocía aquel gesto, Louis tenía algo que decirle que le resultaba personalmente desagradable, pero que al mismo tiempo le daría un placer. Qué malo es que un hombre agradecido, pensó Jonathan, no pueda seguir estando agradecido. Se sentó, alisó prolijamente la raya de sus pantalones y cruzó las piernas.

—Muy bien, Louis —dijo—. ¿Qué he hecho ahora que ha levantado el polvo del Olimpo?

—No has hecho nada malo, nada en absoluto, Jon. ¿No recuerdas que hace poco armaste un escándalo muy fuerte con motivo de que había cirujanos que realizaban operaciones cuando había más que sospechas de que tomaban drogas?

—Lo recuerdo. Ningún hombre que esté bajo la influencia de la heroína o la morfina, o cualquier otro derivado del opio, debe tocar siquiera un bisturí en ninguna circunstancia. Ni un hombre en esas condiciones debe aplicar ni siquiera la medicina

más inocua, ni debe aceptarse de ningún modo un diagnóstico suyo. Este hospital no es un matadero. Sólo Dios sabe cuántos cirujanos así han cometido asesinatos, y de eso no hace mucho tiempo.

—Bueno, mira, Jon siempre he creído que eres demasiado áspero. Tienes ideas muy modernas sobre los peligros del vicio por parte de los médicos, que no comparto del todo. No se ha probado hasta ahora en forma definitiva que esas drogas sean dañinas o que puedan disminuir la conciencia de un hombre. Un médico está sometido a tensión la mayor parte del tiempo. Si toma algo que le alivie, hay pruebas de que esto no sólo le ayuda, sino que le beneficia. Estoy seguro de que algunos médicos de los que llamas «adictos», en mi opinión no han causado daño alguno y que los desgraciados acontecimientos ocurridos en los quirófanos aquí, en Sta. Hilda, y en el Friend's hubieran ocurrido de cualquier modo incluso en manos de cirujanos que no tuvieran el vicio. Pero esta opinión ya la he expresado ante la Junta.

—No estoy de acuerdo contigo —dijo Jonathan rojo de rabia—. Investigué por mí mismo los dos últimos «desgraciados acontecimientos», eran operaciones simples y sin ninguna complicación. Las víctimas, sí, porque fueron víctimas de hombres incapacitados por las drogas, murieron sin necesidad. Trabajo actualmente con una gran comisión de médicos de todo Estados Unidos, para hacer que el Gobierno Federal proscriba la aplicación indiscriminada de narcóticos a los pacientes por parte de los médicos y para que prohíba que los médicos adictos practiquen cirugía o medicina hasta que estén curados.

—No creo que ni siquiera los políticos sean tan estúpidos como para sancionar una ley semejante —dijo Louis con una sonrisa indulgente—. En mi opinión esas drogas han dejado de ser más dañinas de lo que puedan serlo las aspirinas o el bicarbonato de soda. Yo nunca las he probado por mí mismo, pero tampoco tengo el vicio del alcohol. Miró significativamente a Jonathan que sonrió apenas.

—¿Así que se rumorea por ahí, entre otros muchos rumores, también que soy un borracho? ¿De dónde salió eso? ¿De mi querida Mavis?

—¡Jonathan! —exclamó Louis asustado—. ¿Cómo puedes hablar en forma tan despectiva de aquella adorable muchacha que fue tu infortunada esposa?

—Déjate de tonterías Louis, Mavis difundió ese rumor. Había algunas razones que lo justificaban, lo admito, pero nunca entré en un quirófano si había bebido alcohol en las seis horas anteriores y nunca bebo la noche antes de una operación, con excepción de un vaso de cerveza o un poco de vino. Bebo muy poco en reuniones sociales, y todo el mundo lo sabe. De modo que sólo Mavis pudo haber dicho por ahí que puedo darle a la botella como cualquier otro, si no tengo que enfrentarme después con responsabilidades. ¿Y no insinuarás tal vez que el alcohol, para un hombre que no sea un alcohólico, no es más peligroso que los narcóticos?

—Los considero a todos narcóticos —dijo Louis con un aire justicieramente



pomposo.

—Considero que la gula también es un vicio —dijo Jonathan—. Todo lo excesivo es peligroso, pero las drogas componen una clase especial por sí mismas. No tienen límites propios. Un hombre que sea un tragón en la mesa, llega un momento en que no puede comer ya más, y un alcohólico cae en un sopor en que ya no puede hacer daño. Pero las drogas no son así. Cuanto más se toman, más se necesitan, el apetito aumenta, y eventualmente el hombre muere o se vuelve loco. Yo no engaño a nadie ni meto las narices en las cosas de mis semejantes sin que me llamen. Me ocupo de lo mío. Que un hombre se mate a sí mismo con comidas, mujeres, bebidas o drogas, si quiere. Eso es asunto suyo. Pero cuando se convierte en una amenaza para el inocente que se confía a sus manos en el quirófano, o en su consultorio, entonces ya no tiene nada que hacer allí, y es nuestro deber sacarlo de en medio. —Hizo una pausa—. Un hombre borracho es muy pronto descubierto por sus pacientes, y se le acaba la profesión, pero ¿quién es el lego que puede decir cuándo su médico está enfermo por las drogas, y es por lo tanto incompetente?

Louis frunció el ceño, y Jonathan prosiguió, con creciente furia.

—Un médico vicioso se engaña a sí mismo diciéndose que su vicio no es más que una agradable forma de aliviar su cansancio y que es inofensivo, por lo tanto receta libremente drogas a cualquier paciente con dolor de cabeza o de espalda, o un dolor en el alma o en el culo. Y el paciente tiene la libertad de que se le recete y vuelva a recetar indefinidamente, y también de darle la mercancía a otros. ¿No has leído las recientes advertencias, Louis? Cuatro de cada diez médicos son ahora viciosos, y por tanto, constituyen un desastre para sus pacientes. Tres de cada quince legos americanos son también viciosos. Éstos son hechos, Louis, hechos recogidos por médicos responsables y enviados a los senadores y congresistas adecuados en Washington, ¿no pasará demasiado tiempo antes de que se vote una Ley de Drogas Narcóticas, y puedes apostar a que será así!

Louis seguía sin abrir la boca. Jonathan se levantó, se metió las manos en los bolsillos y echó a andar por la habitación, pero a los pocos minutos se paró delante del viejo doctor.

—Louis, hemos tenido aquí pacientes, muchos pacientes, hombres y mujeres viciosos, adictos a las drogas recetadas por sus médicos. Has visto a algunos, muchísimos, cuando les hemos apartado de esas drogas letales. Algunos mueren en medio de convulsiones, todos sufren torturas. Tenemos que establecer un programa de supresión lenta, aun cuando su éxito no sea permanente. Los pobres diablos salen de aquí «curados», y a los pocos días vuelven otra vez a las droguerías con una nueva receta, extendida por un médico que se niega a enfrentarse con la verdad, o por un vicioso. ¿No has leído los nuevos artículos publicados por nuestras revistas médicas?

Louis se movía con inquietud.

—Hubo una cantidad de advertencias sobre la aspirina también. Tanto adultos como niños han tomado dosis excesivas y han muerto.

—¡Louis, por amor de Dios!, la aspirina no produce hábito, ni tampoco el que ingiere unas cuantas tabletas, aun cuando lo haga regularmente, necesita con desesperación aumentar la dosis. Puedes morir por una dosis excesiva de cualquier cosa, hasta de agua, y lo sabes bien. Pero el vicio no está simplemente en una dosis excesiva. Es un ansia, un apetito destructor, mortífero, que sólo se ve satisfecho tomando más y más, hasta que el hombre muere, o lo matan, o pierde la razón. Las autoridades legales están informando, alarmadas, de que el vicio de las drogas constituye una de las principales fuentes del delito. ¡Y tú me hablas de las aspirinas!

Louis sacó una cigarrera de plata gastada y encendió un cigarrillo lenta y cuidadosamente, sin mirar a Jonathan.

—Fuiste tú, Jon —dijo después que el cigarrillo estuvo bien encendido— quien insistió en que se le retiren los privilegios a seis de nuestros mejores cirujanos aquí, en Sta. Hilda, como también a diez de nuestros mejores médicos. Tenías todos los «hechos, las cifras y los datos». Impresionaste a la Junta, eras muy apasionado. Una mayoría estuvo de acuerdo contigo, y ellos fueron excluidos del personal. Ocho eran muy buenos amigos míos.

—Lamento eso, Louis, pero sólo hice lo que tenía que hacer. Yo apreciaba a esos hombres personalmente, pero el bienestar de sus pacientes era lo primero.

—No habrías sido quizás un virtuoso, Jonathan, si hubieras tenido algún amigo muy querido y apreciado entre ellos. Hubiera sido un caballo de otro color.

—No, Louis, no hubiera sido así. Las emociones privadas terminan donde empieza el bienestar público.

—Muy bien, estoy muy contento de oírte decir eso —dijo Louis Hedler, sonrió, y a Jonathan no le gustó aquella sonrisa. Louis se levantó—. Lamento tener que decirte esto: Tom Harper, uno de nuestros más inteligentes y respetados cirujanos, y uno de tus amigos más íntimos, creo que le has estado prestando dinero durante estos últimos años, es un «adicto a las drogas», como tú lo llamarías.

—¿Tom Harper? —Jonathan quedó atónito.

—El mismo. Lo pasó mal para poder salir de la Facultad de Medicina, ¿no es así? Su padre vendió la granja de familia para pagarle los estudios. La granja estaba hipotecada, ¿verdad?, de modo que el dinero que quedó de la venta no fue muy considerable. Tom tenía que trabajar muchas horas después de estudiar para pagar las diferencias de los aranceles. Sus padres murieron en la más extrema pobreza, desnutrición creo que fue. Pero Tom es uno de esos médicos de vocación que nunca podría haber sido otra cosa, y su familia lo sacrificó todo, hasta sus propias vidas. Cuando estaba estudiando cirugía se casó con una simpática muchacha, una de nuestras enfermeras. También ella trabajó para que siguiera adelante. Era una

situación desesperada. Tom ya tenía treinta y seis años cuando se casaron, y todavía estaba aquí haciendo el internado. Entonces tuvieron hijos, una situación infortunada: cuatro hijos. Cabía pensar que un médico sería más cuidadoso. ¿Cuántos años tiene ahora? ¿Anda por los cuarenta y tantos? Sí, muy infortunado. Permíteme exhibirte las realidades de su «adicción», Jonathan, y los accidentes en la sala de operaciones. Tal vez encuentres en tu corazón la forma de ser más tolerante, como yo deseé ser tolerante con mis propios amigos íntimos.

Jonathan no podía creerlo, pero el viejo médico, gozoso e implacable, le hizo conocer las innegables y temibles realidades.

—Entra aquí —le dijo Jonathan a Tom Harper. Entraron en una sala de examen, con su mesa, un escritorio y dos sillas; sus brillantes luces; sus paredes, sin ventanas, pintadas de blanco, y sus vitrinas de instrumentos. El doctor Harper se sentó y Jonathan observó el rígido cuidado con que lo hizo. Jonathan cerró la puerta y echó la llave con cuidado.

—¿Qué es esto? —preguntó Tom—. ¿No quieres ser interrumpido?

—Así es —repuso Jonathan.

Se quedó de pie mirando atenta y firmemente a su amigo, su cuerpo largo y magro, las muñecas excepcionalmente delgadas dentro de los puños duros y blancos sujetos por unos gemelos baratos, los botines gastados pero bien lustrados, el traje barato, con una chaqueta anticuada, que no tenía menos de ocho años. Pero mucho más que en eso, se fijó en la cara huesuda y amarillenta, los surcos oscuros debajo de los ojos grises y claros, las arrugas alrededor de la boca y la extraña falta de brillo de sus cabellos castaño claro. Su nariz ascética aparecía desacostumbradamente afilada y puntiaguda y la boca aquélla, poco amable, que podía expresar simpatía, compasión y paciencia estaba exangüe. Lucía un pequeño bigote castaño con las puntas engomadas. Por alguna extraña razón aquello produjo en Jonathan una sensación punzante. Pero apretó la boca con un gesto de profunda preocupación y miró a su amigo severamente.

—No andaré con rodeos, Tom —dijo—. Sabes que formo parte de la Junta aquí. El viejo y querido Louis Hedler me ha dicho que tiene más que sospechas de que sacas morfina de las existencias, y como los médicos en cualquier forma tienen fácil acceso a las drogas, ya que no hay ley alguna todavía que obligue a registrarlas y controlarlas, esto para mí tiene un sólo significado. Dime si me equivoco.

La cara hundida de Tom Harper había empezado a sudar, aunque no hacía calor en la habitación, las gotas de sudor eran más grandes en la frente, como si fueran lágrimas. No dijo una palabra. Jonathan se le acercó entonces, le agarró la barbilla rudamente con la mano y le levantó la cara hacia la luz del techo. Se fijó en los ojos y vio las pupilas como las puntas de un alfiler. Al mirar las manos de Tom advirtió el temblor muscular. Después, ya enojado, agarró el brazo de Tom y levantando la

manga de la chaqueta desabrochó el gemelo del puño gastado, aunque minuciosamente almidonado, levantó la manga, que estaba zurcida, y vio las marcas de la aguja. Dejó caer el brazo sin vida. El doctor Harper no había ofrecido la menor resistencia, se había vuelto flácido.

—Hace una semana —dijo Jonathan mirando al otro médico lentamente y bajando con lentitud sus mangas, operaste a un anciano, a Finley, de cálculos en la vejiga. Es una operación mala, sangrienta, peligrosa, lo confieso, pero eres famoso por tus colecistectomías, Tom. Haces cosas que yo vacilaría en hacer y las haces con seguridad y éxito. No has perdido a ningún paciente todavía. La gente viene hasta de Filadelfia para que les operes. Te he visto actuar. El viejo Finley era un caso de rutina, cálculos sin inflamación ni complicaciones, y un campo operatorio bastante abierto, según me dijeron. Sin embargo, ligaste el conducto común, Tom, y a pesar de que te llamaron la atención con urgencia sobre los síntomas, dijiste que aquello no era «nada» y *murió*... Me han dicho que tomaste el caso con mucha indiferencia.

El doctor Harper se sujetó los gemelos escrupulosamente. Tenía la cabeza inclinada, las gotas de sudor le caían por las mejillas, una por una, y Jonathan creyó que hasta podía oírlas.

—El viejo Finley no ha sido el único, ¿no es así, Tom? Operaciones sencillas, no las que haces habitualmente, pero cuatro pacientes murieron el mes pasado. Louis insistió en que se hicieran autopsias, que no se acostumbra aquí. Ha sospechado de ti desde hace mucho tiempo, y en cada muerte han aparecido signos de descuido, estupidez e increíble torpeza. Louis no te quiere, Tom. Eres uno de los «nuestros» y por lo tanto están precavidos, y te vigilan, y tratan de descubrirte triunfalmente y hacerte caer en desgracia si es posible. Pero Louis, hay que reconocerlo, no permitirá que un cirujano opere cuando sospecha que tiene el vicio. El vicio de las drogas entre cirujanos y clínicos es común en estos días, y todos ellos dicen que es... inofensivo. Cuando hacían una chapuza, pero el paciente no moría, o se las arreglaban para salir bien a pesar de las drogas, Louis no solía decir nada. Los dejaba seguir. Pero ahora Louis ha trazado la línea. Tom, ¿no vas a decir nada?

El doctor Harper habló con una voz lejana, como si nada importara.

—Hice lo mejor que pude. No sé cómo sucedió. Ni siquiera sabía lo de las autopsias. Sospechaba, sí, sospechaba cómo había sido. Me advertí a mí mismo que no debía seguir operando. —Su voz se desvaneció como si estuviera infinitamente fatigado.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? —Jon estaba tan enfurecido como horrorizado, y a duras penas podía contenerse—. ¡Has asesinado a cinco personas inocentes! ¡Y, sin embargo, sigues operando! Eres un asesino, Tom. Si no cerráramos filas, estarías ya acusado de ineficacia por lo menos. Dime, ¿por qué lo hiciste, maldito seas? Conociendo tu vicio y falta de eficacia, además del peligro, ¿por qué lo hiciste?

—¿Revocarás mis privilegios? —El doctor Harper se enjugó el sudor y luego observó con mirada estúpida el dorso de su mano—. Tú no me harás eso, Jon. —Sacudía y volvía a sacudir la cabeza—. No me harás eso.

—Ante la terrible exasperación y el creciente horror de Jonathan, comenzó a llorar. Luego inclinó la cabeza sobre el pecho, y tartamudeó:

—No, no me lo harás, Jon. Están Thelma y mis cuatro hijos.

Jonathan se sentó en una silla y se metió violentamente las manos, que le temblaban, en los bolsillos.

—Tom, haré precisamente eso. Te acusaré, con Louis, y nunca volverás a operar, hasta que puedas darnos todas las seguridades de que has dejado de tomar las drogas. Y nunca verás el interior de ningún otro hospital.

El vapuleado médico continuaba llorando quedamente como si no oyera.

—No me harás eso, Jon. Necesito el dinero. Tengo cuarenta y seis años, y en los últimos seis meses he ganado cinco mil dólares. ¡Cinco mil dólares! Cuatro de ellos se me fueron en pagar deudas. Tengo seis operaciones programadas para la próxima semana. ¡Cien dólares por cada una... seiscientos dólares! Una fortuna. Necesito ese dinero, Jon —hablaba con una firmeza tranquila y desesperada.

—No las harás. No asesinarás a nadie más en este hospital, ni en ninguna otra parte.

Jon hablaba firmemente, pues su instinto le advertía que ni la rabia ni las amenazas podían conmover a aquel desgraciado, ya que algo que era muchísimo más terrible le destruía, algo que era aún más terrible que la morfina que él mismo se inyectaba.

—Escúchame, Tom, si es que puedes. Trata de fijarte en mí. ¡Mírame, maldito seas, y termina con ese ridículo llanto afeminado! Tom, soy tu amigo. Sé lo duro que todo ha sido para ti y para Thelma.

—No —dijo el doctor Harper—. No lo sabes, Jon. Mírame, Jon, me muero lentamente.

—¡No te creo!

—Es cierto. Tengo lo que llamas «la Bestia», Jon. Tengo cáncer gástrico.

—¿Quién te lo dijo?

La voz de Jon se hizo áspera, pues no quería creer en algo tan monstruoso.

—Jon yo también soy médico. Sabes cómo somos. Si sospechamos que algo anda mal en nosotros o tenemos algunos síntomas, somos los últimos en recibir asistencia médica, y, además, estamos demasiado ocupados. Además, sabemos todo lo que hay que saber, y eso nos convierte en unos cobardes. No es la ignorancia lo que nos hace cobardes, es el conocimiento. Empezó hace algunos meses. Durante muchísimo tiempo he sentido dolores epigástricos, y pensé «Oh, si no dejo de doparme tanto, voy a tener una úlcera», y entonces tomé los antiácidos habituales. Empecé a perder peso,

y Thelma me dijo que trabajaba demasiado duro, lo que era cierto. Esas deudas, ¿sabes? Después, perdí el apetito y empecé a vomitar, y haré unos tres meses tuve ese famoso vómito como de café molido. Me examiné la sangre, encontré anemia y después descubrí sangre oculta en las heces. El cuadro clásico... nada vago. Mi madre murió de cáncer, tú lo sabes. Ahora no duermo mucho, excepto... —Hizo un movimiento vago con sus manos delgadas y temblorosas, y después las dejó caer sobre las rodillas—. Conoces el resultado final de eso, Jon.

—¿Tendrías inconveniente en que te examine?

Jon no podía creerlo todavía. Tom Harper se levantó silenciosamente y se quitó la ropa, y Jonathan quedó horrorizado al ver las costillas, que se destacaban claramente debajo de la piel. Las piernas eran solamente huesos cubiertos con una delgada capa de músculo y piel. Tom se acostó sobre la mesa de examen y Jonathan le revisó en silencio, haciendo preguntas sólo cuando eran necesarias.

—¡Por Dios, si al menos tuviéramos una máquina de rayos X aquí en el pueblo! —dijo en cierto momento.

—¿Y qué pasaría si la tuviéramos? Sólo sería interesante para los médicos, pero no para mí, Jon. ¿Qué te parece?

—Vístete.

Jonathan se lavó las manos minuciosamente sólo para tener algo que hacer y poder así tranquilizarse. Se las secó con una toalla limpia y se sentó cerca de su amigo.

—¿Supongo que ya sabrás que la metástasis llega hasta el hígado, a los nódulos linfáticos supraclaviculares y al peritoneo?

—Sí, lo sé. Como médico y como paciente... lo sé.

—¿Por qué diablos no viniste a verme unos meses antes?

—¿Para hacer que me dijeras la verdad?

—He visto dos operaciones raras, Tom... resecciones. Puedo hacerlas yo mismo. Colaboré en una no hace mucho tiempo en Nueva York.

—¿Cuánto tiempo sobrevivió el paciente después de eso? —preguntó Tom sonriendo con tristeza.

—Un año más de lo que hubiera sobrevivido sin la operación, pero hay otro que vive todavía, no en un estado de salud arrollador, pero está vivo todavía.

—Si fuera médico, ¿estaría capacitado para seguir ejerciendo?

—No. Francamente, no.

—Ya lo ves —dijo Tom—. No me hubiera valido de nada a pesar de que pudiera sobrevivir. ¿Qué puedo hacer sin la medicina? No estoy capacitado para hacer ninguna otra cosa, y existen además mis hijos y mi esposa. Bueno, ahora ya lo sabes. Puedo seguir adelante gracias a la morfina que disminuye los dolores. Ganaré el dinero suficiente para darle a Thelma un pequeño respiro. Hay cinco mil dólares en

seguros de vida, todo lo que pude conseguir. Los chicos no tendrán una gran oportunidad, pero por lo menos tienen salud. Tengo que seguir andando, Jon, no puedo detenerme.

Jonathan miraba sus finos y brillantes zapatos mientras los balanceaba hacia atrás y hacia adelante. Frunció los labios como si estuviera silbando. Su aspecto parecía despreocupado, pero pensaba con rapidez. Tom Harper terminó de vestirse, se lavó mecánicamente las manos en el lavabo, y después lanzando un suspiro, se alisó con las manos húmedas la espesa cabellera.

—Tom —le dijo Jonathan— eres un hombre de campo. Viviste en la granja de tu padre hasta que ingresaste en la Facultad de Medicina, y hace unos doce o catorce años, él vendió la granja de modo que siguieras estudiando, ¿no? Pero conoces los trabajos del campo.

»Tengo tres granjas. Una de ellas tiene cien hectáreas. Tengo allí un empleado que vive solo en una casa. La casa es grande, tiene agua corriente, es cómoda y ha sido renovada. Es muy vieja, pero muy hermosa. La granja está equipada con medios de transporte, y hay trescientas cabezas de ganado, Holsteins. Mis toros han ganado una cantidad de premios y mis vacas también. La granja está perfectamente equipada, y me produce muy buenas entradas, incluso después de que el empleado deduzca su parte, que es muy generosa. Es un hombre excelente, con familia, y su casa no queda lejos del edificio principal. Hay una buena escuela a tres kilómetros de distancia. La carretera corre cerca de allí, y hay menos de una hora de viaje hasta Hambleton. La iglesia queda a poco más de un kilómetro. Campo ondulado.

»Quiero que vayas a vivir a la granja, Tom, y que lleves a Thelma, que también es del campo, y a tus cuatro hijos. Será una vida tranquila y saludable para todos, y te garantizo una cosa, que aseguraré con un contrato firmado, Thelma podrá ocupar esa casa durante toda su vida a menos que vuelva a casarse, y los chicos se quedarán con ella hasta que se vayan de modo definitivo para casarse o para seguir una carrera. Las ganancias de la granja, después de deducir la parte del empleado, quedan para ti mientras vivas y para Thelma mientras viva o hasta que vuelva a casarse, lo que dudo que haga. Y todo se hará como te digo.

»He observado casos de remisiones temporarias en lo que tú tienes, Tom. Una vida sin esfuerzos y con tranquilidad, y sabiendo que tus hijos cuentan con lo necesario, ya que Thelma podrá ahorrar de sus ingresos para su educación, tal vez prolongue tu vida por unos cuantos meses. Tendrás paz espiritual por encima de todas las cosas. Y además, Tom, haré los arreglos necesarios en los próximos días para pagar de mi peculio todos los gastos de la granja; y todas las mejoras, hasta la semilla y los fertilizantes; maquinaria nueva y todo lo demás. Tú no tendrás gastos de ninguna especie. Si Thelma muriera prematuramente, tus hijos vivirán allí en las mismas condiciones. Y ahora, ¿qué piensas de eso?

Tom no dijo una palabra. Se limitó a mirar a Jonathan con una expresión de torturada estupefacción, haciendo gestos pero sin decir nada. Tenía las manos entrelazadas y se las retorció sin parar.

—Hay una pequeña aldea llamada Russeville en el camino, y el viejo doctor Jonás vive y ejerce allí, haciendo lo que puede, pero es un hombre bueno. Ocasionalmente, cuando te sientas lo suficientemente bien, puedes ayudarlo, de vez en cuando. Nada de llamadas nocturnas, partos ni operaciones, por supuesto. Simples diagnósticos. Tú conoces las regiones agrícolas y a su gente.

»Tom, tu vicio de drogarte es provocado por tus dolores, y sé que sólo la morfina te puede dar un alivio. De modo que llévate una buena provisión, pero úsala sólo cuando sea necesario, pues sabes tan bien como yo que mientras a un enfermo de cáncer le sea posible vivir normalmente, aunque sea un poco nada más, es mejor mantener la dosis tan baja como le sea posible, pues más tarde nada podrá aliviarle los dolores, salvo la muerte. Y tenemos que mantenerla alejada tanto como nos sea posible por Thelma y por los chicos. En la granja, libre de tensiones y de la necesidad de trabajar como cirujano, verás cómo puedes mantener la dosis bastante baja durante mucho tiempo, y ahorrar sus verdaderos beneficios, para... el fin.

Se levantó, pero no pudo mirar a su amigo a la cara, le resultaba demasiado penoso.

—¿Quieres que se lo diga a Thelma, Tom? ¿Te parece que será mejor así? ¿O salimos ahora y se lo decimos juntos? Thelma es una mujer juiciosa.

—Jon... —dijo el doctor Harper en voz muy baja y apagada.

—¿Sí, Tom?

—Tengo que decirte algo, Jon. No puedo aceptar tu oferta sin decírtelo antes, y quizá después de que te lo diga la retirarás, y no podré hacerte el menor reproche.

—Muy bien, dímelo —dijo Jonathan con una sonrisa—. No puede ser demasiado importante.

Tom echó hacia atrás la cabeza, de modo que su delgada y torcida garganta emergió del cuello blanco, alto y rígido. Miró al techo y soltó un gemido. Después, alzando las manos y cubriéndose con ellas el rostro sufriente, habló sin descubrirse.

—Jon, unas semanas antes de que te detuvieran... era cosa aceptada que tú... habías estado afuera. Yo fui a ver a Humphrey Bedloe, y hablé con él en privado. Juré que si le repetía a alguien lo que le iba a decir o me llamaba a declarar como testigo, negaría haberlo dicho, y lo negaría asimismo en el estrado de los testigos. Jon, *le dije a Humphrey Bedloe que te había visto aquí mismo, en Hambledon, el mismo día que tu esposa le dijo a su tío que le habían practicado el criminal aborto que le causó la muerte.*

Jon, parado en el centro de la habitación como si le hubieran inmovilizado de un golpe, adquirió una expresión terrible.



—Humphrey fue a ver al sheriff —prosiguió Tom— y se lo contó, pero no le dio mi nombre. Sabía que ése era su deber. Dijo solamente que tenía «información». Fue por esa pequeña «información» que te detuvieron, Jon. Parece imposible que en estos días y a estas alturas pueda suceder una cosa así, sin una declaración jurada ante las autoridades competentes y un interrogatorio, pero sucedió de todos modos. Este pueblo TE ODIa, Jon. Siempre te ha odiado, es decir, la parte más importante de la población, aunque no tus pacientes, e incluso hay algunos de ellos que también te odian. Querían creer las peores cosas de ti, Jon, por envidia y porque tú... tú tienes a veces procedimientos muy rudos y no transiges con las mentiras, las hipocresías, las pretensiones y la malicia, sin las cuales la mayoría de la gente no podría vivir una vida plena, y dejas que la gente sepa cómo piensas, cosa que no perdonan.

Dejó caer pesadamente sus manos sobre sus rodillas e inclinó la cabeza como un hombre totalmente terminado y quebrado, pero sus ojos sin pestañear y llenos de angustia estaban fijos en Jonathan.

—Con lo que le dije al doctor Bedloe y con lo que Martin Eaton hizo también, fue suficiente. Tal vez uno sin el otro no hubiera tenido bastante peso, pero lo mío tuvo peso, Jon, sí, pesó bastante.

—¿Qué fue lo que realmente le dijiste a Bedloe?

—Yo... bueno... le dije que te había visto no lejos de tu casa, pues andaba por aquella vecindad. Le dije que te había visto caminando por la orilla del río, sumido en profundos pensamientos. Tenías... contigo una maleta de equipaje, y que luego caminaste en dirección de la estación. Bedloe no dudó un instante, Jon. Nunca había tenido motivos para dudar de mí antes, y tampoco los tenía ahora. No lo culpes por haberte eliminado de la lista del personal del Friend's incluso antes de que te procesaran, Jon. Fue obra mía.

—¡Tú, hijo de puta! ¡Hijo de puta! —dijo Jonathan sin acabar de comprender.

Fue hacia la puerta y abrió la llave.

—Sí, sí, soy mucho peor que eso —dijo Tom detrás suyo—. Distes por pagados los cinco mil dólares que te había pedido prestados, Jon. Lo llamaste «contribución a la medicina», y «deber público». Traté de convencerme a mí mismo de que era verdaderamente eso, Jon. No me permití ni por un instante pensar que era la generosidad más grande que se había visto. Llegué hasta el extremo de convencerme a mí mismo de que hiciste solamente lo que tenías que hacer, y que de cierta manera yo era tu benefactor, y no al revés. Así es la gente, Jon, así es como se porta, pero no creo que lo hayas sabido nunca.

Jonathan, dándole la espalda, apoyó la mano sobre el picaporte y empezó a hacerlo girar. Unas pocas semanas antes, quizá menos, habría abierto la puerta y salido, y no le habría quedado otra cosa por hacer más que asegurarse de que Tom fuera eliminado de la lista de personal y se le retiraran los pacientes. Pero

últimamente se había producido en los más profundos rincones de su mente en forma oscura y todavía desconocida, un incomprensible cambio. Parado en la puerta, volvió a enfrentar a Tom Harper.

—¿Por qué? —preguntó—. Dime por qué, quiero saberlo.

Tom suspiró desesperado.

—Jon, mi padre vendió su granja para ayudarme a cursar la Facultad de Medicina, y quedó muy poco después de pagar la hipoteca, tu padre compró esa granja, Jon, hará unos catorce años, y ahora es tuya. Siempre has sido rico, y ésa era otra cosa, no pasaste cientos de frías noches de insomnio para poder aprobar el curso de Medicina, pensando si lo lograrías o no, pasando hambre y sin poder dormir a causa de la necesidad de trabajar fuera para poder hacer frente a los gastos. No era culpa tuya, Jon, que yo tuviera que pasar por esas cosas y mi padre también, pero así es. La gente es así. Me quedé con tus cinco mil dólares, así es la gente.

—Sí, así es —dijo Jonathan—. Yo he tenido siempre una mala opinión de la humanidad, y ahora tú la has hundido otras mil brazas, Harper. Yo era diez años más joven que tú, o más. No supe cuándo fue que mi padre adquirió esa granja que luego me dejó. No tienes ninguna acusación que formular contra nadie, Harper. Mi padre compró esa granja porque se la ofreció en venta un agente inmobiliario. No sabía siquiera, ni se preocupó, por saber, por qué motivo se vendía. ¿Y por qué habría de saberlo? Si no hubiera sido la granja de tu padre hubiera sido otra cualquiera. A mi padre le gustaba la tierra, yo no sé nada sobre ella. Mi padre fue el único que quería comprar esa granja, y pagó por ella lo que le pidieron. No fue culpable de «explotación», ni de deliberada crueldad, pero eso es lo que tú pensaste, ¿no es así?

—Eso es lo que me obligué a mí mismo a pensar, Jon. Debo haber estado loco durante todo ese tiempo. Thelma cree que eres el hombre más maravilloso del mundo, y muchas veces siento un profundo deseo de decirle: «¡Querida, si supieras!».

—Muy bien, ¡eso le dio un bonito impulso a tu ego! Te colocó al mismo nivel de Jonathan Ferrier, o hasta llegó a hacerte superior. ¡Lo raro del caso es que yo nunca te consideré por «debajo de mí», Harper, y nunca te creí inferior! Para mí, fuiste siempre un médico y un cirujano de primera, muy por encima del nivel común. Éramos ambos iguales. Yo siempre sentí orgullo de ayudarte, porque eras miembro de una profesión que me parece ser la más importante del mundo. Ahora que he visto algunos ejemplares ya no estoy tan convencido. Y tú has contribuido Harper, tú has contribuido.

—Lo sé, Jon, lo sé. Dime lo que se te ocurra, no es ni la mitad de lo que merezco.

El enfermo inclinó la cabeza sobre el pecho. Jonathan le miró con la mayor amargura y odio, pensando «¡Quiere que me sienta compadecido de él, que le palme el hombro, me ría alegremente, y le diga que aquí no ha pasado nada, y que el convenio sobre la granja seguirá de todas formas!».

Pero le asaltó de repente otro pensamiento. Tom Harper no había tenido otra compulsión que la de su conciencia para contarle lo que había hecho. Sólo tenía que haber guardado silencio, y aceptar. Sí, en aquella desesperada circunstancia había arriesgado deliberadamente lo que pudo haber sido la solución para su catastrófica situación. Se había sacrificado él, y había sacrificado a su mujer y sus hijos nada más que por volver a sentirse honorable y reparar una injusticia.

Jonathan regresó lentamente a la habitación.

—¿Por qué me lo has contado, a fin de cuentas?

—Tenía que hacerlo... después de tu oferta. ¿No creerás, ni siquiera por un momento, que podría haberla aceptado, aun por Thelma y los niños, sabiendo lo que te había hecho por envidia, malignidad y resentimiento, cuando no tenías la menor culpa de nada, y no me habías dado otra cosa que amabilidades?

—Lo entiendo —dijo Jonathan mirando ceñudo al suelo.

—La gente no razona con la mente —dijo Tom Harper—. Razona con sus tripas, con sus emociones. Por eso el mundo es lo que es. Acepté tu amistad y todo lo que me diste con ella, pero por ser tú rico y yo pobre creo que te odiaba, Jon, mientras que al mismo tiempo te quería y te respetaba y era tu amigo. Qué cosa más complicada, ¿no es así?

—No del todo —dijo Jonathan—. Somos una raza bastante ambigua, y de repente empiezo a creer a medias en el dogma del Pecado Original.

Le pareció absurdo, pero un fragmento de una vieja oración que aprendiera de niño se le presentó como si alguien la recitara en voz alta: «... y *perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*».

Sentimiento hermoso, pero alejado de la realidad, y en cierto modo engañoso. Si no se perdona un espantoso delito que se comete contra uno, que pudiera haberle causado la muerte si hubiera salido bien, entonces no le serán perdonados tampoco sus pequeños pecados veniales. Una idea loca, pensaba Jonathan. La justicia, en un mundo racional, tiene que ser siempre una medida contra otra medida. Los antiguos fueron más sensatos: ojo por ojo, diente por diente. Si recuerdo bien, se supone que ahora hay que perdonar a los condenados los peores delitos que cometen contra nosotros, y no sólo perdonarlos, sino pedir que nos perdonen también. Eso, indudablemente, estuvo bien que lo hiciera Cristo, pero los hombres no son Dios. No era nada raro que no hubiera cristianos en el mundo. Todo aquello estaba contra la razón y la lógica, y, sobre todo, contra la naturaleza humana.

—Está bien —le dijo Jonathan a Tom Harper con desprecio—. Vuelve a levantarte, te he absuelto y puedes dejar el confesionario. Vamos y hablemos con Thelma, y si le dices una palabra de lo que me has dicho a mí lo lamentarás el resto de tu vida. ¡No cargarás a Thelma con tu crimen, de modo que puedas revolcarte en su perdón también y hasta llegar a conseguir que te tenga lástima, por el nombre de

Cristo!

—Jon —dijo Tom— te juro esto, y sabes que me estoy muriendo, NUNCA hubiera permitido que te condenaran. Yo creía, y debo de haber estado loco, que tu detención te hubiera rebajado un poco, como se dice, y te hubiera hecho menos orgulloso, arrogante y altanero. No eras así, lo sé, yo simplemente creía que lo eras. Porque, y que Dios me ayude, estando en tu posición así hubiera sido justamente yo y otros diez mil hombres también.

—Cállate —dijo Jonathan—. No sé quién te ha perdonado, yo no he sido. Voy a hacer lo que te sugerí, pero no por ti, Harper. Si se tratara sólo de ti, podrías pudrirte con tu enfermedad, y yo no volvería a dedicarte ni un pensamiento pero ¿por qué habrían de sufrir tu inocente mujer y tus hijos?

Su rostro bronceado reventaba de rabia y los ojos echaban llamas.

—¿Sabes de qué me va a servir esto el resto de mi existencia, Jon? Me va a servir de penitencia, y tal vez en alguna ocasión puedas ser suficientemente superhombre como para perdonarme...

«¿Se enteraron de lo que hizo Jonathan Ferrier al desgraciado de Tom Harper, su mejor amigo, o casi, el otro día? ¡Lo obligó a renunciar a sus privilegios en el hospital nada más que porque Tom tomaba un poco de morfina ocasionalmente!», dijeron los colegas y «amigos» de Jonathan, con movimientos de cabeza y cloqueas de compasión. «Bueno, pero Jon ha sido siempre un hombre muy vengativo. No podré olvidar nunca aquella vez en que se negó a declarar en el tribunal a favor de Jim Spaulding, cuando el pobre Jim fue procesado por incompetencia por aquel insignificante obrero a quien le cortaron el brazo que no tenía infectado. Aquello casi llevó a Jim a la ruina. Jon se levantó delante de todo el tribunal para decir que a Jim debían sacarle hasta el último condenado céntimo que le quedara por reparación de daños, y Jim es uno de los mejores cirujanos del país. ¿Quién era aquel obrero de apellido extranjero, después de todo? Bueno, ése es Jon. Tenemos que alegrarnos de que se vaya pronto de este pueblo».

Corrieron después rumores de que Jon le había dado a Tom Harper un empleo como jornalero en una de sus granjas, y el resentimiento y la envidia que todo Hambleton sentía contra Jonathan subió de tono más que nunca. El senador Campion estuvo muy particularmente elocuente, y anotó el incidente en su pequeña libreta negra de apuntes... sonriendo con satisfacción.

## Capítulo 22

Cuando Jonathan entró en su consultorio seis días más tarde se sintió contento, por Robert, al ver que todas las sillas en la sala de espera estaban ocupadas, unos cuantos pacientes estaban de pie en el vestíbulo exterior, y Robert trabajaba en la sala de examen. Entró en el consultorio y se encontró con Robert.

—Tenemos una muchedumbre, ¿ha sido siempre así? —preguntó éste.

—Sí. Muy bueno, ¿no le parece? La noticia de que no es usted casado y que es muy buen mozo debe haber corrido por ahí, pues estoy viendo que hay una buena cantidad de mamás muy bien vestidas ahí afuera, equipadas todas ellas, sin la menor duda, con hijas casaderas. También hay dos o tres señoritas. —Jonathan se quitó el sombrero y se enjugó la sudorosa frente—. Las cuatro, y todavía no ha empezado la oleada de la noche.

Robert tomó del lustroso escritorio una tarjeta escrita a máquina.

—Bueno, aquí tenemos a una joven señora que me interesa, una tal señora Edna Beamish. Hermosa y aparentemente con dinero. Insiste en verle solamente a usted. Hay indicios de que le pasa algo extraordinariamente malo.

—Nunca la he oído nombrar. —Jon tomó la tarjeta y leyó la dirección—. Kensington Terraces. Ése es uno de los pocos lugares en este pueblo que puede realmente llamarse casa de departamentos, unas cosas desagradables, precursoras del brillante futuro, cuando los hombres vivirán en hormigueros. Pero éste, hasta ahora, es un grupo de departamentos muy lindos y caros. He estado en uno de ellos, algo descabellado, rodeado de jardines, hum... Edna Beamish, veintidós años. ¿Tiene idea de lo que le pasa?

—No, para mí está muy bien. Tiene muy buen color, es muy bonita y elegante, y tiene una mirada alegre. Le dije que usted no toma nuevos pacientes, pero ella insiste en que ha oído hablar tanto de usted que no quiere ver a ningún otro. Véala, de todos modos, es posible que tenga la bolsa bien repleta. —Robert hizo una mueca—. Vale la pena verla, y por la forma en que actúa me parece que no se opondría demasiado si la invitara a pasar una buena noche.

Jonathan pasó a la sala de espera.

—¿La señora Beamish? —preguntó.

Una joven se levantó ágilmente. Iba ataviada con un vestido sencillo de seda pero evidentemente costoso que ceñía su físico y caía en una cascada de susurrantes pliegues sobre el piso. Llevaba un sombrero amplio haciendo juego, con rosas rojas, sus manos estaban enfundadas en guantes blancos y llevaba una sombrilla del mismo color del sombrero y el vestido. Sobre su seno firme reposaba un largo collar de amatistas engarzadas en oro, y las mismas joyas adornaban sus orejas.

El cabello rubio, abundante y muy bien peinado sobresalía del sombrero, la cara

pequeña y traviesa, con grandes ojos castaños e impresionantes pestañas, y un hoyuelo en su mejilla rosada. Los ojos se fijaban seductoramente en Jonathan, recorriéndolo rápidamente de la cabeza a los pies. Suspiró y sonrió.

—Soy la señora Beamish —murmuró.

—No tomo nuevos pacientes, señora Beamish —le dijo Jonathan intrigado—. Ya se lo han dicho. Pero el doctor Morgan la verá. —«Linda figura para examinar» pensó.

Le hizo seña de que le precediera y ella se colocó a su lado con un suave susurro de sedas y envuelta en un perfume rico e incitante, que Jonathan apreció en todo su valor.

Una vez sola con él en el consultorio, se volvió, exhibió de nuevo el profundo hoyuelo de su mejilla, suspiró y sonrió.

—Oh, doctor —dijo con voz suave y acariciante— lo lamento mucho, pero no podía dirigirme a nadie más... después de todo lo que he oído. —Las pestañas se agitaban como polillas y echaron una tenue sombra sobre sus mejillas redondas—. Realmente no podía.

—Eso es una tontería —dijo Jonathan volviendo a inspeccionar su cuerpo—. El pueblo está lleno de buenos médicos y el doctor Morgan es uno de los mejores. Él mismo lo admite.

Ella se estremeció de gozo y con gesto de coquetería tocó a Jonathan en el brazo con la sombrilla, sacudiendo al mismo tiempo la cabeza.

—No, solamente usted, doctor. Me he enterado de que el doctor Morgan no está casado. —Dejó caer con modestia sus maravillosas pestañas.

—Oh —dijo Jonathan—. Yo tampoco. Le diré, de paso, que nunca tuve el placer de verla antes.

—Vivo en Hambledon desde hace pocos meses —dijo la joven agitando una pequeña mano enguantada y esparciendo así otra vez el perfume—. Tengo debilidad... en el pecho. Me dijeron en Scranton que el aire de aquí es bueno para esas cosas.

«Y el pecho es bastante bueno también», pensó Jonathan asintiendo.

—Eso es una tontería. Por supuesto, en Scranton hay más humo, pero no demasiado. ¿De modo que usted viene de Scranton?

—Sí, y no soy muy conocida allí tampoco, doctor. Verá, yo provengo de una modesta familia de clase obrera. Pobre, pero honesta. Hice una buena boda con un caballero de... de Chicago. Estaba de visita en Scranton, le gusté, y nos casamos.

—¿Pero a él le gusta más Hambledon?

Ella volvió a suspirar y su alegre cara adoptó una expresión triste.

—Soy viuda, señor.

—Lo lamento —dijo Jonathan. El suspiro de la dama era muy seductor.

—Una viuda solitaria —dijo la señora Beamish.

—¡Oh, eso sí que lo dudo! —dijo Jonathan galantemente.

Ella volvió a sacudir la cabeza y le ofreció una visión de perfil de sus pestañas y su nariz respingada. ¡Un equipaje muy atractivo! Jonathan estaba empezando a tener algunas ideas sobre la dama y dudaba ya de que fuera inconsolable y de que rechazara de plano la idea de una cena tranquila y en privado en algún sitio rociada con buen vino. Conocía el lugar apropiado, y lo conocía muy bien.

—Es muy difícil para una mujer sola poder relacionarse con gente adecuada en una ciudad extraña —dijo la señora Beamish con mirada compungida pero escudriñante.

Jonathan advirtió que su acento era vulgar e inculto, pero no estaba mal. No hay que despreciar la vulgaridad cuando proviene de una mujer bonita, al contrario.

—Bien —dijo mirando la tarjeta como si estuviera reflexionando— ya que usted insiste, señora Beamish... pero le advierto desde ahora que si su dolencia exige un tratamiento largo tendré que dejarla en manos del doctor Morgan.

—¡Qué amable es usted! —exclamó ella.

Robert apareció con un paciente y quedó sorprendido y complacido al ver a la señora Beamish.

—Yo examinaré a la señora Beamish —dijo Jonathan con voz grave guiñando un ojo a Robert—. Eso si usted no se opone, doctor. Después quedará en sus manos.

—Será un placer para mí —dijo Robert.

La muchacha sonrió con agrado y lanzó a Robert una mirada seductora. Jonathan abrió la puerta y la hizo entrar. Robert sacudió la cabeza y sonrió.

—Desnúdese, por favor —dijo Jonathan quitándose la chaqueta y poniéndose una bata blanca.

La señora Beamish inspeccionó con la vista la immaculada habitación, con su mesa y el formidable despliegue de anaqueles llenos de instrumentos terribles. Parecía un poco acobardada.

—¿Desvestirme? —preguntó.

—Bueno, creo que sería difícil examinarla con ese vestido puesto y la ropa interior, ¿no le parece? —preguntó Jonathan con toda razón—. Voy a pasar a la otra sala de examen mientras usted se quita por lo menos el vestido y se afloja el sostén.

Cuando regresó, estaba más seductora que nunca, con un busto que valía bien por sí mismo, sin ayuda del sostén. «Sumamente atractiva», pensó Jonathan, sentándose a su lado y tomando una de sus pequeñas manos rollizas.

—Ahora, dígame qué le ocurre —le dijo—. ¿El pecho?

—Bueno, no, doctor —dijo ella bajando los ojos—. Tengo miedo de que sean molestias femeninas internas.

—Eso es lo que pasa generalmente —dijo Jonathan—. Nunca las he visto en otra

parte. Ahora, querida, yo soy médico, y estoy seguro de que otros médicos la han revisado con anterioridad por una cosa u otra, de modo que dejaremos de lado la timidez por unos minutos y vamos a las preguntas.

Ella le sonrió con modestia y contestó las preguntas con bastante rapidez. Tenía dolores en el costado derecho muy frecuentemente, todos los meses.

—Probablemente se trate sólo de la ovulación —dijo Jonathan—. Con bastante frecuencia es un poco dolorosa.

¡Oh, pero aquel dolor era lacerante! La partía en dos. Gritaba, sí, gritaba. Todo le molestaba y duraba días enteros. No podía dormir, ni descansar, ni comer. Era algo temible. La cara se le desencajó y se puso pálida al decir todo eso.

«¿Quiste ovárico?», pensó Jonathan. Hizo más preguntas, que ella contestó en forma un tanto vaga. El conocimiento que tenía de su propia anatomía era un tanto esquemático y grotesco. Cuando él dijo «ovario», lo miró sin comprender.

—Sí —dijo Jonathan en tono de broma— es donde están los huevos.

—¿Huevos? ¡Doctor, yo no soy una gallina!

—No obstante, usted pone un huevo todos los meses, se lo aseguro. —Ella pareció ofenderse, pero él le dio una suave palmada en el sedoso muslo—. Ahora voy a examinarla. Acuéstese en esta mesa, por favor, y aquí están los estribos. Ponga los pies en ellos.

—¿Estribos?

—¿Nunca la han examinado antes en esta forma? —preguntó Jonathan.

—No. Siempre me examinaron nada más que el pecho.

—Bien, lo examinaremos también, después. No se ponga tan rígida. Acuéstese, así me gusta. Cúbrase con esta pequeña sábana, y levante los pies. No voy a lastimarla.

Pero ella miró con verdadero terror el dilatador, aunque estaba casi oculto con una servilleta, y apretó las rodillas.

—No le haré ningún daño —dijo Jonathan—. Quizá sea un poco incómodo, pero usted es ya una mujer y además ha estado casada.

Su voz divertida la calmó, y soportó el largo examen con una o dos muecas nada más. Después de pasar la primera vergüenza pareció perder su timidez y concentró su atención en el instrumento, sin importarle más la minuciosa observación de Jonathan.

—Muy bien —dijo él después de cinco minutos—. Puede sentarse ahora.

Llevó el instrumento a la piletta a la espera de su esterilización. La muchacha se sentó, arregló la sábana con mucho cuidado sobre sus piernas y Jonathan se le acercó de nuevo sonriente.

—Tengo buenas noticias para usted —le dijo— aunque es triste que su marido no viva para escucharlas. Está embarazada de casi tres meses.

—¡Oh! —gritó la señora Beamish echándose sobre la mesa y llorando—. ¡Oh!



¡Oh, pobre Ernest! ¡No haberlo sabido tanto como deseaba tener un hijo! Murió hace dos meses, doctor.

—Muy infortunado —dijo Jonathan sintiéndolo realmente, tanto por el finado señor Beamish como por él mismo—. Bueno, ahora tiene que cuidarse lo mejor que pueda, descansar tanto como le sea posible, tener valor y pasear tranquilamente todos los días. Le voy a dar un pequeño libro...

De repente, la señora Beamish dio paso a una oleada tras otra de lágrimas y torturados gritos, tan fuertes que los que estaban en la sala de espera los podían escuchar. Mientras Jonathan, apabullado e inmóvil, la miraba completamente asombrado, ella se revolcaba sobre la mesa, aullando.

—¡Doctor, por favor, por favor! ¡Oh, doctor, me está matando! ¡Oh! ¡Oh!

Se oyó un fuerte golpe sobre la puerta que Jonathan no oyó, petrificado como estaba por los gritos, y en seguida entró Robert muy agitado. Miró a la muchacha convulsionada y medio desnuda sobre la mesa, y luego a Jonathan.

—¿Qué diablos le pasa? —preguntó.

—Histérica —dijo Jonathan reaccionando al fin—. Es viuda y está embarazada, legítimamente, presumo. ¡Bueno! —gritó dirigiéndose a la señora Beamish—. ¡Ya basta!

—¡Dios mío! Se la puede oír desde la calle —dijo Robert impresionado.

Jonathan abofeteó a la muchacha y ella se detuvo de inmediato. Las lágrimas le corrían por la cara y miró a Robert con gesto suplicante.

—Me ha dolido horriblemente —dijo sollozando—. Me ha hecho mucho daño. Yo no sabía que sería tan doloroso.

—Tonterías —dijo Jonathan—. No se le ha escapado ni un sollozo. Vamos, ahora vístase. —Y dirigiéndose a Robert, dijo—: El pélvico común. Un ejemplar robusto.

Robert miró a la muchacha frunciendo las cejas.

—Me parece que es mejor que me la deje a mí —dijo. La muchacha estaba vistiéndose a toda prisa. Lloraba suavemente y con un ligero temblor. No se puso ni el sombrero ni los guantes y salió corriendo de la sala de examen, elevando la voz en sollozos fuertes y tambaleándose. Pasó como una exhalación junto a la asombrada solterona sentada ante la máquina de escribir y los espantados y curiosos pacientes, exclamando al llegar a la puerta:

—¡Casi me mata! ¡Y dijo que no me haría daño! —gritó, y se lanzó afuera.

—¡Por amor de Dios! ¿Qué significa todo esto?

Jonathan se encogió de hombros.

—Las tenemos de todas clases —dijo—. Pienso simplemente que se ha trastornado al saber que está embarazada, dado que el marido murió recientemente. Se calmará y volverá dentro de una semana o dos. —Oyó un carruaje que se acercaba y miró por la ventana—. Tiene también un hermoso vehículo —agregó—. Hermoso

par de yeguas.

Robert estaba inquieto.

—¿No la había visto nunca antes? —preguntó—. ¿Dónde ha estado escondida?

Jonathan le explicó lo que sabía.

—De todas formas no me gusta nada —dijo Robert turbado—. Si va a ver a otro médico chillando en esa forma, va a arruinar su reputación.

—No hay nada que pueda arruinar más mi reputación —dijo Jonathan echándose a reír—. No. Va a volver, aunque no sea más que para mirarle a usted.

Pero la señora Beamish no volvió y, al cabo de pocos días, los dos jóvenes médicos la olvidaron completamente. Pero no la olvidaron ni la madura solterona ni los otros pacientes que presenciaron la escena, que resultó muy dramática para individuos que, como ellos, llevaban una vida aburrida y en la que no ocurría nada. Los chismes corrieron por la ciudad.

Marjorie Ferrier leyó todos los recortes periodísticos que se referían a la exposición de su hijo Harald en Filadelfia, y casi lloraba de placer y tristeza a la vez.

—Maravilloso, querido —le dijo a Harald—. ¡Qué triunfo! ¡Estoy muy contenta de que te apreciaran tanto y vendieras tantos cuadros! Tenemos que enviar estos recortes a los diarios locales.

—Tres mil dólares —dijo Harald—. No está mal, pero hubo coleccionistas de Nueva York, que conocen las nuevas tendencias que vendrán en pintura, y que me ofrecieron nada menos que cinco mil dólares por uno. ¡Cinco mil! Pero me negué.

—Pero ¿por qué?

Harald sonrió a su madre con sus hermosos ojos castaños.

—Lo guardé para ti. Quiero que lo conserves. Fue el único retrato, y uno de los pocos que he hecho.

Levantó una tela grande y quitó con cuidado las varias envolturas de arpillera que la cubrían, exponiéndola luego a la brillante luz del mes de junio que entraba en la sala de estar.

Era un retrato de Jenny Heger, pero daba una impresión de frialdad, de abandono, de fe perdida. Era un cuadro que, lleno de vitalidad y de pasión, parecía transferir la emoción de la muchacha al espectador.

—Ah —dijo Marjorie, haciendo gestos—. ¡Muy hermoso! ¡Y qué... terrible! ¡Cómo has captado a la pobre Jenny! ¿Cuándo posó para ti, querido?

—Nunca. No necesité que posara, madre.

—No —dijo Marjorie mirando el cuadro, absorta y profundamente conmovida—. Supongo que no, Harald. No, creo que no. Es exactamente tal como es Jenny, y refleja tanto... yo bueno, debo confesar que nunca supe lo mucho que tú... —Se

detuvo.

—¿Lo mucho que entiendo a Jenny y cuánto me preocupo por ella? —Harald sonrió alegremente, pero su mirada era ambigua—. Creí que lo sabías. Sea como sea, el cuadro es tuyo, madre, porque quieres tanto a Jenny. Quiero que lo tengas.

«Voy a colocarlo en la sala», pensó Marjorie, pero en seguida la asaltó un pensamiento molesto: Jonathan no tenía que ver jamás el retrato que su hermano había hecho a Jenny. Marjorie hubiera querido echarse a llorar. Vio cómo Harald apoyaba el cuadro contra la pared de la sala de estar y observó sus movimientos lentos, absortos. Vio cómo se apartaba del cuadro y lo miraba, con la cabeza inclinada como si se hubiera olvidado de su madre.

—La he visto tantas veces con esa misma expresión —dijo Harald sin dejar de darle la espalda—. Ha llevado una vida miserable, la pobre Jenny, es como una reclusa, y apenas tiene veinte años. Eso fue lo que hizo Pete, y después Myrtle no se preocupó por ella, a pesar del gran amor que sentía por su madre. Myrtle era incapaz de sensaciones fuertes, ya fueran emociones o cariño. Aceptaba el afecto de todos, graciosa y amablemente, lo apreciaba y era afectuosa a su vez. Pero amor, no. No era muy inteligente, pero tenía una forma especial de ser amable, yo la quería muchísimo, realmente la quería. Quise que hiciera algo en favor de Jenny, que la mandara fuera por su propio bien, que se encontrara con gente de su misma edad, que la obligara a vestirse mejor y realmente trató de hacerlo con suave persuasión.

Harald soltó una carcajada.

—¡Si le hubiera sugerido que se ahorcara, la muchacha no habría sentido tanto horror! «No», le dijo. Tenía que quedarse para cuidar a mamá, vigilar el castillo de papá y sus canteros de rosas. Particularmente sus canteros de rosas. He visto mujeres poseídas por hombres, por las joyas, por el placer y el vicio, por todas las pasiones, ¡pero jamás he visto a nadie poseído por canteros de rosas! ¿Y tú?

—No —dijo Marjorie sintiendo más ganas de llorar que nunca—. Tal vez el jardín de rosas significa algo, o alguien desmesuradamente querido para Jenny. A ella la obsesiona.

—Pete, probablemente —dijo Harald—. ¡Qué grosera bestia gorda era ese tipo! Y bruto en todo, menos para su estúpido castillo. —Se volvió hacia su madre con el rostro serio, lleno de color y atractivo—. Te lo he preguntado antes. ¿No puedes hablar con Jenny referente a mí?

—No, querido, no puedo, ya te lo he dicho antes. —Marjorie sacudió la cabeza y miró a su hijo con pasión—. Harald, querido, es mejor que busques por otro lado.

—No quiero a nadie más que a Jenny, madre, y nunca querré a nadie más. No soy muy joven, pues ya tengo treinta y tres años. Es una edad bastante buena para saber lo que se quiere. —Se sentó a lado de Marjorie, tomó un sorbo del coñac que tenía a su lado y la miró pensativo—. Acaba de ocurrírseme una cosa... hay algo que no me

has dicho. Estás demasiado segura de que Jenny no se reconciliará nunca conmigo ni me tendrá en cuenta.

Marjorie vaciló.

—Tal vez —dijo— haya algún otro hombre. Jenny no me lo ha dicho, pero hay algo... algo en ella que me hace sentir que hay, ciertamente, alguien más.

—No es posible. Jenny nunca va a ninguna parte ni se ve con nadie, y no ha visto ni a media docena de hombres en otros tantos años. Y en cuanto a jóvenes, sólo uno o dos. —Harald sonrió confiadamente—. Es otra cosa, el recuerdo de Pete.

Marjorie seguía silenciosa. Las finas cejas de Harald cayeron sobre sus ojos mientras escudriñaba a su madre y sus sospechas tomaban más cuerpo.

—Madre, ¿tienes alguna idea?

—Jenny no me ha dicho nunca ni una palabra al respecto.

—Eso no es exactamente lo que te he preguntado, querida. Te he preguntado si tienes alguna idea.

—Yo no soy capaz de leer la mente, Harald.

—No, pero estás eludiendo la cuestión —dijo sonriéndole con afecto.

—Harald, no puedo hacer conjeturas sin tener un conocimiento absoluto, y Jenny no ha...

—Nunca te ha dicho nada, ya lo sé. No la has visto en ninguna parte, con ninguna otra persona, ¿es así?

Marjorie volvió a mirar el cuadro.

—Estuvo en los actos de celebración del Cuatro de Julio conmigo, Jon, el doctor Morgan —muchacho tan simpático— los Kitchener y la señora Morgan.

—¡Ésa sí que debió ser una reunión animada! Los Kitchener son algo así como suaves rollos de pechuga de pollo cocinados a la crema, y casi tan picantes. La señora Morgan según he oído decir es una arpía, y el joven doctor Morgan es muy inocuo, con todo ese encanto juvenil que tiene. Nuestra Jenny, que constantemente lee los Pensamientos de Pascal, Moliere, Walter Peter, San Agustín y sabe Dios a cuántos más, no puede estar interesada por el doctor Morgan.

—Creo que él quedó encantado con ella —dijo Marjorie, contenta de que un nombre no hubiera sido mencionado por Harald—. La miraba como embrujado durante toda la comida del pollo frito, la cerveza, la torta de chocolate y el té helado, para no hablar de la ensalada de papas, los rollos calientes y las cebollas verdes. Parece un joven sencillo con un apetito excelente, aunque apenas probó bocado, y cuando los dedos le quedaron recubiertos de chocolate se los chupó sin dejar de mirar a Jenny, extasiado.

Harald se reía, representándose vívidamente el cuadro.

—¿Y cuál fue la respuesta de nuestra Señora de Shalott?

—Bueno, tú sabes lo desafecta y espiritual que es Jenny, y lo poco que aprecia su

propia belleza, si es que siquiera la conoce, estuvo ruborizándose todo el tiempo. Me temo que Robert la hizo sentirse inquieta.

Harald dejó de reírse.

—Cuando un hombre hace que una mujer se sienta inquieta, aun cuando se esté chupando el chocolate de los dedos o sujetando el pollo frito, entonces la cosa es seria. La inquietud puede convertirse en interés y el interés en algo más fuerte. ¿Le ha visto con frecuencia antes?

—Realmente no lo sé, querido. Tú sabes que Jenny viene al pueblo una o dos veces por semana en esa deplorable bicicleta, cuando podría tener una berlina propia o alquilar un coche, y es posible que se haya encontrado con Robert por la calle, en cualquier lugar, o en una tienda. Él anda en busca de un espejo especial que quiere su madre y algunos cuadros viejos, preferiblemente de Londres bajo una lluvia con niebla. Ése es el gusto de la señora Morgan.

Harald no se sentía contento. Tenía la frente contraída y reflexionaba.

—Es justamente el tipo de cordero color oro rojizo que puede despertar los instintos maternos de una mujer. Esos hombres terminan llevando cintitas azules en el pelo, que eventualmente les ha colocado mamá.

—No es tan suave, ni débil, ni falta de masculinidad, Harald. Da impresión de virilidad, de gran terquedad y de otras cualidades varoniles. Le invité por mediación de Maude Kitchener, que estaba tan extasiada por Robert como Robert por Jenny.

—¿Y por quién crees que estaba extasiada Jenny?

La pregunta, aguda y repentina, afectó a Marjorie desagradablemente.

—Puedes estar seguro de que no lo sé, querido —dijo— tal como te he dicho antes. Es sencillamente un... leve presentimiento que tengo. Pero ¿podrías tú realmente imaginarte a Jenny tan extasiada por alguien hasta el punto que la haga estar presente en cuerpo pero alejada en espíritu, soñando?

—¡Claro que sí! —dijo Harald en el mismo tono agudo—. ¡Claro que sí! Es de esa clase de gente. Ahora que lo mencionas, la he visto en ese estado de ausencia, mirando el vacío, durante casi una hora. Me recuerda ese tonto poema antiguo: «*Una mujer soñando con su amante demonio*». La cuestión es ésta, ¿quién es el demonio?

—¿Tenemos realmente necesidad de estar hablando tanto de la pobre Jenny? —preguntó Marjorie suspirando.

—Madre —dijo Harald— ella es lo único que llena mi pensamiento la mayor parte del tiempo. —Se sentó cerca de su madre y, aun cuando se parecía enormemente a Jonathan en su aspecto de contención y control de sí mismo, en aquel instante daba una impresión de apremio—. No puedo seguir tratando de que Jenny cambie de opinión sobre mí por más tiempo. Tengo que hacer que se dé cuenta... bueno, de que la amo y la necesito. ¡Se lo he dicho docenas de veces! Parece, como si no le penetrara en la mente, es por eso que pienso que tal vez tú podrías ayudarme,

decir una palabra...

—Harald, no puedo. Tú sabes que nunca me entrometo y que no soy buena para hacer insinuaciones, de modo que no querría ofender a Jenny haciéndola creer que me meto en sus cosas. —Se mordió el labio—. Es posible que sepamos algo bastante pronto, si es que hay algo que saber.

—Y entonces será demasiado tarde para mí. Me estás ocultando algo, ¿no es así?

—Has estado en tu casa tres días, ¿verdad, Harald? Has visto a Jenny. Le has mostrado esos recortes.

En ese momento Marjorie vio a Jonathan reflejado fielmente en Harald por primera vez, concentrado y disgustado por su intento de cambiar de tema.

—La he visto —dijo con la voz áspera e impaciente de Jonathan—. La he hablado. Es como si hubiera hablado con una estatua, pero una estatua que me ve como algo particularmente repugnante, si es que una estatua puede sentir algo. ¿Mostrarle yo los recortes? ¡Me los hubiera arrojado a la cara! ¿Y qué demonios le he hecho yo para merecer todo ese odio?

—¿No se te ha ocurrido pensar nunca, Harald, que una jovencita como Jenny puede encontrar un poco... bueno, repulsivo, pensar en casarse con un hombre que haya estado casado con su madre?

—No en ese caso. Le dije francamente después de la muerte de Myrtle que, ¿cuál es ese delicado eufemismo?, no habíamos vivido juntos como «marido y mujer», aunque ostensiblemente ocupáramos la misma cama.

Marjorie no supo si reírse con todas sus ganas o expresar horror. Con los ojos bien abiertos miró a su hijo.

—¡Por Dios que no lo sabía! Cómo... esto es muy confuso. ¿Por qué demonios os casasteis, pues?

—Fue muy sencillo. —Harald sonreía ahora—. Yo necesitaba dinero y Myrtle necesitaba un hombre adulator, atento, con quien poder viajar y a quien poder exhibir, y que fuera además atractivo para que las demás mujeres le envidiaran. No podía viajar con Jenny. Después de todo, hasta una mujer con tan poca imaginación como Myrtle vería que Jenny era un poco tosca para llevarla en sus viajes, y menos estando en compañía de otras personas. Myrtle era considerablemente mayor que Pete. Tenía cerca de cuarenta años cuando nació Jenny. Era una de esas mujeres simpáticas, inofensivas, agradables, llenas de afabilidad, que hombres como Pete, pequeña bestia barullera, ofensiva y resuelta, adoran. Vino una hija y fue bastante para que Myrtle considerara que ya había cumplido en materia de amor, decía que amaba el arte y quiso ser un apoyo para mi arte. Necesitaba una compañía atractiva y ahí estuve yo. Además, me quería y yo la quería a ella, no me parecía que hubiera nada repudiable. Su testamento me produjo una verdadera impresión, lo confieso, dadas las circunstancias.

Marjorie se sentía fascinada.

—¿Y qué dijo Jenny de todo eso, cuando se lo contaste?

—Me parece que quiso matarme, y te juro por mi vida que no sé por qué. ¿Lo sabes tú?

—Claro. Pensó que te habías casado con su madre por dinero.

—Y bien, *lo hice*. Pero la cosa no fue tan cruda como ella la ve.

Los ojos de Marjorie brillaban de regocijo.

—Sabes, Harald, te parecerá increíble, pero a veces eres tan cerrado como Jon. No con mucha frecuencia, pues sabes muchísimo más sobre la gente que él y nunca te sorprenden ni te aturden como a él. Pero aun así, fuiste un poco ingenuo al contarle todo eso a Jenny.

—No lo creo. Ella es de las que dicen las cosas a la cara, y así fui yo también. Por naturaleza no soy en absoluto tan brusco, de modo que, por favor, no me compares con Jon. Es como una apisonadora, y se arroja contra todo individuo que, según él, no sea lo bastante franco y sincero o que, simplemente, tenga las pequeñas debilidades humanas que todo el mundo naturalmente tiene, menos él. Por eso su... dificultad... fue peor de lo que debió ser. Todo lo que tenía que haber hecho en el tribunal era defenderse de manera respetuosa, amable, modesta y sincera, con un ojo puesto sobre el juez para impresionarlo con su impoluta naturaleza dulce, y también sobre el jurado. En lugar de hacer eso, procedió a dar muestras de desprecio hacia todos ellos, como si los considerara muy por debajo de la condición de humanos por haberse atrevido a creerle capaz de que le había... hecho aquello a Mavis. ¡Estaba enfurecido contra ellos! Le falta fineza, habilidad, para deslizarse entre los bordes ásperos. Le falta diplomacia.

—Sí, ya lo sé —dijo Marjorie—. Jon ha sido siempre así desde la infancia.

—No puedes andar por este mundo diciendo siempre la verdad —dijo Harald—. Es una mala costumbre muy desgraciada y se merece todos los golpes que le dan, toda la infamia y el odio. Además, ¿en qué se basa Jon para creer que todo lo que él piensa de la gente es la pura verdad? Por ejemplo, hace años, me llamó a mí «*tocador de laúd...*».

—¿Tocador de laúd...?

—Sí, un ocioso cantor de cantitos poéticos para divertir a las damas. Naturalmente es una manera de hablar, pero eso es lo que él creía de mí. Nunca tomó en serio mi pintura, por la sencilla razón de que el todopoderoso Jonathan nunca la comprendió ni quiso comprenderla. Para él yo era tan superficial como... Mavis, y prácticamente tan inútil como ella. No ser útil para la sociedad es, según él, un pecado capital, uno de los peores. Yo me paseaba por las orillas del mugriento y laborioso mundo, me reía cuando debía estar seriamente solemne, vagaba cuando, según él, debía estar corriendo. Me faltaba «propósito», según decía. Él siempre

estuvo reventando de propósitos hasta que se casó con Mavis, y luego empezó a andar perdido en una selva oscura, como Dante. Pero puedes estar segura de que, en el fondo, estaba hirviendo con su infernal propósito o tratando de recuperarlo. No podía vivir sin él.

—Sí, lo sé —dijo Marjorie.

—Nunca descubrió que el verdadero propósito de la vida, si es que hay uno, es gozar tanto como sea posible y experimentar tan pocos dolores como se pueda. Es un mundo muy interesante y hermoso, y a mí me gusta recorrerlo y pintarlo, tener mis propias impresiones de él y mezclarme con la gente, me gusta la gente y no puedo vivir sin ella, y beber, y cenar, y reír con ella. Es inofensivo, es divertido, y si se ha elaborado un plan para nosotros, creo que es puramente el de lograr el placer en un mundo hecho para el placer. Hay todas clases de seducciones, y Dios lo sabe.

—Y ésa ha sido la lucha entre tú y Jon. —Harald se agitó en la silla.

—En cierto modo, por lo menos fue lo que la originó. Además, Jon es dominante. ¿Sabías que cree que nunca te has ocupado de él en lo más mínimo y que toda tu devoción maternal ha estado centrada en mí? —dijo riéndose del asombro que se pintó en el rostro de su madre.

—¡Bueno, ya está bien, Harald!

—Sí, es así. Yo solía vigilarlo cuando éramos chicos, y me gustaba atormentarlo así. Él quería que todas las personas y todas las cosas giraran a su alrededor.

—Jon nunca se interesó por nadie más que por su padre.

—No lo creas, madre. Él se ocupaba mucho de las tiernas y pequeñas sensibilidades del pobre papá, pero tú eras el objeto de su verdadero afecto. Jon creía que no contaba con el tuyo, de modo que llegó a la conclusión de que no eras muy inteligente al no apreciar la fuente de oro que te ofrecía, y que contenía la sangre de su corazón o algo parecido. Tal vez fuera su cabeza.

Marjorie no acababa de creerle, y le sonrió con expresión de negación.

—Tal vez tú estés tan equivocado sobre Jon como él lo está sobre ti, querido. Siempre fuisteis incompatibles. Creo que los dos tratáis con mucho empeño de hallar algo tangible para poder contrariarse mutuamente, cuando es sólo cuestión de... de...

—«*Yo no lo quiero, doctor Fell, aunque la razón no la sé*».

—Exacto —dijo Marjorie—. No es cosa rara entre hermanos o cualquier otra persona.

Harald se levantó.

—¿Cuándo se va de Hambledon, con esa áspera lengua suya, para causar preocupaciones en alguna otra comunidad?

—Pienso que pronto, cuando el joven Robert esté bien establecido. Pero hay algo muy extraño, últimamente no ha hablado mucho del asunto.

Al decir esto, Marjorie miró a su hijo con sus ojos castaños, que se fueron



oscureciendo y se volvieron más profundos y escudriñadores. Él, a su vez, perdió su expresión amable. Se acercó al retrato haciendo como que lo estudiaba.

—Desearía que se fuera muy pronto —dijo con tono indiferente—. Sería mejor para él, mucho mejor. Y mucho más seguro. Más seguro especialmente.

Marjorie permanecía en silencio y cuando Harald se volvió otra vez hacia ella su rostro mostraba dolor y todos los signos de una enorme fatiga.

—¿Entonces quieres decir que Hambledon le ha disuadido de sus propósitos? —dijo al cabo de unos instantes.

—No —le contestó Harald—. No he querido decir eso en absoluto. Me refería a Mavis.

## Capítulo 23

—Por el amor de Dios, ¿dónde has comprado ese traje? —preguntó Jonathan en una calurosa tarde de sábado a fines de julio mientras observaba riendo a Robert.

—Vaya con los provincianos. —Sonrió Robert—. Lo compré en Nueva York la primavera pasada. Son los celos, mi querido amigo, lo que colorea de amarillo sus mejillas, y la envidia ha inyectado ictericia en sus ojos. Fíjese en el corte, el estilo, la caída.

—No puedo —dijo Jonathan—. Me ciega. ¿Qué les ha parecido a los pacientes matutinos?

—Han quedado boquiabiertos —dijo Robert—. Boquiabiertos de admiración.

—Claro —dijo Jonathan—. Ni siquiera el lujurioso de Perry Belmont se hubiera atrevido nunca a ponerse un traje como ése. Parece un jockey gigantesco. Lo único que le hace falta ahora es un automóvil. Estoy pensando en comprarme uno en Inglaterra.

Robert quedó impresionado.

—¿Conoce usted a Perry Belmont personalmente?

—No sólo conozco al robusto pequeño libertino, sino que conozco también a la mayoría de sus damas, que están locas por él, si bien no he podido averiguar por qué. Se parece un poco a Nerón, con sus ojos perversos y su nariz gruesa, que al parecer resulta atractiva para las señoras. Los hombres bajos les encantan, especialmente si parecen napoleónicos, y Perry lo parece. —Jonathan sacudió la cabeza—. Fue ministro en la legación en España, cosa que le costó una fortuna, y he oído decir que arrollaba a las señoritas como un ciclón que atraviesa un bosque. Todas quedaban tendidas en el suelo y se levantaban la falda sólo con verle. O, al menos, él lo cuenta así.

—Él y yo fuimos huéspedes de Cornelius K. G. Billings, el criador de caballos, el año pasado, y los dos pertenecemos al Club de Equitación de Nueva York. Compré una yegua a Cornelius por mil quinientos dólares, y no valía ni siquiera quinientos. No se fíe nunca de un hombre rico, le desollará con todo placer y venderá su piel haciéndolo pasar por marroquí. Bien, Cornelius ofreció un banquete al Club en el famoso restaurante Sherry's, y que me caiga muerto si no ensució todo el piso con tierra y pasto. Llegamos a caballo, nos llevaron al salón del banquete en ascensor, sin desmontar, y todavía estábamos a horcajadas sobre los caballos mientras nos servían caviar con champán y una cena cocinada por los mejores *chefs* del mundo, todo eso en una vajilla con incrustaciones de oro. Naturalmente, había lacayos encargados de limpiar el estiércol que dejaban los caballos. Allí estábamos, sentados sobre nuestros animales de gran precio, ataviados con trajes de noche. Fue la más infame, depravada, infantil y brutal reunión a que haya concurrido jamás en Nueva York, y

eso que he concurrido a muchas. Me he enterado de que le costó unos veinticinco mil dólares, que hubieran venido muy bien para fundar en alguna parte un hospital para tuberculosos. —Su expresión se había vuelto despectiva—. Los únicos animales que podían jactarse de aristocracia y decencia eran los caballos. Yo me sentí avergonzado por ellos y quise pedirles disculpas. Se las pedí a mi propia yegua.

—He leído muchas cosas sobre el asunto en Nueva York —dijo Robert— y sobre lo que ellos llaman los Cuatrocientos. Serían buenos temas para William Jennings Bryan, ese descabellado, degradado y vulgar despilfarro de enormes cantidades de dinero, las gigantescas mansiones repletas de gente, las joyas llamativas, el vicio, y las enfermedades sociales, como se las llama discretamente. No es locura, es ostentación barata. ¡Pensar que un trabajador se siente muy afortunado si gana un jornal de doce o quince dólares por semana! ¡No hay que asombrarse de que la mitad, o más, de sus hijos mueran antes de cumplir cinco años! Y él mismo es un viejo a los cuarenta.

—Cierto —dijo Jonathan—. Pero no glorifiquemos tampoco al obrero. Admito que su condición en América es mucho peor que en ninguna otra parte del mundo, con la excepción quizá de Egipto, Arabia y los lugares más oscuros de África. Pero es humano, también. Está empezando a lanzar fuertes y amargas quejas sobre su condición, cosa que me alegra, y quisiera verlos fuertemente unidos. Pero déjele que consiga el poder y será tan malo como los de sangre azul, como les gusta que les llamen en Nueva York, Londres, París o Berlín. Es eso tan viejo que llamamos naturaleza humana. No se le puede tener confianza. Bueno, ¿quién es la afortunada señorita que va a quedar paralizada hoy por su traje?

Robert se calzó cuidadosamente sus guantes amarillos, era evidente que no habían sido usados nunca.

—La señorita Jenny Heger —dijo, prestando mucha atención a los botones de los guantes como si tuviera una pequeña dificultad para abrocharlos—. Le escribí la semana pasada y le pregunté si le interesaría cabalgar por el río y merendar conmigo en el campo.

—¿Jenny? —preguntó Jonathan.

—La señorita Jenny. No nos hablamos en términos menos formales que éstos —dijo Robert—. Recibí una amable nota en respuesta y debo confesar que quedé tan complacido como sorprendido, pues ella aceptó mi invitación.

Jonathan se apoyó contra la mesa cruzando los pies.

—No lo creo —dijo—. Jenny no ha aceptado nunca una invitación de ningún joven.

—Ha aceptado la mía.

Robert se sintió aliviado al comprobar que Jonathan no mostraba ni un interés intenso ni tampoco disgusto, aunque en realidad no veía qué motivos había para ello.

Sólo sabía que, hasta aquel momento, cualquier referencia sobre Jenny provocaba en Jonathan una inexplicable emoción u observaciones lascivas. Sonrió levemente y miró a Jonathan, que estaba encendiendo un cigarrillo.

—Sé que es una muchacha muy retraída y voy a tratar de ganarme su confianza.

Los brillantes ojos negros de Jonathan inspeccionaron detenidamente el traje y los accesorios.

—Su aspecto la matará del susto, más que hacerla sentirse confiada —dijo—. ¿Qué hacemos si se presenta un caso urgente en el hospital?

—¿Ya no se acuerda? —preguntó Robert—. Usted prometió amablemente que me sustituiría en ese caso, ya que no he tenido un día de descanso desde que llegué, y nosotros los médicos necesitamos distraernos, como usted mismo ha dicho, o dentro de poco no serviremos de nada para nuestros pacientes.

—¿Yo he dicho eso? —preguntó Jonathan—. Debe haber sido en uno de mis momentos de mayor descuido. —Parecía indiferente y divertido—. Va usted a eclipsar completamente a la pobre Jenny, que no posee, según me han dicho, ni un solo vestido bonito.

Robert recorrió con la mano su hermosa cadena de oro y sacó el reloj. Se sentía cada vez más aliviado.

—Mi madre observó una vez —dijo— que le parecía extraño que la señorita Jenny no buscara una acompañante, una mujer mayor que ella, en *loco parentis*, por así decirlo.

Lo que había dicho realmente su madre era lo siguiente: «*Es una afrenta a la moral de toda la comunidad que esa joven tenga una conducta tan descarada y le importe tan poco la opinión pública y la sensibilidad de las jóvenes bien criadas, que no se haga acompañar por una dama de mayor edad, de impecables antecedentes y posición en esta ciudad, para protegerse de los chismes y conseguir respetabilidad*». Al recordarlo Robert se sonrojó, y Jonathan se dio cuenta.

—¿Jenny? ¿Una compañía femenina mayor que ella? —dijo Jonathan echándose a reír—. Le puedo asegurar que Jenny puede cuidar muy bien de sí misma.

—Pero, después de todo, su hermano vive en la misma casa con ella y es todavía un hombre joven, y además de él, sólo están los sirvientes.

—¿Acaso no es suficiente protección para Jenny? —preguntó Jonathan.

El término empleado por Jonathan era ambiguo y Robert comenzó a sentir que le invadía un sentimiento de enojo contra él.

—¿Qué quiere usted decir con eso de protección? —preguntó.

—Vamos, ¿qué cree usted que quiero decir? —contestó Jonathan—. Oficialmente él es su padrastro, el marido de su difunta madre. No dé rienda suelta a su mente, Bob.

—¡No doy rienda suelta a mi mente! —dijo Robert, sintiendo que se le oprimía el

pecho—. ¡Sólo he visto a la señorita Jenny unas cuantas veces desde el Cuatro de Julio, en la calle y en las tiendas, y no he conocido en mi vida a una muchacha más adorable y más inocente! —Al decir esto pareció hincharse—. Hemos hablado un poco en todas partes. Es muy retraída y tímida, parece miedosa y un poco torpe. ¡A mí... a mí me gusta muchísimo la señorita Jenny! En serio, me gusta. Y espero que ella me tome en serio también.

Jonathan silbó mirando a Robert sin ninguna amabilidad y luego con una expresión reflexiva.

—Hemos progresado, ¿no le parece?

—¡Así lo espero! ¡Lo espero fervientemente! —dijo Robert sacudiendo una invisible mota de polvo de su sombrero y preparándose a partir. Pero lo asaltó otro pensamiento y se volvió—. ¿Por qué su hermano no le aumenta los ingresos de modo que pueda dejar la isla por una residencia más... más... protegida?

—Me han dicho que quiso hacerlo —dijo Jonathan— pero ella se negó. Ya se lo he dicho a usted. Ella lo considera como un intruso, un pelagatos criminal que se casó con su madre por su dinero y tiene toda la razón, Harald no pretende ser otra cosa, fue un contrato amistoso. Ella considera que la isla es suya, como antes fue de su padre, y ha montado guardia en ella. Nunca la abandonará como no sea que alguien la ate de pies y manos y le vende los ojos, y no le veo a usted en ese papel.

—Muy difícil —dijo Robert— pero aun así, si se casa puede ser que cambie de opinión.

—Mi querido amigo del traje detonante —dijo Jonathan—. Yo no alimentaría esperanzas si fuera usted. Jenny y mi madre son casi tan íntimas como madre e hija, y mi madre me ha insinuado varias veces que el afecto de Jenny está firmemente fijo en algún misterioso extraño.

La cara de Robert se puso visiblemente pálida y Jonathan frunció el entrecejo.

—Si así fuera, no habría aceptado mi invitación —dijo Robert.

—Quizá el caballero sea inalcanzable —replicó Jonathan.

—Razón de más para hacer que ella se divierta —dijo Robert, y se alejó resplandeciente en su gloria *sartorial*.

Jonathan no había vuelto a ver a Jenny desde la noche en que había tratado de seducirla de manera un tanto extenuante. Había remado a menudo hasta la isla con el pretexto de divertirse burlándose de su hermano, pero cuando Harald estaba allí, lo cual era poco frecuente, Jenny parecía estar ausente, o por lo menos no aparecía. Jonathan había preguntado por ella una o dos veces afectando indiferencia, pero Harald se había encogido de hombros, afirmando que estaba «en el pueblo», o que «no se sentía bien», o «¡Sabe Dios dónde está!».

Harald parecía menos tranquilo últimamente, menos despreocupado y menos sonriente, como si estuviera absorbido por sus propios pensamientos. Estaba inquieto,

preocupado. En vista de lo que había dicho Marjorie, aquella actitud resultaba interesante para Jonathan. Hubiera querido decirle: *«En lo que respecta a Jenny, querido hermano, sería mejor que arriaras velas, y tal vez también yo debiera hacerlo, aunque no pienso hacerlo hasta el día que me muera»*.

Jonathan no sabía cuándo había visitado Jenny a Marjorie, pero lo sospechaba. Marjorie no mencionaba para nada a la muchacha, salvo una vez que insinuó que Jenny no la visitaba con la asiduidad de costumbre. Esto resultaba comprensible, teniendo en cuenta que Jenny posiblemente temía la llegada intempestiva de Jon a la casa y su consiguiente enfrentamiento.

Había una cosa que le aliviaba mucho: era evidente que Jenny no había contado nunca a Harald que su hermano la había atacado. Podría haberlo hecho fácilmente. Entonces Harald, ante su insistencia, podría haber prohibido a Jonathan que volviera a visitar la isla. ¡Hubiera resultado muy interesante constatar si Harald era capaz de reunir suficiente rabia o lanzar amenazas y fuegos de artificio por primera vez en su vida! Pero por alguna extraña razón Jenny no había abierto la boca, cosa que resultaba muy excitante. Tampoco le había escrito para decirle que nunca volviera a la isla ni había pedido a Marjorie que transmitiera el mensaje.

Pero él no había podido verla, y lo que le sacaba de quicio era que Robert Morgan la hubiera visto en la calle, en las tiendas que recorría por encargo de su madre, y que hubiera aceptado una inocente invitación suya. Las deducciones que surgían de ese hecho irritaban a Jonathan. Quería enormemente a Robert, sentía por él un profundo afecto fraternal que nunca había sentido por su propio hermano y le fastidiaba en su orgullo y en la opinión que tenía de sí mismo que Harald, en aquella calurosa tarde de sábado, pensara cosas poco halagüeñas de su joven sustituto y de Jenny.

Si Jenny le había eludido antes, mucho más le eludía ahora. Jonathan había planeado su estrategia: se le aparecería en los jardines de la isla, donde ella estaba permanentemente trabajando, o dentro del castillo cuando se encontrara sola allí, y luego la obligaría a escucharle. Había pensado punto por punto en lo que tenía que decirle. Pero Jenny siempre le esquivaba, nunca podía echarle la vista encima. Jonathan no era un hombre paciente, había resuelto verla mañana mismo, o quizás en las últimas horas del día de hoy. Jamás le había fallado una mujer a la que cortejaba e incluso se había casado con la que no quiso casarse. No había dudado nunca, ni por un instante, de que llegaría a conquistar a Jenny. Ahora se daba cuenta de que la amaba como nunca había amado a ninguna otra mujer, y ahora, como surgido de la nada, aparecía este ingenuo de Robert Morgan, con su alegre atavío, y conseguía de Jenny lo que a todos los hombres resultaba imposible conseguir.

Sonó el teléfono y una voz femenina, fuerte y casi sin aliento, se introdujo en los oídos de Jonathan.

—¿Jon? ¡Jon! ¡Soy Prissy Witherby! ¡Oh, Jon, estoy muerta de miedo!

—No me extraña estando casada con Jonas —dijo Jonathan—. ¿Ocurre algo en especial, Prissy?

—¡Jon, ven en seguida, por favor! Ha salido a pasear como todos los días. ¡Pero de pronto no he podido soportarlo! ¡Voy a volverme loca!

Jonathan hubiera sonreído indulgentemente si fuera otra mujer la que le decía aquellas cosas, pero Priscilla Witherby, la exprostituta, tenía el sentido común y el realismo propios de su vocación, de modo que no era probable un ataque de histeria.

—¿En qué anda metido ahora, Prissy?

—¡No lo sé! Por eso tengo miedo, Jon. Pero hay algo, lo sé. Desde que vino del hospital se sienta solo, sonriendo, como una maldita araña satisfecha, tejiendo su tela, conspirando... ¡Oh, ya sé que debo parecerle exagerada, pero, tú conoces a Jonas!

—Lo conozco. Iré tan pronto como pueda, Prissy. ¿Cuánto tiempo se pasa fuera, paseando?

—Con este tiempo, de dos a tres horas. Jack lo lleva hasta el parque y anda dando vueltas por ahí. —La muchacha contuvo el aliento en un lastimero sollozo—. Hace quince minutos que se ha ido, tenemos bastante tiempo para hablar tranquilamente.

Después de terminar su conversación con Prissy, Jonathan pensó en Jonas Witherby, un mal hombre suave, sonriente, de voz amable, frases caritativas, mirada tierna. ¡Malditos sean estos tipos tan peligrosos! Jonathan recordó la esposa muerta, los hijos arruinados, todas las víctimas de su monstruosa corrupción. Jamás se había sabido que aquel hombre hablara, oyera o viera el mal, y había engañado a una pequeña ciudad en casi su totalidad hasta el punto de que llegaron a creer en su bondad, en su amabilidad y en una simpatía brotada del corazón. Si Jonas Witherby hubiera prestado testimonio ante un tribunal en contra o en favor de alguien, el juez habría creído inevitablemente en él, llevado por su afectuosa voz y la santidad de su expresión, y lo mismo hubiera ocurrido con el jurado.

Jonathan se preparaba para ir a casa de los Witherby cuando oyó la campanilla de la sala de espera. Hastiado, se dirigió hacia la puerta. Los sábados por la tarde no atendía el consultorio, salvo que se tratara de un caso de emergencia o una visita ya concertada.

Dos caballeros bien vestidos, de unos treinta años, a quienes Jonathan no conocía, le esperaban en la desierta sala de espera.

—Lo lamento —les dijo con brusquedad—. El doctor Morgan no está, y los sábados por la tarde no se atiende, a menos que hayan concertado visita.

Uno de los dos jóvenes habló. Era un hombre alto y agradable, con astutos ojos claros, espeso cabello rubio y rostro alegre.

—¿El doctor Ferrier? Gracias. Soy Bill Stokeley, de Scranton —dijo extendiendo su tarjeta a Jonathan, en la que éste leyó, WILLIAM SEBASTIAN STOKELEY, ABOGADO—. Y este otro caballero —siguió diciendo Stokeley— es el doctor Henderson Small,

también de Scranton.

—Bien. ¿En qué puedo servirles?

—Quisiéramos discutir sobre una expaciente suya, doctor —dijo el señor Stokeley— y pagarle por su visita. Creo que no le ha enviado ninguna factura.

—¿Cómo se llamaba?

—La señora Edna Beamish.

Jonathan trató de recordar. El nombre le resultaba familiar, pero no podía recordar a la paciente y sacudió la cabeza, los dos hombres se miraron entre sí con un gesto de satisfacción.

—Tal vez ustedes no lo sepan —dijo por fin— pero hace mucho que ejerzo la profesión en Hambleton. No sólo aquí, sino en las aldeas y los pueblos de los alrededores, e incluso recibo pacientes de Scranton y de Filadelfia. Mi sustituto, el doctor Morgan, ha venido atendiendo a la mayoría de ellos. Me he quedado aquí simplemente para ayudarle a establecerse antes de abandonar para siempre la ciudad.

—La señora Beamish vivía en Kensington Terraces cuando le visitó, doctor.

Jonathan volvió a sacudir la cabeza, luego fue hacia los archivos, retiró una tarjeta, la estudió y se echó a reír.

—Oh, Edna, sí, ahora la recuerdo. Estuvo aquí hace casi un mes. Una muchacha encantadora. No me permitió completar el examen y se puso un poco... turbada... Salió corriendo provocando toda una escena. Estaba completamente trastornada, pues descubrí que tenía un embarazo de por lo menos diez semanas, y como su esposo había muerto recientemente no podría conocer nunca a su hijo. No le envié la cuenta porque el examen fue incompleto —dijo mirando al abogado.

—He venido para pagar la cuenta —dijo el señor Stokeley—. Mi firma está encargada de la sucesión de su difunto marido, Ernest Beamish. Ella nos envía todas sus cuentas y nosotros las pagamos en su nombre. Es muy joven e inexperta y, por lo tanto, incapaz de manejar la herencia, más bien grande, que le dejó su esposo. Nos ha nombrado apoderados suyos. —Sonrió—. En realidad, actuamos como mandatarios suyos, de modo que cuando regresó a Scranton para quedarse a vivir allí, hace dos semanas, nos dijo que le había consultado y que usted no le había enviado factura.

—No se preocupen por la factura —dijo Jonathan—. Esperaba que la señora Beamish volviera para seguir examinándola, posiblemente para su atención prenatal y hasta el trabajo obstétrico, en manos de mi sustituto, como no volvió, no creo que ni ella ni ustedes estén obligados a pagar ninguna cuenta, y puede estar seguro que no le enviaré ninguna.

Miró con curiosidad a Henderson Small, un hombre bajo y delgado, muy moreno, grave e insignificante.

—¿Está atendiendo usted a la señora Beamish, doctor?

—La atendí —dijo el doctor Small con voz insignificante.



—¿También se escapó de su consultorio? —preguntó Jonathan sonriendo al notar que el doctor Small hablaba en tiempo pasado.

—La señora Beamish es... hum... una muchacha más bien difícil —interrumpió el señor Stokeley—. Me he encontrado con el doctor Small en el pueblo, hemos pensado que debíamos venir a verlo y pedirle su cuenta.

—No hay ninguna cuenta —dijo Jonathan, que ya se estaba irritando. La tarde era hermosa y calurosa, pensaba cabalgar hasta una de sus granjas y ver cómo andaba cierto potrillo que estaba dando muestras de poder convertirse en un excelente corredor—. Si eso es todo, caballeros...

—Cómo ya le he dicho, doctor, actuamos en representación de la señora Beamish —dijo con suavidad el señor Stokeley—. Necesita evidentemente un tratamiento continuado. El doctor Small no es ginecólogo. Es un cirujano general, ¡y por cierto no tiene nada de especialista en obstetricia! Le dijo a Edna que tenía muy poca experiencia en este campo... Creo que ésa es la nueva ciencia de los médicos que atienden partos, ¿no? Sin embargo, ella insistió en que la examinara, y el doctor descubrió una ligera... anormalidad. —El señor Stokeley mostró una sonrisa cordial—. La envió a un ginecólogo de Scranton, pero hasta ahora no ha seguido su consejo. Por cierto, ¿le encontró usted alguna anormalidad, doctor?

—Ninguna, al menos durante el examen pélvico —dijo Jonathan— que fue tan completo como pude hacerlo, considerando que la señora ofrecía resistencia, cosa no desacostumbrada en mujeres jóvenes que se encuentran en esas circunstancias. —Por primera vez advirtió que el doctor Small estaba tomando notas discretamente en una libretita negra—. ¿Qué es eso? —le preguntó.

—Nada más que referencias, doctor —dijo el señor Stokeley con expresión agradable—. Como ya le dije, hay una herencia considerable, y naturalmente... hum... un parto normal sería importante, ¿no le parece? Tenemos una gran responsabilidad con Edna, ahora bien, doctor, ¿tendría usted inconveniente alguno en decir exactamente cuál fue el resultado de su examen?

Eran casi las dos y llegar hasta su granja después de visitar a Prissy le llevaría casi una hora. Miró su reloj.

—No encontré ninguna anormalidad —dijo con creciente impaciencia, mirando al reservado doctor Small—. ¿Qué encontró usted?

—Ninguna anormalidad en la región pélvica —contestó el doctor Small— pero sí algo, aunque sin importancia, en el páncreas. Queríamos tener su opinión antes de enviar a la señora Beamish, insisto en que hay que enviarla, a un hombre competente en Scranton.

—No es necesario —dijo Jonathan, cada vez más impaciente—. Le encontré una preñez de diez semanas. Es una mujer joven, blanca, saludable, viuda, que no presenta historia de ninguna enfermedad anterior. Se quejó de un «dolor terrible» en

el cuadrante inferior derecho del abdomen, lo que dio como motivo para venir a verme en primer lugar. Esto generalmente ocurre durante la ovulación, es una cosa común. La examiné buscando un quiste ovárico y lo encontré todo normal. La examiné luego por una posible apendicitis crónica o intestino ciego, como lo llaman los profanos, tampoco había allí nada patológico. Intenté examinarla por una posible complicación renal, o...

—Pero en cuanto se refiere al examen pélvico, ¿no encontró ninguna anormalidad? —interrumpió el doctor Small.

—Ninguna. ¿No ha dicho usted que ésa era también su opinión, doctor?

El señor Stokeley miró al doctor Small en forma enigmática, poco amistosa, y éste se apresuró a hablar.

—No noté ninguna anormalidad natural, repito, natural.

A Jonathan le pareció muy ambiguo todo aquello, y miró fijamente al doctor Small.

—Generalmente no hablamos de «anormalidades» naturales, doctor. Hay una contradicción entre los términos.

—Y de semántica —dijo el doctor Small.

—Sí; entonces, ¿qué ha querido decir usted?

—¡Oh! —dijo el señor Stokeley— ¡no nos metamos en discusiones médicas, caballeros, en un día tan hermoso! Nuestro tren sale para Scranton dentro de media hora. —Extendió la mano hacia Jonathan y dijo con voz fuerte y enfática—: ¿De modo que usted no ha recibido cantidad alguna por su examen?

—Ya le he dicho que no. —El doctor Small anotó cuidadosamente.

El señor Stokeley hizo un gesto y sacudió la cabeza.

—¡Esta Edna! Siempre se queja de que no tiene dinero para gastos menudos. Permítame que le sea franco, doctor. ¡Afirmo que le pagó doscientos dólares por su examen! En efectivo, no en cheque, como habitualmente le insistimos en que haga.

—Si yo hubiera completado el examen como deseaba —dijo Jonathan echándose a reír— le hubiera enviado una cuenta por diez o quizá quince dólares. Me temo que nuestra pequeña Edna esté intentando un sablazo financiero contra usted. No me pagó ni un centavo, y no he enviado ninguna cuenta. Ahora, si me permiten...

—Gracias, doctor, gracias —dijo el señor Stokeley efusivamente—. Realmente voy a tener que castigar a nuestra Edna. Sí, lo voy a hacer. Siempre he sospechado algo de eso, buenos días, doctor.

Los dos hombres salieron y Jonathan vio que les esperaba un coche de la estación del ferrocarril. En su prisa olvidó el episodio de inmediato. Después de todo no era cosa desacostumbrada. Las señoras embarazadas y dueñas de mucho dinero siempre estaban comprensible y costosamente interesadas por su estado. Estaba a punto de dejar la tarjeta en el archivo cuando pensó que la señora Beamish no sería ya más

paciente suya ni de Robert Morgan, rompió la tarjeta y la tiró, le gustaba tener sus archivos al día y no guardar en ellos información inútil o muerta.

Salió silbando. Generalmente silbaba aquellos días. Casi había llegado a la calle cuando un mensajero uniformado se le acercó.

—¿Doctor Ferrier? —preguntó el chico, tocándose la gorra y entregando a Jonathan una carta cerrada, pero sin sellar.

Jonathan se fijó en la escritura del sobre, que le resultó desconocida. Algo le hizo pensar que se trataba de letra fingida, y no la verdadera del que había escrito el sobre. La abrió.

*¡Asesino! ¡Si no sale de esta buena ciudad por lo menos el 1.º de septiembre, lo sacaremos por la fuerza, lleno de alquitrán y emplumado! ¿Recuerda su efigie que fue colgada cerca del tribunal, cuando lo absolvieron ilegalmente de la muerte de su esposa? La próxima vez la soga estará enroscada en su cuello y no en el de una efigie. ¡Cuidado! ¡Sus crímenes son todos conocidos!*

Jonathan no podía creer lo que veía. Su primer impulso fue echarse a reír y destruir la carta, pues sólo un demente podía haberla escrito. Pero luego se sintió impresionado por la sensación de malignidad que brotaba de la letra, más que de la redacción, un profundo y terrible odio contra él, un odio personal. Había recibido centenares de cartas perversas no sólo de Hambledon, sino de Filadelfia y Pittsburgh, y hasta de Nueva York y Boston cuando lo absolvieron, pero después de su irritación inicial había terminado por reírse de ellas y destruirlas, olvidándose en seguida de todo. Un hombre sensato no presta ninguna atención a los perversos anónimos que andan por el mundo, porque si no procede así se vuelve loco. Pero aquella carta le llamó la atención como nunca le sucediera antes. La había enviado alguien de Hambledon, Jonathan volvió al consultorio y llamó a la oficina de mensajeros.

Contestó una voz de hombre, que, según le informó, habían tenido un día muy atareado, ya que muchísima gente había estado trayendo paquetes y cartas de todas clases, de las que no se guardaba ningún registro, salvo en aquellos casos en que se esperaba respuesta. El hombre recordaba haber enviado una carta al doctor Jonathan Ferrier, pero no sabía si había sido un hombre o una mujer quien había pagado el envío. Jonathan esperó y se imaginó el oído ávido de la telefonista de la Central. ¡Al demonio con esas muchachas! Siempre escuchaban sus conversaciones telefónicas. Tendría que quejarse. La joven voz masculina del otro lado de la línea estaba reflexionando, y volvió con una disculpa. Evidentemente, alguien había llevado la carta, pero no podía recordar quién era ese alguien. Jonathan colgó, volvió a su

archivo, abrió uno de los cajones y sacó una botella de *whisky*, de la que bebió una gran cantidad. Volvió a experimentar el deseo de matar con sus propias manos. Entonces recordó que había prometido ir a ver a Priscilla Witherby de inmediato. Volvió a poner la botella en su sitio, cerró el archivo con llave y abandonó la calurosa y silenciosa habitación.

Se dirigió al establo en busca de su caballo y habló distraídamente con el peón, que le observó alejarse. ¿Qué le pasaba al doctor Ferrier? Hacía mucho tiempo que no le veía con una expresión como aquélla. En Hambleton decían que era un hombre duro, y ahora el peón lo creía por primera vez.

Jonathan ató su caballo frente a la hermosa casa de ladrillo y estuco. Prissy salió a recibirlo, envuelta en su habitual perfume con el que siempre inundaba el ambiente que la rodeaba.

—¡Querido Jon! —gritó—. ¡Oh, querido, pensaba que me habrías olvidado! ¡No he dejado de mirar por la ventana ni un segundo! Ven a la sala, que es muy cómoda y fresca. Tengo tu *whisky* favorito, Jon, cada vez que te veo pareces más elegante, te lo juro. ¡Y nunca deberías usar otra ropa que la de equitación, con botas y el látigo! —Rompió en lágrimas—. ¡Jon, no puedo soportarlo más! ¡Ni un minuto, ni un solo minuto más!

Le echó los brazos al cuello poniéndose de puntillas y le besó fuertemente en los labios, después le abrazó muy fuerte y apretó la cara contra su cuello. Él la cogió por los brazos y la apartó con suavidad.

—Bueno, bueno, Prissy, ¿te ha puesto arsénico en el café ese viejo degenerado?

Prissy tenía treinta y dos años por lo menos. Había sido prostituta, muy alegre y cara, desde que tenía catorce. Era una mujer pequeña, aún para una época en que las mujeres pequeñas gozaban de las preferencias de la gente, era una perfecta miniatura de mujer, una figurita de porcelana hermosamente formada, siempre esbelta, limpia y perfumada, exquisitamente vestida a la última moda. Jonathan la apreciaba mucho. La había frecuentado como cliente antes de que Jonas se casara con ella, sin descubrir nunca en ella nada grosero o repelente, pero como decía Jonathan a menudo —opinión que era compartida por mucha gente— no había persona tan refinada como una prostituta que conociera su valía, se respetara a sí misma y gozara con su profesión. Prissy no había «sido obligada» a vender su cuerpo blanco y puro, como era el dicho corriente, sino que había elegido el oficio con toda deliberación y realismo, como se lo había confiado en repetidas oportunidades. ¡Es que le *gustaban* los hombres!

Prissy condujo a Jonathan a la sala, le acercó una silla y le invitó a sentarse, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. Le sirvió un vaso grande de bebida, vaciló, echó la cabeza hacia atrás, y luego se sirvió otra para ella, sentándose cerca de él y mirándolo dolorida.

—Vamos, Prissy, ¿qué te pasa? —le preguntó Jonathan después de tomar un buen trago—. Tengo una cita dentro de un rato.

—Tú conoces a Jonas —dijo Prissy limpiándose una lágrima con la punta de uno de sus rosados dedos—. Desde que volvió del hospital... Jon, nunca creíste que yo tratara de envenenarlo, ¿no es cierto?

—No, querida, pero muchas veces he tenido la esperanza de que lo hicieras.

—Bueno, lo cierto es que he pensado en ello —dijo Prissy ahogando una risa brusca—. Tú sabes bien de quién sospecharían primero, y sus buenas razones tendrían, con todo el dinero que tiene. No creo que me afligiera mucho si se cayera muerto, ¡pero es que va a vivir hasta los mil años, Jon! ¡Mil años! Es así de malo, sería capaz de vivir tan solo para mortificarme.

—Y para mortificar a otros también —agregó Jonathan.

—Bien —suspiró Prissy—. Sé que no vas a creerme, pero estoy segura de que Jonas estuvo envenenado de veras. Estoy segura de que se envenenó a sí mismo. Vamos, ríete de mí.

Jonathan sacudió la cabeza lentamente.

—No, querida, no voy a reírme, yo también lo creo. Lo que pasa es que el viejo demonio no tomó bastante veneno para matarse, pero sí lo suficiente para enfermar y conseguir que la gente haga preguntas sobre ti.

—Pero ¿por qué, Jon? —preguntó Prissy echándose a llorar de nuevo.

—Quiere que la gente recuerde la «enfermedad» que tuvo en el hospital. Oigo decir que habla constantemente de ella, para que nadie se olvide. Así, cuando se muera, se harán conjeturas muy desagradables. No podrán tener pruebas positivas contra ti... pero hablarán. Quizás haya pleito sobre su testamento y es posible que ya haya arreglado las cosas. Tal vez haya algo muy podrido sobre ti en ese testamento, no me sorprendería nada. Tal vez no te deje nada diciendo que siempre había «sospechado» que tratabas de matarle y que te salieron mal las cosas porque recibió una rápida atención médica. Para decirte la verdad, su ficha de ingreso dice que «mostraba todos los síntomas de envenenamiento». Pero como no vomitó en el hospital no pudimos tener muestras, y no pongas esa cara, Prissy. Sin embargo, ese querido viejecito inocente insistió en que no había comido nada que no hubieras comido tú y que seguramente sólo se trataba de una «indigestión aguda». Lloró cuando le interrogué. Yo no fui el médico que le dio entrada, pues estaba fuera cuando ingresó. Tal vez se aseguró también de eso, por temor de que yo fuera demasiado incisivo y cínico. Pero necesitaba un tipo que sospechara que detrás de todo aquello había veneno, y yo lo hice. No quería que le vieran doctores de éstos un poco ingenuos, que después no son buenos testigos. Manejó las cosas con suma habilidad. Nada de pruebas demasiado evidentes. Le vi cuarenta y ocho horas después de haber ingresado al hospital como caso urgente. Sufría claramente la

secuela del veneno, pero no se veía con claridad de qué veneno se trataba. Yo creo que era arsénico.

—¡Todavía sigo sin comprender, Jon, por qué habría de hacer tal cosa!

—Prissy querida, como todos esos «amantes hermanos» beatos, odia a la gente, no sé por qué. Existen algunos infernales recovecos en la psiquis humana que, aún a estas alturas, me dejan desconcertado. Podría ser que los «amantes hermanos» temen que se pueda descubrir su lujurioso odio y entonces los demás dejen de amarlos, ¡y aprecian demasiado la estima de sus congéneres! Se conocen bien a sí mismos y probablemente se odian en secreto. Su única defensa contra el horror de todo su propio ser consiste en ver reflejados en los ojos del prójimo la luz del amor y de la admiración hacia ellos. Todos tenemos nuestros métodos de defensa propia contra el mundo, y el «amante hermano» probablemente en mayor proporción que los demás, pues se trata de un alfeñique que no puede aceptarse tal como es y tiene miedo de que el mundo lo descubra y lo castigue, como debería. ¡Por Dios! Es una amenaza. El «amante hermano» no sólo es cruel, con una crueldad mayor que la de otros mentirosos menos inteligentes, sino que también le gusta ver sufrir a la gente, no se atreve a ser franco con los demás dándoles así ocasión de que sospechen de su ruindad, pues en ese caso le castigarían como se merece. Entonces se desliza entre sus semejantes como una víbora, haciendo sonidos de amor mientras clava los colmillos, que los demás no saben que son sólo los suyos.

Prissy había escuchado con las cejas fruncidas, y sacudió la cabeza.

—Todo eso me parece tan extraño, Jon. Siempre he sido decente con los demás, creía que serían decentes conmigo. Hasta que conocí a Jonas. Por qué tendrán que gozar los, ¿cómo los llamas?, «amantes hermanos» viendo sufrir a los demás.

—Porque son dementes, querida, absolutamente locos. Y malos, además, en algunos casos la maldad y la locura son una misma cosa. Seguramente conoces la historia de la mujer de Jonas, que se mató junto con sus desgraciados hijos. Ellos no le habían hecho ningún daño a Jonas, pero estaban al alcance de su mano para que él los hiciera objeto de su maldad. Decía que aquello era «reformarlos». Te habrás dado cuenta que los que odian a la humanidad son los que siempre tratan de reformarla. Quieren sentirse superiores a los demás y encima son malévolos hasta el fondo de sus corazones, ¿cómo los llamó Cristo en uno de sus momentos de violencia?: «¡Hipócritas, mentirosos, hijos del Diablo!». Así es Jonas y por eso quiere hacerte sufrir. No creo que tenga nada contra ti, en realidad, creo que te quiere a su modo pervertido y se siente muy bien contigo, pero te tiene al alcance de la mano, si puede hacerte completamente desgraciada, se sentirá contento y radiante como una rosa. Pienso que esta pequeña comedia con el arsénico no tuvo otro fin que asustarte, hacerte temer a todo el mundo y que toda la ciudad sospechara de ti. Algunos sospechan, y tú lo sabes. Te está hirviendo mentalmente, te mantiene estremecida de

terror. No sé cómo se las arregló para hacer eso con su primera esposa, pero lo hizo, y por eso se mató. Para huir de él, y sus hijos también huyeron de un modo u otro. Prissy, sé que no vas a seguir mi consejo, pero te lo daré. Haz las maletas y vete de aquí, a menos, por supuesto, que tengas la suficiente fuerza de voluntad para aparentar una gran serenidad y, además, seas capaz de hacerle un guiño de vez en cuando.

—¡Vamos, Jon! ¡He aguantado a ese viejo sinvergüenza más de tres años! ¿No crees que merezco algo después de que él reviente? Si lo dejara ahora, no recibiría nada, aunque confieso que algunas veces me siento inquieta. —Le lanzó una significativa sonrisa a través de sus lágrimas y él le palmeó la mano.

—Estoy seguro de que todavía tienes... amigos —le dijo— si sabes actuar con discreción.

—Oh, no podría, me vigila continuamente. Si salgo de compras, tengo que rendirle cuenta detallada de cada minuto, Jon, de lo que he comprado, y si los vendedores eran lentos o no. Cuenta el tiempo, Jack es quien me lleva y también le pide informes. Lo sé.

—No le interesa tu fidelidad, querida. Es su sistema para hacerte desgraciada. Estoy de acuerdo en que mereces algo por haberlo soportado tres años... y él probablemente viva para siempre. Tienes que terminar por decidir si vale la pena o no.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Prissy mirando por la ventana—. Ya está aquí, mirando tu caballo, ¡y sabe que es tuyo!

—Hagamos como si no supiéramos que ha vuelto —dijo Jonathan—. Será su primera desilusión: no encontrarnos revolcándonos en la cama. No es que le importe realmente o que sea capaz de revolcarse él también, sonriámosle dulcemente y luego déjanos solos. Tal vez pueda inculcarle el temor a Dios, aunque he podido advertir que los «amantes hermanos» no creen absolutamente en Dios.

El viejo Jonas Witherby entró en la casa ayudado aparatosamente por su cochero, que lo llevaba como si fuera extremadamente frágil, pero Jonas era vigoroso y fuerte, aun cuando permitía que su sirviente actuara como si no lo fuera. Entró radiante y rosado, con su sedoso cabello blanco, con sonrisa de santo y mirada feliz.

—¡Jon, muchacho! —dijo tendiéndole sus manos cálidas y suaves y tomando las de Jonathan, que estrechó con ternura—. ¡Qué alegría verte! Pero ¿es que Prissy está enferma? —preguntó mirando a su esposa con enorme preocupación y afecto.

—No, no lo está, ¿no estás contento? —dijo Jonathan—. Pasé por aquí y se me ocurrió entrar para ver cómo estaban, y por si tenían interés en darme un cheque para el nuevo hospital para tuberculosos que estamos proyectando.

Jonas cloqueó alegremente y agitó la cabeza como si Jonathan hubiera hecho una maravillosa broma que apreciaba en todo su valor, después se sentó lanzando un

suspiro de placer.

—¡Qué día tan maravilloso! —dijo—. Tan reparador para los huesos viejos. Prissy, amorcito, ¿querrás servirme un trago? Lo de siempre. Un poquito, muy poquito *whisky*, pero con bastante soda fresca. Veo que habéis celebrado mi ausencia.

—Sí, es cierto —dijo Jonathan—. Después de todo, ¿con qué frecuencia sale usted de casa?

Jonas se sobresaltó y fingió, repentinamente, vigilar a Priscilla.

—Amorcito —le dijo en un tono de voz tímido y reflexivo— ¿es ése el *whisky* que tú y Jon habéis bebido?

Priscilla levantó la vista alarmada y su hermoso rostro adquirió una expresión tensa. No notó que Jonathan sacudía la cabeza con reprobación.

—Sí —dijo, y le temblaba la mano mientras servía la bebida. Jonathan miraba con indiferencia.

—¿Sabe, Jonas? —dijo—. No le reprocharía a Prissy en lo más mínimo si le pusiera arsénico aunque... ¿cómo lo conseguiría?

El viejo estaba atento a la maniobra de servir el *whisky*, fingiendo sumo interés.

—¿Cómo? —preguntó.

—Ya me ha oído. Usted sabe que el arsénico no es fácil de conseguir, aunque se usa en los jardines contra los insectos. No el puro, naturalmente. Para conseguir el puro hay que comprarlo en una farmacia y firmar, así lo manda la ley. De modo que ¿cómo podría conseguirlo Prissy sin que sospecharan de ella? —Jon se sentó y dedicó una dulce sonrisa al viejo—. Tal vez usted pueda decírnoslo, Jonas.

La cara del viejo parecía angelical en su infantil desconcierto.

—¿Eh? ¿Otra de tus bromas, Jon? De mal gusto, realmente.

Jonathan se recostó en su silla y se puso a observar el techo.

—Naturalmente, se podría inventar el cuento de que se necesita para las ratas, o enviar alguien a buscarlo a otro pueblo, con nombre y dirección falsos. Prissy, ¿has conspirado con Jack, el jardinero-cochero?

—¡Jon! ¿Qué estás diciendo? —la pobre Priscilla, con la botella en la mano, miró a Jonathan con terror.

—Simplemente especulando, Prissy, soy un gran especulador. Además soy curioso. Jonas, ¿qué le parece?

—Yo no envenenaría ni a un gato —dijo Jonas con voz triste y temblorosa. Tomó su vaso de la mano de Priscilla haciendo una cortés inclinación de cabeza como agradecimiento—. Yo amo todo lo que vive.

—¡Oh, estoy seguro de que es así, tiene una reputación firme en ese sentido, Jonas! Prissy, ¿me sirves otra copa de esa misma botella, querida, y nos dejas solos un minuto? Todavía estoy preocupado por la salud de Jonas y quisiera hacerle unas cuantas preguntas.



Priscilla se había puesto muy pálida y Jonathan vio cómo le temblaban las manos. Cuando su mirada se cruzó con la de él, Jonathan le hizo un guiño muy pronunciado y por primera vez se dibujó en su boca una leve sonrisa. Los dedos de él rozaron los de ella al entregarle el vaso, y los apretó hábilmente. Luego, con un murmullo, Priscilla abandonó la habitación caminando con aquella gracia que le era característica. Jonas la miraba en forma tal que Jonathan advirtió su amplia y suave sonrisa, su aire de indulgente adoración.

—Mi querida muchacha —dijo Jonas—. ¡Cómo ha alegrado mis días y ha traído nueva vida a un cuerpo viejo e indefenso!

—Apuesto a que sí —dijo Jonathan—. Pero ¿qué recibe Prissy en pago?

—Mi todo —dijo Jonas en tono profundo—. Mi todo. Mi adoración, mi protección, y por fin mi dinero.

—Muy bien. Me encantan los matrimonios como éste, son tan escasos. Prissy será todavía joven cuando usted se haya juntado con sus antepasados, Jonas. Debería sentirse satisfecho de saber que ella podrá disfrutar de su dinero por muchísimo tiempo, aunque sin la alegría de contar con su presencia, naturalmente.

Una mirada oscura y desagradable brilló en los ojos del anciano, y Jonathan vio reflejado en ella su espíritu, traicionero y mentiroso, pero en seguida la ocultó tras un velo de benignidad.

—Ah, sí —suspiró—. Pensar en eso es una de mis mayores satisfacciones.

—Realmente le quiero —dijo Jonathan—. En un mundo tan ruin usted es una brillante luz de virtud, Jonas. Una luz de paz y buena voluntad para los hombres, inmaculada, tierna, confiada, generosa. Y sobre todo inocente. Ahora que estamos solos, Jonas, dígame una cosa. ¿Dónde consiguió el arsénico?

Jonas lo miró con una sonrisa cargada de odio.

—Por favor, Jon, no bromees con cosas tan serias.

—No estoy bromeando, se lo aseguro, Jonas. Deje por una vez de ser tan beato. Soy médico, ¿lo recuerda? No tengo más que hacer algunas averiguaciones aquí o en otras ciudades del Estado, y consigo en seguida la información que necesito. Me tomará un poco de tiempo, unas pocas descripciones y un poquito de presión, pero la conseguiré. ¿Me comprende?

—Claro, Jon —dijo sonriendo—. Si alguien compró algún arsénico en alguna parte...

—No fue Prissy. Ya he hablado de eso. ¿Qué pasa? ¿Se siente mal? —preguntó Jonathan levantándose con fingido gesto de alarma.

Jonas le hizo una seña con la mano, sacó de su bolsillo un pañuelo de hilo y se lo pasó por su cara blanda que había dejado de ser rosada.

—No, no me pasa nada, Jon, sólo un poco de insolación, supongo. —La respiración era ahora sinceramente ronca—. No sé de qué estás hablando, Jon. ¿A qué

viene todo eso del arsénico? Yo no fui envenenado.

—De modo que no. Sé que ocasionalmente menciona eso. Le tenemos registrado por indigestión aguda y con el hígado un poco afectado. Hice subrayar bien eso en su tarjeta —dijo sin dejar de sonreír—. A menos, naturalmente, que desee que se sepa que quiso envenenarse porque ya no podía soportar más la perversidad de este viejo mundo o algo parecido, y se tomó el arsénico en un ataque de noble desesperación.

—¡He pensado hacerlo! —La voz de Jonas sonaba trémula y llena de una musicalidad dolorida—. ¡He pensado hacerlo!

—Bueno, todos lo pensamos en alguna ocasión. Solamente los estúpidos no piensan nunca en el suicidio. Pero que no vuelva a ocurrírsele, Jonas, viejito querido. Trate de gozar de la vida.

Jonas estaba muy conmovido y miraba a Jonathan con gratitud.

—Querido muchacho, ¡qué consuelo eres para una pobre alma vieja!

—Claro que lo soy. No voy a mencionar una palabra de esta conversación, pobre amigo, a menos que sea absolutamente necesario, espero que no lo sea nunca.

—No sucederá, Jon, te doy mi palabra. Después de todo, no parecería muy apropiado que dijera que mi médico insinuó que me había envenenado, ¿no es así?

—Ah, para entonces ya tendría pruebas —dijo Jonathan con un gesto vivo—. Nombres, fechas, descripciones. ¿Se imagina cómo se reiría la gente?

Jonas bebía lenta y pensativamente.

—Jon —dijo limpiándose los labios— no creo que ames verdaderamente, ¿no es así?

—Puede estar seguro —dijo Jon afablemente.

Jonas lanzó un suspiro.

—He pasado mi vida entera dedicado a la humanidad, alimentando, ofreciendo, consolando...

—Bueno, puede hacerlo de nuevo. Envíeme cinco mil dólares por cheque, mañana, para ese hospital para tuberculosos que hemos proyectado.

Sus miradas se cruzaron: la de Jonathan divertida y dura, la del anciano, maligna.

—Cinco mil dólares —repitió Jonathan—. No lo extienda a mi nombre, sino al del Hospital de Hambledon para tuberculosos. ¡Vaya! ¡Pondremos una placa en el muro con su nombre, querido amigo! «Donación de Jonas Witherby, Fundador», en el lugar más visible, como es natural. Tal vez la hagamos con un bajorrelieve suyo, con esos hermosos rasgos patricios y su benévola sonrisa. ¿No le parece una hermosa idea?

Una lágrima humedeció los ojos de Jonas mientras reflexionaba, pero... la maldad que lo iluminaba no disminuyó. Hizo un gesto afirmativo.

—Mañana, Jon. Te doy mi palabra.

—Bueno, y que no se hable más de envenenamientos, ni siquiera por indirectas,

querido amigo.

Jonathan saludó amigablemente y abandonó la habitación. Al salir al vestíbulo se encontró con la asustada Prissy.

—No te preocupes, me parece que le he frenado —murmuró besándole la mejilla.

Después de marcharse Jon, Jonas subió a su dormitorio con paso elástico, pidió un número a la Central con voz amable y zalamera. A los pocos instantes otra voz le contestó.

—¿Kenton? Habla Jonas Witherby. ¿Cuándo podemos tener una breve charla?

La aprensiva Priscilla, que todavía no se sentía segura a pesar de lo que le había dicho Jonathan, y que aquellos días sospechaba de todo, había seguido discretamente a su marido. Cuando éste hubo cerrado la puerta de su dormitorio, acercó el oído y escuchó.

## Capítulo 24

Jonathan se dirigió rápidamente hacia su granja más cercana, en las afueras de la ciudad, que funcionaba ahora bajo la dirección del doctor Thomas Harper. En muy escasas ocasiones hablaba con su antiguo amigo, no por resentimiento, odio, ni desprecio, sino porque temía que si se mostraba amable, Tom volvería a sentirse abrumado por su propia culpa, y esto era algo extremadamente embarazoso para Jonathan, hasta el punto que le hacía sentirse irritado. Si un hombre se había portado como un canalla y un ingrato, debía sentir el arrepentimiento y el remordimiento en su corazón, y no porque se lo impusieran sus comunicaciones diarias, comunes, particularmente cuando se viera obligado a hablar con quien había sido víctima de su pasada maldad. Jonathan estaba firmemente convencido de que, si bien el arrepentimiento es teóricamente bueno, también puede tener una repercusión peligrosa para la víctima: que el agresor arrepentido, al ser humano y desear librarse de su doloroso estado mental, busque más razones para odiar a su víctima, lo que puede llevarle a hacerle más peligroso que antes. Jonathan deseaba verse libre tanto de la malignidad como del sentimentalismo.

Esperaba llegar a la granja y conversar con Thelma Harper y sus cuatro agradables hijos. Había conocido a Thelma cuando ésta era enfermera en Sta. Hilda, cuando él era estudiante de medicina principiante y su esposo era ya médico interno. Todavía no tenía categoría y era desairado por las enfermeras y apenas tolerado por los internos, pero Thelma había sido amable y maternal con él, aunque apenas le ganaba de cuatro años. Había sido también una excelente enfermera, y esto era más importante para Jonathan que cualquier otra cosa, en una época en que las enfermeras eran bestias de carga, explotadas y consideradas con desprecio en los hospitales en general.

Cuando Jonathan se acercaba al camino del río, se le aproximó un cochecito que venía dando tumbos y su caballo retrocedió fingiéndose asustado. Por un instante se detuvo cara al sol con Jonathan apoyado en los estribos sin descansar en la silla, el cochecito se detuvo bruscamente y apareció el joven rostro del padre McNulty atisbando en medio de la polvareda que lo rodeaba.

—¡Jon! —exclamó el sacerdote y, demostrando una ignorancia completa sobre la psicología equina, soltó las riendas y bajó de un salto del coche—. ¡Le he estado llamando! ¡Es Dios quien le envía para que aparezca en esa forma!

—¡Por Dios! —dijo Jonathan bajando de su cabalgadura. Luego corrió hacia el cochecito, tomó las riendas y las ató—. ¡Su caballo pudo desbocarse, condenado hombre de ciudad! Por suerte es una yegua mansa y yo no estoy montado en un potro.

Se quedó parado en medio del cálido polvo amarillento mirando al padre

McNulty sin mostrar ningún signo de alegría, pero el padre rebosaba evidente gratitud. Tomó a Jonathan del brazo y señaló el camino.

—¿Usted conoce a los McHenry?

—No, no los conozco, y además, no quiero conocerlos.

—Es el joven gerente de los Aserraderos de Hambleton. Es de Michigan.

—Muy bien. Espero que Prissy Witherby le pague un buen sueldo. Fue la prostituta del pueblo, como usted sabe, reformada por ahora. Tiene las mejores piernas de la comarca y de Nueva York. En cuanto a las demás cualidades, diremos como en el aviso: «*Una prueba lo convencerá*».

—Jon —dijo el sacerdote sonriendo— no trate de apabullarme. Se trata de la joven señora McHenry, a quien he visitado. Peter me llamó. Temo que la muchacha se esté volviendo loca. No he podido hacer nada por ella. Matilda es la muchacha más adorable que he conocido.

—¿Es que andan mal los ritos del exorcismo? ¿No tienen aplicación en este científico siglo veinte?

Se dirigió hacia su caballo y el clérigo volvió a tomarlo del brazo.

—Jon, he rezado para encontrarlo, le he estado llamando. Éste es un caso terrible y le necesito...

—No soy psiquiatra —dijo Jonathan—. No tengo experiencia en enfermedades mentales. Mándela a Filadelfia. Conozco al hombre apropiado.

—Usted hizo maravillas con el joven Champion.

—¿Qué? ¿Matilda trató de suicidarse? Y bien, ¿por qué se ha entrometido usted otra vez?

—Por favor, Jon. No, no trató de suicidarse, pero está lo suficientemente enloquecida como para pensarlo. Temo que esté perdiendo la razón y Peter está desesperado. Tienen una hijita deliciosa, Elinor. Es una tragedia.

—Le he dicho que no soy psiquiatra, por amor de Dios y, además, tampoco creo mucho en ellos. Voy a mi granja y si usted tiene la amabilidad de soltarme la manga, le estaré muy agradecido.

—Usted es el único que puede ayudarla —dijo el sacerdote.

Jonathan lo miró con incredulidad.

—¡También usted debe haber perdido la razón!

—Siempre he sentido afecto por usted, Jon, es usted muy compasivo.

Jonathan soltó una carcajada, sacudió la cabeza y se acercó a su caballo.

—Los clérigos tienen intuiciones —dijo el padre McNulty—. Por eso lo conozco a usted.

Jonathan puso el pie en el estribo y se volvió disgustado.

—He oído hablar de esas intuiciones, invariablemente fallan. El viejo padre McGuire, a quien usted reemplazó, estaba lleno de las más condenadas intuiciones

sobre mi padre y ni siquiera una de ellas llegó a ser nunca realidad. Tenemos que hablar sobre eso muy pronto. Además, si usted necesita un médico, ahí está mi sustituto Robert Morgan, que rebosa tanto amor y amabilidad que a veces me dan ganas de vomitar. Llámelo para que atienda a Matilda el lunes. En estos momentos anda por ahí cabalgando con MI DAMA. Espero que no estén dedicándose al pasatiempo más agradable de todos, el único que interesa.

—He rezado para encontrarle —dijo el cura con una voz tan llena de apremiante humildad que Jonathan se detuvo— y ha aparecido. Es la respuesta de Dios a mi plegaria. Usted no puede menospreciar esas cosas, Jon.

—Dios y yo nos fuimos cada uno por su lado cuando cumplí diecisiete años —dijo Jonathan— y uno de estos días también voy a hablar con usted sobre eso, le convertiré en un agnóstico.

Montó su caballo. El padre McNulty cogió una de las riendas y el caballo retrocedió, casi echándosele encima, Jonathan tuvo que volver a utilizar el látigo, al tiempo que lanzaba un juramento.

—¡Cristo! —exclamó—. ¡No conoce usted absolutamente nada sobre caballos! Es usted una amenaza pública. No debería guiar ese cochecito ni por un minuto.

—Conozco a la gente —dijo el clérigo con tímida resolución—. Le conozco a usted.

—No.

—Sí.

Jonathan lo miró con divertido asombro.

—Es usted un demonio persistente, ¿eh? ¿Qué dificultad tienen con su propio médico?

—Hace apenas dos meses que están aquí. Vinieron por la salud de Matilda. Por favor, Jon, no puedo esperar hasta el lunes por lo de Matilda y, además, dudo de que el joven doctor Morgan pueda ayudar a esa pobre muchacha. Sólo tiene que hablar con ella unos pocos minutos. Por favor.

—Están en buena situación, supongo.

—Moderadamente. ¿Qué...?

—¿Y sirvientes?

—Un cuidador, una criada y un jardinero. ¿Qué...?

—Tengo la perfecta cura para esa señora —dijo Jonathan— y no le va a costar nada al marido, pobre diablo. Haga que despida a los sirvientes, que se arremangue la falda y se la sujete con alfileres, que se ponga a fregar, limpiar, cocinar, lavar y planchar, y que atienda el jardín. Entonces le desaparecerán todos esos melindres de golpe, en una sola noche. No hay nada como el trabajo duro para curar una mente enferma.

—No siempre, Jon —dijo el sacerdote—. También está esa pobre muchachita,

Elinor. Piense el daño que todo eso le hace, pobre niña, que sólo tiene nueve años. — Sonrió a Jonathan en forma suplicante, pero también con astucia—. Me recuerda a la pequeña Martha Best.

—Eso es mentira y espero que lo reconozca —dijo Jonathan. Suspiró y miró el reloj—. Está bien, considerando que tendré que arrastrarlo detrás de mí si no voy. Haré una visita de cinco minutos a esa delicada y mimosa señora, eso es todo.

Con más habilidad que la que Jon hubiera esperado de él, el sacerdote hizo girar el coche en el angosto camino y arrancó en medio de una nube de polvo amarillo, seguido por Jonathan. El camino era ascendente y en el otro extremo, donde se ponía a nivel, había una vieja casa de campo restaurada, armoniosa y cálida, rodeada de árboles y sol, de césped, con un cerco de estacas y un bonito cantero de flores cerca de la puerta. Las cigarras chirriaban en el calor asfixiante, pero aparte de ellas no se oía ningún otro ruido ni se advertía la presencia de ningún ser humano. El lugar parecía abandonado.

—Ate su caballo a aquel árbol —dijo Jonathan—. Va bien que sea una yegua madura e inteligente, pues a estas alturas ya no tendría quien tirara de su coche. Es paciente con los tontos, según veo.

El sacerdote abrió la puerta ancha y vieja y entraron en un vestíbulo fresco, en penumbra, de piso lustroso y amueblado con una mesa de estilo español, con un espejo encima. El resto de los muebles, de estilo sobrio, expresaba la dignidad y buena crianza de los habitantes de la casa.

Al final del vestíbulo se veía una noble escalinata de madera muy oscura tan lustrosa y desnuda como los suelos. En aquel momento unos presurosos pasos bajaban por ella. Apareció un hombre joven, buen mozo, de aspecto español, de complexión y rasgos ibéricos, pero con la robustez rústica de los irlandeses, vestido solamente con pantalones y camisa blanca sin cuello. Su negra y espesa cabellera estaba completamente desordenada y cuando vio a los dos intrusos trató de arreglarla apresuradamente con las manos. A Jonathan le gustó de inmediato y le estrechó la mano cuando se lo presentaron como Peter McHenry.

—Dios contestó a mi plegaria como ves, Peter —dijo el sacerdote.

Jonathan guiñó el ojo a Peter, pero éste aprobó con la cabeza en señal de aceptación de las palabras del sacerdote.

—¿Dónde está Matilda? —preguntó el padre McNulty.

—La he convencido de que se acueste. Elinor también está descansando. —El joven se volvió a Jonathan—. Vinimos de Detroit a causa de la salud de Matilda en busca de un lugar más tranquilo cerca de la montaña, como usted ve, no es malo del todo en invierno. Ha sido muy amable al venir, doctor. Matilda no se ha sentido muy bien desde que Elinor cumplió dos años, de esto hace ya siete. Teníamos un médico en Detroit, pero estaba completamente desorientado.

—Es probable que a mí me pase lo mismo —dijo Jonathan—. Hay algunos médicos muy buenos en Detroit. ¿Qué le ocurre a su esposa?

El joven estaba tan ansioso y turbado que no invitó a sus visitantes a pasar a una de las habitaciones. Miró a Jonathan.

—Los médicos no pueden descubrirlo y eso es lo que resulta más desalentador. No es un mal físico, dicen, pero sin embargo tiene la presión alta, ¡a su edad! Tiene solamente veintiocho años, ¡por amor de Dios! Es una persona muy equilibrada, bien controlada, tranquila y divertida cuando quiere serlo. No puede dormir y parece estar perturbada la mayor parte del tiempo.

—También histérica, supongo.

—¿Matilda, histérica? —Peter McHenry soltó una risa corta—. ¡Nunca lo ha sido! Nunca, ni siquiera cuando se sentía más deprimida.

—¿Deprimida? ¿Y cuál es su principal molestia?

Peter vaciló.

—No creo que tenga ninguna. Nunca se queja de nada. Siente nostalgia, lo sé, y extraña a su familia, gente maravillosa, mejor que la mía, pero nunca lo menciona. Está acostumbrada a la ciudad, pero le encanta estar en el campo. A veces me mira como distraída, ¿comprende?, vacía, asustada, como si hubiera algo que no puede solucionar y que no sabe exactamente qué es.

«Probablemente esté aburrída», pensó Jonathan. Sentía lástima por Peter McHenry y desagrado por su esposa. Posiblemente fuera demasiado bueno para ella. Un hombre bueno e inteligente, con una esposa mimada y tonta.

—Quisiera ver a la señora McHenry —dijo— aunque debo advertirle que no soy psiquiatra, no tengo paciencia para soportar su abracadabra mágica, sus encantamientos vieneses ni a su gran sacerdote Freud, ciertamente existen... bueno... llamémosle perturbaciones mentales por el momento, pero he descubierto que casi invariablemente tienen una base física. Para decirlo con más claridad: un hombre, considerado hasta cierto momento como perfectamente cuerdo, puede volverse loco si lo enfurecen; y la mayoría de las personas pueden llegar a matar bajo los efectos de una provocación suficiente. Como usted ve, soy pragmático.

Peter le escuchaba muy serio.

—Y ahora —continuó diciendo Jonathan mientras miraba tristemente su reloj— veamos a la señora McHenry, quisiera conversar con ella a solas después que usted me la haya presentado.

Subieron en silencio la escalera y llegaron a un largo vestíbulo en el que daban seis puertas. Peter abrió una de ellas.

—Querida —dijo con el falso entusiasmo de quien quiere encubrir una aguda ansiedad— el padre McNulty ha traído a su amigo, el doctor Ferrier.

Las persianas estaban cerradas para proteger del sol la habitación, que estaba



parcialmente a oscuras. Jonathan advirtió una elegante combinación de muebles victorianos y españoles. Una joven delgada, ataviada con un amplio vestido, estaba echada sobre una *chaise longue* en una postura de total agotamiento. Pero levantó rápidamente la cabeza. Peter subió una de las persianas. La luz del exterior dio en el rostro de la mujer y Jonathan notó que Matilda McHenry se parecía asombrosamente a su madre cuando era joven. Tenía sus mismos ojos castaño claro, sus rasgos delicados, su suave cabellera negra, su boca sensitiva, su aspecto de inocencia pura y su recato para vestir. Tendió la mano a Jonathan y sonrió de la misma forma que lo hacía su madre, encantadora y un tanto reservada.

—No deberían haberle molestado, doctor —dijo sonriendo amorosamente a su esposo y al sacerdote—. Realmente, no me ocurre nada, salvo un gran cansancio, cosa que no sé a qué se debe. Hace años que me pasa lo mismo.

—No traigo mi maletín —dijo Jonathan— de modo que no puedo hacerle un verdadero examen físico —dijo mirando a los dos hombres—. Quisiera quedarme solo con la señora McHenry, por favor.

Cuando se hubieron retirado, acercó una silla y se acomodó cerca de la joven señora, mirándola atentamente. Estaba demasiado pálida. La clara piel morena no tenía color, ni tampoco los labios. ¿Anémica? Se inclinó sobre ella y le levantó los párpados delicadamente para examinar las membranas mucosas. No, no había anemia. Le tomó el pulso, que encontró demasiado rápido y errático, como si hubiera estado corriendo largo tiempo.

—No llevo el estetoscopio, de modo que voy a tener que recurrir al viejo método con el oído —repitió.

Ella asintió y entonces Jonathan aplicó el oído y la mejilla contra su pequeño y suave pecho, escuchando cuidadosamente. Los latidos eran los de un corazón sometido a la tensión, a la histeria.

Formuló unas cuantas preguntas rápidas, informándose así de que tenía poco apetito y de que dormía muy poco y con interrupciones. Todo la cansaba.

—Antes nunca me cansaba, hasta que Elinor tuvo dos años, doctor, y después... bueno, empecé a no poder manejar las cosas —dijo tratando de reír—. Parecía como si las cosas se me escaparan de las manos, y los actos que cualquiera realiza mecánicamente yo tengo que hacerlos conscientemente, como si fueran nuevos para mí y no supiera cómo hacerlos. Es muy difícil de explicar. Siempre fui muy competente cuando era muchacha. Jugaba al tenis, al croquet, al golf, nadaba; todo un marimacho, como decía mi padre. Jamás estaba enferma. Y aquí me tiene ahora: soy una carga para Peter y Elinor, me pongo a gritar por nada y lloro sin saber por qué.

Tenía una maravillosa voz baja, suave y clara, pero en aquellos momentos le temblaba cuando trataba de sonreír, como despreciándose a sí misma.

«Está acosada», pensó Jonathan, «pero ¿qué diablos es lo que la acosa?».

—¿Hay algo que la preocupe referente a su esposo? —le preguntó.

—Sólo que me he convertido en una carga para él —contestó con lágrimas en los ojos y bajando la cabeza, avergonzada de sus emociones.

—¿Y su hijita?

Ella levantó rápidamente la cabeza y el rostro se le iluminó.

—¡Oh, Elinor! Es un encanto, aunque tal vez demasiado. Yo puedo comprenderla, porque también soy así. Es muy reservada, más que yo cuando chica, pero ¡tan segura de sí misma, tan madura! Yo me sentía preocupada porque no hubiera niños aquí, pero a Elinor no le importa en absoluto. Asiste a una pequeña escuela privada de Hambleton, la escuela Santa Agatha, ¿la conoce usted, doctor?

—Sí, la conozco bien. —«Mis motivos tengo», pensó. «Di dos mil dólares cuando la fundaron»—. Es una escuela muy buena. Supongo que Elinor encontrará amigos allí.

—Bueno, no, no lo creo. Nunca los menciona. Las cosas que son importantes para otros chicos, no tienen importancia para Elinor. Asiste a una escuela de danza y no le gusta ni le disgusta. Prefiere jugar sola. Es una pequeña anciana, le digo a menudo a Peter.

Jonathan no hablaba, seguía mirándola atentamente.

—Cuando Elinor tenía unos dos años, pensé para mis adentros: tenemos una señorita muy extraña. Empezó a resistirse a los habituales abrazos y besos que las madres prodigan a sus hijos. Llegaba incluso a escaparse de Peter, aunque creo que le prefiere a mí. El trata de jugar con ella y Elinor algunas veces le complace. —Matilda rió débilmente—. ¡Pero lo hace sólo por complacerlo!, y después se va sola.

A Jonathan lo asaltó una idea, una idea sumamente desagradable.

—¿Y los maestros de Elinor?

La madre vaciló.

—Bueno, dicen que Elinor va muy adelantada para su edad. Una excelente alumna. Pero parece haberse atrasado algo el año pasado, demostró mucho menos interés por los libros. Los maestros no han notado el atraso, pues sólo hace dos meses que estamos aquí, pero yo lo he observado, aunque Peter no. Tal vez sea cosa de mi imaginación. —El rostro se le puso tenso, como si estuviera haciendo un esfuerzo desesperado.

—¿Está satisfecha la niña?

—Sí, por lo menos es saludable, aunque un poco delgada. Nunca ha estado enferma, ni siquiera ha padecido las enfermedades propias de los niños. ¿Satisfecha? ¡Nunca se me ha ocurrido pensarlo, pero creo que no! —Se sentó repentinamente y miró a Jonathan con creciente desconcierto—. No se trata de lo que hace o lo que dice. Parece... insatisfecha. A veces se sienta durante horas enteras y ni siquiera mueve un dedo.

—¿Se siente sola?

—Nunca. Ya se lo he dicho, es segura de sí misma, y eso desde que no era más que un bebé.

La idea desagradable seguía creciendo en la mente de Jonathan.

—¿Nunca habla de sus compañeros de escuela o de sus maestros?

—Sí, a veces. —Se notó en la voz de la señora una leve inquietud—. No se trata de que se queje o se lamente. Elinor no es muy habladora, doctor, pero he pensado, una o dos veces, que es injusta... para con los demás. Ella acusa... no, «acusa» es demasiado terminante, es una palabra muy fuerte... habla de los otros chicos o de los maestros como si no los quisiera, me da la impresión como si la hermana Mary Frances, su profesora de matemáticas, la estuviera persiguiendo. Por supuesto, eso es absurdo, los chicos tienen ideas raras. Raras... raras... —se repetía a sí misma Matilda con voz casi imperceptible—. Ha sido siempre una chica tan extraña. Hace apenas una semana dijo que: «papá la estaba vigilando y pensaba cosas malas de ella». Caramba ¡Peter adora a la niña y siempre se lo permite todo!

—¿Y su esposo no cree que la niña es extraña?

—No, en absoluto —dijo en tono enfático—. Lo insinué una vez, pero Peter dijo que es exactamente igual a su abuela, tranquila, retraída, reflexiva. Creo que hasta la admira.

—¿Y usted no?

La señora McHenry le miró por un instante con los ojos entrecerrados, como si la pregunta la hubiera alarmado. Finalmente sacudió la cabeza.

—Creo que no comprendo a Elinor. Tengo la sensación, que me parece sin sentido, de que no nos quiere. ¿No le parece ridículo?

Jonathan le tomó la delgada muñeca, el corazón latía furiosamente y el pecho bajaba y subía con violencia. La mujer le lanzó una mirada de desesperada súplica y él apartó la vista conmovido, lentamente fue soltando la mano.

—Si usted no se opone, quisiera ver a su hijita, señora McHenry —dijo.

—Oh, ¿lo haría? —dijo ella, y se le iluminó el rostro—. ¡Qué amable! Hay tan poca gente a la que le gusten los niños, aunque todos afirman afanosamente, que «aman a los niños». En realidad no los aman, no es más que una pose moderna y muy fastidiosa. Pero a usted le va a gustar Elinor, doctor. A la mayoría de las personas mayores les gusta.

—Probablemente porque no los fastidia con modales ruidosos o hablando en voz alta —dijo Jonathan sonriendo.

—Elinor nunca ha sido así. Nunca hemos sido demasiado severos con ella. No ha sido necesario, es muy obediente. —Se detuvo—. Y... ¿tengo yo algo grave, doctor?

—No, me parece que no. —Jonathan se levantó y miró las brillantes hojas verdes a través de la ventana—. Creo que no son más que sus emociones, cosa muy común.

Por lo que veo de momento es usted una joven perfectamente saludable, pero ésta no ha sido más que una revisión superficial. Supongo que es mejor que lo dejemos así por algún tiempo. Mientras tanto, veré a su hija. No, quédese descansando ahí.

—¡Qué amable es usted, doctor! A veces pienso que Elinor está preocupada por mí, aunque ella nunca lo diría. A esta hora ya debe haber terminado su siesta. Hace la siesta los sábados por la tarde porque la llevamos al pueblo más tarde para que se distraiga un poco. —Le hizo una atractiva sonrisa—. Por favor, dígame a Elinor que su madre está perfectamente bien. ¿Lo hará?

Jonathan salió al vestíbulo, en donde lo esperaban el sacerdote y Peter McHenry, y cerró la puerta.

—No he podido hacerle a su esposa un examen a fondo —dijo tranquilamente— por razones obvias. Pero no parece haber enfermedad física alguna, ateniéndome a sus propias palabras. Está sometida a una tensión de alguna clase, y creo que ni ella misma lo sabe. Pero ¿cuáles son las palabras que los psiquiatras están utilizando tan pródigamente en estos días? Ah, sí: «Sentimiento de inadaptación y de culpa». No, tampoco significa gran cosa para mí.

El violento carácter irlandés de Peter apareció pronto a la superficie.

—¿Matilda inadaptada? ¿Culpable? ¡Culpable! ¿Culpable de qué, por amor de Dios?

Jonathan levantó la mano con un gesto tranquilizador.

—Ha entendido usted mal. Son palabras psiquiátricas, bastante carentes de sentido en mi opinión. No explican realmente nada, pero es cierto que con mucha frecuencia la gente se carga con una tarea que le resulta demasiado pesada y no está a la altura de las exigencias, de las circunstancias, del ambiente que la rodea, o de su trabajo; se siente inferior a un hermano, a una hermana o a cualquier otra persona, entonces es «inadaptada». Creo que ésa es la explicación general. Lo extraño es que en nueve casos de cada diez se trata realmente de inadaptados y nada más, sin ninguna clase de misterio. Sólo necesitan consejos para que bajen un poco la vista y piensen en sí mismos con más consideración, que consigan un trabajo más fácil, que se arreglen mejor, que compren un sombrero con más frecuencia y, algunas veces, cosa bien simple, que ganen unos cuantos dólares en las carreras. Todos nosotros nos sentimos inadaptados con cierta frecuencia. Sólo cuando la cosa se hace crónica se vuelve perturbadora para las emociones. Entonces puede escapársenos de las manos y hacernos sentir enormemente desgraciados.

Peter escuchaba confuso.

—Pero eso no tiene nada que ver con Matilda.

—No. Bien, a veces hay un sentimiento más sutil de inadaptación, que no es reconocido en absoluto por el paciente. En cuanto a los sentimientos de culpa que he mencionado favoritos de los psiquiatras, ¿no nos sentimos todos culpables en

ocasiones? ¡Y a veces tenemos alguna condenada razón para sentirnos así! Podemos superarlo haciendo expiación en una forma u otra, o podemos odiar más que nunca a la persona a quien hemos perjudicado y convencernos de que si la dañamos o la tratamos injustamente, era porque realmente se lo merecía. Hay muchísimas formas de lavarse las manos, incluyendo la que utilizó Pilatos. Pero hay una clase de culpa más sutil que sufren con frecuencia las personas sensibles, inteligentes y amables, sin darse cuenta de que la están padeciendo. Hacen todo lo que pueden, con amor, amabilidad y fervor, por una persona o frente a una situación; y fracasan. Entonces, como son personas conscientes, creen que es culpa de ellos y eso los derrumba. Y ahora, ¿qué le pasa?

Hizo la pregunta al ver que el rostro de Peter se había oscurecido por la furia.

—¡No entiendo una sola palabra de toda esta jerigonza, señor! ¡Aprecio todo lo que Matilda hace, hasta cuando me dedica una sonrisa o me toca! Es todo lo que tengo en el mundo y significa mucho más que Elinor o que cualquier otra cosa. ¡No tiene ningún motivo para sentir que no la amo o la aprecio! ¿Qué le ha hecho pensar algo semejante?

—Nada en absoluto —dijo Jonathan sonriendo amablemente—. Sencillamente me había puesto didáctico, como los muchachos psiquiatras. Bueno, su esposa no padece ningún mal físico, pero está sometida a una tensión. Quisiera descubrir qué es. Quiero hablar con su hija, los chicos son mucho más perceptivos que los adultos —dijo Jonathan.

—Muy bien —dijo Peter, irritado y beligerante. Bajó al vestíbulo, golpeó una puerta y llamó a su hija.

La puerta se abrió al instante y apareció una niña delgada pero casi hermosa, con el pelo espeso y negro, la cara y los rasgos españoles de su padre, y el aire de elegancia de su madre.

—¿Qué quieres, papá? —preguntó.

Jonathan se acercó a la puerta del dormitorio de la niña, ella le miró con sus grandes ojos húmedos rodeados por espesas pestañas oscuras y él quedó helado. Había visto antes aquella mirada, extraña, inquietante, en los hospitales, pero jamás en un niño. Sintió frío aun en el calor del vestíbulo y le tendió la mano.

—Soy el doctor Ferrier, Elinor —dijo— y acabo de ver a tu madre, que no se encuentra bien. Me ha hablado de ti y le he dicho que me gustaría conocerte. Espero que a ti también te guste conocerme a mí.

Se sentía incómodo y el amor que sentía por los niños le hacía sentirse peor.

La niña le hizo una reverencia y habló con voz sumamente grave.

—Pobre mamá. Está enferma, ¿no es cierto? Lo he sabido todo el tiempo. Es por eso que está tan enfadada y algunas veces es mala y me dice cosas terribles.

—¡Elinor! —gritó Peter aturdido—. ¡Sabes que eso no es cierto!

Ella le echó una astuta mirada de reojo.

—¡Oh, papá! No lo hace cuando estás en casa.

—¡La niña lo imagina! —dijo Peter, agitado.

«Sí», pensó Jonathan. «Lo sé, amigo».

—Quisiera hablar a solas con Elinor, por favor.

—¡No si tiene que mentir de esta forma! —Peter se había puesto furioso—. Elinor, nunca has mentido así. ¿Qué te pasa hoy?

—Hace mucho calor, ¿no es cierto? —dijo la niña con su voz menuda, y se tocó la frente.

—Sabes que mamá nunca te ha dado un bofetón en su vida —siguió diciendo Peter.

—Me tomaría una limonada, papá.

—¡Elinor! ¡Contéstame! ¿Te ha pegado mamá alguna vez?

—Creo que iré abajo —dijo Elinor.

—¿No tienes vergüenza? —gritó Peter.

—¿Crees que debo cambiarme el vestido antes de ir al pueblo, o voy bien con éste, papá?

Peter estaba a punto de explotar, pero Jonathan lo tomó del brazo y lo condujo por el corredor. El hombre hervía.

—Espere. ¿Ha notado alguna vez que la niña hablara en esa forma, dejando de contestar preguntas directas, cualquiera que sea la frecuencia con que se las hagan?

La excitación disminuyó, pero los ojos de Peter, entrecerrados, lanzaban llamas, y respiraba afanosamente. Trató de controlarse.

—Sí, lo he notado —dijo al fin—. Varias veces, últimamente ha ido empeorando. Pero los chicos son así; yo trataba de eludir amenazas y castigos cuando era chico, evitando una contestación directa, y Elinor...

—Escúcheme —dijo Jonathan— y piense bien antes de contestar. ¿Es que Elinor sólo elude y evita contestar cuando teme haber hecho algo malo y sabe que pueden castigarla?

—¡Pero si nunca la castigamos! ¡No nos tiene miedo, por amor de Dios! ¿Por qué habría de tenerlo? —Jonathan se quedó silencioso y Peter se vio obligado a pensar, luego dijo con pocas ganas—: Sí, ha adquirido esa costumbre enloquecedora recientemente. He tratado de quitársela, pero ella sigue haciendo observaciones carentes de sentido, eludiendo el tema. Creo que le gusta hacer rabiar un poco, con la mayoría de los chicos pasa lo mismo.

«Pero no con ésta», pensó Jonathan. Miró hacia adelante y vio al padre McNulty hablando afectuosamente con Elinor. Al ver al padre McNulty, Jonathan sintió brotar una activa llamarada de odio. ¡Maldita situación en que le había metido aquel entrometido, en un día de verano tan hermoso!

—Muy bien —dijo Peter con gesto poco amistoso— puede hablar a solas con Elinor.

Jonathan vio la posibilidad de escapar del lío.

—Escúcheme bien, amigo —dijo—. Yo no quería venir a su casa, he sido traído a la fuerza por el cura McNulty, el benefactor del pueblo, que prácticamente me secuestró. Diga una sola palabra y me iré tranquilamente. Usted podrá llamar a otro médico. Lo preferiría.

Peter era astuto. Miró agudamente a Jonathan.

—¿Por qué? —preguntó.

—Quisiera que algún otro examinara a su hija, alguien más capacitado que yo.

—¿Mi hija? ¡Pero usted ha venido a ver a mi esposa! ¡Es mi esposa la que está enferma!

—No —dijo Jonathan—. Es su hija, lamento decírselo. Usted necesita un hombre más competente. Su esposa está sufriendo una mortal ansiedad e inadaptación de las que en su mayor parte no es consciente, pero las tiene profundamente hundidas en la mente y eso la está torturando. Sabe que algo anda mal, pero no sabe qué. No soy en absoluto la clase de médico que usted necesita para su hija, así que es mejor que me vaya.

—¡Ni siquiera ha examinado a Elinor y se atreve a dar un juicio tan terminante como ése!

El pobre padre estaba fuera de sí. Cerró el puño y se inclinó hacia Jonathan.

—¿Quiere que hable un poco con ella, a solas?

—¡Está bien, está bien! —gritó Peter señalando con su musculoso brazo a su hija—. ¡Y saldrá mostrando una sonrisa hasta las orejas!

—Así lo espero —contestó Jonathan.

Volvió a la habitación de la niña, le tomó la mano y le dijo con la voz especial que empleaba para hablar con los niños:

—Elinor, ¿quieres dedicarme unos pocos minutos de tu tiempo, querida?

—Tengo mucha sed —dijo ella.

—Sí, lo sé. No tardaremos más de uno o dos minutos. Seré breve.

La condujo a su dormitorio y cerró la puerta. La niña se acercó a una silla y se sentó con las manos sobre la falda y los tobillos cruzados. Miró a Jonathan sin la curiosidad normal y él se quedó de pie observando su cara inexpresiva y sus ojos inquietantes. Permaneció inmóvil durante varios minutos y los ojos de la niña no pestañearon ni cambió la tranquila expresión estática de su rostro.

—¿Quién te hace daño y habla cruelmente de ti, Elinor? —preguntó.

La expresión y la temible mirada no cambiaron, pero la niña había oído algo que la había puesto en contacto con su propia realidad amenazante.

—Todos —dijo—. No me gusta ir a la escuela porque la hermana y los otros

chicos murmuran, me señalan y hablan de mí. Algunas veces tengo ganas de pegarles.

Por primera vez los ojos se movieron, pestañearon y apareció en ellos un destello repentino y peculiar.

—¿Y eso te da miedo?

—No, no tengo miedo, doctor. Algunas veces creo que no estoy realmente allí...

—¿Algo así como un sueño?

—En el que todos están muertos.

—¿Eso te hace sentirte mal?

—¿Tiene usted alguna hijita, doctor? ¿Así como yo?

—Elinor, te estoy haciendo preguntas sobre la escuela y tus amigos.

—Quisiera volver a Detroit y ver a abuelita.

Jonathan se dio cuenta de que no podría derribar aquel muro de cristal, tal como ya había sospechado. Sin embargo lo intentó de nuevo.

—¿A qué te gusta jugar? —preguntó.

Volvió a verse de nuevo enfrentada con su realidad, sus ojos brillaron de inmediato.

—¡No saben que soy una princesa! —dijo—. ¡Una verdadera princesa! Soy hija adoptiva, ¡ellos me robaron a mis padres y les odio, les odio, les odio! —Golpeó el tocador sobre el que se apoyaba con una pasión que resultaba inhumana en alguien de tan corta edad.

Jonathan sabía que a los niños les gusta crearse fantasías para divertirse, pero aquella criatura no fantaseaba, creía lo que decía. Jonathan se inclinó, besó la pequeña cara espantosamente contraída y le acarició el hombro.

—Quédate quietecita, querida —le dijo, pero ella había vuelto a adoptar su inhumana mirada y no le vio marchar.

Jonathan se reunió con los otros dos hombres. Peter lo miró con odio y resentimiento, pero el padre McNulty, alarmado por su expresión, lo tomó del brazo.

—Vayamos abajo y sentémonos —dijo Jonathan apartándose, y empezó a bajar las escaleras seguido por los otros dos. Vio una habitación que parecía una salita y entró, lamentando de nuevo ser médico. ¿Cómo se le puede decir a un padre que su adorada hija única es una psicópata?

Entraron y el padre McNulty se sentó. Peter permaneció de pie en medio de la habitación, con gesto oscuramente burlón.

—¿Qué ha encontrado de malo en Elinor, doctor? He oído contar en el pueblo, antes de conocerle personalmente, que usted tiene un método para encontrar las dolencias misteriosas que tiene la gente, y se lo dice, haciéndoles morir de miedo. ¿Le ha dicho algo a Elinor? Si lo ha hecho... —Y cerró sus grandes puños.

—Cállese —le gritó Jonathan—. Le voy a decir de forma franca y brutal lo que



pasa. Su esposa no está enferma, pero su corazón está sometido a una tensión insoportable y probablemente ceda dentro de un año o dos. Entonces morirá o quedará inválida para el resto de su corta vida. La tensión es motivada por su hija. Ella misma me ha dicho que cuando Elinor tenía apenas dos años, ya notó que la chica era «extraña». ¿No se lo ha dicho nunca a usted?

Peter tenía un espantoso color amarillento.

—¿Matilda? ¿Tiene Matilda alguna enfermedad de corazón?

—Pero ¿es que no ha oído lo que le he dicho?

El hombre respiró ruidosamente y Jonathan pestañeó.

—Sí, le he oído —dijo por fin Peter—. Sí; Matilda me dijo que Elinor era «extraña», cuando apenas era un bebé. Yo me reí de ella, la niña es demasiado inteligente para su edad, pero es muy reservada, madura e imaginativa.

—¿Tanto como para contar historias fantásticas sobre quién es ella, o cosas por el estilo?

La cara de Peter se distendió en una sonrisa amable.

—Bueno, ya conoce usted a los niños. Una vez conté a mis propios padres que yo era Davy Crockett y que me iba al Oeste.

—Pero usted no lo creía realmente, ¿verdad?

—Claro que no, pero era una historia excitante.

—El problema está —dijo Jonathan— en que su hija se cree esas historias. Y ahí está la diferencia...

Peter pareció a punto de estallar de rabia y horror.

—¿Está tratando de decirme que mi hija está... está... loca...?

El padre McNulty se levantó y se colocó junto a Peter, mirando a Jonathan con miedo y pena.

—La definición —dijo éste— es *dementia praecox*, del tipo paranoico. En Viena han acuñado para eso una palabra nueva: esquizofrenia. Personalidad dividida.

Peter estaba endurecido por la rabia creciente y la impresión, y los ojos se le saltaban de las órbitas al mirar a Jonathan.

—Su esposa va a morir —dijo éste— a menos que se la libere de esta carga. Ella no sabe que es una carga e inconscientemente se culpa por no ser capaz de llegar a su hija con un amor y una atención normales. Ése es el sentimiento de culpa de que hemos estado hablando. Cada vez que veo a un hombre o una mujer que no tienen enfermedades físicas, pero que están sometidos a una tensión tan terrible, gente normal y simpática, buena gente..., dejo de fijarme en ellos. Busco a la persona que provoca esa turbación, y, al revés de Freud, no echo la culpa de todas las malditas cosas que suceden a la madre, o a una «niñez frustrada». A una persona que es esquizofrénica no se la puede abordar en la forma normal. En realidad, una persona normal no puede abordarla de ningún modo. ¡Pero su esposa está tratando de hacerlo

y Dios sabe cómo! Y no sirve de nada. La niña necesita atención especializada. Conozco un sanatorio privado en Filadelfia...

—Por favor, usted está loco —murmuró Peter, horrorizado ahora hasta del mismo Jonathan—. Usted ha perdido la razón. ¡Una niña psicópata!

—Su hija ya se está deteriorando mentalmente —dijo Jonathan con un tono frío y de completa indiferencia—. Su madre lo ha mencionado. ¿Quiere que pierda hasta la última esperanza de curarse? ¿Una pequeña esperanza, pero esperanza al fin?

—Está usted completamente loco —dijo en un susurro, pero de repente gritó—: ¡Váyase de mi casa en seguida!

Jonathan se levantó y se puso sus guantes de montar.

—Le he dicho que no soy psiquiatra —dijo—. Puedo estar completamente equivocado, aunque mucho me temo que no sea así. He visto muchos casos como éste en hospitales mentales, sanatorios, y puedo reconocerlos aunque otras formas de... insania... se me escapan completamente.

Dicho esto miró con amargura al padre McNulty.

—Sería mejor que usted se quedara un rato y hablara con estos padres... si puede. Y la próxima vez que crea que Dios ha contestado a sus plegarias, pídale que le sugiera a alguien que no sea yo. ¿Está claro?

—Jonathan —dijo el sacerdote.

Pero Jonathan dio la vuelta y abandonó la casa, se sentía descompuesto e impresionado, rabiosamente enojado con el sacerdote y contra su propia idiotez al haberse dejado embaucar. Montó sobre el caballo y miró a la desgraciada casa por última vez. Sí, estaba maldita. Se había adueñado de ella una fantasmal oscuridad que se estaba filtrando en los espíritus de dos personas normales y buenas, dos personas que no querían creer que tal cosa fuera posible. La verdad es que se trataba de algo muy difícil de aceptar, pero había que aceptarlo. Si no lo hacían, el resultado sería el desastre y la tragedia, pronto lo descubrirían, Dios mediante.

Las casas, reflexionaba Jonathan mientras seguía su camino, son misteriosos reflectores y cajas de resonancia. Si se aposenta en ellas el mal, se revela en la posición de los muebles, en las cortinas, en el aire mismo de las habitaciones, pero si lo que entra en ellas es el bien, entonces las habitaciones aparecen luminosas, los muebles son alegres, las cortinas hermosas y brillantes, no importa lo humilde que sean en realidad. La casa había sido buena para él hasta que entró en la habitación de Elinor. La presencia de aquella niña daba a la casa aquella sensación de aislamiento desde el principio.

No podía librarse de su sensación de desaliento y temor. Siempre había albergado dentro de sí un pensamiento caprichoso que era, por una parte, superstición reconocida y por otra, fantasía pura: «que los locos son, en cierto modo, seres malvados al margen del patetismo de su estado». Era estúpido, lo reconocía, pero

había visto muchas veces juntas la locura y la maldad y muy raramente la una sin la otra. El exorcismo era algo muy mal comprendido, y se rió con ganas de sí mismo. ¡Pero quizá los psiquiatras fueran realmente exorcistas, aun cuando conscientemente no se dieran cuenta de ello!

## Capítulo 25

Robert Morgan y Jenny Heger estaban sólo a medio kilómetro detrás de Jonathan. Robert se había encontrado con la muchacha en el pequeño muelle, a pesar de que le habría gustado ir a buscarla a la isla. Sin embargo, cuando llegó en su elegante coche nuevo ella ya le esperaba, sonriendo tímidamente y en silencio. Robert no entendía de vestidos femeninos, pero inmediatamente se dio cuenta de que el que llevaba la muchacha era nuevo. Se sentía sumamente complacido de que ella se hubiera molestado por él y se hubiera interesado tanto por su aspecto.

La hermosa cara de Jenny estaba quemada por el sol, lo que se consideraba un defecto enorme en una dama, pero no llevaba sombrilla, como era costumbre en una dama. El vivo color de sus mejillas y de sus labios la hacía aparecer más vivaz que lo habitual. Estaba «cubierta de rocío», como llamaba su madre a la transpiración, eufemismos que hacían reír a Robert, y tenía el labio superior desordenadamente perlado, así como la frente. Olía a jabón de lavanda. Cuando se dirigió al coche de Robert, sin hablar todavía, lo hizo como un hombre joven y elegante, seguro y libre, sin hacer los gestos que hacen otras muchachas. Apuntaló los pies firmemente aunque sin dureza y trepó al coche antes de que él pudiera ayudarla. Robert pensó que deseaba evitar su contacto, pero inmediatamente se dio cuenta de que actuaba con toda espontaneidad. Subió detrás de ella, tomó las riendas, sonrió mirando la profundidad y el brillo de sus ojos azules y volvió a advertir el candor total de su rostro y el hoyuelo en la blanca barbilla.

—He traído una buena merienda —dijo Robert—. Me lo han preparado en el hotel. Mi madre y yo todavía no nos hemos establecido en nuestra casa nueva, de modo que seguimos viviendo en el hotel. Esperamos mudarnos el lunes. Bueno, es una buena comida me parece: pollo frío con ensalada, pan con mantequilla, tarta de frutas, queso y una buena botella de vino blanco, con vasos. Espero que le guste.

—Sí —dijo Jenny.

Había aceptado con naturalidad el hecho de la comida, sin saber que son las damas quienes, por lo general, preparan las comidas para las meriendas. Había hablado por primera vez, pero por lo menos sonreía a Robert levemente, tímida y astuta, escudriñándole con la actitud franca de una chica honesta. Sin embargo Robert pensó con inquietud por qué habría aceptado ella aquella invitación suya. No encajaba con el carácter de Jenny Heger, la joven y atemorizada reclusa acerca de la cual se contaban historias tan espantosas en el pueblo. Siguieron paseando por el camino del río.

—Me alegra tanto que usted haya aceptado salir conmigo, señorita Jenny.

Permaneció silenciosa, miraba al río como si estuviera completamente sola. Robert la cubrió con la delgada manta del coche para protegerla del polvo y ella ni

siquiera se dio cuenta.

—El otro día encontré un lugar admirable cuando visitaba pacientes —siguió hablando Robert—. Muy hermoso, muy apartado y muy fresco, aun con esta temperatura. Además hay una buena vista del río.

—Está muy bien —dijo Jenny con su fuerte voz clara, y luego lo miró con su hermosa aunque incierta sonrisa—. Fue usted muy bueno al invitarme, doctor.

Robert vaciló y le sonrió con los ojos. Su bigote rojo dorado brillaba al sol.

—Fue un placer, señorita Jenny, pero espero que no sea exclusivamente mío.

Robert advirtió de inmediato que la muchacha no estaba acostumbrada a recibir gentilezas, pues reflexionó sobre su insinuación con divertida seriedad.

—A mí también me gusta —dijo—. Las únicas meriendas campestres a que he asistido han sido las de tía Marjorie, la señora Ferrier, ya sabe.

—Una señora encantadora —dijo Robert.

—Sí —asintió Jenny.

La conversación terminó súbitamente, para desengaño de Robert, pero para él era suficiente que Jenny estuviera a su lado, sintiendo en algunos momentos que su codo le rozaba la manga al rodar el coche por partes desniveladas del camino. Exhalaba frescura, juventud e inocencia. En aquel momento Robert se dio cuenta que había amado a aquella muchacha desde un principio, y se sintió profundamente conmovido. La peligrosa y repentina intensidad de sus emociones le impulsaban a buscar la calma. Querría haber sabido qué le gustaba a la misteriosa muchacha y qué la divertía, había oído decir que tenía una buena instrucción y que cuando contaba quince años su madre había contratado a un instructor que durante dos años había completado su educación. También se contaban cosas por el estilo en Hambleton. No obstante, Jenny no había visto nada del mundo. El único punto de referencia entre él, Robert Morgan y Jenny Heger era Jonathan Ferrier, pero por nada del mundo deseaba hablar de Jonathan.

Fue Jenny la que volvió a hablar, Robert vio que era ridículo y hasta doloroso que empezara ella, de modo que no le sorprendió que tartamudeara.

—¿Le gusta Hambleton, doctor?

—Sí, muchísimo. Podría haberme quedado en Filadelfia. Me ofrecieron también cargos importantes en Nueva York, Boston y otras ciudades, pero quería ir a un pueblo pequeño. No sé por qué, señorita Jenny, pero ahora me parece que lo sé.

Esperó que ella le pidiera una aclaración, pero no lo hizo.

—Nueva York, Boston, París, Londres, Viena, San Petersburgo... yo... a menudo pienso en esos lugares. Me gustaría visitarlos.

—Tal vez lo haga algún día.

Pensó con qué alegría llevaría a Jenny a aquellos lugares lejanos, las cosas que le enseñaría. Los explorarían juntos por primera vez.

—Sí —dijo Jenny sin ninguna convicción. Esperó unos instantes y luego, con dolorosa dificultad dijo—: De modo que usted va a quedarse aquí.

—Sí. (Maldito monosílabo).

—Y Jon... el doctor Ferrier..., ¿se va de veras?

—Sí. (Estaba cayendo en un juego sin salida).

—¿Pronto?

—Sí. (Por fin decía algo).

—¿A dónde? —preguntó Jenny.

A Robert lo sorprendió que ella se interesara por un hombre a quien repudiaba en forma tan evidente. Sin embargo, podía ser que estuviera deseando perderle de vista.

—No lo sé —dijo Robert. (¿Por qué no hablaban de él mismo, o, mejor aún, de su común futuro?)—. No creo, sin embargo, que vuelva a Hambleton, nunca más. Tengo la impresión de que su madre se irá con él pues dudo que vuelva a casarse. El pueblo le ha tratado muy mal, como usted sabe. —Sentía curiosidad por comprobar la reacción de la muchacha respecto al proceso por asesinato, pero ella no dijo nada. Entonces Robert continuó hablando—: Es inadmisibles que haya alguien que crea que Jonathan Ferrier mató a su esposa y... hum... a su hijo.

Jenny le miró con gravedad y sacudió la cabeza.

—Jon no lo hizo, doctor, no... pudo, estaba fuera cuando ocurrió. Naturalmente, una vez leí que cualquiera es capaz de hacer cualquier cosa, pero Jon no lo hizo, no lo hizo.

Robert quedó sorprendido ante aquella mezcla de sofisticación e ingenuidad.

—Me alegra oírle decir eso, señorita Jenny, pero usted y yo formamos una minoría en este pueblo, ¿no es así?

—Sí —dijo ella—. Nunca creí que Jon fuera tan cobarde.

—¿Cobarde?

—Sí, que huyera, debería quedarse y luchar.

—También yo pienso así, pero ¿cómo se puede luchar contra telarañas, y más si son venenosas?

—Yo lo hago.

Tenía el rostro excepcionalmente pálido y Robert pudo advertir cómo se le formaba una súbita blancura alrededor de la boca.

—Supongo que sí —dijo Robert con amargura.

Ella saltó impulsada por su propia sorpresa y luego, para mayor asombro de Robert, enrojeció de forma violenta.

—¿Qué quiere decir? —exigió.

—Las historias —contestó Robert.

—¿Sobre Jon? No las creo en absoluto —afirmó con vehemencia.

Robert comprendió claramente que Jenny no sabía nada de las historias que se

contaban sobre ella y se sintió tristemente conmovido, lleno de deseos de protegerla. Pero ¿por qué estaba tan ruborizada y tan desafiante?

—¿Habla Jon alguna vez de mí? —preguntó con un temblor en la voz.

—¿Jon? Pues, no. ¿Por qué habría de hacerlo?

—¡Oh! —Los colores desaparecieron y pareció aliviada.

—No le gusta hablar de sus parientes —dijo Robert.

—¡Yo no soy pariente suya! —dijo Jenny—. Su hermano es mi padrastro, pero Jon no es pariente mío. —Miró hacia el agua y agregó—: ¿No es hermosa? El sol sobre las velas, el color de las montañas y el agua... He visto tantos cuadros de lugares lejanos: el Rin, las laderas de Devon, el Sena, la Riviera y el Oriente, pero nada me parece tan hermoso como esto. Quiero pasar toda mi vida en mi isla.

Le miró con aquella conmovedora franqueza, tan suya.

—¿Sabe usted? —continuó—. Todo el mundo cree que papá construyó el castillo para mamá, pero lo construyó para mí. Era un secreto entre nosotros, para que mamá no se sintiera abandonada.

Robert no podía adivinar en qué dirección fluirían sus pensamientos, pero se sintió encantado cuando sonrió abiertamente y le permitió ver sus pequeños y brillantes dientes.

—Mamá y yo no teníamos secretos. Decía que los caballeros no aprecian la inteligencia en las damas y que el deber de éstas era hacerse las tontas para que ellos fueran felices. También decía que un hombre jamás perdona a una mujer que se haya casado con él. —Rió por primera vez con una risa que a él le pareció infantil y acariciadora—. Mamá engañó a papá, a Harald y a casi todos los demás haciéndoles creer que era una mujer cómoda y blanda, pero en realidad era muy aguda.

—Estoy seguro —dijo Robert— que a una mujer estúpida le hubiera resultado imposible tener una hija como usted.

Jenny se ruborizó y se apartó un poco, mirándole con suspicacia. Luego le brillaron los ojos de ansiedad.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Vamos, señorita Jenny: ¡qué es usted la mujer más hermosa que he visto en mi vida!

Hablaba con profunda sinceridad y Jenny lo observó muy atentamente durante varios minutos. Luego volvió a sonreír.

—¿Lo cree sinceramente? —preguntó, no por coquetería sino por un verdadero deseo de saber—. ¿Así como lo dicen los chicos: «*Me pongo la mano sobre el corazón y que se muera?*».

Robert levantó la mano enfundada en el guante amarillo e hizo una cruz sobre el corazón, con lo que Jenny se mostró sinceramente satisfecha.

—¿Por qué? —preguntó con perturbadora franqueza.

—¿No se ha mirado nunca en un espejo?

—Sí, naturalmente, soy muy poca cosa.

La miró sin creerla, pero volvió a ver que era completamente sincera.

—¿Quién se lo ha dicho, señorita Jenny?

—Pues... mi padre, y tenía toda la razón. Solían llamarme pájaro bobo en la escuela. Soy tan alta y delgada, tengo las manos y los pies grandes... y no sé llevar vestidos bonitos. No tengo gracia ni encanto. ¡No sé qué hacer conmigo!

Robert condujo el coche bajo la sombra de un gran olmo, sujetó las riendas, se volvió solemnemente hacia la muchacha y ella, instintivamente, se apartó un poco de él. Pero no la tocó.

—Jenny, quiero decirle que he visto muchas muchachas y mujeres hermosas en mi vida, en las grandes ciudades de todo el Este del país, y no hay ninguna que pueda compararse con usted. ¿Se ha preguntado en algún momento por qué deseaba que viniera hoy conmigo? ¿Cree acaso que es por mi corazón cristiano? —Sonrió mirándola a los ojos, que se iban agrandando—. Ha sido egoísmo. Quería estar con una mujer hermosa, con una gran dama, y usted lo es Jenny, una gran dama.

Jenny reflexionaba sobre cada una de las palabras que él pronunciaba, calibraba su sinceridad, su verdadero significado, y no encontró nada de malo. Le miró con leve incredulidad, se ajustó el sombrero, se alisó los guantes, se mordió el labio inferior, pero ni por un instante le quitó los ojos de encima.

—¿Nadie le ha dicho eso antes? —preguntó Robert.

—No. Es decir —dijo vacilante— dos veces, pero no me lo creí... y tampoco lo creo ahora. ¡Ah, sí!, tía Marjorie también me lo dijo, pero es muy amable y por eso no pude creerla. De veras, ¿no me encuentra usted repulsiva?

—¡Jenny!

Deseaba tomar a esta muchacha que todavía le parecía una niña en sus brazos y besarla apasionadamente, pero sabía que la asustaría y que se enfadaría. Estaba muy sensible y lleno de la agudeza del amor.

—¡Jenny, usted es tan repulsiva como una rosa, tan fea como un joven árbol verde, tan espantosa como una mariposa! ¿Es suficiente?

—Tal vez sea así para usted, y gracias —dijo sonriendo reticente.

Robert comprendió que le creía y se sentía eufórico.

—¿Quiénes fueron los dos que le dijeron lo que yo le he dicho con toda sinceridad? —preguntó al cabo de unos instantes.

Los ojos azules de Jenny se apartaron de él, y se posaron sobre la capa de polvo que le cubría las rodillas.

—No interesan. Uno fue Harald y el otro Jon.

—Bueno, Harald tiene que saberlo, es un artista, un pintor. Los pintores son muy sensibles a la belleza. Y Jon... bueno, creo que es un gran conocedor de las mujeres.



Lo dijo con delicadeza, pero comprendió que ella había captado la observación, pues asintió con la cabeza.

—Mavis ha sido la mujer más bonita que he visto en mi vida —dijo—. Era como la princesa de los cuentos de hadas que leí siendo chica: La Bella Durmiente, Cenicienta, Blanca Nieves. Era como todas ellas en una sola. Naturalmente, era mayor que yo, cuatro años. Era... deslumbrante. La gente siempre la miraba como hipnotizada. Yo me hubiera quedado horas contemplándola, pero ella nunca se estaba quieta.

—¿Se refiere usted a eso de jugar con las manos y la cabeza, así como hacen todas las mujeres ahora... excepto usted, Jenny? ¿Ese jugueteo que está de moda para resultar animadas?

Jenny contuvo la risa. Fue una verdadera risita contenida, que a él le pareció un sonido adorable.

—Parece como si tuvieran parálisis, ¿no? —dijo—. No, Mavis no era así. Pero no era tranquila, todo lo contrario. Se reía siempre, ruidosamente. ¡Era la única cosa fea que tenía, y yo pensaba cómo le arruinaba la apariencia, pero a otros parecía gustarles! —Sacudió la cabeza como si se sintiera maravillada—. Siempre hablaban de la risa de Mavis como de algo maravilloso. Tal vez yo fuera la única que estaba equivocada. No me gusta la gente ruidosa.

—¿Mavis era ruidosa?

—Bueno... sí, sé que es poco benévolo decirlo, pero es la verdad. Era ruidosa y le gustaba abrazar a todo el mundo. Siempre estaba abrazando a la gente y se reía con su risa tan ronca. —La voz de Jenny se elevó, saturada de sincera indignación—. Hacía eso con Jon cuando eran recién casados y yo sentía lástima por él, pues le hacía avergonzar, pero nadie parecía notarlo. Creo que Jon hacía que Mavis se sintiera disgustada.

—¿Es demasiado severo, tal vez?

—Nunca me lo pareció. —Volvió a mostrarse sorprendida—. En realidad, empezó a parecerme frívolo, superficial, poco profundo desde que Mavis... murió.

El poder que tenía de asombrarlo parecía no tener límites.

—¿Frívolo, Jon? A mí me parece muy amargado y he oído decir que era incluso áspero, pero yo estoy mejor informado. Es el hombre más desgraciado que he conocido en mi vida. Los hombres reservados como Jon siempre son desgraciados en el matrimonio, sólo Dios sabe por qué.

—Sí —dijo Jenny—. Fue un desastre para los dos.

Siguieron adelante y la brisa suave y cálida les barría el rostro. Hay personas que considerarían esto «chismes», pensó Robert Morgan. Pero Jenny era tan inocente ante cualquier acusación de ser chismosa como un niño recién nacido. Decía siempre lo que se le ocurría, sin malicia ni crueldad. Ahora Robert temía por ella, no tenía

ningún familiar en el mundo, ninguna protección, ningún muro que defendiera su vulnerabilidad. Su única defensa podría ser el matrimonio, y él estaba más que dispuesto a ofrecerle aquélla defensa.

—Jon está amargado porque sus amigos creen que él mató a Mavis —dijo Jenny—. A mí nadie me lo ha dicho, pero yo lo sé. Por otra parte, es ostentoso, si es que a usted no le gusta decir «superficial». No le gusta, ¿verdad? ¡Oh!, él nunca ha tenido miedo de nada, lo desprecia todo y ya era así antes de que Mavis muriera. Nunca toma a nadie en serio.

Por primera vez Robert cayó en la cuenta, con una sensación de desagrado, que la única conversación de aquel glorioso día había tenido como tema a Jonathan Ferrier. No podía recordar si había sido él quien había iniciado la conversación, pero de todos modos no le gustaba. Prefería charlar con Jenny sobre sí mismo y quería despertar su interés. Hasta el momento, ella no había demostrado sentir el menor interés por él, aunque por lo menos ahora hablaba y no se limitaba a decir «sí». Era una muestra de confianza y el corazón del joven volaba liviano como un pájaro.

Desgraciadamente, vio que por el angosto camino se les aproximaba una berlina en la que viajaban cuatro mujeres jóvenes. Acababan de doblar una curva y el aire estaba lleno del eco de sus alegres risas, sus chillidos y sus ruidosas voces juveniles. El caballo trotaba vivamente, los bordes de la berlina oscilaban y las muchachas agitaban sus sombreros. Robert guió prudentemente su caballo hacia la derecha del camino para permitir que el carruaje pasara con su preciosa carga, pero cuando estuvo a su lado, el conductor lo detuvo y Robert vio la cara rosada y con hoyuelos, el pelo castaño y los ojos brillantes de Maude Kitchener. Su boca era como un capullo de rosa, pero dejó de sonreír cuando vio a la compañera de Robert.

—Hola, doctor Morgan —gritó—. ¿Cómo se encuentra? ¡Ah! ¿Conoce a Betty Gibson, Susie Harris y Emiline Wilson? Chicas, éste es el doctor Morgan, el caballero de quien os he estado hablando...

Se detuvo y se sonrojó violentamente. Las muchachas se fijaron en Robert con animada curiosidad y le dedicaron sonrisas significativas. Era evidente, incluso para el joven, que Maude había explicado a sus amigas cosas muy confidenciales. Éstas, a su vez, admiraban sin recato su magnífica vestimenta y su cara, pero cuando miraban a Jenny aparecían feas muecas en sus jóvenes bocas, cosa que Robert también notó. Se había quitado el sombrero que descansaba sobre sus rodillas.

—¿Han tenido un viaje agradable, señoritas?

—Hemos estado almorzando en casa del tío de Emiline —contestó Maude con una voz queda y mirando a Jenny con animosidad—. ¿Cómo está usted, Jenny?

Jenny había vuelto a ponerse rígida y distante.

—Muy bien, gracias —contestó tartamudeando de nuevo. Las otras muchachas no le dirigieron la palabra. Desviaron la mirada y se pusieron a charlar animadamente

con el joven doctor, del que tanto habían oído hablar, particularmente a Maude, quien apenas había dejado de nombrarlo durante todo el almuerzo. No sabían si sentirse apenadas o contentas de que el joven, que según Maude ya estaba: «*Atrapado y prácticamente a punto de declararse*», hubiera preferido a aquella inexplicable Jenny Heger que a Maude Kitchener, al menos por un día. Pero todo el mundo conocía a aquella buscona y los hombres son hombres, aun cuando se tratara de un joven tan elegante y simpático como aquél.

Robert no era tan obtuso como para no darse cuenta del desprecio inferido a Jenny. Así pues, se puso el sombrero, tiró de las riendas y se despidió de las muchachas, y fue también el primero en echar a andar el coche. La berlina se puso en movimiento detrás de ellos pero con menos vigor, cosa que le hizo sentirse satisfecho. La única chica simpática había sido Maude Kitchener y sintió afecto por ella. ¡Mujeres!

—¡Realmente, esa criatura! —dijo Emiline Wilson—. ¿Qué puede haber visto en ella?

—¡Adivina! —dijo Susie Harris con una risita traviesa.

—No seas libertina, Susie —dijo Betty Gibson dándole una palmadita en el hombro.

—Si él tuviera el menor interés por ella —dijo Emiline con un tono significativo— le diría todo lo que sé, sí que lo haría. Es una desgracia. Probablemente el doctor cree que es respetable. Pobre hombre.

—Hace poco que está aquí —dijo Maude, y añadió—: ¡Pero claro que Jenny es respetable! No debéis ser tan perversas. Sabéis tan bien como yo que lo que la gente dice de Jenny es todo mentira. Hemos ido a la escuela con ella. Si... el doctor Morgan la quiere, no hay de qué asombrarse, es muy hermosa.

Las muchachas gritaron: «¡No!», a coro, y Maude se sintió complacida.

—La gente de este pueblo es muy estúpida —dijo Emiline—. No creo que nadie haya invitado al doctor Morgan a cenar, excepto los Ferriers. ¿Le habéis invitado?

Todas menos Maude contestaron negativamente. Sabía que sus padres habían invitado a Robert en numerosas ocasiones, pero él tenía trabajo en el hospital, atendía llamadas domiciliarias, o tenía otras ocupaciones. Había prometido a los Kitchener que cenaría con ellos el lunes siguiente y había expresado su gratitud a la señora Kitchener.

—Ha estado muy ocupado —dijo entonces Maude— pero va a cenar en mi casa el lunes.

Las muchachas demostraron a Maude su alegre envidia y volvieron a reír. Pero Maude recordaba la forma como Robert miraba a Jenny antes de separarse de ellas y tenía deseos de echarse a llorar.

Robert encontró el sitio prometido pocos minutos más tarde. Hizo subir su coche por un caminito lateral muy ondulante que de repente se empinaba. Allá arriba, había unas ondulaciones llenas de hierba con un gigantesco roble en el centro, aquí y allí crecían descuidados arbustos y detrás de éstos se extendía una pradera solitaria. Frente a ellos el río brillaba con destellos azules y las montañas se elevaban sobre él como una barrera verde. Robert tendió la mano a Jenny y esta vez ella la aceptó para bajar. Era el primer contacto, y Robert sintió como si le golpeará un rayo. Se puso muy pálido y pasaron unos instantes antes de que pudiera ayudar a Jenny a posarse sobre el escalón y bajarla luego al suelo donde ella se alisó la falda blanca con las manos enguantadas, mirando a su alrededor, con tímido placer.

—¿Le gusta, Jenny? —preguntó él.

—Oh, es maravilloso —contestó.

Jenny se quitó el sombrero y su cabellera, sujeta apresuradamente con horquillas como de costumbre, comenzó a caerle sobre la cara, renovó sus esfuerzos por mantener el peinado alto, pero todo fue inútil. Se encogió de hombros y dejó que el pelo le cayera sobre los hombros y la espalda.

Después empezó a reír, aunque un tanto contenida, mientras ayudaba a Robert a sujetar el mantel a cuadros sobre la hierba, pues corría la brisa debajo del árbol. Corrió de un lado a otro buscando piedras para fijarlo y regresó, alegre, con las manos llenas. Mostró un activo interés por la comida y dispuso platos y cubiertos, repasando los vasos con una servilleta. Después se sentó, dobló las piernas al estilo árabe, y volvió a reír con gusto.

—Qué divertidas son las meriendas —exclamó—. Mamá y yo solíamos hacer muchas antes de que se... casara con Harald. Yo no era más que una niña. Las hacíamos en la isla, naturalmente. Nos contábamos montones de secretos, los árboles eran enormes y los canteros de rosas increíbles. Los canteros de rosas... —al decir esto cambió de expresión y dejó de reír.

—Son hermosos esos jardines —dijo Robert.

Como anfitrión, llenó el plato de Jenny. Ella miró sin ver la enorme cantidad de comida que Robert le servía. Luego abrió la botella de vino y sirvió el líquido color oro pálido en los vasos.

—¿Qué? —dijo Jenny volviendo sobresaltada a la realidad.

—¿Qué? ¡Ah!, decía que sus canteros de rosas son muy hermosos.

Jenny cogió un muslo de pollo, lo miró con mirada ausente y empezó a comer. Pareció cambiar de ánimo, pues sus mejillas se colorearon nuevamente. La mata de cabello negro le caía sobre las orejas y sus pestañas proyectaban una sombra dentada sobre el color rosa de las mejillas. Robert apenas podía comer, abstraído por el encanto que emanaba de ella, la había amado desde un principio por su belleza y por su inocencia. Ahora la amaba, además, por lo que había logrado entrever y por su

sencillez. Levantó el vaso y los ojos azules de Jenny siguieron su movimiento.

—Por usted, Jenny querida —brindó.

Ella levantó de inmediato su vaso y le sonrió.

—Por usted, doctor.

Hubiera deseado que Jenny mostrara un poco de coquetería y lo llamara por su nombre, pero aun no siendo así, estaba contento. Al principio no se le había ocurrido pensar que ella le correspondiera como lo hacía, ni que se sentiría tan infantilmente feliz en la merienda. Miraba al río, que no llegaba a ser tan azul como los ojos de Jenny, percibía el olor de los pinos, aromático y excitante. De la hierba emanaba una cálida fragancia más agradable que cualquier perfume artificial, y Jenny formaba parte de todo aquello. Estaba a solas con él en aquel brillante silencio. No había nadie más.

—Oh, es delicioso —dijo bebiendo ansiosamente el vino—. Por lo general no me gusta, pero éste sí. ¿Es vino francés?

Robert le pasó la botella para que viera la etiqueta y se sintió complacido por la impresión que le produjo.

—¡Uy, es de 1890! —exclamó Jenny—. Tiene once años. ¡Cuánto tiempo!

—Para usted, tal vez. Entonces tenía solamente nueve años, ¿no es así, Jenny? Yo era mucho mayor.

—Usted es muy joven —dijo Jenny, y él no supo si sentirse halagado o no—. Usted cree que el mundo es bueno, ¿verdad? ¿Recuerda lo que dijo Maquiavelo? «*El hombre de mérito que conoce el mundo al pasar el tiempo, se siente menos satisfecho por lo bueno, y menos agraviado por lo malo*».

Robert reflexionó y luego asintió con un movimiento de cabeza.

—¿No cree usted también que el mundo es bueno?

—No, de veras que no. La gente cree que soy tonta e ignorante, pero se equivoca. Escucho, veo, pienso, leo. Paseo sola. Nunca me siento sola. Miro los pájaros. Nada me sorprende demasiado.

Sin saber por qué Robert pensó en Jonathan Ferrier. El pensamiento pareció salir de la nada y se sobresaltó.

—Solamente un idiota podría creerla tonta e ignorante, Jenny.

Ella volvió a mostrar su sonrisa sutil y divertida.

—En este mundo hay que hablar continuamente. Hay que hacer las cosas con precipitación, ir y venir rápidamente de un sitio para otro, o hacer algo supuestamente importante para que te consideren inteligente y sofisticado. Pero si tú te sientes satisfecho tal como eres y no te gusta la confusión, si estás contento con tus propios pensamientos y con tu trabajo, entonces dicen que estás loco o que no quieres a tus semejantes, incluso que eres anticristiano. —Se echó el cabello hacia atrás—. Olvidan, o no han sabido nunca, lo que Shakespeare dijo: «... y así vamos madurando

*de hora en hora, y luego, de hora en hora, nos vamos pudriendo*». Si dedicaran un pequeño pensamiento a esta frase dejarían sus prisas porque no son más que una nada que no va a ningún lado y tratan patéticamente de ser alguien yendo a alguna parte. Hay poca gente que sea «alguien».

Robert no la habría creído capaz de hacer una frase tan larga, pero al ver su rubor y el vaso vacío se dio cuenta de que el vino había barrido su timidez y que Jenny se había sincerado con él. Volvió a llenarle el vaso y ella le miró con placer.

—En cuanto a mí —continuó— me siento contenta de no ser nadie, de no ir a ninguna parte, eso es lo que tiene de bueno no ser nadie, no sientes que tengas que ir a ninguna parte... y no hay verdaderamente ninguna parte.

Cambió de expresión y miró el vaso de vino poseída de una repentina melancolía.

—Ninguna parte —repetía—. Ninguna parte en absoluto.

—Oh, vamos, Jenny. Usted es joven y tiene toda una vida por delante.

—No —replicó—. Creo que el mundo se me ofreció una vez, cuando tenía dieciséis años. Fue cosa de tres minutos. Tres minutos enteros. Y después volvió a escapármese. Eso fue todo. Y nunca volverá a ocurrir.

—Cuénteme —pidió Robert, ansioso por conocer algo más de aquella enigmática muchacha.

—No hay nada que contar. Todo fue producto de mi imaginación —dijo ella sacudiendo la cabeza.

Apartó el plato que tenía sobre, sus rodillas y bebió rápidamente el vino. En una mujer más mundana aquél habría sido un gesto teatral para producir efecto, pero en Jenny era una rápida desesperación, sin razón aparente, Robert volvió a acordarse de Jonathan Ferrier.

—Jenny —preguntó—. ¿Por qué no se va por un tiempo para ver un poco de mundo?

—No puedo, doctor. No podría abandonar mi isla. Pero si alguna vez Harald se va para siempre, cosa que no hará, entonces yo podría dejarla por algún tiempo.

Aquello le sonó extraño a Robert y frunció el ceño.

—¿Sabe? —explico Jenny afanosa—. No podría dejarle la isla para él solo. ¿Cree que podría?

—¿Por qué no?

—Pues... porque cuando regresara, ya no sería lo mismo para mí.

Robert estaba desconcertado.

—Un día, cuando se case, dejaré la isla y no volveré, salvo para hacer alguna visita corta.

—No. Nunca dejaré la isla y nunca me casaré.

Una tenue sombra cubrió el universo de Robert y ya nada brilló como antes.

—Cambiaré de idea, Jenny, cuando encuentre a alguien que la ame.

Con horror y tristeza vio que a Jenny se le llenaban los ojos de lágrimas. La muchacha sacudió la cabeza y dejó su vaso vacío sobre el mantel.

—¿Nadie le ha hablado... bueno... de amor, Jenny?

Ella se limitó a sacudir la cabeza de izquierda a derecha.

Robert hubiera querido decirle: «Te amo, Jenny, mi dulce Jenny», pero sabía que era demasiado prematuro. No solamente la alarmaría, haciéndola huir, sino que la sumiría de nuevo en el silencio. Había otra persona parecida a quien él conocía bien: Jonathan Ferrier. La menor demostración de amistad o de interés personal que le hiciera cualquier persona provocaba en él una fría observación o un aforismo obsceno. Rechazaba los contactos íntimos tanto como Jenny los temía, y también los rechazaría. A Robert no le gustaba nada aquella semejanza.

—¿Qué es lo que más le gusta leer, Jenny? —dijo cambiando de tema.

Jenny ya se había tragado sus lágrimas involuntarias.

—Poesía —contestó—. Me gusta Homero en griego, y especialmente Ovidio en latín.

Robert estaba impresionado. Cualquier otra mujer que hubiera confesado aquello le habría hecho ponerse en guardia, pero en Jenny era completamente natural. Formaba parte de ella.

—Se pierde mucho de la esencia en la traducción —continuó—. ¿No le parece?

—Tengo que confesar que mi latín no pasa del que utilizo en medicina —dijo Robert.

De repente Jenny se echó a reír. Miró a su alrededor con aquella fresca inocencia que él encontraba tan conmovedora y adorable. Jenny se quedó contemplando el agua.

—¿Le gustó la merienda de tía Marjorie el Cuatro de Julio? —preguntó.

—Muchísimo. Es una señora deliciosa.

—El discurso fue ridículo —afirmó Jenny.

—Sí. No le presté demasiada atención, Jon y el padre McNulty lo consideraron «ominoso». Yo creo que todos los políticos son «ominosos».

Jenny había tomado una larga brizna de hierba y la retorció entre los dedos. Tenía la cabeza inclinada y Robert no podía verle la cara.

—¿No será muy pesado para usted hacerse cargo de todos los pacientes cuando Jon se haya ido? —preguntó—. He oído decir que tiene numerosa clientela.

—Espero hacerlo lo mejor que pueda —dijo sin poder evitar que la voz le saliera dura.

—Sí —confirmó Jenny. Arrolló la brizna de hierba en los dedos y le dio un tirón.

—Va a volver de vez en cuando para ayudarme, si puede.

Jenny levantó la vista con tanta violencia que le desconcertó.

—¿Se lo ha prometido?

—No, no lo ha hecho. Dijo que cuando se fuera de aquí habría terminado con el pueblo para siempre y con toda la gente.

—¿Pero usted tiene el presentimiento de que volverá alguna vez?

—No, yo no, Jenny. ¿Por qué?, si no ha abandonado el pueblo, sino al revés. Por cierto, sin ninguna razón buena ni valedera.

—¿Ha dicho... recientemente... que nunca volvería?

—Esta misma mañana.

Jenny respiró profundamente y Robert lo advirtió.

—Pero aquí tiene casas y granjas.

—He oído decir que anda buscando comprador para todas las granjas, menos una. En realidad la casa pertenece a su madre. No, no volverá. Se irá antes del primero de septiembre, según me dijo hace pocos días.

—Cuatro semanas —dijo Jenny.

—Sí.

Estaba aburrido y extrañamente fastidiado por la conversación. Se dejó caer sobre la hierba con los brazos doblados debajo de la cabeza.

—Además, puede ser que se lleve a alguien con él —dijo sin saber por qué—. Hay una señora que le llama por lo menos una vez por semana y él parece muy contento de escucharla. Sé que no es una paciente, emplea su voz «personal» cuando habla con ella.

Jenny inclinó su cabeza sobre él y el cielo se le borró de golpe.

—¿Una mujer? —preguntó con una profunda sombra sobre la cara—. ¿Una mujer le llama?

—Sí. No sé quién es, Jenny. La llama «querida».

—Oh —dijo Jenny con voz opaca—. Tal vez piensa casarse con ella.

Robert bostezó deliberadamente.

—¿Quién sabe? ¿Por qué no se tumba usted también, Jenny, antes de que marchemos?

Sin la menor vacilación Jenny se tendió a su lado. Robert oía su leve respiración y su perfil, pálido e inexpresivo. Jenny cerró los ojos, su cabeza parecía cómo caída de una estatua. Algo andaba mal en aquel día apacible que había comenzado con tanta alegría, y a él le resultaba imposible saber qué ocurría.

Jenny tenía la mano a la altura de la cadera, con mucho cuidado, Robert acercó la suya y la rozó los dedos. Temía que Jenny apartara la mano, pero no lo hizo, no se movió ni siquiera abrió los ojos. Tenía los dedos fríos y débiles entre los de Robert, pero para él aquello era suficiente por el momento, tener la mano de Jenny en la suya y sentir la dulce satisfacción que le proporcionaba el amor que sentía por ella. Deseaba no tener que volver nunca a casa, pasar toda la eternidad con ella, dejar que el viento soplara sobre ellos, que el árbol verde y oscuro diera sombra a sus cuerpos,



que las mariposas revolotearan sobre la hierba y que el débil sonido del brillante río siguiera mezclándose con el aire perfumado.

Se sintió invadido por el sopor, y en su modorra tuvo un ensueño, o más bien una fantasía. Pensaba que estaba despierto y que Jenny no estaba a su lado. Era otoño y las hojas color bronce, caían suavemente a su alrededor, el río rugía y él se sentía invadido por una fría desolación. Sabía que nunca volvería a ver a Jenny, que ella se había ido para siempre.

Despertó con violento sobresalto. Jenny no estaba a su lado. Había juntado todos los platos y el mantel y los había guardado cuidadosamente en el cesto, en aquel momento, de pie frente al río, se recogía el cabello.

Le daba la espalda y Robert pudo admirar las largas y esbeltas líneas, la gracia flexible de su cintura, las hermosas curvas de los hombros y los brazos. Jenny parecía haberle olvidado por completo. No podía adivinar, ni siquiera remotamente, qué estaría pensando. Sabía que estaba absorta en sus propios sueños, igual que él lo había estado. Vio cómo se sujetaba el cabello con las horquillas y luego dejaba caer los brazos al lado del cuerpo con un suspiro. Se volvió hacia él.

—Vaya —dijo Robert— creo que me he quedado dormido.

—Sí.

—Debe de ser tarde.

Jenny miró el reloj que tenía prendido en la camisa.

—Las cinco —dijo.

Tenía una expresión tranquila e indiferente, pero cuando la miró a los ojos volvió a esbozar una tímida sonrisa.

—Es tarde.

—No mucho —dijo Robert—. Jenny, ¿quiere cenar conmigo?

—¡No, no puedo! —respondió ella apresuradamente. No preguntó por qué, se levantó, se puso la chaqueta, la sacudió con las manos y luego se colocó el sombrero. Jenny le miraba y cada vez que sus ojos se encontraban le dedicaba la misma amable sonrisa, como quien sonrío a un niño querido.

—Tengo que agradecerle este hermoso día, doctor.

—Jenny ¿por qué no me llama Robert, o Bob?

—Muy bien, Robert.

Le pareció que nadie había pronunciado nunca su nombre de aquella manera. Sentía una enorme alegría. Se acercaron al coche y vieron que el caballo había terminado toda la comida que le habían dejado. Subieron al vehículo y tomaron la dirección del pueblo. Estaban a mitad de camino cuando Robert notó algo.

—¡Se ha dejado el sombrero! Volvamos en seguida a recogerlo.

—No, no, por favor. No tiene ninguna importancia.

La actitud de Jenny dejó confundido y un tanto disgustado a Robert.

—¿Volverá a salir pronto conmigo, Jenny?

—Sí. Claro que sí.

Se sentía tan eufórico que se habría inclinado a besarla en la mejilla. Pero ella miraba los jardines que bordeaban el camino y parecía absorta en la contemplación. Llegaron al pequeño muelle y vieron que sólo había uno de los botes.

—Harald debe de estar en casa —dijo ella como desilusionada.

Robert la ayudaba a descender del coche cuando oyeron el vivo repiqueteo de los cascos de un caballo y no tardó en aparecer Jonathan Ferrier que venía cabalgando. Se detuvo al lado del coche y mostró una amplia sonrisa.

—¿Cómo ha ido la merienda? —preguntó tocándose el sombrero con el látigo.

—Espléndida —dijo Robert, pero se sintió menos cordial con Jonathan que de costumbre—. Ahora, Jenny, cójase a mi mano. —Jenny le tomó la mano sin decir palabra y Jonathan la observó mientras descendía. Parecía estar profundamente interesado en cada movimiento de la muchacha.

—¿Se ha divertido, Jenny? —preguntó.

Jenny había saltado a tierra y no sabía hacia dónde mirar, pero como si una fuerza superior a ella la obligara, levantó los ojos hacia Jonathan. En aquel instante, Robert advirtió que se ruborizaba. Le saltaron las lágrimas y la boca le temblaba. Se quedó quieta, como herida por un rayo, y ni ella ni Jonathan podían desviar la mirada, Robert lo comprendió todo. Por fin Jenny se dirigió hacia el bote y Robert la siguió. Sentía las piernas tensas como si fueran de piedra. Sí, lo sabía todo. Sabía por qué Jenny había salido con él, para que le hablara de Jonathan Ferrier, a Robert podía preguntarle más abiertamente que a la madre de Jonathan.

—Permítame que la acompañe en el bote, Jenny —dijo con voz alterada.

—No, por favor, me gusta remar —contestó la muchacha sin mirarlo.

Saltó al bote, manteniendo siempre la mirada apartada de él, pero cuando empezaba a remar volvió a mirar a Jonathan, siempre sonrojada y con el mismo temblor en la boca, Robert la siguió con la mirada hasta que sólo fue una oscura figura en el atardecer, sobre las brillantes aguas del río. Se había olvidado de Jonathan, pero al volverse le vio montado en su caballo.

—Yo no tomaría tan en serio a Jenny si fuera usted —dijo tocando suavemente a Robert en el hombro con el látigo, y se fue.

El golpecito no le hizo ninguna gracia a Robert. ¿Había sido burlón o amistoso? Robert siguió mirando a Jonathan hasta que desapareció. «Jenny», pensó. «Jenny, no pienso abandonar. No sé qué es lo que pasa, pero no es hombre para ti ni tú eres mujer para él. Tengo algo más sustancioso y más vida para darte que ese hombre colérico que pronto no tendrá ni siquiera una casa que sea suya. Tengo juventud para darte, y esperanza, paz, diversiones y risas, viajes. Tengo además todo mi amor y ningún recuerdo que me abrume. Con todo eso te protegeré».

## Capítulo 26

Jonathan acababa de salir de la sala de operaciones de Sta. Hilda donde había asistido a Robert Morgan en una intervención. En el pasillo encontró al joven Philip Harrington, y el ginecólogo le puso las manos sobre los hombros.

—Felicítame —le dijo.

—Felicidades —contestó Jonathan—. ¿Qué pasa? No, déjame adivinar. Te has acostado con Elvira Burrows.

—Vamos, vamos, Jon, conoces bien a Elvira Burrows para decir eso.

—Así pues, ¿has estado perdiendo el tiempo?

—Oh, deja eso ahora. ¡De cualquier modo, estamos comprometidos gracias a ti! Nos casamos el primero de septiembre y tú vas a ser el padrino.

—¿Pensabas que te iba a felicitar? ¿No están más a tono los pésames?

—¡Eh! ¿Acaso no fuiste tú quien lo arregló todo?

—Así fue. Tengo que haber perdido la cabeza para hacerle una cosa como ésta a un soltero simpático, dulce e inocente. Bueno, Elvira tiene un montón de dinero y va a heredar más cuando muera papá, además, está la casa, naturalmente.

Phil Harrington se echó a reír.

—Tienes razón en lo de papá. Pocos días después de que le curaras con coñac, siguió tu inefable consejo, se largó a Nueva York por unos días para buscar algo relacionado con su maldito libro sobre Chaucer. He leído unos capítulos, limpios como una rana. Chaucer era un viejo libidinoso y, sin embargo, todas las citas que hace papá aparecen inmaculadas. Le pregunté al respecto y me dijo que primero quería «*atraer la curiosidad de las mentes jóvenes para que después hicieran sus propias averiguaciones sobre Chaucer*». Le dije que las mentes jóvenes están invariablemente inclinadas hacia la lujuria y que la pureza las mata de aburrimiento. En una fiesta de Nueva York conoció a una viuda muy erudita, llena de plata y con lo que él llama «una mente sobresaliente». Papá actúa con rapidez, pues antes de regresar a Hambledon la dama ya le había dado su fotografía. Un lindo cuerpo rollizo con una bonita cara redonda. Andará por los cuarenta y cinco. Elvira y yo no necesitamos que nos digan nada para saber que el romance va viento en popa y nos alegramos por él. Elvira quería aplazar nuestra boda hasta que papá se casara. «*Me parece más adecuado*», dijo, «*después de todo, todavía no hace un año que ha muerto mamá*». Pero yo le dije que me parecía mucho más apropiado que fuéramos a la cama tan pronto como fuera posible y estuvo de acuerdo.

—¿Se lo planteaste en forma tan cruel?

—Amigo, después de pasar unas cuantas noches oscuras juntos, durante la ausencia de papá, Elvira abrió una de las habitaciones para huéspedes en la que había una cama doble y la está poniendo en condiciones. No te precipites en sacar

conclusiones. No nos comimos la jalea y no vamos a hacerlo hasta que estemos casados, puedes estar seguro de que Elvira se informará de los antecedentes del cura para asegurarse de que el nudo está bien atado.

—Una muchacha de carácter —comentó Jonathan. Phil Harrington miró a lo lejos con una sonrisa distraída y soñadora.

—Oh, yo no diría eso. No diría eso por nada del mundo.

Jonathan pensó que hablaba como un burro.

—Creo que no estaré aquí el primero de septiembre —dijo.

—¡Maldita sea! ¡Faltan sólo tres semanas! ¿Qué problema tienes?

—Prácticamente todos mis clientes han pasado a manos de Bob Morgan, de modo que, ¿por qué habría de quedarme? Está bien, me quedaré para la boda y para darle el primer beso a la novia.

Ahora era Phil Harrington quien se sentía incómodo.

—Jon —dijo— siempre me has dicho que no tengo mucha imaginación y que la imaginación sería fatal para un cirujano como yo. Puede ser que me haya estado inventando cosas, después de todo, una característica nueva. Quisiera hablarte en privado. Vamos a la sala de descanso.

La sala de médicos estaba vacía, pues era la hora del almuerzo. Los dos jóvenes se sentaron cerca de la ventana, Phil se había acercado con paso cansado y al volverse su expresión era inquieta y poco amable.

—No me digas —dijo Jonathan— que tienes una amiguita que has complicado y de la que no puedes deshacerte.

—No estaría de más que por una vez hablaras en serio —dijo Phil—. Esto te interesa a ti, no a mí.

Desde su arresto, en ocasiones Jonathan había empezado a sentir una especie de repentina dificultad para evaluar, algo que no había experimentado nunca en su accidentada vida. Encendió un cigarrillo y observó a Phil Harrington.

—Bueno, habla.

—Desearía poder hablarte de hechos y conversaciones, «él dijo o ellos dijeron», fechas y demás, pero no puedo Jon. Comencé a sospechar que había algo en el aire cuando vi que los otros tipos se callaban cada vez que yo me acercaba, porque saben que soy amigo tuyo, y una o dos veces he oído mencionar tu nombre, es fastidioso, pasan el tiempo mirando de reojo, sonriendo y preguntando cómo te encuentras, como si no te vieran en los hospitales lo mismo que yo.

—Hum...

—Eso es mucho más evidente en el Friend's —dijo Phil—. Te juro que querría tener algo concreto que decirte, pero pienso que te acecha algún peligro, Jon.

Jon recordó la maligna carta que le había entregado aquel mensajero.

—Yo no me preocuparía, Phil —dijo—. Después de todo, no importa qué digan o

qué prueba crean que tienen: no puedo ser juzgado dos veces por un mismo delito: ¡*Double jeopardy*<sup>[1]</sup>! De cualquier modo estaré lejos de aquí dentro de pocas semanas, y será para siempre. Eso debería dejarlos satisfechos.

—Ellos saben que te vas, Jon, pero esto ha brotado hace muy poco. —Se detuvo y miró ceñudo sus grandes manos—. Es peor que hace unos meses, si eso es posible. Hay una especie de euforia entre los tipos que nunca te han querido. Tú les conoces. Son los que casi se volvieron locos cuando te absolvieron.

—Lo sé.

La sensación de angustia se hizo más evidente. Sintió una rabia profunda, amarga y se le formaron unos pliegues alrededor de la boca.

—No pueden hacerme nada —dijo—. Financieramente, no dependo de mi profesión, soy rico, tengo inversiones seguras y propiedades, de modo que no pueden dañarme el bolsillo. Tampoco pueden perjudicar mi reputación, pues aquí ya la he perdido y, después de todo, la reputación puede irse al diablo. No pueden quitarme los pacientes porque he vendido el consultorio. Así que, ¿qué pueden hacerme?

—No me gusta hacer conjeturas —dijo Phil.

—Bueno, ¿cuáles son esas conjeturas?

—Jon, créeme, no sé nada, no es más que una sensación. Puede ser que se me haya desarrollado la imaginación desde que conozco a Elvira. Es una muchacha muy complicada y me da libros para leer, libros que nunca había tenido tiempo de hojear y ni siquiera sabía que existían. Edgar Allan Poe es uno de sus favoritos y ahora también lo es mío, y no es posible leer a Poe sin que vuele la imaginación o sin que la adquiera quien no la tenga.

—Apuesto a que te has divertido con *El pozo y el péndulo*.

—Me hizo sudar, te lo juro.

Phil se levantó y metió las manos en los bolsillos de sus arrugados pantalones, se paseó pesadamente de un lado a otro durante unos instantes, mientras Jonathan pensaba que sería una de las pocas personas de Hambleton de quien lamentaría alejarse. Entonces Phil se detuvo ante Jonathan y miró hacia abajo con gesto adusto.

—Huelo peligro —dijo—. Es esa clase de olfato interior que funciona cuando estoy frente a un paciente y aún antes de tomar el bisturí. Es un presentimiento de que algo va a salir mal pese a que todo indica que ésa será una operación fácil y sin incidentes. La semana pasada intervine a una mujer cuyos exámenes no revelaban nada más que un quiste de ovario. El útero estaba limpio y sano. Pero cuando tomé el bisturí y miré la cara inconsciente, una cara simpática y saludable, rellena, supe sin tener motivo aparente, que algo iba mal, y, por Dios, estaba en lo cierto. La pobre muchacha tenía un carcinoma y se había extendido... hacia arriba.

—Entonces tú crees que a mi alrededor hay algo canceroso.

—No te rías, Jon, pero es exactamente lo que pienso. Y no hay ni una palabra o

insinuación que sirva para probarlo.

Phil se sentó, estiró sus largas piernas, proyectó el labio inferior hacia afuera y miró sus botines, que brillaban como el sol desde el día en que conoció a Elvira. Un rayo de luz iluminó su espesa cabellera rubia dándole la apariencia de un escolar en dificultades, pues tenía el rostro grande y redondo, lleno de salud juvenil y vitalidad.

—Bueno, ocurrió algo hace exactamente un par de días. Pasaba ante la puerta del viejo Louis y oí que hablaba con alguien, a gritos. A nosotros siempre nos gusta escuchar cuando chilla. Oí mencionar tu nombre, pero no entendí nada más que eso, aparte de que él dijo: «*no lo creo*». Si no me sintiera inquieto desde hace tiempo, no habría seguido pensando en el asunto, pero volví al vestíbulo y esperé. Al cabo de un rato salieron de la oficina de Louis un viejo de expresión dulce y pelo blanco, y ese abogado del senador Champion. Louis se quedó parado en la puerta, mirándoles, y después la cerró de golpe casi a sus narices.

—Muy bien por Louis —dijo Jonathan con voz ausente—. ¿Eso fue todo?

—Ahora que lo pienso, recuerdo que Louis usó la palabra «*Beamish*». Es una palabra acuñada por Lewis Carroll en *Alicia en el País de las Maravillas*, ¿verdad?

Jonathan se irguió en su silla.

—*Beamish* —repitió—. ¿No se refería a... a una mujer? ¿Una paciente, quizás atendida por mí?

—No lo sé, Jon —dijo Phil sacudiendo la cabeza—. No lo sé. Lo único que sé es que Louis parecía estar al borde de un ataque y Champion, rosado como de costumbre, gesticulaba. En cuanto al viejo...

—Tú no conoces a Jonas Witherby, ¿verdad?

—¿*Witherby*? —repitió Phil pensativo—. Ah, sí, una vez, hace un par de años. He visto su fotografía en los diarios cuando ha patrocinado alguna cosa o cuando ha colocado la primera piedra de algo. Sí, ¡por Dios, era *Witherby*! —Se detuvo—. Pero no sigamos, Jon, puede ser que eso no signifique nada. Quizá son imaginaciones mías. He estado sobre ascuas por tu causa estas últimas semanas.

—Puede que sea así —dijo Jonathan encogiéndose de hombros—. No te preocupes. No voy a enfrentarme con el viejo Louis para preguntarle cosas y meterte en dificultades. Puede no haber sido nada en definitiva.

—Seguro —dijo Phil—. Ah, la última cosa que dijo Champion antes de que le cerraran la puerta en las narices, fue: «*Primero le traeremos los testigos, aunque se procedió con justicia*».

—Bueno... «no molestes a las dificultades hasta que las dificultades te molesten a ti», como dice el viejo refrán.

—Si no fuera por las sonrisitas que he notado y por las preguntas que me hacen sobre ti tus enemigos, no estaría tan nervioso, Jon, pero puede ser que haya armado un lío por nada. Tú sabes cómo van las cosas entre el personal y otros médicos en los

hospitales. Oyen el más leve rumor, en la mayoría de los casos sin consistencia alguna, y en seguida lo desparraman por todas partes. Nunca he visto peores chismosos que los médicos, tal vez lo hagan para aliviar las tensiones.

—Pero ¿no es peor en el *Friend's*? —preguntó Jonathan pensando en Humphrey Bedloe.

—Sí, más denso. Pero es sólo una... una sensación. ¿Quieres que me ponga a investigar?

Pensar que el desmañado Phil Harrington pudiera ser sutil e indirecto hizo sonreír a Jonathan.

—No te preocupes, Phil, presta atención. Aunque no se me ocurre qué pueden hacerme ahora.

—Lo haré, Jon, lo haré, no te preocupes. A propósito, ese interno que se especializa en neurología, Moe Abrams, el judío inteligente, ¿le recuerdas? Caminaba bajo tu sombra hasta que decidió dejar la obstetricia y dedicarse a la neurología. Está con Newcome y piensa volver a la Facultad de Medicina para hacer estudios más avanzados. ¿No colaboró contigo cuando lo de Hortense Nolan?

—Sí, así fue. Hubiera sido un gran ginecólogo, pero me dijo que le «*dolía ver sufrir a las madres jóvenes*» y no pude hacerle cambiar de idea. Debe ser eso que los freudianos llaman «complejo de madre» o algo por el estilo. ¿Qué le ocurre?

—Bien, casi me había olvidado. Nunca presto mucha atención a los cuentos. Quería saber si debía decirte algo, pero estaba asustado. Después de todo, al pobre le cuesta sangre salir adelante financieramente y le aterroriza pensar que puedan perjudicarlo, cosa que no puede reprochársele. Me dijo que sería mejor que te lo dijera yo sin mencionar su nombre, pero ¿cómo podría hacerlo?

—Sería la última persona en el mundo que metería en líos a Moe —dijo Jonathan—. Ni siquiera le diré que hemos hablado de esto. ¿Qué te dijo?

—Bueno, tú ya conoces a Newcome. Parece un viejo estadista inglés, flaco, larguirucho y severo, que lleva monóculo y finge acento desde que pasó dos años en Oxford, pero es un buen neurólogo. Hace cinco años se dedica a esta especialidad y citó a Moe para que presenciara un caso del que acababa de hacerse cargo, una muchachita. También llamó a otro ayudante que está en su último año de internado, Walt Germaine. Es agudo como el vinagre. La habían traído los padres, de nombre McHenry...

—¡McHenry!

—¿Los conoces? Maldita sea. Lo siento, Jon.

—¡Sigue! —dijo Jon con tono desagradable.

—Moe dijo que Newcome examinó a la chica y leyó los informes de dos médicos de enfermedades nerviosas de Pittsburgh sobre la paciente. Bonita chica, me dijo Moe, muy tranquila y seria. Había también un informe del doctor Barryman, tú le

conoces, un hombre muy cuerdo, de aquí. El doctor Barryman había dicho que la chica estaba anémica y necesitaba más sol, aire fresco y hasta un poco de playa. Los padres habían llevado a la niña a Pittsburgh para hacerle una revisión más completa. Moe leyó los informes: «Leve anemia como si se aproximara a la pubertad. Nada patológico en ninguna parte. Niña inusualmente reservada, pero de carácter equilibrado, amante de sus padres y apreciada en la escuela. No hay dolencias de carácter nervioso ni señales de aberraciones mentales, tampoco alucinaciones. Inteligencia considerablemente superior a lo normal. Un poco reprimida, pero es el resultado de una buena crianza. No hay rasgos perturbadores». Así lo creyeron también los muchachos de Pittsburgh, y la madre lloraba y besaba a la niña. Fue el padre quien perdió la cabeza y exigió ver al viejo Louis. Echó mano a los informes y obligó a Newcome a acompañarlo a la oficina de Louis. Según me dijo Moe, estaba terriblemente enloquecido y gritaba de forma incoherente que te haría no sé qué. Salieron corriendo con dirección a la oficina de Louis, y eso fue todo.

Los ojos fríos de Jonathan reflejaban una tremenda furia. En breves palabras relató a Phil su encuentro con los McHenry.

—Yo no soy psiquiatra, ya se lo dije a McHenry desde el principio. Ese cura idiota me llevó a su casa. Les dije que podía estar equivocado y sugerí a McHenry que fuera a Filadelfia con la chica, que consultara a psiquiatras competentes y pensara en la posibilidad de internarla en un sanatorio.

—¿Realmente creías que la chica tenía *dementia praecox*, como afirma McHenry que dijiste?

—Sí, lo creía, pero también creía que podía equivocarme. Ésa no es mi especialidad. Pero ¿por qué acudió a los neurólogos? ¿Por qué no siguió mi consejo y no la llevó a un psiquiatra? Bien, yo podía haberme equivocado. ¿Quién de nosotros no ha cometido equivocaciones en la práctica? La chica no es paciente mía. Me llamaron para que examinara a su madre, que se estaba volviendo loca a causa de las... peculiaridades de su hija. Debía haberme limitado a sugerir a McHenry que se tomara unas vacaciones con su mujer, los dos solos, y dejar las cosas así. ¡Pero eso no era propio de Jon Ferrier, el curador de almas! ¡No, claro que no, Dios me maldiga! Bueno, Louis sabe que no soy psiquiatra, de modo que no puede acusarme por eso. ¿Qué dijo Louis?

—Moe no fue invitado a participar en la consulta, pero oyó los desatinos de McHenry en el vestíbulo. Decía que te iba a hacer un juicio por daños, por angustia mental y sufrimiento. También dijo algo de demandar a Sta. Hilda porque tú formas parte del personal y eres miembro de la Junta.

—¡Oh, mierda! —exclamó Jonathan—. Deja que este imbécil me demande. Debía haberle aplastado la nariz cuando me insultó en su casa, y de paso debí haber dado también una buena zurra al cura. Moe es un buen muchacho por haberte dicho



esto, Phil. Le aprecio mucho y no voy a decir una palabra a nadie.

—Parece que se ha sabido lo que ocurrió entre los McHenry y tú —dijo Phil—. No por Moe, tenía terror hasta de contármelo a mí. Puede ser que haya sido el ayudante de Newcome, o él mismo. Ya sabes que nunca te ha tenido ninguna simpatía.

—No, claro que no. Estaba decidido a escarbar el cráneo a un hombre por un «tumor». El hombre se volvía loco de dolor y de presión en la cabeza. Se moría de miedo al pensar en una operación, cosa que no le reprocho. Entonces su esposa lo trajo a mi consultorio. —Jonathan soltó una risita corta y amarga—. ¿Sabes lo que tenía? ¡Había cumplido cuarenta y ocho años y se negaba a usar gafas para leer! Era todo un galán en el pueblo y lo sigue siendo, pese a ser casado. Quería dar la impresión de ser un muchacho irresistible, y temía que las gafas, aunque sólo fueran para leer, arruinarían su elegante aspecto. Tenía también hipertensión, 188 y 110, y eso no es cosa de broma. Era un dirigente que estaba trabajando al máximo, y quería «retirarse mientras todavía fuera joven».

»Charlé con el hombre, le dije que no necesitaba usar gafas salvo en el seno de su familia y detrás de las puertas bien cerradas de su oficina. Le aconsejé que se tomara las cosas con calma o pronto tendría un ataque, le fallarían las coronarias y, en ese caso, ¿a dónde irían las pobres muchachas? Le di también un sedante suave, le recomendé una dieta sin sal y le dije que perdiera cinco kilos e hiciera más ejercicio, lo que le devolvería su elegancia y volvería a tener las mejillas rosadas. Lo despaché y se fue echándome bendiciones. Nunca me olvida en Navidad ni en ningún otro momento que crea apropiado. Sin embargo, el idiota degenerado no sólo llamó a Newcome para decirle que no se dejaría operar, sino que hizo correr que Newcome se había equivocado. Mencionó mi nombre a los cuatro vientos. Newcome nunca me ha perdonado ese insulto, y en cierto sentido no se lo reprocho. Yo nunca me quejo y jamás doy explicaciones, es una vieja norma de mi madre, y tiene razón. De modo que no voy a rebajarme explicando a Newcome lo que realmente le dije a aquel burro.

—Bueno... los médicos —dijo Phil—. Ya sabes cómo son.

—Lo sé, amigo. Yo mismo he hecho diagnósticos equivocados docenas de veces. Y cuando el paciente consultaba a otro médico que le daba el correcto y el otro médico me lo notificaba, yo me maldecía, pero quedaba agradecido. Newcome es demasiado ególatra. Él nunca comete un error. Bueno, mucho me temo que esta vez haya cometido uno, aunque espero que Dios quiera que no. Y aun cuando yo hubiera hecho un diagnóstico equivocado respecto a Elinor McHenry —dijo golpeando la rodilla de Phil— ¿qué daño se ha causado? Louis sabe bien qué significa equivocarse en los diagnósticos. Él mismo ha tenido fallos de antología, y más de los normales. Sabe que no somos infalibles. Deja que McHenry se dé el gusto de demandarme.

¿Con qué base?

Volvió a los consultorios con ganas de asesinar a alguien. Se dijo a sí mismo que se imaginaba cosas, pero recordaba que durante las dos o tres últimas semanas sus colegas trataban de esquivarle, lo saludaban fríamente y no se paraban a charlar con él en los pasillos. Pensó entonces que acaso fuera debido a que ya no estaría más con ellos. Tenía muy pocos amigos entre los médicos, realmente muy pocos. Pensó que si se quedaba le tratarían como siempre, pero como estaba a punto de irse y ellos se quedaban, ¿qué había de común entre ellos? Ya no participaría más en la chismorrería del hospital, no cooperaría más en las operaciones, no habría más consultas conjuntas, nada que les fuera familiar.

Pensó que todo terminaría ahí, pero Phil Harrington había vuelto a revolverle el estómago. Estaba convencido de que en su caso hubiera sido mejor no saber nada. Estar prevenido era una buena norma para un soldado que guarda una fortaleza, pero resulta inconveniente para quien se retira con su batallón en busca de seguridad. Al diablo con todos ellos, pensó. ¿Qué pueden hacerme ahora?

Entonces recordó la palabra Beamish. Edna Beamish, la rica e histérica viuda joven que había demostrado tanto interés por pagar su cuenta y a la que él había rehusado complacer. Se acordó del médico y del abogado que le visitaron. ¿Qué ocurría? Él no había aceptado dinero alguno por una revisión incompleta. Phil podía equivocarse, había escuchado a través de una puerta cerrada y una gruesa puerta cerrada es siempre peligrosa. Además, el viejo Witherby y Campion eran grandes amigos. Sin duda Campion había llevado consigo a Witherby como compañía.

En cuanto al hecho de que Phil oyera mencionar el nombre de Jonathan, posiblemente se referían a media docena de otros «Jon» y no a Jon como él había creído.

El asunto de los McHenry era otra cosa. Jonathan no podía olvidar los ojos atemorizados de la niña, el aspecto de sutil perturbación que la envolvía, aquella sensación de que allí había algo siniestro y peligroso. Tampoco podía olvidar la aflicción de la madre y la ominosa tensión que pesaba sobre su corazón.

Cuando llegó, la vieja solterona le entregó un telegrama. A Jonathan no le gustaban los telegramas y al abrirlo se confirmó su presentimiento:

DEBO INFORMARTE CON PESAR QUE MI QUERIDO MARIDO  
JEFFREY HOLLIDAY MURIÓ ANOCHE EN EL SANATORIO DE  
LOUISIANA STOP NÓDULOS INSOSPECHADOS LE HABÍAN  
INVADIDO LA GARGANTA Y AUNQUE SE TOMARON MEDIDAS  
DESESPERADAS SE ASFIXIO DE REPENTE STOP LE HABÍA IDO  
BIEN MUCHO MEJOR QUE LO QUE ESPERÁBAMOS GRACIAS A TI  
JON STOP SI NO HUBIERA OCURRIDO ESTE ACCIDENTE

HABRÍAMOS SIDO TAN FELICES COMO SIEMPRE STOP PERO HEMOS PASADO ESTAS SEMANAS JUNTOS Y LAS RECORDARÉ DURANTE EL RESTO DE MI VIDA STOP JEFF TIENE QUE SER ENTERRADO AQUÍ COMO SABES STOP REZA POR ÉL Y POR MÍ TAMBIÉN STOP ELIZABETH.

Jonathan se quedó de piedra con el telegrama en la mano y pensó en su amigo y en la valiente mujer que lo amaba y que se había casado con él. Sintió una profunda tristeza; apenas hacía dos días que había recibido una carta de Jeffrey, una carta desbordante de alegría y esperanza, de seguridad de que pronto se curaría.

Jonathan se acordó de la histérica madre, Elsie Holliday, y sintió lástima por ella. Había perdido todo lo que tenía. Ni siquiera había tenido el consuelo de ver a su hijo por última vez en el ataúd. No podía llegar a tiempo al entierro en los oscuros pantanos de Louisiana.

La solterona se aclaró la garganta.

—Hay una dama con el rostro cubierto esperándole en su despacho, doctor. Le he dicho que no abrimos hasta las seis, pero ha insistido. ¡De veras! Dice que es amiga suya y que se trata de un asunto personal.

Jonathan entró en la oficina, una mujer joven y frágil le esperaba. Vestía traje azul oscuro, blusa blanca escotada y sombrero oscuro de paja cubierto con espeso velo negro para ocultar el rostro, pero él la reconoció de inmediato.

—¡Vamos, Prissy! —exclamó—. Quítate esa carpa de la cara, es más fácil reconocerte con ella que si te la quitas.

Prissy se echó el velo hacia atrás y entonces Jon se dio cuenta de por qué lo llevaba, tenía la cara muy blanca y había dejado de pintarse desde su boda con Jonas Witherby, además, tenía los ojos enrojecidos, no por falta de sueño, sino por el llanto. Jonathan se sentó a su lado y le tomó una mano enguantada y temblorosa.

—¡No me digas que ese viejo degenerado ha tomado por casualidad otra dosis de arsénico y ha reventado! Sería una noticia verdaderamente extraordinaria.

Ella trató de sonreír, pero tenía la boca pálida y seca.

—No, Jon querido, desgraciadamente no se trata de eso. No puedo quedarme más de unos minutos. ¡Oh, desearía que se muriera! ¿Cómo puedo haber sido tan idiota para casarme con él? ¡Todo por dinero, como si yo no tuviera ya suficiente! Eso se llama codicia, ¿no, Jon?

—Es el antiguo deseo que experimentan las mujeres de ser respetables, aunque sólo Dios sabe por qué lo sienten cuando viven cómodamente. Bueno, vayamos al grano, Prissy. No estás enferma, ¿verdad?

—No —contestó ella hurgando en su bolso, de donde sacó un pañuelo con el que se cubrió la boca, le miró con expresión dolorida—. Se trata de ti, Jon.

Jonathan frunció las cejas y volvió a sentir aquella sensación desagradable en el estómago.

—¿Qué sucede ahora?

—¿Recuerdas el día que hablaste con Jonas, cuando yo le tenía miedo? Bueno, después de irte él se encerró en su dormitorio. No sé por qué se me ocurrió escuchar lo que decía por teléfono, no lo había hecho nunca. Llamó al senador Campion y le dijo que tenía que hablar, que tenían que tener una pequeña conversación. Después le dijo: «*Pero tenemos que estar muy, muy seguros, Kent, y arreglar las cosas de tal manera que Ferrier quede liquidado de una vez por todas*». Eso dijo, Jon: «*Liquidado de una vez por todas, no sólo en el Estado, sino en todo el resto del país*».

Prissy sollozó y luego sacó una cajita de oro en la que guardaba sus aromáticos cigarrillos turcos. Jon le encendió uno. A pesar de la rabia y la consternación que sentía, recordaba el perfume de esos cigarrillos que había notado en la casita de Prissy, en la agradable y graciosa sala donde recibía a sus amigos de verdad.

—¡Oh, Jon! ¿Qué le has hecho a ese viejo hijo de perra para que trate de hacerte daño? Le has hecho bromas y te has divertido a costa suya en su propia cara, pero siempre se reía y parecía hacerle gracia.

—No lo creo, Prissy, y yo no lo hacía con esa intención. Le hice comprender que había alguien en este pueblo que sabía todo lo que había detrás de sus piadosas mentiras, sus dulces palabras, su tolerancia cristiana, sus suaves palmadas y su tierna voz.

Se levantó y caminó lentamente hacia su escritorio, se quedó de pie, inexpresivo, y rascó con la uña el polvillo que lo cubría. Prissy le miraba con aguda y amante ansiedad.

Un hombre podrá perdonarte si le sorprendes cometiendo un pequeño hurto, e incluso en una gran mentira, o si lo superas en un negocio, o le robas, y aun si huyes con su mujer o le violas una hija. Pero no te perdonará nunca si le desvelas una hipocresía o si lo llamas sinvergüenza cantor de salmos en la cara; después de todo, se ha pasado toda una vida puliendo su imagen pública de santo, poniéndose guirnaldas y una aureola dorada, lavando los pies de esa imagen hasta que queden blancos como la nieve y arreglando cada uno de los pliegues de su toga celestial. Desde su niñez ha venido practicando esa voz de santo con la dedicación propia de un cantante, y cada modulación tiene la música y el tono de plegaria de una nota de órgano. Pero entonces aparece un idiota suicida como yo; golpea esa imagen que se quiebra al caer y empiezan a salir de ella los gusanos negros y malolientes de la iniquidad pura, que quedan a la vista de todos. No, Prissy, un hombre jamás perdona una cosa así.

—Pero, Jon, yo he conocido a mucha gente mala que incluso gozan oyendo que

les dices que son malos...

—Pero ninguna de ellas pretende ser el Oído Personal de Dios. El viejo Jonas es un desastre, no es necesario que te lo diga. Ha destrozado a más gente con su dulzura, su suave y amante voz y sus tranquilos modales que un maniático con veneno o con un revólver y hasta sus mismas víctimas te dirán, con voz trémula, que «¡Jonas es un hombre tan bueno, tan santo!». No fue culpa suya aquella catástrofe, no es culpa suya que tengas el corazón enfermo, o estés deshecha, destrozada, desesperada o asustada hasta casi perder la razón por sombras amenazantes... ¡Oh, nada de eso! Todo es por tu propia culpa. Jonas ha hecho todo lo posible por ayudarte. ¿Acaso no está siempre a tu lado susurrando, acariciando, suspirando y aconsejando? Sí, ciertamente.

—¡Quisiera que hubiera alguna forma de asesinarlo impunemente! —dijo Prissy con los dientes apretados y golpeando sus pequeñas rodillas con las manos enguantadas. Sus grandes ojos azules llameaban.

—También yo. Siempre he creído que la ley es tremendamente injusta en materia de homicidios —dijo Jon—. El asesinato es un instinto tan profundamente grabado en el alma humana como el de conservación o el sexual, y es exactamente tan legítimo y tan saludable quizá como éstos. Después de todo, nuestros antepasados de las cavernas lo practicaban con fervor y no creían que tuviera nada de malo y todavía hoy, a pesar de la religión, no se ha borrado de nuestra civilización, y los que lo niegan son unos cobardes que tienen miedo a enfrentarse a la realidad o se avergüenzan de ella.

Jon se acercó de nuevo a Prissy y se sentó.

—Jon, ¿qué crees que trata de hacerte el viejo... sinvergüenza?

—No lo sé, cariño. Quisiera saberlo.

—¿Por qué no vas a verle y se lo preguntas?

—¿Para qué? ¿Para causarte dificultades? No, Prissy. Además, empezaría por mirarme con esa adorable mirada suya, y quedaría confundido, con el corazón destrozado. ¡Sería capaz de romper a llorar! No, Prissy, ni siquiera pienses en dejarlo. No va a vivir para siempre. El propio diablo se impacienta por tener lo suyo, y uno de estos días, espero que pronto, seas una viuda feliz y rica.

Estaba tan afligida por él que Jon le sonrió y volvió a tomarle la mano.

—Querida Prissy, puedo pelear mi propia batalla, y lo que me has dicho no es una novedad para mí, pueden conspirar cuanto quieran, pero no pueden hacerme daño, querida.

—¿De veras, Jon?

—De veras.

Le besó y él le devolvió el beso con gusto, acompañándola hasta la salida con el velo sobre la cara. La señorita Forster dejó de teclear, llena de curiosidad.

—Doctor —le dijo antes de que volviera al despacho—. Deposité dos cheques en

su cuenta hace tres semanas. Eran pagos de unos exámenes que hizo a dos señoras en noviembre pasado, antes de... antes de...

—Antes de mi proceso, querida. Sí. ¿Cuándo entró el dinero?

—¡Ah!, me he olvidado. No eran cheques, era dinero en efectivo. ¿Tenía que haberlo depositado en la cuenta del doctor Morgan, ya que él ha comprado su consultorio? —Le miró como si estuviera a punto de llorar, pues era muy devota de Jonathan.

—Bueno... no. Eran cuentas viejas. ¿Cuánto era?

—Uno era de cincuenta dólares y el otro de setenta y cinco —dijo consultando sus libros—. Una tal Louise Wertner, y otra la señorita Mary Snowden, les entregué los recibos correspondientes. Luego quise anotar los pagos en sus fichas, pero no estaban archivadas —agregó frunciendo el ceño con preocupación—. Sé que usted tira las tarjetas y las carpetas viejas, doctor, pero debería guardarlas por lo menos tres años. Nunca se sabe lo que puede suceder.

—¿Qué nunca se sabe qué? Ya no tenemos que pagar más impuestos por ninguna guerra, querida. No hay por qué colmar los archivos. —Recordó que también había tirado los antecedentes de Edna Beamish, y por alguna extraña razón sintió una vaga inquietud.

—Bueno, está bien —dijo la señorita Forster con gesto de desaprobación, pues era muy meticulosa—. ¿Recuerda a esas dos jóvenes, doctor?

—¿Desde el mes de noviembre y con el consultorio repleto hasta el techo todos los días? Además, tenía otras cosas en qué pensar, si es que lo recuerda.

—Sí, pero es que tiene que haberlas visitado muchas veces, para que las cuentas suban tanto.

—Parecen grandes, ¿no? Fueron escritas en papel con mi membrete, ¿verdad?

—Sí, doctor, las escribí con esta misma máquina «Oliver». La «d» está siempre torcida y echa a perder el aspecto de las cartas, informes y...

—Trate el asunto con el doctor Morgan y apúrelo para que le compre una hermosa «Underwood» nueva. Se la merece, querida, después de trabajar todos estos años con la «Oliver».

Ella le sonrió secamente. Jonathan entró en su despacho y quedó pensativo, olvidándose de la señorita Forster y sus problemas. Repasaba en su memoria lo que le habían dicho tanto Phil Harrington como Prissy. Algo vago, aunque desagradable. No cabía duda de que sus enemigos estaban tramando algo, pero no podía descubrir nada vulnerable en él. Pero se le ocurrió pensar: «¿Quién es invulnerable a la maldad?». Se encogió de hombros. Encontraba un agrio placer al pensar qué estarían tramando sus enemigos, incluyendo a Kenton Champion. Sabían que el pueblo hacía lo posible por expulsarlo, que él ya no podía aguantar más allí. ¿Qué más querían? Le habían devuelto su licencia para ejercer tan pronto como fue absuelto. La Sociedad Médica

del Estado no tenía derecho para insistir en su revocación antes de que quedara concluida la causa, y él podría haberles proporcionado momentos bastante desagradables o demandarlos por daños intencionados, pero se había sentido satisfecho con olvidar el asunto, aun cuando los diarios habían publicado a grandes titulares la revocación de su licencia, sin hacer la menor referencia a su ilegalidad.

Ineficacia. ¿Había acaso algún paciente olvidado, hombre o mujer, que estuviera a punto de demandarlo por incompetencia? En casos como éste, era costumbre que un abogado se entrevistara con el médico y le sugiriera un arreglo extrajudicial para «salvar su reputación», ahorrarse dinero, honorarios y costes. Además no recordaba que existiera ningún paciente insatisfecho o que se hubiera quejado.

Jonathan había tenido un encuentro a los diecisiete años. Se había enfrentado a Dios, aquel Dios al que tanto adoraba, y a todas las dudas. Su fe había muerto instantáneamente, no como la de Francis Campion, que la había perdido en una dolorosa serie de etapas. ¿Podía considerarse fe aquel sentimiento que había muerto en una o dos horas? ¿Se había tratado solamente de una ilusión juvenil con la idea de Dios, que es una enfermedad común en la adolescencia? Había leído en algún libro piadoso que en la vida de todo hombre se produce un aterrador encuentro con Dios, encuentro que jamás se puede olvidar, y que a partir de entonces la adoración se hace más profunda, hasta la muerte, o simplemente se adora exteriormente un recuerdo amado y perdido, como pasa con los muertos por quienes ya no se siente más pena.

El padre McGuire le había dicho que su fe no habría muerto tan bruscamente si hubiera sido verdadera, pero el sacerdote estaba equivocado. La muerte irrevocable destruye los amores más vehementes y la fe más intensa. Contrariamente a lo que se piensa, son los tibios los que más perseveran en el amor y la fe, y, si bien ese amor y esa fe son levemente cálidos, por lo menos son viables, que es más de lo que puede decirse del despedazado, del corrompido cadáver del amor y de la fe.

Hacía poco tiempo el mundo había vuelto a tener para él tres dimensiones, se había redondeado, se había llenado de nuevo de vitalidad, color y juventud. Había resucitado con Jenny.

El amor es de una pieza. Es imposible amar, conocer plenamente el amor y luego negar alguna parte de él, se trate del amor a Dios o del amor por algún ser humano. Una mujer a la que un hombre quiere más que a su vida, una mujer amada a la que uno puede confiarle su vida, inevitablemente vuelve a traer al hombre la visión de la grandeza de Dios, y el hombre ve de nuevo que los universos eternos están llenos con Su gloria. Allí reside toda la paz espiritual, toda la invulnerabilidad, todo el poder del espíritu, toda la fortaleza, la Sombra de una gran Roca en una tierra triste.

«Quisiera tenerla ahora mismo», pensó Jonathan y, como una sombra, volvió a ver el jardín del reposo, esta vez sin ninguna grieta.

—Al diablo con los Campion y todos los demás —gritó. Volvió a acordarse de

Jeffrey Holliday y extendió un cheque a nombre del padre McNulty, que acompañó con una nota:

*Creo que usted conoció a Jeff. Ha muerto. Le envió un cheque de veinticinco dólares como ofrenda, en espera de que le recuerde en sus oraciones. Además, he heredado una casa grande en la calle Fordham, cerca de St. Leo, de una paciente que fue muy querida amiga y maestra mía, Ann Meadows. Se la doy para esa residencia de monjas que está tramando construir para su condenada escuela parroquial, si puede conseguir el préstamo bancario. Con esto no quiero alentarle para que me siga acosando en busca de más fondos.*

El simple hecho de haber escrito aquella impertinente nota a un hombre joven a quien verdaderamente quería y respetaba, contribuyó en forma inesperada a levantarle el ánimo. Ahora sí que tendría que acorralar a Jenny y convencerla de que se casara rápidamente con él para irse juntos de Hambleton para siempre.

Silbando suavemente entró en la sala de examen, limpia, vacía y blanca. Allí, en un rincón, estaba uno de sus resplandecientes anaqueles, lleno de complicados instrumentos de operaciones. Era un regalo que su padre le había hecho al ingresar en la Facultad de Medicina. En cada uno de los delicados instrumentos de acero estaba grabado su nombre con letra elegante. En aquella época cada cirujano tenía sus propios instrumentos, grabados como los de Jonathan, que llevaba consigo. Pero desde entonces los hospitales han venido suministrándolos a sus cirujanos, cosa que ha constituido un progreso en materia de asepsia en los quirófanos. Aquellos instrumentos relucientes por los que su padre había pagado orgullosamente una fortuna, la mayoría de ellos tenían mango de plata y vainas del mismo metal, eran innecesarios ya, incluyendo el gran maletín de marroquinería que servía para llevarlos. Jonathan no los había utilizado más de cuatro veces en su práctica quirúrgica, eran anacrónicos. A menudo había pensado donárselos a algún pobre sacerdote-cirujano, y había llegado el momento de hacerlo. Sería un donativo para las Misiones.

Como eran de tanto precio, Jonathan guardaba la llave del anaquel entre las demás de su llavero, en ese momento, parado frente a ellos, recordaba lo que había dicho William Hazlitt: *«No hay un animal más perverso, estúpido, cobarde, digno de compasión, egoísta, despreciable e ingrato que el público. Es el más cobarde de todos, pues tiene miedo de sí mismo»*. Ciertamente, era aquel público quien le había condenado, a él, Jonathan Ferrier, aun antes de que le arrestaran. Y no sólo se había mostrado completamente defraudado cuando le absolvieron, sino que ahora, en su resentimiento, le expulsaba del pueblo. Seguía sin saber por qué. La gente que le



apreciaba no había cesado de insinuarle que quizá necesitaría emplear un poco de diplomacia, de tacto, dejar siempre alguna salida a los demás, disimular un poco la evidente ineptitud y la estupidez en nombre de la «caridad cristiana». Pero esa «caridad cristiana» habría costado la vida a muchos pacientes indefensos en manos de los burros diplomados o habría encubierto algunos irritantes abusos sociales.

Jonathan Ferrier era el organizador y propulsor de la Asociación de Hambleton para la Abolición del Trabajo Infantil. Había atendido a muchos niños de corta edad heridos o aplastados en los talleres de la localidad. Estaba con ellos cuando se revolcaban, medio muertos, en su propia sangre. No había utilizado un lenguaje amable con los dueños de los establecimientos ni palabras calmantes para suavizar sus sensibilidades, tampoco había ejercido la «caridad cristiana». Les había llamado: «asesinos de inocentes». Había gastado gran parte de su propio dinero para crear otras asociaciones en todo el Estado, había perseguido senadores, representantes y gobernadores, había colocado gigantescos avisos en muchos diarios importantes. Las asociaciones habían crecido desmesuradamente y se predecía que dentro de poco se declararían ilegal el trabajo de los niños. Resulta innecesario decir que Jonathan no era bien visto precisamente por aquéllos a quienes había ofendido tan profundamente en sus bolsillos... y en su moral.

Cuando más joven, había creído sinceramente que una buena causa lleva mucha fuerza consigo, que una idea justa no puede ser suprimida sino que al final sale victoriosa. Ahora no estaba tan seguro, pero todavía le quedaban ideas que se agitaban en su mente y mantenían su lengua ácida, sus modales abiertamente despectivos y su carácter finamente agudo cuando se encontraba entre hipócritas.

Volvió en sí frente a su anaquel de cristal, y entonces notó que había un espacio vacío en un estante. Se había perdido algún instrumento. Probó la puerta, estaba cerrada con llave, pero alguien había cogido un instrumento. Se dirigió a la otra habitación ceñudo, pensando si Robert Morgan podía haberlo hecho, y revisó allí también. Era tonto sospechar de Robert. Tenía un fuerte sentido de la propiedad y, además, no los necesitaba para nada. En la otra sala de examen había un montón de instrumentos para revisiones comunes, pero no para cirugía mayor. Jonathan quedó pensativo. ¿Cuándo había abierto por última vez el anaquel? ¿Hacía un año, tal vez dos? Una vez al año los repasaba cuidadosamente, por el valor que tenían y por los recuerdos. ¿Lo había hecho el año anterior? No lo recordaba.

De pie frente al armario trataba de recordar, con gesto adusto, mirando el espacio vacío. Alguien había tratado de acercar los instrumentos delgados para disimular el espacio vacío, pero el peso había grabado la base de satén que Adrián, su padre, había insistido en colocar en los estantes. Había una depresión larga y angosta. Y bien: ¿qué faltaba? Jonathan repasó mentalmente todos los instrumentos. De repente lo encontró: era una legra.

¿Por qué habrían de llevarse una legra y quién podría haber sido? Era un instrumento agudo y peligroso, que tenía que utilizarse con sumo cuidado, pues podría perforarse la matriz en el momento de hacer un raspado después de un aborto espontáneo o de un parto prematuro. Hacía falta un adiestramiento especial para usar la legra, sólo se empleaba en casos de amenaza de infección o si había peligro de hemorragia.

Jonathan examinó minuciosamente la depresión, en el lugar en que había estado depositada la legra y vio que había una tenue capa de polvo. De modo que hacía mucho tiempo que faltaba el instrumento. Llamó a la señorita Forster.

—¿Ha estado aquí alguna persona sin autorización cuando yo no estaba presente o cuando se hallaba ausente el doctor Morgan?

—¡Oh, no, nunca lo permitiría, doctor! ¡Creo que conozco mis obligaciones! Naturalmente, ha estado aquí esa señora que dijo ser amiga suya...

—No, no, querida. Me refiero a varios meses atrás, por lo menos.

—¡Nunca! —dijo la señorita Forster enfáticamente—. ¿Falta algo, doctor? Después de todo, hay vagabundos...

—... que tenían mi llave, naturalmente, y se llevaron solamente un instrumento. Luego volvieron a cerrar cuidadosamente la puerta y me devolvieron la llave.

La señorita Forster parecía a punto de echarse a llorar.

Jonathan le dio unas palmadas en el hombro, le dijo que probablemente se trataba de un error, y salió en busca de su caballo para dirigirse a su granja.

## Capítulo 27

Una niebla gris flotaba sobre las ciudades del valle. No había llovido desde hacía casi tres semanas. El río iba bajo y las corrientes afluentes estaban secas, con sus lechos llenos de guijarros que brillaban al sol. El césped tenía un color marrón en el pueblo, pero en las laderas de las montañas, donde aún brotaban los manantiales y las profundas cascadas, la hierba era verde y las flores ardientes. El aire estaba completamente inmóvil, como si fuera la víspera de una conflagración, pero pese a los constantes anuncios de lluvia y tormenta nada se movía y los árboles prematuramente secos llenaban las zanjas con montones de hojas doradas. Todo el mundo se sentía abrumado por una languidez enfermiza y los niños enfermaban o morían en número sin precedentes.

—Les repetimos hasta el cansancio —decía Robert, agotado, a Jonathan Ferrier— que hiervan el agua y la leche que dan a los niños, que conserven la mantequilla y los alimentos perecederos con hielo y ellos sonrían con suficiencia y nos hablan del «cólera de verano» o de la «enfermedad veraniega», aun cuando sus hijos enferman y mueren, o se deshidratan a fuerza de vómitos y diarrea. Consideramos que la diarrea es la causa principal de las muertes de los menores y hasta de los mayores, pero no podemos conseguir que la gente tome precauciones.

—Así como Lester, Pasteur y Semmelweiss lucharon contra la apatía y la estupidez pública durante toda su vida —dijo Jonathan— yo he luchado para que se sacrifique el ganado tuberculoso. Ahora me llaman «el enemigo de los granjeros pobres», pues intento quitarles sus preciosos animales por «capricho». He tratado de que la Junta de la Salud prohíba la venta de la leche que no esté pasteurizada, que exija la pasteurización universal, y no soy más que un «caprichoso novelero». He sido amonestado por esa congregación de imbéciles, la Sociedad Médica del Estado, que trató de revocar mi licencia hace poco menos de un año. Hay una norma que este mundo idiota quiere mantener vigente: que «nunca se moleste al pueblo». No les provoque nunca preocupación alguna, no atraiga su atención hacia las charlatanerías o los manejos sucios de los políticos, no le pegue una patada en el culo a un héroe popular, no pida que hagan algo por el bien de su comunidad, no exija que practiquen cualquier tipo de higiene, no insinúe que es necesario, por el bien de su país, que echen una mirada atenta sobre Washington. No predique nunca el desastre. No diga nunca la verdad, sólo así podrá vivir una vida tranquila.

—Bueno, ya lo dijo San Pablo: «*Nunca des puntapiés contra el aguijón*» —replicó Robert secándose la cara, que tenía una palidez poco frecuente a causa del calor y la fatiga—. Los aguijones son siempre la opinión y la voluntad pública.

—Sí... —dijo Jonathan—. Para decirlo en términos modernos, nada se puede hacer frente a la Municipalidad. Bien, he estado peleando contra la Municipalidad

durante toda mi vida y ése es precisamente el único placer que me permito aparte de una o dos señoras amigas. Tal vez no se pueda derrotar a la Municipalidad, pero siente que le hierve la sangre y de vez en cuando se le puede asestar un golpe. ¿Cuántos niños han muerto de los que nosotros atendemos?

—Ocho.

—Y lo único que nosotros podemos ofrecer son calmantes y consejos para sus madres. Las salas infantiles de los hospitales están llenas, pero ni siquiera en los hospitales hierven la leche y el agua. Uno de estos días vamos a tener una hermosa epidemia de tifus, a menos que se haga algo para purificar el agua en sus fuentes o que la gente la hierva. Es una cosa extraña. Nosotros los médicos luchamos toda la vida tratando de educar a la gente para que conserve la vida y la gente invariablemente se ríe de nosotros y se mata, con la ayuda de ciertos médicos chambones. Recordará que en 1873 Sir John Erichsen, el eminente clínico y cirujano, dijo: *«El cuchillo no podrá seguir encontrando eternamente nuevos campos de conquista, tiene que haber ciertas zonas de la estructura humana que permanezcan para siempre vedadas a sus invasiones, por lo menos en manos del cirujano»*. Pocas dudas caben de que ya hemos alcanzado casi, aunque no del todo, estos límites finales: el abdomen, el pecho y el cerebro serán por siempre inviolables a la intrusión del cirujano humano y prudente. Sin embargo, los médicos de hace miles de años «invadieron» este terreno y muchos de sus pacientes siguieron con vida. Ahora también «invadimos». Alégrese, a pesar de toda la estupidez ambiente, adelantamos un poco.

»Ya tenemos la anestesia raquídea gracias a James Leonard Corning, de Nueva York, desde 1885, y nos preocupamos, aunque a tientas, por las leyes mendelianas. Un día de éstos, tal vez muy pronto, podremos efectuar transfusiones sin peligros. Sí, estamos adelantando. Ahora tenemos Departamentos Estatales de Salud y podemos esperar que se ponga fin de alguna forma a la mortalidad fruto de la ignorancia, pero podemos estar seguros de que surgirán como hongos nuevas estupideces, al mismo tiempo que se eliminen las antiguas. LA RAZA HUMANA NO APRENDE NUNCA.

—Veo que no es usted utópico.

—Claro que no, ningún hombre cuerdo lo ha sido ni podrá serlo jamás. Eso presupone un cambio en la naturaleza humana, que no ha variado en lo más mínimo en todo el curso de la historia escrita. Además, sería terriblemente aburrido. ¡Imagínese un mundo en el que todos sean felices! De la felicidad jamás ha surgido un gran cuadro, un gran libro, una gran idea, una gran estatua, una gran sinfonía. La felicidad no ha inventado nunca nada, no es más que un constipado mental. Pero la infelicidad, el «descontento divino», libera energía humana y creatividad, aunque también libera a la bestia humana. Si bien revela el rostro de Dios, muestra también al Demonio a todo color. Prefiero la actividad a la «felicidad». ¿Recuerda lo que dijo

Emerson?: «*Toda reforma es solamente una máscara, a cuya sombra se cobija una reforma más terrible, que no se atreve aún a dar la cara*». Es cierto. Pero yo sigo inclinándome por la reforma, buena o mala.

—Iconoclasta —dijo Robert suspirando, y llamó al próximo paciente.

—Bueno, pero siguiendo el pensamiento de Emerson, uno de estos días los viejos ídolos se van a derrumbar y puede ser que en su lugar tengamos a unos cuantos temibles Molochs.

La isla sobre el río tranquilo era más fresca que la tierra firme. La tenue brisa apenas movía las hojas de los árboles y penetraba por la ventana.

Jenny estaba en la biblioteca leyendo, con las persianas casi cerradas. La gran habitación en penumbra daba una sensación de frescura, pero el tapizado de cuero se le pegaba al cuerpo y tenía la cara húmeda. Llevaba una falda fina color marrón y una blusa abierta a la altura de la garganta. Se había hecho un peinado alto para no sentir tanto el calor. Harald no entraba nunca en aquella habitación, que era para ella una especie de santuario, igual que algunas pequeñas cavernas ocultas en la isla donde a menudo se ocultaba y cuya existencia no conocía Harald, que tampoco sentía mucha curiosidad por las cosas de la isla.

La puerta se abrió y, para consternación y enojo de Jenny, entró Harald, con gesto reservado, aunque sonrió amablemente cuando sus ojos se encontraron con los de Jenny. Llevaba una hoja de papel en la mano, cuando Jenny se levantó para irse, la detuvo.

—Por favor, concédeme un instante, Jenny, esto es muy importante para ti. Para ti. Son borradores de papeles de carácter legal.

—Consulta a mis abogados —dijo Jenny cerrando su libreta de notas y disponiéndose a salir.

—Ya lo he hecho, y estos papeles son el resultado. Por amor de Dios, Jenny, esto es sumamente importante para ti.

—Nada que puedas decirme... —dijo Jenny, pero no se retiró. Continuaba mirándole sobriamente mientras él avanzaba.

—No se trata de lo que yo diga, Jenny, es lo que digan tus abogados y los míos. —Se sentó cerca de una mesa.

Los ojos castaños de Harald escudriñaban gravemente a Jenny y ella se sintió impresionada a pesar de sí misma. Se acomodó rígidamente en el borde de su silla y enlazó las manos sobre las rodillas. Miraba fijamente un punto de la amplia frente de Harald, con repugnancia y odio.

Harald tomó los papeles y se puso a estudiarlos sin dirigir para nada la mirada a Jenny.

—Jenny, tú sabes que no quiero esta isla. Detesto la parte del testamento de tu

madre que establece que debo permanecer por lo menos siete meses consecutivos aquí o perderé los atractivos ingresos provenientes de su opulenta herencia, que debo mantener en depósito para ti y que será tuya cuando yo muera. Mis ingresos llegan a los treinta mil dólares por año, algunas veces a mucho más, depende de los dividendos que den las inversiones realizadas. No es una suma que se abandona sin más.

—¿Piensas abandonarla? —preguntó Jenny aturdida—. ¿Quieres decir que... dejarás la isla... para siempre?

—Eso está enteramente en tus manos, Jenny.

No podía creerlo. Las líneas tensas de su rostro juvenil se distendieron con una sensación de asombro y trémula esperanza. Al notarlo, Harald se sintió invadido por un dolor y una tristeza muy profundos. Miró atentamente los papeles que tenía en la mano.

—Sabrás, Jenny —dijo con una voz muy afable— que me estoy dando a conocer como artista famoso. Eso no te interesa, ya lo sé, pero me fue muy bien en Filadelfia. Tengo pedidos muy importantes y puedo vender todo lo que produzca, pero no quiero quedarme aquí, pues este lugar me sofoca. Sé que eso te ofende, pero es así. Cuando vivía tu madre no permanecíamos aquí períodos muy largos. Viajábamos, éramos libres, teníamos momentos muy felices...

Jenny profirió un sonido ronco, y Harald levantó la vista, advirtiendo en el rostro de la muchacha una densa amargura y un súbito avivamiento de su emoción.

—Sí, así fue, Jenny. Tu madre y yo fuimos muy felices juntos, aunque tú no quieras creerlo. Fue un acuerdo satisfactorio para los dos. Un acuerdo mutuo. Yo quería mucho a tu madre. ¿Qué dices? —preguntó al repetir ella el ruido ahogado.

—No importa, Harald. No me interesan tus «momentos felices» con mi madre. Sigue con el importante negocio. Has dicho que quieres irte.

—Sí. —La tristeza que le invadía era como una antigua dolencia para él y el ansia que sentía por tener a Jenny para sí era el apetito más voraz que había sentido jamás—. Ahora bien: si me voy, pierdo todos los ingresos que tengo por herencia, estoy dispuesto a hacerlo con una condición. He confeccionado un contrato, un contrato contigo. Es cierto que aún eres menor de edad, pero los juristas actuarán en tu nombre si das tu consentimiento. —Harald sabía bien que no era cierto—. Cuando me vaya para siempre entrarás inmediatamente en posesión de los millones que dejó en depósito tu madre. Voy a resumir. Si tú, cuando tengas en tu poder ese dinero, me das solamente trescientos mil dólares, voy a renunciar a mis derechos a los ingresos vitalicios de la herencia, una suma global de trescientos mil dólares y yo te dejaré tanto el dinero como la isla. ¿Me entiendes?

—Sí. —Estaba más asombrada que nunca. Comenzó a temblar de esperanza y sintió una creciente alegría.

—¿Quieres leer estos dos contratos, el tuyo y el mío, ahora mismo?

—Sí, por favor.

Extendió la mano y él se acercó más para dárselos. Las manos de Jenny temblaban, pero los leyó con voz clara y firme:

*Yo, Jenny Louise Heger, convengo por este documento en entregar a Harald Farmington Ferrier, la suma de trescientos mil dólares de la herencia de mi difunta madre, Myrtle Schiller Heger Ferrier, que quedará en mi posesión cuando el mencionado Harald Farmington Ferrier renuncie a todos sus derechos, a los ingresos que obtiene de la herencia y abandone su residencia en la isla llamada Heart's Ease para no volver jamás. Me dejaré en posesión plena de la residencia y la herencia, sin poder reclamar nada y bajo juramento escrito de que ha hecho renuncia de todos sus derechos a dicha residencia y herencia para siempre, por propia voluntad y deseo.*

Jenny recorrió rápidamente el papel sospechando algún engaño. Luego leyó el contrato de Harald:

*Contra entrega de la suma de trescientos mil dólares (\$300 000) de la herencia de mi difunta esposa, Myrtle Schiller Heger Ferrier, renuncio por este documento a todos mis derechos sobre la referida herencia y a la residencia llamada Heart's Ease, y abandonaré dicha herencia y la residencia para siempre...*

Jenny lanzó un suspiro largo e inteligible. Miró a Harald con una expresión casi sonriente.

—Mañana —dijo él— tendremos que ir a ver a los abogados y firmar estos contratos ante testigos. ¿Estás dispuesta?

—¡Sí, sí! —exclamó ella fervorosamente.

Harald extendió la mano y Jenny le entregó los papeles. Luego se quedó silencioso, mirándola. El rostro de la muchacha era suave, joven y en aquel momento tenía una expresión dulce, parecía poseída por un sueño extático. La miró durante largo rato. ¿En qué podría estar pensando aquella tranquila y enigmática muchacha, tan joven, ingenua y espiritual, para que su rostro brillara tanto y sus labios pálidos estuvieran tan rosados?

—Espero que entiendas que éste es un gran sacrificio para mí, Jenny —dijo por fin.

Ella se sobresaltó y le miró por un instante sin reconocerlo.

—¿Sacrificio?

—Sí. Ese dinero representa para mí apenas diez años de renta de la herencia de tu madre. Tendré solamente cuarenta y tres años —si es que sigo gastando treinta mil dólares al año como lo he estado haciendo— cuando el dinero haya desaparecido. ¿Aprecias ese sacrificio, Jenny? Gozo de muy buena salud y podría vivir hasta los setenta años en esta isla, y la renta seguiría llegándome constantemente, con probables aumentos. Cientos de miles de dólares como mínimo. Sí, estoy dispuesto a dejarlos para complacerte.

—A mí... me ha parecido que decías que este lugar te sofoca.

Harald sonrió y sus ojos castaños la miraron con amabilidad.

—Así es, pero aun así tengo cinco meses libres para ir a donde quiera y seguir recibiendo el dinero y la seguridad. ¡Un hombre puede aguantar muchas cosas por treinta mil dólares por año durante toda su vida!

Jenny se sentía confundida y le miró ceñuda, tratando de comprender.

—Me has hecho muy dolorosa mi estancia aquí, Jenny.

—¿Dolorosa? —preguntó ella sonrojándose desmesuradamente.

—Sí. Pero, aun así, se puede soportar mucho dolor por treinta mil dólares por año hasta el fin de la vida. ¿Qué son diez años de ingresos y la libertad comparados con eso?

—Y entonces... ¿entonces por qué lo haces?

Harald puso los papeles sobre la mesa y los miró. Su perfil era sombrío, con una expresión que ella no le había visto nunca antes. Por primera vez no sintió desagrado por su hermosura ni repugnancia por su cabellera rizada, pero la idea de no volver a verle más, de no volver a escuchar su voz o sus pasos, la hacía temblar de ansiedad.

Harald comenzó a hablar lentamente mirando los papeles, como si leyera lo que decía.

—Jenny, ya te he dicho que has hecho que me resultara doloroso cada momento vivido aquí. Has sido ruda y desagradable conmigo, incluso diría salvaje, desde que murió tu madre. Antes eras amistosa y casi te reías conmigo. Quizá te hayas sentido amargada por su testamento y, en cierta forma, no te lo reprocho. Yo me habría sentido igual en idénticas circunstancias. Es una afrenta para una hija única, pero tu madre te quiso muchísimo, Jenny. Nunca he podido comprender ese testamento. Quise que Myrtle lo cambiara...

—¡Lo sé! —Ahora su rostro se tornó oscuro y furioso—. ¡Sé que escuchaste que ella me decía, en el vestíbulo, que sabía que había cometido una injusticia conmigo y que iba a cambiar su testamento! ¡Y eso pasó sólo dos días antes de que muriera!

Harald no demostró sorpresa, pues su madre le había revelado aquello unos meses antes.

—Sí, es completamente cierto, Jenny, y yo me sentí contento.

—¡Contento! —Jenny se puso en pie de un salto, inclinándose hacia él con



violenta furia y hablando con los dientes apretados—. ¡Estabas tan contento que tú y tu hermano os pusisteis de acuerdo para matar a mi madre antes de que cambiara el testamento! ¡Los oí a los dos! ¡Y él lo hizo! ¡Lo hizo, ese asesino!

Harald se puso intensamente blanco. Se levantó muy lentamente y se le enfrentó. Trató de hablar, se humedeció los labios y probó de nuevo. Su propia voz le sonó extraña.

—¿Estás loca, Jenny? ¿Has perdido la razón? —Sus ojos se dilataron y quedaron fijos como ámbar.

Ella hizo una mueca que le deformó el rostro.

—¿Acaso crees que me importa ese dinero? ¿Crees que es importante para mí? ¿Crees que estaba enfurecida por el testamento de mi madre? ¡Ese dinero era suyo! ¡Suyo! ¡Podía hacer con él lo que le diera la gana, en cuanto a mí se refería! ¡Para mí no significaba nada, nada en absoluto! Pero su... su vida lo era todo para mí y la asesinasteis para impedir que cambiara su testamento. ¡Tú puedes mentir una y otra vez! ¡Has sido mentiroso toda tu vida! ¡Pero nada podrá alterar nunca la verdad!

Harald miró involuntariamente la puerta cerrada con expresión dolorida y alterada.

—Jenny, baja la voz. ¿Cómo puedes pensar eso de mí y de Jon? —Era él quien temblaba ahora—. De modo que era eso lo que andaba mal desde que murió tu madre. Jenny, Jenny, estás loca. Créeme, estoy convencido de que estás loca.

—¡Loca! —Echó hacia atrás la cabeza con tanta furia que le sobresalieron los músculos del cuello como si fueran blancas sogas. Se echó a reír, con un sonido corto y estremecedor—. ¿Es eso todo lo que puedes decir sobre tu crimen, pues bien sabes que eres culpable? ¡Tú y tu hermano, el doctor!

La cogió por un brazo y la sostuvo, y cuando ella trató de soltarse lo apretó más.

—Escúchame, idiota —le dijo en voz baja—. Escúchame a mí en vez de escuchar tus locas fantasías. Tu madre murió de un ataque al corazón. Desde hacía meses sabía que iba a morir, pero no quería que tú y yo lo supiéramos. Hizo que mi hermano le prometiera no revelarlo. Pero al morir ella él me lo dijo. Era una mujer valerosa. No quiso que estuviéramos tristes antes de tiempo. Una mujer valerosa. Sabía que podía morir en cualquier momento, pero no nos dijo nada. ¡No voy a permitir que tu locura le haga daño! ¡No lo voy a permitir, Jenny!

Ella trató de apartarse de él con más fuerza, enloquecida, y él la soltó, casi se cayó al quedar súbitamente libre y tuvo que agarrarse a una silla para evitar caer de cabeza. Él, de pie, la miraba serio, con cara que para ella era la de un extraño, fría, rigurosa y condenatoria. A pesar de su furia salvaje y del odio que sentía, Jenny se quedó confundida y quieta.

—Voy a hacer que te examine un médico, Jenny, y que te recluyan hasta que quedes curada de tu loca obsesión. Lo digo en serio, Jenny, pero antes de hacerlo

quiero que me digas de dónde sacaste esa idea torcida, pues tienes una mente torcida, una mente extraña, peculiar e inhumana.

—¡Muy bien, te lo voy a decir! —gritó, mientras le corrían las lágrimas por la cara y se le atascaba el aliento en la garganta—. Fue la noche en que murió. Tu hermano vino a verla y después los dos bajasteis al vestíbulo hablando, casi susurrando, y yo tuve miedo por mi madre. Sabía que estaba enferma, pero no tanto. Jon la trataba, venía casi todos los días. Pensé que los dos me ocultabais algo y entonces me deslicé por la escalera sin que me vierais, y os escuché murmurando en el vestíbulo.

Se detuvo, tragó saliva y contuvo un sollozo. Toda una vida de pena y sufrimiento le ahogaba el aliento. Se llevó la mano a la garganta, sofocada.

—Sigue —le ordenó Harald con la misma voz implacable de su hermano.

—¡Yo no... escuché suficiente, pero sí lo bastante!: «*Le di una inyección, va a dar resultado*».

La cara de Harald adquirió la misma expresión de Jon, firme, dura y retraída.

—Sigue —dijo con calma.

—¡Ella necesitaba la digitalina para mantenerse viva! ¡Pero vosotros se la quitasteis y yo no pude encontrarla!, y luego... y luego... dos horas después murió, después de la inyección.

Jenny se cubrió la cara con las manos. Harald esperó, tenía el rostro empapado de sudor. Cuando Jenny dejó caer por fin las manos, pudo ver su abismal dolor y su desesperación, pero no se sintió conmovido.

—¿Pidió tu madre la digitalina, Jenny?

—No, pero yo siempre se la daba por la noche, era lo último que le daba, y no pude encontrarla. Quise preguntarle, pero lo... lo... que tu hermano le dio... le había provocado una somnolencia. Creo que entró en coma... ¡Oh, Dios mío, no lo sé! Pero no volvió a despertar.

Harald movió la cabeza lentamente, como ofuscado, y se sentó mirando el suelo en silencio. La muchacha sollozaba, un llanto seco que le sacudía todo el cuerpo. Se apoyaba en el respaldo de una silla y todo el cuerpo se le doblaba de angustia. Por último, los ruidos que hacía despertaron a Harald de su abstracción y la miró, lleno de compasión.

—Jenny, Jenny. Aquella noche, cuando vino Jon la encontró prácticamente en agonía. Pensó en llevarla a un hospital, pero resolvió que estaba demasiado enferma para trasladarla. Todo el día había tenido dolores muy fuertes y no nos había dicho nada, ¿no fue así? Pero yo sabía que estaba mucho más enferma que lo habitual, mandé buscar a Jon y él vino. Dijo que había una cosa muy nueva que iba a probar como último recurso: la adrenalina. Tu madre se moría, Jon estuvo a su lado hasta que se quedó un poco más tranquila, pero ya en su dormitorio me dijo que no viviría,

aunque quizás hubiera una leve esperanza. Que regresaría por la mañana. Pero murió durante la noche.

—¡Mientes! ¡Mientes! ¡Tú querías su dinero! ¡Ésa fue la única razón por la que te casaste: su dinero! —Pero Jenny pareció quedar apabullada de repente—. ¡Y... la hiciste matar! ¡Querías que muriera antes de que pudiera cambiar el testamento!

—¡Oh, Jenny, eres una idiota! Jenny, ¿te olvidas de que tu madre fue llevada al hospital a la mañana siguiente? Estabas tan deshecha que no preguntaste por qué, pero yo lo sabía, Jon quiso que se le hiciera una autopsia. Las autopsias son muy importantes para los médicos. Di mi consentimiento. Después me arrepentí, pensando en el cuerpo de Myrtle, ¡pero, por Dios, ahora me alegro! ¡Dios, cómo me alegro! Tu consentimiento no era necesario, es el marido quien decide. El corazón de tu madre fue examinado detenidamente por cinco médicos por lo menos, además de Jon. Se trataba de un caso clásico de lo que ellos llaman infarto de miocardio. Creo que se trata de un gran coágulo de sangre. En cierta forma, la enfermedad que la aquejaba no había tenido nada que ver con la causa de su muerte. Podía ocurrirle a cualquiera, pero en su caso era peor debido a que tenía un corazón débil. Se maravillaban de que hubiera podido sobrevivir antes de que llegara Jon. Además, uno de los médicos escribió sobre el caso en una revista médica, con fotografías.

—Mientes... —susurró Jenny. Fue sólo un susurro, pero una fría expresión de horror comenzó a extenderse por la cara.

Harald suspiró y se encogió de hombros.

—Jenny, las notas tomadas en el hospital están ahí para que las leas tú misma. Puedes ir a Sta. Hilda mañana, preguntar por el doctor Louis Hedler y pedirle que te muestre los registros. Como hija de Myrtle no se va a negar. Oh... —y rió con una risa muy cercana al desprecio— ¿crees que todos los doctores, incluyendo a Hedler, están complicados con Jon y conmigo? Tal vez creas que todo Hambleton conspiró con Jon para «asesinar a tu madre».

Jenny se derrumbó sobre una silla y le miró con ojos desorientados clavados en un rostro gris. No podía hablar.

—¡Pensar —dijo Harald— que basándote en algo que escuchaste a escondidas has podido pensar que mi hermano, un médico de prestigio, había conspirado conmigo para matar a tu madre! ¿Para qué? ¿Para quedarse con un poco de su dinero? Ella me quería, Jenny, y yo sabía que pensaba cambiar su testamento. Pensaba darme la mitad de su fortuna a mí y la otra mitad a ti, sin ninguna condenable disposición de encerrarme en esta detestable isla durante siete meses de mi vida todos los años. Lo discutimos, Jenny, antes de que te lo mencionara.

Sacudió la cabeza, apoyó los codos sobre las rodillas y se cubrió la cara con las manos.

—Es todo culpa de Pete —dijo como hablando consigo mismo—. Él te deformó,

te apartó de la vida, de la gente, y me imagino por qué lo hizo. Decía que tú eras su princesa. Me lo dijo tu madre. Eras su querida. Nunca te dejaría escapar hacia una vida cuerda y normal, pues verías las cosas claras, verías todo el mundo que perdías. Llegaría el momento en que le dejarías por alguna otra persona, algún otro hombre. ¿Penetras conmigo, Jenny, en esa cloaca que fue la mente de tu padre? No me mires así, Jenny. Podría lamentarlo por ti, después de todas tus acusaciones, pero no quiero hacerlo todavía. Creo que quiero reírme un poco de ti, despreciarte un poco, aunque sé que no tienes tú la culpa, son tus fantasías, las fantasías que tu padre estimuló para que nunca le dejaras. Construyó para ti un mundo de locura para que tuvieras miedo de los demás, para que sospecharas que había dragones en todos los rincones, para que desconfiaras de todo el mundo. Para mantenerte encerrada para él solo. Tengo algunas cartas, que tu madre me escribió cuando yo estaba en Nueva York —agregó dejando caer las manos—. Fue antes de que nos casáramos. Ya estábamos comprometidos y me decía que esperaba que la vida normal que te pudiéramos dar juntos te cambiaría y te haría libre de una vez por todas. Esta noche te daré las cartas, Jenny. No quería que las vieras, pero creo que necesitas el castigo.

Se levantó muy cansado, abatido, y miró a la muchacha, que tenía la cabeza caída sobre el pecho. Deseaba con toda su alma acariciar aquel pelo negro que parecía cristal reluciente. Hubiera querido abrazarla y consolarla tiernamente, sin pasión. Se había convertido súbitamente en una niña deshecha, vencida. «Jenny, Jenny», pensó. «Esto va a pasar, eres joven y te recuperarás. Y quizá pueda haber alguna esperanza para mí, después de la pesadilla que has vivido».

Pero Jenny también pensaba. «Jon, Jon, ¿cómo puedo volver a verte? ¿Cómo puedo atreverme a mirarte? ¡Oh, Jon!, ¿podrás perdonarme alguna vez? Debo de haber perdido la razón, estaba dispuesta a creer cualquier cosa de Harald, pero ¿cómo pude haberla creído de ti?». Aquella noche, cuando por fin pudo subir la escalera, débil y temblorosa, encontró las cartas de su madre sobre la mesa. Las leyó todas, llorando.

Jenny no pudo dormir aquella noche. Y Harald tampoco. Su gesto hacia Jenny con referencia a la herencia de su madre había sido por lo menos parcialmente sincero. Encontraba la isla cada vez más desagradable y los meses que se veía obligado a pasar allí, eran meses que describía a sus amigos de Filadelfia, Nueva York y Boston como su «encarcelamiento». No estaba en consonancia con sus gustos modernos ni sus costumbres y encontraba el ambiente opresivo. Se sentía inquieto cada minuto que vivía allí, pues desde su más tierna infancia había soñado con una existencia más cosmopolita que la que podía proporcionarle el ritmo lento del pueblo. Por más que era afable, agradable y atractivo, tenía pocos o ningún verdadero amigo en Hambleton, pues su naturaleza le impedía apegarse demasiado a los amigos ni a la sociedad. Por otra parte, la gente se siente inclinada a ser muy parcial en materia de

política o de costumbres y muy emotiva en otras cosas, y Harald no era de temperamento parcial ni emotivo. Ambas cosas le resultaban aburridas. Le gustaba el camino fácil, agradable, el camino tranquilo de aceptar más que de rechazar, y de no adoptar nunca, en ningún momento, una posición irreductible.

Pero... amaba a Jenny. Al principio la idea le resultó divertida. Después, al provocarle dolor, encontró su condición de enamorado turbadora y excitante a la vez. Quería de veras a la muchacha, pero la quería sin su isla. Al hacerle la oferta de devolverle su herencia, también le devolvía la aborrecida isla. Había creído hasta entonces que su furioso y constante antagonismo desde la muerte de su madre era debido a su enojo por haber sido tratada en forma tan fría en el testamento, pues Harald, pese a su agradable e indiferente enfoque de la vida, valoraba el dinero por encima de todas las cosas y no podía concebir que hubiera gente que fuera desinteresada. Al dar a Jenny la herencia de su madre creía que eliminaba tanto su antagonismo como los motivos de su rechazo. Al igual que su hermano Jonathan, pensaba que las mujeres estaban dispuestas a los romances fáciles y que él las impresionaba siempre. No había razón para creer que Jenny sería una excepción.

Si ella no se hubiera echado contra él como un águila salvaje, todo espolones, pico agudo y furia loca, el siguiente paso después de la aceptación de sus condiciones hubiera sido recordarle amablemente que la amaba. Lo había planeado todo, como una escena teatral. La gratitud y alegría ante la perspectiva de recibir todo el dinero de su madre y la isla por añadidura, la suavizarían, le tomaría en serio y hubiera hecho pensar que el dinero no lo era todo para Harald Ferrier, pero para ella sí. Ninguna mujer puede evitar sentirse halagada y conmovida ante tales muestras de devoción y sacrificio, especialmente cuando desaparece el obstáculo. Dentro de pocos días, pues Jenny era una muchacha reflexiva, empezaría a sentir afecto por él y lamentaría haberlo tratado con tanta maldad e injusticia. El futuro sería entonces inevitable.

Su parte en el libreto había sido perfecta en cuanto a la letra, pero después parecía haber enloquecido. Jenny había reaccionado al principio de la manera esperada, pero luego se había apartado de las frases planeadas por Harald, de las palabras de gratitud, y había iniciado un discurso explosivo, de su propia cosecha. A partir de entonces la comedia había fracasado, los actores decían lo que se les ocurría con un total desprecio hacia el autor: Harald Ferrier. Había montado una comedia-melodrama dentro de una línea agradable, maneras suaves e insinuaciones poéticas, y todo se había transformado en una trágica farsa, en una tragicomedia.

Estaba tendido sobre su cama, más bien la de Myrtle, derritiéndose por el calor que no cedía, miraba las estrellas y la luna cálida sin saber si maldecirlas o echarse a reír. Pobre Jon: no bastaba con que le hubieran acusado de dos asesinatos. Aquella noche habían vuelto a acusarlo de otro, tan absurdo, tan elaborado por la mente de esa

pobre muchacha estúpida que sospechaba de todos y de todo que el propio Jon lo hubiera encontrado dolorosamente divertido. Más adelante, cuando Jenny y yo estemos casados, pensó Harald, se lo contaré. Jon no tiene sentido del humor, solamente un ingenio brutal. Aun así, le va a parecer divertido e increíble.

Harald no tenía la intención de entregar a Jenny la herencia de su madre y renunciar a sus derechos sobre la isla si ella seguía negándose a su proposición. Si le rechazaba no firmaría los contratos. Su pequeño discurso sobre la visita a sus respectivos abogados no tenía otro fin que el de impresionarla, apareciendo ante ella como una figura heroica y sacrificada, atractiva, benigna, amante, devota. Mañana sería otro día. Se fingiría sumamente ofendido por sus acusaciones y no se permitiría a sí mismo perdonarla tan pronto, a fin de tomarse tiempo para «pensar el asunto cuidadosamente».

En realidad se había sentido impresionado y considerablemente alarmado ante las locas acusaciones de Jenny, pero no tanto. Conocía mucho más que su hermano la voluble naturaleza humana y sus irracionales tormentas y nada le sorprendía, sobresaltaba ni confundía. Su estado de consternación no tardó en desintegrarse y se sintió más bien divertido. Sentía cada vez más lástima por Jenny, que había albergado durante tanto tiempo aquella horrible sospecha en su mente ingenua. «Jenny, Jenny», pensó con cariño, «si yo hubiera querido librarme de tu madre, lo habría hecho con muchísima más delicadeza. Y, ciertamente, ni en sueños habría confiado en Jon para que me ayudara. ¡Qué poco conoces a nadie!».

Sintió que recuperaba su habitual urbanidad y tranquilidad de espíritu. Finalmente se durmió pensando que tanto si Jenny se casaba con él o no, siempre le quedarían los ingresos de la opulenta herencia de su madre. No se le ocurría siquiera pensar que Jenny pudiera rechazarle. Después de todo, ¿quién más la querría? ¿Quién querría casarse con una muchacha que recibía por todo ingreso cien dólares al mes, con la perspectiva, es cierto, de heredar eventualmente una gran fortuna? Pero aquellas perspectivas eran para un futuro muy lejano y los muchachos jóvenes tienen poca fe en el futuro. Quieren el presente.

Si Jenny se casara con él, sería dueño no sólo de la única mujer con la que siempre quiso casarse con deseo, pasión y amor, sino que tendría por añadidura aquel hermoso dinero. Venderían la maldita isla o la alquilarían. No significaba nada para Harald, que se estaba sumergiendo en un placentero sueño. Soñó que la isla había sido destrozada y aplastada por un huracán, y que él y Jenny, a bordo de un lujoso trasatlántico, la veían alejarse hecha pedazos, y se reían.

## Capítulo 28

Robert Morgan caminaba tristemente por la casa que él y su madre habían comprado. Era una hermosa casa, de nobles proporciones, pero su madre había destrozado con vetustos muebles y deformantes espejos, la casa limpia, brillante y alegre que daba a los jardines.

—Robert, los pájaros son muy fastidiosos en este pueblo —le dijo después de la segunda noche que pasaban en la casa—. Me despiertan por la mañana y me afectan el sistema nervioso. No he podido dormir más de ocho o nueve horas por noche desde que tuvimos la desgracia de llegar aquí.

Robert miró a su alrededor y quedó más deprimido que nunca. ¿Era posible que jamás hubiera advertido lo basto y grosero que era el gusto de su madre? Había visto la casa de los Ferrier y otras casas en Hambleton, todas ellas alegres y cómodas, incluyendo la de los Kitchener, que aun cuando no tenía la elegancia y encanto de la de los Ferrier, poseía sin embargo distinción por su color, su amplitud, su calidez, su inocente alegría y calor de hogar. ¿Cómo podía pensar en traer a Jenny Heger a aquella casa, a la que ahora se refería como «la casa de mi madre»? Su madre había destruido inteligentemente, e incluso con malicia, todo encanto, toda gracia.

—Madre, no creo que los pájaros sean fastidiosos —le dijo—. Y no eres una inválida. No es normal dormir más de ocho o nueve horas al día.

—¡Robert! ¿Te olvidas de que tengo artritis?

—No tienes ninguna articulación hinchada.

—No has visto mis... miembros, ni mis pies, ni has sentido los dolores que siento yo en los hombros y la espalda. No te entiendo, Robert. He hecho todo lo que he sabido para complacerte, he consentido en quedarme en este pueblo, en esta casa que no me gusta. Había otros hogares más convenientes...

—Casas —corrigió Robert.

Jane elevó la voz imperativamente.

—¡No te entiendo, Robert! Estábamos hablando de los pájaros. ¿No podemos ponerles trampas o por lo menos comprar uno o dos gatos para acabar con ellos? ¿Cómo pudo el Todopoderoso crear criaturas tan ruidosas, para turbar la paz de la humanidad! ¡Es algo que escapa a mi comprensión! Antes casi me gustaban, pero ahora los detesto. Seguramente son inútiles...

—Madre —dijo Robert—. Si desaparecieran todos los pájaros del mundo, el hombre no sobreviviría siete años. Ésa es una realidad científica. Tampoco te gustan estos hermosos árboles y creo que te oí decir que te «extrañaba que Dios los hubiera creado». Si los árboles desaparecieran de la superficie de la tierra se convertiría en un desierto en el que no podríamos vivir. No habría más lluvias, se secaría la hierba y la tierra sería estéril. Solamente la raza humana —dijo en tono más elevado— podría

desaparecer por completo sin que ninguna otra especie viviente sintiera jamás su pérdida. ¡A decir verdad, somos criaturas sin valor ninguno!

Jane lo miró fijamente.

—Debo decirte, Robert, que hablas igual que tu querido amigo, el doctor Ferrier. ¡Blasfemo! ¿No creó Dios al hombre para que dominara el mundo y mandara sobre todas las cosas? Entonces, todo lo demás podría desaparecer, y en muchos casos significaría una mejora, y el hombre seguiría triunfalmente vivo.

—No es cierto —dijo Robert—. Estaría muerto. Y a veces, en mis relaciones con mis queridos semejantes, pienso que sería delicioso. Ya que estás citando la Biblia, permíteme recordarte que afirma que Dios hizo las criaturas de la tierra, el mar y el cielo, y las selvas, y los lagos y las corrientes, antes de castigarlos con la presencia del hombre, y primero los bendijo. Si dio al hombre el dominio sobre estas criaturas irresponsables, no fue para que las destruyera, sino para protegerlas, pues son tan hermosas o más que el hombre.

—¡Blasfemia! —gritó Jane horrorizada.

—He comenzado a creer —dijo Robert recorriendo con la mirada la habitación grande y monótona que su madre designaba como «sala» que el hombre es una blasfemia por su simple existencia.

—¡Eso no es cristiano, Robert!

Robert se estaba divirtiendo a sus anchas.

—Puede no ser cristiano en el sentido que tú le das a esta palabra, madre, pero es la verdad. Las ciudades empiezan a robar sitio al campo en todo el mundo. Si por lo menos fueran hermosas y respetaran la naturaleza, si la protegieran y conservaran sus recursos, eso no importaría demasiado, aunque me asusta pensar que ya no habrá más santuarios tranquilos en el futuro, ni benditos silencios, solamente las voces discordantes de la gente. Pero probablemente yo ya no estaré aquí, y ésa es una de las bendiciones de la muerte. Además —siguió Robert divirtiéndose cada vez más y en venganza por el atentado cometido contra la hermosa casa— creo que la Biblia dice que el hombre es corrompido, lleno de pecado, que mata por matar y es prácticamente irredimible. Ni la serpiente o el tigre, ni el mosquito o la mosca común, son condenados con un lenguaje tan violento. «*El hombre es corrompido desde su nacimiento y lleva el mal desde su juventud*». No recuerdo que se haya dicho lo mismo del renacuajo, del piojo o de la chinche. Sólo de los hombres.

Jane había comenzado a sonreír de una forma extraña.

—Veo que tu amigo ha cambiado verdaderamente tu actitud cristiana, Robert. ¡Pero, y qué contenta estoy de que sea así, no estará aquí mucho más tiempo!

—Es cierto —dijo Robert.

Entonces comprendió que a pesar de lo ocurrido entre él y Jonathan, iba a extrañarle más de lo que había creído posible extrañar a ningún otro ser humano. Era



joven, optimista y casi se había recuperado de la impresión causada por el encuentro de aquel día, y, además, había visto a Jenny otras veces en la isla. Ella había sido tímidamente amable con él y le había recibido con evidentes muestras de satisfacción y confianza. Había empezado a alimentar esperanzas. Ella no le había vuelto a hablar de Jonathan y éste no la había mencionado recientemente.

—Un vagabundo sobre la faz de la tierra, eso es lo que será, Robert.

—Posiblemente sea así durante cierto tiempo. He sabido que ha tenido magníficas ofertas desde Nueva York, Filadelfia y Boston. Un hospital llegó a proponerle como jefe de personal y otro como jefe de la División de Cirugía.

—Nunca conseguirá un puesto así, mi querido Robert.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Robert volviéndose rápidamente hacia ella. Jane sonrió con profunda satisfacción.

—Yo me reúno con gente, Robert, para inclinarlos en tu favor. Durante las reuniones con las señoras de este miserable pueblucho he oído... insinuaciones...

—¿De qué? —Robert estaba ahora alarmado y turbado.

—No puedo decírtelo —dijo su madre frunciendo la boca—. Además no soy de esas a quienes les gusta chismorrear, ni permito confidencias.

Robert la escudriñaba en silencio y fruncía el entrecejo. Tenía la sensación de que algo andaba mal respecto a Jonathan durante las últimas semanas, pero había desechado la idea creyéndola fruto de su imaginación. Sus nuevos colegas le trataban con amabilidad, pero notaba que cambiaban de expresión cuando mencionaba a Jonathan y eludían el tema. Había llegado a la conclusión de que puesto que Jonathan se iba, ya no tenía interés para el mundo médico en que se movía dentro de Hambledon, pues era un pueblo centrado en sus cosas y Jonathan ya no formaba parte de aquella sociedad cerrada.

—Es temible caer en las «Manos del Dios Viviente» —citó Jane con placer.

—Lo es, ciertamente —dijo Robert—. Madre, si has oído decir algo respecto a Jonathan, insisto en que me lo digas, pues es mi amigo.

Jane asintió con gesto sombrío.

—No es amigo de nadie. Se ha puesto contra todos, de modo que soy sumamente feliz sabiendo que se irá pronto, o tal vez le obliguen a irse. Eso es lo que he oído decir, Robert. Y las señoras, indignadas, insinúan que no se le permitirá ejercer la medicina en ninguna parte. Ciertamente...

—¡Por el amor de Dios! —gritó Robert de repente—. ¿De qué diablos estás hablando? ¿A qué chismes de señoras idiotas has prestado oídos?

Su madre se levantó con aire de dignidad ofendida, bajó los ojos ante su explosión de violencia y, olvidando sus bastones, se fue como si la precedieran los pregoneros. Robert hervía viéndola alejarse. Conocía a su madre, no le diría nada. La había ofendido gravemente. No le dirigiría la palabra durante días, salvo en casos de

extrema gravedad, hasta que él se viera obligado a disculparse y ella encontrara su propio silencio insoportable.

Robert salió dando un portazo a la luz del sol caluroso de la mañana, y fue como si surgiera de una sombría tumba. Estaba turbado y ansioso. Pensó si debía decirle algo a Jonathan. Recordó que últimamente le había parecido muy despreocupado, agradable y amistoso, y que su lengua era menos mordiente. Jonathan, que conocía Hambledon más que Robert, con toda seguridad ya estaría advertido si algún peligro le amenazaba. Resolvió no confiar a nadie el maligno chisme de su madre. ¿Qué había hecho ella, realmente, más que repetir lo dicho por mujeres despreciables?

Su interés por Jonathan disipó la última hostilidad y distanciamiento que sintiera aquel día a la orilla del río y volvió a experimentar por él los mismos sentimientos fraternales y respetuosos. Si alguien había de extrañarlo en Hambledon sería Robert Morgan. «Tal vez», pensó Robert, «cuando se haya establecido en alguna otra parte me mande a buscar. Me gusta muchísimo Hambledon, pero si Jon me pide que vaya con él, lo haré».

El senador Kenton Champion salió de la hermosa casa victoriana de su hermana y echó una mirada hacia la enorme y monstruosamente fea casa del doctor Martin Eaton, pensando, como siempre, que si la suya era ridícula para Hambledon, la del doctor Eaton tendría que ser demolida en interés de la belleza pública, después de su pública condenación. Pensó que no era peor que otras casas sobre el River Road y que tenía unos jardines notoriamente hermosos y una preciosa vista del río, además de grandes extensiones de tierra, pero no dejaba de ser espantosa y era un insulto para la mirada.

Una criada le introdujo en la gran sala y en seguida apareció presurosa Flora Eaton, con un delantal de jardinería, la cara húmeda y el cabello despeinado. Tiró a un lado sus guantes de jardín y entró en la habitación con su vestido flotando alrededor de su figura angulosa.

—¡Querido, Kenton querido! —exclamó—. ¡Qué contenta estoy de verte! ¿Cómo está la querida Beatrice? Perdona mi aspecto, mis arvejas, sabes, con este tiempo no andan bien del todo. ¡Martin se sentirá tan feliz de verte! ¿Té helado, Kenton, o quizás... —y sus pálidos labios dibujaron una mueca traviesa— una gotita de algo?

—Una gotita de algo, querida Flora —dijo el radiante senador, envolviendo las delgadas manos pecosas de la mujer con sus cálidas palmas gruesas—. ¿Dónde está Martin?

Flora estaba sin aliento, como siempre, y hacía muecas en la forma que se había puesto de moda, movía los dedos, sacudía la cabeza, y movía convulsivamente los hombros. Al senador le disgustaba aquella moda que había sido copiada de las hermosas componentes del Sexteto de Florodora, si bien aquella agitada animación

no resultaba repelente en una muchacha, aunque sí cansadora. No obstante, una señora de la edad de Flora debería saber comportarse, pensaba para sí. Le ponía nervioso. ¿Qué era lo que le recordaba, tanto ella como otras señoras? Alguna enfermedad. Sí, la de Parkinson.

Flora le informó atragantándose que su marido estaba en su estudio, como de costumbre por la mañana, pero le llamaría y podrían charlar cómodamente. Sus ojos hundidos giraban significativamente, los grandes dientes lanzaban destellos, los codos, manos, caderas, hombros, se movían hacia todos lados y no paraba de levantarse y bajarse sobre los dedos de los pies.

—¡No, no, querida Flora! —gritó el jovial senador—. ¡No pienso sacarte ni por un momento de tu hermoso jardín! Debía de haber llamado primero. Voy directamente al estudio de Martin. Asunto espinoso, querida, asunto espinoso nada apropiado para los oídos de una dama. Conozco el camino. ¡No te molestes, querida, no te molestes!

Le rozó afectuosamente el anguloso hombro y salió con mucha rapidez para un caballero de su circunferencia y volumen. Flora le miró con gesto lánguido. Era tan bueno, tan amable, tan dulce, tan distinguido. Buscó sus guantes y volvió corriendo al jardín, donde estaba preparando té para la tarde.

El senador trepó por las escaleras. Ahí también estaba todo cerrado, en penumbra, y el aire estancado olía a cera, barniz recalentado y polvo aromático. Pasó de un cuarto a otro, todos con las puertas cerradas, hasta que llegó al estudio, a cuya puerta llamó rápidamente.

—¿Martin? Soy Kent Campion. ¿Puedo verte unos minutos?

Oyó un crujido, un murmullo áspero y luego una especie de susurro que se acercaba. Se abrió la puerta y una figura alta apareció en el dintel, mirándolo seriamente. La cara que una vez fuera rellena, en un año se había hundido. Su cabeza calva ya no brillaba, la piel era amarillenta y apergaminada. Los ojos que una vez fueran azules y amables se habían oscurecido y estaban entrecerrados. Sólo quedaban la nariz grande y los labios gruesos, que no eran más que ruinas. Martin se apoyaba de forma lamentable en dos bastones y su costado izquierdo estaba casi completamente paralizado.

El senador miró a su alrededor. La compasión no era una de sus virtudes, pero en aquel momento sintió lástima. Recordaba alegres días festivos en aquella biblioteca y las risas y bromas varoniles, cuando ardía un gran fuego en el hogar de mármol y la nieve del invierno se acumulaba en las largas ventanas. Ahora sólo quedaban los recuerdos y sobre aquel escritorio, antes repleto de libros y carpetas médicas, sólo había una botella, un vaso y un cántaro de agua.

El senador, aún radiante, se sentó cerca del escritorio y pensó, pero sólo por un instante, que estaba aquí para tratar un negocio sucio y que hubiera deseado que no

fuera necesario. Sin embargo, lo era de veras. Además, en cierta forma, hacía un favor a Martin. No había duda alguna de que el abatido doctor había estado pensando durante un año en vengarse y estaba ahora así porque no había podido lograrlo. Su querido amigo, el senador Kent Champion, venía a ponerle la venganza en las manos, y al pensar en eso volvió a sentirse alegre.

—Sí, sí, Martin, voy a tomar un trago. Gracias. Observó cómo el inválido tomaba otro vaso, lo observaba para ver si quedaban restos y luego lo llenaba con *whisky* y agua.

—Gracias —repitió el senador inclinándose hacia delante para tomar el vaso—. ¿Cómo estás, querido y viejo amigo?

—Esperando la muerte —dijo Martin lentamente. El senador se echó a reír alegremente.

—¡Oh, por favor, qué morbosos estás! Naturalmente, bromeas. Todavía eres un hombre joven, Martin. Tienes el mundo por delante. Eres dos años menor que yo. ¿Por qué no te sientas afuera, en tu jardín, en ese maravilloso jardín tuyo? Es tan agradable en esa época, con esas maravillosas brisas frescas del río.

El doctor se había sentado dolorosamente y con sumo cuidado. Puso a un lado sus bastones, apoyó la mano derecha sobre la izquierda, que estaba paralizada y que parecía una garra. Miró al senador con unos ojos tan hundidos y casi cerrados que parecía que no tenían vida ni color.

—No me importa nada —dijo.

Levantó la botella y cuando el senador quiso ayudarlo le rechazó con un gesto de agotamiento. Llenó su vaso, agregó un dedo de agua, se lo llevó a los labios y bebió como un hombre que estuviera muriendo de sed. El senador le miraba, maravillado de que pudiera beber tanto y no por primera vez aquel día.

—Ahora, Martin —le dijo con su habitual ampulosidad— tenemos que reaccionar, realmente tenemos que hacerlo, por el bien de nuestros... ah... amigos... nuestra... hum... comunidad... por nuestros... hum... seres queridos. Nos lo debemos a nosotros mismos, a los demás. No somos personas sin importancia. Somos respetados, admirados, necesitados. Nosotros...

—Cállate, Kenton —le interrumpió con voz cansada y la mano derecha volvió a inclinar la botella sobre el vaso—. ¿Qué quieres? Siempre quieres alguna cosa.

—¿Te parece amable eso? —dijo Kent Champion, que sonreía cordialmente. Bebió de su propio vaso tratando de no fijarse en la capa de impresiones digitales que lo cubría—. Hemos pasado muchas horas felices en esta habitación, mi querido Martin, muchas horas. Te extrañamos, extrañamos aquellas horas felices. Vamos a volver a vivirlas, te lo prometo, cuando todo esto haya sido olvidado y... hum... consumado.

Un hombro delgado y ancho se movió debajo de la bata y sus ojos moribundos se fijaron atentamente en el político. Trataba de perforar la semioscuridad y el senador,

perceptivo como todos los políticos, era consciente de aquella concentración sobre su persona, de la súbita observación vigilante. Acercó su silla al escritorio.

—Estoy aquí para traerte la satisfacción con que has estado soñando durante meses, Martin, durante meses. Sucederá un milagro que llenará de paz a tu corazón y te devolverá la salud.

—Sigue —dijo la desfalleciente voz, esta vez un poco más viva.

—Jonathan Ferrier —dijo el senador.

Esperó alguna señal de emoción al oír el nombre odiado, un temblor del lado no paralizado de la cara, una exclamación, un tenue grito, tal vez un movimiento involuntario. No ocurrió nada. Martin Eaton continuó mirándole durante un largo rato con aquellos ojos sin decir una palabra. Finalmente giró rígidamente la cabeza con su calvicie amarillenta y miró las ventanas cerradas. Parecía haberse olvidado completamente de su visitante.

—Jonathan Ferrier —repitió el senador, pensando que Martin había perdido la razón y se había olvidado de su nombre.

—Ya te he oído —dijo Martin sin dejar de mirar hacia las ventanas y sin hacer el menor movimiento.

El senador tosió.

—El hombre que todos seguimos creyendo que mató a tu sobrina y al hijo que aún no había nacido.

Bueno, ¿qué diablos le pasaba a este tipo?

—¿Todavía lo creéis? —preguntó Martin con voz distante y apagada.

—¡Claro, claro, querido amigo! Nadie cree que sea inocente. Corren rumores de que compró a algunos miembros del jurado.

Martin volvió a cerrar la mano derecha sobre la izquierda y lentamente, muy lentamente, se frotó la carne seca sin mirar ni por un instante al senador. Su boca color ceniza temblaba incontrolablemente, lo que llenaba de satisfacción al senador, pues ahora estaba seguro de que así expresaba su dolor y su inconsolable pena.

—No compró a los jurados. Eran hombres decentes —dijo por fin Martin.

El senador frunció las cejas.

—Ah, bueno, tú sabes lo que son los rumores, Martin. Yo nunca les presto oídos, pero ¿quién puede detener las lenguas? ¿Y... aquellas viejas historias? Pero sabemos que Ferrier fue culpable, y tú también lo sabes. ¿Acaso no te levantaste en la sala del tribunal cuando se leyó el veredicto, y gritaste: No, no?

El caído pecho que fuera una vez macizo y fuerte se levantó ostensiblemente y el senador esbozó una leve sonrisa. Se veía que el viejo odio seguía quemando allí, a pesar de la cara muerta y pasiva, la cabeza apuntando hacia otro lado y los ojos que se ocultaban.

—Sí —dijo Martin—. Lo hice.

—De modo que sabías que era culpable.

—Era culpable —musitó Martin luego de un silencio largo y opresivo.

—Bueno, pues —dijo Campion con reverdecida satisfacción— ahora tengo buenas noticias para ti. ¿Me escuchas, Martin? Sí. He oído decir que Ferrier ha decidido permanecer en Hambledon después de todo, para destruir y dañar a su voluntad, para refregarnos sus crímenes por la cara. Pero hemos decidido que esta pequeña ciudad no puede seguir siendo difamada y avergonzada por su presencia. Hemos... estado trabajando no sólo para que le revoquen la licencia en todo el territorio del Estado, sino para que se la retiren permanentemente y en todas partes. ¿Quién le va a dar abrigo y privilegios cuando la Soberana Comunidad de Pensilvania no le permita ejercer nunca más y le expulse?

Esta vez la arruinada cara se volvió casi con rapidez hacia el senador. Por primera vez apareció en ella un agudo destello debajo del hueco de los ojos, una llama intensa y fija. El senador hizo un amplio gesto.

—Sí, querido y viejo amigo, sí.

—Es un médico —dijo Martin.

Ésta no era exactamente la respuesta que esperaba el senador.

—Bien —dijo haciendo un movimiento con la mano—. Pronto dejará de serlo.

Miró a Martin mientras encendía uno de sus macizos cigarros y luego depositó el fósforo en un cenicero de bronce. Martin vigilaba cada uno de sus movimientos como si se sintiera poderosamente fascinado.

—Con tu ayuda, Martin.

Martin había fijado la mirada en el cigarro y los labios volvieron a temblarle.

—Todo lo que has sufrido por su culpa —dijo el senador— será vengado. La pobre y adorable Mavis será vengada. Te lo prometo, mi querido amigo, te lo prometo.

Pero, para consternación del senador, la cabeza grande y arruinada comenzó a moverse de un lado a otro, en una rotunda negativa.

—Él es médico —volvió a decir Martin.

—¡Sí pero... qué médico! —dijo el senador humedeciéndose los labios—. ¡Y cómo te pagó el afecto paternal que le brindaste, el apoyo, las presentaciones, el orgullo, la bondad! ¡Te pagó todo eso con odio y con el asesinato de esa adorable muchacha que era la alegría y la delicia de tu corazón!

La ardiente llama que brillaba en los ojos de Martin se atenuó, convirtiéndose en lágrimas.

—No —insistió Martin.

El senador se quitó el cigarro de la boca, soltó una densa nube de humo y preguntó con amabilidad:

—¿No, qué?

Los labios temblorosos se pusieron firmes y comenzó de nuevo la lenta negativa.

—No tendrás mi ayuda —dijo Martin.

—Vamos —sonrió Kenton Champion—. Sé que es doloroso para ti, querido amigo. Sé que no deseas que sean exhumadas las viejas penas. Pero tienes que ser valeroso. ¿Te has olvidado de Mavis? Ah, ¿quién sería capaz de olvidar aquella visión de hermosura, alegría y risas? No su devoto... tío, que la adoraba. Se fuerte, Martin, ésta es la última batalla y Mavis será vengada.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Martin.

—Te traeré los testigos aquí, Martin. Louis Hedler, Humphrey Bedloe, para que des el testimonio que no diste ante el tribunal. Sabemos desde hace tiempo que conocías algo que hubiera servido para condenar a Ferrier, pero que no quisiste decirlo tal vez a causa de tu viejo... interés... en su madre. Viejas amistades. Un corazón tierno había sufrido lo bastante: tu corazón. Sí; sabíamos que deliberadamente no diste testimonio en un asunto crucial y que mantuviste tu silencio. No quiero que lo guardes más, querido amigo. Quiero que digas a tus amigos lo que sabes para descargar por fin tu corazón y para que la justicia caiga por fin sobre ese asesino.

La contestación fue un seco susurro.

—*Doble perjuicio.*

—Sí, lo sé —dijo el senador ya con impaciencia y volviendo a agitar su cigarro—. No puede ser juzgado otra vez por el mismo crimen, pero tu testimonio va a convencer a Hedler, que está demostrando ser un poco rebelde a pesar de lo que ha sufrido por culpa de Ferrier, para que nos permita traer a dos prominentes miembros de Filadelfia de la Junta Médica del Estado. Ya tienen muchas pruebas, ¿pruebas, diremos?, pero la tuya será la más convincente de todas.

—¿Pruebas?

—Oh, no del crimen, sino de otros, suficientes para hacer saltar a Ferrier del país y mandarlo al fin de la Tierra.

Los ojos volvieron a brillar como lenguas de fuego y la voz salió sin entonación.

—¿Qué te ha hecho a ti, Champion?

El senador tuvo un sobresalto y miró fijamente al agobiado médico. La sonrisa desapareció.

—Bastante, Martin, bastante. Me ofendió terriblemente, y también quiero vengarme. Pero no voy a cansarte con mis problemas, ya tienes bastante con los tuyos. ¿Cuándo te traigo a los testigos?

¿Era acaso una sonrisa amarga e irónica lo que apareció en los labios agónicos de Eaton? El senador no sabía qué pensar, pero oyó una única palabra.

—¡No!

El senador estaba enojado, asombrado e incrédulo. Había una firme

determinación en esa palabra, una gran fuerza.

—¿No, Martin? ¿Después de todo lo que le hizo a Mavis, lo que te hizo a ti, nada más que por crueldad, perversión y odio?

—Vete por favor, Campion —dijo Martin.

Las cejas del senador se levantaron y quedaron en esa posición. Observó el brillo de su cigarro mientras sonreía reflexivamente. Su boca grande y roja se retorció como si estuviera pensando en algo delicioso.

—¿No nos ayudarás, Martin?

—No, y no. Eso es todo.

El senador suspiró, se recostó en su silla de cuero y miró hacia el techo.

—En mi profesión —dijo— es sumamente necesario conocer los secretos que la gente lleva en el corazón, sus pensamientos, sus emociones, sus deseos. Mavis era una muchacha adorable, pero tenía sus defectos, sus pequeñas extravagancias. Siempre se escudaba detrás de ti, Martin, sostenida y devotamente cuidada por ti. La querías más que a nada en el mundo. Nunca querías oír nada malo de ella, ni siquiera de la querida Flora, que es una mujer ejemplar. Sí, sí, tengo los oídos siempre atentos y nunca me olvido de nada. Mavis fue para ti un ángel de luz, adorada y honrada, y su nombre debía mantenerse inmaculado. Te hubieras dejado matar por Mavis.

Una respiración ronca llenó la habitación cerrada y polvorienta.

—Sí —dijo Martin Eaton, y la mano viva volvió a aferrar el borde del escritorio—. Es cierto.

—Ninguna palabra mala debía tocar a Mavis, mancharla o disminuirla.

—No —dijo Martin, y la respiración se hizo más audible y rápida.

El senador suspiró y sacudió la cabeza.

—Martin, me destroza el corazón lo que voy a decirte. Pero si no quieres ayudarnos debo, en mi tenaz búsqueda de la verdad, traer de nuevo el nombre de Mavis a la consideración pública, a la risa y a las especulaciones del público, a la calumnia. Y tú nombre también.

La gran figura postrada detrás del escritorio se agitó como si una gran mano la hubiera agarrado furiosamente. Los labios muertos se abrieron y cerraron silenciosamente. Los ojos apagados se abrieron mucho y echaron llamas.

«De modo que he logrado conmover al postrado degenerado», pensó satisfecho el senador, y continuó sacudiendo la cabeza y suspirando.

—Ya sabes cómo hablan las mujeres, Martin. Mi esposa fue la amiga más íntima de la mujer de tu hermano, Hilda Eaton. Se confiaban mutuamente, no tenían confianza con ninguna otra persona, y se escribían cartas. Eran como hermanas, más íntimas aún que si lo fueran. Mi esposa quedó abrumada de dolor cuando murió Hilda. Mi Henrietta querida, con ese corazón de oro, alma pura y cariñosa. Yo la consolé, como lo hace cualquier buen esposo. Y entonces fue cuando me lo dijo.



—¿Qué? —La palabra salió como un áspero gruñido.

—Que Mavis —dijo el senador afectando una expresión de delicadeza— *ERA HIJA TUYA*, no de tu hermano. Que Mavis era el resultado de un... hum... adulterio. No te condeno por ello, mi querido y viejo amigo, pero Hilda se parece a Marjorie Ferrier, ¿no es así?, y tú siempre... bueno... admiraste a Marjorie Ferrier y habías querido casarte con ella. Demos las gracias que tu hermano muriera sin saberlo y que tú y Flora adoptaran a Mavis y la trataran públicamente como una hija. Fue un gesto noble y digno de aprecio, Martin, y te admiro por eso. No, no, ningún otro ser viviente sabe la verdad, excepto tú y yo, y esa verdad quedará sellada en mis labios y nunca saldrá a la luz, a menos que tú me obligues. No acepto negativas, Martin.

Campion miraba al derrumbado Martin con una luz funesta en los ojos, y su amplia sonrisa era maligna. Pareció como si las últimas fuerzas que quedaban a Martin Eaton se hubieran puesto en movimiento violentamente. Entonces habló en voz alta y casi normal.

—No tienes pruebas y, te voy a demandar por difamación —le dijo mirándole fijamente con los ojos llameantes y llenos de odio.

—Hazlo, pero tengo pruebas, Martin. Comprenderás que un político conserva todas las cosas que puedan serle útiles en el futuro. No importa que sean insignificantes, con el tiempo pueden convertirse en una pepita de oro. Por eso persuadí a Henrietta para que lo escribiera de su puño y letra, como una especie de «confesión» que ella había ocultado durante tanto tiempo. Henrietta tenía un alma muy piadosa, pero no se sentía conmovida porque Hilda hubiera estado enamorada de ti y que tú la amaras. Había cierta dureza en el alma de Henrietta. Creía que tú habías «traicionado» a la bonita Hilda y que la habías seducido apartándola de su esposo. ¿Tengo que ser más detallista? Entonces induje a Henrietta a manifestar por escrito su propia indignación por el destino de su amada amiga y porque ésta no se hubiera atrevido a proclamar abiertamente la verdadera paternidad de su hija. Henrietta no le reprochaba nada a Hilda. No culpaba tampoco al traicionado esposo, ni a Flora. Te culpaba solamente a ti —y el senador mostró una risita indulgente— al seductor de una inocente, el destructor de un hogar lleno de amor, el despojador. —El senador seguía sonriendo suavemente—. «*No cometerás adulterio*». Para mi Henrietta era un delito peor que el homicidio. Ese mandamiento estaba por encima de los demás. ¡Hilda, la amiga de Henrietta, no podía haber cometido adulterio! Pero tú te habías impuesto sobre ella. Es un misterio para mí cómo Henrietta llegó a esa conclusión, pero tú sabes qué castos son los corazones de las mujeres. No pueden creer que una buena esposa traicione a su marido, de ninguna manera, a menos que las «fuercen» a hacerlo.

Acarició con las manos la seda de su bien cortado chaleco y miró al agobiado médico con un aire de tristeza y benignidad.

—Martin, a menos que nos ayudes, que nos digas lo que sabes, el nombre de Mavis quedará desprestigiado para siempre. A ti no te importa nada de ti mismo, pero sí te importa Mavis. Tienes que elegir: o la memoria de Mavis o el castigo de Jonathan Ferrier. —Se enderezó en su silla—. Sabiendo lo que sabes sobre él, ¿cómo puedes negarte a ayudarnos? ¿Cómo puedes negarle a Mavis la justicia que su alma debe anhelar? ¡No puedo creerlo! ¡No puedo entenderlo! —Diciendo esto, dio un golpe sobre el escritorio con su carnosos puño, como si estuviera ciego de rabia.

La cara del médico era el vivo y gris retrato de una extrema agonía. Se le había abierto la boca y se le veían los dientes, brillando tenuemente en la luz opaca. Jadeaba ásperamente y miraba al senador con un gesto ansioso de miedo, odio y desesperación. El senador le devolvía la mirada con expresión de severidad e indignación.

Entonces, muy lentamente, la mano sana abrió un cajón y sacó un pedazo de género blanco, que depositó sobre el escritorio. Los dos hombres lo miraron con interés. Finalmente, el doctor hizo un gesto débil y el senador lo tomó en sus manos. Era un objeto liviano y metálico dentro de su envoltura de tela. El senador desenrolló la tela y se encontró con un curioso instrumento o herramienta en la mano. Se inclinó para examinarlo con más cuidado. ¿Qué era, un cuchillo, un cuchillo corvo, un instrumento médico? Entonces vio un nombre inscripto sobre el mango: Jonathan Ferrier.

—¿Qué es? —preguntó. Notó que el borde estaba mohoso y el instrumento pegajoso, con una viscosidad que databa de mucho tiempo atrás.

—Una legra —dijo Martin Eaton como si se estuviera muriendo.

—¿Legra? ¿Qué es eso?

—Un instrumento de cirugía. Para raspar la matriz de una mujer. —La respiración se hizo más desacompasada y aguda.

—¡Ah! —exclamó el senador.

—La sangre de Mavis... sobre él —dijo Martin Eaton—. Ella me lo trajo, me lo dio... antes de morir.

Se echó atrás en su silla y lanzó un gruñido. Hizo girar la cabeza y fijó los ojos en el techo.

—La sangre es suya. Ella me lo trajo, él... lo había puesto sobre la mesa... y ella lo cogió.

Apuntó ciegamente hacia la envoltura de tela y esta vez el senador se echó para atrás. La tela conservaba ciertas manchas, oxidadas.

—¡Dios mío! —exclamó el senador con voz apagada.

Había querido conseguir pruebas, pero no tan horribles como aquélla. Volvió a envolver rápidamente la legra y dijo con voz que reflejaba auténtica repugnancia:

—¡Y usó esto con esa pobre muchacha indefensa, para matarla a ella ya su hijo!

Antes no lo había creído, pero lo creía ahora, o se obligaba a sí mismo a creerlo. La mano viva del doctor Eaton se extendió hacia el envoltorio, lo tomó y volvió a echarlo dentro del cajón, que cerró rápidamente con llave. Los dos hombres se miraron, el doctor jadeaba como si hubiera luchado durante largo rato contra algo formidable. El senador estaba aturdido.

—Gracias, Martin —dijo por fin Kenton Campion levantándose con aire de satisfacción—. Perdóname por haberte presionado. Era necesario, por el bien de Mavis, de ti mismo y de Hambledon. Tan pronto como puedan venir los testigos te lo haré saber. Querrán consultarte personalmente.

—Fuera de aquí —dijo el doctor Eaton cerrando los ojos.

El senador se retiró sonriendo cortésmente. En el vestíbulo de abajo sólo encontró a la criada, que lo acompañó hasta la puerta.

Hasta mucho tiempo después de la salida del senador, Martin Eaton permaneció sentado en su silla, cerrando y abriendo el puño derecho y mirando al vacío. Su respiración pesada se hizo más normal, pero le quedó la boca parcialmente abierta. Miró su sombrío estudio como si no hubiera estado allí nunca, examinando cosa por cosa. Dijo en voz alta: «Mavis, Mavis», y volvieron a humedecérsele los ojos. Después dijo: «Jon, Jon».

Miró el teléfono, fue a cogerlo, se acordó del senador y retiró la mano, pero continuó mirándolo durante un rato largo, con su mente enferma en un estado de verdadera turbulencia.

—¡Hilda, Marjorie, Marjorie! —gruñó por fin.

## Capítulo 29

Jenny Heger vagaba vacilante por la terraza donde Harald fumaba mientras leía el diario de la mañana, le miró con desconfianza antes de que él se diera cuenta de que no estaba solo. Entonces la miró sonriendo, se levantó y dejó el diario, acercándole una silla. Ella sacudió la cabeza y se restregó las manos contra la rústica bata marrón.

—Supongo —dijo con voz muy tenue— que nunca me perdonarás.

—Jenny —dijo con la mayor gentileza—. Nunca he tenido nada contra ti. Solamente me entristecía que pudieras pensar de mí tales cosas. —Sus grandes ojos castaños se posaron en ella durante un rato con profundo amor—. Pero estaba un poco... ofendido. Por eso es que me negué a ir contigo a ver a nuestros abogados para firmar esos contratos. Quería pensar, olvidarme de mi dolor.

Jenny suspiró y le miró tímidamente.

—Yo también he estado pensando —dijo con voz insegura—. Mamá no fue muy justa contigo y se dio cuenta. De modo que yo quiero hacer lo que ella hubiera deseado, y que habría hecho de seguir viviendo. El contrato que redactaste... no es justo. De modo que si quieres, iremos a ver a nuestros abogados y dividiremos la herencia en partes iguales. Entonces podrás... irte. No sé a cuánto asciende la herencia, no lo he calculado nunca, pero debe ser mucho.

—Sí, Jenny. Varios millones de dólares. Y sigue aumentando con las inversiones. —Seguía sonriendo, pero se había puesto en guardia—. Aun cuando se divida va a proporcionarnos muy buenos ingresos a los dos por el resto de nuestras vidas, dejando aún intacta la herencia básica para nuestros herederos.

—Me alegro —dijo Jenny con humildad—. Así podrás irte. Yo me quedaré aquí, en la isla de mi padre, y podré mantenerla así como él quería. Podemos ver a nuestros abogados cuando gustes, Harald.

Harald se sentía eufórico, pero no dejaba traslucir sus sentimientos.

—Jenny —le dijo— quiero hablar contigo. Por favor, siéntate un momento. No te quitaré mucho tiempo.

Jenny se sentía avergonzada por sus viejos prejuicios y sospechas, y no supo negarse. Se sentó en el borde de una silla de mimbre, un poco ruborizada, con la vista puesta sobre el azul del río, y esperó. Soplaba sobre la isla una brisa suave portadora de los perfumes de pino y hierba recién cortada, las flores y el agua. Jenny tenía los ojos de una niña, maravillados, contentos, escudriñadores. El leve viento hacía ondear la masa de sus cabellos negros, que sostenía con una cinta para que le dejaran libre el rostro. Harald no la había visto nunca como la veía entonces, tranquila, libre de tensiones y hostilidad. Alguna vez la había creído simple y sin complejidades, pero ahora sabía que Jenny tenía una personalidad esquiva y secreta.

—Jenny —le dijo— ¿querrás escucharme un momento sin dar un salto y

escaparte?

Ella le miró de aquella manera franca que la caracterizaba.

—Ya no me escapo —contestó—. He pasado la vida huyendo, pero ahora se ha terminado.

Harald sabía que era cierto, últimamente había perdido aquel tímido temor por todas las cosas y todas las personas. Ahora la envolvía un aire de orgullosa reticencia. No apartaba los ojos cuando alguien la miraba, ni se ruborizaba, ni huía ante la menor muestra de curiosidad, Jenny se había convertido en una mujer. Había adquirido valor y Harald no dudaba que estaba en condiciones de enfrentarse con cualquier actitud hostil o con quien quisiera ridiculizarla, con resolución o desprecio, según fuera el caso. Aquel aspecto de su naturaleza había sido suprimido desde mucho tiempo atrás. Harald la oía reír en la casa o jugar con los cachorritos en el prado.

—Así me gusta —dijo Harald—. Jamás hubo motivos para que escaparas. Cuando yo era chico solía escaparme también, era un estúpido.

—¿De veras? —preguntó Jenny sonriendo y mirándole interesada.

—Sí, así era. Quería que mi padre me quisiera, tanto a mí como a mis cuadros. Me parecía que él era maravilloso, pero llegué a descubrir que no tenía el buen gusto que tenía mi madre. Le gustaba el arte estereotipado, porque le faltaba imaginación para juzgar cualquier cosa, así que cuando le mostré mis primeras tentativas pareció dolorido y herido. Era un hombre estúpido. Mi hermano Jon nunca lo descubrió, pensaba que papá era la cumbre de todas las cosas, el recurso final, y por ese motivo no quería a nuestra madre porque estaba por encima de papá. A Jon no le gustan mis cuadros porque a papá no le gustaban.

—Eso no parece propio de Jon —dijo Jenny frunciendo el entrecejo.

—No, pero es cierto. Jon tampoco tiene imaginación.

Jenny se miró las manos sin decir nada y Harald se echó a reír amablemente.

—Las únicas personas perceptivas en nuestra familia, Jenny, somos mi madre y yo. Lo único que para Jon tiene interés y hermosura es un cadáver. —Volvió a reír—. Jamás apreció la hermosura de Mavis, por ejemplo, nunca la comprendió.

—No había nada que comprender —dijo Jenny con brusquedad—. Lo supe cuando todavía era muy joven, hace cuatro años. Las dificultades de Jon empezaron porque él creía que ella... tenía... bien, otras cosas que no mostraba. Pero ella no tenía nada que no estuviera a la vista, era tal como se la veía.

Harald quedó confundido, no estaba seguro de que la agudeza de Jenny fuera de su agrado.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó.

—Mavis era muy simple, en realidad —contestó Jenny animada—. Quería lo que quieren los cachorros: comida, juegos, diversiones, dormir, un lugar cómodo donde echarse, que los acaricien, los mimen, y lo que llamamos: «darles todos los gustos».

Admiración, sin dar nada a cambio. Además, intentaba conseguir todo lo que creía merecer.

Harald se puso a reflexionar sobre todo lo que Jenny, a la que nunca había juzgado justamente, le estaba diciendo. Sabía que era la pura verdad, sólo le fastidiaba que Jenny no hubiera sido engañada por Mavis.

—Mavis odiaba a cualquier persona que no le permitiera sus caprichos, o que esperara de ella algo que fuera verdadero y humano —continuó diciendo Jenny.

«Verdaderamente cierto», pensó Harald, «¡Pero qué hermosa era!».

—Me sorprendes, Jenny —le dijo—. Te portas de manera poco caritativa.

—No —dijo Jenny, volviendo a hablar con su primitiva firmeza—. Sencillamente digo la verdad, que Jon eventualmente descubrió.

—¿Cómo sabes que Jon lo descubrió?

—Lo sé —dijo Jenny apartando la mirada.

—Jon trató a Mavis de manera abominable.

Jenny volvió a dirigir hacia él el azul profundo de sus ojos.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo dijo ella?

Harald se quedó inmóvil en su silla, pero las manos se apretaron sobre sus brazos.

—Ya sabía —dijo Jenny— que la veías con frecuencia.

—¿Cómo te enteraste, Jenny? —preguntó él, terriblemente alarmado.

—Os veía por las noches a la orilla del río, conversando.

Harald tomó aliento, suavemente y con cuidado. Sus dedos se clavaban en los brazos de su asiento.

—Tenía que tener a alguien en quien poder confiar, y yo le era simpático —dijo mirando fijamente a Jenny.

—Sí, lo supongo —dijo Jenny, y le bastó a Harald una mirada para convencerse que la muchacha no ofrecía peligro para él—. Todo fue muy triste para ella, pero yo me siento más triste por Jon.

Harald sacó su perfumado pañuelo y se lo pasó por la frente.

—Mavis, aun cuando tú no lo creas, sentía un gran interés por el arte.

—Eso es una gran cosa —contestó Jenny con indiferencia. Ya se había olvidado de Mavis—. Pero querías hablar conmigo de algo, ¿verdad?

—Sí.

Harald se sacudió el miedo que sentía, miedo que había invadido la terraza como la sombra de un ala negra y vengadora, pero ahora se había desvanecido. Se inclinó hacia Jenny con las manos entrecruzadas entre las rodillas, mostrando una sonrisa encantadora y atractiva. Después se puso serio.

—Jenny, tú nunca me creías cuando te decía que quería casarme contigo, ¿verdad?

Ella se puso rígida, con el rostro frío y distante.

—¡Jenny, por lo general no se toma como un insulto que un hombre declare su amor a una mujer!

—Me... parece... que no —dijo removiéndose en la silla.

—¿No me crees?

Era como para echarse a reír, pero Jenny reflexionaba y sus pensamientos se remontaban al pasado. Harald sonreía y Jenny se sentía confundida. Sus mejillas pálidas y suaves se tiñeron de un rubor muy suave.

—Te creo —le dijo— pero querría que no volvieras a hablar de eso.

—¿Por qué no? Es muy importante para mí, Jenny, y no tiene nada que ver con el dinero.

—No, no, no tiene nada que ver con el dinero —dijo Jenny recuperando sus colores—. Lamento haber pensado eso alguna vez.

—Bien, Jenny: ¿qué dices ahora?

Se miró los dedos entrelazados y se sintió muy desgraciada.

—Yo... yo no puedo pensar en ti en esa forma.

—¿A causa de tu madre?

—No, se trata de otra cosa.

—Jenny, he notado que ese joven médico, el sustituto de Jon, ha venido a verte varias veces. Le tomas en serio, ¿verdad?

—Es muy amable —dijo Jenny. Se sentía miserable e intranquila.

—Y muy pueril —dijo Harald con indulgencia.

—Te equivocas —dijo Jenny algo acalorada—. Ser amable no significa ser idiota. Me gusta hablar con él, no... oculta nada. Es sincero y me gusta su compañía. Nos gustan las mismas cosas.

—¿Piensas casarte con él?

Jenny no dijo nada. Tenía un aspecto calamitoso.

—No he pensado en casarme con él —contestó al darse cuenta que Harald esperaba sonriente su respuesta.

—Bueno, eso es alentador. Vamos a ver, Jenny, ¿qué es lo que no te gusta de mí?

—Ya te lo he dicho: no puedo pensar en ti en esta forma. —Se levantó con desesperación—. No vuelvas a pedírmelo. Nunca podría casarme contigo, Harald.

Él también se levantó.

—Jenny, ¿podrías por lo menos reflexionar sobre eso como un acto de justicia hacia mí?

Ella miraba a su alrededor como buscando algún lugar donde esconderse.

—No puedo pensar en eso.

—Pero no hay ningún otro, Jenny, te comprendo. Te he amado durante mucho tiempo. Podríamos ser muy felices juntos.

—¡Vas a tener que perdonarme! —gritó Jenny.

Antes de que Harald pudiera decir nada ella había huido. La miró mientras bajaba casi volando las escaleras que iban al jardín. Se sintió aliviado, por lo menos no le había rechazado de plano, y había mostrado una enorme confusión y desconcierto. Eso tenía que significar algo. Un hombre que perturba a una mujer hasta el extremo de obligarla a escapar, tiene mucho en favor suyo. Además sentía remordimientos por haber pensado mal de él y la compasión es prima hermana del amor.

Cuando Howard Best entró en el despacho del doctor Louis Hedler, en el Hospital Sta. Hilda, encontró no sólo al doctor, sino también al padre McNulty. Se dieron todos la mano y Howard se sentó. Vio que Louis tenía una expresión muy grave y que sus grandes ojos de rana brillaban de consternación.

—Gracias por haber venido, Howard. Sé que es tarde, hora de cenar, pero quería veros aquí, a ti y al padre McNulty, cuando el hospital no está lleno de gente y los corredores atestados, lo que haría que nos viéramos rodeados de curiosos. Se trata de un asunto muy serio y privado. Privado, subrayó, mirándolos a cada uno de ellos lentamente y con firmeza.

—Puede confiar en mi discreción —dijo el clérigo con cierta alarma.

—Sí, ¿y tú, Howard?

—Dame un dólar —dijo Howard sonriendo. El doctor Hedler le miró un instante y luego, sacando su billetera, extrajo un billete de un dólar que depositó delante de Howard.

—Soy abogado —dijo éste—. Acabas de darme un anticipo, de modo que cualquier cosa que me digas o que yo oiga en esta habitación, es completamente privada y confidencial.

Se puso el billete en el bolsillo, acomodó su largo cuerpo en la silla de cuero, y de su amable rostro juvenil desapareció la sonrisa.

—Howard —dijo Louis—. Tú fuiste el defensor de Jon Ferrier, ¿verdad?

—Sí, aquí en Hambleton. Fui yo quien se movió para que se cambiara el tribunal, como sabes, cosa que conseguí, considerando la atmósfera que reinaba en este pueblo contra Jon. Luego le hice trasladar a Filadelfia y allí busqué los mejores abogados para Jon. —Su rostro adquirió una expresión tan grave como la de Louis—. ¿Por qué, Louis?

El doctor Hedler fijó la vista sobre una gruesa carpeta que había sobre su escritorio y suspiró. Se frotó los ojos y miró más allá de la ventana, mientras hacía repiquetear los dedos sobre la carpeta.

—Jon no puede ser juzgado por el mismo delito, ¿no es verdad? Sería un *doble perjuicio*.

—No, no se puede —dijo Howard sintiéndose alarmado—. ¿Qué demonios ocurre, Luis?



—Pero quedaría arruinado —continuó Louis— si se desenterraran nuevas pruebas de que había procedido ineficazmente en el aborto de Mavis —quizá deliberadamente — matándola a ella y al niño. ¿Podría tener como resultado que le retiraran la licencia para ejercer la medicina en todas partes?

—Supongo que sí —dijo Howard, ya tan alarmado como el doctor—. Tú sabes más sobre eso que yo. Vamos, Louis, explícate.

—Empecemos por el principio —dijo Louis pasándose el pañuelo por la cara, encendió un cigarro y Howard advirtió que le temblaban levemente las manos. Abrió la carpeta y la miró seriamente, moviendo la cabeza de vez en cuando—. Kent Champion.

Esta vez fue el sacerdote quien se enderezó en su silla, y tanto él como Howard fijaron la vista en el doctor.

—Jon —dijo Louis— cometió un grave error cuando empezó a oponerse a los ambiciosos políticos de Washington hace dos años. Se incorporó a la Liga Anti-Imperialista fundada por George S. Boutwell, exsenador por Massachussets y exsecretario del Tesoro durante el gobierno de Grant. Recuerdo que Boutwell dijo: *«Nuestra guerra para liberar a Cuba no debe ser convertida en guerra para conquistar imperios. Si América busca alguna vez tener un imperio, y la mayoría de las naciones lo hacen, entonces se olvidarán los planes para reformar nuestra vida doméstica, se abolirán los derechos de los Estados para imponer un gobierno centralizado con el fin de desterrar de nuestro territorio la libertad. Y correremos aventuras al otro lado del mar. Entonces morirá el Sueño Americano sobre los campos de batalla de todo el mundo y una nación que fue concebida en la libertad destruirá la libertad de los americanos e impondrá su tiranía sobre las naciones sometidas»*. Boutwell dijo también, si es que lo interpreto correctamente, citando a Thoreau: *«Si viera a un hombre que se acerca a mi casa para hacerme el bien, huiría para salvar la vida»*. Luego siguió diciendo: *«Todo imperio en perspectiva proclama a todos los vientos que quiere conquistar el mundo para traerle paz, seguridad y libertad, y que sacrifica a sus hijos solamente en aras de los propósitos más nobles y humanitarios. ¡Eso es una mentira, una vieja mentira, y sin embargo la humanidad sigue creyéndola!»*.

Howard vacilaba y se frotaba su larga mandíbula.

—Yo también pertenezco a la Liga Anti-Imperialista —dijo—. Me incorporé cuando ese abogado sinvergüenza, Albert Beveridge, que es ahora senador por Indiana, gritó: *«¿Quién se atreve a parar a América ahora, ahora que somos por fin un pueblo lo suficientemente fuerte como para realizar cualquier tarea, lo suficientemente grande como para cualquier gloria que el destino quiera otorgarnos?»*. También aulló: *«Nuestro sueño es el sueño de la expansión americana hasta que en todos los mares y las naciones florezca esa flor de la libertad: ¡La*

*bandera de los Estados Unidos de América!*». Y no fue el único, Louis. ¡Hasta los populistas que estaban contra la guerra lo aplaudieron! Sí, así fue como me incorporé a la Liga. No sabía que Jon era también miembro.

—Al parecer —dijo Louis con una sonrisa triste— no sólo se incorporó sino que aportó miles de dólares y escribió panfletos anónimos para ella. Campion lo descubrió y odia a Jonathan desde entonces. Le llama antiamericano, antipatriota, antidestino y cosas por el estilo, incluso traidor. Sin embargo, yo sé que la Liga quiere paz en nuestro país y en el extranjero, que se pongan en práctica las reformas sociales que son necesarias, para poner fin a la guerra entre trabajo y capital, asegurar que nuestra moneda sea sana, abolir los impuestos injustos, promover la causa de los negros americanos y los indios del Oeste, declarar ilegal el trabajo infantil y castigar y echar de sus cargos a todos los políticos corrompidos.

—Ésos son nuestros objetivos —dijo Howard—. Muy decentes y meritorios.

—Sí, pero eso no ayuda a Jon. Se ganó enemigos terribles con el amante del imperio Campion y sus secuaces, aunque él no lo sabe. Creo que también hay algo... personal. Campion se ha quejado de que Jon indujo a su hijo a dejar el seminario y a escapar al extranjero, a algún lugar poco recomendable donde su padre no pueda tenerle a su alcance, consolarle y mantenerle.

El sacerdote lanzó una exclamación de furia.

—¡Eso es completamente falso, doctor! ¡Espero no estar violando un secreto, bueno, aunque así fuera, pero Jonathan salvó la vida al joven Francis Campion! Sé dónde está Francis. Él podría explicar la verdad.

—Entonces —dijo Louis— búsquelo. Tráigalo tan pronto como sea posible.

—Está en Francia —dijo el sacerdote—. Voy a mandarle un telegrama esta misma noche.

—En el mejor de los casos podrá volver dentro de diez días —dijo Louis suspirando—. Mande a buscarlo, padre.

—Haré más que eso —dijo el sacerdote—. Le explicaré por qué es necesario, no sólo que vuelva de inmediato, sino que me envíe un telegrama refutando los... hum... errores de su padre. Llegaría aquí en menos de cuatro días después que yo envíe mi telegrama. —Su rostro joven denotaba una gran turbación.

—¿Qué significa todo esto, Louis? ¿Por qué es necesario todo eso? —preguntó Howard igualmente turbado.

—Trato de poner las bases para lo que debo decirte.

Louis volvió a mirar la carpeta, apoyó los brazos sobre el escritorio y sostuvo la mirada de Howard.

—Jon ha sido siempre hombre de lucha, polémico, desde la adolescencia. Todos lo sabemos, y lo que es peor, ha sido siempre sincero —dijo echando sobre sus interlocutores una mirada triste—. Ha habido momentos en que le habría destruido

con gusto. A veces le he acusado de cualquier cosa. No tiene tacto, no tiene diplomacia. Sin embargo, *casi siempre tiene razón, y eso es imperdonable*, ¿verdad? Tú recordarás lo de la pequeña Martha, Howard.

—Sí, que Dios me perdone, lo recuerdo.

—¿Le ves con frecuencia, Howard?

—No, supongo que me habrá perdonado. Al menos eso me dijo. Pero no olvida. Es un hombre implacable y no olvida una ofensa. Nosotros, Beth y yo, insistimos en que nos visitara y siempre se negó bruscamente. Nos hizo saber que no quería tener nada más que ver con Hambledon. Sí, sé que está amargado. Mis padres invitan a la señora Ferrier y ella acepta nuestras invitaciones, pero cuando ella invita a alguien a cenar, Jon siempre tiene una excusa para no estar presente. No quiere perdonar a Hambledon, y no se lo reprocho. Pero ¿qué hay de esa nueva «prueba» que has mencionado, Louis? ¿Qué tiene que ver con Jon?

—Para ser breve, Howard, Campion ha declarado una venganza contra Jon, muy suave y justiciero, por supuesto, y por el bien del pueblo. La conspiración se viene tramando desde hace ya tiempo. El senador y algunas personas, te sorprenderás, no sólo quieren echar a Jon del pueblo sino también despojarlo de su licencia para ejercer en cualquier otra parte y someterlo a un nuevo proceso penal.

—¡Pero no pueden hacer una cosa así! —gritó Howard—. ¡No puede ser juzgado otra vez por los supuestos asesinatos!

—No, tal vez no, pero puede ser juzgado por practicar abortos.

Louis abrió un cajón y sacó un delgado trozo de tela manchada, que depositó sobre el escritorio. Luego lo desenvolvió silenciosamente y los otros dos hombres vieron un largo instrumento curvo.

—Una legra —dijo Louis— para raspaje del útero. Se usa con fines legales e ilegales. Es un instrumento que salva la vida después de un aborto espontáneo, pero también lo usan los que practican abortos. Míralo, Howard.

Howard levantó el instrumento horrorizado y entonces vio el nombre grabado en el mango de plata.

—¡JONATHAN FERRIER!

El sacerdote lo miró también y tuvo un estremecimiento.

—Sí. He hablado con Martin Eaton, el tío de Mavis, a petición del senador. Fui a casa de Martin y me dio esta legra. Dijo que se la había traído Mavis después que Jon la hizo abortar. Le contó que Jon había insistido en realizar el aborto la noche antes de salir para Pittsburg, no quería niños y ella tenía el corazón destrozado...

Howard le miró fieramente y se peinó con los dedos pecosos sus rizos castaños. Le saltaban los ojos.

—¡Caramba, es una mentira infernal! ¡Jamás he oído nada igual! ¡Creo que el viejo Eaton está mintiendo! Oyó el testimonio profesional de los médicos de este

hospital, Louis, y el testimonio de doctores de Pittsburg. Jonathan estaba allí desde dos, tres días antes de que... —dijo dando un puñetazo sobre la mesa—. ¡En nombre de Cristo, Louis! ¿Cómo has podido creer siquiera por un momento sus mentiras? ¡Tus propios cirujanos, tus propios médicos, en este maldito hospital, dijeron que había abortado por lo menos cuarenta y ocho horas después de que Jonathan saliera de Hambleton!

Louis sacudió la cabeza lenta y dolorosamente.

—Lo sé, lo sé, Howard. Cálmate, haz el favor. Pero ¿por qué miente el viejo Martin? Tengo su declaración solemne en esta carpeta, también es médico, estaba en este hospital con Mavis y admitió, antes de que ella muriera, que Jonathan había estado en Pittsburg varios días. Le oí personalmente mientras tratábamos de salvarle la vida, estaba desesperado y cuando ella murió repetía una y otra vez: «¡Es culpable, culpable como el mismo infierno!». Bueno, podemos atribuirlo a su estado de desesperación. La muchacha debió mentir... él estaba solo con ella cuando murió. Ésa es la única explicación.

El padre McNulty habló con voz apagada y alterada.

—Nada en el mundo, ni si me lo confesara él mismo, podría convencerme de que Jon tuvo algo que ver con aquel crimen, aquel espantoso crimen.

—Nada en el mundo, padre, me convencería tampoco a mí —dijo Louis—. Conozco a Jon. Lo he odiado más que lo que lo he querido. Quise eliminarlo del personal y hacerle otras trapacerías cuando me insultaba abiertamente y me llamaba «Doctor Chambón». —Sonrió con tristeza—. Pero sé que es un hombre bueno, aun cuando a veces hubiera querido degollarlo. —Vaciló—. La comisión... también fue a ver al doctor Humphrey Bedloe, del Friend's. Ustedes conocen al viejo pomposo Humphrey. Debo aclarar que la comisión estaba compuesta por el senador Campion, el señor Witherby, el doctor Schaeffer, a quien Jon había llamado carnicero y asesino con fundados motivos, y unos cuantos prominentes ciudadanos más, quienes, para decirlo suavemente, se han enfrentado con Jon en algunos de sus estados de ánimo menos benevolentes, dentro y fuera de los hospitales.

—Bueno, se fueron a ver al viejo Humphrey, le mostraron la legra y él quedó horrorizado. Confesó que había eliminado a Jon de la nómina del personal y de la Junta, aún antes de que fuera juzgado, confesó también que había obrado con precipitación y que nunca había creído realmente en la culpabilidad de Jon. Luego le mostraron la legra y casi le dio un ataque, entonces confesó que conocía a alguien que le había dicho que había visto a Jon en el pueblo el día del aborto.

Los grandes ojos de rana pasaban de una cara a otra.

—Sobre la base de esa frágil conjetura, cosa que tú nunca supiste, Howard, arrestaron a Jon en Hambleton. Humphrey se negó a dar el nombre del hombre, pero cuando le visitó la comisión con su prueba, contó la historia, había sido Tom Harper.

Howard lo miró con incredulidad.

—¿Tom Harper, que se está muriendo de cáncer y a quien Jon ayuda tan magníficamente?

—El mismo —dijo Louis a los dos hombres, que lo miraron confundidos y asqueados—. Naturalmente, no es posible que sea cierto. Tengo mis propios medios de información y sé que fueron a ver a Tom. Corre el rumor de que Jon había sido muy duro y cruel con él, lo había apartado de la profesión y luego, con mayor crueldad aún, le había dado un puesto insignificante como supervisor en una de sus granjas. Veo que ustedes dos conocen la historia verdadera. De cualquier forma, Tom admitió apesadumbrado que había mentido a Humphrey, movido por la envidia y el resentimiento que sentía contra Jon. Trataron de persuadirle para que hiciera una falsa declaración jurada, según he oído decir. Me lo dijo Thelma, su esposa. Pero él se negó terminantemente y amenazó con ir a contárselo todo a Jon. —Suspiró profundamente—. Por desgracia, Tom ha muerto esta mañana, a las seis, de una hemorragia interna masiva, causada por su enfermedad. De modo que tenemos solamente la palabra de Thelma de que Tom había confesado a la comisión que había mentido a Humphrey. Queda en pie el rumor de la crueldad de Jon para con ese desgraciado. Si Thelma trata de ayudar a Jon, saldrá a la luz, para su perjuicio, que les había dado un contrato más que generoso, sorprendentemente caritativo, asignándoles los ingresos de la granja en forma vitalicia, y que Jon se ha hecho cargo de los gastos de la educación de sus hijos en el futuro. La comisión ya considera eso como un soborno para ahogar la verdad.

—Dios mío —gruñó Howard—. ¿Qué clase de gente vive en este mundo?

Louis estaba sumamente perturbado.

—No seas demasiado duro con la humanidad —dijo sin poder evitarlo—. Howard, nosotros... tú... somos parte de ella. Recuerda el día en que Jon te dijo lo de tu pequeña Martha. Tú mismo le llamaste «asesino». Eso se divulgó oportunamente por todo el pueblo.

El sacerdote miró a Howard con compasión.

—Me lo merecía —dijo Howard—. Realmente me lo merecía. Creía que era la verdad, o tal vez no. Tal vez estaba gritando por la amenaza que se cernía sobre Martha y no realmente contra Jon.

—Todos tratamos de disculparnos, incluyéndome a mí también —dijo Louis Hedler—. Supongo que esta reacción le resulta muy familiar, ¿no es así, padre?

—Mucho —dijo el clérigo—. Hasta en el confesionario la gente trata de defenderse, y muchas veces en el lecho de muerte.

De repente dio la sensación de haber envejecido mucho y de estar más cansado que de costumbre. Louis sacó una hoja de papel de la carpeta y la estudió.

—Sí —dijo entrelazando las manos sobre la hoja—. No sé si conoces a Peter

McHenry, Howard. El padre McNulty, sí. El padre McNulty secuestró prácticamente a Jon en River Road un día, para llevarlo a ver a Matilda McHenry.

Howard se irguió en su silla.

—Conozco a los McHenry —dijo. Sus pálidos ojos relampaguearon furiosamente por anticipado.

—Bien. Entonces quizás sabrás que la señora McHenry andaba mal de salud desde hacía años. Jon la examinó, luego exigió examinar a la hija, una chiquita de nueve años llamada Elinor, pues estaba convencido, según dijo, de que la enfermedad de la señora McHenry tenía un origen psíquico y no físico. Peter se opuso a que Jon examinara a su hija o a que le hablara, pero creo que Jon insistió... —dijo mirando al sacerdote.

—No insistió exactamente —dijo éste—. Tienen que perdonarme. Es doloroso recordar los sucesos de aquel día. Fue todo tan desagradable para Jon, y yo fui culpable de haberlo inducido a ver a los McHenry. Es cierto que Peter se opuso, al principio. Luego, si no me falla la memoria, consintió de mala gana.

—Sí —afirmó Louis—. Dijo a McHenry que su hija era una psicópata y que era la causa inconsciente de la enfermedad de su mujer, aunque nadie, ni siquiera la joven madre, lo sospechara. El señor McHenry —y Louis echó sobre Howard una mirada penetrante— estaba tan enfurecido como tú, Howard, cuando Jon te dijo lo de Martha. La verdad es dura de aceptar, ¿no es así? De todas formas —continuó cuando Howard enrojeció— llevaron la chica a los neurólogos de Filadelfia y todos los médicos que la examinaron dijeron que era completamente normal. Entonces el señor McHenry vino a verme, gritando que Jonathan era un buscador de líos, un incompetente y un mentiroso cruel, y exigió su expulsión de la nómina del personal y de la Junta, vino acompañado del senador Campion y del señor Witherby. Dijo que su hija no había sido paciente de Jon, que nadie le había llamado para que la viera y que había insistido en examinarla y dar su opinión de aficionado, lo que había causado a los padres una devastadora preocupación y angustia mental, que había actuado sin ninguna ética. Ésta es su declaración jurada —continuó, levantando el papel que tenía sobre el escritorio— firmada hace tres semanas.

—Creo que Peter va a pedir que se le devuelva esa declaración, doctor Hedler —dijo el sacerdote.

—¿Sí?

—Verá —dijo el sacerdote con lágrimas en los ojos—. La pequeña Elinor fue protagonista de un episodio que ni al mismo Peter se le pudo ocultar. Un día, uno de los muchachos del jardinero le estaba haciendo bromas. Ella se apoderó de una guadaña y... bueno... trató de matarle. Cuando Peter, que andaba cerca, trató de quitársela, la niña se volvió contra él gritando que no era su padre, y que él y Matilda la habían robado a sus verdaderos padres. Estaba completamente... enloquecida,

fuera de sí. Le golpeó con la guadaña y cuando trató de quitársela corrió hacia la casa, gritando que iba a matar a su falsa madre. Peter corrió detrás de ella y pudieron alcanzarla en la puerta. Peter dijo que parecía un demonio. Después se desmayó y al despertar, algunas horas más tarde, afirmó que no recordaba nada de lo ocurrido. Pero Peter dice que había algo en sus ojos, una expresión astuta y vigilante, que le asustó más que su violencia. Unos días después, llevó a la niña al psiquiatra de Filadelfia que Jon le había recomendado. —El sacerdote clavó la vista en sus zapatos—. *Dementia praecox*, como había diagnosticado Jon, del tipo paranoico. La chica está recluida ahora en un sanatorio privado.

—Espantoso —dijo Louis—. Que padres tan infortunados. —Su voz tenía un tono de alivio, y escribió algo rápidamente sobre el papel—. Tal vez usted pueda convencer al señor McHenry que confiese que estaba equivocado cuando firmó su declaración jurada, y que diga toda la verdad.

—Estoy seguro de que podré —dijo el padre McNulty—. Creo que escribió a Jon pidiéndole perdón, pero él no le ha contestado. Ustedes conocen a Jon... —agregó mirando a Howard—. Es orgulloso y no cede. Peter ya habría repudiado esa declaración jurada, doctor, si recordara que la firmó, pero ahora está muy atolondrado tratando de consolar a su esposa.

—Claro, claro —dijo Louis, aunque no parecía estar muy de acuerdo—. Hay una queja similar de Elsie Holliday. Se queja de que Jon no era el médico sino sólo un amigo. Sin embargo, jura que Jon se ocupó del caso por la fuerza, insistiendo en diagnosticar. No estoy autorizado para decirles cuál fue el diagnóstico, pero Jeff murió poco tiempo después en un sanatorio de otro Estado, de la misma enfermedad que Jonathan había diagnosticado correctamente. Lo cierto es, sin embargo, que Jon examinó a Jeffrey sin autorización de sus médicos y bajo protesta de la madre, ella afirma que Jeffrey tampoco le dio permiso. Naturalmente, ésta no es más que una cuestión de detalle, pero desagradable. Si los hechos ocurrieron así las cosas no se presentan muy favorables para Jon. Pero aun en ese caso no veo que puedan llegar a servir de base para que le revoquen la licencia. Sin embargo, conocemos bien al pueblo y también a los enemigos de Jon, que insisten en actuar en su contra. Éste es simplemente un caso más, como el de Harper y la acusación que Harper propagó entre sus compañeros, antes de descubrir que Jon tenía toda la razón. Una cosa se acumula sobre la otra, y sumadas forman un montón impresionante, aunque tomadas individualmente signifiquen muy poco. Podrían ser causa de una amonestación, a lo sumo.

—Y todo eso, junto con lo que Martin Eaton jura y la legra, forman una hermosa historia —dijo Howard, haciendo un gesto de asco.

—Sí, es verdad. La narración de Martin y la prueba de esta legra son muy condenatorias, a pesar de lo que nosotros sabemos. Desearía que Tom Harper

estuviera vivo para rechazar ese rumor en el que creen alegremente el senador y Witherby, o por lo menos fingen creer. De paso les diré que el viejo Jonas me dijo, en realidad lo juró, que Jon le había acusado, sin tener pruebas y en examen posterior, de haber tratado de suicidarse. Jon no estaba presente cuando Jonas fue admitido en el hospital, creo que estaba fuera del pueblo. Sin embargo, Jon es el médico de la familia y volvió uno o dos días después para hacerse cargo de Jonas. La verdad es que Jon se precipitó al decir a su paciente que creía que había tratado de suicidarse. Todos conocemos al viejo Jonas y el terror que tiene a la muerte. Quiere vivir para siempre. Yo no conozco la verdadera historia o la razón que tuvo Jon para acusar a Jonas, pero es otra historia lamentable. Pudo tener serias repercusiones, como ustedes saben, pues un médico está obligado a denunciar una tentativa de suicidio y Jon no lo hizo.

—Huele mal —dijo Howard—. El olor llega hasta el cielo.

—Ésa es también mi opinión —dijo Louis—. Pero todo el mundo está convencido de que el viejo Jonas es un santo, y su palabra sería creída en contra de la de Jon, a quien no se considera demasiado santo —dijo Louis con una breve sonrisa—. Tengo aquí la declaración jurada de Jonas: *«Como buen cristiano, como pueden atestiguarlo mis amigos, me duele profundamente que el doctor Jonathan Ferrier me acusara de intento de suicidio con una dosis de arsénico. Es una grave calumnia»*. Etcétera, etcétera.

—¿Sabes? —dijo Howard—. Me parece como si estuviera viviendo una horrible pesadilla.

—La experiencia enseña —dijo el doctor Hedler— que éste es un mundo sumamente malvado. ¿Qué dijo de él Pope? *«Donde toda perspectiva satisface y sólo el hombre es vil»*. Sí, así es el mundo.

Howard estaba pensativo.

—Volviendo a ésa... ésa... legra. Cualquiera puede haberla sustraído del anaquel de Jonathan. Está en su sala de examen —dijo, e hizo una pausa.

—Pero preguntarán, si Mavis visitó a un médico desconocido, ¿por qué se llevó el instrumento? El médico debía tener los suyos.

—Tal vez le pidió que trajera la de Jon.

—Existe esa posibilidad, es cierto, pero va a ser muy difícil que lo crean, ustedes lo saben. La gente preguntará: ¿Acaso el doctor Ferrier acusa en serio a un médico de pedir que le traigan un instrumento que pertenece a otro? ¿No son los médicos más circunspectos, o es que Ferrier trata de demostrar que hay una confabulación organizada contra él, y que el otro médico mató deliberadamente a Mavis para culpar a Jon? Eso es lo que van a decir y nadie lo creerá. Ni siquiera nosotros lo creemos, ¿no es así?

Howard sacudió la cabeza con desaliento.



—No, yo tampoco lo creo. Mavis está muerta y supongo que nunca sabremos qué sucedió realmente.

—El delito saldrá a la luz —dijo el sacerdote.

—Lamento tener que desilusionarlo, padre. A menudo queda oculto para siempre.

—Llegamos ahora a asuntos muy serios —agregó el doctor frunciendo el entrecejo— que no tienen explicación y que son realmente condenatorios si son verídicos. Tengo aquí la declaración jurada de una tal señora Edna Beamish de Scranton, que vivió antes en Kensington Terraces, Hambledon. Alega que en cierta ocasión, tengo aquí la fecha, Jonathan trató de practicarle un aborto en su consultorio. Había ido a verle con ese propósito, según ha jurado, porque es una viuda joven y no quería alumbrar un hijo que no tuviera su padre vivo. Está muy arrepentida, afirma que estaba apabullada por el dolor que le causó la muerte de su esposo y apenas se daba cuenta de lo que hacía. Sin embargo, el dolor que padeció en el consultorio de Jon la hizo gritar tan fuerte que la oyeron no sólo en la sala de espera sino incluso en la calle. Estaba tan aterrorizada y sentía dolores tan fuertes que no le dejó proseguir y se fue. Jura que le había exigido doscientos dólares. Entonces se fue a su casa. Desgraciadamente, hay aquí una declaración jurada de un médico de Scranton en la que dice que el daño que sufrió la señora era tan grande, algo sobre la total dilatación del útero, que en realidad abortó posteriormente, dos días después, estando de visita en casa de unos amigos. El médico, que jura en su propia declaración que existía una anterior tentativa de aborto, es un hombre de posición y reputación muy elevadas. Se vio obligado a operar a la señora, pues padecía hemorragias. Es dudoso que pueda volver a tener hijos si vuelve a casarse, a causa del daño sufrido en el aborto provocado y en la propagación de la inflamación resultante.

Louis se detuvo y miró a los dos apesadumbrados interlocutores.

—Caballeros: eso fue un delito. No hay atenuantes, fue un delito muy serio. La joven señora estaba embarazada de apenas tres meses. Además, tenemos declaraciones juradas de pacientes que estaban aquel día en el consultorio de Jon. Estas declaraciones fueron dadas de muy mala gana, y no sé cómo se las arreglaron Champion y compañía para saber quiénes eran esos pacientes. Pero están aquí, juradas por gente sencilla y honesta, de buena reputación, gente que quiere a Jon y que ha firmado estas declaraciones bajo presión. Dan fe de que oyeron los gritos y las expresiones de angustia de la joven señora, así como su acusación de que Jon le estaba «haciendo daño». Han descrito cómo salió, escapando de las habitaciones interiores toda desgreñada y gritando. La declaración jurada de la señora Beamish fue enviada al senador Champion quien, como senador por su Estado, se puso furioso. Parece que había sido íntimo amigo del señor Ernest Beamish, por quien sentía gran aprecio, de modo que Kenton, como es natural, realizó investigaciones. La declaración de la joven señora, complementada por la de su médico, pueden

considerarse legítimas.

—Yo no lo creo —murmuró Howard—. Vuelvo a oler algo. No lo creo.

—Conociendo a Jon tampoco lo creo yo —dijo Louis.

—No lo creo —dijo el sacerdote, temblando.

—Sea como sea —dijo Louis— están las declaraciones juradas del hospital, la del cirujano que la atendió y el hecho de que la señora Beamish estuvo realmente en el consultorio de Jon y que los otros pacientes oyeron sus gritos y la vieron escapar. Además, tenemos declaraciones juradas del albacea de la sucesión del esposo de la señora Beamish y de ese médico de Scranton. Dicen que visitaron a Jon, alegando que llevaban una cuenta que se le debía. Él fingió no recordar a la señora Beamish de inmediato, pero luego confesó que la conocía. Les dijo francamente que tenía un embarazo de tres meses, pero que había escapado «enloquecida» de su consultorio antes de que él hubiera acabado de examinarla y que, por lo tanto, no le debía nada. —Louis sonrió tristemente—. Si lo tomamos al pie de la letra, resulta absurdo. Ningún médico hubiera dejado de enviarle la cuenta, después de todo, la examinó parcialmente. Aun cuando no hubiera sido completo había empleado su tiempo y su buena fe al proceder a hacer un examen que ella misma había solicitado. De modo que aquí las cosas condenan también a Jon.

—Pero él debe tener la ficha de la señora Beamish —dijo Howard Best, el abogado— y ningún médico que practica abortos guarda las fichas de sus pacientes.

—Es cierto. Esperemos que todavía tenga su ficha.

Por supuesto, esa ficha no tendrá gran peso ante un juez y un jurado, pero siempre supondrá algo. Sigamos. Tengo aquí tres declaraciones juradas de otras dos mujeres jóvenes, una tal Louise Wertner, costurera, de Hambleton, y la señorita Mary Snowden, modista, también de Hambleton. Las dos señoritas, si es que podemos llamarlas así, fueron indiscretas y tuvieron experiencias preconyugales, como confiesan en sus declaraciones. Una de las muchachas tiene diecinueve años y la otra veintiuno y son de condición modesta. Dicen que habían oído «rumores» sobre el doctor Ferrier y habían acudido a verlo. Él consintió de buena gana en practicar los abortos, llegando a declarar que aborrecía a los niños y no les reprochaba que desearan deshacerse de sus «cargas».

Los ojos de rana escudriñaron a los dos hombres que estaban sentados frente al escritorio, ambos con expresión fría, un poco contraídos y desalentados.

—Las dos muchachas no se conocen entre sí, pero una de ellas pagó cincuenta dólares por el supuesto aborto y la otra setenta y cinco. Jonathan mandó a su secretaria que les enviara las cuentas a sus casas, una fechada el 1 de noviembre de 1900 y la otra el 21 de noviembre del mismo año. Tengo aquí esas cuentas. Ambas han ido a su consultorio recientemente, la secretaria reconoció las cuentas, aceptó su pago y extendió recibos. ¿Me hacen el favor de mirarlas, caballeros?

Examinaron los documentos condenatorios y los recibos. Howard los depositó tranquilamente sobre el escritorio, entrelazó las manos y los estudió.

—Realmente no creo que hay ninguna prueba de que Jon haya practicado los abortos como ellas afirman, ¿verdad? —preguntó.

—En cierto modo, sí. Las dos tuvieron leves molestias pocos días después y fueron a ver a dos médicos distintos quienes, en declaraciones juradas que tengo aquí, dicen que las muchachas habían estado embarazadas y que recientemente se les había practicado abortos. Los dos médicos gozan de gran reputación, y ninguno de ellos sabe que Jon fue el culpable. Uno de ellos pertenece al personal de este Hospital, el doctor Philip Harrington. He hablado con Phil, y sin decirte nada de la declaración jurada le he preguntado sobre la señorita Wertner, su paciente. Ha admitido de inmediato que era cierto que la muchacha había sido sometida recientemente a un aborto criminal. En ningún momento su estado había sido de gravedad, pero se había quejado de calambres, quedándose un día en el hospital. Ustedes dos conocen bien a Phil Harrington. Como yo ya tenía una declaración jurada del otro médico, le he pedido que él también hiciera una, y ha aceptado. Está a punto de casarse y dice que querría encontrarse personalmente con el «criminal» que había asesinado a aquellos embriones para arreglar el asunto personalmente.

—¿No fue una indiscreción por parte de Jon enviar las cuentas a las muchachas, si es que realmente llevó a cabo las operaciones? —preguntó Howard con voz ronca.

—En el curso ordinario de las cosas, no. Las muchachas no tenían dinero. Sintió lástima por ellas, o incluso practicó los abortos por algún motivo que desconocemos. Puede ser que deseara ocultar una actividad criminal y les enviara las cuentas por «exámenes completos» como especifican claramente las mismas cuentas. Además, hay otra cosa: los honorarios habituales de un examen realizado en pacientes de condición tan modesta son habitualmente de menor cuantía. Los mejores médicos cobran solamente quince dólares, pues tales exámenes llevan varios días, de una hora diaria por lo menos. Es muy frecuente que, aplicando el principio de cobrar menos a los pobres y más a los ricos, un médico cobre solamente unos pocos dólares.

—¿Cómo es, doctor, que usted tiene esas dos declaraciones juradas? —preguntó el sacerdote, que parecía sentirse enfermo.

—Es norma, padre, que cuando una mujer va a ver a un médico y éste descubre que ha tenido recientemente un aborto, le informe al respecto. Phil informó a la Junta del Sta. Hilda y el otro médico a la del Friend's. Se hace así para proteger al médico actuante, quien tiene que tener testigos durante los exámenes. Así lo ordena también la ley, eso es muy necesario para terminar con esos individuos despreciables, los médicos que hacen abortos y que ponen la vida de las jóvenes madres en peligro. Ustedes saben que es frecuente que las madres mueran. Las muchachas tenían mucho miedo de denunciar a Jon a causa de las consecuencias legales, pues son partes en un

acto de carácter criminal. Se les dieron seguridades de que si decían el nombre de quién les practicó el aborto serían protegidas y no juzgadas. Aun así, ambas volvieron a sus modestas viviendas para reflexionar sobre la cuestión, ambas hicieron declaraciones juradas y las enviaron, una a este Hospital y la otra al Friend's.

Howard reflexionó larga y profundamente.

—Sigo sin creerlo —dijo al fin—. Llámeme manifestación emotiva si quiere, pero no lo creo. Mi instinto de abogado me dice que es mentira lo que están diciendo sobre Jon.

—Tampoco lo creo yo —dijo Louis, y tanto Howard como el sacerdote le sonrieron con gratitud—. Pero sin embargo, quedan esas cuentas con los recibos y las declaraciones juradas de los médicos. En otras circunstancias, ¿qué dirías, Howard?

El joven vaciló, pero luego admitió:

—Culpable.

—Entonces... —dijo Louis suspirando.

—¿Está enterado Campion de estos abortos?

—Claro que no, conoce solamente el de la señora Beamish. —Louis cerró la carpeta—. Campion y compañía exigen que llame a algunos componentes de la Junta Médica del Estado para reconsiderar los hechos, los hechos que él me ha dado. Ahora bien, Howard: como amigo de Jon y exabogado suyo, ¿qué sugieres que haga?

Howard se pasó las manos por el cabello castaño, se miró las uñas y se rascó un tobillo.

—¿Cuánto tiempo te da Campion para apelar a la Junta Médica del Estado?

—Diez días.

—Entonces tienes que pedir más tiempo. Voy a investigar estos casos graves, Beamish, Wertner y Snowden. Las otras declaraciones juradas son malévolas y no son dignas de ninguna consideración, excepto lo de la legra de Jon. Trataré de ver a Eaton, pero está rabioso contra Jon. Todo el mundo recuerda la escena de Filadelfia, cuando gritó: ¡No, no!, al darse el veredicto de inocencia, y que después tuvo un ataque. También recuerdan que quería a Jon como a un hijo y que estuvo encantado de que Jon se casara con su sobrina Mavis. Ningún hombre se vuelve contra tales «hijos» a menos que haya un motivo, dirán todos. La causa parece obvia. ¿O tal vez no sea tan obvia?

—No te entiendo, Howard.

—Entre los abogados es norma ignorar lo obvio a menos que esté escrito en blanco y negro como declaración jurada o confesión. Aun así, son sospechosas. Por eso lo escudriñamos todo y a menudo tenemos éxito al defender un caso. Lo increíble es más frecuente que la explicación lógica.

—Espero que no te estés aferrando a un clavo ardiente —dijo Louis—. ¿Piensas decírselo a Jon?

Howard reflexionó largo rato y sacudió la cabeza.

—No. Sólo serviría para enfurecerle y hacerle peligroso. Tú conoces a Jon. No; quiero tener algún medio sustancial de refutar estas pruebas antes de hablar con él, ¡y por Dios que voy a conseguirlo! —dijo levantando el mentón con gesto beligerante.

Louis permaneció en silencio durante unos instantes. Luego dijo:

—Sabes que al contarte todo esto pongo en peligro mi situación, Howard, todo es confidencial, como me advirtió Campion. Él es el único lego en la Junta y tiene mucho poder. También ellos están preparando el caso contra Jon. Quiere presentar a Jon y a la Junta Médica del Estado hechos y resoluciones incontrovertibles. Quiere que todo se haga implacablemente, como un corte de cuchillo.

—Típico de él, de ese maldito sinvergüenza radiante —dijo Howard con amargura—. Gente como él no pueden soportar a un hombre honesto que se les oponga. Preferiría enfrentarme a un tigre que a un político que pretenda arrancarme la piel. —Miró al pálido y silencioso sacerdote—. Padre, ¿qué piensa usted de todo esto?

—Pienso que Jon está rodeado de enemigos malignos y vengativos, capaces de todo con tal de destruirle, Howard. Cómo se ganó esos enemigos, es propio de su naturaleza y de las naturalezas de ellos.

—Bueno, pero también tiene amigos, padre, incluyendo a Louis —dijo Howard, sonriendo al doctor Hedler—. ¡Nunca lo hubiera creído de ti!

—¡Tal vez —dijo Louis devolviendo la sonrisa pero no muy divertido— no tendrías razón alguna para pensar eso de mí ni siquiera ahora, Howard, si yo no fuera financieramente independiente! Es extraño y triste, ¿verdad?, que la simple cuestión de la independencia económica pueda hacer que un hombre sea valeroso, mientras que un hombre sin fortuna no puede tener valor.

—El valor es siempre el precio que exige la vida para otorgar la paz —dijo el sacerdote.

—Un sentimiento encomiable, padre, y quizá cierto, pero si un hombre pone su vida en peligro en aras de la paz de su conciencia, a menudo se le presentan razones para lamentar su nobleza. Los héroes son laureados en los libros de cuentos y en la historia, aun cuando en la misma historia llegan frecuentemente a un fin triste y sin ninguna gloria. Después, por supuesto, se les cubre de elogios, pero eso no les sirve de nada cuando ya están en la tumba.

—*Entonces sólo recuerda Dios* —dijo el sacerdote, y Louis se sintió confundido. Pensó que tendría que creer en Dios si Jon se salvaba de los planes que se estaban forjando contra él.

## Capítulo 30

Hoy, pensaba Jonathan Ferrier, voy a echarle mano a Jenny aunque tenga que asaltar Hambleton y la isla a mano armada. Últimamente no podía dormir bien, en parte a causa del calor que no cedía y en parte porque al acercarse el momento de su partida de Hambleton sentía una fuerte depresión. Sabía que no podía quedarse en el pueblo en las circunstancias actuales, que empeoraban día a día, pero se había apoderado de él una pesada tristeza que no podía eliminar filosofando ni echándose a reír como acostumbraba. Además, estaba la esquiva Jenny, la forma en que le evitaba le irritaba al principio y ahora se había convertido en fuente de enojo impaciente. Había oído rumores de que Robert Morgan la visitaba cada vez con más frecuencia, a pesar de la clara advertencia de Jonathan, y que hasta la habían visto en reuniones públicas acompañada con él. A Jonathan se le hacía cada vez más difícil hacer observaciones amables y despectivas al ingenuo Robert, que no hablaba más de Jenny Heger. Iba a la isla por lo menos tres veces por semana, generalmente entre las cinco y las seis de la tarde, y Jenny nunca «estaba en casa» según versión de Harald y de los sirvientes, o bien se escabullía y no había forma de encontrarla. Jonathan había pensado escribirle en términos claros, pero tenía miedo de que Harald pudiera reconocer su letra y eso era intolerable. Peor aún, Jenny podía negarse a contestarle. «¿Desdeñosa?», pensaba Jonathan. «No, es cualquier cosa menos eso».

Aquella mañana, apenas salió el sol, decidió visitarla o encontrarla al mediodía en la isla, antes de que tuviera tiempo de esconderse o hacer cualquiera de las cosas que hacía cuando él aparecía.

De pie junto a la ventana del dormitorio, miraba hacia el este, deseando que lloviera, pero solamente se veía un brillante color escarlata, que se filtraba a través de las frondas oscuras de un gran sauce, y un día áspero de un aroma polvoriento de tierra reseca. Las montañas parecían levantarse y jadear en busca de humedad y frescura, su color verde se había vuelto marrón y quemado. Hasta el río reducía su cauce día a día, y al mediodía el cielo parecía una brasa. Por la noche todo parecía sollozar débilmente.

Jonathan lanzó un juramento al tratar de ponerse la ropa que ya estaba húmeda apenas rozó su cuerpo. Haría temprano sus visitas del hospital, sin tener en cuenta el horario de Robert. Llamó por teléfono a su casa.

—Con este calor no quiero estar fuera más que lo indispensable, Bob —dijo con brusquedad— de modo que voy a ir al hospital tan lejos del mediodía como sea posible. ¿Estará usted allí?

Robert bostezó y miró al reloj que tenía al lado de la cama.

—¡Por amor de Dios, son sólo las siete menos cuarto! Usted no empieza por lo general hasta las nueve. Muy bien, me reuniré con usted en el hospital. ¿Empieza por

el Sta. Hilda?

—¿No lo hago siempre? —preguntó Jonathan y colgó el auricular.

Sentía una enorme irritación contra todo y contra todos, y temía que lo invadiera la pesada depresión. Ocurrió así mientras bajaba al comedor, donde ya le esperaba el desayuno. Pero Marjorie aún no había bajado y Jonathan se sentó, contemplando con gesto sombrío las ciruelas calientes que estaban en una fuente, frente a él. Hizo sonar la campanilla y entró una pequeña criada.

—¿No tenemos tajadas de sandía fresca, Mary, un melón, o tal vez una naranja helada?

—¿Para el desayuno, doctor? —preguntó la muchacha, asombrada—. Siempre hay ciruelas para el desayuno o higos cocidos.

—Voy a empezar con algo nuevo a partir de hoy —dijo Jonathan—. Tráeme alguna fruta fresca, si es que hay.

—Le hará daño, doctor —dijo la muchacha, y Jonathan no pudo evitar sonreírle.

—Se trata de mi estómago, Mary, y si me empacho a mi edad, será culpa mía únicamente, ¿no te parece?

Pocos instantes después apareció la cocinera incrédula.

—Doctor, ¿dice la verdad Mary? ¿Quiere usted fruta fresca... y fría... para el desayuno? ¡Jamás he oído nada semejante!

—Acabas de oírlo ahora, querida.

—Eso va contra la naturaleza, doctor.

Jonathan la observó con gesto amable.

—Emily, he estado en contra de la naturaleza la mayor parte de mi vida, pero ahora me estoy metiendo realmente en la pelea.

Mary, con gesto de duda y un poco asustada, le trajo un pequeño melón frío que él lo atacó con gusto y con desusado apetito. Mary le miraba a hurtadillas desde la puerta, esperando verlo atacado de convulsiones en cualquier momento. Luego le trajo huevos hervidos, tocino, café y mermelada. Cuando todas esas cosas estuvieron sobre la mesa, bajó Marjorie.

—¿No te has adelantado, Jon? —le preguntó. Parecía más descolorida y delgada que lo habitual.

—He decidido empezar temprano y terminar antes de que el calor sea demasiado fuerte —dijo ayudándole a sentarse.

—¿Has comido esa fruta fresca? —preguntó mirando incrédula los restos de melón.

—Sí, y estaba muy buena. ¿Por qué dejar la fruta fresca para después de las comidas, especialmente la cena? Si esta noche no me he caído muerto, habré hecho trizas otra de las falacias de los burros diplomados, que dicen que la fruta fresca con el estómago vacío puede causar flujo, disentería, cólicos, colitis y otras enfermedades

variadas. Nunca lo he creído. Cómete un pedazo.

—Parece apetitosa —admitió Marjorie, y cuando llegó Mary pidió para ella, volviendo a producir consternación en la cocina—. ¡Qué calor! —dijo llevándose el pañuelo a la frente—. No recuerdo época tan calurosa como ésta. Cuando suba la temperatura será bastante violento.

Marjorie dijo a su hijo que pensaba ir a Filadelfia a visitar viejos amigos y algunos parientes lejanos.

—Tal vez vaya también a Atlantic City para ver el mar y tomar un poco de fresco. Nunca he podido acostumbrarme del todo a vivir en un lugar como éste, limitado por tierra.

—Cuando me vaya, que será muy pronto, ¿por qué no vuelves a tu hogar de Filadelfia? Después de viajar una temporada me estableceré allí.

A Marjorie le temblaron los labios y sonrió.

—Sería muy hermoso, querido, déjame pensarlo. Después de todo, he vivido mucho tiempo aquí, casi una vida entera, treinta y seis años. Sin embargo nunca lo he considerado mi hogar, aunque me gusta esta casa que fue de tu padre. Es realmente difícil mudarse y cambiar de costumbres para una mujer de mi edad.

—Cincuenta y cinco o cincuenta y seis años no es una edad avanzada —dijo Jonathan, y al mirar a su madre advirtió su palidez y su aspecto triste—. Cuando vayas a Filadelfia, ¿por qué no te quedas allí unos días y vas a ver al doctor Hearndon?

—Tal vez lo haré —dijo Marjorie, que ya había decidido visitar al cardiólogo. Su cuerpo aparecía delgado dentro de la liviana blusa de batista y el alto cuello de encaje que le llegaba hasta el mentón.

—¿Por qué las mujeres no llevan vestidos sensatos en verano? —preguntó Jonathan con algo de inquietud. No le gustaba el color de su madre y su aire de languidez—. Esa falda tan dura, parece de hierro.

—Tu cuello duro es aún peor —contestó Marjorie.

—Bueno, espero que no me echés de menos cuando esté en Filadelfia. Ah, a propósito, Harald viene conmigo. Desearía de veras que Jenny viniera con nosotros. Está tan sola en esa isla, aunque he oído decir que ha hecho nuevos amigos. —Al decir esto, Marjorie miró a su hijo con gesto completamente inexpresivo.

—Si te refieres a Bob Morgan —contestó Jonathan— es completamente inofensivo.

—Ha ido a cenar varias veces en casa de los Kitchener —dijo Marjorie—. Pobrecita Maude. Está embobada con Robert, y él es exactamente el hombre para ella. Pero los hombres son tan idiotas y probablemente no se dará cuenta.

Jonathan se levantó.

—Estoy seguro de que Maude le atraparé pronto utilizando las viejas tácticas de



las mujeres —dijo saliendo de la habitación y de la casa. Salió a la tórrida luz de la mañana y miró los árboles, la hierba quemada y el polvo que se juntaba en las zanjas y en los intersticios entre los adoquines. Se presentaba un día infernal.

Miró más allá del césped, en dirección a su consultorio todavía cerrado y silencioso, y se sintió invadido por la depresión. Había sido para él su hogar más que la casa de su padre, que su madre había hecho tan elegante y encantadora. Allí había colocado su primera placa, y la había mirado con orgullo. Allí había acomodado sus muebles, había construido sus anaqueles y arreglado las salas de examen. Conocía íntimamente cada uno de los rincones, cada una de sus ventanas. El sol atravesaba las ventanas limpias y brillaba sobre las lustrosas puertas de madera. Las oficinas ya no eran suyas, pertenecían a un extraño. Le habían abandonado, le habían expulsado. Por primera vez después de muchos días pensó en Mavis, y se sorprendió desagradablemente al experimentar una oleada del antiguo odio homicida contra su esposa en el fondo del estómago. Pensó que todo aquello habría terminado definitivamente y se apresuró a bajar los escalones del porche, dirigiéndose al establo.

Eligió su berlina, que le protegería contra el ardiente sol, y recorrió con ella las sombreadas calles. Era todavía muy temprano, pero a través de las ventanas se oían los chillidos discordantes y, para él, obscenos, de los nuevos fonógrafos y las nuevas canciones populares. Edison era verdaderamente un genio y un hombre digno de las bendiciones de sus compatriotas, pero Jonathan no comprendía por qué habría inventado el fonógrafo, cuya música popular y vulgaridad detestaba.

Robert Morgan no estaba en Sta. Hilda cuando llegó Jonathan, ya de mal humor. Pero se encontró con Philip Harrington, quien nunca perdía la oportunidad de recordar a su amigo que tendría que ser su padrino en su próxima boda con Elvira Burrows y, de paso, le comunicaba algunas noticias frescas y tontas de su novia que a Jon le divertían mucho.

—¡Esa muchacha! —dijo a Jonathan con orgullo—. ¡Tendrías que ver su ropa interior!

—¿La has examinado antes de la boda? —preguntó Jonathan—. ¿Para qué? ¿Para probar su suavidad?

—No seas bruto —contestó Philip.

—Las arrugas de una sábana pueden perjudicar el culo a cualquier muchacha —dijo Jonathan—. No importa, pero sea como sea es una realidad, y una verdadera maldición durante la luna de miel. ¿Qué pasa?

La cara grande y simpática de Philip había cambiado.

—Se trata del doctor Brinkerman... otra vez.

—¿El viejo Claude? ¿Qué ha hecho ahora?

—Ha ido diciendo a todo el mundo que no soy capaz de distinguir un útero de

una bolsa de arpillera. Ya estoy acostumbrado a eso. Tú sabes lo que piensa de los médicos jóvenes. Es una bestia mala y grosera, grande como una casa y maligna como un toro de ojos colorados, y tan arrogante como un ignorante.

—Me gustan tus metáforas —dijo Jonathan—. Serías una gran ayuda para el padre de Elvira. Pero ¿qué ha hecho el viejo últimamente?

—Tenía un caso, una madre joven cuyo primer hijo nació en su casa, como de costumbre, después se complicó. El niño era prematuro, la placenta separada. Su propio médico la mandó al hospital y llamó a Claude, que se hace llamar «el ginecólogo mayor» por aquí. Yo y mis amigos no somos más que carniceros, según dice, o estudiantes de primer año. Bueno: operó a la chica, para salvarle la vida, según dijo, y le sacó el útero. Veintidós años de edad, ¿qué te parece? Y de paso le sacó también los ovarios. La convirtió en una vieja a los veinte años.

—¿Tenía los órganos enfermos?

—No, claro que no, y pudo haber salvado el útero con un poco de habilidad. Pero ya conoces a Brinkerman, el Marqués de Sade se hubiera sentido encantado con él. Odia a las mujeres y sus funciones orgánicas.

—¿Estabas en la sala de operaciones con él?

—Sí, y había otros dos más. Traté de intervenir. Por un momento creí que me iba a castrar con el bisturí. Hubiera sido una desgracia para Elvira, sin contarme a mí mismo, de modo que no dije una palabra más. Tú conoces al viejo Louis, y sabes lo porfiado que es en materia de jerarquía entre los doctores viejos y los nuevos.

—¿Se lo contaste a Louis? —preguntó Jonathan fastidiado.

—Sí, lo hice. Pensé que iba a explotar contra mí, pero algo le ronda la cabeza en estos días, o se está viniendo abajo por algo. Parece amansado, abstraído. Sólo me dijo: «*Mantengamos la paz aquí. Claude hizo probablemente lo que a su juicio le pareció mejor*».

—Pobre viejo Louis —dijo Jonathan—. La Hermandad Dorada se junta probablemente porque sabe que si se desunieran los colgarían por separado. Me gustaría soltarle el resorte a la trampa. Bueno, lo hecho, hecho está, desgraciadamente. No pienses más en eso.

—Necesito tu ayuda —dijo Philip—. Esta mañana han traído un caso de embarazo anormal y lo atiende Claude. Va a mutilar a la chica, igual que lo hizo con la otra. Le imagino en este mismo momento relamiéndose de gusto. Es un verdadero experto en mutilaciones, este Claude.

—Es porque tiene una esposa joven, la segunda, que podría enseñarle a Prissy Witherby unos cuantos trucos. Todas las demás mujeres son insignificantes comparadas con Ethelyn. He pensado muchas veces que las primeras prácticas de los médicos deberían estar limitadas a los miembros más próximos de su familia y los amigos más íntimos, antes de dedicarse de lleno a la profesión. Eso no sólo les

enseñaría a ser discretos y cuidadosos, sino que los ayudaría a liberarse de resentimientos secretos. Unas cuantas esposas asesinadas discretamente, por ejemplo, haría que en adelante un médico amara a todas las otras mujeres, para expiar su culpa.

—Me gustaría que hablaras en serio —dijo Philip, y los dos jóvenes se interrumpieron un instante para saludar a varios médicos que pasaban en aquel momento.

—Soy mortalmente serio, Phil. No puedo ayudarte y tú lo sabes. Brinkerman me odia más que al veneno. Es extraño porque no he tenido motivos para cruzarme en su camino salvo en dos ocasiones, y eso fue hace unos cinco años. Le dije que era un incompetente.

—Entonces debería estarte agradecido o debe ser un poco corto de memoria.

—Eso pasó hace cinco años, y raras veces le veo. No nos hablamos, pero nos cambiamos miradas sumamente elocuentes. Nos encontramos solamente en un lugar o en otro, o solíamos hacerlo cuando yo me mezclaba con la gente, y nos tratábamos muy cortésmente. ¿Cómo podría arreglárselas para meterme en su quirófano?

—Podrías pedirselo a Louis para... para hacer un estudio.

—¿Y tú estarías allí?

—Sí, pero el maldito degenerado me mata de miedo. Te mira como si fuera la diosa de la venganza si te atreves a hacer una observación o a arriesgar una opinión. Es una poderosa chinche vieja, pero a ti no puede intimidarte.

—Eso sería falta de ética. Probablemente me echaría fuera de inmediato.

—Louis tiene todavía la palabra a pesar de su condenada preocupación por algún problema que le abrumba. Brinkerman se está ganando muy mala reputación entre nosotros los jóvenes, y nosotros propagamos lo que pasa. Eso es peligroso para Sta. Hilda y Louis lo sabe, o debería saberlo. Jon, es una mujer muy joven, ¡tiene solamente veinte años, por amor de Dios!

—No sé cómo me meto en estas cosas —dijo Jonathan. Se acordó del doctor Brinkerman con asco. Sabía más cosas sobre el viejo médico que las que conocía Harrington. Sí, era un sádico, odiaba con saña a las mujeres, y estaba embobado con su alegre y joven esposa. Para él, hombre de cincuenta y dos o cincuenta y tres años, todas las mujeres jóvenes y bonitas eran secretamente unas prostitutas, aunque él era famoso por lo mucho que le gustaban. Tenía una forma especial de pellizcar o apretar dolorosamente a las estudiantes de enfermería, riéndose luego abiertamente y asegurándoles que sentía gran afecto por ellas. Le temían y le evitaban, escapaban ante sus rugidos, su voz de trueno o su gigantesco físico. Temían encontrarse con él en los pasillos o lugares aislados. Tenía lo que las muchachas llamaban una «boca sucia y dedos diestramente atormentadores». En su sala de examen podía infligir a una mujer joven una tortura más grande que cualquier inquisidor. Sin embargo, por alguna razón desconocida, tenía reputación de buen médico y cirujano, cosa que

dejaba boquiabiertos a los médicos más jóvenes. Jonathan estaba convencido de que era debido a que era muy rico e influyente, además de un desvergonzado ególatra.

Jonathan encontró a Louis Hedler en su oficina. Quedó de una pieza al ver la expresión dura y preocupada de Louis, y sus modales cansados. También se sorprendió cuando Louis, en lugar de mirarle con la aprensión con que habitualmente lo hacía, le sonrió casi paternalmente.

—Jon, hijo mío —le dijo.

—¿Qué te pasa, Louis? ¿Te sientes mal?

—Bien, no. Siéntate, Jon. Estoy simplemente... preocupado... por un miembro del personal. —Los ojos abultados estudiaron a Jon con una expresión muy especial—. Un magnífico hombre, más bien joven. Me temo que está metido en una pequeña dificultad... por su culpa, en cierto modo. Es áspero, impetuoso, un poco indiscreto a veces, pero resulta que yo lo aprecio. —Louis esbozó una sonrisa—. Personalmente me ofende con frecuencia, pero tengo que confesar que es un buen médico. Si me hubieran dicho, hace uno o dos años, o seis meses atrás, que ahora estaría preocupado por él, me habría reído con todas mis ganas.

—Estás madurando, Louis. ¿Quién te hace madurar?

Louis le contempló un instante y luego sonrió enigmáticamente.

—No creo que le conozcas, Jon. No, me parece que no le conoces —dijo frotándose los labios—. Tú nunca entras aquí sin traerme peticiones, alarmas o preocupaciones. ¿De qué se trata ahora?

—De todo —dijo y explicó a Louis lo ocurrido con el doctor Brinkerman y Philip Harrington, sin poder entender por qué el rostro de Louis se ensombrecía cada vez más mientras hablaba—. Así que —dijo finalmente—, si no tienes inconveniente, me gustaría estar presente en el quirófano.

—Es imposible, sabes cómo te odia Claude.

—Sólo tuvimos una diferencia de opinión y de eso hace mucho tiempo. ¿No tenemos todas las diferencias de opiniones entre nosotros? No pretendo que Claude me aprecie, pero con toda seguridad se ha olvidado del choque que tuvimos.

«Al contrario», pensó Louis, «¡muy al contrario!».

—¿Jon...? —preguntó con cierta malicia—. ¿No fuisteis unos cuantos de ustedes, los brillantes jóvenes, que insististeis en que el cirujano operador tuviera la facultad de negarse a que estuviera presente cualquier persona que él no deseaba? Sí, así es. Antes, cualquier médico que estuviera interesado, y hasta sus amigos, podían entrar en la sala de operaciones y observar todo cuanto quisieran. Pero vosotros los jóvenes no queréis, todo por la asepsia y nada de atmósfera teatral. —Louis dedicó una sonrisa al rostro tenso que tenía frente a él y a los ojos oscuros que le miraban divertidos.

—Louis, pero tenemos razón. ¿Quién es la joven señora y quién el médico de la

familia que la ha mandado aquí?

—Hum... —dijo Louis volviendo a sacudir la cabeza—. La señora de Jasón Hornby, y el médico que la atiende es Summers Bayne, amigo tuyo.

—Espléndido —dijo Jonathan, y sin pedir permiso cogió el teléfono que estaba sobre el escritorio y llamó al doctor Bayne, hablando luego con él en tono simpático—. Quisiera estar presente, Summers, cuando Claude Brinkerman opere hoy a tu paciente, la señora de Jasón Hornby, a las dos. ¡Ah!, ¿es a las diez? Mejor todavía: estoy ahora en Sta. Hilda, verás el doctor Phil Harrington no puede estar presente, y me ha pedido que le sustituya. Hay una pequeña dificultad, Summers, el viejo Claude no me aprecia. Tendrás que decir que estoy ahí a petición tuya, si pusiera reparos. A propósito, ¿quién eligió a Brinkerman? —Jonathan escuchó y frunció el entrecejo—. Estoy completamente de acuerdo contigo, no permitiría ni que le cortara las uñas a mi perro. No te preocupes, Summers, estaré allí. Tú estarás también y no le permitirás hacer ningún dobladillo fantasioso o bailar un vals alrededor de la vena cava. Ama de todo corazón la vena cava, y el motivo por qué todavía no le han echado de aquí sólo te lo podrá explicar el viejo Louis. —Guiñó un ojo al doctor Hedler y volvió a colocar el auricular en su lugar—. La joven señora eligió a Brinkerman ella misma e insistió, así que, ¿qué podía hacer el pobre Summers? Se ha tranquilizado cuando le he dicho que quería estar presente.

—Eres un sinvergüenza impertinente, Jon.

—Oh, ya lo sé. Y ya que hablamos de eso, ¿por qué no echas a Brinkerman?

—Jon, es un cirujano experto, aunque un poco... radical... a veces. Es tan rígido como tú en cuanto a la asepsia. Si su juicio ocasionalmente fracasa, ¿quién de nosotros puede afirmar que no se ha equivocado nunca? Si el lego común comprendiera a qué manos débiles y vulnerables se somete voluntariamente, y a qué juicio falible, no tendríamos más hospitales ni más salas de operaciones.

—Y mucha gente seguiría viviendo en vez de pudrirse pacíficamente en algún bonito cementerio. Eso es *confidencial*, por supuesto.

—No guardas esas cosas confidenciales muy a menudo, Jon. —Louis estaba muy turbado—. Desearía poder disuadirte. Tengo mis propias razones para sugerirte que no estés presente. Ya tienes bastantes enemigos, Jon, y Brinkerman es un individuo que no olvida a sus enemigos, que no se detiene hasta que los ve degollados.

—No puede odiarme más de lo que ya me odia.

Louis le miraba en silencio, y habló con una voz muy extraña.

—Tienes toda la razón.

Jonathan salió para informar a Phil que iba a sustituirle, porque él tenía que atender un caso urgente.

—La señora Hornby es una joven rica —le dijo Phil— pues de no ser así Brinkerman ni siquiera la miraría. ¿No es una suerte que muchísima gente no esté en

condiciones de pagar una operación? La pobreza ha hecho mucho más que la riqueza para salvar vidas, y si eso no es una herejía, ¿qué es?

—Es cierto —dijo Jonathan, y continuó su ronda.

A las nueve y media se preparaba en la habitación adyacente al quirófano. Silbaba cuando Claude Brinkerman irrumpió con la violencia de un minotauro que ataca.

—¿Qué demonios es eso de que usted va a ser mi ayudante en el caso Hornby?

—¿No se ha enterado? —preguntó Jonathan con mucha suavidad—. Phil ha tenido que atender un caso urgente. Me ha pedido que le hiciera este favor, y...

El duro y llameante rostro parecía irradiar odio y furia irreprimibles, y los pequeños ojos emitían un brillo asesino. Jonathan, que estaba al tanto de la aversión y desconfianza que ambos se tenían, se sorprendió ante un ataque tan vehemente y arrollador, pues la causa de sus desacuerdos había sido insignificante. Pero Brinkerman parecía no poder dominarse. Parado frente a él, respiraba furia, cerraba y abría los puños mientras se le levantaba el pecho. Si Jonathan hubiera sido su más mortal enemigo no podría haber mostrado una irracionalidad tan grande, una violencia más implacable.

—¡No quiero que esté conmigo! —gritó Brinkerman—. No quiero ningún ase... —Se detuvo tragando en forma visible y dolorosa, pero la rabia que sentía se hizo aún más grande—. ¡No quiero que esté conmigo! ¿Está claro?

—Me lo ha pedido Summers Bayne —dijo Jonathan—. Tiene ese derecho. ¿O preferiría acaso que Phil Harrington le ayudara dentro de una hora o dos, cuando haya terminado con ese caso urgente? Me parece que éste no es un caso que se atienda en un minuto. —Miró a Brinkerman—. ¿Qué iba a decirme, Claude? —Se sacudió las manos mojadas y cuando miró al otro cirujano, éste vio algo en sus ojos que le asustó. El doctor Brinkerman le devolvió la mirada y un tenue temblor maligno le corrió por sus facciones toscas. Su fina boca se contrajo.

—No importa —dijo. Tenía la frente púrpura, pero comenzó a normalizársele el color. Bajó la voz—. Ferrier, no le aprecio y nunca le he apreciado. No le tengo confianza, no se la he tenido nunca.

—Puedo decirle que esos laudables sentimientos son mutuos, Brinkerman.

—Usted no puede servirme de nada en esta sala, Ferrier.

—Pero puedo ayudar a la paciente, tal vez —dijo Jonathan, y sus miradas volvieron a chocar.

—¿Pone en duda mi capacidad profesional?

—¿Y usted la mía, Brinkerman?

El otro médico volvió a alzar la voz.

—¡No le quiero aquí!

—Summers sí, y Louis también lo sabe.

El doctor Brinkerman quedó súbitamente silencioso, luego sonrió muy levemente.

—El viejo Louis —dijo— tendrá muy pronto motivos para lamentarlo.

Jonathan se encogió de hombros y siguió desinfectándose las manos. Dos jóvenes enfermeras que estaban cerca de la puerta, completamente olvidadas por los dos hombres, se cambiaron significativas sonrisas y luego miraron con simpatía al doctor Brinkerman, a quien detestaban. Jonathan lo vio todo por el espejo que colgaba de la pared y sacudió la cabeza. Aquellas muchachas no se hubieran atrevido a quedarse solas en una habitación con Brinkerman, pero ahora había otro hombre al que querían menos todavía, y ese hombre era Jonathan Ferrier, quien no les había dado el menor motivo para odiarlo, y si algunas veces había hecho bromas un tanto pesadas también les había mostrado respeto por su profesión y habitualmente era amable con ellas. Pero para ellas era un «extraño», aun para una de las jóvenes que era ciudadana norteamericana por naturalización. Vio cómo hacían gestos de simpatía a Brinkerman. Alentado por eso, el doctor Brinkerman pellizcó un seno a una de ellas con rudeza mientras pasaba por su lado dirigiéndose a otra de las piletas. Ella hizo una mueca, le saltaron las lágrimas por el dolor, pero aun así trató de sonreírle.

«La naturaleza humana», pensó Jonathan que lo había visto todo y deseaba de buena gana dar un puñetazo a Brinkerman, «es algo que jamás podré comprender. Pero, como me dijo una vez mamá cuando era niño, yo soy la “minoría impopular”». Sí, es cierto: las minorías por lo general viven en un infierno. Sin embargo, ¿cómo se forman las minorías impopulares? ¿Por juicio y decreto de quién? ¿Quién tiene derecho de decidir quién pertenecerá y quién no a la amante «hermandad del hombre»? ¿Cuáles son las reglas del juego? ¿La integridad personal, el valor, el honor, la inteligencia, la caridad, la bondad, la mansedumbre, la dedicación, la «decencia»? La experiencia me enseña que estas virtudes gozan de muy poco prestigio entre las mayorías, de modo que no pueden constituir la estructura de referencia para emitir juicio.

Advirtió a través del espejo que el doctor Brinkerman le echaba miradas aún más extrañas, miradas que expresaban satisfacción, odio, malignidad, y su instinto del peligro se puso alerta. Pero ¿cuál era ese peligro? ¿Qué daño podría hacerle Brinkerman? Le miró el cuello grueso y rojo, un cuello tan musculoso y tan pesado como el de un toro, y las manos carnosas y enjabonadas. No le cabía la menor duda de que Brinkerman tendría gran placer en matarle y le devolvió el cumplido. Sin embargo, no podía olvidar que cuando se encontraba con Brinkerman en los corredores, cambiaban saludos fríos y nada más. Aquella violencia salvaje le resultaba inexplicable.

—Quiero que sepa, Brinkerman —dijo Jonathan— que no he hecho nada por colocarme en esta situación. Mi presencia ha sido requerida.

—Me doy cuenta de eso, Ferrier. Ya arreglaré cuentas con Summers Bayne a mi modo y cuando me venga bien.

Jonathan reflexionó.

—A mí no me faltan amigos —dijo.

—Va a llevarse una sorpresa —dijo Brinkerman con una risita ronca.

Jonathan frunció el entrecejo. Recordó lo que le había dicho recientemente Philip Harrington y la forma rara en que sus viejos amigos le trataban en los corredores del hospital y en las salas de descanso desde un tiempo a esta parte. Pero esbozó una sonrisa sabiendo que Brinkerman lo observaba atentamente.

—Eso es muy ambiguo —dijo—. Pero tengo suficientes amigos para proteger a Summers, y yo soy famoso por la forma como protejo a mis amigos. —Se dirigió hacia una de las enfermeras, que se adelantó para empolvarle las manos secas y ayudarle a ponerse los guantes—. Además, el hermano de Summers es senador del Estado, amigo del gobernador, ¿no lo sabía? Creo que también el hermano está en la Junta Médica. Si estoy equivocado, corríjame, por favor.

El doctor Brinkerman lo había olvidado. Lanzó a Jonathan otra mirada maligna, pero guardó silencio. La joven enfermera que asistía a Jonathan tenía una elocuente expresión de desaprobación y evitaba su mirada. Jonathan volvió a reflexionar sobre la naturaleza humana, pues sabía que el doctor Bayne era muy popular entre las enfermeras, y la amenaza de Brinkerman debía haber disgustado a la muchacha. Jonathan anotó mentalmente otro punto contra la raza humana.

La paciente ya estaba preparada cuando los dos cirujanos entraron en la sala de operaciones, y el doctor Bayne, ya desinfectado, enmascarado y con la bata puesta los esperaba. Dirigió a Jonathan una mirada inquisitiva, y éste le guiñó un ojo. La paciente estaba anestesiada. Todo estaba a punto. Jonathan se fijó en su bonita cara inconsciente, una carita de niña. Luego miró al doctor Brinkerman, que también estudiaba aquellas facciones suaves e infantiles, con ojos lujuriosos y hambrientos, como los de un torturador, ojos de un sádico.

No se podía negar que era un cirujano competente, hizo la incisión con una precisión, habilidad y suavidad que le ganó la admiración de Jonathan. El conducto era grande y abultado, pero no estaba demasiado inflamado ni tenía roturas. La muchacha tenía suerte. El doctor lo extirpó y luego se dirigió a los curiosos internos, ignorando completamente al doctor Bayne y a Jonathan.

—Ahora examinaré cuidadosamente el útero para ver si tiene deformaciones, y el otro ovario. No he resuelto todavía si tendré que eliminarlo, y posiblemente el útero.

Los hombres cambiaron miradas inquietas.

—Puedo ver por mí mismo —dijo Jonathan— que el útero y ambos ovarios están en condiciones óptimas. No hay necesidad alguna de hacer una exploración más extensa.

El doctor Brinkerman se detuvo, volvió lentamente la cabeza y sus ojos brillaron con un destello maligno.



—¿Soy yo el cirujano o usted, Ferrier? —preguntó.

—Soy su asistente, si usted prefiere llamarme así, pero también estoy comprometido por el juramento de Hipócrates y soy defensor del bienestar público. Por lo tanto, si usted hace algún daño al sistema reproductor de esta muchacha, haré todo lo que esté a mi alcance para impedir que pueda operar a nadie más en el futuro.

Habló en forma clara, firme y con seguridad, plenamente consciente de que había hecho algo que era irrevocable: había insultado y difamado deliberadamente al cirujano actuante en el quirófano, dentro de su propio dominio, ante la presencia de testigos. Pero la muchacha que estaba sobre la mesa, tan inconsciente, tan confiada, tan indefensa, significaba más para él que cualquier consecuencia que pudiera acarrearle su actitud, aun cuando bien sabía que podía ser grave. Sin embargo, sólo las amenazas más violentas podían detener a aquel sádico, y Jonathan las había empleado.

—Por esto —dijo Brinkerman con voz terrible— podrían revocarle la licencia.

Jonathan se echó a reír.

—Quisiera verle tratando de hacerlo. Buscaré testigos contra usted y al diablo con la ética profesional que siempre protege al chambón o al mutilador intencional. ¿Y bien? ¿Sutura a la muchacha o va a dejar que muera desangrada?

Hizo una señal a Bayne y sin dejar de mirar atentamente a Brinkerman se acercó a la bandeja donde estaba el conducto extirpado. Sumergió las manos en agua, bautizando el embrión allí expuesto. Algunos de los internos sonrieron con aire indulgente, pero dos de ellos mostraban una expresión muy seria y el doctor Bayne se bendijo a sí mismo. El doctor Brinkerman soltó una carcajada malvada e hizo una observación indecente a la enfermera que tenía más cerca, pero la muchacha estaba a punto de soltar las lágrimas.

—Después de sus manifestaciones vengativas, Ferrier —dijo el doctor Brinkerman— no tengo otro recurso que acusarle ante la Junta. Además, si esta paciente tiene complicaciones, la culpa recaerá sobre usted, por interferencia y franca intimidación.

Jonathan se acercó a la mesa.

—Voy a protegerme a mí mismo vigilando todos sus movimientos, Brinkerman. Así es que no se le ocurra hacer ninguna barbaridad con la muchacha. Tiene una buena reputación en ese sentido. —Miró al doctor Bayne, cuyos ojos mostraban su preocupación y su temor—. No te preocupes demasiado, Summers —le dijo—. Simplemente vigila con cuidado a la muchacha.

Todos estaban convencidos de que al doctor Brinkerman estaba a punto de darle un ataque. Le temblaban las manos y todo el cuerpo. Jonathan no se atrevía a quitarle la aguja, pues creía que tenía contaminadas las manos aun cuando las había sumergido en el agua presumiblemente esterilizada. No confiaba demasiado en la

esterilización que se llevaba a cabo en el quirófano, de modo que se contuvo, pero observaba cada movimiento del doctor Brinkerman. El cirujano mayor era capaz de controlarse en gran medida cuando lo deseaba. Se repuso y desapareció su terrible color. Terminó de suturar sin ningún incidente. Salió de la sala sin pronunciar una palabra, arrancándose los guantes de las manos y dando un portazo al salir.

—Te mataría si pudiera, Jon —dijo el doctor Bayne, al tiempo que los internos y las enfermeras cubrían a la muchacha con las mantas y las sábanas y la retiraban del quirófano—. Ese hombre es muy malo.

—Y es un hombre a quien no se le debería permitir operar a ninguna mujer de menos de cincuenta años —dijo Jonathan.

—Jon, ten cuidado.

—En este oficio es un delito ser demasiado cuidadoso de las delicadas sensibilidades de un colega —dijo Jonathan—. Jamás he protegido a un hombre como Brinkerman y no pienso hacerlo nunca.

Esperaba que le llamaran al despacho de Louis Hedler, pero aunque se quedó en el hospital una hora más no recibió ninguna llamada. Se fue hacia el río, y de ahí pasó a la isla.

Cuando Jonathan se encontraba a mitad de camino sobre el agua tranquila del río, notó que el cielo tenía una tonalidad bronceada, color azafrán, y quemante. Se reflejaba en las pequeñas ondulaciones azules del agua, no con la claridad del sol, aunque éste brillaba produciendo bastante calor, sino algo turbia.

«Maldita sea», se decía para sí, «los sueños que he tenido en favor de este pueblo. He conseguido una máquina de rayos X para uno de los hospitales. He acumulado una provisión de *radium*. He convencido a médicos famosos para que vinieran a darles conferencias a estos botarates. He estado a punto de hacer construir un pabellón para tuberculosos en Sta. Hilda y un laboratorio para la investigación del cáncer. Eso es lo que yo, el gran samaritano, he querido hacer por Hambleton: un centro médico pequeño, compacto, moderno, que ni en Boston mismo habrían de despreciar. Bien sabe Dios que nosotros, o mejor dicho ellos, lo necesitan. Adiós, sueños, adiós todo, excepto Jenny».

Se había quitado la corbata, el alto cuello blanco y duro y la chaqueta pero aun así sudaba copiosamente cuando llegó a la isla y ató el bote. Notó que el río había vuelto a perder caudal y quedaban más piedras al descubierto. Miró el cielo. Cuando la tormenta se desencadenara sería un infierno y se había olvidado de Claude Brinkerman, todos sus pensamientos, mientras trepaba en dirección del castillo, pertenecían a Jenny Heger. Llevaba la chaqueta sobre el brazo y el sombrero en la mano, pues tenía la piel tan bronceada por naturaleza que no temía el efecto del sol. Comenzó a silbar.

Al llegar a la puerta el viejo Albert, que aquel día tenía una mirada curiosamente esquiva, le informó que el señor Ferrier no estaba en casa.

—No sé dónde está, doctor. ¿Miss Jenny? Creemos que se ha ido a Hambleton, aunque no estamos seguros. ¿Quiere tomar un trago, doctor Ferrier?

El doctor Ferrier declinó el ofrecimiento y se fue enfurruñado. ¿Dónde diablos estaría la muchacha, si es que estaba en la isla? Había toda clase de escondrijos frescos. Entonces Jonathan recordó que solamente había un bote atado en la orilla opuesta, en Hambleton. Eso quería decir que Harald lo había dejado allí antes de ir al pueblo. Tres, contando el que Jonathan había utilizado, estaban ahora en la isla. Esbozó una sonrisa. Cuando Harald llegara al río no encontraría la forma de volver, a menos que hiciera señales y alguien lo viera. Era posible que estuviera fuera todo el día y hasta toda la noche, y para entonces Jon ya habría regresado a tierra firme y le habría dejado un bote.

De modo que Jenny estaba en la isla, escondida como siempre. Jonathan comenzó a explorar. Conocía la isla bastante bien, pues le había intrigado y divertido desde el principio. La recorrió espiando cada caverna oculta, cada emparrado. Se percibía la fresca fragancia del pino, pues se había levantado una leve brisa. Después de buscar en un lado de la isla, Jonathan, que sentía cada vez más calor y se irritaba paulatinamente, comenzó por el otro. Vio las montañas que se proyectaban claramente contra el cielo amarillento, de color ocre o bronceado, con excepción de algunas islas verdes donde el césped crecía entre casas que desde allí parecían diminutas y blancas.

Su silbido se hizo un poco más agudo y esta vez unos cuantos pájaros le contestaron. El agua del río era cegadora y tenía una apariencia aceitosa, salpicada de un azul metálico. Se detuvo para secarse la cara y al apartar la vista del río, vio una caverna prácticamente oculta por matas de madreselva y arbustos. Advirtió un rápido movimiento detrás de los arbustos y luego todo quedó quieto. Había encontrado a Jenny. Si no se hubiera detenido para probar una manzana no habría descubierto aquella gruta, aquel pequeño lugar semejante a una caverna cavada en la ladera de la isla, una cortina formada por una enredadera silvestre caía sobre la entrada como una frágil bandera. Estaba seguro de que Jenny había oído sus pasos y su silbido y, sin embargo, ahí estaría acurrucada en el suelo como un animal perseguido que quiere ocultarse. Jonathan se sintió más fastidiado que nunca.

Se abrió camino entre los arbustos, levantó la cortina de enredadera y vio que Jenny estaba acurrucada en un rincón tal como había supuesto. Rodeada de libros y papeles, con un vestido amarillo de algodón tan liso como un camisón. Le miró en silencio, con los ojos azules muy abiertos en los que se reflejaba un débil rayo de sol. Parecía no haberle reconocido, le observaba, sin enojo, sin aversión ni indignación, sin expresión de ninguna clase.

—Hola, Jenny —dijo Jonathan. A pesar del fastidio que sentía, su voz era muy amable.

Se sorprendió por la emoción que lo invadió al ver a la muchacha, y el ansia y deseo que sintió en su presencia. Se levantó y la miró sonriendo y al cabo de un instante, ella volvió la cabeza y la temblaron los labios. Jonathan vio su perfil, que le pareció más hermoso que nunca, y sintió deseos de tornarle la cara con las manos y besar aquella boca, aquellas largas pestañas negras y la delgada garganta blanca.

—Jenny... —le dijo.

El negro cabello de Jenny estaba desarreglado y le caía sobre los hombros y la espalda. Temía que diera un salto y saliera corriendo, como lo había hecho aquel Cuatro de Julio, de modo que bloqueó la salida con su cuerpo, pero no del todo. Sin embargo, ella no se movió. Tenía entrelazadas las manos sobre la falda y la cara todavía vuelta hacia otro lado, pero empezó a pestañear como si estuviera a punto de echarse a llorar. Jonathan pudo ver cómo se le agitaba rápidamente el pecho debajo del vestido amarillo.

Muy lentamente, como para no asustarla, dejó caer la cortina de enredadera y la gruta quedó sumida en una tibia penumbra. Jonathan se acercó a Jenny con infinita lentitud, se sentó en la oscura tierra, se abrazó las rodillas y la observó. Ella ni siquiera le miró. La rodilla de Jenny estaba cerca de su mejilla, y deseó con toda su alma apoyarla contra ella. Veía los toscos hilos del vestido, la línea de su largo muslo, la pantorrilla y después el arqueado pie.

—Te he estado buscando semanas enteras, Jenny —dijo—. Pero tú te escapabas. Quería saber si me has perdonado.

Jenny habló como si lo hiciera con el pétreo muro de la gruta.

—Te he perdonado. —Su voz era tan apagada que apenas se la oía.

De repente recordó algo que había olvidado y que sucedió aquella noche. Cuando arrojó a Jenny sobre la cama y ella se debatió salvajemente para librarse de él, advirtió el enorme terror que sentía por algo desconocido que se cernía sobre ella tan brutalmente y con tanta violencia, pero junto con ése, se advertía otro terror: el de su propio deseo de rendirse, el debilitamiento de sus piernas, el repentino aflojamiento de los músculos del muslo. Fue entonces cuando arqueó el cuerpo en un intento final de resistencia y le apartó de un empujón, rompiendo a llorar.

Aquellas últimas semanas Jon había creído poder hacerse amar por Jenny. Estaba confundido y a la vez contento de saber que Jenny le había amado aun cuando luchara contra él. No le aceptaría a la fuerza y, naturalmente, pensó Jonathan con indulgencia, sin el beneficio de la clerecía.

—Bueno —dijo— me alegro de que me hayas perdonado, pero como te dije entonces, Jenny querida, te amo desde hace mucho tiempo. ¿No lo sabías?

—No —contestó ella.

—¿Y no me creíste aquella noche?

—No, no te creí —contestó Jenny apartándose más de él y apoyando la barbilla sobre el hombro.

—¿Me amas ahora?

Se echó hacia atrás un pesado mechón de pelo y él pudo ver su mano bronceada por el sol, una mano larga, elegante, como la de su madre.

—¿No quieres decírmelo, Jenny?

Apretó los labios como una niña tímida pero terca.

—Jenny, me voy para siempre.

Le puso una mano sobre el pie. Jenny se estremeció, pero no lo retiró, cosa que lo alegró enormemente, pero su alegría se desvaneció cuando vio que las lágrimas se deslizaban sobre las pálidas mejillas de Jenny.

—Quiero que vengas conmigo, Jenny —le dijo—. Te amo, te he amado durante años. Quiero que te cases conmigo, y pronto, mañana si fuera posible. Quiero sacarte de Hambledon, quiero llevarte a un lugar donde podamos tener un poco de paz. Quiero hacerte conocer todo el mundo, querida mía.

Jamás había hablado de aquel modo a una mujer, ni había sentido aquella tristeza mezclada de deseo, aquella paz. Sentía el calor del pie de Jenny a través de la media de algodón, debajo de su mano, y lo hubiera besado.

—Por favor, no llores, Jenny. Contéstame.

Ella habló con una voz que era casi un susurro.

—Robert Morgan me pidió ayer que me casara con él —le dijo levantando la mano y limpiándose las lágrimas con el dorso, pero sin mirarlo.

—¿Bob Morgan? —Jonathan estuvo a punto de echarse a reír—. ¡Ese muchacho! Bueno, admiro su gusto, aunque no me gusta su descaro.

Ella se volvió bruscamente con las mejillas arrebatadas y los azules ojos resplandecientes de furia. Siempre había sospechado que Jenny tenía un carácter fuerte, pero ahora lo veía con sus propios ojos.

—¡Tú sí que eres descarado, Jon! —exclamó—. Pero oye una cosa: Robert tiene una ventaja sobre los hermanos Ferrier.

Habló con voz fuerte, directa y clara. Jonathan se sintió encantado. Le apretó el pie y, muy suavemente, levantó uno de sus dedos hasta el tobillo y se lo acarició. Sintió una conmoción con el contacto, pero ella no retiró el pie como esperaba.

—Oh —le dijo— no dudes que cualquier hombre es mejor que nosotros. Somos un mal conjunto, como dirían los ingleses. Harald es un idiota y yo gozo de la peor reputación del pueblo, como probablemente habrás descubierto tú misma. No somos joyas en el mercado matrimonial, en eso estamos de acuerdo. No sé cómo te las arreglarás para aguantarme como esposo y realmente te tengo lástima.

En aquel momento le tenía tomado el tobillo con toda la mano y pensaba hasta

dónde podría levantarla. Era un pensamiento delicioso. Entonces notó que ella estaba muy quieta y al levantar la vista advirtió que tenía una expresión trémula y atontada, como si toda su atención estuviera concentrada en el tobillo que él tenía agarrado. Jonathan la miró fijamente, y luego apoyó la mejilla contra su rodilla. Ésta se endureció, se estremeció, pero no se apartó, y la mano de Jonathan se deslizó hacia arriba, por la pantorrilla delgada, cálida, firme y suave.

Las mejillas de la muchacha se tiñeron de un fuerte rubor y le temblaron los párpados que luego fueron cayendo lentamente. Empezó a sollozar en silencio. Muy despacio, Jonathan se apoyó sobre sus rodillas mirando el rostro tembloroso, la tomó entre sus brazos, vaciló un instante y apretó los labios contra el hueco de su garganta. La cabeza de Jenny cayó para atrás, vencidas todas las defensas, y Jonathan sintió el repentino temblor del pulso contra su boca.

—Jenny, Jenny —murmuró.

Sentía el cuerpo joven y suave entre sus brazos, y apoyó la cabeza contra el pecho de Jenny. Ella se estremeció por un segundo y después se quedó quieta, Jon sintió su pasión extática y virginal. Jenny no tenía miedo, aun cuando había empezado a temblar. Le pareció que se agrandaba la penumbra de la gruta, que se llenaba de una excitación casi inaguantable, de placer y de felicidad. El silencio no era interrumpido más que por el canto distante de las cigarras y el débil susurro de los árboles. Todo parecía más grande para los sentidos, la fragancia de la tierra, las hojas y la carne joven.

Jonathan pensó, en la intensidad de su creciente deseo, que había lugares peores que ése para poseer a la mujer amada que se está rindiendo. Volvió a besar la garganta desnuda y su mano hurgó en los pequeños botones de la blusa, que a él le parecieron grandes como platos. Desabrochó uno, dos, tres, y entonces ella le detuvo con mano fuerte.

—No —dijo rompiendo a llorar, no con llanto de temor o de protesta, sino de desesperación.

Él se detuvo de inmediato. La sostuvo tan gentilmente como antes, y cuando ella apoyó la cabeza en su hombro la dejó que llorara. ¿Qué otra cosa podía esperarse de aquella muchacha inexperta? Temía haberlo echado todo a perder, haberle confirmado la mala opinión que tenía de él anteriormente.

—Jenny, querida mía, lo siento —le dijo—. Pero te amo más que a mi propia vida, Jenny. No te molestaré otra vez, hasta que estemos casados, ¿eh, Jenny?

—No puedo casarme contigo —gritó ella, mojando con sus lágrimas la camisa de Jonathan—. Quiero, pero no puedo.

—¿Por qué no?

—¡Te he hecho una cosa terrible!

Él no dijo nada, pero sintió ganas de reír y la sostuvo más fuerte.

—¡Por amor de Dios, Jenny! ¿Qué «cosa terrible» puede haberme hecho una niña como tú?

Jenny sacudió la cabeza con desesperación.

—No puedo decírtelo, Jon. Vete, por favor, y olvida que me has visto. Vete muy lejos.

Entonces fueron interrumpidos por una voz llena de burla y desprecio.

—Me duele tener que poner fin a esta conmovedora escena pastoril —dijo Harald Ferrier a la entrada de la gruta—. No hay nada tan adorable como un amor verdadero, ¿no es cierto? ¡Y qué escena! Todos los elementos de la seducción dramática: rendición inmaculada, temblores armoniosos, fuerza viril, caricias... todo. Debería haber sido el autor, hubiera hecho una fortuna.

Jenny pareció saltar en los brazos de Jonathan. Él la soltó y se puso en pie, sintiendo que le invadía la furia y que la sangre le subía a la cara. Vio a su hermano descuidadamente apoyado en la entrada de la gruta, mostrando aquella amplia y amable sonrisa suya. Harald le hizo un guiño.

Fue aquel guiño lascivo, aquella sonrisa indulgente, lo que hizo que Jonathan sintiera un agudo embarazo mezclado con rabia, una especie de vergüenza juvenil.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —gritó.

Harald levantó sus espesas pestañas y su rostro se iluminó.

—¡Caramba! —dijo como si se sorprendiera—. Creo que vivo aquí, por lo menos creía. ¿No es así?

—¡Nos espiabas! —gritó Jonathan sintiendo que hacía el papel de tonto.

—Oh, lo siento de veras. Creo que debía haber esperado hasta la escena final, pero confieso que soy un poco impaciente. ¿Es que iba a haber una escena final? —Miró a Jenny, acurrucada en el suelo con la cabeza vuelta hacia otro lado—. Me sorprendes, Jenny —dijo en tono de burlona recriminación— una muchacha tan buena como tú. —Volvió a mirar a su hermano con gesto amistoso y haciendo un pestañeo cómico—. Eres todo un perro, Jon, ninguna muchacha está segura contigo, ni siquiera un bocado de virgen como Jenny. En realidad, debería estar enfurecido, después de todo, soy su tutor natural. Por lo menos tenías que haber guardado las normas de la etiqueta y pedirme su mano, y no tratar de tomarla por la fuerza, para decirlo con un eufemismo.

Jonathan le habría matado allí mismo, le odiaba. También se sentía ridículo, un poco despreciable y completamente avergonzado.

—Abotónate la blusa, Jenny querida —dijo Harald con aire paternal—. Es terrible como se abre. Tienes que tener más cuidado cuando te vistes. Y deja caer el borde de tu vestido. Creo que una mujer joven no debe mostrar casi hasta el muslo a la luz del día, pero eso sucede cuando se ponen a jugar, según he oído decir.

Jonathan apretó los puños. Tenía el rostro congestionado, y al mirar a su hermano

a los ojos, vio que éste no bromeaba y que su habitual color castaño se había oscurecido.

Harald mostraba una leve sonrisa y miraba de frente a Jonathan.

—Terminemos con esta comedia, ¿no te parece? Me disgusta sorprender retozones en un momento... indiscreto, digamos. Pero he oído voces y te estaba buscando, Jon. Me han dicho que todavía estabas en la isla, yo descansaba en el castillo, pero todos creían que estaba en Hambledon. Así que he empezado a buscarte. No era mi intención imponeros mi compañía. Si hubieseis estado conversando en forma comedida, como se acostumbra cuando un caballero visita a una dama, o hubieseis estado tomando té, Jenny ¿te has olvidado de las tazas?, yo me habría retirado y habría hecho ruido para llamaros la atención. Pero el ruido que he oído, altercados o besos, me ha alarmado. —Extendió las manos como si estuviera haciendo un ruego—. Entonces, ¿qué otra cosa podía hacer más que apresurarme para salvar el honor de Jenny, que en apariencia corría el más serio peligro? Tenía que rescatarla de eso que las señoras llaman «un destino peor que la muerte». Jenny, deberías sentirte muy agradecida por lo que he hecho.

La pobre muchacha se había abrochado la blusa y soltado el borde de la falda. Estaba sentada, muy erguida y muy quieta. El pelo le cubría parte del rostro.

—Ahora que ya te has divertido —dijo Jonathan conteniéndose con gran esfuerzo para no pegar a su hermano— ¿qué te parece si nos dejas en paz?

—¿Para qué continúes con la seducción de una muchacha inocente e indefensa? —dijo Harald retrocediendo en una perfecta parodia de horror y haciendo un gesto que puso al descubierto sus grandes y hermosos dientes, al tiempo que se golpeaba el pecho dramáticamente—. No seré yo quien lo haga, yo, el protector de mi hijastra.

Jonathan volvió a ver el brillo desagradable en los ojos de su hermano y pensó: «me odia tanto como yo lo odio a él, y si pudiera me mataría con tanto gusto como yo a él. Bueno, es una hermosa situación».

—No tienes necesidad de proteger a Jenny —le dijo—. Vamos a casarnos de inmediato.

—¿Antes o después? —preguntó Harald.

—¡Oh, vete al diablo! —dijo Jonathan mirando a Jenny, que estaba silenciosa y abatida—. Jenny, voy a pedir a mi madre que te invite a quedarte con ella hasta que estemos casados. Vindrás, ¿no es cierto, Jenny?

Harald sacudió la cabeza con gesto triste.

—No, temo que no, Jon. Verdaderamente temo que no.

Jonathan lo ignoró por completo. Por algún perverso motivo sentía ganas de echarse a reír explosivamente, y al mismo tiempo quería consolar a Jenny y provocar su risa.

—¿Mañana, Jenny? —preguntó.



—Ah, no, querido hermano —dijo Harald al ver que Jenny no contestaba—. Jenny tiene sus razones, ¿no es así, querida? Una razón muy poderosa. Jenny es todo honor, o al menos lo era hasta hace media hora. Ya vez, Jon —dijo Harald asumiendo una expresión apenada—. Jenny creía hasta hace muy poco que eras un asesino. Yo la ilustré movido por la caridad que anida mi corazón.

—¿Qué dices? —dijo Jonathan—. ¡Estás mintiendo!

—¡En absoluto! Pregúntale a ella misma. Creía que habías asesinado a su madre, ¡ja, ja! ¡Pensar en todos los asesinatos que quieren cargarte! Barbarroja era un novicio comparado contigo. ¡Qué reputación tienes! Y qué cara tienes también. Has envejecido de repente.

Jonathan le miraba con expresión atemorizante, pero Harald se estaba divirtiendo demasiado para sentirse alarmado. Sin embargo, dio un paso atrás.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

Jenny estaba sentada muy erguida. Se había tirado el cabello hacia atrás y tenía la cara muy pálida en la verde penumbra de la gruta.

—¿Jenny? —preguntó Jonathan volviéndose hacia ella.

—Es completamente cierto —dijo ella con voz velada—. Fui muy estúpida. Yo... pensé que tú... y Harald... os habíais confabulado para matar a mi madre por su dinero. —Repentinamente se tapó la cara con las manos—. ¿Cómo puedo haber sido tan estúpida, tan ignorante...? Aquella noche, justo antes de que muriera, creí que la inyección que le habías dado... no sabía que se estaba muriendo y que trataste de salvarla.

—Y todo este tiempo —agregó Harald con voz afectuosa— la pobre niña ha creído que éramos hermanos asesinos. Por lo menos no pensó tan mal de mí, me creía culpable de un solo asesinato, o instigador de uno. Tú eras el verdadero bruto, con tu agujita mortífera.

—Cristo —dijo Jonathan mirando con disgusto a la muchacha—. Jenny, no puedes haber sido tan idiota, ¿verdad?

El tono de su voz la hizo estremecerse. Se quedó quieta, cubriéndose la cara y sacudiendo dolorosamente la cabeza. No levantó la vista ni siquiera cuando Jonathan cogió su chaqueta y su sombrero y empujó a su hermano para salir. Harald encendió un cigarrillo y se puso a fumar tranquilamente. Jonathan se detuvo a poca distancia de la gruta y miró a Jenny.

—¡Por eso siempre escapabas de mí, Jenny, como un ratón perseguido! —le dijo con áspero desprecio—. Si no hubieras concebido esa loca fantasía en tu mente, Jenny, ¿me habrías dejado compartir tu cama aquella noche?

—¡Ajá! ¡Qué deliciosa visión surge en mi cerebro! ¿Cuándo fue «aquella noche», Jenny? ¿Estuvo nuestro Jon demasiado ardiente, demasiado impulsivo? Le falta delicadeza, ya lo sabes.

Jonathan levantó su mano dura y bronceada y le cruzó la cara de un bofetón. Harald cayó hacia un lado de la gruta. Jonathan se fue y el estrépito que produjo su violenta partida quebró el silencio durante unos instantes.

Jenny lloraba, mientras Harald fumaba y la miraba con gesto amable. Al cabo de un rato sacó el pañuelo y se sonó las narices ruidosamente, como lo hacen los chicos.

—La Naturaleza puede ser muy dramática y heroica —dijo Harald— pero inevitablemente termina con una nota cómica. Lloramos hasta que se nos seca el corazón para tener que sonarnos después las narices o hacer una visita al cuarto de baño. Esto es muy banal, Jenny, no es tan trágico como tú crees. Has visto el peor aspecto de Jon, si tal cosa es posible. Jamás espera explicaciones, nunca. Hace lo que se le viene en gana y nunca escucha la defensa de la otra parte. De eso te has librado, Jenny.

Ella volvió a sonarse la nariz y lo miró con angustia y enojo.

—Lo sé, querida, me echas la culpa. Pero lo he hecho por tu propio bien. Ya ves que no has tratado a Jon tan injustamente, después de todo. Tal vez no te hayas enterado, pero en Hambleton corren historias muy sucias sobre ti y él...

—¿Sobre mí? —preguntó Jenny levantándose de un salto—. ¿Sobre mí?

—Así es, querida. Dicen que eres mi amante, y probablemente la compañerita de juegos de muchos otros caballeros.

—¡Oh, qué puerco mentiroso eres! —gritó Jenny echándose encima de él.

—Jenny, modérate, por favor. —Su tono burlón la hizo detenerse—. Jon las ha creído todas y cada una de ellas. Hace bromas obscenas sobre ti, Jenny, en mi presencia y en presencia de otros. Las ha hecho delante de mi madre también, con algunas ligeras reservas. Si no me crees, pregúntaselo a ella, y también podrías preguntárselo a otras personas de Hambleton.

Jenny le miró pestañeando rápidamente y quedó pensativa, mientras nuevas lágrimas corrían por su cara. Recordaba las sonrisas disimuladas que había tenido que soportar en Hambleton a partir de la muerte de su madre, las evasiones, los desprecios. Siempre había sido lastimosamente tímida y había llegado a creer que su creciente timidez era lo que provocaba los desprecios semiocultos que había podido advertir en el pueblo, y que su sencillez se estaba poniendo en evidencia cada vez más, despertando hostilidad. Su padre le había dicho que no tenía gracia y ella había llegado a considerarse, sin haber llegado más que al principio de su madurez, una rústica que sólo podía merecer indiferencia. Recordó entonces las perversas observaciones que le hiciera Jonathan, y que en aquellos momentos no había comprendido.

El Cuatro de Julio Jonathan la había atacado en la casa de su padre, donde su madre había muerto, cuando estaba sola y no tenía a nadie que la defendiera, Jenny había olvidado lo que le dijo en la biblioteca y mientras luchaba con él en el

dormitorio, pues se había sentido demasiado culpable y llena de remordimientos como para poder recordar. Le volvía a la memoria, con horror, el insulto recibido de Jonathan, cuando le dijo que le negaba a él lo que con tanto gusto daba a su hermano. Recordaba que le había dado un bofetón en la cara, igual que él había abofeteado a Harald. ¿Cómo podía haber olvidado todo aquello? ¿Cómo podía haber olvidado el manifiesto desprecio que sentía por ella, sus mofas, sus acusaciones de que era «reservada»?

Con el rostro enrojecido de furia se volvió hacia Harald, que se estaba restregando cuidadosamente la mejilla y tocándose los labios con el pañuelo, para ver si salía sangre.

—¿Esperas que te lo confirme, Jenny? —le preguntó—. Si es así, me alegro. Si Jon sentía algún respeto por ti no hubiera tratado de forzarte como entiendo que lo hizo «aquella noche», ni hubiera tratado de repetirlo hoy en esta gruta, creyendo que estabas sola en la isla, sin mi presencia para protegerte y lejos de la casa. Te ha tratado como a una cualquiera, Jenny, como a una mujerzuela, una perra. ¿Supongo que serás suficientemente inteligente como para darte cuenta de eso? Un caballero no trata de seducir tan crudamente a una niña, especialmente una como tú, a menos que crea que no merece ningún respeto. Sus ofertas de casamiento... ¡Oh, Jenny! Si tú te hubieras... hum... rendido, para decirlo con palabras suaves, se te hubiera reído en la cara después. Créeme, conozco a mi hermano, y sé que tiene muy mala reputación entre las mujeres.

—¿Jon ha podido pensar esas cosas de mí? —murmuró Jenny con patético asombro.

—Jenny, Jenny, ¿no me has escuchado? ¿No es evidente que lo ha hecho y lo sigue haciendo? ¿No te basta con su conducta?

—¡Oh! —gritó Jenny, y se cubrió con las manos el rostro desolado de vergüenza, pena y amarga soledad.

—Sé que esto es duro, querida mía —dijo Harald triunfante— pero es mejor que lo sepas ahora que después, si yo no hubiera llegado a tiempo para salvarte. Piensa lo que hubieras tenido que soportar entonces. Jon es un mal hombre, Jenny. Fue cruel con su esposa, Mavis, y la eliminó de su vida, aunque tú te empeñes en no creerlo. Es implacable con las mujeres, absolutamente implacable. Una mujer tiene para él un sólo objeto. La población femenina de todo este maldito pueblo lo adora, salvo cuando tiene razones para odiarlo. ¿No te parece extraño? Voy a dejar de lado por un momento mi modestia para decirte que, comparado conmigo, no tiene encanto ni apariencia.

—Os odio a los dos —dijo la pobre Jenny—. Os desprecio a los dos.

Se echó hacia atrás la cabellera y se dirigió a la salida de la gruta, pero Harald sonrió y sacudió la cabeza sin apartarse de su sitio.

—No me desprecias a mí, dulce Jenny. Desprecias lo que te he dicho. ¿Te parece justo? Tus pensamientos me han ofendido terriblemente y yo te he perdonado, ¿no fui magnánimo? ¿Quién perdonaría con tanta facilidad una acusación tan terrible, salvo alguien que te ame?

—Por favor —pidió Jenny con la voz quebrada— por favor, déjame salir. No... no puedo soportarlo más. Por favor.

—Por supuesto —dijo Harald con amabilidad, retirándose. Jenny pasó por su lado corriendo y él oyó un agudo sollozo mientras ella se alejaba hacia el castillo.

«Querido Jon», pensó Harald, «una buena acción merece recompensa. Creo que me has cortado la mejilla con un diente. De cualquier modo, pienso que has visto a Jenny por última vez. ¿Te invitaré a la boda? Tengo que reflexionarlo detenidamente».

## Capítulo 31

La señorita Amelia Forster miraba a Howard Best con horror e incredulidad. Estaba sentado frente a ella en la desierta sala de espera, pues era sábado por la tarde, Robert Morgan andaba por los hospitales y no había forma de encontrar a Jonathan. Howard había llamado a la señorita Forster a quien conocía bien, su padre había sido compañero de escuela de ella, y ella era a su vez amiga de la familia y le había preguntado si podía hablar con ella en el consultorio de Jonathan. La señorita Forster, como hija de un predicador y miembro de la Ayuda para Señoras, se había acostumbrado durante toda su vida a acatar órdenes de modo que, aunque tenía proyectado almorzar en el campo con la familia de su hermana, no se le ocurrió siquiera mencionar que tenía un compromiso previo. Además, la voz de Howard había sido adecuadamente grave e insistente y le recordaba la de su padre cuando se enojaba.

Howard estaba a solas con ella en esa calurosa y polvorienta tarde de fines de agosto, y le describió sumariamente la parte de la narración de Louis Hedler que tenía que ver con el consultorio y con ella misma, pidiéndole que tratara el asunto en forma confidencial.

Ella se echó a llorar silenciosamente y su delgada nariz se enrojeció. Se quitó los lentes y se frotó los ojos, pero en seguida dio unas vivas palmadas a su peinado alto, se enderezó en la silla y entrelazó sus delgadas manos sobre el escritorio.

—Howard —dijo con la voz muy tranquila— sabes que eso que se dice del doctor Ferrier es todo mentira.

—Sí, Amelia, lo sé. Pero va a ser muy difícil convencer a otros.

—¡Pero pensar que el doctor Ferrier, que es tan amable y tan bueno, un poco encoquetado, pero me gustan los caballeros así, tan anticuado pero tan bueno, pueda ser víctima de tanto odio, maldad, mentiras y crueldad! Pensar que pueda haber una confabulación para retirarle su licencia...

—Y para mandarlo a prisión —dijo Howard.

—¡Qué mundo tan perverso, perverso! —exclamó Amelia atragantándose.

—No he oído nunca muchas expresiones en sentido contrario, pero no es sorprendente, ¿verdad? «*Los hijos de la oscuridad son más sabios en su generación que los hijos de la luz*». ¿No es eso lo que dice la Biblia?

—«Los perversos florecen como el laurel verde» —acotó la hija del predicador—. «*La riqueza de un hombre es su fortaleza. He visto siervos a caballo y príncipes caminando como siervos sobre la tierra. El dinero arregla todas las cosas*». Sí, la Biblia dice todo eso y te hace reflexionar.

—Yo pienso continuamente —dijo Howard—. Pero... nosotros... creemos que el gran error nace de las interpretaciones privadas de la Biblia, Amelia. Por favor, no te

ofendas ni te agites de ese modo, no vamos a discutir sobre las sectas. Ahora, mira por favor estas cuentas con recibos del 10 y del 21 de noviembre del año pasado, extendidas a nombre de la señorita Louise Wertner y de la señorita Mary Snowden, de este pueblo. Una es de cincuenta dólares y la otra de setenta y cinco. ¿Firmaste tú los recibos hace poco tiempo?

Con los anteojos ahora en su lugar, la señorita Forster examinó las cuentas con atención.

—Sí, es cierto. Recuerdo a las dos jóvenes más bien pequeñas y pálidas —dijo con firmeza.

—¿Las habías visto antes?

—No, pero el doctor tiene una clientela numerosa, como tú sabes. Es imposible recordar a todos los que vienen y van dentro de estas paredes, especialmente si no son pacientes regulares. No recuerdo haber visto a estas jóvenes antes de que vinieran a pagar sus cuentas, y acepté el dinero en efectivo dándoles estos recibos —dijo depositando sobre ellos un dedo índice afilado.

—Ya lo veo —dijo Howard con gesto melancólico—. ¿Es ésta tu letra?

—Claro que sí, y las cuentas fueron dactilografiadas en esta «Oliver» y con mi estilo. Nadie las ha falsificado, Howard —dijo mostrando una débil sonrisa—. Examen médico completo.

—¿De modo que estas cuentas fueron enviadas en noviembre pasado, como lo dicen las fechas, después que Jon examinara a las muchachas?

La señorita Forster frunció el entrecejo.

—No es así, Howard. Las muchachas no trajeron las cuentas consigo.

Howard dio un salto y contuvo el aliento.

—¿Qué quieres decir, Amelia?

—Vinieron con unas horas de diferencia y las dos dijeron que habían olvidado traer las cuentas, pero que el importe era de tanto y tanto y las cuentas eran de esas fechas. Entonces yo acepté el dinero, como es natural, dactilografié nuevas cuentas, extendí los recibos y...

—¿Hace tres semanas? —gritó Howard levantándose de un salto con una expresión enloquecida.

La señorita Forster lo miró un poco asustada.

—Sí, así es —tartamudeó—. Eso he dicho, Howard. ¿Hice mal aceptando el dinero cuando no traían las cuentas? No tiene sentido creer que la gente va a venir a esta oficina diciendo que debe dinero al doctor, y traerlo además, si no lo deben, y yo sencillamente no debo...

—¡Espera! —gritó Howard eufórico y sin aliento, sentándose y mirando a la señorita Forster con una sonrisa beatífica—. Deja que lo entienda claramente. Tú, hasta donde puedes recordar, nunca habías visto a estas dos jóvenes, pero vinieron

hace poco tiempo, te dijeron que debían a Jon, dijeron la cantidad, y afirmaron que habían olvidado traer las cuentas. ¿Pero las fechas eran de noviembre pasado?

—Exacto —dijo la señorita Forster.

—¿Y hace tres semanas, tú hiciste las nuevas cuentas? —preguntó Howard.

—Exacto.

—¿Y les firmaste recibos en aquel momento y aceptaste el dinero?

—Claro.

—¿Entonces no mandaste cuentas por esas sumas el mes de noviembre pasado?

—No si la memoria no me falla, pero hace mucho tiempo, casi nueve meses. Cuando acepté el dinero fui a buscar las fichas de las muchachas para anotar los pagos, para no mandar de nuevo las cuentas.

—¡Amelia querida! ¡Déjame ver esas carpetas!

—Pero no había ninguna, Howard —dijo ella haciendo una mueca.

—¿Que no había? —dijo incrédulo, pero sonriente.

—No. Me sorprendió un poco. Se lo dije al doctor poco después, pero no pareció sentirse molesto. Sabrás que con frecuencia destruye fichas que han dejado de estar activas. Yo, para mí, opino que es incorrecto, pero también hay que pensar que sería necesario tener un depósito, considerando la clientela que tiene, y si se pagan las cuentas y los pacientes no vuelven a aparecer al cabo de seis meses o un año, destruye las carpetas, y...

—¿Hace eso con frecuencia?

—Habitualmente, dice que no es necesario conservar viejos antecedentes inservibles, ya que no hay impuesto de renta.

A Howard seguía faltándole el aliento. Se recostó en su silla y miró amorosamente a la señorita Forster.

—¿Así que no es extraño que no tuviera fichas de estas dos jóvenes?

—No, aunque nunca las tira a menos que las cuentas estén saldadas o haya resuelto no cobrar al paciente, pues es tan caritativo, como sabes, Howard, tan sentimental, tan compasivo para con los pobres...

—Sí, sí, lo comprendo. Amelia, si te llaman a declarar, ¿podrías jurar que estas cuentas, aunque están fechadas en noviembre último, fueron realmente hechas hace tres semanas, porque los pacientes dijeron que habían perdido las originales, aunque recordaban los importes?

—¿Jurar, Howard? —la señorita Forster estaba despavorida.

—¿Sabes lo que es una declaración jurada?

—Sí, claro que lo sé. Nadie ha dudado jamás de mi palabra en este pueblo, de modo que...

—Mi querida y dulce Amelia: si yo redacto una declaración jurada para ti, en mi oficina, ¿la jurarás, está bien, no agites la cabeza, afirmarás que es verídica en cuanto

a todos esos hechos que me has narrado?

—Claro que voy a hacerlo, Howard —dijo la señorita Forster resuelta—. Pero no comprendo qué significa todo esto. Sólo me has hablado de algún nefasto complot contra el doctor...

—Estas jóvenes, Amelia —dijo Howard con gesto serio— han firmado ya declaraciones juradas en las que afirman que en estos días del mes de noviembre pasado, Jon les practicó abortos aquí, en sus salas de examen.

La boca delgada y descolorida de la señorita Forster se abrió de golpe y los ojos se le saltaron mirando a Howard. Su rostro seco se invadió por una oleada de sangre y apartó la mirada, pestañeando activamente.

—Creí que me habías entendido, Amelia, cuando te he dicho que ciertas mujeres habían afirmado que Jon les ha practicado... bueno, eso que se considera cirugía ilegal.

—No, no te he entendido —dijo la señorita Forster con voz dura—. Creía que te referías a cirugía que había que realizar en algún hospital, pero que el doctor resolvió practicar aquí sin anestesia. Eso está muy mal, tú lo sabes, y no puede justificarse si es cierto, pero...

—Me refería a eso que llaman operaciones criminales, Amelia.

La señorita Forster se levantó completamente descompuesta.

—Tienes que disculparme, Howard, me siento muy mal. Tengo que acostarme unos minutos.

Howard también se levantó y la tomó del brazo.

—Lo siento, Amelia, comprendo. Pero ahora entiendes qué significa realmente todo esto. Está bien, querida, llora si quieres, pero escucha. ¿Comprendes el peligro de estas acusaciones contra Jon?

—Sí, sí. Pero, seguramente no hay nadie que pueda ser tan malo. Aquellas muchachas eran pobres, pálidas y muy amables, y me hablaron de manera tan simpática, pidiendo disculpas por no haber traído las cuentas. Pensé que tenían muy buenos modales para ser chicas de su condición, lo que era evidente.

A Howard le hizo sonreír aquel lenguaje afectado y abrazó a la señorita Forster muy amablemente.

—¿Cómo es posible que dos cositas tan delicadas puedan ser tan perversas?

—Bueno, he oído decir que los demonios se disfrazan a menudo muy bien.

—No... mi padre... nosotros no creíamos en los demonios, Howard.

—Puedes estar segura de que existen. No importa. Pero si te sirve de consuelo, casi puedo asegurarte que no lo han hecho todas esas muchachas. Creo que sus nombres fueron sugeridos a alguien. No interesa, querida Amelia, tal vez las forzaron o las amenazaron para hacerlas perjuras. Posiblemente no lo sepamos nunca.

Amelia se sonó la nariz, que se le hinchó enormemente, y sacudió en silencio la



cabeza. Todavía no había comprendido del todo la magnitud de la confabulación urdida para perjudicar a Jonathan Ferrier, aunque podía entrever débilmente sus líneas generales.

—¿Vendrás el lunes, Amelia, a mi oficina para... firmar... esa declaración jurada?

—Sí. ¿Pero qué excusa doy a dar al doctor? No puedo mentir, Howard, y he prometido no contarle nada de estas cosas...

—Dile que tienes un asunto de negocios con un abogado que no te va a robar más que unos minutos. Después de todo, mi oficina no está a más de diez minutos de aquí.

Ella entrelazó fuertemente las manos, agitada.

—¡Oh, Howard! —dijo—. ¡Qué cosa tan espantosa quieren hacer al doctor! ¡Esta gente tiene que ser castigada, castigada, castigada!

—¿Recuerdas a la señora Edna Beamish, Amelia? —preguntó Howard.

Ella frunció el entrecejo pensando, e hizo un gesto de asentimiento.

—¡Ah, sí! Una señora sumamente histérica.

Le contó a Howard lo que él ya sabía, elevando la voz con indignación.

—¡Qué exhibición tan vulgar! ¡Salir a la disparada con el sombrero en la mano y agitando la sombrilla como una loca! ¡Realmente...!

—¿No parecía dolorida o lastimada?

Amelia lo miró con gesto de asombro.

—Claro que no, en absoluto. Le oí gritar que el doctor la estaba lastimando, y el doctor Morgan se dirigió directamente a la sala de examen. Atravesó el vestíbulo, lo vi bien porque estaba tan alarmada que abrí la puerta y escuché sus voces. El doctor se reía como si se tratara de una broma y el doctor Morgan dijo unas malas palabras, eso lo oí. Y apenas había vuelto a mi escritorio, verdaderamente confundida, ella irrumpió en esta habitación gritándonos a todos, a los pacientes y a mí, que el doctor la había lastimado. Y yo me eché a reír, porque él nunca lastima a nadie...

—Eres una joya, Amelia —dijo Howard dándole una palmada en el hombro—. Incluiré eso en la declaración jurada. —Reflexionó de nuevo—. ¿Sabes si Jon conserva todavía los instrumentos que le regaló su padre?

—Sí, en un anaquel con llave.

—¿Nadie tiene la llave más que él?

—Nadie. Ni siquiera el doctor Morgan, que de todos modos no los necesita. Hay otro anaquel, casi completo, en la otra sala de examen, y el doctor Morgan tiene la llave. No hay instrumentos quirúrgicos, sin embargo, sólo los de examen. Nuestros hospitales son modernos, tú lo sabes.

Howard entró en la blanca y desierta sala de examen y estudió los anaqueles de Jonathan, donde vio los costosos instrumentos sobre sus lechos de seda blanca. Vio el lugar donde había estado depositada la legra y la negra capa de polvo sobre la

hendidura vacía. ¿Quién se había llevado el instrumento de Jonathan? ¿Quién había tenido acceso a sus llaves? La única respuesta posible era: *su esposa*. Howard se frotó la barba mirando distraídamente las puertas de vidrio del anaquel. La cuestión era, ¿por qué? Mavis había sido siempre una joven estúpida, no podía saber el nombre de una legra, ni para qué sirve, a menos que se lo hubieran dicho.

La señorita Forster seguía esperando que terminara, pues tenía que cerrar las oficinas.

—Amelia —le dijo Howard—. Había varias personas, tanto hombres como mujeres, en esta oficina el día en que la señora Beamish salió disparada acusando a Jon de haberla «lastimado». Alguien ha buscado a estas personas y ha conseguido que firmaran declaraciones juradas sobre la cuestión. No puedo entender cómo supieron los nombres de los pacientes de Jon que estaban aquí aquel día.

La señorita Forster lo miró y se inclinó hacia adelante.

—Ah, sí Howard, creo que puedo explicártelo, al menos, me parece. Un caballero, que dijo ser oficial de la Policía, y no tengo dudas de que lo era, pues me mostró sus credenciales, dijo que cierta señora afirmaba haber dejado su bolso, que contenía una considerable suma de dinero, en esta oficina. No recuerdo en lo más mínimo a esta determinada señora, pues había muchas aquel día. Me dijeron la fecha exacta, de modo que saqué unas cuantas tarjetas y di al policía los nombres de cuatro o cinco personas. Después recordé que fue precisamente el día que estuvo aquí la señora Beamish. El oficial de Policía dijo que quizás alguna señora se había llevado por error el bolso, o tal vez lo hubiera cogido algún caballero creyendo que era el de su esposa. Recuerdo que me llamó la atención, pues con excepción de la señora Beamish, aquel día no había ningún extraño esperando ver a los doctores, ¡y sé que no había ladrones entre ellos! Se lo dije al oficial, y...

—¿Le reconocerías si volvieras a verlo?

La señorita Forster sacudió la cabeza y se quedó pensando.

—No, me parece que no. Era un hombrecito de rasgos comunes. Howard, ¿crees que era un engaño? ¿Crees que me mintió?

—No creo que fuera un engaño —dijo Howard con gesto adusto—. Pero te mintió. Quería esos nombres para declaraciones juradas contra Jon. Probablemente dijo a los pacientes que la señora Beamish pensaba hacer una reclamación contra Jon y que él estaba tratando de protegerlo, de modo que por favor dijeran esto o lo otro sobre la mujer que salió chillando que Jon la había lastimado. Ellos lo hicieron de muy mala gana, según imagino, no porque pensarán que hacían daño a Jon, sino por la natural aversión que siente todo ciudadano de tratar con la ley en cualquier forma que sea. —Pensó un momento—. ¡Claro, eso fue lo que pasó! Y he perdido todo este tiempo pensando en otra cosa. Las cosas, Amelia, no son siempre tal como las vemos con los ojos.

Una vez en la calle subió a su coche y se puso a reflexionar. Había pensado ir a ver a las jóvenes que habían firmado declaraciones juradas manifestando que Jon les había practicado operaciones criminales, pero descartó la idea, tenían amigos invisibles aunque poderosos, y no cabía la menor duda. Había detrás de ellas grandes figuras que actuaban en la sombra y seguramente les informarían en seguida.

Hay algo que hace que valga la pena vivir en una ciudad pequeña como Hambleton, pensó mientras se retiraba. Casi todo el mundo conocía a la señorita Forster, cuyos antepasados habían fundado la ciudad. Se tenía el mayor respeto tanto por ella como por su familia, y aunque ahora su situación era más bien pobre, la palabra de un Forster no era puesta jamás en duda. Su hermano era predicador en la iglesia de su padre y gozaba de sana reputación en todas partes. La palabra y la declaración jurada de la señorita Forster serían aceptadas por cualquier tribunal de la ley. Hasta el mismo Champion lo sabía. Howard volvió a reflexionar. El senador no había hablado de ninguna clase de relación entre la costurera y la modista, pero su intuición de abogado le aseguró, sin el menor medio de prueba, que debía de haber alguna vinculación. Sin embargo, no se animaba a enfrentarlas directa ni indirectamente, pues correrían aterrorizadas en busca de quien les había solicitado su perjurio.

En el momento oportuno, sin embargo, tendrían que enfrentarse. Howard tenía un plan que cada vez se iba ampliando más.

Howard Best era conocido de la Policía de Scranton. El jefe de Policía era uno de sus mejores amigos, pues se conocían desde la infancia, de modo que Howard fue a ver a William Simpson confidencialmente.

—Se trata de un pequeño asunto —le dijo—. Una reclamación contra una tal señora Edna Beamish, que vivió en Scranton. Lo estoy haciendo como un favor.

Por más amigos que fueran, Howard tenía bastante de abogado como para no incurrir en el error de ser demasiado justo ni sincero.

William Simpson se echó a reír.

—¡Ah, Edna! Una muchacha del otro lado de la vía, como decimos nosotros. Una hermosa perrita. Es la chica más bonita que se levanta las faldas para quien mejor le pague, en el lugar apropiado del pueblo.

Howard se echó a reír alegremente.

—Es de ésas, ¿eh? Y lo ha sido siempre. He oído decir que estuvo casada con un hombre rico de Scranton, un tal Ernest Beamish.

—Sí, es cierto. Un viejo tonto, ese Ernest. Nunca se había casado y cuando vio a Edna resolvió que había encontrado la muchacha de sus sueños. No era barata esta Edna, no era una puta común. Tenía estilo y unos modales dulces, casi una señora. Se casó con él a los dieciocho años y ya andaba en el negocio desde hacía tres o cuatro.

—Muy emprendedora —dijo Howard tratando de ocultar el intenso interés que sentía—. Toma un cigarro, valen veinticinco centavos cada uno. Lo que este país necesita...

—Sí, ya lo sé: un buen cigarro de cinco centavos. ¿Qué es eso de la reclamación contra Edna? El viejo Ernest le dejó un buen montón de dinero cuando murió hace dos años, y...

—¿Dos años? —preguntó Howard dando un respingo.

—Así es. —El jefe de Policía contuvo una risita—. Tal vez Edna le tuvo demasiado ocupado. —Ahora su mirada aguda escudriñaba a Howard—. Vamos, dime la verdad. ¿Por qué quieres saber cosas de Edna Beamish?

Howard se sentía disgustado consigo mismo, pero sonrió e hizo un movimiento con la mano.

—Se trata de un asunto insignificante, Bill. Vivió en Hambleton y hay allí una cuestión de un trabajo de costura que ella olvidó abonar.

El jefe de Policía frunció los labios y echó sobre Howard una mirada escéptica.

—Vamos, eso es un cuento. Edna no ha vivido en Hambleton en su vida. Y yo estoy enterado de todos los chismes de este pueblo.

—Caramba, eso es imposible, Bill, tengo el boleto de compra en mi oficina. Treinta y cinco dólares.

William Simpson sacudió la cabeza y por alguna razón rió para sus adentros, mientras Howard lo observaba con ansiedad.

—Howard, alguien te está jugando una broma. Te repito: Edna no ha vivido nunca en Hambleton. Conocía muy bien al viejo Ernest Beamish, solíamos jugar al póquer juntos, jamás vivió en Hambleton. Tenían una bonita casa en el pueblo, de mucho estilo, y daban hermosas fiestas a las que yo concurría. Después de morir Ernest...

—¿Sí?

Pero el jefe siguió fumando y agitándose con su risa secreta.

—¡Esa Edna...! —dijo al cabo de un rato con acento admirativo.

—¿Qué le pasa?

—Por un momento pensé —dijo el jefe— que tu único interés por nuestra flor popular era sólo por la reclamación de una modista, y te diré, Howard: me avergüenzo de ti, de que un abogado prominente como tú fabrique un cuento como éste. Tenía mejor opinión de ti. ¿No puedes confiar en un viejo amigo?

Howard le echó una mirada larga y fija.

—Quiero saber qué vinculación tiene con el senador Champion, uno de los dos desgraciados representantes de nuestra comunidad.

La cara de William Simpson se puso muy seria y depositó cuidadosamente su cigarro en un cenicero.

—¿Por qué no me lo has dicho —preguntó en lugar de tratar de hacerme creer que Edna Beamish había vivido en Hambleton?

—Y así es. Vivía en un lugar llamado Kensington Terraces. No por mucho tiempo, como ella afirmó, pero sí durante unas pocas semanas. De eso hace muy poco tiempo.

—Una de las cosas que aprende si quiere sobrevivir quien tiene un cargo político, es a no hablar de los políticos poderosos, es decir, a no repetir chismes sobre ellos. Pero por el diablo, hay poca gente que lo sepa y yo te lo voy a decir si no pasa de ahí, Howard.

—Podría ser que sí, Bill —dijo Howard con vacilación—. Trataré de mantenerlo tan oculto como sea posible. Buscaré información que sea resultado de la que tú me des, sin revelar la fuente.

—Conozco a los abogados —dijo el jefe echando sobre Howard una mirada fría—. Cuando se trata de un cliente traicionan a sus mejores amigos. Naturalmente a cambio de unos buenos honorarios. No has sido sincero conmigo, entonces, ¿por qué tendría que serlo yo contigo?

—Por ninguna razón, salvo que si no consigo alguna información, y no precisamente sobre nuestra pequeña Edna, un hombre bueno y decente se encontrará injustamente en la prisión. Además, perderá su buena reputación y su profesión.

—¡Vaya! ¿Por qué no me lo has dicho? ¿Se ha metido Edna en algún lío?

—Sí. Tuvo un aborto, una operación criminal, hace poco tiempo.

—¡Ja! —dijo el jefe echándose a reír otra vez—. Al senador no le gustará. La pequeña Edna jugando a los ratones mientras el gato no está en su casa... ¡Escabulléndose de Washington para levantar la pata en un pueblo de mala muerte como Hambleton! A papá no le va a gustar, no, no le va a gustar nada.

—No, creo que no —dijo Howard fingiendo reírse, aunque sentía un intenso regocijo.

—Y la pequeña Edna se encontró de repente con una torta en el horno que no pertenecía al senador, ¿verdad?

—Me parece que sí.

—Creía —dijo el jefe volviendo a ponerse serio— que habías dicho que Edna se ha metido en ese asunto de panadería con ese amigo tuyo de Hambleton.

—Digámoslo así, Bill: Edna ha dejado correr algunos rumores de que mi amigo es... responsable.

—¡Me cuesta creer eso de Edna! ¡Sabe muy bien cómo mantener la boca cerrada! —Los ojos del jefe mostraban una expresión dura y de sospecha.

—Oh, no se trata de eso. Quiero decir que acusa a mi amigo de haberle practicado un aborto.

—¿Quieres decir que Edna hace eso descaradamente? ¡El senador va a matarla!

Él es de Hambleton. Mantiene su reputación brillante y fragante. ¡Vamos, vamos! ¿A qué viene todo esto?

—Es como te acabo de decir. Ahora, ¿me aconsejarías —dijo Howard con aire de afanosa impericia— decírselo al senador?

—¡No, por Dios! ¡Asesinaría a Edna aunque estuviera seguro de que había estado jugando a papás y a mamás con ella en Washington! Es la última de sus amiguitas y la que más ha durado, y sólo poca gente de Scranton lo sabe, pero también saben que si en algún momento el senador los pillara hablando del asunto, irían a dar de cabeza al pozo. Muchacho poderoso este senador, y jamás se olvida de sus amigos ni de sus enemigos. ¡Óyeme bien, Howard: no quiero tener nada que ver con eso!

—En Washington tienen que saberlo.

—La gente sabe un montón de cosas en Washington, pero no habla sobre ellas.

Howard se levantó fingiendo estar decepcionado y abatido, y suspiró.

—Muy bien, Bill, tendría que haber pensado en tu posición antes de haber venido aquí. No me has dicho nada y tampoco voy a pedirte nada. Comprendo la necesidad que tienes de ser discreto.

Se estrecharon la mano y el jefe quedó muy aliviado. Sólo cuando Howard se hubo retirado, empezó a pensar si éste habría sido apartado de su camino. Al mismo tiempo, Howard reflexionaba sobre cómo se las arreglaría para demostrar lo mejor posible el vínculo que existía entre Edna Beamish y el senador Champion, el hecho del manifiesto embarazo causado por él, y la visita de ella a algún desconocido médico abortista, en Hambleton o en Scranton. También necesitaba saber por qué había aparecido en Hambleton y en el consultorio de Jonathan Ferrier, cuando ya tenía una idea bastante clara de las circunstancias, en qué sentido habían utilizado a Edna Beamish, y la razón. Como abogado pragmático y paradójicamente honesto, siempre había descartado la teoría conspiratoria tanto de la historia como de la conducta humana, pero ahora admitía libremente que ambas no sólo eran posibles sino también probables. En el caso de Jonathan Ferrier eran verdaderas.

Howard pensó muy a fondo en el senador Champion. Sabía que el senador consideraba Hambleton un pueblo bucólico y de mentalidad simple. Vamos a mostrarle lo rudos que podemos ser, pensaba Howard en el viaje de regreso. ¡Qué confabulación tan ruin ha tramado! Sin embargo, su experiencia le enseñaba que con frecuencia los aficionados desplegaban una audacia que bien podían envidiarles los conspiradores experimentados, resultando convincentes por su misma torpeza.

En los presurosos días que siguieron, Howard efectuó otras discretas investigaciones, cuyos resultados le dejaron tan satisfecho como furioso.

## Capítulo 32

—Eres muy amable al pasar por aquí a ver al pobre Martin —dijo Flora Eaton— pero está muy enfermo, como sabes, y necesita descanso, paz y tranquilidad.

—Sí, comprendo, Flora. Pero se trata de un asunto de suma importancia para alguien muy importante para Martin.

Estaban sentados en la imponente y penumbrosa sala de la fea casa cercana al río, y Flora miró a Howard dubitativamente, jugueteando con su falda y mordiéndose los labios.

—Howard, Martin no se ha encontrado bien desde que le visitó el senador Champion. Las visitas parecen perturbarlo muchísimo.

Howard dio un respingo.

—¿El senador estuvo aquí?

—Sí, claro, muy interesado por Martin, pues son muy buenos amigos. Pero fue demasiado para Martin, mucha agitación. Se desmoronó completamente después de que Kenton se marchara y tuve que llamar al médico para que lo viera, el doctor dijo que no había que molestarlo ni afligirlo, ni dejar que volviera a agitarse. Después de todo, no ha pasado todavía un año...

—¡Ya sé, ya sé! Pero creo que a Martin le hará muchísimo bien verme, Flora. De verdad.

—¿Asuntos legales, Howard?

—En cierto modo. Sé que Martin guarda un secreto, y si me lo cuenta será un verdadero alivio para él. Pídele por favor que me conceda unos minutos, Flora.

Todavía dudando, Flora levantó su pequeño y achatado cuerpo de la silla y abandonó la habitación, dejando a Howard con una sensación de excitación y euforia. ¿De modo que Champion ha estado allí y había «agitado» a Martin Eaton? ¿Con qué le habría amenazado, o qué le habría dicho para que Martin le entregara aquel malhadado documento a Louis Hedler? Aquello era muy interesante. A pesar de las ventanas cerradas y las cortinas corridas, hacía mucho calor en la habitación y Howard, cada vez más inquieto y más excitado, se secó las manos y miró hacia la puerta con impaciencia. Podía oír la voz del río susurrando suavemente en el silencio de la mañana, los chirridos de las máquinas cortadoras de césped y el ladrido de un perro. Pensaba en lo tranquilo y pacífico que era el mundo, o que podría serlo sin la presencia de la raza humana.

Flora Eaton regresó, incierta y vacilante.

—He hablado con Martin, Howard. Ha estado escribiendo y escribiendo y está muy agotado. Pero cuando le he dicho que estabas aquí ha accedido a verte por unos minutos. Howard, no te quedes mucho tiempo, ¿quieres? Necesita descansar.

—¿Escribiendo? ¿Está escribiendo un libro? —preguntó Howard poniéndose de

pie.

Flora esbozó una sonrisa indefinida e hizo un gesto con las manos.

—No tengo autorización para decirlo, Howard. —No se le había ocurrido la idea hasta ahora, pero la sugerencia la dejó intrigada—. Pero lo que sé es que es bastante voluminoso y no es una carta. ¡Tanto secreto!

Howard Best no había visto a Martin Eaton desde hacía meses, y aun en su estado de preocupación quedó impresionado por el cambio experimentado por quien en un tiempo fuera un hombre poderoso y robusto, de gran presencia. Prevalecía en la habitación el olor ácido del encierro y el hedor, más fuerte aún, de la enfermedad y la muerte. Martin era un agonizante, deshecho, arruinado, de cara cavernosa y color espantoso. Miró vacilante a Howard mientras atravesaba la habitación para acercarse al escritorio, y se quedó sentado sin pronunciar palabra, como un Buda que se va desmoronando en el polvo en algún templo perdido.

Howard se sentía tan lleno de compasión que olvidó sonreír y no esperó que lo invitaran a sentarse. Se sentó junto al escritorio frente a Martin.

—Perdóname, Martin —le dijo—. Sé que estás enfermo. No te molestaría si el asunto no fuera tan importante y tan urgente, y le interesa a...

—Sí, lo sé —le contestó una voz débil y vacía—. Siempre has sido el amigo más íntimo de Jon Ferrier. Hiciste gestiones para el cambio del tribunal, y lo conseguiste, y le proporcionaste además los mejores abogados de Filadelfia.

Howard le observaba y escuchaba atentamente aquella voz, dispuesto a percibir cualquier eco de animosidad, odio, hostilidad o desprecio, pero no hubo nada de eso. El tono era opaco, sin acentos e indiferente.

—De modo que ya sé a qué has venido. Se trata de Jon Ferrier.

—Sí —contestó Howard—. Se encuentra en un peligro terrible, pero es inocente. No sé si lo creerás, pero es cierto.

Martin Eaton bajó la vista hacia el escritorio y Howard se fijó en un montón de papeles llenos de una escritura apretada y prolijamente acomodados. La mano de Martin aún sostenía la pluma.

—Ya no sé qué es verdad o qué es mentira —dijo Martin—. Ni siquiera sé qué es culpa.

—Martin, en el fondo de tu corazón sabes que Jon no mató a Mavis.

—Te equivocas —dijo Martin en voz más alta pero siempre indiferente—. La mató. Yo sabía que era culpable, lo he sabido siempre.

Howard sintió un escalofrío en las manos y las mejillas, y miró fijamente a Martin.

—¿Culpable de matarla... cómo?

Por primera vez Martin sonrió, con una sonrisa cansada, dolorida.

—Ustedes los abogados. He hecho una afirmación sencilla que sería aceptada por



cualquiera que no fuera tú. Dije que Jon Ferrier fue culpable de la muerte de Mavis, con eso tendrías que haberte sentido satisfecho. Yo no miento, pero tú preguntas: «¿Cómo?».

Aumentaron las esperanzas de Howard. Martin levantó su mano viva, que seguía sosteniendo la pluma.

—Kenton Champion ha estado aquí y me lo ha contado todo, de modo que no es necesario que tú me narres la detestable historia de la confabulación contra Jon. Presumo que te lo ha dicho Louis Hedler. Pobre Louis. Sé que existen otras ramificaciones de esa confabulación que nada tienen que ver conmigo ni con Mavis, de modo que puedes descansar, Howard.

Volvió a mirar los papeles que estaban sobre su escritorio y lanzó un suspiro largo y ronco.

—He escrito la historia completa, por miedo de que la entierren conmigo y pueda volver a hacerse el mal. Me alegra que hayas venido. No sabía a quién confiársela, pero como tú eres amigo de Jon, sé que puedo confiar en ti. Sólo me faltan unas pocas líneas más y estará terminada. Entonces podrás leerla tú mismo y ahorrarnos a ambos copiosas explicaciones y palabras. Me siento tan cansado estos días, tan... acosado.

Howard sintió que aquél era el momento más importante. Permaneció en silencio mientras la pluma recorría dolorosamente su camino sobre el papel. Vio cómo la mojaba en la tinta, escribía y volvía a sumergirla otra vez. La mano muerta yacía inmóvil sobre el papel. En aquella habitación estaban abiertas las persianas y entraba un viento caliente que agitaba las páginas escritas, sacudía el polvo, levantaba las hojas de los libros abiertos. El rostro agonizante de Martin Eaton tenía una expresión concentrada, el sudor se acumulaba sobre su reseca frente y sus mejillas flojas.

Hay mucho que decir en favor de un hombre que muere con dignidad, pensó Howard Best, un hombre que no pide compasión, ni sentimentalismo ni una falsa negación de la verdad. Howard no tenía la menor duda de que el documento escrito que estaba a punto de leer corregiría un mal, salvaría a un hombre de la injusticia y de la ignominia más completa.

Martin dejó la pluma y echó una mirada sobre los párrafos finales que acababa de escribir.

—He redactado esto en forma de declaración jurada, y había pensado en ti para que actuaras como notario o testigo —le dijo. Esta vez miró a Howard alzando la vista con visible esfuerzo, y la poca vida que quedaba en ellos brilló por última vez con indomable determinación.

—No me ha resultado fácil hacer esto. Sé que va a destruir a otros, pero llega un momento en que un hombre tiene que hacer lo que debe, sin más alternativa. Hizo un gesto indicando los papeles, Howard se acercó al escritorio y los tomó. Martin se

recostó en su silla y cerró los ojos.

Le letra era asombrosamente clara y cuidada como si hubiera sido escrita para no dejar la menor sombra de duda sobre el significado de una sola palabra. Era una letra pequeña y clara aunque a veces temblorosa, pero no faltaba un punto, una coma y ninguna mayúscula.

*Yo, Martin Joseph Eaton, de River Road, Hambledon, en la comunidad de Pennsylvania, hago esta declaración fechada el día 29 de agosto de 1901, de acuerdo con mi propio deseo y voluntad y con mi propia letra, que puede ser verificada, a fin de que Jonathan Ferrier, habitante de este pueblo, no sea en el futuro objeto de calumnia, odio, desgracia, escándalo y difamación, como lo ha sido desde el día 5 de noviembre de 1900. Ha estado en mis manos, y en manos de alguien más que nombraré oportunamente, el poder de reparar este daño, pero me he abstenido de hacerlo por razones que ahora expondré.*

*Los muertos están más allá de nuestros débiles odios y de nuestro desprecio, y eso tenía que saberlo desde hace ya mucho tiempo. Proteger el nombre de los muertos no sólo es fútil y sentimental, cuando han sido causa de desgracias y desesperación, sino que además ellos tal vez no lo hubieran querido y no lo desean. Si Dios es un Dios de Amor, es también un Dios de Justicia y hasta de Ira. Por ello no me atrevo a morir hasta que no haya escrito todo lo que tengo que escribir en este día.*

*Mi sobrina, Mavis Alicia Eaton, no era mi sobrina. Era hija mía y de la esposa de mi hermano, Hilda, señora de Jerome Eaton.*

*En mi juventud, y siendo apenas hombre, amé a Marjorie Farmington, señora ahora de Adrian Ferrier de este pueblo. Pero ella se casó con Adrian Ferrier y yo creí que nunca más iba a interesarme por otra mujer. Entonces mi hermano, dos años menor que yo, conoció a una señorita de respetable familia y gran fortuna en Pittsburgh, donde él ejercía como profesor de historia. Su nombre era Hilda Gorham, y se parecía a Marjorie Ferrier de manera realmente extraordinaria. Yo no la conocí hasta que se casó con mi hermano, pues me encontraba en Heidelberg haciendo un año de estudios complementarios. Cuando volví y vi a Hilda por primera vez, fue como si toda mi vida se renovara. Hilda me confió más tarde que ella me había amado desde aquel mismo instante. Sin embargo, no tenía motivos para divorciarse de mi hermano y lo quería, y los dos resolvimos no hacerle ningún daño, pues era hombre de singular inocencia, amabilidad y confianza.*

*No tengo ninguna excusa que ofrecer por mi amor por Hilda y nuestros actos posteriores. El amor, según he oído decir, tiene sus propias razones para existir y lleva consigo, al mismo tiempo, sus propios terrores y*

*sufrimientos. Cuando nació Mavis fue Jerome quien la tuvo orgullosamente en sus brazos y la mostró como hija suya, y no yo. Era un hombre espiritual que jamás albergaba sospechas, como debió haber hecho en aquellas circunstancias, sobre las que no voy a extenderme.*

Howard se sintió sumamente conmovido y lleno de simpatía. Levantó la vista de las páginas, pero Martin estaba recostado en su silla como dormido, con el rostro tranquilo y resignado.

*Mi hermano, Hilda y Mavis se quedaron en Pittsburgh, y yo les veía solamente en ocasiones. Por lo tanto, pude mantener mi ecuanimidad y compostura, y apoyar a Hilda en su silencio. También veía a la niña con poca frecuencia, pero la amaba con apasionada adoración que debe reservarse sólo para la Deidad. Hubiera dado mi vida alegremente por ella. Cuando sus padres murieron repentinamente, comprendí que tenía que traerla a mi casa. Entretanto, me había casado con mi querida Flora, que será la única persona que sufrirá cuando este documento se haga público, como debe ser. Necesitaba su cariño y su devoción, pues he sido siempre un hombre solitario. Creo que nuestro matrimonio ha sido feliz y no he dado a Flora motivos para desconfiar de mí.*

*Ella también quería a Mavis, que era la niña más hermosa que he visto jamás, y estuvo de acuerdo y muy contenta en que la adoptáramos como propia, pues Flora no podía concebir hijos. Trataba a Mavis con el afecto y los cuidados de una madre, en todo sentido.*

*Para mí, por lo menos, Mavis era la perfección, no sólo por su aspecto, sino por su carácter y su gracia. Cuando la tenía sobre mis rodillas y la acariciaba, apenas podía soportar mi alegría y mi amor. Cuando fue creciendo y fue primero adolescente y luego mujer, mi orgullo por ella se fue fortaleciendo cada día más, y la cuidé con más atención. Todos los que han visto y conocido a Mavis pueden dar fe de su hermosura, sus atractivos, su risa feliz, su alegría y su fascinación. Éstas no son simples bobadas de un padre, sino la verdad pura.*

Howard volvió a mirar a Martin Eaton pero no se había movido. Howard pensó cómo iba a sacudir al pueblo ese documento, no era un pensamiento agradable y Howard dudó antes de seguir leyendo.

*Siempre he querido a la gente joven, especialmente a aquéllos que son hermosos y encantadores como Mavis, y los que tienen dedicación,*

inteligencia y honor, como Jonathan Ferrier. Él no sólo es el hijo de mi amada Marjorie, sino que tiene también su carácter y su espíritu justiciero, aunque carece de su buen humor y su tolerancia. Desde su más temprana infancia fue un tanto implacable y orgulloso empedernido, además de un fanático por lo que él llamaba «justicia». Éstas son características admirables, pero como todas las características admirables, no tienen que llegar a excesos. Con frecuencia le decía, cuando era muy joven, que no debía esperar encontrar el honor, la verdad y la justicia absolutas en este mundo, pero descubrí que él no me creía, y sé que se enfurecía cuando se veía forzado a ver la realidad del mal, la malignidad y la crueldad en nuestro medio. Hay mucho de intolerante en Jonathan, y esto ha sido un gran peso para él, que ha provocado muchos odios en contra suya. Pero tengo que confesar que ha sido intolerante con la mendicidad, la doblez, las mentiras, la hipocresía, la injusticia, la dureza de corazón y el sentimentalismo. Le decía con frecuencia que era muy meritorio luchar contra todos esos males, pero que debía atenuar sus manifestaciones cuando se le aparecían, pues la maldición que pesa sobre la raza humana consiste en tener que fingir que no se condena, cuando la condenación es, si éste fuera un mundo bueno, necesaria. «La verdad aplastada contra el suelo volverá a levantarse», es un bello aforismo pero no tiene validez, y si no se levanta entonces será un milagro que las generaciones se queden ante ella con la boca abierta.

«Amén», pensó Howard con profunda tristeza.

Supé desde el principio que Jonathan sería un médico excelente. Por eso le introduje en la profesión más noble que pueda ejercer un hombre, con excepción del sacerdocio. Se quedaba muy intrigado, aun siendo niño, cuando le decía que una vez todos los médicos habían sido sacerdotes, y todos los sacerdotes médicos. Esa idea le fascinaba y vio de inmediato que existían las relaciones más íntimas entre esas profesiones, pues el hombre no puede tratar el cuerpo con éxito a menos que tenga en cuenta el alma, ni puede tratar los vicios espirituales de un hombre a menos que también tenga en cuenta el cuerpo en que esos vicios se ponen de manifiesto.

Fui su mentor. Su padre no aprobaba con mucho entusiasmo la elección de su hijo, pero sólo voy a referirme a Adrian para decir que me extraña mucho que Marjorie Farmington se haya casado con él. Marjorie, sin embargo, creía que Jonathan iba a ser un espléndido médico. Tuvimos muchas discusiones tranquilas sobre ese tema, pero Marjorie también opinaba que Jonathan debía poner límites hasta cierto punto a su orgullo, su

*intolerancia, su inflexibilidad, si quería vivir entre la gente con cierta comodidad. Mucho me temo que ninguno de los dos hayamos tenido mucho éxito con Jonathan en ese sentido.*

Eso es exponer el caso con mucha suavidad, pensó Howard, y por primera vez desde que había empezado la triste historia sonrió levemente.

*Quise a Jonathan Ferrier como a un hijo. Cuando me dijo, teniendo Mavis sólo quince años, que quería casarse con ella al llegar el momento oportuno, me sentí lleno de felicidad. Los dos seres que más quería en este mundo serían hijos míos por su casamiento. El día de la boda ha quedado en mi memoria como un cuadro hermoso, perfecto, sin el menor defecto. Voy a llevar conmigo el recuerdo de este día hasta la eternidad, si es que hay una eternidad para nosotros.*

*No quiero que los que lean esto piensen que fui totalmente insensible a los errores de Mavis, como si fuera estúpido o ciego. Sabía que era egoísta, petulante a veces y exigente, pero sentía placer en satisfacer sus deseos mucho más allá de sus necesidades. Sabía que Jonathan la trataría del mismo modo, o por lo menos lo creía. Más que dársela en matrimonio, la puse en sus manos como en las de un padre más joven que habría de protegerla, guardarla y amarla cuando yo hubiera muerto. Fue un error insensato, que no me explico ni tengo excusas por haberlo cometido, aunque sé que fue ridículo. Un marido exige más de su esposa que un padre, y tiene una vista más penetrante para sus faltas y un ojo más duro para sus virtudes. Pero esto no lo supe hasta el día de su muerte.*

*Todo pareció andar bien en aquel matrimonio tan auspicioso durante casi un año, pero después Jon empezó a parecer distraído, nervioso y abstraído en forma desacostumbrada. Pero era nuevo en su profesión y yo creí que la dificultad radicaba ahí. En cuanto a Mavis, era la misma de siempre. Gozaba ampliamente de la vida, deslumbrada por el simple acto de vivir, llena de risas y de sonrisas luminosas. Si bien a veces pensaba que parecía todavía un poco frívola para ser una joven matrona, recordaba en seguida su juventud y su falta de experiencia. Me dijo cuán profundamente amaba a Jonathan y, en ese entonces, yo no tuve posibilidad alguna de saber que no era verdad... Mavis... Mavis...*

Estas últimas palabras volvieron a conmover a Howard en grado casi insoportable. Estaban escritas de tal manera que parecía como si salieran de lo más profundo del ser de Martin Eaton. Aumentó el calor en la polvorienta habitación, el

aire se hizo más ennegrecido y la luz más brillante. Martin Eaton no había movido un dedo. Se había retirado a un lugar en donde no alcanzan los dolores, la desesperación o los deseos.

*Me siento cansado. Debo ser más breve, pues puede ocurrir que me muera antes de que esto quede terminado.*

*Con el transcurso de los años de casados, noté que Jonathan se absorbía cada vez más en su trabajo y menos en su mujer, pero a mi juicio, aquello era algo que ocurría con bastante frecuencia entre los médicos, que no son los maridos más deseables del mundo. Si son hombres que verdaderamente se consagran a su profesión, y sólo los hombres dedicados deberían practicar el sagrado arte de la medicina, no pueden dedicarse íntegramente a sus mujeres y a sus hijos. Gran parte de su persona pertenece a sus pacientes y no debe defraudarlos nunca. Solía decir algunas veces a Jonathan que no debía perseguir con tanto ardor ni siquiera la medicina, sino que debía dedicar algunos pensamientos a Mavis. Invariablemente estaba de acuerdo conmigo, pero ahora recuerdo que se le oscurecía el rostro y cambiaba rápidamente de tema.*

*Dos años antes de su muerte, Mavis vino a quejarse de que Jonathan no deseaba que tuvieran hijos. Eso ocurrió en una ocasión en que delicadamente le sugerí que un hijo, o dos o tres, coronarían su felicidad conyugal. Me afligió mucho su contestación: Jonathan no deseaba tener una familia. Una o dos veces insinué a Jonathan la misma cosa, pero él me cortaba con una sonrisa, una de sus ásperas bromas o se encogía de hombros, cambiando de tema.*

*Ahora sé la verdad, la supe de los labios agonizantes de Mavis: era ella quien no quería niños. Quería seguir siendo la única, la adorada de cuantos la conocieran. Ni quería tener rivales, ni poseía tampoco instinto maternal.*

*Durante los últimos tres años de su matrimonio Mavis y Jonathan vivieron separados, sin que hubiera entre ellos ningún contacto conyugal.*

Howard no pudo contener una exclamación de asombro, pero Martin no hizo el menor movimiento, se hundió un poco más en su silla y pareció disminuir de tamaño.

*Todo eso lo descubrí más tarde. Mientras tanto, y debo confesarlo, estaba sintiendo ya el peso de los años y el cansancio de la profesión, y no podía olvidar a Hilda, la madre de mi hija. Recurrí cada vez en mayor escala al whisky para encontrar tranquilidad y consuelo, esto lo saben todos en Hambleton. Puedo invocarlo como excusa por no haber advertido las*

*primeras señales del desastre en el matrimonio de Mavis. Unos dos años antes de su trágica muerte, Mavis pareció haberse vuelto más petulante, más absorbida por sus propios deseos, más impaciente, y en numerosas ocasiones se burlaba de Jonathan delante de terceros y de mí mismo. Ni siquiera ahora sé el motivo de aquellas burlas, pero Jonathan nunca la reprendió. Se quedaba silencioso y en un hombre apresurado e imperioso como él, esto era algo verdaderamente notable.*

*Después, más de un año antes de su muerte, Mavis me dijo que Jonathan había amenazado con matarla en varias ocasiones, y que una vez, enfurecido, le apretó la garganta. Mientras me lo contaba, me demostró que sentía verdadero terror por él, y yo sabía bien cuándo mentía, y cuándo decía la verdad. Realmente le temía. Le dije que hablaría con él, pues me sentía enfurecido y apabullado, pero me imploró que guardara silencio.*

Las pomposas y anticuadas frases no chocaban a Howard. Sentía una intensa alarma y gran consternación, y tuvo miedo. Buscó su pipa y la encendió, lanzó unas bocanadas de humo y volvió a repasar aquellas palabras condenatorias. Luego se apresuró a seguir leyendo.

*Traté de interrogar a fondo a Mavis. Conocía el carácter áspero de Jonathan y su absoluto desprecio por lo que pudiera ocurrir cuando estaba enfurecido, pero Mavis era evasiva. No estaba segura, me dijo, de que fuera eso lo que disgustaba a Jonathan, pero creía que se debía a que fuera mucho más joven que él y mucho menos seria, y que él esperaba demasiado de ella. Me sentí aliviado, y que Dios me ayude. Estuve de acuerdo con ella en que aquélla era probablemente la causa de su enojo y que con el tiempo mejoraría la situación. Ella me dijo que probablemente tenía razón y que no volvería a hablar del asunto. Sin embargo, noté que cuando miraba a Jonathan lo hacía con enfado, con aire de desafío, malignidad o aprensión.*

*Jonathan había hecho desgraciada a mi Mavis, había hecho aflorar en ella aquellos rasgos menos agradables que los otros, había logrado que le temiera y le odiara. Era una livianaavecilla de oro y él un halcón, oscuro y sombrío. Ahora veo, como no lo vi hasta el día de la muerte de Mavis, que el matrimonio había sido desastroso no sólo para Mavis sino también para Jonathan, y que inevitablemente les conducía a la tragedia, pero Jonathan era mayor y más sabio, y era un hombre. Por lo tanto le considero culpable de la muerte de Mavis. A él solo.*

Howard leyó aquella frase muchas veces y sintió crecer su consternación.

*Sí, le considero culpable, aunque no cometió el acto de que se le acusa. No era su hijo el que esperaba Mavis, sino el de su hermano, Harald Ferrier.*

¡Oh, Dios mío!, pensó Howard con repugnancia e incredulidad. Dejó los papeles sobre el escritorio y se acercó a la ventana desde donde pudo ver los hermosos jardines y la brillante superficie azul del río. Sintió un fiero impulso de destruir aquellos papeles, y sólo el recuerdo de que debían permanecer intactos en beneficio de Jonathan, impidió que lo hiciera. Volvió a su silla y encendió de nuevo la pipa, que se había apagado. El raspado del fósforo en la suela de su zapato sonó como un balazo en la silenciosa habitación, y le sobresaltó. Pero Martin parecía estar dormido.

*El 30 de octubre de 1900 Jonathan fue llamado desde Pittsburgh para una consulta, pues con los años había adquirido una amplia y excelente reputación. Permaneció allí hasta la tarde del 5 de noviembre, y de esto no hay la menor duda, pues ha sido testimoniado bajo juramento por los hombres más eminentes.*

*El 3 de noviembre de 1900, Mavis vino a verme, muy enferma y con hemorragia. Me trajo la legra de Jonathan, su marido, y me dijo que le había practicado un aborto el 29 de octubre, pues había vuelto a decirle que ellos no iban a tener hijos en su casa. Evidentemente, estaba casi en agonía y la llevé al hospital. De otro modo habría ocultado ese crimen, esa infamia, en mi propia casa. No voy a describir aquí mi sufrimiento, mi desesperación, mi odio y mi rabia. Solamente diré que Mavis me dijo que le habían hecho un aborto en la propia sala de examen de Jonathan y que había sido él, en la víspera de su partida a Pittsburgh, el 29 de octubre.*

*Sentado sobre su cama, a su lado, en el Hospital Sta. Hilda, rodeada de todo cuanto necesitaba, le juré que la vengaría, sabía que se estaba muriendo, la infección era total. Peor aún, descubrieron signos de mutilación, de lastimaduras deliberadas como si se las hubiera hecho un loco rabioso que la odiara, eminentes colegas cuya palabra no podía ponerse en tela de juicio me llamaron la atención acerca de que Mavis mostraba a las claras que le habían hecho el aborto no antes del 30 de octubre. Es más, creían que había sido más tarde, el 2 de noviembre. La septicemia, aun cuando era fulminante y se propagaba rápidamente, no estaba tan avanzada como lo hubiera estado si el aborto hubiera tenido lugar el 29 de octubre. Fue así como supe que Mavis me había mentado. Pero en aquellas circunstancias no me atreví a reprochárselo. Estaba gravemente enferma, desangrándose lentamente hasta morir, enloquecida de dolor y de fiebre. El útero había sido perforado en varios lugares, la vagina estaba lacerada. El aborto, según me*



dijeron, habría sido hecho por un aficionado o un enemigo.

Entonces fue cuando me di cuenta de que Mavis se moría, que era cuestión de menos de una hora. Había permanecido consciente a través de todo su sufrimiento. Saqué de su habitación a los extraños, tomé sus manos ardientes entre las mías y le dije: *delante de Dios, Mavis, tienes que decirme la verdad. Te estás muriendo y pronto te enfrentarás con Dios. No debes ir ante Él con una mentira en los labios. La niña estaba terriblemente asustada. Luchó consigo misma y por fin confesó.*

Jonathan, me dijo, la rechazaba desde hacía mucho tiempo y no vivían como marido y mujer. La despreciaba, le echaba en cara constantemente las cosas, la llamaba idiota e insensata. Ella sólo había querido ser feliz, vestir bien, ser adorada, recibir caricias, ser tratada como una niña querida a quien no se le niega nada. Mavis era una mujer de veinticuatro años y, sin embargo, hablaba como si no tuviera más de cinco, con la misma simpleza. Había querido volver a su casa muchas veces, me dijo, a los brazos de sus padres adoptivos, pues se sentía sola en la casa de su marido, que no la amaba ni tenía necesidad de ella.

«Mentirosa, mentirosa», pensó Howard. No podía abstenerse de mentir ni siquiera estando aterrorizada y sabiendo que se moría. Tenía que dejar en esta tierra el impoluto y luminoso recuerdo que se había creado en vida. Toda la compasión de Howard fue para el atribulado padre y el maltratado marido de aquella pusilánime mujer que en su lecho de muerte se obstinaba en conservar una mentira y que hubiera muerto entre mentiras, si su padre no la hubiera presionado.

*Escuché la voz débil y desfalleciente de Mavis, tan distinta de la exuberante que le era propia, y al principio no pude comprender del todo. Me dijo que había buscado amor y admiración lejos de Jonathan, ya que se había apartado de ella. ¡No recuerdo con claridad! Sé que habló por lo menos de cuatro hombres, pero sus nombres se han borrado de mi memoria. Quedé apabullado, sin poder apenarme, sin poder hablar. Mavis rogaba por sí misma, por su estado de abandono, y lo único que yo podía hacer era tener a mi hija en mis brazos y tratar de escuchar aquella confesión tan terriblemente importante.*

Su último amante, el padre de su hijo abortado, había sido Harald Ferrier. Cuando descubrió su estado, Harald resolvió que tenía que abortar. Aun cuando le tenía afecto, no la amaba, y no tenía intención de pedirle que se divorciara de su marido para casarse con él. Además, le dijo, estaba comprometido con otra. Había considerado su relación con Mavis como

«locura de verano», para citar sus propias palabras, y no había creído nunca que Mavis fuera más seria que él. Su error podía ser rectificado. No voy a denunciar aquí la moral, la degeneración y la bestialidad de carácter de este hombre, a quien creen amable, admirable y tolerante en su pueblo, pese a todas sus tonterías sin importancia que son bien conocidas. Le dejó librado al juicio de Dios.

Dijo a Mavis que había oído hablar de un abortista, un cirujano competente que gozaba de alta estima en Hambleton y que atendía a infortunadas señoras que se encontraban en los mismos apuros que Mavis. Esta conversación, según me dijo Mavis, tuvo lugar en la casa de Ferrier durante la ausencia de Marjorie Ferrier, y en día de descanso semanal de la servidumbre. Mavis le había llamado para hablar con él. Cuando llegaron a la conclusión de que Mavis abortara, Harald llamó al sinvergüenza, al asesino, en presencia de Mavis. Ella tenía miedo, pero no estaba descorazonada. Confesó que se había sentido profundamente atraída por Harald Ferrier, pero que nunca le había amado. El abortista accedió a hacer la operación, y convino la hora para el día siguiente. Mavis, en su estado agónico, no estaba segura de la fecha, solamente sabía que Jonathan faltaba del pueblo desde hacía dos días. La muerte que se acercaba ya le confundía la mente.

El abortista pidió que Mavis trajera consigo la legra de Jonathan, que según dijo había visto unos años antes en la sala de examen de éste, cuando eran amigos. (Creo que hubo algún desacuerdo posterior que provocó la enemistad entre ellos). Opino que el abortista exigió la legra de Jonathan para que, en caso de que Mavis sufriera alguna consecuencia, no le hicieran responsable a él. Me niego a creer que pidiera el instrumento con el deliberado propósito de dañar a Mavis, incluso de matarla, con el fin de complicar a Jonathan. No, no hay ningún hombre que pueda ser tan vil...

¿No?, pensó Howard, y sintió la peor amargura de su vida. Se le estaban revelando muchas cosas que jamás hubiera soñado, que nunca se le hubiera ocurrido pensar de un semejante.

*Tengo que escribir aquí el nombre del asesino. Fue Claude Brinkerman.*

«¡No!», pensó Howard, y dijo en voz alta: «¡Oh, no!». Su propia esposa, Beth, esperaba su tercer hijo. De ese modo casi se había consolado de la muerte de su hijita Martha. En el parto de su primer hijo la había atendido Jonathan, pero como estaba a punto de irse de Hambleton, había elegido a Brinkerman, quien tenía una elevada

reputación por su destreza y habilidad en obstetricia. Si gran cantidad de pacientes suyos morían, se consideraba como una desgracia y no culpa del médico, además, las mujeres siempre tenían misteriosas «dificultades internas» debidas, según se decía, al uso de corsés apretados y de las pesadas faldas largas.

Howard permaneció atontado durante unos instantes antes de poder proseguir la lectura.

*Mavis sabía dónde Jonathan guardaba las llaves de su consultorio, las que no se había llevado en su viaje a Pittsburgh. Pudo así procurarse la legra que le había sido descrita por el mismo Jonathan mucho antes. Volvió a cerrar el anaquel y puso las llaves en su sitio.*

*¿Cómo puedo continuar esta espantosa narración, recordando todo lo que sucedió con tanta claridad y tormento? Mavis murió. ¡Ésa es quizá la única cosa que a mí realmente me importa!*

*Todo el hospital conocía la historia de Mavis, según la cual Jonathan había realizado el aborto. Lo había gritado muchísimas veces en presencia de médicos, enfermeras y de mí mismo. Había muchos que sabían que no podía ser cierto, pero Jonathan tiene muchos enemigos. Éstos no sólo estaban demasiado ansiosos por creer tan espantosa mentira, aun cuando se les había dicho que no era posible tal cosa, sino que se ocuparon de divulgarla por todo el pueblo. La noche antes había enviado un telegrama a Jonathan para que regresara, diciéndole que Mavis estaba gravemente enferma y temía que muriera. Llegó tres horas después de su muerte en el primer tren.*

*¿Por qué no he contado antes de ahora la verdadera historia de Mavis? ¿Por qué dejé que lo juzgaran por el asesinato de su esposa y de su hijo no nacido, aunque él sabía que el hijo no era suyo y que él no había dañado a mi hija? ¿Por qué grité: «¡No, no!», cuando el jurado dio su veredicto de inocencia?*

*Quien lea esto tenga compasión de un padre que adoraba a su hija más allá de todo raciocinio e incluso de manera blasfema. Creía que Mavis había dicho la verdad cuando me contó que Jonathan la había rechazado, la había hecho desesperadamente infortunada y casi la había echado de su casa. Todavía sigo creyendo que la amenazó con matarla. Había hecho desgraciada a mi hija y eso era imperdonable. En su infortunio, ella buscó el amor ilícitamente, y si bien hizo mal, puede ser perdonada y comprendida, era tan alegre, tan afectuosa. El amor formaba parte de su existencia, no podía vivir sin él y sin la admiración que el amor traía consigo. Solamente quería bailar, cantar y vivir, y esto se lo negaron tanto su marido como el hombre que la asesinó.*

*Había que proteger su nombre por encima de todas las cosas. Juré mantener limpio y sin mácula el hermoso nombre que ella se había procurado no sólo en Hambledon, sino en muchos otros lugares. Su buen nombre era para mí, precioso. Ningún escándalo maligno podía salpicarlo. Ninguna palabra burlona debía ensuciarlo. Tal como había vivido debía seguir siendo en la muerte, amada, admirada, recordada por su belleza y su juventud, su risa y su alegría. Si yo hubiera dicho la verdad, hubiera condenado para siempre su nombre a la infamia. ¿Qué padre podría querer semejante cosa para su hija?*

*¿Habría hablado en caso de que Jonathan hubiera sido condenado por un crimen que no había cometido? Digo delante de Dios que no lo sé. Pienso que lo hubiera hecho, lo mismo que ahora escribo todo esto, pues está el recuerdo de Marjorie Ferrier, la madre de Jonathan, y frecuentemente la confundo en mi mente con Hilda, pues las amé a las dos. No hubiera permitido que el hijo de Marjorie Ferrier muriera. Por lo menos así lo pienso ahora.*

*Debo repetirlo: si Jonathan hubiera amado a mi hija como yo la amé, si hubiera sido un segundo padre para ella, proporcionándole afecto como lo hice yo, ella no se habría desviado, no habría muerto. Por lo tanto le considero culpable de su muerte.*

*Hay dos cosas de las que tengo que hablar ahora. Una es que se haga una verificación en el caso de que cualquier persona pretenda impugnar la confesión que hace de su culpa y su amor, un moribundo. He escrito que no había nadie en la casa de los Ferrier el día en que se convino hacer el aborto, salvo Harald Ferrier y mi hija. Pero... había otra persona: Marjorie Ferrier. Había tratado de salir aquella tarde y Mavis pensó que estaba sola en la casa. Pero Marjorie, que padece de una seria afección al corazón, decidió quedarse a descansar. También creyó que estaba sola en la casa, pero habiendo oído voces, bajó y escuchó la conversación entre su hijo Harald y Mavis, y los arreglos que hacían.*

*Marjorie me lo ha dicho. Dijo que tuvo miedo de desmayarse en el vestíbulo, pero volvió a subir las escaleras y luego se desmayó en la cama. Después llamaron a un médico para que la atendiera. Ella no supo qué hacer. Hablar con Mavis hubiera significado precipitar una nueva tragedia, pues Mavis estaba atolondrada. No se atrevía a pensar lo que hubiera podido suceder si revelaba a su esposo lo ocurrido: una desgracia. La expulsión de la casa de Jonathan. Marjorie sabía que Mavis y Jonathan ya no eran marido y mujer en todo el sentido de la palabra. ¿Qué pasaría si Jonathan se enteraba de que su hermano era el padre de aquella criatura? De modo que*

Marjorie, aunque la idea de un aborto le resultaba intolerable, resolvió callar, dejar que los «culpables», como llamaba a mi hija y a su amante, encontraran sus propias soluciones. «Por el bien de todos», me dijo Marjorie después de la muerte de Mavis. «Yo he mantenido silencio. Harald es también hijo mío, y aunque no perdono sino que condeno sus actos, debo pensar en lo que podría ocurrirle si Jonathan llegara a saberlo». «Pero...» me dijo mucho después, «si Jonathan hubiera sido condenado a muerte por un crimen que no cometió, entonces habría venido a verte para decirte que tenías que decir la verdad».

Marjorie no conoce toda la verdad. Vino a verme después de la muerte de Mavis y me dijo que Mavis le había informado que Jonathan la había hecho abortar en su propia sala de examen. Marjorie sabía que era mentira, y no quiso que yo la creyera.

En forma extraña nos convertimos en conspiradores del silencio después de que absolvieran a Jonathan. Pensábamos que era lo mejor: mejor para la familia Ferrier, mejor para el buen nombre de Mavis. Pero Marjorie teme que Jonathan descubra la verdad y pueda matar a su hermano, no sólo por haberle traicionado sino por la angustia que le causó y el silencio que guardó frente al arresto de su hermano. Jonathan es un hombre violento, y esto lo creo con todo mi corazón. Es de los que no perdonan, es implacable. Creo que los temores de Marjorie son fundados.

Esta carta sólo ha sido escrita por una razón: es cierto que algunas veces el mal sale a la superficie, pero no con frecuencia. El senador Kenton Champion ha venido a verme recientemente y me ha dicho que sabía que yo «conocía» la verdad sobre la muerte de Mavis, o sea que Jonathan había asesinado a su mujer y a su hijo. Ha exigido la «verdad». Quiere destruir a Jonathan por distintas razones, y así lo quieren también otros igualmente ruines. Al negarme a hablar me ha dicho que sabía que Mavis era mi hija. Para protegerla he entregado a Louis Hedler la legra que ella me había dado a mí, y le he hecho creer lo que Champion quiere, pues Mavis es todavía para mí la única criatura que me importa en el mundo.

Sin embargo, no puedo permitir que Jonathan continúe condenado. No puedo dejar que se convierta en víctima de una maldad poderosa. No sé qué siento por él ahora, pues he estado muy confundido durante demasiado tiempo. Es posible que todavía le quiera, y recuerdo que él no dijo en ningún momento que el hijo de Mavis no era suyo. ¿Me protegía a mí o a Mavis?

No hay forma de comprender a la humanidad, no. Ni la misma raza humana la comprende, hacemos cosas abominables en nombre del amor. Hacemos cosas desastrosas para protegernos a nosotros mismos y a otros.

*Permitimos que el mal sea más poderoso cada día y no hacemos ninguna tentativa para detenerlo, tenemos miedo, somos cobardes. No poseemos la masculinidad con que nos dotaron al nacer, la hemos perdido, siempre la perdemos, por medio de la transacción, de la esperanza, mintiéndonos a nosotros mismos, comprometiéndonos con falsos ideales, por temor, por una timidez afeminada, por las exigencias.*

*Condenamos y mentimos con el silencio, cuando debiéramos hablar. Pero esa cobardía no puede sernos perdonada.*

*Pido perdón a Marjorie por quebrar mi silencio. Ella sabrá que lo he hecho por su hijo Jonathan, y no por debilidad, o por mi actual miedo a la muerte. ¿Cuáles serán los resultados?, no lo sé, y ya ha dejado de importarme, salvo por Flora, mi esposa, que ha sido mi querida compañera y amiga durante muchos años y que tendrá que soportar la vida cuando yo haya muerto. Ha llegado el momento de exonerar a Jonathan Ferrier y protegerlo de la confabulación que se está armando a su alrededor. Como yo le perdono a él, que me perdone él a mí, y que recuerde, como yo lo hago ahora, los años en que le consideré mi hijo.*

*Martin Joseph Eaton, M. D.*

El severo silencio y la ardiente temperatura de la habitación habían aumentado. Howard apenas podía respirar por la emoción y la opresión física que sentía. Depositó suavemente los papeles sobre el escritorio y los contempló un instante.

—¿Martin? He terminado —dijo tranquilamente.

Los ojos sin luz se abrieron perezosamente y miraron al joven con expresión velada. Luego Martin gruñó, con un gruñido que pareció salirle más bien de las profundidades del cuerpo que de la garganta, y se enderezó en su silla con toda la fuerza de su cuerpo.

—Sí —dijo. Su aspecto, sus modales, impedían a Howard hacer observaciones sobre la dolorosa narración que había leído y pensó con creciente compasión que Jonathan no era el único orgulloso en aquel asunto miserable.

—Quiero protocolizarlo —dijo Martin—. Tengo testigos aquí o tú puedes traer los tuyos, pues tiene que haber testigos.

—Sí —dijo Howard—. Lo dispondré todo para mañana.

Martin sacudió su monolítica cabeza y la sonrisa que mostró en aquel momento sería la última que le recordaría Howard.

—Para vosotros los abogados —dijo— siempre es «mañana». Mañana... pero tiene que ser hoy, ahora. ¿Por qué te fascina tanto el «mañana»? Las demoras de la ley... llama a tu oficina y pide tu sello y tus testigos. De inmediato. —Miró imperativamente a Howard—. Puedo morir esta noche —le dijo— y entonces no

servirá de nada.

«¿Por qué no hoy, después de todo?». Howard telefoneó a su oficina y después se sentó con Martin a beber un poco de *whisky*, sin pronunciar palabra ninguno de los dos. Los papeles estaban entre ambos como algo que tuviera vida propia, palpitantes. Howard hubiera querido decir muchas cosas a aquel padre agonizante. Deseaba decirle que seguía siendo injusto con Jonathan Ferrier al afirmar que había tratado bruscamente a su joven esposa y la había rechazado. Deseaba decirle que mucha gente conocía el verdadero carácter de Mavis, sus asuntos amorosos, y que algunos conocían su dureza de corazón, sus artimañas, su maldad y su egolatría. Pero aquello no supondría la paz para Martin Eaton, sino solamente la desesperación.

Dos empleados, uno de ellos con el sello, llegaron al cabo de quince minutos, sudando por el celo y el calor. Howard no les permitió leer los papeles, hizo simplemente que Martin firmara cada una de las páginas, seguido por las iniciales de los empleados. Los empleados estaban ansiosos por leer, pero Howard era muy diestro. No necesitaba más que su reconocimiento de que habían visto a Martin firmar cada página y luego su firma al final, repitiendo la que ya había puesto. Después pidió a Martin que levantara la mano derecha y jurara que todo lo que había escrito en la declaración era verdad, que la había escrito por su propia voluntad y deseo, y de su puño y letra. Hecho esto, Howard estampó su sello notarial en cada una de las páginas, con sumo cuidado. No era necesario, pero él conocía bien a los enemigos de Jonathan.

Martin lanzó una risita contenida cuando dejó su pluma, y un gesto de asentimiento cuando Howard volvió a llenarle el vaso.

—*Campion...* —dijo en un susurro mirando el vaso, que luego levantó mirando a Howard de frente—. Por la Justicia. —Y rió por última vez en su vida.

—No me hagas preguntas, querida, ni me pidas explicaciones —le dijo Howard a su esposa Beth, cuando llegó a su agradable casa de Rose Hill Road—. No volverás a visitar a Claude Brinkerman, tendremos que encontrar algún otro cuando vayas a tener al bebé.

—Pero, Howard, él es realmente el mejor —contestó Beth sorprendida y mirándole inquisitivamente—. Lo he recomendado a tantas de mis amigas...

—¡No debes volver a hacerlo nunca! —puso tanto énfasis que ella, completamente asombrada, se quedó mirándole.

—¡Caramba, Howard! Pareces... enloquecido, tan pálido, tan preocupado, tan grave. ¿Pasa algo malo, querido?

—Muy malo, Beth, pero tienes que hacer lo que te digo, pues sé cosas que tú ignoras. He pasado tres horas terribles. No puedo decirte nada, haz lo que te digo y nada más.

Ella siguió mirándole haciendo conjeturas.

—Muy bien, Howard, debes tener tus razones —dijo después de un rato—. Quisiera haber tenido antes tu consejo. En noviembre le mandé a mi modista, una chica que tiene habilidad con cintas y plumas, me hizo mi sombrero de Navidad y a las dos nos gustó tanto que le permití que lo exhibiera en su pequeña vidriera por unos pocos días. A ti también te gustó, ¿recuerdas? Color ciervo, de fieltro, con cintas amarillas y plumas anaranjadas, me quedaba muy bien y tú dijiste... ¿Qué te pasa, Howard?

—¡Beth! —gritó Howard con una sacudida—. ¿Cómo se llama tu modista?

—¡Caramba... caramba... estás extraordinario, Howard, y tienes un aspecto muy raro! ¿Por qué te interesa? Es Mary Snowden.

Howard entrelazó fuertemente las manos y apretó los dientes con expresión de triunfo.

—¡Ya me parecía que había oído antes ese nombre, por Dios! ¡Beth! ¿Por qué enviaste esa muchacha a Brinkerman en noviembre pasado?

—¡Por amor de Dios, Howard! ¡Qué preguntas haces! Para ti no significa nada y para mí es fastidioso. Tenía... malestares femeninos.

—¿Qué demonios es eso?

Beth bajó sus hermosos ojos.

—Internos —dijo frunciendo los labios.

—Por amor de Dios, Beth. ¿Qué es eso? La palabra «internos» puede significar un montón de cosas, ya lo sé. Por favor, Beth, olvida que eres una dama por un momento. No sabes lo tremendamente serio que es esto. Seamos francos, ¿estaba embarazada la muchacha?

—Howard, ¿cómo puedes decir una cosa tan espantosa de una pobre chica con talento, buena y trabajadora? ¡Tan simpática... casi... una dama! Bien educada, inteligente. ¡Por supuesto que no estaba embarazada! ¡No está casada!

—¡Querida Beth, te amo! Eres un tesoro, un verdadero tesoro. Querría poder decirte cuánto me has ayudado.

Le dio un beso y ella lo apartó suavemente para poder examinarle la cara.

—Howard, ¿te sientes perfectamente bien?

—Magnífico, como diría Teddy Roosevelt. ¿Has dicho que fue en noviembre pasado cuando enviaste a Mary Snowden a ver a Claude Brinkerman? —Hizo una pausa—. ¿Conoces por alguna remota casualidad, a Louise Wertner, costurera?

—Claro que la conozco —dijo Beth—. Es amiga de Mary. No sabe tanto como ella ni es tan original, de modo que le doy solamente la costura corriente, cambios de forma de vestidos viejos, composturas y cosas así. Viene aquí con frecuencia a trabajar en nuestro cuarto de costura, especialmente en primavera y otoño. Tienes que haberla visto tú mismo una o dos veces, por lo menos, una muchacha menudita y



tranquila, siempre con los ojos bajos y humedeciéndose los labios. Ninguna de las muchachas es excesivamente próspera, aunque yo ayudo a Mary, a quien debían apreciar más...

—Beth, ¿has dicho que esas dos muchachas se conocen entre sí? ¿Se conocen bien?

—Creo que sí, Howard, ¿qué tienes que ver con esa clase de muchachas? ¿Por qué tienen tanta importancia para ti?

—Beth, ¿sabes si Louise Wertner ha sufrido alguna vez malestares femeninos también?

—Vamos, Howard, ¡no seas ridículo! ¿Cómo puedo saberlo? Mary me lo dijo en noviembre pasado, sólo cuando le hice notar que parecía un poco enferma.

Beth vaciló. «Howard», pensó para sí, «tiene algo en común con todos los demás maridos: un poco de tacañería». Pero ella había tenido algo cargada su conciencia durante varios meses. Suspiró y dijo:

—Howard, compré cuatro sombreros a Mary y la cuenta no subía tanto como te dije. Hice que Mary la «inflara», como decimos nosotras. Verás, necesitaba cincuenta dólares y yo la ayudé. Espero que no te enfades. Fue a ver a Claude, y éstos fueron sus honorarios por una ligera, una muy ligera... corrección... en su consultorio. Exorbitante para un pobre, pero él tiene prestigio. ¿Estás enfadado?

—¡No podría estar más contento! —dijo Howard entusiasmado. Así que las muchachas no se conocían, ¿eh? Cómprate una docena de sombreros, querida, mañana mismo. O por lo menos, uno.

Aquella noche Martin Eaton murió pacíficamente mientras dormía. No se le hizo autopsia pues se sabía de qué padecía, y su médico opinó que había sufrido otro ataque. Howard Best fue el único que se extrañó un poco, con pena primero y luego con una sensación de alivio. Martin Eaton había dejado este mundo que le había dado tan poco consuelo y le había dejado abandonado en sus últimos años.

Nadie esperaba que Jonathan Ferrier estuviera presente en el funeral ni que acompañara el cortejo. Y no asistió.

## Capítulo 33

—Tengo miedo de dejarte solo, Jon —dijo Marjorie Ferrier—. No sé qué ocurre, pero lo cierto es que algo anda mal. ¿Se trata de Jenny?

—¿La dulce Jenny...? No.

—No te creo. Has sido una persona distinta, hasta terrible diría, desde el día en que me dijiste que ibas a ver a Jenny y arreglar...

—Mamá, no quiero hablar de eso, por favor. Soy un hombre maduro, ¿no lo has pensado nunca?

Marjorie le miró con profunda preocupación. Estaba sentado al otro lado de la mesa del desayuno y hacía tres días que no comía casi nada, pero había vuelto a beber con una determinación más firme que nunca. Pasaba el tiempo en sus granjas, había puesto en venta dos de ellas, había dejado de ir a los hospitales más de una vez, y no había visto a Robert Morgan más de dos veces en breves visitas al consultorio. Por las noches le oía caminar incesantemente por su habitación. Los muebles de su dormitorio estaban llenos de ropas y otras cosas y en el vestíbulo superior había un enorme baúl que ella había usado en su luna de miel. Las papeleras aparecían todas las mañanas repletas de cartas hechas pedazos, viejas carpetas y libretas. Por todas partes había valijas y bolsas a medio llenar.

Se iría muy pronto y ya no se hablaba de Jenny. Hacía poco que Marjorie le había escrito diciéndole que se iba a Filadelfia por una semana o poco más, y que como Harald también se marchaba, sería más seguro que Jenny ocupara la casa de los Ferrier en Hambleton. Jenny no había contestado hasta el momento. ¿Pelears de enamorados? Era absurdo pensar eso de personas como Jonathan, que tenía casi treinta y seis años, o de Jenny, cuya natural reserva le impedía hacer una cosa semejante. Entonces tenía que haber ocurrido algo grave y Marjorie se inquietaba cuando pensaba en el asunto. ¿Se verían frustradas otra vez sus esperanzas? ¿Es que esa casa tendría que verse siempre desolada? Ya se la imaginaba cerrada, tapiada, perdida en la nieve y el viento, con las ventanas cerradas, silenciosa, abandonada. Y peor todavía: la veía habitada por extraños.

Aquel pensamiento le resultaba intolerable, pero más intolerable aún era el cambio, tanto físico como en la personalidad, que se había operado en su hijo. En poco tiempo había adelgazado. Estaba aún más flaco que cuando salió de la prisión, más taciturno, de carácter más violento y más sardónico cuando se veía obligado a hablar. Parecía muy enfermo. En sus peores años con Mavis no había parecido nunca tan tenso y enloquecido, ni había aparecido en su mirada, como ahora, esos destellos de violencia incipiente. Esa violencia estaba siempre latente, aun en momentos en que contestaba las preguntas más triviales o las hacía él mismo. Parecía como si hubiera algo que quisiera sujetar, pero no podía hacerlo con suficiente firmeza. Había

momentos en que Marjorie tartamudeaba cuando le hablaba, por miedo a que se soltara aquella violencia contenida.

Marjorie le había demostrado su preocupación el día que se iba a Filadelfia y él había vuelto a tratarla burlescamente. No le dijo una sola palabra sobre la bebida, a la que había vuelto a dedicarse con más empeño que cuando estaba casado y durante el proceso. Bebía sombriamente y no conseguía el alivio que buscaba, parecía más bien que aumentaba la violencia latente en su interior. Ella ni se atrevía a protestar, tenía demasiado miedo.

Marjorie se había ido aquella tarde después de una inútil intentona de conversar con él. Bajó las escaleras calzándose lentamente sus guantes blancos de cabritilla y ataviada con su elegante traje de viaje y el amplio sombrero con velo. En la puerta la esperaba el coche de la estación. Jonathan se paseaba inquieto por el vestíbulo, caluroso a pesar de lo espacioso que era.

—Querido Jon —le dijo—. En vista de que estás haciendo las maletas, he dejado unas cosas en tu habitación para que te las lleves. Es algo muy querido para mí, y quiero que lo conserves.

—No te pongas sentimental, querida.

Se inclinó y le dio un beso en la mejilla, que tenía delicadamente perfumada con *papier poudre* francés, el único cosmético que debía usar una dama. A Jonathan le recordaba los días de su infancia, cuando ella estaba sentada en el jardín y él la miraba con cariño pero sin acercarse, pues era muy orgulloso, o cuando se sentaba en la salita de estar, con Harald sobre sus rodillas. Ella le tendía la mano, pero él no se acercaba, pues le había tenido olvidado y ahora él no la quería, siempre tenía a mano a su amante y tonto padre para correr a su lado, y Jon recurría a él, pero el apretón de sus brazos y la voz amable y sin reproches no podían suplir el ansia que sentía de estar cerca de su madre.

Marjorie le contemplaba con sus hermosos ojos castaños que él había admirado siempre, pero que ahora odiaba porque le recordaban a los de su hermano. Ella le examinaba el rostro, con los labios apretados por la preocupación y la tristeza.

—Espero tener mejores noticias cuando vuelva —le dijo.

—¿Noticias de qué? —preguntó Jonathan con una de sus oscuras y desdeñosas sonrisas.

—Muy bien —dijo Marjorie suspirando— si insistes en no querer comprenderme, Jon. Ahora debo irme. Desearía que vinieras conmigo, pareces tan... cansado. Harald está ya en Filadelfia preparándose para una nueva exposición en Navidad.

—Magnífico para el niño Harald —dijo Jon.

Marjorie vaciló.

—Jon me preocupa que Jenny se quede sola con los sirvientes. Querrás ir a verla algunas veces mientras yo esté fuera, y...

—No, querida.

—¡Oh, por amor de Dios, Jon!

Salió rápidamente del vestíbulo con la cabeza inclinada. Al subir al coche, Jonathan vio a través de la ventana del vestíbulo que tenía los ojos húmedos. Lanzó un juramento en voz alta. Sabía que debía haberla acompañado a la estación, o por lo menos debía ayudarla a subir al coche, pero estaba lleno de odio y la violencia hervía en su interior. Subió a sus habitaciones, en donde hacía más calor que en las habitaciones de abajo, y allí, dejado sobre la cama, vio un retrato de Jenny.

Se acercó lentamente y miró el solitario y ansioso rostro de la joven que su hermano había pintado, y que la mostraba con la mano levantada, los ojos tranquilos y desolados y el cabello descansando sobre los hombros.

—Jenny —dijo, sentándose sobre la cama cerca del cuadro. Volvió a mirarlo, y lo tocó suavemente con la mano—. Jenny, ¿cómo pudiste creer semejante cosa de mí? Lo creíste sin dudarlo, ¿no?, después de conocerme desde que eras una niña. Sin embargo, sin ningún motivo válido, estuviste dispuesta a creer lo peor, a imaginar lo peor por una especie de innata maldad o una insana fantasía. Nadie cree lo peor de otra persona a menos que secretamente la deteste, el amor, y hasta un sencillo afecto, impulsan a cualquier persona, a pesar de toda la prueba en contra, a esperar o a creer lo mejor, o por lo menos a conceder el beneficio de la duda.

No se le ocurrió pensar ni por un momento mientras miraba el retrato, que podría aplicarse a sí mismo aquel argumento. No recordaba las mentiras que había creído sobre Jenny, las inexpresables calumnias. No recordaba que se había mantenido en silencio en medio de las risas lujuriosas provocadas por bromas sucias contra ella. Ni una sola vez la había defendido, ni le había concedido el «beneficio de la duda».

Miró el retrato, primero con tristeza y desesperación, pero luego volvió a hervir en su interior la violencia. Lo tomó y lo rompió contra la rodilla, rasgando la tela donde estaba el rostro, luego lo arrojó contra la pared, haciendo añicos el marco. Podía oír su propia respiración rápida y ruidosa, como la de un animal satisfecho.

—Quisiera poder hacerte lo mismo en tu propio cuerpo, Jenny —dijo.

Sacó la botella de *whisky* de la cómoda y bebió unos largos tragos. Jadeaba roncamente, bañado en sudor. El corazón latía descompasadamente y la humedad resbalaba de la frente sobre los ojos. Hizo un brindis mirando el cuadro destrozado: «Mi dulce Jenny». Volvía a aflorar en él la violencia, esa violencia que había incubado durante muchos años, desde su infancia. La había sentido junto a Mavis, la había sentido muchas veces con su hermano y con mucha más frecuencia frente a sus colegas. Pero nunca había sido tan fuerte como en aquel momento.

De repente se encontró echado boca abajo, con la cabeza entre las manos y el cuerpo sacudido por una incontrolable alegría.

—Todos estos condenados años estúpidos, desperdiciados —dijo con la cara

hundida en la almohada—. ¡Todos esos libros, las horas, las semanas, los meses, los años! Toda una ridícula procesión brincando y bailando. ¡Oh, iba a hacer un montón de cosas, y quería hacerlas, contra el dolor y la enfermedad! Dedicaría mi vida. ¡Igual que un sacerdote, levantaría mis manos santas sobre la carne febril, la calmaría y la curaría! Qué...

Llenó la habitación de gritos obscenos hasta que los sirvientes, que descansaban del calor del mediodía en sus habitaciones, se miraron entre sí asustados al oír los gritos que atravesaban la madera y las paredes y pudieron captar algunas de las expresiones más violentas.

—Tápate los oídos, querida —le dijo la cocinera a la joven criada— no es bueno que una muchacha joven oiga palabras como éstas, y si el doctor no estuviera casi fuera de sí, ¿y quién podría reprochárselo?, ni él mismo se creería capaz de gritar de ese modo.

—Está borracho otra vez —dijo Mary enjugándose el sudor con la sábana—. Siempre está borracho.

—Tiene problemas —dijo la cocinera con expresión sombría—. Peores que los de la mayor parte de la gente. Todo se ha destrozado dentro de él, de repente, después de casi un año.

Jon oyó unos golpes fuertes e imperiosos, y que alguien le gritaba.

—¡Jon, Jon! ¡Sé que está aquí! ¡Despierte! ¡Contésteme!

—¡Váyase al infierno! —gruñó.

Se le metió en los ojos un rayo de luz y sintió un pinchazo insoportable que lo hizo pestañear. Tenía la cabeza como un tambor y parecía como si alguien se la golpeará con barras de hierro. Se la sujetó con las manos por miedo a que le estallara, y tuvo una sensación seca y ardiente en la boca y en todo el cuerpo.

—¡Jon! ¡Déjeme entrar, es importante! ¡Déjeme entrar! —Se oyó un juramento y otra vez la misma voz—. ¡Maldito sea, ha atrancado la puerta! —la puerta rechinó—. ¡Jon!

Jonathan empezó a ver más claro, y lo que vio le dejó estupefacto. Estaba en su oficina iluminada, no en su casa ni en su cama. No podía recordar cómo había llegado hasta allí. Algo extraño había pasado allí, pues los libros no estaban en su biblioteca médica, sino que yacían tirados, rotos y desparramados por el suelo. Los archivos estaban abiertos y vacíos, los papeles desparramados. La silla para los pacientes estaba volcada sobre un lado. Los diplomas enmarcados habían sido arrancados de la pared y estrellados contra el suelo. El grabado que le regalara su padre, un dibujo sentimental y conmovedor titulado El Doctor, no sólo había sido arrancado de la pared y deshecho el vidrio, sino que alguien lo había hecho tiras. Las suaves cortinas verdes que Marjorie había comprado habían sido arrancadas de las ventanas y estaban

amontonadas a la luz de la lámpara del escritorio.

—Por el nombre de Cristo... —murmuró.

Miraba aquella loca destrucción, aquel odio expresado en ruinas, violencia y vandalismo. Sintió que le invadía una repentina turbulencia, pues sabía quién lo había hecho en un ataque de furia. Había sido él mismo. No recordaba haber ido allí, tampoco recordaba las horas que había permanecido inconsciente. Lo asaltó el terror al pensar que había estado loco en alguna oscuridad que no podía recordar y habría podido ser peor.

—¡Jon! —volvió a gritar la voz, y la puerta rechinó más fuerte.

Haciendo un esfuerzo se levantó de la silla y tambaleó sin poder aguantarse. Tropezó contra una pared y faltó poco para que cayera al suelo. Sacudió la cabeza para recuperarse y comenzó a caminar lentamente hacia la puerta, en medio de los trozos de vidrio, los libros desparramados, los marcos de los cuadros y diplomas, los muebles volcados y el papel desgarrado. Llegó a la puerta y de nuevo quedó estupefacto al ver que la había atrancado.

Tuvo que emplear todas sus fuerzas para retirar la tranca. Al abrir la puerta vio a Robert Morgan, que lo miró y le habló en voz baja.

—Por amor de Dios...

—¿Qué quiere? —preguntó Jon cerrando el paso.

Robert miró sobre el hombro de Jon, quedó horrorizado y con la boca entreabierta. Se volvió lentamente y miró a Jonathan.

—¿Usted ha hecho esto?

La pregunta era tonta, lo sabía, pues ya había notado el olor del alcohol. La cara gris y sudorosa de Jonathan, el pelo negro desordenado y la camisa empapada eran pruebas evidentes de lo que había ocurrido en la habitación. Vio que una de las manos de Jonathan sangraba un poco y que la herida estaba cubierta por una costra marrón arrugada.

—Dios mío —dijo Robert.

—Bonito, ¿verdad? Y ahora, ¿qué quiere?

A Robert se le hacía imposible mirarle en aquel estado, de modo que clavó la vista en sus zapatos.

—A usted. El doctor Hedler quiere verle en su oficina, en Sta. Hilda. Es muy importante y tiene que verle de inmediato. Me ha pedido que viniera a buscarle. No ha querido usar el teléfono, por todas esas curiosas de la Central. Es sumamente importante, Jon. Está esperándole.

—Dígale a Louis que se vaya al diablo. Todos ustedes pueden irse al diablo. ¿Qué puede importarme todo? Adiós, Bob. No me volverá a ver.

Robert levantó rápidamente la vista y se le oscurecieron los ojos.

—Oh, sí. Le veré si no viene conmigo ahora. Tengo mi coche afuera. Le volveré a

ver, Jon, y muy pronto... preso.

—¿Qué? —Jonathan se pasó las manos por la cara mojada y se miró la que se había lastimado—. ¿De qué está hablando? Váyase a casita, Bob, como un chico bueno.

—Peor todavía, en la prisión —dijo Robert—. ¿No me oye? La prisión, y por mucho, muchísimo tiempo. A menos que nos ayude para que podamos ayudarle a usted. En la oficina del sheriff hay un mandato ordenando su arresto, y lo firmarán después del Día del Trabajo. Lo están demorando a petición de Louis.

—Ha perdido usted la razón —dijo Jonathan con espanto.

—¡No, usted es quien la ha perdido, loco idiota! ¡Mire lo que ha hecho!

—¿Qué tiene que ver eso con... ¿De qué diablos está hablando? —gritó Jonathan—. ¡Sheriff, mandato! ¿Se ha vuelto loco?

—No, usted —repitió Robert, completamente pálido—. Sus amigos le están esperando. Hay algo que usted tiene que saber en seguida. No se lo voy a decir, así que deje de mirarme. Tiene que escucharlo con sus propios oídos. ¿No puede arreglarse rápidamente? —agregó Robert con desesperación y, tomándolo del brazo, le sacudió—. ¡Límpiese en el lavabo! ¡Ahora mismo! ¡Tiene que venir conmigo!

Jonathan frunció el entrecejo y se frotó la cabeza, que parecía a punto de estallar. Tragó saliva y se examinó las manos. ¿De qué habla aquel loco? De prisión. Miró a Robert que había entrado en el lavabo y estaba llenando la bandeja.

—Le lavaré yo, si usted está tan débil que no puede hacerlo por sí mismo —dijo Robert saliendo del cuarto con una toalla mojada, que arrojó a la cara de Jonathan—. Tendría que darle vergüenza —dijo con una voz repentinamente juvenil y quebrada—. ¡Vergüenza!

Aquel tono de voz hizo reaccionar finalmente a Jonathan.

Se apretó la toalla contra la cara, frotó la sangre que tenía sobre la mano y finalmente esbozó una débil sonrisa. Después entró en el lavabo, cerró la puerta, y Robert lo oyó vomitar. Mientras esperaba, examinó con más detenimiento la habitación, sacudiendo la cabeza, pocos meses atrás no lo hubiera comprendido, pero ahora sabía demasiado. Había sabido siempre que Jonathan Ferrier era violento por naturaleza, pero aquella violencia había permanecido reprimida por largo tiempo. ¿Qué era lo que había provocado su erupción? Robert suspiró, tenía una idea muy clara. Pero si no hubiera sido lo que él pensaba, tendría que haber sido otra cosa. La rebelión encerrada durante casi un año se había vuelto demasiado poderosa para permanecer callada y encerrada. Un tigre puede ser acorralado durante cierto tiempo, pero al final termina por atacar.

Jonathan salió del lavabo, sombrío, pero tranquilo, peinando el pelo húmedo. Se le notaba muy enfermo, pero guardaba la compostura que podía esperarse de un hombre como él.

—¿Dónde está mi chaqueta? —preguntó—. Véala, ahí está. Debo haber dormido sobre ella. ¿Y dónde está mi cuello y mi corbata?

—Aquí —dijo Robert, sacándolos del escritorio—. Supongo que usted no recuerda nada. Bonito asunto, eso de que un hombre de su posición se emborrache hasta volverse loco.

—Tiene que probarlo alguna vez, alumno de escuela dominical —dijo Jonathan—. ¿Qué es lo que ha dicho? ¿El viejo Louis quiere verme en su despacho, a esta hora? A propósito, ¿qué hora es?

—Las nueve. ¿Qué le pasa a su reloj?

El reloj se balanceaba colgado de la cadena. Ambos lo miraron y vieron que estaba destrozado.

—El reloj de mi abuelo —dijo Jonathan soltándolo de la cadena y poniéndolo de nuevo sobre el escritorio—. De repetición. ¿Las nueve? ¿Qué hace Louis en su despacho?

—Ya se lo he dicho. Le espera, y eso es todo lo que voy a decirle. Tenga un poco de paciencia, si puede, vamos.

Vio que Jonathan hurgaba en busca del botón del cuello y acudió en su ayuda. Los ojos de Jonathan, negros y brillantes a pesar de su estado, le sonrieron casi con amabilidad.

—Es usted un buen muchacho, Bob. Estoy empezando a quererlo. ¿Qué tiene Louis en su imaginación? ¿Han hecho otra carnicería en las salas de operaciones? Si es así, no pienso hacer nada para arreglarlo.

—¡Vamos! —dijo Robert con un súbito ataque de impaciencia—. Tiene aspecto de vagabundo, pero no hay forma de arreglarlo.

Como ya eran las nueve y media de la noche, Sta. Hilda estaba en calma, pero en algunos sitios brillaban las luces en la cálida oscuridad. Jonathan y Robert se dirigieron en silencio al despacho de Louis Hedler, encontrándose solamente con una enfermera solitaria y un interno, que los vieron pasar con curiosidad. Robert abrió la puerta.

—Aquí está, por fin —dijo—. Le encontré durmiendo la borrachera y tuve que despertarle.

—Un embuste —dijo Jonathan. Se detuvo y vio no sólo a Louis Hedler en su escritorio, una rana gorda y presumida, sino también al padre McNulty y a Howard Best, sentados en sillones de cuero cerca de la mesa—. ¿Qué significa todo esto? —preguntó con voz pausada.

—Entra, Jon —dijo Louis mirándolo de frente con una expresión muy grave—. Tengo que confesar que estás muy elegante. ¿Te ha sacado Robert de detrás de algún cubo de basura? Robert, muchacho, ¿quieres echar la llave a esa puerta que está



detrás de Jon? No quiero que nos interrumpen, al menos por un rato. ¿Es siempre el *whisky* tu fortaleza y tú fuerza, Jon? ¿Es así como respondes a la vida?

—Enséñame una forma mejor —dijo Jonathan sin dejar de mirar a Robert, que cerraba la puerta y levantando las cejas cuando éste guardaba la llave en el bolsillo.

—Hola, Jon —saludó Howard Best levantándose y tendiéndole la mano.

Se habían encontrado ocasionalmente en los últimos meses, pero Jonathan nunca se había mostrado cordial ni había tratado de entablar conversación con su amigo. Volvió a sentirse enfurecido y mirando fijamente la mano que se le tendía, no la tomó. Howard la dejó caer y le subieron los colores a la cara.

—Muy bien, Jon. Tú nunca cedés, ¿verdad?

—¿Por qué tendría que hacerlo? Ahora díganme qué...

—No, nunca cedés —interrumpió Howard—. Un maldito degenerado belicoso y altanero, eso es lo que eres, Jon, un... bueno, no te lo digo porque se reflejaría sobre tu madre, a quien respeto, que es más de lo que puedo decir de ti. ¿Qué te pasa? —Howard había empezado a gritar—. ¡Tú y tu maldito orgullo colérico, tu sentido de justicia! Confieso que fui rudo contigo, lo confieso, pero, maldita sea, ¿no has sido nunca rudo con nadie? ¡Ja! ¿No has acusado nunca a nadie de algo que fuera falso?

—Sí, lo ha hecho —dijo Robert Morgan, de pie al lado del escritorio de Louis—. Él se cree justo, es cierto, pero ha creído todas las mentiras que se cuentan en el pueblo sobre la señorita Jenny Heger. Incluso me ha contado a mí algunas. ¡Pero eso está muy bien para Jonathan Ferrier! Lo que él cree es la verdad y no importa que se trate de una repugnante mentira. Él es quien juzga en todos los casos y nadie se atreve a contradecirlo.

El rostro del joven estaba tranquilo y resuelto, y miraba al confundido Jonathan directamente a los ojos.

—He hablado con Jenny —continuó Robert mirando hacia otro lado—. Quería casarme con ella. Es la muchacha más adorable que he conocido, estaba... bueno, estaba sencillamente aplastada. Parece ser que había pensado algo desagradable de Jon, pero no me ha querido decir de qué se trataba, lo que sí me ha dicho es que él había creído todas esas malignas historias que se cuentan sobre ella y que nunca había salido en su defensa, portándose de una manera abominable con ella. Si fuera... un poco más hombre, creo que le haría saltar los dientes de un puñetazo, por andar por ahí hablando y pensando esas cosas sobre Jenny, como ha hecho.

El rostro de Jonathan era impenetrable, con los músculos tensos y sobresalientes. Reflexionaba. La descompostura que sintiera cuando estaba en el consultorio, no era nada comparada con la que sentía en aquellos momentos. Pensó en Jenny y se pasó la mano por la frente.

—Creo que necesito sentarme, si no les importa —dijo. Vio una silla vacía y se dirigió hacia ella, caminando con sumo cuidado, mirando el borde del escritorio de

Louis y sintiendo el silencio acusador en derredor suyo.

—¿Jenny le ha contado eso? —preguntó.

—Sí, me lo ha contado. Es una muchacha muy reticente, como usted debería saber, y muy inocente y retraída. Una adorable muchacha. —La voz de Robert tembló un poco—. No me habría dicho nada si yo no le hubiera pedido que se casara conmigo por décima vez, vi que se encontraba en un estado de ánimo muy exaltado. No podía contenerse, lloraba, y así fue como me lo ha dicho. Quisiera saber qué le ha hecho usted, Ferrier.

Jonathan reflexionó un poco, y después levantó la vista, sonriendo débilmente.

—Puede hacerme saltar los dientes de un puñetazo si quiere, Bob.

Louis Hedler se echó a reír y lo mismo hizo el sacerdote, que hasta entonces no había dicho una palabra, y Jonathan tendió la mano a Howard Best francamente.

—No merezco que me estreches la mano, Howard —dijo— pero por favor, hazlo.

—Esto casi me mata, realmente casi me mata —dijo Howard aferrando la mano que se le ofrecía—. Y apuesto a que también le es muy difícil mostrar un poco de caridad común.

El padre McNulty tomó entonces la palabra.

—Creo que fue Aristóteles quien dijo en *De la poesía* que «*el héroe de una tragedia debe ser un hombre digno y admirable, pero tiene que tener también alguna grave falla de carácter que es la fuente de su tragedia*». Así es usted, Jon.

—Muy bien, confieso que soy un cerdo, que todo lo que me ha ocurrido es culpa mía, sólo culpa mía. —El rostro de Jonathan se había vuelto sombrío de nuevo y la furia le salía por los ojos—. Fui acusado de dos crímenes que nunca cometí, y eso es culpa mía. Pasé meses encarcelado y fui juzgado, y eso también fue culpa mía. Este pueblo creyó que yo era culpable, me ha expulsado y me ha calumniado... y eso es culpa mía. Nunca he deseado para él más que el bien, y ésa es mi culpa más grave. Por eso, naturalmente, por todo eso junto, nunca podré ser perdonado, son PECADOS IMPERDONABLES.

—Vamos, Jon —dijo Louis Hedler.

El padre McNulty estaba mirando a Jon con una firmeza triste.

—Usted es ese hombre digno y admirable de quien habló Aristóteles, Jon, pero tiene un defecto terrible en su carácter y en su alma. Exige que todo el mundo sea perfecto, no siente compasión por la débil naturaleza humana. La desprecia...

—Ah, ¿de modo que tengo que perdonar, abrazar y ponerme a sollozar por cada perro que ha estado mordiendo mi reputación durante años enteros, no es así? ¿Y darle las gracias por haberme destrozado? Frank, nunca le he creído decididamente inteligente, pero pensaba que tenía un poco de comprensión.

—Gracias. —El rostro del joven sacerdote se había arrebolado y sus ojos dorados brillaron de rabia—. No, nadie espera de usted que se ponga a adular a sus detractores

que le han hecho un daño espantoso ni a aquéllos que le acusaron de crímenes que no cometió. Pero usted se ha ganado enemigos...

—Y eso es culpa mía, también, supongo. —La voz áspera de Jonathan se hizo más alta—. No he tenido paciencia para soportar las mentiras, la incompetencia, la hipocresía, las pretensiones y supongo que mi actitud hacia ellas tendría que ser caritativa. ¿Debo sonreír a los mentirosos, a los incompetentes, a los hipócritas, a los pretenciosos, y decirles que son almas benditas?

—No —contestó el sacerdote suspirando—. Ningún hombre decente puede esperar algo así. Pero hay dos formas de corregir el error; una es usar una aplanadora, ése es su método, Jon.

—Decisivo —dijo con una risa breve, en la que nadie lo acompañó.

—Hay que caminar con suavidad en este mundo —dijo Louis Hedler—. No de manera furtiva, sino suavemente. Lo dijo Nietzsche en su *Zaratustra*: «*Camina entre tus enemigos con una espada dormida*». Ése no es tu sistema, Jon, no lo ha sido nunca. No has aprendido a ser discreto en ningún momento.

—¿He venido aquí para oír esto? —preguntó Jonathan levantándose—. Entonces me voy a casa, si no tienen inconveniente.

Louis continuó como si Jonathan no hubiera hablado.

—Nadie espera que te pongas de acuerdo con los malvados, Jon, ni tampoco que los aguantes en silencio. Pero no tienes por qué acusar a un hombre, delante de otros, de ser lo que crees que es, o lo que realmente sea. Aunque sólo sea en defensa propia tendrías que tener un poco más de... llamémosle autoprotección, si quieres.

—Gracias por el consejo —dijo Jonathan—. Bob, abra esa puerta, si me hace el favor.

Robert Morgan no le hizo el menor caso, y la expresión de Jonathan se volvió furiosamente irascible.

—¿No fue Cristo quien echó a latigazos a los mercaderes del templo? Si recuerdo correctamente, también habló de algunos de los hombres de *Su época* en términos poco amables, como: «*mentirosos, hipócritas, hijos del Diablo*».

—Usted se parece muy poco a Cristo —dijo el sacerdote.

—Pero ¿usted cree que me he ganado semejante cruz, tal como esta conferencia que me están dando? Me parece que he venido aquí con pretextos falsos. He oído un rumor sobre sheriffs y prisiones —y echando una mirada a Robert continuó— para ser franco, he estado borracho todo el día. Su mensajero ha venido a molestarme y eso es algo que voy a recordar.

—Repetiré lo que dijo Zaratustra —dijo Louis—. «*Camina entre tus enemigos con una espada dormida*». Una espada, Jon, siempre lista para ser usada si es necesario, pero no contra objetivos pequeños que no valen la pena. Usada con caridad, si es posible. Todo eso son los preliminares de lo que tenemos que decirte.

Has levantado contra ti enemigos a muerte. Algunos hombres hacen amigos, otros coleccionan enemigos, depende del gusto de cada uno. Tú has tratado desesperadamente de convertirme en enemigo tuyo, Jon. Has trabajado con todas tus ganas, muy diligentemente, con admirable persistencia para conseguirlo.

Jonathan no pudo evitar una sonrisa.

—Tienes razón, Louis. Muy bien: pido disculpas. ¿Es para eso que me has llamado? ¿Para que confiese mis pecados, me absuelvan y me manden amorosamente a seguir recorriendo mi camino?

—No del todo, déjame continuar. Has trabajado con el mismo afán para hacerte otros enemigos, quizá más duros. La mayoría de ellos, lo admito, son hombres aborrecibles. Por esa razón, y por esa sola, debías de haberlos evitado, por tu propio bien, o si no podías evitarlos había otras formas de tratar con ellos, en lugar de usar la aplanadora a que se ha referido el padre. Otros hombres han sido acusados falsamente y absueltos después, y todos han sido felices. Pero tú no, Jon. La gente estaba desilusionada. ¿Por qué? Quizá porque la mayoría de los hombres son perversos y malignos y no pueden soportar a los hombres honestos, y también en parte porque se les hizo frente innecesariamente. No importa. Esta reunión no se ha convocado para discutir la moral o la teología. Te interesa a ti, únicamente.

Miró a Robert, a Howard y al sacerdote.

—Los que estamos aquí somos tus mejores amigos, Jon. No los tienes mejores en el mundo. No hay ninguno al que tú no hayas insultado y menospreciado, ya sea porque estabas de mal talante o con fingida indulgencia. Pero nosotros somos más caritativos que tú. Dejamos de lado tu humor, tu impetuosidad y tus métodos atractivos, y te recordamos como un hombre bueno y dedicado, que sufre los defectos de sus propias virtudes y que anda dando tumbos a través de una cueva de víboras, absolutamente desarmado. Indefenso contra la crueldad, la malicia y la calumnia, no reconociendo siquiera a sus enemigos, ni vigilándolos. Cuentas con nuestra simpatía. Ahora, si quieres acercar más esa silla al escritorio, te voy a dar algo para que lo leas. Va a ser una lectura muy desagradable.

Le dio un montón de papeles.

—Declaraciones juradas de Jonas Witherby, la señora Holliday, Peter McHenry y unos cuantos más como ellos. Pero cuando las hayas leído, encontrarás otras mucho más... interesantes. Tómame el tiempo que quieras, muchacho.

Jonathan miró a Howard Best y frunció el entrecejo.

—¿Declaraciones juradas? Huelo a abogado.

—Calla, Jon —dijo Louis Hedler.

—Raza de demonios.

—Gracias por tu habitual cortesía —dijo Howard Best, pero sonrió.

Las finas manos de cirujano de Jonathan aún temblaban por los excesos

cometidos. Miró a su alrededor con gesto de sospecha y empezó a leer. Todos observaban su rostro tenso. Leía con indiferencia. La primera de las declaraciones juradas era la de Jonas Witherby, que decía entre otras cosas: «*No sólo me acusó de tratar de suicidarme, sino que pretendió extorsionarme para que le diera dinero para el supuesto pabellón de tuberculosos del hospital de Sta. Hilda...*».

—Vaya con el viejo perro —dijo Jonathan encogiéndose de hombros—. Majadero. No trató de suicidarse, trató de que pareciera que Prissy le había envenenado. Qué basura.

Louis Hedler encendió un cigarro, Howard Best su pipa, Robert la suya y el sacerdote se puso a fumar un cigarrillo. Todo era quietud en la oficina grande y hermosa con las nuevas lámparas encendidas, las ventanas abiertas y el aire de la noche agitando las cortinas. El humo subía en espirales hacia el alto cielo raso y Jonathan continuaba leyendo y murmurando en voz baja.

Un relámpago se arrastró de repente sobre cumbres de las altas montañas, lamiéndolas con su lengua de tenedor, y el viento aumentó su fuerza. Se oyó el traqueteo sordo de un tren nocturno y luego su largo y doloroso quejido al atravesar el valle. A aquella hora también había ruidos apagados en el hospital, el rodar de una camilla, pasos que aumentaban súbitamente su rapidez, el repiqueteo de los tacones, el abrir y cerrar de puertas, un grito brusco, un quejido, una voz apaciguadora. El sacerdote y Howard Best los oían, pero los tres médicos estaban acostumbrados a ellos y no les llegaban a la conciencia.

Jonathan se ponía cada vez más pálido a medida que avanzaba en la lectura, y cada uno de los músculos de la cara se le endurecía. Examinó las cuentas de los recibos extendidos a Louise Wertner y Mary Snowden, volvió a leer sus declaraciones juradas y la de Edna Beamish. Levantó la vista, se aclaró la garganta y habló con voz muy tranquila.

—Son todo mentiras. Todo mentiras. Simplemente le hice a esa Beamish un examen preliminar, le dije en qué condición estaba, y después... —se detuvo, mirando cada uno de los rostros que tenía frente a sí—. En cuanto a estas otras dos mujeres, no las recuerdo en absoluto. No sé por qué se les enviaron estas cuentas. Yo... ni las he tocado. Si les hubiera hecho un examen total, lo recordaría. Estas cuentas son exorbitantes, nunca cobro a mujeres de esa clase más de cinco o diez dólares por un examen total.

—Afirman que fueron abortos —dijo Louis Hedler— que se pagan más.

Jonathan fijó toda su atención sobre el otro médico.

—Nunca he realizado un aborto en mi vida. Nunca he utilizado una legra con una mujer a menos que fuera absolutamente necesario limpiar lo que quedara de un aborto espontáneo, o para salvar una vida, o con fines de diagnosticar. ¿Me creen?

Parecía estar completamente agotado, pero los ojos empezaban a echar llamas.

—Te creemos —dijo Louis Hedler—. Si no fuera así no estarías aquí ahora. Pero hay una manifestación, una declaración jurada que me ha hecho Martin Eaton, que murió hace dos días y le han enterrado hoy. La hizo en mi presencia y en presencia de otros.

Le temblaban las manos de tal forma, que el papel producía un susurro. Leyó la primera declaración de Martin Eaton, volvió a leerla, hizo un ruido débil y la leyó por tercera vez. Luego la puso sobre el escritorio y contempló a Louis Hedler con un brillo feroz en los ojos.

—Eaton mintió —dijo—. O puede ser que creyera a Mavis a pesar de toda la evidencia. Estaba idiotizado por ella, que fue siempre una mentirosa y una farsante. Está muerta ahora, pero desearía que hubiera muerto antes de haberla conocido. —Su voz era impresionante porque hablaba con tranquilidad—. Jamás usé una legra con ella, ni mía ni de nadie. Ahora desearía haberla matado yo realmente.

Louis, sin decir palabra, abrió el cajón de su escritorio, sacó un envoltorio de tela y lo depositó delante de Jonathan, señalándolo con la cabeza. Jonathan lo tomó, lo desenvolvió y se quedó con su legra en la mano, mirándola con incredulidad.

—Me la dio Martin —dijo Louis— después de haber firmado esa declaración. Debo admitir que me la dio de muy mala gana.

—Le expliqué a Mavis para qué servían algunos de esos instrumentos —dijo Jonathan sosteniendo la legra en la mano—. Sentía curiosidad por todo, pero rara vez retenía nada. Cuando le expliqué para qué servía hizo una mueca de desagrado y entrecerró los ojos. Después se acurrucó contra mí. Siempre andaba acurrucándose... contra todos. Eso fue unos dos años antes de morir.

Su voz baja se cargó repentinamente de fría violencia y odio, y abrió la boca, sofocado.

—Necesito un trago —dijo.

—Dale de beber a Jon, por favor, Robert —dijo Louis.

Robert se acercó a un estante y sirvió un vaso de agua. Al dárselo a Jonathan, éste le miró aturvido, como si fuera un vaso de veneno, y lo puso sobre el escritorio.

—No me refería a esa bebida —dijo.

—Ya lo sospechaba —dijo Louis.

Jonathan volvió a examinar todos los rostros que estaban con él.

—¿Alguno de vosotros cree que miento? —preguntó.

—No —dijeron todos.

Louis dobló las manos sobre las hojas de papel.

—Kenton Champion anda detrás de todo esto, y he aquí lo que sé, fue él quien insistió en que yo pidiera la presencia de miembros de la Junta Médica del Estado. Estarán aquí el martes. Van a emitir una... orden... para que estés presente para rendir examen. También estará presente el sheriff con una orden de arresto, Jon.

Una sonrisa horrible se dibujó en el rostro de Jonathan.

—Debería haberlo esperado —dijo—. Tengo demasiados enemigos, como tú mismo has dicho, Louis. Champion, el traidor, el vendedor de su patria. Esto le cuadra perfectamente. Bueno, todo vuelve a lo de Mavis, ¿no es así? Ella fue el punto de partida.

Sintieron flotar en la habitación el fantasma de Mavis Eaton como una presencia áspera y triunfante. También la sintió Robert Morgan, que no la había visto nunca y que sólo había escuchado descripciones de ella.

—Desearía haberla matado realmente —repetía Jonathan—. Por lo menos ahora tendría esa satisfacción.

—Mavis no fue el punto de partida —dijo Louis Hedler—. Fuiste tú, el día que naciste. Champion, estas mujeres, todos los que han firmado declaraciones juradas en contra tuya, todos serían inocentes de ese perjurio si nunca te hubieran conocido. Tú fuiste el elemento precipitante, Jon. Ahora espera un momento —dijo levantando la mano—. Trato de aclararte una cosa, no te echo la culpa de nada. Champion es un sinvergüenza y hace años que le conozco. Pero no he conocido a nadie a quien odie tanto como te odia a ti, y para odiar se pinta solo. En cierto sentido, deberías tomarlo como un cumplido —dijo, y por primera vez sonrió.

—De modo que se saldrán con la suya —dijo Jonathan—. Seré juzgado con la base de estas declaraciones juradas y las pruebas de esas putas, y ése será mi fin. Debería haberme ido hace muchos meses. —Le brillaron los dientes entre los labios resecos.

Louis hizo una seña a Howard Best, quien empezó a sacar un montón de papeles de su cartera.

—Oh, no estoy de acuerdo contigo, Jon —dijo Louis tranquilamente—. Mientras tú andabas atareado ganándote más enemigos y poniéndote en contra de más gente, convirtiéndote en un estorbo, tus amigos, que creen en ti, estaban muy ocupados. Muy ocupados, por cierto.

Howard mostraba una amplia sonrisa.

—He dedicado una gran cantidad de mi tiempo a ti y a tu problema, Jon. Louis nos llamó a mí y al padre McNulty hace algún tiempo y nos mostró estas declaraciones. Desde entonces he estado más ocupado que una abeja. Lee esto ahora. Entonces podrás rendirme homenaje y tal vez te perdone por haberme menospreciado estos últimos meses. Tal vez.

Jonathan vio sus caras sonrientes. Todavía se sentía agobiado. Tomó el grueso montón de hojas y comenzó a leer. Louis había ocultado prudentemente la declaración que hiciera Martin Eaton poco antes de morir.

Allí estaba la abyecta petición de disculpas y la nueva declaración de Peter McHenry, que Jonathan leyó apresuradamente y dejó a un lado con amargo desprecio.

«Esa pobre niña Elinor» fue todo lo que dijo. Después leyó la afirmación de Amelia Forster y su tenue sonrisa se convirtió en una sonrisa triunfante.

—¡De modo que eso explica lo de las cuentas! ¡Mi buena vieja Amelia! Tengo que darle una gratificación ahora mismo. No, no podemos desprendernos de ella. Dios bendiga a nuestra Amelia. Y las declaraciones de mis otros pacientes: veo que creyeron que iban a «protegerme» de la falsa afirmación de daños hecha por esa perra Beamish. A veces empiezo a tener confianza en la raza humana, es decir, cuando la humanidad sale a la superficie, cosa que rara vez sucede.

Después leyó la declaración jurada de Howard Best sobre su entrevista con William Simpson, jefe de policía de Scranton, y Jonathan lanzó, contento, un juramento, echándose a reír con todas sus ganas.

—¡De modo que es la queridita de Champion! Debí habérmelo figurado. Ahora lo comprendo todo. Él me la envió primero a mí para que me implicara en eso y luego se la mandó a otro para que le hiciera el aborto en realidad. Sería un milagro que pudiéramos encontrar a ese asesino. Quizá podría decirme algo sobre Mavis.

—Sigue —dijo Howard satisfecho de volver a ver los colores en la pálida cara de Jonathan—. Sólo has comido la sopa, espera que venga el segundo plato.

Jonathan siguió leyendo. Howard había hecho otra declaración jurada atestiguando las que seguían de Louise Wertner y Mary Snowden. Decía que había «persuadido» a las jóvenes, en nombre de la justicia, a abjurar de sus anteriores declaraciones, hechas bajo coacción, y a redactar otras que fueran verídicas. Howard había olvidado explicar en su declaración que había visitado a las muchachas por separado, les había dicho que era un funcionario del tribunal, cosa que había parecido terrible a las poco avisadas muchachas. Les prometió que no serían juzgadas, o que por lo menos la pena por su participación en el delito de aborto y por buscar a un abortista sería menor si juraban libre y plenamente la verdad.

Ellas no nombraban al abortista por temor a las represalias pero explicaban que habían dado su nombre al señor Howard Best para que se revelara en un tribunal de justicia si fuera necesario.

Dieron su testimonio en distintas fechas del mes de noviembre de 1900, declarando que habían abortado «hijos ilegítimos» y que no estaban casadas, habiendo pagado por la operación cincuenta y setenta y cinco dólares, respectivamente. Creyeron que con eso terminaba todo, aunque posteriormente cada una de ellas había tenido «inconvenientes menores», pero sin importancia. El 15 de julio de 1901 las llamó el abortista a sus respectivas casas, diciéndoles que estaba sometido a investigación por parte de varias personas a quienes no nombró, por realizar operaciones delictuosas, y que si le arrestaban no dejaría de mencionar el hecho de que ellas le buscaron suplicándole que se hiciera parte en un crimen, a lo que él accedió por simpatía. «Yo», les dijo «soy un hombre rico. Puedo pagar una



*multa. Pero ustedes irán a presidio por varios años y cuando queden libres sólo podrán buscarse la vida en las calles, que es su ambiente».*

Sin embargo, según declararon las acusadas y aterrorizadas muchachas, el abortista les prometió emplear su influencia con esas «personas desconocidas», si ellas declaraban bajo juramento que Jonathan Ferrier, médico de River Road, Hambleton, Comunidad de Pennsylvania, había realizado con ellas estos «actos criminales», y les había cobrado crecidos honorarios. Para ello tenían que ir a su despacho durante su ausencia, de lo cual tenían que estar bien seguras, y decir a su secretaria que debían aquellas sumas pero que habían olvidado las facturas. Tenían que pedir a la secretaria que pusiera una fecha anterior, la de los supuestos abortos, y que les firmara el recibo. La secretaria había seguido sus instrucciones «con toda inocencia» y de buena fe, creyendo las historias que le contaron. Vinieron luego las declaraciones juradas. Las muchachas confesaron el perjurio, pidieron clemencia para su conflicto y comprensión por el terror natural que sintieron ante un hombre tan rico y ciertamente poderoso, que podía hacerles mucho daño. También agregaban que cuando entregaron sus declaraciones juradas al doctor Louis Hedler del hospital Sta. Hilda de Hambleton, cada una de ellas recibió cincuenta dólares del abortista como «recompensa» por sus servicios.

El rostro de Jonathan tenía en aquel momento una expresión muy especial, que ninguno de los presentes le había visto antes y que no reconocían. Era un gesto de compasión, no de disgusto y rabia. Era un gesto de lástima y hasta de tristeza. Casi parecía suave.

—Pobres chicas —dijo mirando las declaraciones con la cabeza inclinada.

Los otros quedaron naturalmente confundidos y se miraron entre sí, levantando mucho las cejas.

—¿Qué puede hacerse con estas dos pobres chicas? —preguntó Jonathan—. Cuando el caso llegue al tribunal, como tiene que llegar, ¿irán las muchachas a prisión por la parte que tuvieron? No quiero que pase tal cosa. Me niego.

—¿Quién habla de un tribunal? —dijo Howard conteniendo una risita.

Pero una luz nueva y airada brilló en los ojos de Jonathan.

—¡Yo lo exijo! ¡Quiero una reparación completa! ¡Quiero venganza!

—La tendrás —replicó Louis—. Bueno, aquí está la *pièce de résistance*.

Mostraba en su mano la declaración que hiciera Martin Eaton ya agonizante, o más bien una copia, pues temía confiar el original al imprevisible Jonathan Ferrier. Louis se puso muy serio.

—Jonathan, es algo espantoso lo que tengo aquí, copia de una declaración jurada muy larga. Es patética, es algo trágico. En cierto modo, te afectará más que cualquier otra cosa en tu vida. Más quizá que tu mismo arresto y juicio anteriores. Quiero que te serenes y que leas esto con mucha calma. Necesito que muestres por este hombre

algo de la compasión que has mostrado por Louise Wertner y Mary Snowden, quienes tenían menos motivos que él para hacerte daño. Ellas actuaron bajo la coacción y el miedo. Este hombre no estaba en esas condiciones. Escribió de su puño y letra para reparar un mal. Expuso su alma y la de una persona a la que amaba más que a ninguna otra cosa en la tierra para ayudarte, por nada más. Admite que te hizo daño y explica por qué. Ahora lo ha rectificado.

Jonathan escuchaba con concentrada atención y sus ojos casi desaparecían bajo las cejas contraídas.

—Jon —siguió diciendo Louis, hay algo en esta declaración jurada que te afecta de cerca y debo pedirte por anticipado que te controles y no te precipites en uno de tus ataques de furia salvaje, incontrolada y violenta delante de nosotros. Prométeme que mantendrás la cosa en paz hasta que se haya resuelto todo lo demás. Si no puedes hacerme esta promesa no permitiré que leas esto.

—Lo prometo —dijo Jonathan en un tono de voz tajante y apretando con las manos los brazos de su sillón.

Louis tuvo un gesto de vacilación. Su expresión era grave. Se produjo un momento de tensión en el caluroso despacho. El relámpago iluminó las ventanas y el hospital estaba tan silencioso como si allí imperara la muerte.

—He puesto en peligro mi «posición» —dijo Louis— al mostrarte estas declaraciones juradas, Jon. Lo he hecho por consideración hacia ti, pese a nuestras pasadas... diferencias. Todos nosotros corremos peligro, con excepción, tal vez, del padre McNulty, a quien consulté hace mucho tiempo cuando oí hablar por primera vez de la confabulación tramada contra ti, pues esto es confidencial. No deberíamos mostrarte nada de esto ni a ti, ni a tu abogado, ni a nadie hasta después de la audiencia ante la Junta Médica del Estado. ¿Comprendes ahora la gravedad de la situación y cómo nos hemos puesto en peligro? Si haces o dices algo de lo que has leído y de lo que vas a leer, o mencionas algún nombre, o intentas vengarte privadamente de cualquiera antes del momento oportuno, nos destruirás. ¿Está claro?

—Sí —dijo Jonathan, que sudaba otra vez. Louis miró a los otros.

—He mostrado estas piezas al padre McNulty y a tu amigo Robert Morgan, tu sustituto. Les he consultado y les he pedido su consejo, especialmente a Howard. Dijeron que con toda justicia, aunque es muy peligroso pues conocen tu carácter, debía mostrarte las declaraciones juradas. Quisieron que leyeras lo que has leído y lo que leerás para que tengas tiempo de calmarte, prepararte y pensar con claridad. Si comparecieras ante los miembros de la Junta Médica del Estado y ante tus enemigos en un estado de pasión, como indudablemente sucedería si no supieras todo esto de antemano, serías exonerado de tus supuestos crímenes pero causarías una impresión tan desagradable en los miembros de la Junta que caerías en desgracia por el resto de tu vida. A la Junta Médica del Estado no le gustan los médicos que pierden la cabeza,

amenazan y se enfurecen. Tu reputación estaría irreversiblemente perdida. ¿Está bien claro, Jon?

—Louis —dijo Jon visiblemente conmovido—. No haré nada que pueda perjudicar a ninguno de los que estáis aquí. Nadie sabrá, antes del martes ni siquiera después, que me has mostrado estas cosas por anticipado. —De repente hizo una mueca, pues la tensión crecía cada vez más—. Te beso la mano, Louis.

—No sé qué es más desagradable, si tus arranques de furia, tus sarcasmos o tu humor, Jon, si puedes llamar humor a eso. —Pero Louis, también sonriente, sacudió la cabeza.

—Lo mejor que podríamos hacer, por supuesto —dijo Howard— sería amordazarle aquí mismo, atarlo y esconderlo en el lavabo hasta el martes, permitiéndole salir, siempre amordazado y atado, para que haga sus necesidades.

—Muy divertido —dijo Jonathan, que había vuelto a ponerse blanco—. Ahora, ¿puedo leer?

—Con compasión —dijo el padre McNulty—. El hombre era débil y trágicamente tonto.

—Nunca he sentido compasión por tales hombres, Frank —dijo Jonathan haciendo una mueca desagradable—. Con excepción de mi padre. Me curó el sentimentalismo pues era el más sentimental de los hombres. Veo que esos papeles están escritos a máquina. Creí que habías dicho que eran de puño y letra del hombre.

—El original lo es —dijo Louis—. Pero tenemos una razón, que sin duda comprenderás cuando hayas leído el documento, para mantener el original lejos de tus manos desde este momento.

Jonathan frunció el entrecejo, pero Louis se limitó a hacer un gesto indicando los papeles y Jonathan empezó a leer. Al cabo de un instante, cuando vio que se trataba de la última declaración jurada de Martin Eaton, pronunció una desdeñosa maldición en voz alta y se quedó quieto.

Todos miraban a Jonathan. Sentados rígidamente en sus sillas, habían dejado de fumar. Parecía como si observaran a un poderoso león, sin saber qué se proponía, esperando un movimiento de los ojos, un temblor de la melena o de un músculo, para descubrir en qué dirección se proponía saltar. Un pestañeo, la contracción de la boca, el movimiento de las cejas o el color de la cara, les permitían adivinar casi exactamente el párrafo que leía en aquel instante. Aquellos signos revelaban todos sus sentimientos: asombro, odio, repulsión, burla, incredulidad, sombría melancolía, furia y hasta sorpresa.

Advirtieron que había llegado a la narración de la muerte de Mavis cuando cada uno de los músculos de su cuerpo se puso tirante y la boca se le contrajo en un gesto duro. Una interjección sucia les indicó que había llegado al lugar en que se mencionaba el nombre de su hermano. Entonces levantó la vista y les miró sin verlos.

Miraba hacia adentro, no hacia afuera, y había una expresión amenazante en sus ojos y en su boca. Estaba demasiado tranquilo. Le observaban inclinados hacia él, atentos a todo. El silencio se había hecho insoportable dentro del despacho, hubieran querido que hablara, que jurara, hasta que se enfureciera. Habría sido más normal que aquella quietud, aquel aire reflexivo, aquella pálida falta de emoción.

Por fin depositó los papeles sobre las rodillas, encendió un cigarrillo y fumó un poco, mirando todavía ciegamente a cada uno de los rostros, luego a las paredes, después al techo y al suelo. Sabían que no se daba cuenta de que estaba fumando, que en su interior pasaba algo horroroso, algo tan explosivo y tan profundo que no podía llegar al oído ni a ningún otro de los sentidos. Sus emociones estaban muy por encima de la expresión humana y eran demasiado turbulentas como para poder traducirse en palabras. Se le contraían las aletas de la nariz como si le faltara oxígeno. Al cabo de unos instantes tomó de nuevo los papeles y reanudó la lectura.

«Le he pedido calma», pensó Louis Hedler, «pero ahora preferiría su furia. Casi hubiera preferido que perdiera la razón, temporalmente, por supuesto».

Terminó de leer. Lenta y cuidadosamente puso los papeles sobre el escritorio de Louis y aplastó el cigarrillo en el cenicero. Observó cómo se desvanecía la última nubecilla de humo como si aquello fuera de la mayor importancia.

—¿Tienen ustedes el original de su puño y letra? —preguntó por fin.

—Lo tengo —contestó Louis.

—¿Dónde está?

—En lugar seguro.

Louis se dio cuenta en seguida que había obrado con gran sensatez al hacer sacar copias por un empleado de confianza y al no poner en las manos de Jonathan la declaración jurada de Martin Eaton.

—Tiene que ser destruido.

Nada podía haber sido más indiferente que la voz de Jonathan.

—Imaginaba que dirías eso —dijo Louis—. Pero no. No voy a pedirte tus razones, las sospecho. Se trata de tu orgullo, ese orgullo que te mantuvo en silencio en la sala del tribunal. Jonathan, tú no eres el primer hombre al que traiciona su esposa, ni serás el último. En cierto modo puede ser que hayas salvado tu vida con tu silencio, pues entonces no había ningún motivo para un supuesto crimen.

—Trataba de proteger a ese viejo tramposo —dijo Jonathan—. A Eaton, a su sueño sobre Mavis. Recordaba cómo nos habíamos querido cuando yo era chico y cómo me ayudó durante los años de mi... ¡Lo supo todo el tiempo! Sabía la verdad. Sin embargo, no dijo ni una palabra, salvo gritar: «¡No, no!», cuando dieron el veredicto.

—Recuerde —dijo el padre McNulty— que él, en su pena y su dolor, creyó que usted era en parte culpable de la muerte de su esposa. Fue una idea loca y retorcida,

pero ¿quién no ha sido nunca culpable de una idea así? No usted, Jon. —El sacerdote sonrió con tristeza—. Sé que necesitará mucha comprensión para poder sentir lástima por ese atribulado padre.

Pero Jonathan había vuelto a sumergirse en su profunda meditación y se les había escapado de nuevo. Robert Morgan, todavía joven y sin complicaciones, se sentía aliviado. Jonathan parecía haber podido controlarse cuando era de esperar su locura y su rabia. Pero Howard Best, el sacerdote y el doctor Louis Hedler conocían mucho mejor a Jonathan y, en aquel momento, observando al hombre silencioso, se sentían alarmados, inquietos y turbados.

—Nadie debe ver la declaración de Eaton —dijo Jonathan después de un largo rato.

—Jon —dijo Louis Hedler— no me interesa saber las razones que tienes para pedir eso, pero sé que es lo único que puede destruir la difamación, la hostilidad y el odio que este pueblo siente hacia ti. Tienes que verte libre de la más mínima sospecha de haber dañado, matado, a Mavis. Hay otro asunto —y al decir esto sus ojos de rana brillaron de excitación interior—. Y es que a Brinkerman no sólo hay que revocarle la licencia, sino que también hay que someterle a juicio por el crimen que cometió contra tu esposa y esas otras dos muchachas. Sólo Dios sabe a cuántas otras habrá dejado inválidas, o asesinado, o hecho abortar. Sé que su esposa es para él la niña de sus ojos y que es locamente extravagante. Esto ocurre posiblemente desde hace mucho tiempo. Tiene que ser denunciado y castigado, impidiéndole que cometa otros crímenes. Está también el senador Champion. Todavía no sé qué hacer para denunciarlo por instigar esta confabulación contra ti.

—Su hijo Francis llega mañana —dijo el sacerdote—. Le he mandado buscar para que le ayude. Pero tal como están las cosas puede ser que no necesitemos su ayuda, salvo para atacar al senador.

—Precipitando una crisis —dijo Howard Best con satisfacción, pero sin dejar de observar con inquietud a Jonathan—. El senador Champion te ha brindado una maravillosa oportunidad. No podrías seguir viviendo pensando que en Hambleton y tal vez en todo el estado de Pennsylvania, y probablemente en otras ciudades, te creían culpable del asesinato de tu esposa. Desde el proceso has actuado como un hombre a quien nada le importa. Pero te conozco bien, Jonathan. Sé que no quieres irte de Hambleton, en donde has nacido y vivido.

Jonathan se levantó lentamente y luego, con voz indiferente, les dijo lo que podían hacer con Hambleton y cada uno de sus habitantes. Se extendió sobre el asunto con fácil elocuencia, como si se sintiera divertido. Pero ellos le veían los ojos. Sólo era consciente a medias de lo que decía. La negra turbulencia interior iba juntando fuerzas.

—Has olvidado que hay un clérigo presente, Jon —dijo Louis interrumpiéndole.

—Bah, he oído todas esas palabras antes —dijo el joven padre McNulty, cuya cara rosada había perdido el color y, aunque seguía sonriendo, parecía un poco descompuesto. Robert Morgan se sentía terriblemente embarazado y se había puesto colorado. Howard Best fingió no haber oído nada.

—Pienso —dijo Louis— que siendo ya casi medianoche, deberíamos separarnos.

Miró a Jonathan, que se había acercado a una ventana abierta y miraba hacia afuera, con las manos en los bolsillos.

—Jon —dijo Louis Hedler luchando por ocultar la compasión—. Quiero que pienses en esto, dentro de un mes recordarás esta noche sólo de vez en cuando, y dentro de un año no te quedará el menor recuerdo. Dentro de dos años será como un mal sueño, olvidado casi del todo. Eres joven todavía. Tienes toda la vida por delante, clara, limpia, dispuesta. —Vaciló—. Jon, ¿podrías considerar la idea de ser jefe de cirugía aquí?

—Tengo que considerar muchas cosas —dijo como si no hubiera oído, dándose vuelta. Tenía fija en el rostro una calma superficial y miraba por separado a cada uno de los tres hombres—. Supongo que debo estaros agradecido. Howard, mándame la cuenta.

—Vete al infierno —dijo Howard Best.

—Louis, no encuentro palabras. Todavía no puedo creerlo —dijo Jonathan sonriendo.

Pero Louis, mirándolo fijamente, no sonreía.

—Jon —le dijo— nos has hecho una promesa solemne, y nunca has sido hombre que no guardaras tu palabra, para bien o para mal. No debes hacer nada... brusco... o violento. Hemos puesto en tus manos nuestra propia seguridad, nuestra propia reputación. Lo has prometido.

—Nunca faltó a mi palabra —dijo Jonathan. Sintió como si una fiera convulsiva que le hizo estremecer corriera por su interior. Cerró los puños y los ojos por un momento.

—Os dejo a Brinkerman y a Campion para vosotros, al menos para el primer ataque. Me reuniré con vosotros aquí en Sta. Hilda, en la sala de conferencias, a la hora que me indiquéis, el martes por la mañana.

Louis cambió una mirada con Howard y dijo:

—Te haré saber la hora exacta después.

—Creo que ahora tomaremos el trago que has pedido —agregó Louis levantándose y dirigiéndose al estante, del que sacó una botella de coñac y varios vasos—. Creo que todos lo necesitamos.

—No —dijo Jonathan.

—Voy a llevarle a su casa —dijo Robert Morgan.

—Prefiero hacerlo yo, doctor Morgan —dijo el sacerdote—. Quiero hablar con

Jonathan, sobre Francis.

Para sorpresa de todos, Jonathan no agregó una palabra. Se había sumergido de nuevo en su sueño interior. Ni siquiera se acordó de estrechar la mano a los hombres que le habían salvado y ellos lo comprendieron. Se dieron la mano entre ellos murmurando en voz baja, como si hubiera un muerto en la habitación. Entonces el sacerdote tocó el brazo de Jonathan y salieron juntos. Los demás les miraron mientras se retiraban, más ansiosos que nunca.

—No me gusta nada —le dijo Howard a Louis Hedler.

—No me gusta, es una expresión muy suave —dijo el doctor—. He visto a Jonathan en estados de ánimo muy peligrosos, pero ninguno como éste.

El clérigo conducía su coche a través de la ciudad oscura y silenciosa. El relámpago seguía retorciéndose sobre las altas montañas. Flotaba en el aire una fragancia seca y acre de hojas secas, polvo y piedras recalentadas.

Jonathan no hablaba. Dejaba que los movimientos del coche le sacudieran como si estuviera inconsciente. El sacerdote conducía despacio, tratando de encontrar palabras. Sabía que Jonathan no se daba cuenta de que estaba en el coche, ni siquiera de que era de noche, y sintió miedo.

—Francis vino de inmediato cuando recibió el telegrama —dijo.

Jonathan no contestó. Buscó cigarrillos, encendió uno, le miró, y a la breve luz del fósforo el sacerdote pudo ver la palidez de su cara. Volvió a envolverles la noche y el sacerdote sintió una fuerte presión sobre el pecho y un renovado temor. Habló lenta y calmamente.

—Jon, no somos más que hombres falibles y nos equivocamos con mucha frecuencia. Es posible y quizás probable, que hayamos errado al hablarle como hemos hecho esta noche, impulsándole a proceder y a hablar más discretamente en el futuro, y hasta insinuando que gran parte de la tragedia que ha caído sobre usted se debe a su propia naturaleza. ¿Cómo hemos podido ser tan presuntuosos, tan seguros y tan superiores? —Lanzó un suspiro—. Creo que ha sido nuestro interés por usted lo que nos ha hecho hablar de ese modo, pues ninguno de nosotros pretende que usted sacrifique sus principios. Que sea hipócrita, y discreto en la mayoría de las situaciones. Ése es el camino de la cobardía, y tiene toda la razón al rebatirnos. El hombre discreto, con su silencio, con sus sonrisas o su prudencia es la causa directa de muchos de los males del mundo, pues quien no se opone activamente es como si diera un consentimiento tácito.

—La opinión de los demás nunca me ha interesado demasiado y ahora me interesa menos aún —contestó Jonathan con una voz perturbadoramente indiferente.

El sacerdote frunció el entrecejo, reflexionando.

—No obstante —dijo— en casos que no son muy importantes y no involucran que esté relacionado con la moral, es mejor tener tacto.

Jonathan volvió a quedarse silencioso y el sacerdote se dio cuenta de que había vuelto a escapársele. Había hecho lo posible para ganarle, pero ahora no le quedaba más que la oración, sin embargo, hizo una nueva tentativa.

—Jonathan, si muchas personas en este pueblo no le apreciaran y respetaran, esta noche y los días que vendrán, estaría en una situación espantosa. Recuerde a aquéllos que se interesan por usted.

—No se preocupe —contestó Jonathan—. No voy a hacer nada violento... todavía.

—Jon, sé que usted no perdona fácilmente, si es que lo hace alguna vez. Pero cuando piense en los hombres que le han hecho daño, recuerde que eran tan débiles como malos y que muchos de ellos estaban confundidos, inseguros y desconcertados por sus propios deseos, sus propios defectos y quizás por sus tragedias privadas. El doctor Eaton fue un hombre muy trágico. Al final hizo un esfuerzo supremo para rehabilitar su nombre y murió al día siguiente.

—Espero —dijo Jonathan— que no haya tenido una muerte tranquila.

El sacerdote no contestó. Llegaron a la casa oscura y cerrada de los Ferrier y Jonathan saltó del coche. Sin una palabra ni una mirada, caminó hacia la puerta y se perdió en las sombras del profundo porche. El sacerdote continuó su camino.

Jonathan cruzó el césped y se dirigió a su consultorio.

La luz de su despacho privado aún estaba encendida. Entró en la habitación y miró los estragos que había hecho. Era como mirar los resultados de una pesadilla. Ahora estaba metido en otra pesadilla aún peor. Tenía que pensar, reflexionar y decidir qué debía hacer. Se quitó la chaqueta, el sombrero y el cuello y se puso a trabajar, levantando trozos de papeles, vidrios y libros. Le llevó mucho tiempo, pero trabajó con habilidad y sin hacer ruido. Llenó todos los cestos. Después encontró una escoba en uno de los servicios y barrió la alfombra como mejor pudo. Puso los muebles en orden y volvió a colgar las cortinas que había arrancado.

Se dirigió a la casa y subió a su habitación a oscuras.

Encendió la luz de gas que brilló con un tono amarillento. Aquí todo era destrucción también. Encontró el retrato de Jenny y, enderezando la tela, miró el joven y desolado perfil.

—Jenny —le dijo—. Debo haber sido un desastre para ti y ahora sería una verdadera catástrofe. Adiós, mi querida.

No podía dormir. Se puso a guardar las cosas de nuevo y lo dejó. Salió a caminar por las calles y el eco de sus pasos resonaba bajo los árboles, hasta que la luz gris de la mañana apareció por el este y se levantó una brisa cálida. De vuelta a su dormitorio tomó un fuerte sedante y cayó en un sueño mudo y sin pesadillas.



## Capítulo 34

A la mañana siguiente, muy temprano, el doctor Louis Hedler y Howard Best se dirigieron a la residencia del senador Kenton Champion. El aire era más fresco a medida que ascendían por la montaña, y allí por lo menos había verdor y sombra, pero el cielo mantenía un raro color azafrán, aunque todavía no habían dado las nueve de la mañana. Vieron en su camino las hermosas casas que se levantaban en medio del suave césped, oyeron el silbido de las mangueras, las voces apagadas de los jardineros, los alegres ladridos de los perros y las cristalinas voces de los niños, pero el camino estaba blanco de polvo y en alguna que otra pared se reflejaba la luz cegadora.

—Parecía completamente desinteresado cuando le llamé anoche, antes de reunirnos con Jon Ferrier —dijo el doctor Hedler—. Le dije que era importante, que tenía que verle esta mañana y no en mi despacho, y no pudo mostrarse más indiferente ni menos curioso.

—Probablemente cree que vienes a interceder por Jon —dijo Howard—. Las amenazas que te hizo no fueron muy sutiles, ¿verdad?

—No. Kent es un hombre indigno y perverso. No importa. Estoy completamente de acuerdo contigo, Howard, en que debemos manejar el asunto de esta manera, sin publicidad, ni diarios, ni Junta Médica del Estado, ni testigos. Puedes decir lo que gustes sobre Champion, y yo estaré de acuerdo contigo de todo corazón, pero tenemos que admitir que también se sabe cuidar y sabe cuándo puede atacar y cuando debe retroceder. No queremos que Jon tenga que enfrentarse con toda esa gente, ya lo hemos convenido. Estaba casi enloquecido anoche y sólo Dios sabe qué piensa hoy y qué planes estará haciendo. Así es que por su bien debemos prescindir de él y terminar las cosas con calma. Cuando Champion huela la carroña que hemos preparado para Brinkerman retrocederá tan rápido que va a desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. Kent no quiere saber nada de escándalos.

—¡Y no tendrá que pagar por esta apestosa confabulación contra Jon! Bonita idea.

—Así es. Pero algunas veces, para ayudar a un inocente como Jon, se tiene que dejar escapar al sinvergüenza. Tengo la esperanza de que Jon sepa apreciar esto algún día, aunque dudo que ahora esté lo suficientemente tranquilo como para estar de acuerdo. A su modo, nuestro Jon puede ser muy vengativo. No nos agradecerá el trabajo que estamos haciendo esta mañana... por ahora. Más tarde, puede ser que sí.

El pueblo quedó atrás invadido por oleadas de calor y el agua del río parecía de latón. El doctor Hedler se sentía incómodo dentro de su traje marrón y como era corpulento, empezó a sufrir. Se echó atrás el sombrero de paja, dejando al descubierto gran parte de su cráneo redondo, y echó una bocanada de humo.

—¿Crees que podrás anular esa orden de captura contra Jon, Howard?

—Todavía no está firmada. Algo me dice, como te insinué anoche, que a Campion le va a faltar tiempo para llamar al sheriff y pedirle que la anule, asegurándole que todo anda sobre ruedas. ¡Ah, te puedo asegurar que ahora va a cubrir sus gordas nalgas con maravillosa habilidad!

—Me fastidia que un bribón como él se zafe de este embrollo sin una sola herida —dijo Louis suspirando—. Y me fastidia mucho más pensar que volverá a Washington a hacer sus habituales bribonadas, sereno, presuntuoso, amado y admirado. Puede ser que dentro de muy poco tiempo hable con el gobernador para enseñarle unos cuantos documentos. Tal vez la legislatura no vuelva a confirmar a Campion, o quizá le hagan volver. Pero eso va a echarnos encima a los diarios. Los cronistas tienen una curiosidad enorme y pueden arrastrar a Jon. Tengo que pensarlo.

—Tenemos que hablar muy tiernamente de Jon —dijo Howard—. Si fuera más razonable podríamos discutir las cosas con él y trazar nuestros planes. Creo, o mejor dicho, estoy seguro, que lo que supo de su hermano, ese maldito charlatán, lo sacó de su precario equilibrio. Las otras cosas... bueno, eventualmente podría haberlas visto con bastante tranquilidad, en su verdadera proporción.

—Siento pena por Marjorie Ferrier, con dos hijos como éstos —dijo Louis—. Ella no está de acuerdo con nuestra limpia teoría de que mucho de lo que le sucede a uno tiene origen en su propia naturaleza. Marjorie ha sido siempre una gran señora, tolerante, amable, compuesta, llena de fortaleza e inteligente. Nunca se ha cruzado en el camino de nadie.

—Tal vez —dijo Howard— vengan de ahí todas estas malditas dificultades. Empiezo a creer que la tolerancia puede originar más desastres que la intolerancia.

—¿Qué va a hacer ahora? —dijo Louis cuando se iban aproximando a la propiedad de Campion.

—Haga lo que haga —dijo Howard con pesimismo— puedes estar seguro que será lo peor.

La delgada criada que los recibió en la entrada les dijo que les esperaban. Entraron al brillante vestíbulo de mármol y pasaron a la habitación con ventanas florentinas que daba a los jardines y a las cálidas montañas color púrpura y bronce. Se encontraron con el fatigado Francis Campion, sonriente debajo de su negra sotana.

—He llegado un poco más temprano —les dijo estrechándoles tímidamente las manos pero mirándoles los rostros con ansiedad—. ¿Cómo está el doctor Ferrier?

—Tan mal como puede esperarse —dijo Howard.

Francis hizo un gesto dolorido y comenzó a pasearse lentamente por la habitación.

—El padre McNulty me envió un telegrama muy largo —dijo—. Y había una carta suya esperándome aquí. Me cuesta creerlo. ¡Es una historia espantosa y verídica

también!

—Completamente verídica —dijo Louis Hedler—. No sé qué habrá podido explicar el padre en un telegrama y una carta, pero han ocurrido muchas cosas desde entonces y cada una de ellas es peor que la anterior. —Se detuvo—. En lo que concierne tan íntimamente a tu padre, tal vez sería mejor que no oyeras nuestra conversación con él, Francis.

—Me quedo —dijo el joven resueltamente—. Yo también tengo algunas cosas que decirle. Si es necesario, las diré delante de ustedes. He sido un cobarde. No quiero hacerle daño, pero tengo que pensar en mi país. Es posible que pueda llegarse a algún acuerdo para que el nombre de mi padre no sea destrozado por los diarios. La elección está enteramente en sus manos.

Howard y Louis se miraron y entonces Howard sonrió y suspiró muy contento.

—Nos das una gran satisfacción, Francis —dijo restregándose las manos.

Oyeron ruido de pasos que se acercaban, tranquilos, indiferentes, y entró el senador Campion, radiante, color nogal, repleto de comida y fresco después de una buena noche de descanso. Era una especie de querubín grande, de edad mediana, rollizo pero imponente, satisfecho de vivir y, según Howard Best, dormía tan abrigado como un cordero. Siempre en pose de político, saludó a sus visitantes con alegre amabilidad, les estrechó cariñosamente las manos, les sonrió y los escudriñó con su aguda vista, alerta, dura.

—Veo que ya han saludado a Francis —dijo apoyando una mano sobre el hombro de su hijo pero Francis se apartó y él no le dirigió ni siquiera una mirada—. Es una sorpresa agradable y completamente inesperada, por otra parte. Francis, como el asunto sobre el que vienen a consultarme es muy privado y hay que tratarlo con suma discreción, ¿querrás dejarnos solos?

—No —dijo Francis—. Creo que también me interesa. Las espesas cejas color nogal se levantaron. El senador giró sobre sus talones y se enfrentó a su hijo.

—¿A ti? ¿Cómo puede interesarte, hijo?

—Sé que se refiere a Jon Ferrier y cualquier cosa que afecte a Jon Ferrier me interesa a mí.

El rostro joven y delicado de Francis se puso firme y la expresión de sus ojos dejó de ser tímida.

—¿Cómo sabes que se refiere a Ferrier? —preguntó el senador, más pálido que antes.

—Se lo hemos dicho nosotros —dijo Howard rápidamente.

—Ah, se lo han dicho. —La mirada del senador se concentró en Howard, amenazante—. Creo que ha sido una imprudencia por su parte, Howard. Ésta es una cuestión legal y usted ha procedido faltando a la ética. Creo que la Asociación del Foro...

—Siempre procedo prescindiendo por completo de la ética para proteger al inocente —dijo Howard—. ¿Y usted, senador?

—Hay una pequeña cuestión relacionada con la inocencia de su cliente, Howard. Es su cliente, ¿no?

—Sí.

—¿Cómo ha sido? ¿Cómo se han enterado de este asunto privado, cuando no se había permitido que trascendiera una palabra sobre él más allá de las puertas cerradas?

—Jon escuchó rumores —dijo Howard—. Nada más que rumores, de modo que vino a verme basándose en esos rumores.

—Rumores... —el senador contempló a Louis por largo rato—. Confío en que provendrían de una fuente incuestionable, ¿no, Howard?

—Incuestionable, digna de confianza. Las noticias corren en un pueblo pequeño como éste, senador. Por ejemplo: charlas de muchachas asustadas, señoras indiscretas que intercambian secretos. Un colega huele un olorcito de escándalo, de peligro, otro colega escucha una conversación privada e informa al interesado. La gente redacta tranquilas declaraciones juradas y los empleados chismean. Todo eso llega hasta los umbrales de Jon. Nada tangible, naturalmente, pero sí suficiente. Entonces él viene a verme para pedirme que proteja sus intereses. ¿Le parece suficiente?

—Creo que miente —contestó el senador sin dejar de mirar a Louis Hedler.

—Bah, eso no tendrá la menor importancia dentro de... digamos, una hora —dijo Howard consultando su reloj—. Entonces usted estará muy agradecido, y no disgustado, de que le hayamos consultado antes de ponernos en movimiento.

—Antes de ponerse en movimiento... —dijo el senador.

—Exactamente. Le tenemos reservado un lugar en nuestros corazones, Kent, de veras que sí. Por lo tanto, en vez de congregar a los diarios, pedir órdenes de captura inmediata y mencionar su intervención en todo ese asunto, venimos a conversar con usted.

—¡No sé de qué diablos están hablando! —gritó el senador mirando a Louis con mirada asesina.

—Bueno, pero yo sí —dijo Howard sonriente—. Por ejemplo, estaba hace poco en Scranton visitando a unos conocidos, que son amigos íntimos de una tal Edna Beamish, y... usted sabe cómo es la gente senador, dijeron que usted, usted mismo, es un amigo muy querido, muy íntimo, de Edna. Sí, de veras, muy íntimo.

El senador seguía palideciendo. Echó una rápida mirada a su hijo, que escuchaba atentamente.

—¿Y qué hay de malo? —preguntó Kenton Campion—. Conocía muy bien a su marido.

—Usted y ella también conocen al doctor Brinkerman, ¿no es cierto? —preguntó

Howard mirándole fijamente para poder sorprender cualquier reacción de temor o de culpa. No tenía pruebas de la vinculación entre Edna Beamish y el médico, pero lanzó aquel tiro deliberadamente, con esperanzas de que diera en el blanco.

La cara del senador había adquirido el color y la consistencia del tocino mojado, pero por algo era político.

—Conozco a Claude Brinkerman. ¿Qué pasa?

Howard se encogió de hombros.

—Yo también conozco a Brinkerman y todo lo que se relacione con él. Las noticias corren. Para mantener a su esposa en un tren de vida al que no estaba acostumbrada, se lanzó a practicar abortos. Ahora puedo decir autorizadamente que la señora Beamish tuvo ocasión de visitar a Brinkerman y también puedo afirmar con la misma autoridad, que ustedes dos tienen una amistad muy íntima en Washington. La gente habla, como le he dicho antes. También sé de fuente muy autorizada que la señora Beamish se hizo hace poco un aborto y he aquí toda la historia.

Al senador empezaron a marcársele las arterias de la garganta.

—Ferrier la hizo abortar en su oficina. Tenemos las pruebas y las declaraciones juradas.

Howard sacudió la cabeza suavemente.

—No, usted no tiene semejante prueba, pero nosotros, sí tenemos pruebas de que Edna es su amiguita. Esa clase de amiguitas casi siempre se meten en líos y tienen que recurrir a tipos como Brinkerman. ¿Quiere que prosiga en presencia de su hijo?

Francis había estado escuchando muy atentamente, blanco de horror.

—¿Edna, Edna? —dijo volviéndose hacia su padre—. ¡Ésa fue la Edna que yo vi hace un año en Washington, padre, cuando me presenté inesperadamente! Estaba en tu dormitorio, padre. —La boca de Francis se torció de dolor y asco—. Se fue poco después de mi llegada, bastante despeinada, pero yo sabía todo lo que había que saber de ti, padre, y no me sorprendió. He sabido lo de tus amiguitas desde que tenía dieciséis años. Nunca he sabido el nombre de las otras, pero te oí llamarla a ella por su nombre aquella mañana, cuando le ordenaste que se fuera lo más pronto posible.

Howard dirigió una alegre sonrisa a Louis Hedler, que durante unos minutos lo había pasado bastante mal, Louis le devolvió la sonrisa.

—Asqueroso, perverso, sucio, pequeño espía —dijo el senador sin disimular el odio en la mirada que dirigió a su hijo.

—Sí, lo soy, y me alegro, pues me he enterado de muchísimas cosas sobre ti, padre, suficientes para que desee morirme muchas veces.

—Desearía que te hubieras muerto, lo desearía —dijo el senador volviéndose a los otros—. Creo que debiéramos sentarnos y conversar, caballeros.

—Yo también lo creo —dijo Howard con buen humor—. Después de todo está complicada una señora, Edna Beamish, o la esposa de Ernest Beamish, pues ha sido

parte de un delito y además ha perjudicado tranquilamente, al firmar una declaración jurada contra Jon. ¡Ah, las noticias corren, y la gente espía y lee! —Howard le dirigió una sonrisa afable al taciturno senador—. Ahora bien, cuando arresten a la pequeña Edna, conociendo la naturaleza de las mujeres, especialmente de mujeres como nuestra querida Edna, dudo de que sufra en silencio. Pero usted conoce a Edna mejor que yo, ¿no, senador?

El senador volvió a mirar a su hijo y la repulsa que había ocultado durante años bajo una capa de amabilidad paternal se reflejó claramente en su voluminosa cara.

—Vete de aquí —le ordenó.

—No —contestó Francis—. Me quedo. Y si te llevas a estos caballeros a tu habitación y me dejas fuera, me lo contarán todo después. ¿No es así, caballeros?

—Claro que sí —dijo Howard—. Haré todo lo que esté a mi alcance para proteger a mi cliente, Jon Ferrier. Además, se publicará todo en los diarios dentro de poco, en los diarios de toda la nación, después de todo, Francis, tu padre es un hombre muy importante y podrás leerlo por ti mismo.

—Los diarios —dijo el senador, sentándose pesadamente—. ¿Me está amenazando, Best?

—Pues sí —dijo Howard—. ¡A los diarios les gustan las historias románticas! ¡La dulce Edna y el senador Kenton Campion, con un abortista! Los americanos tienen todavía una mentalidad muy estrecha, usted ya lo sabe, senador. —Se sentó mirando al senador con un gesto beatífico.

—Terminemos con todas estas mentiras y empecemos con la verdad —dijo el senador—. Louis, usted es responsable de esto. Ha traicionado una confianza que fue depositada en usted por sus propias asociaciones médicas, para no hablar de la entrega de asuntos privados a este abogado de mala muerte.

—Dentro de muy pocos minutos —dijo Howard sin rencor— estará muy contento de que alguien haya depositado su confianza en mí, y muy agradecido además. Tiene razón, empecemos con la verdad, senador. Tengo aquí, en mi portafolios, numerosos documentos. No creo que goce mucho leyéndolos, pero ya verá que son muy interesantes.

—Creo que le gustaría saber, Kent —dijo Louis, que había recobrado su confianza— que esta mañana se va a entregar una orden de arresto contra Brinkerman. Los hombres como Brinkerman no mantienen la boca cerrada. Hablará cuando le presenten los hechos y se arrojará a los brazos del tribunal pidiendo clemencia. He oído decir que es íntimo amigo suyo, Kent, y no simplemente un conocido. Por eso fue que indujo a dos muchachas jóvenes y asustadas a perjurar y acusar a Jon Ferrier de realizar operaciones criminales en ellas. Pero, léalo usted mismo.

El senador tomó los papeles que le presentaba Howard quien, al igual que Louis,

estaba sentado en un silloncito dorado tapizado en seda rosa, pero el senador miraba fijamente al hombre más joven. El fuerte color rosado de los labios se había vuelto púrpura a la sola mención del nombre de Brinkerman, los ojos se le habían cerrado tanto que su color era apenas visible, le temblaron por un instante las mandíbulas y un mechón de su espesa cabellera le cayó sobre la frente sudorosa. Después empezó a leer, asegurándose los lentes sobre la nariz.

Leyó con la suspicaz y escrupulosa atención del político, alerta a las trampas verbales y a las frases entremezcladas astutamente, y de vez en cuando, volvía a leer una parte de una página anterior. Era equilibrado y controlado por naturaleza. Había aprendido a serlo aún más desde que se dedicó a la política. Los tres hombres le observaban, su hijo Francis de pie cerca de una ventana, pero fuera de su color y la transpiración de su cara no mostró ninguna emoción. Al terminar, el senador se quitó cuidadosamente los lentes, los dejó colgar de la cadena que los sujetaban al ojal de su chaleco y colocó los papeles sobre una mesa de bronce que tenía cerca. Cruzó las manos sobre su florido chaleco y miró a Howard Best.

—¿Qué tiene que ver conmigo todo esto?

Howard quedó desconcertado por un instante, pero sonrió.

—¡Todo, senador, todo! ¡Seguramente no ha pasado por alto las observaciones que hace Martin Eaton sobre usted! ¡Eso sólo es... muy incriminatorio! Seguramente ha comprendido que sabemos lo de la pequeña Edna y el aborto que le procuró usted a manos del doctor Brinkerman. Es una bonita historia eso de que usted indujo a Brinkerman a buscar dos de sus pacientes más vulnerables para que juraran en falso contra Jon Ferrier. Además, varios miembros del personal lo oyeron a usted y a Jonas Witherby faltándole al respeto a Louis. ¡Ah, hay tantas cosas que tienen que ver con usted, senador! Y eso no es todo, tenemos mucho más, pero lo reservamos para el último asalto. Seríamos muy tontos, senador, si le dijéramos ahora de qué se trata.

Los ojos del senador volvieron a fijarse reflexivamente en Howard, y éste se dio cuenta de que hacía conjeturas sobre si el abogado le mentía o no. Pero entonces habló Francis.

—Hay también lo que yo sé, lo que oí que mi padre decía a sus colegas en su casa, cuando creía que yo estaba dormido, ausente por algún tiempo o que faltaba de la ciudad. Ya he contado algo de eso a Jon Ferrier. Sería una lectura escandalosa para el público americano, y estoy dispuesto a dársela.

El senador volvió lentamente la cabeza y miró a su hijo. Su rostro no mostraba temor ni siquiera ahora, pero tenía agitadas las aletas de la nariz y una expresión terriblemente maligna le iluminó el rostro como el brillo del filo de un cuchillo.

—Hace pocos meses pregunté a Jon —dijo Francis con triste amargura— si debía contar lo que había oído y lo que sabía. Me dijo que si fueras su padre no lo haría. Le debes eso a Jon, padre. Pero ahora estoy dispuesto a contarlo todo, con nombres y

fechas, a cualquier diario: que estás metido en una conspiración internacional que involucra munición y guerras futuras, en busca de ganancias y poder.

Louis Hedler se tragó el aliento y Howard miró al senador con asco, pero el senador sólo miró a su hijo.

—Eres un mentiroso, Francis —dijo al fin con seca precisión.

—La invariable respuesta de un mentiroso ante la verdad —dijo Francis dándose vuelta y volviendo a mirar por la ventana.

El senador abrió la boca al cabo de un minuto.

—¿Entonces usted ha entregado todo lo que era confidencial a este trapisondista?

—Kent —respondió Louis—. Usted y yo somos bastante mayores. Soy hombre de fortuna, como usted sabe. Económicamente soy invulnerable y usted no puede perjudicarme. ¿Quejarse de mí a la Junta Médica del Estado? ¿Cree que me preocupa? Comparado con el peligro del que he salvado a Jonathan, mi retiro, voluntario o forzoso, no es nada.

—Creía que le detestaba usted —dijo el senador.

—Detestaba muchas de sus características personales —dijo Louis— y todavía no las acepto. Pero sé que es un hombre justo, pese a la merecida reputación que se ha ganado entre las mujeres del pueblo. Es un hombre bueno, el mejor de los cirujanos, un clínico experto. Ha hecho tanto por Hambleton, anónimamente, que si la gente lo supiera se levantarían para bendecirlo. —Se detuvo—. Del mismo modo que se levantarían contra usted y le pondrían un nombre muy distinto si conocieran los cargos que tenemos contra usted.

Al senador se le torció la boca, pero no con una sonrisa. Era un peleador indiscutible.

—Sé que le odian y que a mí me miran con... diremos, admiración, y que me respetan. Puedo pelear hasta el fin, echar a Ferrier del pueblo y salir triunfador. ¿Acaso lo dudan?

—Olvidas lo que yo sé, padre —dijo Francis desde la ventana.

El senador lanzó una fuerte carcajada.

—¡Tú! Una criatura que en junio trató de ahorcarse. ¡Un badulaque, un estudiante de seminario fracasado, un vago sin un centavo, los diarios no se atreverían a publicar lo que les dijeras!

—Bueno, eso es interesante —dijo Louis Hedler—. No nos deja otra alternativa a mí, a Howard y a Francis, que ir a ver al gobernador con esta prueba que le hemos mostrado y otra más importante aún que usted no ha visto. Enviaré de inmediato un telegrama a la Junta Médica del Estado para que aplacen el viaje de sus miembros, hasta que yo haya visto al gobernador.

—Pienso —dijo Howard— que los diarios se interesarán mucho por lo que yo, Hedler y Francis tenemos para decirles y por las observaciones que sobre eso formule



el gobernador. He oído decir que no se siente satisfecho con usted, senador, y que usted tiene enemigos poderosos en Washington. Hay senadores jóvenes y ambiciosos de familias ricas e influyentes, y además con amigos, que están ansiosos por sustituirle. Estoy seguro que la Legislatura Estatal, que fue la que le nombró, les escuchará después de que el gobernador les haya informado de lo que tenemos contra usted, sus mentiras, su cohecho en el perjurio, sus vinculaciones con un abortista notorio y mucho más.

La cara del senador adquirió una expresión de violencia, no por una contorsión de los rasgos, sino más bien por un endurecimiento de las mejillas y la hinchazón de las sienes.

—Hemos venido a verle —dijo Louis— no por su bien ni para salvarle, ni tampoco para rogarle nada ni negociar el asunto. Hemos venido por el bien de Jon Ferrier y su madre, Marjorie; por la memoria de Martin Eaton y hasta por el bien de esas dos pobres muchachas inducidas a ponerse en peligro para satisfacer su odio y su maldad. Incluso diría que por la señora Edna Beamish, que seguramente será juzgada por perjurio por lo menos, y creo que no sólo es una señora de fortuna por derecho propio y capaz de conseguir buenos abogados, sino que es también mujer de agallas. Cuando usted la abandone empezará a pensar en sí misma y se indignará. Hay muchos a quienes queremos salvar, sobre todo a Jonathan Ferrier, que ya ha sufrido demasiado. Esperamos convencerle de que no persiga a sus enemigos, entre ellos a usted, y sólo lo lograremos con su cooperación. Se la pido para evitar un escándalo que va a sacudir a toda la Comunidad.

—Estamos dispuestos incluso a dejarle regresar a Washington en paz —agregó Howard— aunque vaya en contra de nuestro patriotismo. Estamos dispuestos a eso por causa de Jon.

—No sabía que tuviera amigos así —dijo el senador con enorme desprecio.

—Es una lástima que no lo haya sabido —dijo Louis Hedler—. De saberlo no se habría sentido tan seguro ni se habría precipitado tanto.

El senador se sentó en silencio haciendo girar los pulgares. Hasta aquel momento nadie se había atrevido a cruzarse en su camino y menos a oponérsele. No dejaba de tragar, como si algo repugnante le subiera por la garganta.

—Ustedes me interesan —dijo por fin—. En el caso improbable de que yo me rinda a estas falsedades, a esta extorsión, ¿cómo piensan manejar la situación? ¿Supongo que Ferrier habrá visto ya esta documentación... fabricada?

—No toda —dijo Louis pensando cuánto tiempo podría seguir fingiendo que tenían cosas más terribles que las que contenían los documentos—. Pero sí bastante. Por eso, anoche tenía miedo de que viniera aquí a asesinarle. Pero después se apaciguó y nos dio su palabra de que no hará nada hasta que se lo autoricemos o hasta que el asunto quede concluido. De otro modo, y Louis sonrió, Jon podría haber

cometido un crimen anoche. Usted sabe lo salvaje que puede llegar a ser, y el carácter que tiene.

—¿Y usted cree que puede controlar a semejante loco?

—Creo que puedo —dijo Louis, y deseó que fuera cierto—. No tiene pruebas contra nadie, fuera de las que nosotros tenemos. Es lo bastante sensato como para saber que no puede hacer acusaciones sin pruebas, o por lo menos, hemos logrado hacérselo creer.

—¿Y las pruebas?

—Irán a un lugar muy seguro. Howard y yo conservaremos copias que serán destruidas en caso de que alguien muera, o serán abiertas si... fuera necesario, Jon no tendrá ninguna.

El senador se quedó reflexionando, miraba alternativamente a cada uno de ellos y era imposible adivinar qué pensaba.

—Han olvidado a esas tres mujeres, Edna y las dos muchachas. ¿Sus últimas declaraciones verídicas son materia de conocimiento público?

—No. Las de Louise Wertner y Mary Snowden fueron hechas ante mí —dijo Howard—. Si podemos arreglar este asunto como hombres razonables, si podemos ponernos de acuerdo, entonces usted, senador, no tiene más que informar a la señora Beamish para que retire su denuncia, que es la única presentada públicamente y en manos del sheriff. De haberlo sabido —dijo Howard con una sonrisa afectuosa— habría disuadido a la señora Beamish desde un principio con la información que tengo contra ella.

—Entonces, ¿cuál es la denuncia pública por la que será arrestado Brinkerman?

—La de la señora Beamish. Ella es la responsable, no yo, pero el caso es que ella estaba obediendo órdenes, ¿no es así? En cuanto a las declaraciones juradas de las muchachas, les fueron entregadas a Louis los dos juegos, debo subrayarlo, las que hicieron con falsedad, obediendo instrucciones, y las segundas, las verídicas, donde confiesan el perjurio.

El senador volvió a reflexionar, mordiéndose los labios y golpeando sobre la mesa con sus lentes.

—Todo lo que tiene que hacer es llamar a su buen amigo el sheriff, que consiguió el puesto con el apoyo que usted le dio, senador, y pedirle que haga pedazos la denuncia de la señora Beamish y la orden de arresto contra Jonathan.

—¿Y Brinkerman? Ustedes han dicho que le arrestarán...

—Le arrestarán —dijo Louis mirándole— a menos que se retire la denuncia de la señora Beamish; a menos que usted pida al sheriff que pase por alto al indiscreto Brinkerman y le diga que será mejor que abandone sus actividades extraprofesionales. En cuanto a mí, voy a pedirle que renuncie a su puesto y le daré a conocer todo lo que pueda de lo que sé. Nunca se sabe lo que puede pasar con un

hombre como Brinkerman, pero eso es lo mínimo que puedo hacer. Estoy metido en una situación bastante difícil. Puede ocurrir que Ferrier no sea tan discreto como yo. Además, es mucho más joven y no ha tenido tanta experiencia con la raza humana.

## Capítulo 35

El lunes, Louis Hedler llamó a Jonathan Ferrier a su casa y le habló con extrema suavidad.

—Jon, ha habido un aplazamiento. Los miembros de la Junta Médica no vendrán antes de una semana, o más.

—¿Por qué no?

—No me lo han dicho, Jon. Espero que pienses en este asunto con mucho cuidado y mucho juicio.

—Louis, eres excesivamente moderado —dijo Jonathan—. Lo tengo perfectamente pensado.

—Eso es lo que me temía —dijo el doctor—. Te has atendido a tu propio criterio, ¿verdad?

—Así es. Si esos hombres no llegan pronto iré yo mismo a Filadelfia a consultarlos.

—Trayendo la montaña a Mahoma. No te lo aconsejo, Jonathan.

—Ayer, en la boda de Phil Harrington, oí el rumor de que Brinkerman ha sido llamado repentinamente fuera del pueblo y puede ser que se establezca en otra parte. Bueno, Louis, supongo que no sabes nada de eso, ¿verdad?

—Lo sé, pero no es conveniente sostener esta conversación por teléfono, Jon. Te enterarás de todo a su debido tiempo.

—Tengo el extraño presentimiento de que los ratoncitos, o tal vez las ratas, están corriendo en la oscuridad, y se supone que yo no tengo que oírlos.

—Me encantan tus analogías, muchacho, pero...

—También me he enterado de que Campion ha sido «llamado» a Washington. Es muy extraño, porque el presidente McKinley, según sé, se va a Buffalo a pronunciar un discurso en la Exposición Panamericana. He verificado la ausencia de Campion con una simple llamada telefónica a su casa. ¿Qué sabes de eso, Louis?

—Sabes bien que no soy el mejor amigo de Campion, Jon. ¿Por qué no vas a alguna parte durante unos días y descansas?

—¿Y por qué no te vas al infierno, Louis?

Jonathan colgó violentamente el auricular, y Louis Hedler sacudió la cabeza. La voz de Jonathan había sido razonablemente normal y controlada, pero Louis no se engañaba con eso. Temía ver llegar el día y la hora en que habría de sentarse frente a este hombre inmoderado para decirle que sus planes de venganza debían ser dejados de lado, principalmente por su propio bien. Louis llamó a Howard Best a su casa y le relató discretamente su conversación con Jon, sin dar su nombre.

—Es una buena noticia que nuestro amigo de la montaña haya tenido la discreción de irse —dijo Howard—. Temía que nuestro otro amigo le visitara por el

asunto de la mutilación, o algo peor. ¿Cuándo dará la historia a los diarios nuestro amigo Gran Sonrisa?

—El miércoles.

—Me pregunto qué pensará de eso nuestro querido compañerito.

—La imaginación tambalea —dijo Louis—. Tengo la impresión de que debo visitar a mi cuñada en Scranton antes de la publicación.

—Y Beth tiene parientes en Wilkes-Barre. Siempre insisten en que los visitemos. Nos veremos al volver a Hambleton, Louis.

—Sí. De paso te diré que los miembros de la Junta Médica deben haber escuchado algo muy conciliador, probablemente de boca de Gran Sonrisa, pues fueron muy comprensivos y estuvieron completamente de acuerdo cuando insinué que tal vez no sería necesario que vinieran aquí para nada. Aparentemente no se sorprendieron en lo más mínimo cuando les envié el telegrama, pues el que ellos enviaron en respuesta fue sumamente amable, casi diría que indiferente.

—Ah, bueno, eso es lo mejor. Adiós, Louis, y que tengas unas felices vacaciones.

Jonathan ya no bebía. Sabía que debía conservar la mente bien clara si quería llevar adelante sus planes. Mientras tanto, terminaba de hacer las maletas. Tenía dos probables compradores para dos de sus granjas. No quería pensar demasiado a fondo en nada pues temía llegar a perder la razón. Sólo se ocupaba de las cosas externas. Visitó la casa donde vivían Thelma Harper y sus hijos, y para su propia sorpresa se dejó convencer y permaneció allí dos días. Recorrió los lugares destinados a la siembra de principios de otoño, jugó con los hijos de Thelma, y se sorprendió más todavía cuando descubrió que podía dormir sin beber ni tomar sedantes. Thelma le había narrado la tentativa del senador Champion de convencer a su esposo para que firmara una falsa declaración jurada contra Jonathan, y ante el asombro de la joven viuda su marido se había echado a reír como si se tratara de una broma muy graciosa. Conocía bien a Jonathan. Parecía bastante tranquilo e incluso bromeaba con ella algunas veces, pero al mirar sus ojos se sintió perturbada. Le cocinaba excelentes comidas y aunque Jon se sentaba a la mesa con ella y sus hijos, y les hacía bromas a todos, no comía casi nada. Por la noche le oía pasearse de un lado a otro durante mucho rato antes de ir a la cama.

Todo lo que Jonathan había aprendido en un período de tres meses, los ensayos de tolerancia, la caridad creciente, las tentativas de comprensión, la nueva compasión y la flexibilidad, se había perdido del todo. No era más que un absceso de odio frío y fulminante. Después de su regreso a Hambleton no fue al consultorio ni se presentó a los hospitales. «Quiero estar solo», dijo a Robert por teléfono. Tengo muchas cosas que hacer y arreglos que terminar. No mencionó unas averiguaciones que había comenzado.

«De modo», pensó Robert, «que se va de veras. Espero que no tenga un arma en su casa. No me ha gustado su tono de voz».

Jonathan recorría a caballo River Road todos los días sin mirar ni una sola vez hacia la isla. Sabía que no se atrevería a hacer lo que pensaba. Buscaba pequeños pinares y se echaba sobre la polvorienta hierba del otoño mirando al cielo sin ver y tratando de no pensar en nada. Hay un momento para todas las cosas, pensaba. Éste no es el momento... todavía.

El calor y la sequía de la tierra continuaban y parecían empeorar. Todos los días renacían las esperanzas y se elevaban plegarias para que lloviera, para que llegara de una vez el fresco del otoño, para que el verano terminara. El nivel del río era cada vez más bajo y en el campo los pozos no daban agua y las lagunas y corrientes se secaban. Por la noche soplaban el viento y se veían relámpagos que terminaban en nada, pues no se oían los truenos ni había chaparrones, tormentas, nada, aunque de vez en cuando las montañas parecían gruñir.

Cada mañana, Jonathan se sometía a la rígida disciplina que se había impuesto a sí mismo. Se levantaba, tomaba un ligero desayuno, cuando lo tomaba, leía los diarios, luego salía a dar un largo paseo a caballo y a veces echaba una siesta sobre la hierba. Luego volvía a su casa, en donde escribía o leía cartas comerciales y se comunicaba con los banqueros o agentes. Esto le llevaba la mayor parte del día. Cenaba solo mirando de vez en cuando el sitio vacío de su madre. Después de la cena iba a leer en el estudio de su padre, y a veces volvía en sí con sobresalto, dándose cuenta de que había pasado el tiempo, mucho tiempo, y que no había vuelto una página. Luego se iba a dormir. Vivía como un condenado que cuenta sus últimos días.

Sus pensamientos eran puramente abstractos y flotaban en la superficie. Evitaba pensar en Jenny Heger. Haría un viaje al extranjero, tal vez de un año o más de duración. Tenía cartas de crédito. A su regreso iría... ¿a dónde? Todavía no lo sabía. Tenía un año por delante y cuando volviera tendría tiempo de pensar cómo iba a pasar el resto de su vida. En aquellos momentos tenía un negro presentimiento de la angustia que tendría que soportar en el futuro. Su vida estaba perdida... desperdiciada. «Un hombre sin esperanzas, sin proyecto, sin un verdadero destino, está realmente muerto» se decía a sí mismo.

Robert Morgan, abatido y temeroso bajó una mañana a tomar el desayuno.

—Tenemos una invitación para cenar con el señor y la señora Kitchener, Robert —le dijo su madre con viva satisfacción.

Él miró a su alrededor. El oscuro y caluroso comedor tenía todas las ventanas cerradas como de costumbre, y no entraba la más tenue brisa ni el más débil rayo de sol. No era que le interesara mucho el sol últimamente, pues jamás el calor y la sequía habían durado tanto tiempo y ahora parecían no tener fin. El cielo estaba cada

día más amarillento, como si tuviera ictericia, y una o dos veces por día gruesas nubes negras oscurecían la tierra, pero nunca llovía y pronto volvía a salir el sol, tan ardiente como antes.

—¿Qué has dicho, madre? —preguntó.

En la cara gris y ceñuda de Jane Morgan se dibujó una sonrisa tonta.

—Me gustaría que me escucharas, Robert. Simplemente he dicho que Maude Kitchener parece embobada contigo.

Robert pensó en Jenny Heger y sintió un habitual espasmo de amor, ansiedad y desesperanza. Últimamente no había podido verla. Presentía que ella no le recibiría de muy buena gana en la isla en aquellos días o quizá nunca más.

—No has tocado tu tostada, Robert —dijo Jane—. No sé qué te pasa últimamente. Pareces tan... tan preocupado por algo. Confío en que todo anda bien para ti en este pequeño pueblo.

—No es tan pequeño, madre. Sí, todo me va bien. Me he hecho cargo de todos los pacientes de Jon. —Miró su taza, donde el café ya se estaba enfriando, pero no la levanto—. Desearía que no se fuera.

—Está obligado a irse —dijo Jane Morgan con ácida satisfacción, y Robert levantó la vista rápidamente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Robert, lo dice todo el pueblo, no es que yo ande chismorreando por ahí. Pero ahora conozco perfectamente bien a la señora Beatrice Offerton, una señora muy agradable y bien parecida, muy democrática, pero que sin embargo aprecia mucho nuestra condición social en Filadelfia. Conoce Filadelfia y hemos descubierto que tenemos amigos comunes. Te sorprenderá, Robert, que la señora Offerton tenga una opinión tan baja de ese detestable hombre.

Robert se dio cuenta por fin de que escucharía algo interesante si no apuraba a su madre, de modo que quedó a la expectativa.

Jane levantó la cabeza con aire jovial.

—Así es, Robert —dijo—. Recuerda que nunca me ha gustado, nunca he tenido confianza en él y siempre he creído que era culpable de aquel crimen. La señora Offerton está de acuerdo conmigo en todo. Hace apenas una semana me dijo, o más bien diría que me insinuó, que se están juntando nuevas evidencias que prueban que fue él quien verdaderamente asesinó a su esposa.

Robert mostró una sonrisa que a su madre le pareció extremadamente rara.

—¿No estás de acuerdo, Robert?

—Claro que no. ¿No va siempre a Washington con su hermano?

—No.

—Él está allí ahora.

Robert tomó el diario que estaba al lado de su plato, doblado, esperando. Jane

había preparado siempre de aquel modo el diario de la mañana para su padre y jamás se le había ocurrido ni se le ocurría ahora, leerlo antes de que el «caballero» de la casa lo hubiera hojeado. Jane estaba fastidiada con Robert por haber tomado sus noticias tan a la ligera y haberse despreocupado inmediatamente del asunto. Últimamente su aspecto no era bueno: había perdido peso, parecía preocupado. Con frecuencia oía que pedía el número de Ferrier, pero aparentemente «ese hombre» nunca contestaba a sus llamadas, y Robert desesperanzado, dejaba un mensaje a la criada. ¿Se habían peleado Robert y él? Tenía esa esperanza. No quería que a su hijo le quedara ninguna mancha por su «asociación» con ese hombre. Escudriñaba a Robert mientras él desplegaba el diario con indiferencia, pensando que sus colores no eran tan intensos como debieran ser y que se reflejaba la melancolía en su rostro. Ah, bueno: la responsabilidad pesaba mucho sobre el joven. Pronto se adaptaría. Además, había aquella adorable muchacha, Maude Kitchener, que le estaba ajustando decididamente las clavijas. Jane se sobresaltó, Robert había soltado repentinamente una exclamación fuerte y alegre y hacía gestos jubilosos mirando el diario.

—¡Por favor, me has asustado! —dijo Jane pero Robert reía con todas sus ganas y le tendía el diario por encima de los platos.

—¡Lee, madre! —dijo—. Fíjate en esa nota de la primera página, fechada ayer en Washington.

Jane abrió su estuche de vidrio, se puso los anteojos, miró con suspicacia a su hijo y luego se fijó en la nota que él había señalado. Decía:

**Senador declara al Dr. Jonathan Ferrier de Hambledon, Pennsylvania, limpio de toda sospecha del asesinato de su mujer en noviembre pasado.**

—¡Oh! —dijo Jane incrédula. Miró la parte superior del diario como si sospechara un engaño y echó una ojeada a las columnas que seguían el encabezamiento. Sus labios, secos y rígidos, estaban fruncidos como si estuviera a punto de llorar.

El senador por la Comunidad de Pennsylvania, Kenton Champion ha convocado hoy una conferencia de prensa en Washington para limpiar el nombre de uno de sus paisanos, el doctor Jonathan Ferrier, a quien arrestaron en diciembre del año pasado por el supuesto asesinato de su esposa, Mavis Eaton Ferrier, después de una operación criminal. Se recordará que el caso atrajo el interés y la publicidad de toda la nación debido a la prominente situación del doctor Ferrier y de su esposa, y la extraordinaria brutalidad del crimen.

El abogado del doctor Ferrier en Hambledon, Howard Best, pidió cambio de jurisdicción por la supuesta hostilidad e indignación de ese pueblo contra el doctor Ferrier. El señor Best dijo que no creía posible que el doctor Ferrier tuviera un juicio imparcial



en vista de esas circunstancias. El proceso fue trasladado a Filadelfia y el doctor Ferrier fue posteriormente absuelto. Los señores Cranbury y Oldsman, de la firma legal Cranbury, Smythe, Jordan y Oldsman, fueron los defensores del doctor Ferrier durante un juicio largo, dramático y sorprendente. El caso sigue siendo un misterio hasta el día de hoy, pues ninguna otra persona ha sido acusada del crimen ni arrestada.

Periodistas de todas las ciudades importantes de la nación estuvieron presentes durante el proceso, que duró unas cuatro semanas de constantes y repetidos testimonios, tanto por la defensa como por la acusación. Nunca salió a la luz el motivo del supuesto crimen, de modo que el jurado dictó un veredicto de inocencia después de prolongadas votaciones. En cierto momento el juez Henry Morrissey llegó a creer que el jurado no llegaría a una votación unánime, que se vería obligado a despedirlo y llamar a nuevo juicio. El fiscal fue el abogado Nathan Campbell de Filadelfia, quien expresó elocuentemente su disconformidad cuando se leyó el veredicto.

El doctor Ferrier regresó a Hambledon y volvió a ejercer su profesión. Posteriormente decidió vender su consultorio y dejar el pueblo. Esto fue debido, según rumores, al hecho de que el pueblo no aceptaba del todo el veredicto del jurado de Filadelfia y había algunas reacciones populares contra el doctor Ferrier.

Con este motivo el senador Champion ha declarado hoy que había resuelto efectuar una investigación a fondo para limpiar el nombre del doctor Ferrier. El senador Champion es un viejo amigo del doctor Ferrier y de su familia. Sin embargo, ha declarado el senador Champion al reportero, esto no ha influido en mi resolución de que se hiciera justicia y que el nombre de un hombre honorable, un famoso y digno ciudadano de mi pueblo natal, Hambledon, fuera rehabilitado sin mancha y respetado nuevamente. Por lo tanto, hace algunos meses inicié calladamente una investigación por mi cuenta en beneficio del doctor Ferrier, sin temer a la verdad y decidido sólo a sacar todos los hechos a la luz pública.

La investigación fue de carácter privado y llevada a cabo por los más estimables ciudadanos e investigadores, verdaderos expertos en su oficio. No se ha reparado en gastos, no se ha dejado ninguna piedra en su sitio, no se ha desdeñado ninguna posible pista. Las afirmaciones más locas han sido estudiadas para probar su falsedad o su veracidad. No se ha dejado de lado a nadie que hubiera tenido la más leve vinculación con el caso. Los investigadores se olvidaron de dormir y finalmente admitieron que no había una sola pieza de prueba que pudiera servir para inculpar al doctor Ferrier.

Entre los que fueron consultados asiduamente figura el doctor Martin Eaton, tío y padre adoptivo de la difunta señora de Jonathan Ferrier, quien había estado presente durante las largas semanas que duró el proceso. La salud del doctor Eaton fue muy precaria desde la muerte de su sobrina y hemos tenido a la vista pruebas evidentes de que vivió, durante las dos semanas finales

de su vida, en un estado de confusión y aflicción. Se dice que cuando fue leído el veredicto de «Inocente», él gritó «¡No, no!», y después cayó en la sala del tribunal, víctima de un severo ataque.

El estado físico del doctor Eaton le impidió dar a conocer lo que pensaba, según explicó a uno de mis investigadores hace apenas tres semanas. Luego le consulté yo también, rogándole que me dijera la verdad. El doctor Eaton declaró que nunca había creído que el doctor Ferrier fuera culpable y que había aceptado plenamente las argumentaciones de la defensa de que el doctor Ferrier estaba en Pittsburgh durante los momentos cruciales. No había dudado de los testimonios dados bajo juramento por prominentes médicos que habían estado en compañía del doctor Ferrier durante varios días y habían presenciado dos operaciones que éste había hecho a dos prestigiosos ciudadanos de Pittsburgh. El motivo de aquel ambiguo grito de «¡No, no!», al darse el veredicto, fue que en su estado mental de desolación y confusión había creído que el jurado daba un veredicto de culpabilidad y, por lo tanto, se desmoronó. A partir de aquel momento se convirtió en un inválido recluido en su casa que no recibía a casi nadie y que, por lo tanto, ignoraba que el nombre del doctor Ferrier estaba aún manchado por las sospechas de los habitantes de Hambleton. Cuando yo y mis investigadores pusimos esta situación en su conocimiento, declaró enfáticamente que en ningún momento había creído al doctor Ferrier culpable del horrendo crimen.

El doctor Eaton declaró también con vehemencia que la vida conyugal del doctor Ferrier y su esposa había sido sumamente feliz, sin una sola nube, y que en el caso no se hallaba involucrada ninguna mujer. El doctor Eaton, lamento decirlo, se sintió tan disgustado al saber que sus paisanos aún creían culpable al doctor Ferrier, que tuvo una recaída y murió el 1 de septiembre. Le sobreviven su esposa, la señora Flora Eaton, y varios primos en Filadelfia, pero ningún hijo.

Estoy encantado, ha dicho el senador Campion usando la palabra al estilo de su íntimo amigo, el vicepresidente Theodore Roosevelt, por la feliz conclusión de este triste asunto y la final y definitiva rehabilitación del doctor Jonathan Ferrier. El verdadero criminal no ha sido descubierto aún, pero eso ya no depende de mí. Solamente espero que el doctor Ferrier olvide y perdone las injustas sospechas de sus conciudadanos, que acepte seguir viviendo en el pueblo y mantenga su posición como miembro del personal de los dos hospitales de Hambleton para que su ilimitado talento nos siga beneficiando a todos los que vivimos allí, como nos benefició antes de su arresto y juicio. Su padre, el finado Adrian Ferrier, fue un ciudadano importante de Hambleton, descendiente de uno de los Padres Fundadores de la gran Comunidad de Pennsylvania, y su madre, una gran señora, era la señorita Marjorie Farmington de los Farmington de Filadelfia.

El senador Campion ha dado muestras de una inmensa alegría y satisfacción por los resultados de su altruista investigación,

llevada a cabo a sus expensas, y ha declarado que había procedido así no sólo para limpiar el nombre de un querido y apreciado joven amigo, sino para probar, una vez más, que la Justicia no ha muerto en América sino que surge con toda su gloria cuando se pide su presencia, y que en la República de los Estados Unidos de América ningún hombre puede ser condenado injustamente, al revés de lo que sucede en otras naciones. El senador Campion fue un ardiente defensor de la guerra Hispano-Americana, como se recordará, y quiso unirse con su amigo, el coronel Theodore Roosevelt, como miembro del Cuerpo de Jinetes Implacables. Su edad se lo impidió.

Robert observaba a su madre con una alegría y una malicia muy poco filial mientras leía. Ella miraba la parte superior de la página a cada momento como si temiera ser víctima de una broma pesada. Un color feo le teñía las mejillas y se mordía los labios como si estuviera pensando cosas indignas. Finalmente levantó la vista y chocó con los ojos sonrientes de Robert.

—¡Oh, ese hombre santo, caritativo, noble!

—Te refieres a Jon, supongo.

—¡Robert! Me refiero al senador Campion. ¡Pensar que comete perjurio, gasta tanto dinero, se rebaja como senador de su país, para quedar expuesto a los chismes y conjeturas!

Robert trató de arreglar las cosas, pero fracasó. Pidió café fresco. Parecía rejuvenecido.

—Si yo estuviera en tu lugar, madre, no le sugeriría a la señora Offerton que su hermano, el senador, había «perjurado». Eso es un delito grave, en este caso es difamación.

Jane se asustó.

—¡No quiero decir exactamente eso, Robert! ¡Siempre confundes mis palabras! Oh, querido, supongo que ahora ese espantoso hombre se quedará en Hambledon.

—El impoluto senador ha declarado que Jon no es culpable. ¿Qué mejor prueba quieres? ¿Un mensaje de San Gabriel en persona? No sé por qué llamas «espantoso» a Jon. No tienes motivos para pensar así, nunca los has tenido. El senador mismo dice que no y si quieres seguir en buenas relaciones con su hermana, la señora Offerton, será mejor que declares a los cuatro vientos que estás de acuerdo en todo con su hermano.

De mejor humor que el que había tenido desde hacía algún tiempo, Robert se dirigió al consultorio, donde le saludó la señorita Forster, bañada en lágrimas de júbilo y agitando un ejemplar del diario.

En aquel momento, Jonathan también leía el diario.

A medida que iba leyendo se le nublaban los ojos y sentía una siniestra opresión en el pecho. Notó que le subía la presión arterial. Terminó la lectura, se recostó en la silla y miró sin verlo el aparador que tenía frente a él. Sentía resonantes latidos en el cuello y tenía tenso el cráneo. Un dolor punzante le corrió por el lado izquierdo del pecho y luego por el brazo. Respiró con cuidado y lentamente, hasta que se calmó el espasmo de furia. Ahora sudaba.

Se levantó y se dirigió al teléfono para llamar a Louis Hedler en Sta. Hilda. Le informaron de que el doctor había sido llamado urgentemente a Scranton el día anterior, pues un pariente suyo estaba enfermo. A Jon se le dibujó una rara sonrisa en el rostro. Llamó entonces a Howard Best a su casa y a su despacho. El señor Best estaba en Wilkes-Barre pasando unas breves vacaciones con su esposa. Jonathan colgó el auricular, y no sintió la menor sorpresa. Entonces sonó el teléfono y Mary corrió apresuradamente a atender la llamada.

—Mary —le dijo Jon— habrá muchas llamadas para mí esta mañana. Di a todo el mundo que no estoy en el pueblo, ¿quieres?

Asombrada, Mary contestó la llamada como le habían ordenado. Jonathan echó una mirada al aparato, pensando que podría llamar al *Hambledon Daily News* para decirles que el senador Campion había mentido, que su historia era falsa y que él, el doctor Ferrier, se sentiría muy complacido en explicarles la verdad si le mandaban un cronista. Fue a coger el teléfono y se contuvo. Louis Hadler y Howard Best le habían traicionado por alguna razón. ¿A quién protegían? ¿A alguien a quien temían? ¿A Campion? En aquel momento se le ocurrió que le protegían a él. Volvió a tender la mano hacia el teléfono y de nuevo se contuvo. Había prometido a aquellos increíbles sinvergüenzas que no haría nada hasta que se lo autorizaran.

Entró en la sala de su madre, se sentó en uno de los silloncitos tapizados en seda y fumó un cigarrillo tras otro, pensando furiosamente, lleno de odio, frustración, rabia y humillación. ¡Ah, no cabía la menor duda de que aquellos degenerados habían llevado a cabo algo muy hábil e inteligente! Algo destinado a suavizar las cosas, hacer que todo quedara claro, limpio y sereno, evitar el escándalo, impedir que se alterara el orden, y mientras tanto, dejar sin castigo tanto a Campion como a Brinkerman, para proteger finalmente los nombres de Mavis y Martin Eaton. Jon sentía deseos de matar.

—«No me tienen confianza», pensó, y tuvo que reconocer que les sobraban razones para no confiar en él. Fue hasta el comedor y llenó medio vaso de *whisky* que bebió sin dejar de pensar. No, no iba a permitir que le hicieran fracasar. No le mantendrían tranquilo, no impedirían que se vengara. No podían esconderse eternamente ni podrían estar huyendo de él toda la vida. ¡Cuando les pusiera las

manos encima! La explosión que haría volar a Hambleton se oiría de un extremo a otro del país, como ya lo había hecho tambalearse aquella ridícula y despreciable historia. Aplastaría a Champion de una vez por todas y destruiría a Brinkerman. Después, cuando el *whisky* empezó a producir su efecto en el estómago vacío y los vapores se le subieron a la cabeza, se echó a reír. ¡Tenía que estar agradecido a Brinkerman! Había matado a Mavis.

—Debería colgarle una medalla como recompensa al favor que me hizo —dijo en voz alta.

Miró por la ventana y vio a Robert Morgan que cruzaba el sendero de césped y se dirigía hacia su casa. Venía con su rubicundez mojigata de *boy scout*. Se veía que lo sabía todo, que había leído el diario, Jonathan bebió de un trago lo que quedaba de *whisky* y esperó. Pocos instantes después se le acercó Mary y le preguntó en voz baja:

—¿Está en casa, doctor?

—Sí, Mary —contestó con voz llena de amabilidad—. Siempre estoy en casa para el doctor Morgan. Hazle entrar y después cierra la puerta.

La muchacha miró el vaso que Jon tenía en la mano y fue a buscar a Robert. Jonathan, que llenaba de nuevo el vaso, vio que el joven parecía a la vez eufórico y aprensivo.

—Entre, Bob —le dijo—. ¿Me acompaña?

—¿A las nueve de la mañana? No, gracias. —Robert se quedó callado mirando primero el vaso y luego cómo Jonathan tomaba un largo trago—. Veo que ya ha leído el diario de la mañana.

—Sí. Adorable historietita, ¿no le parece? ¿Es obra de Hedler?

—No sé más de lo que usted sabe —contestó Robert—. Lo que usted leyó aquella noche en la oficina de Louis. Yo había oído algunos rumores mucho antes y finalmente fui a contárselos a Louis. Entonces me di cuenta que él era un amigo. Me tomó confianza. Mi madre conoce a la señora Offerton y me fue contando cositas de aquí y de allá, hasta que terminé por pensar que Louis tenía que conocerlas. Pero él ya sabía más.

—¿Y la cajita de chocolate, y las frutillas con crema de Champion?

—De eso no sé nada —dijo Robert mirándole desafiante—. Pero ¿qué tiene de malo? Lo que hicieron fue lo mejor, Louis y Howard han sido muy ingeniosos. ¿Qué quería usted, ver a Champion hundido en el barro? Confieso que a mí también me habría gustado, pero ¿qué resultado hubiera tenido para usted? Más escándalo, difamación, odio, confusión, dificultades, calamidades. ¿Se ha olvidado de su madre?

—En absoluto, la tengo bien presente. Siempre recordaré a mamá y todo lo que ha hecho por mí. —Los ojos de Jon estaban inyectados en sangre y tenían una luz inquietante—. Recuerdo también a mi hermano. Pero ya me ocuparé de ellos en el momento oportuno. Primero están Champion y Brinkerman.

—Louis excluyó a Brinkerman del personal y se ha ido de Hambleton. ¿No lo sabía?

—Sí, y todos los crímenes sin castigo. Me doy cuenta y me siento arrullado de placer.

—Ha dejado a su esposa y a su casa. Todo lo que tenía. Ya no podrá practicar más la medicina.

—¿Supone usted que con eso me consolaré, después de todo lo que me ha hecho?

—Creo que sí. Es un criminal y un mutilador, pero también es médico. Piense lo que esto significa para él. Louis ha prometido que si llega a enterarse de que practica en alguna parte, va a sacar a la luz toda la historia.

—Louis no tendrá que esperar tanto, Bob. Cuando Louis vuelva y yo quede libre de mi promesa, explicaré la historia a todos los diarios de la nación.

Robert lanzó un suspiro y se sentó pesadamente sobre una de las sillas que rodeaban la lustrosa mesa del comedor.

—¿Con qué propósito? —preguntó.

—¡Maldita sea! ¿No tiene inteligencia, ni agallas, ni hombría, para pensar que yo debería sentirme satisfecho con que tapen la verdad con un poco de crema, y perdonar y olvidar?

—Si se tratara solamente de usted —dijo Robert— me parecería muy justo que denunciara a esos pillastres. Pero hay otras personas. Su madre, incluso su hermano, las chicas que declararon bajo juramento para protegerle, el recuerdo de Martin Eaton. Eso para nombrar a unos pocos, pero, por encima de todo, usted mismo. ¿Qué cree que va a ganar exponiéndose de nuevo a la notoriedad y perjudicando a Louis y Howard Best, sus mejores amigos? ¿Se cree un pequeño Sansón?

—¿Cree usted acaso que me interesa este pueblo o alguna persona viva en él? —dijo Jonathan arrojando su vaso contra una pared.

—No —dijo Robert con toda tranquilidad—. No creo que le interese nada ni nadie, ni siquiera usted mismo.

Observó la copa de cristal que se acercaba a Jonathan rodando sobre la alfombra. Cuando llegó, éste la aplastó con el pie y Robert se sintió asqueado por aquel despliegue de insensata violencia.

—Hay alguien más, también —dijo—. Francis Campion, que viajó miles de millas para ayudarme. He oído decir que le ha llamado una docena de veces, pero que usted no contestaba el teléfono. ¿Sabe que denunció a su propio padre ante Louis y Howard en beneficio suyo y que amenazó, también en beneficio suyo, con denunciar a su padre públicamente?

—Sensato el muchacho —dijo Jonathan—. Tengo que llamarle para agradecersele y alentarle.

—Y cuando haya denunciado a su padre, ¿cómo cree usted que va a sentirse? —

preguntó Robert haciendo un chasquido con la boca.

—Limpio.

—Usted no cree eso, Jon. No es esa clase de muchacho. Piense lo que haría si se tratara de su propio padre. Bueno, si hace lo que evidentemente piensa hacer, aplastará no sólo ese vaso que está allí, sino a todo un pueblo. Y a usted. Eso es lo que Louis trata de impedir. Está dispuesto a dejar que escapen Champion y Brinkerman para protegerle... contra usted mismo. Le conoce muy bien.

—Ya que usted sabe tanto —dijo Jonathan con una fea expresión en el rostro— quizá pueda decirme cómo se las arreglaron para conseguir que Champion volcara ese balde de bazofia en la prensa.

—Bueno, Howard me dio un indicio. Le amenazaron. ¿De qué otra forma lo hubieran conseguido? Querían dejarle limpio a usted de una vez por todas. Con arruinar a Champion no habrían conseguido nada. La gente seguiría interpretando su historia a su modo, y como no lo aprecian a usted, pensarían finalmente que él era un mártir de su deseo de venganza. Así que para obligarle a decir esa sarta de mentiras supongo que le explicaron lo que es capaz de hacer usted. Es más, debieron decirle con qué ansiedad la gente se tragaría su historia sin discutirla... en su beneficio. Apreciarían a Champion por su generosidad para con su joven amigo y le admirarían más que nunca. Y, a su vez, usted se beneficiaría, pues nadie dudaría de su palabra. Dudan de la suya, Jon.

—De modo que de nuevo quedará limpia la aureola de Champion. ¿Es ése el plan?

—No, exactamente —dijo Robert sonriendo levemente—. El plan es devolverle a usted la suya que, me parece necesario insistir, está bastante deteriorada y corroída.

—Me encanta que se tomen tantas molestias por mí —dijo Jonathan—. Estoy apabullado. Pero ninguno de ustedes ha tenido ninguna consideración por mis sentimientos, por lo que yo quiero, lo que merezco y lo que debería tener.

—Creo —dijo Robert— que todo eso se consideró muy a fondo.

Jonathan lo observó fijamente.

—Eso me suena un poco ambiguo.

—Usted siempre busca a las cosas un significado más sutil que el que tienen —dijo Robert levantándose.

—Cuando vuelvan Louis y Howard daré la información a los diarios.

—A los diarios les encantan las noticias resonantes como ésa, llenas de escándalos, crímenes, abortos, cohecho y perjurio, adulterio, la deshonra de una figura pública. Lo admito, Jon, pero aunque los diarios estén ansiosos de que les explique su historia, querrán tener pruebas de cada palabra. ¿Tiene usted esas pruebas?

Jonathan le miró. Los ojos se le dilataban y se le achicaban.

—¿Pruebas?

—Sí. Declaraciones juradas. La que hizo Martin Eaton ya agonizante, para empezar, la de las muchachas, la de la señora Beamish. Claro, supongo que usted podría pedir una orden judicial para exigir que Louis las entregue, pero ¿qué pasaría si Louis negara haber tenido esas declaraciones juradas en sus manos? Louis es todo un poder en este pueblo y usted lo sabe. Su palabra va a pesar más que la de usted. — Sonrió ante la cara congestionada de Jonathan, aunque seguía sintiendo bastante miedo.

—Han tomado en consideración cada posibilidad para protegerle de los posibles resultados de su carácter dulce y sus inmoderados impulsos.

Jonathan se levantó, fue a buscar otro vaso, lo llenó y lo tragó de un golpe. Su aspecto anunciaba peligro.

—Louis quiere que usted se quede en Hambleton —dijo Robert— donde nació usted y todos sus antepasados. Sabe, aunque usted lo niegue, cuánto quiere usted a este pueblo y lo profundamente enterradas que están sus raíces. Sabe todo lo que usted ha tratado de hacer por Hambleton. Sabe lo que significará para usted irse de aquí. Todo lo que ha hecho ha sido por usted.

—Mi querido Louis —dijo Jonathan.

—Hay alguien más que no he nombrado todavía: Jenny Heger.

—Deje en paz a Jenny —dijo Jonathan apartando el vaso de la boca—. No hay ningún futuro para Jenny y yo. Tengo suficiente presencia de ánimo para saberlo, suficiente claridad mental para comprender lo que sería de Jenny si me casara con ella.

—Bueno, las mujeres son muy raras, Jon. Me fastidia pensar que una muchacha como Jenny pueda casarse con un hombre como usted. En realidad, creo que no podría quedarme en este pueblo si usted se casara con Jenny. —Robert hablaba con toda calma—. Me dolería demasiado, pero sería la elección de Jenny y tiene todo el derecho de hacerla.

—Dejo a Jenny en sus manos, Bob —dijo con una leve sonrisa.

—Un hombre normal no diría tal cosa, pero usted no es normal. Además, Jenny no es una mercadería para negociarla y entregarla a quien la haya pagado. Es un ser humano, una mujer, con su propia mente y sus propios deseos. El otro día me dijo que nunca le olvidaría y que nunca se casaría con nadie más que con usted. Sí, en realidad las mujeres son raras.

Le resultaba insoportable quedarse ahora que había hablado de Jenny, de modo que abrió la puerta y abandonó la casa. Jonathan le miró alejarse a través del césped en dirección al consultorio, con la rubia cabeza inclinada y con los movimientos de quien está demasiado apenado.

Oyó sonar incesantemente el teléfono y a la atareada Mary contestando:

—No, el doctor no está en casa. ¿Tiene algún encargo para él?



Jonathan cogió la botella de *whisky* y un vaso y subió las escaleras, encerrándose en su cuarto.

## Capítulo 36

No sólo Pennsylvania era azotada por lo que la gente llamaba «la sequía amarilla». Parte de los estados de Virginia, Maryland y Nueva York también la sufrían. Los diarios la atribuían a la «presión», con lo que no explicaban nada, y ahora decían que la causa subyacente era la «turbulencia en el Caribe» y «huracanes incipientes». Un huracán había azotado ya la costa de Florida y otro, más violento, estaba subiendo por la costa oriental del Atlántico. Había altas mareas cerca de Cabo Hatteras y otras subían casi hasta la altura de Atlantic City. Las comunidades que habitaban las partes bajas de las costas fueron alertadas sobre los posibles daños, y se les pidió que estuvieran siempre a punto para ser evacuadas *en cualquier momento*. Nadie lo tomó en serio, naturalmente. La promesa de tormentas, con lluvias y el consiguiente descenso de temperatura, era una esperanza.

De repente, la ansiedad de los granjeros y las noticias sobre el huracán que se aproximaba, quedaron completamente olvidados. El presidente William McKinley había sido herido por un presunto asesino en Buffalo, Nueva York, en la Exposición Panamericana. El vicepresidente Theodore Roosevelt se dirigía hacia donde el batido presidente yacía herido y de donde salían boletines llenos de esperanzas y seguridades, dirigidos al país, informando que todo estaba bien.

Hasta el propio Jonathan Ferrier, en su introvertido estado de odio y sed de venganza, confabulaciones y planes, se olvidó de sí mismo por unas horas al leer las noticias. Dios nos salve de Teddy, pensó. Teddy con su progresismo y su fogosidad sobre el «Destino Manifiesto de América». Un buen hombre ese Teddy, pero un tanto simple y demasiado corrompido por la esperanza, los sueños y su creencia de que es posible cambiar la naturaleza del hombre, la única cosa que no ha cambiado en miles de incontables años, la única cosa inmutable.

De repente se desató la tormenta. Jonathan, de pie junto a la ventana, apenas podía divisar los árboles y el césped. Aquéllos se retorcían como si agonizaran, arrojando hacia todos lados sus ramas cargadas de hojas y haciendo toda clase de contorsiones entre las renovadas ráfagas de viento. A veces parecían tambalear, sacudidos hasta el corazón de sus raíces. Jonathan se dirigió a la cocina iluminada, y encontró allí a sus dos servidoras que se abrazaban muertas de miedo.

—Veo que tenemos el huracán que nos habían prometido —dijo.

Su actitud despreocupada y su falta de temor las alentó, hasta que otro tremendo trueno sacudió la vieja y sólida casa, y una rama golpeó la pared como si fuera un titánico látigo.

—Nunca he visto nada tan terrible —dijo la cocinera.

—Ya pasará —replicó Jonathan.

El destello de un relámpago iluminó la cocina con más claridad que cualquier luz

artificial. Las dos mujeres le vieron la cara y se encogieron.

Pero no amainó. Con el correr de las horas aumentó la violencia de la tormenta, se hizo más fuerte el viento, caían los árboles, el río tapaba la tierra de sepia y el agua seguía corriendo, pues no daba tiempo a la tierra para absorberla. A medianoche había empeorado, si es que tal cosa era posible. Entre las explosiones de los truenos, el cielo, a través de la lluvia, aparecía de un lóbrego color rojizo. El aire no refrescó. Se hizo aparentemente más caluroso a medianoche, especialmente dentro de la casa cerrada. Jonathan recorría las habitaciones escuchando, tratando de mirar por las ventanas. Se oyó un estruendo en la chimenea y las dos mujeres, en su dormitorio del piso superior, gritaron al oír desprenderse los ladrillos del techo de pizarra. Se percibió el penetrante olor del ozono. Jonathan trepó corriendo las escaleras en dirección del extremo oriental del vestíbulo y vio rodar los ladrillos a la luz de los relámpagos, quedándose por si se producía un incendio. Pero la casa ya había vencido otras tormentas y las paredes de ladrillo se mantenían firmes. Jonathan llamó a las mujeres.

—Todo anda bien. Sólo ha sido la chimenea pequeña. Otro relámpago le permitió ver que por lo menos tres viejos árboles gigantes habían caído sobre el césped y la tierra había quedado cubierta de hojas y ramas. El calor era apabullante. Jonathan abrió una ventana con precaución. Aspiró con gusto, aunque el agua le bañaba la cara, lo que le recordó vívidamente otra tormenta anterior, cuando era niño. Había durado dos días, se habían inundado las granjas y miles de animales habían muerto en los campos. Las cosechas habían quedado barridas y el tifus azotó al pueblo de Hambleton. Dos diminutas islas que estaban en medio del río quedaron sumergidas y desintegradas. La más grande de todas, llamada Heart's Ease, había quedado casi inundada y cuatro familias que la habitaban habían desaparecido. El agua no volvió a su nivel normal hasta después de varios días y detrás dejó un residuo de barro pegajoso y escombros que no permitieron que siguiera siendo el lugar especial de recreos y meriendas, hasta pasados dos años.

Jonathan, parado en la ventana y olvidado de la tormenta, pensaba en la isla y en Jenny, sola allí con uno o dos de los sirvientes. Era la primera vez que se permitía pensar seriamente en Jenny desde el día en que la había dejado en la gruta. Ella había seguido invadiendo sus sueños, pero Jonathan sabía que si quería arreglar sus cosas en Hambleton, no tenía que permitir que su mente se distrajera con Jenny.

Veía la isla como la había visto siendo niño después de la tormenta y, por primera vez después de que dejara a Jenny, la parte brutalizada y racional de su mente predominó. Sabía que en aquellos momentos, a medianoche y en medio de la tormenta no podría ver la isla desde la casa, pero se dirigió al corredor del lado Este y miró por la ventana, forzando la vista en dirección al río. Esperó que un relámpago iluminara el agua, pero lo único que iluminó fue la lluvia, mostrándola como una

espantosa y plateada catarata semejante a un muro con vida. Entre trueno y trueno no había la menor pausa.

Se quedó en la tranquila habitación, iluminada sólo por los relámpagos. Parecía estar completamente aislada del desastre exterior, con la calma que le daban sus hermosos muebles, los espejos de cristal biselado y las paredes pálidas cubiertas. Se percibía una tenue fragancia de especias, rosas y lavanda, y la lámpara iluminaba las verdes cortinas de brocado y hacía brillar cada pieza de cristal y plata. No volveré a ver esta habitación, pero creo que siempre la recordaré, pensó Jonathan mirando a su alrededor. Por primera vez le invadió una abismal soledad, una impresión de desolación.

No sabía qué hacer. Trabajar en medio de aquellos ensordecedores ruidos, en aquella casa amenazada, aquella casa terriblemente solitaria, era imposible. Leer, pensar, resultaba igualmente imposible. Se echó a andar por toda la casa muy lentamente, mirando los objetos, los cuadros, los rincones, los corredores, las escaleras, como si fuera un fantasma que volviera a visitar una casa que todavía seguía amando. La melancólica ilusión fue completa pues una niebla azulada lo había invadido todo como una emanación sobrenatural. Se dirigió al estudio de su padre y solamente allí la quietud de la casa le pareció espuria, lo mismo que le había parecido espurio el retiro en vida de Adrian. Examinó la habitación, no ceñudamente sino con tristeza. Pensó por un momento que podía ver a su padre en aquella silla favorita, ansiosamente sereno, resueltamente contemplativo, deliberadamente en reposo. Por primera vez, Jonathan no sonrió con indulgente aunque burlón afecto ante la aparición. Cerró suavemente la puerta al salir del estudio y sintió la más profunda compasión por el hombre inocente y afectado que nunca había estudiado nada allí y que jamás había sentido ninguna emoción en profundidad, salvo la del miedo.

Una región cuerda de su cerebro se había aclarado y creyó que ahora podía pensar con cierta moderación y sensatez. Se dirigió a su colmada habitación, repleta de maletas y cajas. Se sentó en una gran silla rinconera y escuchó la tormenta, que parecía disminuir. «Voy a pensar», se dijo a sí mismo, pero agotado por el alboroto, el odio, la rabia y el dolor de los últimos días, se quedó instantáneamente dormido.

Cuando despertó era ya de mañana, una mañana iluminada por un sol tranquilo y acuoso. Buscó su reloj y recordó que estaba todavía en la relojería. Miró el reloj de mesa que estaba en la mesita de noche y vio que eran ya las nueve y media. Había dormido siete horas. Estaba acalambreado, dolorido y sentía una nerviosa picazón. Se levantó, se dirigió a la ventana y observó los destrozos, las ramas muertas, la gruesa alfombra de hojas, los árboles partidos. Los jardines de su madre habían quedado devastados, las flores aplastadas en la tierra revuelta.

Más allá de los jardines, del césped y de los edificios más alejados vio el río de color azul cobalto, frío e impetuoso. Fue cosa de su imaginación, naturalmente, pero

le pareció que la isla, cuyo extremo occidental podía ver desde allí, se había hundido en el agua, que había crecido mucho en las últimas horas. Se dijo a sí mismo que sólo había llegado a su nivel normal. Pensaba si el «castillo» y sus árboles no habrían sido dañados.

Y luego, sin poderlo prever, le pareció increíble que debiera irse de allí sin Jenny. Apoyó las manos sobre el antepecho de la ventana y dejó que le inundara aquel sentimiento de incredulidad. Sabía que era necesario controlarse. Sabía que no había lugar para Jenny en su vida futura, pues era una vida oscura, fría, sin esperanzas, y tendría que sufrirla hasta su fin, o hasta... PENSÓ EN MATARSE. El impulso fue tan urgente e inmediato que por unos instantes le fue difícil respirar. Creyó que era la única solución que le quedaba. Una vida sin Jenny y sin su trabajo, no era vida. Era sólo un montón de piedras caídas y no podría vivir de aquel modo. Miró hacia la isla y dijo en voz alta: «Jenny, Jenny». Pero se conocía a sí mismo, amaba demasiado a Jenny como para traerla consigo a las ruinas. Jamás volvería a practicar la medicina, ni siquiera levantaría una mano para aliviar a un enfermo. Había terminado con el engaño de que cualquier hombre era digno de ser salvado, incluso él mismo.

Volvió a su habitación y miró los bolsos, las maletas. Una ola de cansancio le invadió, una sensación de la más espantosa soledad. Apartó a Jenny de su imaginación. Se desvistió, se bañó, se afeitó y volvió a vestirse en medio de una niebla de irrealidad que acogió con agrado, pues le impedía seguir pensando. Pero persistía la desazón producida por el sentimiento de fracaso. Bajó a desayunar y encontró a Mary trémula y asustada porque había temido que la tormenta de la noche anterior fuera «el fin del mundo». Jonathan le sonrió amablemente y ella notó que estaba deshecho y muy pálido.

—Mucho me temo, Mary —le dijo— que el mundo no tenga tanta suerte.

Mary volvió a la cocina y dijo a la cocinera: «*El doctor parece tan extraño*». La cocinera contestó, como contestaba siempre aquellos días: «*Tiene problemas*».

No había correspondencia. Los trenes iban retrasados y el diario sólo traía dos páginas llenas de noticias de la tormenta e informes de que había causado terribles estragos en varios estados. Se informaba que el presidente McKinley mejoraba de sus heridas, aunque varios funcionarios del Gabinete habían ido a Buffalo a instancias del vicepresidente Roosevelt.

«¿Qué podría hacer hoy?», pensó Jonathan. Salió y se sorprendió al advertir que en una hora el aire se había vuelto otra vez sofocante. No había el menor movimiento. Se sentía asombrosamente cansado y perezoso. Se le acercó el jardinero quejándose de la ruina en que se había transformado su esforzada obra y de Marjorie.

—A la señora Ferrier no le gustará esto —dijo el anciano mirando con gesto de reproche a Jonathan—. Esto anda mal, doctor, muy mal. Montones de ventanas se han hecho añicos y he oído decir que han desaparecido veinte personas en el pueblo.

Las noticias que llegan de las granjas son malas, muy malas. El agua del río sigue subiendo. Habrá inundación. Las granjas ya están inundadas, dicen, y el ganado se ha ahogado. —Miró al cielo azul con nubarrones—. Dicen que todo ha terminado, pero no. Se lo puedo asegurar. He vivido mucho, y conozco el tiempo.

Jonathan caminaba a su lado sobre la tierra empapada, con las manos en los bolsillos.

—Jim —le preguntó— ¿qué piensa sobre la vida, de todos modos?

Jim se volvió lentamente y le examinó. Su rostro bronceado y arrugado tenía una expresión solemne.

—Bueno, doctor, me parece que no hay más remedio que aguantarla, ¿no?

—Pero ¿por qué? —preguntó Jon intrigado.

—¿Por qué no? —replicó Jim encogiéndose de hombros—. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

«¿Qué otra cosa podemos hacer? ¿Era una respuesta estúpida o muy sabia?».

—Déjeme ayudarle a limpiar —dijo Jon—. Esto es un desorden y una ruina, pero me parece que podemos arreglarlo. Incluso podemos plantar árboles nuevos donde cayeron los viejos. Plantaremos de nuevo los jardines y levantaremos las ramas muertas.

El viejo, que se había inclinado para examinar un precioso arbusto abatido, se enderezó dolorosamente y miró sonriendo a Jonathan.

—Bueno, eso es, exactamente lo que quería decir, doctor.

Robert Morgan, camino del consultorio, se detuvo en los escalones y se quedó pestañeando, sin poder creerlo. A lo lejos vio a Jonathan Ferrier en mangas de camisa, llenando una carretilla con escombros, manejando un rastrillo y juntando las ramas muertas, junto al viejo jardinero. Luego se puso a manejar vigorosamente una pesada horquilla para cargar los escombros más pesados. Hizo una pausa para encender un cigarrillo y mirar al cielo.

—Bueno, bueno —murmuró Robert, y penetró sonriendo en el consultorio.

Al mediodía se oscureció otra vez el cielo. El calor era aplastante. Ráfagas de fuerte viento empezaban a revolver las ramitas y las hojas amontonadas en las zanjas. A las dos de la tarde el cielo, muy oscuro, parecía hervir. Viboreaban los relámpagos y el trueno roncaba sordamente en las montañas. A las tres explotó la tormenta.

Cuando empezaba a precipitarse la lluvia en aquella semioscuridad, llegó Marjorie Ferrier en un coche de la estación. Se apresuró a entrar en la casa con el cochero tras ella, cargado con el equipaje.

Después de un almuerzo muy liviano, Jonathan se sentía tan cansado y entorpecido que había ido a su cuarto, se había echado de través sobre la cama medio

embobado, de modo que no oyó llegar a su madre. Tampoco oyó el cañoneo preliminar del trueno. Durmió pesadamente hasta las cinco y cuando despertó se halló rodeado de una especie de crepúsculo, unos rugidos infernales en el aire y una presión en la atmósfera que parecía vapor. Alguien había cerrado la ventana y juntado las persianas. Le sudaba la cara y todo el cuerpo, tenía la boca seca y se sentía débil y entumecido. Por un instante no supo dónde se encontraba, qué hora era ni cómo había ido a parar hasta allí.

Se sentó, aturdido y pestañeando, y se secó la cara mirando a su alrededor y escuchando. Luego, al cabo de un largo rato, se levantó, se bañó con agua fría y se sentó a fumar y a pensar. Le había ocurrido algo pero no podía decir qué era. Sólo sabía que le había invadido una sensación de descanso, un estado en el que no sentía ni pensaba nada.

La habitación oscurecía paulatinamente mientras aumentaba la fuerza de la tormenta, pero Jon no encendió sus lámparas hasta al cabo de una hora. Trató de leer, pero la tormenta distraía su débil atención, de modo que se limitó a seguir escuchando. Bruscamente paró la lluvia, pero los truenos, los relámpagos y el viento se intensificaron. Alguien llamó a la puerta y la abrió.

—¿Jon? —preguntó Marjorie.

Estaba de pie en el umbral, muy pálida y tranquila, con el pelo pegado a las mejillas como si hubiera estado durmiendo. Tenía la boca descolorida y sus ojos estaban desacostumbradamente abiertos y brillantes a la luz de la lámpara, como si tuviera fiebre. Se había quitado el traje de viaje y llevaba una bata gris, azul y chinelas.

Jonathan se sentó en su silla y miró silenciosamente a su madre sin moverse, pero se le endurecieron los músculos de la boca y sus manos aferraron los brazos de la silla. Marjorie le miró, vio que sus negras cejas se unían sobre los ojos y que éstos brillaban como fuego negro.

—Jon —repitió humedeciéndose los labios—. Hace rato que he llegado, pero estabas durmiendo y no he querido molestarte.

Entró en la habitación y el brillo febril de sus ojos se intensificó. Respiraba con rapidez como si estuviera muy asustada. Entrelazó con fuerza las manos.

—Lo sé todo, querido —dijo en voz muy baja—. Leí los diarios de Filadelfia anoche. Todo ha terminado, Jon, todo ha terminado.

—Sí —dijo él levantándose—. Todo ha terminado.

Se miraron en un silencio quebrado solamente por los tremendos rugidos del exterior, las lámparas oscilaron y una persiana suelta golpeó la pared.

—Tengo que hablar contigo —dijo Marjorie.

—¿Y qué quieres decirme, mamá? ¿Más mentiras? ¿Más evasiones dulces? Tú y el viejo Martin fuisteis muy vivos en todo ese asunto, ¿no es cierto? Una pequeña

conspiración de silencio.

Sobre el rostro de Marjorie se pintó un gesto de profunda alarma y sufrimiento. Se sentó cerca de la puerta como si sus últimas fuerzas la hubieran abandonado.

—Jon —fue todo lo que pudo decir.

Jonathan veía cómo movía los labios pero no oía lo que decía. Se acercó más para poder oírla, pero su aspecto era tan furibundo y tan completamente desconocido para ella que se apartó de él como si fuera un extraño. No podía soportar la visión de su cara y sus ojos.

—¿Has creído esa bazofia que publicaron los diarios? —preguntó Jon.

Marjorie trató de hablar, tosió y se llevó la mano a la garganta.

—Intuí... que había algo más —dijo.

—¡Oh, claro, mamá, hay muchísimo más! Y tú sabes bastante, ¿no es cierto? Baste con que te diga que antes de morir el viejo Martin, hizo una última declaración jurada: finalmente contó la verdad que tú y él conocíais. *La verdad*, mamá.

Tragó saliva y aun en medio de su terror su expresión era interrogante.

—Y muchas otras cosas que no sabías, si es eso posible. No te hablaré del asunto, tal vez Howard Best se sentirá encantado de ilustrarte.

Su voz, normalmente ronca, tenía un timbre que ella no le había oído nunca y que iba aumentando progresivamente su miedo.

—¿Dónde está el querido Harald ahora? —preguntó echándose sobre ella con tanta rapidez que pensó que iba a golpearla.

—Volvió ayer por la mañana, Jon —dijo rápidamente, con terror abismal.

—Ah, ayer por la mañana —dijo mirándola y sonriendo—. Así que está allí con Jenny. Ha estado solo allí con Jenny durante largo tiempo. Tú sabías lo que él era desde el principio y no te ha importado lo más mínimo. Jenny, sola con él, con un hombre como él, para que tú pudieras seguir protegiéndole.

—¡Oh, Jon! ¡No hará ningún daño a Jenny!

—No más del que hizo a Mavis. ¿Es eso?

—Jon —dijo ella casi con un gruñido—. ¡Si tú lo sabes todo, como dices, tienes que saber qué era Mavis!

—Era mi esposa.

Marjorie se llevó la mano a la mejilla como si realmente la hubiera abofeteado, pero le miró y movió los labios sin emitir ningún sonido.

—Mi esposa —siguió diciendo Jon—. Una idiota, irresponsable, disoluta. Sí, todo eso y aún más, pero seguía siendo mi esposa cuando él se apoderó de ella como si fuera una puta cualquiera. Era todavía mi esposa cuando concibió un hijo de él. Era todavía mi esposa cuando murió de un aborto, y él seguiría viviendo en medio de todas esas mentiras de no haber sido por Howard Best.

Marjorie estaba demasiado abatida para hablar. Sentía los dolorosos latidos de su



corazón, oía las explosiones de los truenos y veía, casi ciega, los constantes y ardientes relámpagos.

—Mi esposa —siguió Jonathan—. A ti no te importó que él me pisoteara, a mí, su hermano. No significó nada para ninguno de los dos. Os importó menos todavía cuando me arrestaron por un crimen que no había cometido... *que no habría cometido nunca*. Si me hubieran ahorcado por ese crimen habríais seguido manteniendo bien cerrados vuestros bonitos labios.

—¡Oh, Jon! —gritó Marjorie—. ¡No puedes creer eso! ¡No lo crees! ¡Si hubieras corrido el menor peligro, si te hubieran condenado, los dos habiéramos hablado!

—Otra mentira —dijo Jon levantando la mano como si verdaderamente quisiera golpearla, pero esta vez ella se irguió y le miró directamente a la cara—. No significó nada para ti, ¿no es cierto, mamá?, que yo pasara aquellos largos meses encarcelado, que tuviera que escuchar en silencio al fiscal que me acusaba de lo más indigno que hay bajo el sol, de haber asesinado a mi esposa y a mi hijo no nacido. No, no significó nada para ti. Dejaste que me ocurriera todo. Y no hablasteis ni siquiera cuando volví, ninguno de los dos. ¡Ni siquiera a mí! Permitisteis que todo el pueblo me censurara, me despreciara, me echara y me llamara ASESINO a la cara. ¿Por qué, mamá?

Marjorie dejó caer la cabeza.

—Creímos que eras bastante fuerte para soportarlo, Jon. Observábamos, esperábamos y rezábamos. Si hubiera habido algún peligro... Olvidas que Harald es también mi hijo, y más débil que tú, pensábamos. Pensamos que..., tratamos de protegerle de ti, Jon. Tratamos de evitar que lo supieras. ¿No lo comprendes? ¿No tratas de comprender? Fue realmente por ti que guardé silencio. —La cabeza le cayó aún más—. Los dos sois hijos míos. Pensé que os salvaba a los dos no hablando.

Jonathan lanzó una brusca carcajada.

—Y nunca pensaste que la verdad saldría a la luz, ¿no es cierto? No habría salido si Kent Campion no hubiera armado una linda confabulación contra mí, él y varios más, entre ellos el hombre que le hizo el aborto a Mavis y la mató. Si la confabulación hubiera salido bien, mamá, ¿habrías hablado?

Le miró sin poder articular palabra, poniéndose cada vez más pálida. Se apretó el pecho con una mano.

—Una confabulación para mandarme a la cárcel, probablemente para toda la vida, por supuestos abortos —dijo Jonathan—. Habría resultado comparativamente fácil, con mi primer proceso todavía fresco en la mente de la gente y la convicción de que yo era culpable de la muerte de Mavis. Mavis ha sido el factor precipitante en todo este maligno lío, pero tú has colaborado muy eficazmente, mamá, muy eficazmente. Te felicito. Mientras yo estaba en la cárcel no hay duda de que te sentías muy satisfecha de ti misma.

Marjorie se puso de pie tambaleante.

—¡Jon, no puedes creer eso! ¡No lo crees! Me niego a creer que te tomas en serio a ti mismo.

—Hay una cosa que quiero saber —dijo Jon—. Dime la verdad esta vez.

Sentía crecer una furia devoradora y la expresión terrible de su rostro era más de lo que Marjorie podía soportar.

—¿Sabías que Harald había seducido a Mavis antes de que les oyeras hacer arreglos para que Mavis abortara?

—Sí —dijo—. Lo sabía, pero no podía decir nada a Harald ni a Mavis. Tenía miedo de que pasara... pasara algo y que tú lo supieras. Siempre he tratado de escudarte, Jon, de impedir que lo supieras. Pensaba que todo terminaría, y terminó, que todo pasaría y que nadie saldría herido.

—En cierta forma triunfaste —dijo Jon muy amablemente—. Nadie fue herido, salvo que Mavis murió y yo fui juzgado por asesinato. Mi nombre quedó manchado en todo el país. Harald siguió su camino, todo fue hermoso, vive del dinero de Myrtle y ha tratado de conseguir que Jenny se case con él y... ¡por Dios! ¡Ahora sé que se ha estado riendo de mí todo el tiempo!

—Jon, ¿no quieres tratar de creer que todo esto se hizo para protegerte?

—Y para proteger al sonriente, al risueño Harald.

—¡Sí! ¡A Harald también! Él también es mi hijo.

Jon miró a su alrededor y su vista se fijó en algo.

—Ya no podrás protegerle más. Voy a buscarle y le mataré.

Atravesó la habitación, abrió una de sus maletas y cogió su látigo de cabalgar, que había guardado allí la última vez que lo usara. Marjorie lo vio y lanzó un grito. Cuando él volvió a estar cerca de ella, le agarró del brazo y le miró a la cara, aquella cara espantosa que ahora parecía la de un extraño.

—¡Jon! ¡Has perdido la razón!

—Creo que sí —dijo Jon—. Pero no importa, ¿verdad? Puedes agradeceréte a ti misma, mamá.

Le dio un empujón y ella cayó pesadamente sobre las rodillas, elevando las manos hacia él como si estuviera rogando por su vida.

—¡Jon! ¡Piensa en Jenny!

—Soy el único que ha pensado en Jenny. Ni tú, ni Harald. Solamente yo.

—¡Ah, Jon, creíste todas aquellas mentiras sobre ella, las creíste todas, y ahora te atreves a decir que «*pensaste en ella*»!

Jon se detuvo y miró los ojos de su madre repentinamente inundados de lágrimas.

—He reflexionado mucho, mamá. ¿Quién inició esas mentiras sobre Jenny? He hecho unas cuantas averiguaciones desde que te fuiste y dos pistas por lo menos me llevaron a Harald. Ah, veo que lo sabías también.

Marjorie se cubrió la cara con las manos y cayó de rodillas.

—¡Y dejaste que siguiera adelante aquel chisme de Jenny y de mí! ¡Mantuviste tu sereno silencio y nunca dijiste una palabra en defensa de nadie!

Dio un paso para alejarse de ella, pero Marjorie se estiró y cogió con las dos manos el látigo que Jon tenía en su poder.

—Jon, tienes toda una vida por delante, un futuro. Tú y Jenny, aquí o en cualquier otra parte. Pero una cosa precipitada... ¡Jon, por el amor de Dios, trata de ser razonable, trata de pensar!

Jonathan volvió a reír y le arrancó el látigo de las manos.

—He pensado mucho, mamá. He pensado miles de cosas.

Ella trató, como recurso extremo, de cogerle los tobillos, las piernas, pero él fue más rápido y la esquivó. Entonces, a la vacilante luz de un relámpago, le vio la cara, oscura y con expresión asesina. Lentamente se dejó caer al suelo y cerró los ojos.

Jonathan bajó corriendo las escaleras en la tormentosa penumbra, abrió la puerta de un golpe y se lanzó afuera, azotado por el viento y casi cegado por los relámpagos, pero no llovía. Corrió por las calles oscuras y desiertas, chapoteando en los profundos charcos y salpicando hacia todas partes. No se veía ninguna luz encendida, la ciudad se aplastaba bajo la explosiva luz de la tormenta y Jonathan, completamente solo, corría como un loco por las calles, tropezando en los cordones de las veredas cubiertos por el agua, en busca del río y el pequeño muelle. No paraba en su carrera, enloquecido, pues no era consciente de nada que no fuera su salvaje sed de venganza.

Descubrió que el pequeño muelle había sido barrido, pero un bote estaba sujeto en la orilla. Se deslizó por la bajada dando un revolcón sobre el barro resbaladizo y estuvo a punto de caer al río. Trepó de nuevo y se metió en el bote jadeante, empapado, sucio. Se le hundieron los pies en el agua y tuvo que volcar el bote para vaciarlo. Encontró los remos, resbaladizos y fríos. En aquel momento empezó a llover otra vez, entre los destellos de los relámpagos y el viento que soplaba furiosamente. Empujó el bote hacia el río, casi se lo arrancó de las manos, pues el agua, que había subido mucho de nivel, rugía y hacía remolinos. Finalmente se las arregló para meterse en la embarcación y sentarse, sin advertir que le sangraban las manos. El bote, lanzado en círculos dentro del río, se deslizó a toda velocidad en la oscuridad de la noche.

Pasó mucho tiempo antes de que pudiera dominarlo. Cuando lo consiguió, sudaba y temblaba bajo la fría lluvia.

El río desplegaba toda su violencia bajo los relámpagos, y luego parecía ocultarse bajo la tormenta, oscuro y tumultuoso, como si estuviera vivo y lleno de furia. Jonathan luchaba contra el río y contra el bote. Mirando por encima del hombro veía el sombrío bulto de la isla iluminado rápida y regularmente, con los árboles

agitándose en todas direcciones. Parecía hallarse dentro de un barco que está a punto de naufragar. Buscó con el pie el látigo que había arrojado dentro del bote, apretó los dientes y luchó para llegar a la isla en medio de la embravecida tormenta.

Era un hombre fuerte y todavía joven, pero de no haber sido impulsado por la rabia y por el temor por la suerte de Jenny, habría sido barrido por el río, el bote se habría volcado y habría muerto allí mismo. Pero toda la intensidad de su naturaleza le arrastraron hacia la isla; toda la frustración, la furia, la desesperación y todo el sufrimiento de los meses pasados; toda la vergüenza y los insultos, el rechazo y las burlas; la desesperanza. Le parecía que Mavis estaba a su lado en el bote, riendo con los truenos, su cabellera rubia flotando al viento, su cara alegre iluminada por los relámpagos.

—Fuiste una tonta —le dijo a la imagen— una estúpida, irresponsable, idiota sin alma. ¡Pero no merecías eso! No, no lo merecías. Quise matarte muchas veces, pero no te hubiera matado, Mavis. No, no te hubiera matado ni te hubiera dejado morir sola, con todo aquel dolor. De haberlo sabido, me habría quedado al lado de tu cama, consolándote. Si hubiera llegado antes de que murieras, Mavis, habría estado allí, pues te amé durante muchos años y, en cierta forma, te amé aún después de muerta, Mavis, aun cuando te odiaba.

Por primera vez, en medio del frenesí de sus pensamientos y del salvajismo de sus propósitos, sintió pena por Mavis, muerta en plena juventud, sintió compasión y pesadumbre...

La lluvia le golpeaba la cara. Apretaba los dientes y arqueaba el cuerpo, clavaba los remos en el agua espumosa y el bote se levantaba, caía entre las olas y luchaba contra la rápida corriente. Extraños pensamientos se cruzaban por su mente, como sueños, como los repliegues de una pesadilla. El bote encalló en las piedras y Jonathan llegó a la isla.

Se quedó sentado, acurrucado y empapado, atragantándose y tratando de recuperar el aliento, con las manos ensangrentadas todavía aferradas a los remos. Se detuvo y saltó a la orilla resbaladiza. Arrastró el bote y lo dejó allí, con los remos al lado. Cogió el látigo hurgando en la llameante oscuridad. Luego se volvió y subió por el inundado camino, tanteando cuando lo perdía. Al llegar arriba, con la ropa rasgada por los arbustos y los árboles, tuvo que detenerse para calmar los latidos del corazón. Luego vio que el río cubría la isla en gran parte, y que el contorno sobresalía escasamente sobre las arremolinadas aguas. Se detuvo y miró cómo aparecía y desaparecía en los relámpagos. Pensó que a la mañana siguiente estaría casi cubierta del todo. Siguió adelante cayendo, tambaleándose, luchando, hacia la débil luz que brillaba en la distancia.

## Capítulo 37

Harald Ferrier estaba leyendo en su estudio, pues ninguna otra habitación de la casa le atraía ni podía soportarlas, especialmente la que había compartido con su finada esposa. Escuchaba, inquieto, el estruendo de la tormenta. Al revés de Jonathan, no recordaba que la isla había estado una vez a punto de inundarse, pues por aquel entonces era demasiado joven, pero se preguntaba a cuánta más altura se elevarían las aguas y si los diques las mantendrían alejadas de las tierras más altas. Durante el pequeño período de calma de la tarde había salido a inspeccionar los daños, y la violencia del viento estuvo a punto de arrojarlo de cabeza al suelo varias veces. Los destrozos eran cuantiosos. Algunos de los árboles más hermosos habían sido arrojados al suelo y yacían despedazados, los jardines estaban totalmente destruidos. No se había roto ninguna de las ventanas del castillo, porque todas ellas estaban divididas por una columna, eran estrechas y estaban bien afirmadas. Pero todos los caminos habían desaparecido y en su lugar se deslizaban las corrientes de agua que llegaban a medio metro de profundidad alrededor de los muros del castillo, donde la tierra no podía absorberla.

Había habido tormentas en el valle y el estado, pero no podía recordar ninguna tan terrible como aquélla. Se felicitó a sí mismo por haber regresado el día anterior, antes de que empezara, pues de otro manera habría tenido que quedarse en Hambleton, posiblemente en la casa de su padre. La idea le provocó una mueca, jamás le había gustado aquella casa y nunca se sentía bienvenido en ella, solamente la había soportado. Era como un extraño al que se tolera porque es indefenso, no molesta a nadie ni se entromete con nadie, porque sabía sonreír cuando se sentía más desgraciado, solitario y olvidado. Aun cuando visitaba a su madre de vez en cuando, siempre se sentía un invitado. No creía que ella le hubiera querido nunca, pese a sus modales amables y su afabilidad. A ella nunca le había interesado otra persona que no fuera su hermano, pensó, y su padre tampoco se había interesado por nadie más que por su hijo mayor. Era una casa hermosa, pero Harald jamás la había visto así y nunca había pensado en ella como un hogar.

Como no era vengativo, ni inflexible, ni amargado, no había tenido resentimientos durante todos aquellos años; hacía su propia vida. Era de temperamento tranquilo, adaptable y tolerante. Le hubiera hecho feliz sentirse amado y no menospreciado, pero, puesto que aquella felicidad, había sido negada, había aceptado las cosas como eran. Todo lo que deseaba ahora era tener a Jenny, paz y sus cuadros, viajes, tranquilidad, rosas, buenos vinos y buenas cenas. El mundo era un lugar brutal. Por eso se había retirado, sonriente y elegantemente, sin interrogarlo nunca, sin discutirlo, sin combatirlo, como lo había hecho Jonathan desde su más temprana infancia. Harald aceptaba lo que el mundo le permitía aceptar, sin

enfadarse, pues la vida era como era y sólo un tonto se pondría a patear el aguijón. Si aspiraba a alguna cosa y el mundo de los hombres se lo negaba, buscaría alguna otra cosa que pudiera conseguir sin lucha. Le habían gustado las mujeres y, entre ellas, Mavis, pero nunca las había buscado ni tampoco las había seducido. Veían su mano extendida y la tomaban riendo, y él reía con ellas. Había deseado solamente las mujeres más bonitas, pues detestaba los defectos y la mediocridad. Sus amoríos habían sido alegres, aunque no muy apasionados. Se decía a sí mismo que era, felizmente, incapaz de fuertes apegos ni emociones.

Así era, con excepción de Jenny Heger. Como ninguna mujer que le interesara le había rechazado nunca, pensaba que Jenny sería «sensata», le aceptaría en matrimonio y compartirían un futuro alegre y libre de preocupaciones. Ella apenas le dirigía la palabra desde el ridículo encuentro que tuvieron en la gruta, pero no estaba enfadada con él. Parecía estar sufriendo y recordando. ¡Qué profundidad tenía esa muchacha! Con el tiempo la haría reír y perder su timidez y sus modales. Tomarían juntos lo que la vida les ofreciera. Una o dos veces se le ocurrió pensar que Jenny nunca cambiaría y entonces sentía, como si fuera un eco más fuerte que venía desde su infancia amablemente descuidada y dolorosa, un espasmo de dolor verdadero e intolerable. Un hombre de temperamento no muy resuelto como era él, se sentía colmado de decisión cuando se trataba de Jenny.

El estudio estaba iluminado por lámparas de queroseno, como todas las demás habitaciones, y las luces vacilaban cuando algunas ráfagas de aire se colaban a través de las seguras y cerradas ventanas. Harald escuchaba la tormenta y le parecía que empeoraba por momentos. Veía los relámpagos a través de las ventanas y se contraía involuntariamente ante algunos de los truenos más estrepitosos. Trataba de apartar la mente de la tormenta, miraba con satisfacción algunas de sus telas apoyadas contra las paredes y su paleta delante de una tela a punto de ser usada. Iba a hacer otro retrato de Jenny. Lo vendería como pudo haber vendido el otro, muchas veces. Pensando en Jenny, se levantó y caminó lentamente por el estudio. Jenny estaba abajo, en la biblioteca, donde casi siempre se escondía. Se preguntaba si estaría asustada en aquel momento y decidió que no. No había estado asustada ni el día ni la noche anterior. Había tratado de hablar con ella durante las comidas, pero aun cuando le contestaba, tenía la impresión de que apenas notaba su presencia. Sólo una vez le había hablado voluntariamente y fue para preguntarle cuándo la llevaría con sus abogados para firmar su contrato.

—Paciencia, Jenny —le había respondido—. Además, estoy informado de que el abogado que más tiene que ver con esto está fuera de la ciudad.

Repentinamente quiso ver a Jenny. Fue como si brotara en él un deseo que le producía dolor. Tenía la excusa de la tormenta, de modo que bajó ágilmente por las escaleras (todo lo hacía ágilmente) fue hasta la biblioteca y abrió de un empujón la

puerta de madera labrada. Allí estaba Jenny, acurrucada debajo de una lámpara, leyendo. Le miró con mirada ausente cuando entró.

—He pensado que tal vez tendrías miedo —dijo con una sonrisa cordial.

—¿De qué?

—Bueno, de la tormenta. Es espantosa, ¿no te parece?

Ella frunció el entrecejo y escuchó. Luego hizo un signo afirmativo. Le miró con sus grandes ojos azules en los que se reflejaba la lámpara, esperando que se fuera. Con impaciencia tiró el cabello negro que le caía sobre la cara. Iba vestida con uno de sus delantales menos elegantes.

—Ha habido muchos destrozos —dijo Harald siempre de pie.

—Ya lo sé, pero puede plantarse otra vez. —Jenny hizo una pausa—. Los canteros de rosas de mi padre han desaparecido.

—Cuanto lo siento, Jenny.

—También yo.

Hubo otra pausa y para asombro de los dos oyeron un golpe dado contra la puerta del vestíbulo. Después un grito. Se miraron, incrédulos. Los sirvientes se habían retirado a sus habitaciones.

—¿Quién puede ser, en nombre de Dios? —dijo Harald. Corrió hacia el vestíbulo con suelo de mármol que reproducía el ruido de los pasos y una vez que hubo llegado a la puerta retiró la tranca. La puerta se abrió violentamente sobre él. Lanzó un grito y Jenny se acercó corriendo.

Si antes habían sido incrédulos, ahora quedaron aturcidos hasta el punto de no poder articular palabra. Una figura abatida, empapada, con las ropas deshechas y salpicada de barro entró tambaleándose, chorreando agua y llenando de charcos el suelo reluciente. Temblaba y jadeaba, tenía las manos ensangrentadas y agarraba un látigo. Sus ojos negros lanzaban miradas de locura y tenía el pelo revuelto como una mata de hierba.

—¡Por el amor de Dios! —dijo Harald retrocediendo—. ¡Jon!

Jenny estaba de pie detrás de él y miraba ceñuda, con el pelo echado hacia atrás y boquiabierto de asombro. Las luces altas y vacilantes de las lámparas, que parecían antorchas y decoraban el vestíbulo a lo largo de las paredes, se inclinaban por la fuerza del viento que penetraba por la puerta abierta. Jonathan miró a su hermano sin ver a nadie más, luego cerró la puerta y se recostó sobre ella, respirando ruidosamente. Harald le miró sin creer del todo lo que veía, y luego, cuando observó con más atención la cara de su hermano, se alejó, sus cejas rojizas se unieron sobre los ojos y casi desapareció el color de su rostro.

—¿Qué pasa? —murmuró, y preguntó después con una especie de prisa desesperada—. ¿Le pasa algo a mamá?

Jonathan no contestó, levantó la mano que sostenía el látigo y se frotó la cara con

el dorso. Tenía un color espantoso, y el pecho le subía y le bajaba en una respiración convulsiva. Seguía apoyado contra la puerta y se le deslizaban chorros de agua por la ropa. Había empezado a temblar. El trueno detonó contra los muros de piedra del castillo con un rugido sordo.

Jenny estaba de pie, transfigurada, mirando a Jon sin poder creer todavía que era él. También vio su expresión y se atragantó al ver el látigo que sostenía en la mano. Echó una rápida mirada a Harald, que estaba tan paralizado como ella.

Jonathan habló con voz ronca e irreconocible:

—Mientras estabas ausente, he descubierto la verdad. —Tenía el oscuro rostro contraído, torcido, y sus ojos reflejaban la incontenible ira que ardía en su interior—. *Sobre Mavis... y tú.*

Harald dijo algo con voz muy tenue, pero no se atrevió a apartar la mirada de su hermano.

—Jenny, vete por favor —dijo cuando pudo reponerse.

—No —dijo Jenny acercándose más a Harald y parándose casi a su lado.

Jonathan ni siquiera la vio, se había enderezado y llenó el recinto con una presencia peligrosa, inhumana, parecida a la tormenta que rugía afuera.

—La dejaste morir, sola del todo —dijo Jonathan—. *La ayudaste a morir. Conviniste el aborto con Brinkerman. Era tu hijo el que llevaba ella. LA MATASTE.*

Jenny lanzó un grito y se cubrió las mejillas con las manos.

—Jon —dijo Harald. Sus ojos se apartaron por un instante de Jonathan y buscaron algún arma en el vestíbulo. Sintió el impulso de echar a correr y cerrar con llave alguna puerta detrás suyo, pero sabía que Jonathan, aun en el estado en que se encontraba, sería más rápido que él y temía que le diera algún golpe por la espalda.

—Explícate —dijo Jonathan.

—No sé de qué estás hablando —dijo Harald, completamente aterrorizado, con la boca llena de saliva, que se veía obligado a tragar rápidamente.

—Estoy hablando de Mavis —dijo Jonathan—. Mi esposa, Mavis. Murió por culpa tuya, mientras era todavía mi esposa. Debió ser una broma para ti, que todos estos meses te has estado burlando de mí, en mi cara y a mi espalda.

—No —dijo Harald sintiendo el terror más grave de su vida. Tenía que luchar para evitar que sus temblequeantes rodillas se doblaran y le dejaran caer al suelo—. Has perdido la razón.

Jonathan se echó a reír echando la cabeza hacia atrás y a la luz vacilante de la lámpara, los dos pudieron ver el brillo de sus dientes.

—La he perdido —dijo— y a ti te lo debo. Dejaste que me acusaran de un crimen, dejaste que me pudriera en la cárcel y permitiste que me juzgaran por un crimen del que tú eras culpable. ¡El día que me absolvieron debió ser el peor de tu maldita existencia!



—Yo no... —comenzó a decir Harald completamente aterrorizado, pero tuvo que volver a tragar. Notó un gusto como de sangre.

—¡No mientas! —gritó Jonathan—. ¡Has mentido durante toda tu indigna, estúpida e inútil vida, mientras bailabas y cantabas, mientras manchabas telas! ¿Sabes por qué estoy aquí ahora? He venido a matarte.

—Jon —gritó Jenny interponiéndose entre los dos hermanos y enfrentándose a Jonathan.

Estiró el brazo empapado, la apartó hacia un lado como si no fuera nada y Jenny fue a dar contra la pared de piedra, pero se recuperó de inmediato y voló a colocarse entre los dos.

—¡Jon! —volvió a gritar—. ¡Estoy aquí, Jon!

—Sí, Jenny, ya te veo —dijo Jon mirándola—. Jenny, ¿sabes que fue él quien contó esas mentiras sobre ti, esas puercas mentiras que te convirtieron en escarnio del pueblo?

—¡No me importa! —volvió a gritar Jenny—. ¡Nada importa, salvo tú y yo, Jon!

—Y a mí nada me importa excepto lo que he venido a hacer aquí —dijo Jonathan.

Advirtió que Harald estaba retrocediendo disimuladamente. Entonces saltó sobre él y le atravesó la cara de un latigazo. Harald se tambaleó hacia atrás y cayó sobre la escalera, levantando los brazos para protegerse. Jenny se cogió del brazo de Jonathan con todas sus jóvenes fuerzas, y no lo soltaba aunque él trataba de deshacerse de ella. El pelo le ondeaba por el esfuerzo, tenía los dientes al descubierto y se le soltó el vestido.

—¡Auxilio, auxilio! —gritaba Harald cubriéndose con los brazos—. ¡Auxilio, auxilio!

Escuchaba la lucha que tenía lugar a su lado, pero no se atrevía a mirar. El eco de sus gritos volvía de las profundidades de la oscura escalinata con un sonido de locura. Trató de deslizarse hacia arriba, de espaldas, pero Jonathan volvió a saltar sobre él, le cogió por la garganta con la mano izquierda y levantó sobre él el látigo que había arrebatado a Jenny.

—¡No me mates! —gritó Harald, levantando la mano y agarrando la muñeca mortífera. Al mismo tiempo luchaba por librarse de la mano que le apretaba la garganta—. ¡Dios mío! ¡No me mates! ¡Esta vez sí que te van a ahorcar!

Jenny se había recuperado de nuevo y pudo sujetar una vez más la mano que sostenía el látigo. Con una fuerza aumentada por el temor se llevó la mano de Jon a la boca y la mordió. Parecía un tigre joven y jadeante y esta vez Jonathan la vio con una especie de enloquecido asombro.

—¡Déjale en paz, déjale en paz! —gritó Jenny.

Tiró de la mano que estrangulaba a Harald, y Jonathan quedó tan asombrado que soltó a su hermano. Harald trepó unos cuantos peldaños. El látigo le había abierto la

mejilla izquierda y de la profunda herida salía sangre. Estaba debilitado por el terror. Jamás había visto tanta violencia como en aquellos momentos. Sabía que su hermano no estaba cuerdo y que él moriría con toda seguridad si alguien no lo ayudaba.

Jonathan estaba tratando de arrojar a Jenny a un lado, pero ella se colgaba de él, haciéndole frente y rodeándole el cuello con los brazos. Lucharon sin hacer ruido y Jenny se sentía más fuerte que nunca. Sabía que no debía soltar a Jonathan o lo perdería para siempre. Gruñía sin parar, tratando de hacerse oír.

—Jon, Jon, mi querido, querido mío. No lo hagas, por mi bien. Jon, vuelve, Jon. Jon, mírame.

Jonathan le había cogido una espesa mata de su cabello negro y tiró de él para apartar la cara de su hombro. La blanca garganta de Jenny se estiró a la luz de las lámparas y se arqueó, apartando la cabeza. Cerró los ojos sin dejar de sujetarle los brazos. La parte inferior de su cuerpo estaba apretada contra el cuerpo de Jon. Lloraba amargamente y repetía su nombre. No quería soltarlo y Jonathan sólo podía mirar aquella vulnerable garganta y aquellas lágrimas.

—Jenny —dijo soltándole el pelo. La cabeza de Jenny volvió a caer sobre su hombro. Sollozaba y temblaba apretada contra él.

—Por mi bien —repetía—. Por mi bien.

Jonathan estaba agotado. Se sentía como si fuera a caer y morir a los pies de Jenny. Miró a su tembloroso hermano que sangraba profusamente, acurrucado en la escalinata, hecho una confusión de horror y miedo, aplastado menos por el miedo de morir que por el despliegue de violencia total que había visto y a la que había tenido que hacer frente.

—Está bien, Jenny —decía Jonathan con voz cansada—. No llores así, Jenny. Todo está bien, mi amor, todo está bien.

—Oh, Jon —exclamó ella alzando la cabeza y besándole fuertemente en la boca. Jonathan paladeó el sabor de sus lágrimas y la suavidad de sus labios.

Harald había logrado ponerse de pie apoyándose en la balaustrada. Se restregaba la cara con el pañuelo. Siempre se había asustado al ver sangre y al mirar la suya estuvo a punto de desmayarse. Jonathan levantó la vista y le miró por encima del hombro de Jenny.

—Mereces morir —le dijo—. Mereces morir como el perro que eres.

El derrumbe de Harald era debido menos al temor que a lo que había visto en los ojos de su hermano. Había llevado una vida tan tranquila, fácil, agradable y controlada como le había sido posible. Detestaba a la gente emotiva y turbulenta, sentía desprecio por ellos. Un hombre que no pudiera obligarse a sí mismo a ser moderado y civilizado en todo momento no era para él un hombre, sino una bestia salvaje. Miró a Jonathan y el odio llameó entre los dos hermanos, tan desnudo y mortífero como un cuchillo que se arroja para matar.

—Puede ser que merezca morir, como dices —dijo Harald con voz temblorosa— pero tú no mereces nada mejor. Debes estar loco. —Se enderezó un poco en la escalinata, sin prestar atención a la sangre que perdía—. Escúchame, Jon, y si lo haces será probablemente la primera vez en tu vida que escuches a alguien. Mavis no era tu esposa. Me dijo que la habías rechazado apenas un año después de casados. La apartaste de tu vida y de tu cama. Mavis era Mavis. Tú la conocías tan bien como yo, tal vez mejor. Era estúpida, codiciosa y necia, pero era una mujer. No tenías derecho a casarte con ella.

Harald hizo una pausa para permitir que se extinguiera un trueno, y mientras esperaban no dejaban de mirarse con odio.

—Nunca te importó —dijo Harald. Se había puesto lívido y su hermosura había desaparecido—. Sólo sentías lujuria. Si la hubieras amado, habrías sido paciente y amable. Si no era como tú creías, ¿quién tenía la culpa? Ella no. Nunca trató de engañarte, no tenía inteligencia para eso y si tú no hubieras sido tan estúpido como ella, lo habrías sabido. La culpa fue toda tuya.

—Sigue —dijo Jonathan.

El rostro de Harald se puso torvo por primera vez en su vida.

—Yo no perseguí a Mavis, me persiguió ella a mí. Yo nunca la habría... tocado... si ella hubiera sido tu esposa. Me habló de ti, de cómo habías amenazado con matarla, los nombres que le pusiste, nombres repugnantes. Fue sincera entonces. No había amor verdadero entre vosotros. Nunca pensó en divorciarse para casarse conmigo y yo nunca quise casarme con ella. Yo era una especie de... consuelo... para Mavis. —Volvió a limpiarse la cara y de nuevo se sintió descompuesto al ver la sangre—. Y no fui el único hombre.

—Lo sé —dijo Jon. Ahora rodeaba a Jenny con el brazo.

—Y entonces, ¿qué? —preguntó Harald, haciendo con la mano un gesto lánguido.

—Dejaste que me pudriera en la cárcel. Dejaste que me juzgaran y me difamaran. Has permitido que viviera la vida miserable que he vivido durante casi un año. Y todo lo que tenías que hacer era hablar. —La voz le salía ronca de agotamiento y rabia apasionada.

—Dios mío —dijo Harald—. ¿Crees de veras que hubiera dejado que te ejecutaran? Si lo crees así es que estás loco de veras.

—Entonces, ¿por qué no hablaste desde un principio?

Harald sonrió tristemente.

—Porque imaginaba que el gran Jonathan Ferrier era un hombre más fuerte que yo, un hombre menos débil, un hombre de mayor resistencia. Sabía que podrías soportar lo que te tocara soportar, y que significaría muy poco para ti. Estaba seguro de que no te condenarían y no te condenaron. Así pues, dejé que todo siguiera su curso. Pensaba que sería una tormenta de verano y pronto quedaría olvidado. Tuve la

esperanza de que te irías. Odiabas tanto a este pueblo y había mayores campos de acción para ti. De modo que, ¿qué importaba que yo no dijera la verdad a nadie? ¿Quién habría salido perjudicado? ¿Quién habría quedado arruinado?

—Yo —dijo Jonathan.

Esta vez Harald le miró con gran asombro.

—¡Tú! —exclamó—. Todo eso no ha significado gran cosa para ti, o muy poco.

Jonathan se dio cuenta de que Harald creía realmente lo que decía.

—Significaba toda mi vida —dijo—. Nunca he sido un amante fraternal, pero para mí este pueblo lo era todo. Le di todo lo que tenía que dar.

—Entonces no eres el hombre que yo creía —dijo Harald apoyando la cabeza sobre la pared de la escalinata—. Siempre fuiste el favorito de nuestros padres, vivían solamente para ti. Yo no era nada. Por eso llegué a creer que tú eras verdaderamente superior a mí, un hombre más fuerte que yo, un hombre más capaz, más resuelto y poderoso. Pero ellos resultaron tan engañados como yo y por primera vez lo lamento por ellos. ¡Qué tú has dado al pueblo todo lo que tenías para dar! Es lo más falso que te haya oído decir en mi vida. Me alegra que nuestro padre haya muerto, pues incluso él se sentiría avergonzado al escuchar una cosa así.

Miró a Jonathan con más asombro aún.

—¡Bah, tú no tienes coraje! Eres solamente valiente. Incluso un animal puede ser valiente. Durante este último año he sospechado que era así, pero me decía que era sólo imaginación mía. Había momentos en que estabas abatido y desesperado. Creía que era porque te habían herido en tu orgullo, por Dios. ¡Y todo ese tiempo este pueblo te había roto el corazón! —Harald se echó a reír con ligero cansancio—. ¡Un pueblo como Hambledon, que no merece tener ni siquiera un médico de caballos!

Jonathan no dijo una palabra. Miró los ojos temerosos de Jenny y la apretó contra sí. Se sentía cada vez más agotado y completamente deshecho.

—Quería que te fueras —siguió diciendo Harald—. No me creerás, pero pensaba que sería mejor para ti. Deberías haberte ido hace años. Mavis tenía razón en eso. También quería que te fueras porque temía que algún día descubrieras la verdad e hicieras exactamente lo que has querido hacer esta noche. Uno de los dos tenía que irse, pero yo estaba atado a esta maldita isla.

—Pero puedes irte, como dijiste que harías —interrumpió Jenny.

Harald la miró y sonrió.

—Jenny, Jenny —dijo—. Me iré, pero contigo.

Ella le miró agrandando los ojos como lo hacen los chicos.

—Pero yo nunca he dicho semejante cosa. Jon es el único hombre para mí, es el único a quien he querido.

La cara de Harald se oscureció de dolor.

—Jenny, esta noche le has visto tal como es. ¿Crees que si tiene un ataque de

furia te perdonará y no te odiará? Tu vida con él sería un infierno, no una vida refinada. Atrévete a contrariarlo, a desafiarlo, a negarlo, y te echará las manos a la garganta, como me las ha echado a mí.

—No importa —dijo Jenny—. No puedo evitarlo.

—No dejaré que te vayas con él, Jenny —dijo Harald—. Ni esta noche ni en ningún otro momento, por tu propio bien. —Nunca había sido valiente, pero aquella vez lo era, por Jenny—. Te conoces —dijo a su hermano— aún mejor que yo. Si sientes algo por Jenny, déjala en paz.

Jonathan había escuchado a disgusto. En los lóbregos recovecos de su conciencia, que iba aquietándose lentamente, nuevos pensamientos se introducían como rayos de luz, los pensamientos que había concebido durante los últimos meses, fijos, claros, despegados de su propia naturaleza, como si otra persona se los hubiera comunicado. Los había escuchado, los había pesado, había reflexionado sobre ellos, le habían sorprendido durante mucho tiempo. Habían sido como voces tranquilas y juiciosas que penetraban su infortunio crónico, le daban esperanzas, lo regocijaban, le hablaban con autoridad, lógica y desapego.

—Has oído lo que ha dicho. ¿Qué tienes que decir, Jenny?

—Eres imposible —dijo la muchacha apoyando la mejilla contra su hombro—. Eres la persona más terrible que he conocido en mi vida. Si me caso contigo, no creo que me perdones nunca.

—Probablemente no, y también, probablemente sí —dijo Jonathan.

Harald volvió el rostro y se sentó pesadamente en la escalinata. Apoyó los brazos sobre las rodillas y dejó caer la cabeza sobre ellos en una actitud de total sometimiento y postración.

—Ahora busca una capa y un chal —le dijo Jonathan a Jenny—. Voy a llevarte a casa de mi madre esta noche. La isla es insegura, está creciendo el río. —Le tocó la mejilla—. Creo que, después de todo, he venido por ti.

—Sí, por supuesto —dijo Jenny dirigiéndose a la escalinata. Se detuvo al llegar donde estaba Harald y vaciló—. Ven con nosotros, Harald —le dijo y, subiendo por la escalinata, desapareció en la oscuridad. Se prepararía para marchar y diría a los sirvientes que se fueran también.

Jonathan habló a su hermano, que seguía con la cabeza inclinada.

—Hemos vivido los dos en una especie de estúpida confusión. Siempre creí que mamá te prefería a ti, y os odiaba a los dos por eso. Siempre supe cómo era papá. Recuerda que te dije que no lo tomaras en serio.

—Lo recuerdo —dijo Harald con voz apagada.

—No creo —dijo Jonathan— que los Ferrier hayan sido hombres decididamente inteligentes.

—Habla sólo por ti, Jon —dijo Harald desde la profundo de sus brazos, en los

que tenía apoyada la cara.

Por primera vez Jonathan sonrió con una sonrisa agria. Miró el látigo que aún tenía en la mano y lo arrojó a través del vestíbulo. Fue a estrellarse contra una armadura, a la que hizo bambolearse, y luego cayó al suelo.

—No creo que te hubiera matado —dijo Jonathan a su hermano.

Harald levantó la cabeza y Jonathan le vio desolado y agobiado.

—Oh —dijo Harald—. Estoy seguro de que lo habrías hecho de no ser por Jenny. —Se tocó la mejilla e hizo una mueca a la vista de la sangre—. ¿O preferirías llamar a esto una palmadita amorosa?

Jonathan se sentó en un sillón heráldico y en el vestíbulo no se escuchó otro ruido que los rugidos del viento, el agua y los truenos, mientras esperaba a Jenny. No se miraron ni hablaron una palabra. Cuando el relámpago iluminó la escena, lo único que se vio fueron dos caras vueltas hacia lados distintos.

## Capítulo 38

Robert entró en el dormitorio de Marjorie Ferrier, donde era solícitamente atendida por dos vivaces enfermeras jóvenes de Sta. Hilda. Los ojos de Marjorie, aunque estaba apoyada muy erguida sobre las almohadas apiladas a su espalda, sólo miraban hacia la puerta. Cuando entró Robert le interrogaron muy alertas, aunque no podía hablar. Él le sonrió y las muchachas le miraron amorosamente.

—El bote de rescate —dijo él tomándola de la débil muñeca que casi no tenía pulso— fue a buscarlos a la isla, según acabo de oír. Van a desembarcar por este lado. Se lo he dicho, no tenía por qué preocuparse señora Ferrier.

Sus labios blancos formaron una palabra: «¿Ambos?».

—Tres, y los dos sirvientes —dijo él asintiendo con la cabeza—. Los que los rescataron han hecho la señal de cinco personas, de modo que presumo que eso es todo.

Los ojos de Marjorie se llenaron de lágrimas y Robert le acarició la muñeca mirándola a los ojos.

Le había llamado la criada que había encontrado a Marjorie inconsciente, tendida en el suelo del dormitorio de Jonathan. La muchacha había oído el tormentoso altercado, luego la puerta principal que se estrellaba y después el silencio sólo quebrado por el rugir del trueno. Había ido discretamente a investigar y luego informó histéricamente a la cocinera, quien de inmediato llamó a Robert a su casa, pues aquel día no había ido al consultorio y no había podido visitar más que un solo hospital. Robert vio que Marjorie estaba demasiado enferma para trasladarla, que su debilitado corazón había sufrido un ataque casi mortal y que probablemente moriría muy pronto. Fue Robert quien mandó a buscar al padre McNulty y a las enfermeras. El sacerdote estaba ahora en la salita de estar, oyendo ansiosamente la tormenta y esperando noticias de la gente de la isla.

Fue Robert quien se enteró por Marjorie que Jonathan había salido enloquecido de su casa, amenazando con matar a su hermano, comprendió que si no encontraba alivio muy pronto su muerte no tardaría en producirse. Había hecho todo cuanto estaba en sus manos. Por medio de la policía de los muelles, había puesto sobre aviso a los hombres que se ocuparon, durante las veinticuatro horas que duró la tormenta, de rescatar a la gente que vivía en las zonas bajas del río y en las dos islas de la parte alta. Los policías, aunque estaban sobrecargados de trabajo y no habían podido pegar un ojo, prometieron llamar a Robert cuando la embarcación hiciera señales de haber salvado a los que estaban en Heart's Ease, además de proporcionarles medios de transporte para que llegaran a la casa de los Ferrier o a cualquier otra parte.

—Pronto estarán aquí —dijo Robert con los ojos enrojecidos de cansancio. Se había ocupado de los heridos desde la medianoche anterior y ya faltaba poco para la

otra.

Marjorie estaba demasiado agotada para poder hablar y sólo pudo dar las gracias a Robert con la mirada. Dejó caer los párpados y su cabeza rodó sobre la almohada. Robert le tomaba el pulso presionando levemente la muñeca con los dedos y contaba con gesto ceñudo. Si se moría antes de que llegaran sus hijos, sería culpa de Jonathan, que se lo tendría bien merecido. Bueno... el condenado idiota también tenía sus agravios, y todos ellos eran graves y merecían reparación, solamente un botarate podría negar la verdad. Pero haber sacudido a su madre de aquella forma, diciéndole lo que se proponía hacer, era imperdonable. Por un momento Robert alimentó la esperanza de que Harald Ferrier hubiera sido capaz de defenderse eficazmente de su hermano, tan eficazmente que pudiera hasta haberlo herido. «La violencia tiene que ser contrarrestada con la violencia», pensó Robert, «y la fuerza con la fuerza. Las fantasías alejadas de la realidad están fuera de lugar en ciertas circunstancias».

Marjorie parecía haberse quedado dormida y Robert le soltó suavemente la muñeca dando un suspiro. Echó una mirada por el dormitorio con su mobiliario francés, sus paredes pintadas de azul pálido y las cortinas verde oliva, las livianas alfombras orientales color oro, las sillas azules y oro, las mesas lustrosas, los cristales y la platería, la débil fragancia de especias y de rosas. Era una habitación primorosa, la habitación de una gran dama de buen gusto, delicadeza y mundanidad. Robert recordó a su madre, la menos mundana de las personas y la más desprovista de gusto, lo que le provocaba una enorme compasión por ella. No sintió ningún resentimiento contra ella por haber destruido su hermosa casa. Después de todo, era vieja y no tenía nada de la mundanidad de Marjorie Ferrier.

Ya no podrían tardar en llegar. Robert bajó a la salita de estar.

El joven sacerdote estaba tan agotado como él, pues también había trabajado sin dormir, consolando a los heridos y ayudando a buscar a los desaparecidos. Levantó la vista cuando entró Robert, esperanzado aunque con temor.

—Está pasando las suyas, pero eso es todo lo que puedo decir. Desearía que llegaran pronto.

—También yo —dijo el sacerdote suspirando—. ¡Ese Jonathan! Le tengo mucha lástima. Si su madre muere sin que él haya podido verla, nunca se perdonará a sí mismo. Puede ser más duro consigo mismo que el peor de sus enemigos, como ha probado una vez y otra durante este último año. Si su madre muere... se destruirá a sí mismo.

—Casi desearía que lo hiciera —dijo Robert pensando en la mujer que agonizaba arriba.

El sacerdote sonrió con tristeza y la luz de la lámpara destacó el brillo de sus ojos.

—No, usted no lo desea, doctor. Si Jon es un enemigo implacable, también es un amigo humano. Lo ha sido con usted como usted mismo ha confesado. He sabido que



sintió afecto por usted desde el principio y por eso le vendió su consultorio por la mitad de lo que otros le ofrecían. Sólo Jon podía hacer una cosa como ésa y, sin embargo, tiene fama de ser tacaño.

Robert levantó las cejas con escepticismo. Su bigote no parecía tan espeso y vistoso como de costumbre. Se sentó.

—Tal vez tenga razón, padre —dijo después de pensarlo unos instantes—. He visto cómo trataba a muchos de sus pacientes. Los niños y los viejos le quieren. Es duro con los embusteros y hace bromas pesadas a otros. Pero los enfermos le respetan y le tienen confianza. Supongo que eso es lo más importante.

—Es sumamente importante, doctor. Jon sabe cómo hay que tratar a los enfermos, y nunca ha aprendido a tratar a los que están bien. Los indefensos le llegan al corazón, pero es implacable con sus iguales. He pensado muchas veces que es el verdadero hombre del Renacimiento, romántico, poético y apasionado, que está fuera de lugar en esta época oscura y utilitaria, características éstas que seguramente habrán de ser más notorias en un futuro cercano. La industria y la tecnología proporcionarán al hombre muchas más comodidades que las que ha tenido en épocas pasadas, pero le oscurecerán el alma. Hemos hablado de eso en Roma hace apenas un año. Bueno ¡Jon va a tener que ponerse de acuerdo con esta era, porque me parece que no va a ser ella la que se ponga de acuerdo con él!

—No puedo imaginarme a Jon transigiendo con nadie, y menos aún consigo mismo —dijo Robert torciendo la cara.

Los dos hombres prestaron oídos a la tormenta.

—Creo que amaina —dijo Robert casi riéndose—. ¿Le he contado, padre, lo que he visto que hacía Jon esta mañana? Ayudaba al jardinero a reparar los daños que habían sufrido el césped y los arbustos, apartaban las ramas de los árboles en amigable compañía. ¡Sin embargo, pocas horas después ha salido dando gritos, dispuesto a matar a su hermano! ¡Qué falta de control de sí mismo!

Robert lanzó un suspiro y se preguntó cómo habría reaccionado Jonathan ante una situación igual: amar a una mujer que no le quisiera y que le rechazara por otro. Probablemente haría una carnicería con el hombre y se llevaría a la mujer por la fuerza. «Yo no me cruzaría en su camino», pensó Robert. Se acordó de Jenny y se encogió molesto en su silla. Si se casaba con Jonathan, su vida sería muy agitada, pero difícilmente tendría descanso, ni paz y tranquilidad. Pero Jenny era una muchacha de carácter. Aprendería a gritar más que Jon y le controlaría. Robert tenía serias dudas y su ansiedad por Jenny le hizo sentirse débil y desolado.

—Vine a Hambleton sólo unos pocos meses antes de que muriera la esposa de Jon —dijo el padre McNulty—. Nunca conocí personalmente a la joven señora Ferrier, pero la vi por el pueblo en su coche. Era lo que los hombres mayores y los poetas llaman «un sueño de mujer rubia». Pensé que era muy apropiada, por lo menos

en apariencia, para Jon: alegre, efervescente y hermosa. Nunca se sabe si alguien hubiera parecido menos amenazada por la tragedia, ésa hubiera sido la joven señora Ferrier.

—Se casará con Jenny —dijo Robert con voz apagada. El sacerdote hizo un gesto de asentimiento.

—Así me lo informó su madre hace apenas unas pocas semanas, antes de que él mismo lo supiera. —Miró fijamente a Robert—. Que gente más agradable son los Kitchener, ¿verdad?, y una muchacha adorable, la señorita Kitchener.

—Sí —dijo Robert con indiferencia.

La noche anterior tenía que ir con su madre a cenar a casa de los Kitchener, pero se interpuso la tormenta. De repente vio los hermosos ojos de Maude, sus rizos castaños y escuchó su voz dulce y tímida. Era muy distinta de Jenny. Jenny era una tormenta en azul, negro y blanco pese a su aparente timidez y recato. Jenny era fuerte, pero Maude no lo era en absoluto, y de repente el tierno corazón de Robert se sintió atraído por ella. Los fuertes pueden ser duros y atemorizantes.

El sacerdote se aclaró la garganta.

—Acaban de contarme en Sta. Hilda —dijo— que el viejo Witherby murió anoche en su cama.

—También a mí —dijo Robert sonriendo—. Probablemente Jon envíe a la viuda sus plácemes junto con una canasta de las flores más caras.

—Sí. Sería propio de él. Jonas debía ser un viejo temible, según he oído decir y he podido comprobar por mí mismo, además de lo que trató de hacer a Jon.

—Era un corrompido —dijo Robert— con toda la apariencia de un santo.

—Mientras que Jon parece una versión romántica del Demonio. ¿Ha oído abrir una puerta?

Robert y el sacerdote se levantaron y se dirigieron al vestíbulo gris, que un candelabro iluminaba débilmente. Tres personas estaban ya allí, empapadas y goteando: Jenny, Jonathan y Harald Ferrier. Los tres estaban agotados y aturridos en apariencia. A Harald le corría por la cara la sangre que manaba de una herida muy larga que tenía en la mejilla. Miraron sin decir palabra al sacerdote y a Robert. Jenny se quitó el chal de la cabeza y lo agitó sin energía. Los hombres se sacudieron el agua de las manos y las cabezas descubiertas.

—¿Qué hay? —preguntó Jonathan mirándolos uno por uno.

—La señora Ferrier —dijo Robert y, sin poder evitarlo y con la brusquedad característica de Jonathan, agregó—, se está muriendo. Ha tenido un fuerte ataque al corazón.

Miró a Jonathan, a quien los ojos se le iban achicando. Harald soltó una interjección y Jenny dio un grito.

—Algo —continuó diciendo Robert, mirando a Jonathan fijamente a la cara— le

ha producido una impresión muy fuerte. Una de sus sirvientes la ha encontrado en el suelo del cuarto de arriba y me ha llamado hará unas tres horas o más, pero temo que no llegue viva a la mañana. Sería un milagro.

Jenny volvió a dar un grito apagado y se lanzó escaleras arriba, pero Jonathan la tomó por la muñeca y la sujetó.

—No importa, Jenny —le dijo con voz perentoria y preguntó volviéndose hacia el sacerdote—. ¿Es cierto eso?

—Me temo que sí, Jon —dijo con lástima.

—¡Tú le has hecho eso! —gritó Harald a su hermano, echando fuego por los ojos—. ¡Tú la has matado! La herida del rostro comenzó a sangrar de nuevo y unas gotas le cayeron sobre el mentón. Tenía empapada la espesa cabellera, el rostro contraído y mostraba un gran sufrimiento.

—¡Cállate! —dijo Jonathan volviéndose hacia Harald con expresión tan feroz que éste retrocedió. Luego miró a Robert—. ¡Rápido! ¿Qué le ha hecho?

Robert se lo dijo y Jonathan escuchó atentamente.

—Está bien —dijo—. Ahora la veré yo mismo.

—Me parece —dijo Robert— que quiere ver a sus dos hijos tan pronto como sea posible. Quiere estar segura de que están a salvo. *Los dos*.

Miró a Jonathan directamente a los ojos.

—Voy a llevarles con ella, pero creo que sería mejor que tuvieran un aspecto menos desastroso. No queremos que tenga otra impresión, parece como si les hubieran sacado del fondo del río.

—Que es donde estaríamos ahora de no ser por ustedes —dijo Harald, que casi había recuperado su característica cortesía—. La policía y los hombres del río nos lo han dicho.

—Dejemos nuestras hermosas expresiones de gratitud para después —dijo Jonathan soltando la muñeca de Jenny tan bruscamente como antes la había aferrado. Subió a saltos la escalera. Harald lo miró con una expresión desagradable.

—Dominante mi hermano ¿eh? —murmuró—. Lleno de todas las delicadezas propias de una conducta civilizada.

Jenny se sentó en el sofá de terciopelo que estaba contra la pared, se cubrió el rostro con las manos y Robert sintió deseos de acercársele y consolarla. Pero Harald la estaba mirando con disimulado gesto de amor.

—Jenny querida —le dijo—. Tengamos alguna esperanza, si podemos. Estás agotada y creo que deberías ir a alguno de los cuartos de huéspedes para descansar.

—Vamos a tomar café y unos refrescos en la salita de estar —dijo Robert—. La señora Ferrier está descansando. No hay ninguna urgencia inmediata. Tal vez usted, señor Ferrier, y la señorita Jenny, quieran cambiarse de ropas y reunirse con nosotros.

—Voy a tener que ponerme uno de sus condenados trajes funerarios —dijo

Harald tratando de que su voz sonara despreocupada y mirando todavía a Jenny—. Vimos que el agua subía demasiado y no hemos hecho ni una maleta, ¿no es así, Jenny? Tal vez una de las criadas encuentre algo para ponerte.

La muchacha temblaba. Dejó caer las manos y entonces se pudo ver su rostro blanco sin lágrimas y abrumado por la pena.

—Jon nunca se perdonará a sí mismo —dijo.

—Espero que no —dijo Harald, y dirigiéndose a Robert le dijo—, no me acercaré a él ni para pedirle un poco de ropa. ¿Tendría usted la amabilidad, doctor?

Robert comprendió la situación y miró la herida que Harald tenía en la mejilla.

—Es una herida bastante profunda, señor Ferrier. Busquemos un lugar en donde pueda curarle en seguida. —Y después de un instante de vacilación, agregó—: ¿Se ha caído?

Jenny miró a Harald con la fría castidad de sus ojos azules, pero éste contestó casi alegremente.

—No, claro que no. Es el amable método que ha empleado mi hermano para advertirme que en el futuro debo mantener las manos apartadas de lo que le pertenece. Parece que no le gustó la amabilidad que tuve para con su difunta esposa.

—¡Cómo te atreves a decir eso! —le dijo Jenny con su fuerte y clara voz—. ¡Sabes bien por qué lo ha hecho!

Harald le hizo una pequeña reverencia.

—Pero gracias a ti, Jenny, se ha detenido cuando estaba a punto de matarme. —Y haciendo un guiño a Robert agregó—: Llámelo un pequeño altercado fraternal, si le parece.

El padre McNulty, que había estado escuchando con bastante preocupación, dijo entonces.

—Señor Ferrier, sé que usted trata de conseguir que la situación no parezca tan grave, pero no puede decirse que la conducta de Jon haya sido... haya sido...

—¿Civilizada? —dijo Harald.

—¡Oh! —exclamó Jenny enrojeciendo súbitamente—. ¡Les das una impresión deliberadamente equivocada, Harald! ¡Tú sabes bien lo reprochable que ha sido tu conducta!

—Somos terribles, nosotros los Ferrier —dijo Harald mirándola sonriente a los ojos—. Me gustaría que tuvieras siempre presente eso, Jenny.

—Puedes estar seguro —dijo Jenny apretando la boca y echando hacia atrás la cabeza. Después se dio vuelta y subió rápidamente por la escalinata, dejando las aguas bien revueltas detrás suyo.

Los tres hombres se quedaron silenciosos hasta que oyeron que Jenny había llegado al vestíbulo del piso alto, entonces Harald dijo como hablando consigo mismo:

—Si no estuviera decidido a irme de este despreciable pueblucho, podría gozar del espectáculo de la inminente boda de mi hermano con Jenny. Jenny no se parece a Mavis en nada. En muchos sentidos se la puede comparar con Jon y no me refiero precisamente a los aspectos más agradables.

—Jonathan puede ser sanguinario —dijo Robert con aprensión—. Además, la señorita Jenny es una muchachita todavía y él es mucho mayor. Pero busquemos el cuarto de baño. Tengo mi maletín en la salita de estar y si quiere esperarme un momento iré a buscarlo.

Harald se quedó con el sacerdote y se enjugó la cara con su pañuelo mojado. El padre McNulty le prestó el suyo.

—Gracias, padre —dijo Harald con su encantadora cortesía—. Lamento que haya visto a los Ferrier en una actuación tan reprochable.

—Les he visto así desde hace tiempo —dijo el sacerdote con una leve sonrisa—. Pero no les he visto en misa ni en el confesionario.

—Oh, no podemos aspirar a la absolución, padre, se lo aseguro. Estamos lejos de poder aspirar a la absolución.

—Sólo Dios lo sabe, no ustedes.

Harald le sonrió, y en aquel momento Robert entró en el vestíbulo pero se quedó parado al pie de la escalinata y Harald se le acercó. Subieron juntos y, lanzando un suspiro, el sacerdote volvió a la salita de estar. La tormenta amainaba definitivamente. Se oían los últimos ecos del trueno en la montaña. La lluvia era sólo un murmullo y el viento sacudía a ráfagas las ventanas y las puertas.

Se encontraron frente a la puerta cerrada de la habitación de Marjorie. Jonathan y Harald cubiertos con batas de seda oscura y Jenny con un vestido de algodón que le había dado Mary. Parecía una niña grande con el pelo cayéndole sobre la espalda, mojada pero radiante, el vestido le venía corto y se le veían los finos tobillos y parte de sus torneadas piernas. No parecía preocuparse por su aspecto desgredado y sólo miraba a Robert muda y concentrada.

—Les haré pasar a ver a la señora Ferrier —le dijo Robert— y tal vez un poco más tarde pueda entrar usted también.

Jenny se rebeló, pero Jonathan trató de aplacarla.

—Hay que molestarla lo menos posible, Jenny, de modo que ten la amabilidad de ir abajo y espéranos.

Sus miradas se encontraron y chocaron, entonces Jenny se mordió rabiosamente el labio inferior, se echó atrás el pelo y bajó las escaleras pisando con fuerza.

—Una damita de espíritu fuerte, como le he dicho, doctor —murmuró Harald—. Esto se va a poner muy interesante.

La mejilla había sido cuidadosamente limpiada y la herida cubierta con una tira de esparadrapo.

Robert abrió la puerta con suavidad y entraron en la tranquila habitación iluminada por una lámpara. Marjorie estaba despierta de nuevo, y al ver a sus hijos le tembló la boca.

—Caín y Abel, señora Ferrier —dijo Robert— pero no puedo decirle cuál es cuál.

Jonathan se dirigió rápidamente hacia la cama y le tomó la muñeca sin mirarla a los ojos ni por un instante. Lo que notó le alarmó y le hizo brotar un poco de transpiración debajo del pelo oscuro. Hizo una seña imperiosa a Robert y éste le acercó el maletín, del que sacó un estetoscopio con manos muy firmes. Se inclinó sobre su madre y le auscultó el corazón, mientras ella levantaba muy lentamente una mano y se la apoyaba en la cabeza, pero mientras tanto miraba a Harald sonriéndole tiernamente, aunque se le fruncieron los labios cuando vio la herida.

—Adrenalina —dijo Jonathan.

Robert preparó la inyección y las enfermeras se juntaron a los pies de la cama. Entonces Jonathan hizo algo que Robert no se hubiera atrevido ni a probar: hundió la aguja en el pecho de su madre. Marjorie emitió un sollozo ahogado, se le cerraron espasmódicamente los ojos y sobre su cara agotada se extendió una sombra gris.

Jonathan se sentó en el borde de la cama. Miró por primera vez la cara de su madre, le tomó la muñeca y por un instante sus ojos se cerraron como si estuviera rezando (Robert lo dudaba). Harald se acercó a la cama por el otro lado, tomó la otra mano de su madre y quedó impresionado por lo fría y húmeda que la tenía. Por primera vez desde que era niño, sintió ganas de llorar. Con su mano caliente sostuvo la de Marjorie con fuerza. Pensó que sería imaginación suya, pero sintió que se la apretaba con una leve fuerza que él sabía que Marjorie no tenía. Se le llenaron los ojos de lágrimas y, arrodillándose lentamente al lado de la cama, apoyó sobre ella la frente.

—Morfina —dijo Jonathan—. Quince miligramos.

Dio la orden con voz fría y desapasionada, sin mirar a nadie más que su madre.

—Le he puesto la misma dosis hace pocas horas —dijo Robert.

Jonathan repitió la orden en el mismo tono y Robert, sonrojándose por la ofensa, obedeció. Marjorie empezaba a respirar rápidamente y Jonathan volvió a auscultarle el corazón. El color del rostro de la enferma se tornaba cadavérico. Tomó la aguja que Robert le alcanzaba sin siquiera mirarlo y la clavó inmediatamente en el brazo inmóvil.

—Bolsas de agua caliente —ordenó a las enfermeras.

—¿Piensa usted...? —empezó a decir Robert.

—Los médicos no piensan, actúan —le contestó Jonathan.

Las enfermeras salieron corriendo en busca de las botellas, mientras Robert hervía. Luego se oyó una frase repetida con monotonía: «*Cristo, ten piedad. Señor, ten piedad*». La pronunciaba Harald, con la cara hundida sobre la cama, pero vio algo

que lo alarmó más: Jonathan miraba a su hermano con gesto amargo y cargado de amenaza, como si le hubieran insultado mortalmente. Sin embargo Harald, angustiado, no cesaba en su plegaria y Jonathan no le dijo nada. Lo único que se oía en la habitación era el murmullo de Harald, la agitada respiración de Marjorie y el viento que soplaba afuera.

Volvieron las enfermeras con las bolsas calientes envueltas en toallas. Jonathan tiró de las sábanas y Robert vio los pies de Marjorie, blancos y fríos como el mármol. Jonathan apoyó contra ellos las bolsas y luego volvió a cubrir el largo y delgado cuerpo de su madre, reanudando su observación. Marjorie empezó a suspirar repetidamente, profundamente, moviendo la cabeza.

—¡Madre! —dijo Jonathan—. Te pondrás bien. ¿Me escuchas, querida? Estamos aquí contigo. No te abandonaré, madre.

—Oh, Jon —murmuró ella desde la profundidad de su dolor—. Oh, Harald.

Marjorie se soltó la muñeca que Jon le tenía cogida y le tomó la mano, mientras que con la otra acariciaba la cabeza de Harald.

—Perdóname, madre —dijo éste con la voz ahogada.

—Oh, querido mío —le contestó ella.

—Lo siento —dijo Jonathan—. Créeme, querida, lo siento mucho.

Marjorie sonrió con una sonrisa hermosa y apacible y abrió sus ojos claros y tiernos.

—Soy muy feliz —dijo—. Hacía muchos años que no era tan feliz.

En aquel momento su boca no tenía ni el más leve asomo de dolor. Cerró los ojos y quedó dormida.

—Ninguno de ustedes dos merece una madre como ésa —dijo Robert volviéndose y saliendo de la habitación.

Los ojos de los dos hermanos se encontraron, cautelosos y fríos.

—Espero que te quede la cicatriz para el resto de tu vida —dijo Jonathan, mostrando una sonrisa que apenas le levantaba las comisuras de los labios.

—Y espero que Jenny te asesine —le contestó Harald.

Era ya medianoche cuando Jonathan bajó a la salita de estar. Harald, Robert Morgan y Jenny estaban con Marjorie.

—Hay motivos para tener esperanzas —dijo Jonathan al padre McNulty—. El corazón está más fuerte y ella duerme. Dentro de unas horas podré saberlo mejor. Si se reanima, como espero, tendrá que quedarse en cama varios meses.

Se dejó caer sobre una silla y el sacerdote le sirvió una taza de café, que Jonathan bebió. Parecía haber envejecido mucho y estar a punto de derrumbarse.

—Pero será un milagro —dijo como para sí mismo.

—Dios hace milagros frecuentemente —dijo el sacerdote.

Las espesas cejas de Jonathan se contrajeron.

—Tales como salvarlos a todos ustedes —agregó el sacerdote— e impedir un asesinato fratricida.

—Lo que todavía lamento —dijo Jonathan.

—Sírvese una rosquilla —dijo el sacerdote alcanzándole el plato. Jonathan tomó una y se puso a masticarla, sin dejar de fruncir las cejas.

—Usted y su hermano forman una pareja admirable —dijo el padre McNulty, mordiendo una galleta—. No sé a cuál de los dos admirar más. Según me han dicho, su padre era muy amable, y su madre es notable en muchas cosas. Es extraño que hayan tenido semejantes hijos.

—Déjese de homilías, padre, y vuelva a llenarme la taza. La agradable habitación era cálida y brillante. El viento se había convertido en un suave susurro.

—Supongo —dijo el sacerdote— que Hambleton no se verá privado de su talento, después de todo.

—No he pensado en eso.

—Sí que lo ha pensado. ¿Qué va a hacer con el doctor Morgan?

—Cuando llegue el momento lo pensaré.

—¿Puedo felicitarle por su próxima boda?

Jonathan levantó rápidamente la vista.

—¿Jenny?

—¿Quién si no?

—Sobra tiempo para eso.

—Claro que sí. Lo siento por ella.

Jonathan soltó una breve carcajada.

—Puede que tal vez sea dentro de una o dos semanas.

Comieron y bebieron haciendo un breve silencio.

—No tome lo que voy a decirle como una homilía —dijo el sacerdote—. Estoy muy cansado y tengo que irme a casa, de modo que seré breve. Siempre me ha dicho que las opiniones de los demás le dejan completamente indiferente, pero, por el contrario, ha sido exageradamente sensible a ellas. No tuvo fortaleza suficiente para desafiar la opinión local, al menos en su mente. Un hombre de valor no tendría que haberse sentido tan extremadamente perturbado por la hostilidad que encontró aquí, después del juicio. Debería haber comprendido la naturaleza humana y no responder con la violencia con que respondió usted. No hubiera planeado dejar el pueblo. Tendría que haber presentado una cara tranquila frente a un amigo o un enemigo como ése, tratando a ambos racionalmente, seguro de sí mismo y de su inocencia. Y, finalmente, el pueblo hubiera entrado en razón.

El sacerdote hizo una pausa y Jonathan no dijo nada. Entonces siguió hablando.

—Es ridículo exigir que otros nos entiendan y conozcan la verdad sobre nosotros. ¿Cómo es posible tal cosa? Sólo podemos comportarnos lo mejor que podamos, con



constante paciencia y con reservas interiores, sabiendo que nosotros tampoco comprendemos a los demás Jon, usted tiene que cultivar esa serenidad y desapego mental que, a la vez que le mantenga en un amable contacto con sus semejantes, le haga menos vulnerable a ellos y a la opinión que tengan de usted. Se ha enredado demasiado con los demás, tanto en el amor como en el odio, y eso es pueril e inmaduro. Un hombre juicioso es moderado en todas las cosas, particularmente en sus relaciones con los que lo rodean. Eso requiere valor pero proporciona tranquilidad espiritual.

Jonathan inclinó la cabeza y el cura se sintió entusiasmado, pues se dio cuenta de que estaba reflexionando.

—No está en mi naturaleza ser tibio —dijo de pronto Jonathan.

—Pero puede practicar la contención externa, el equilibrio y la firmeza.

—Y tener úlceras.

—Y evitarse líos. La raza humana es muy valerosa y fuerte, Jon. Es tímida, cada día se hace más tímida. Es valerosa solamente cuando actúa en grupo. Individualmente el hombre es solitario, desorientado y débil. Se asusta cuando se le exige que tenga valor, pone en peligro la poca seguridad que posee. ¡Y qué inseguro es el hombre, que Dios le ayude! Sospecha que fuera de su pequeña vida hay fuerzas tremendas y terroríficas, de modo que crea un ritual de cantos mágicos para aplacar el terror, exactamente igual que lo hicieron sus antepasados. Sin embargo, como cantan nuestros hermanos luteranos en el más noble de sus himnos: «*¡Poderosa fortaleza es nuestro Dios!*».

Se levantó y miró gravemente a Jonathan.

—Un hombre que confíe en el hombre, que crea que el hombre lo es todo, que crea que el hombre es capaz de levantarse por su propio esfuerzo y alcanzar la virtud y la perfección por sí mismo, debe ser compadecido. Su ignorancia, su patética vanidad, tiene que hacer llorar a los ángeles. Peor aún, sus semejantes le enseñarán inevitablemente muchas lecciones rudas y dolorosas. De modo que abandonará a sus semejantes o llegará a odiarlos y despreciarlos. Las dos cosas son malas.

—En algún rincón del nido de su homilía, Frank, puede haber un huevo de verdad. Le voy a dedicar un pensamiento —dijo Jonathan.

—Dedíquele muchísimos pensamientos, Jon —replicó el sacerdote.

—Nunca lo he contado —dijo Jonathan—. Cuando tenía diecisiete años ya había decidido ser médico. Martin Eaton fue quien me estimuló. Comenzó a llevarme a los hospitales y me permitía quedarme en su consultorio cuando atendía a los pacientes. Yo estaba, entonces, lleno de Dios, de arrobamientos y todo lo demás, pese a algunas sacudidas que había recibido cuando era más joven. Iba a ser otro San Lucas. Luego, al ir con Martin en sus recorridos... *vi el dolor*. Un dolor insensible, feo, sanguinario, devastador, sin esperanza. Sin sentido. ¡No me venga ahora con el Pecado Original!

VI EL DOLOR. Lo vi especialmente en niños de muy corta edad, en gente vieja y muy buena que no había cometido nunca, seguramente, lo que usted llamaría un pecado mortal. Vi un dolor sin esperanza. Entonces fue cuando perdí, cuando decidí...

—¿Que un Dios que permitía un dolor humano como aquél, o bien no existía o era peor que el más malvado de los hombres?

—Así es, Frank.

—Jon, le voy a dar un pequeño consejo. Estoy seguro que hay una Biblia en esta casa. Búsquela y lea el *Libro de Job*.

## Capítulo 39

Los días que siguieron, la casa de los Ferrier se llenó de flores y regalos para Marjorie, de cartas con alegres felicitaciones para Jonathan, que decían además:

*Nuestro querido senador, Kenton Champion, ha probado, fuera de toda sombra de duda, que usted era inocente, como la mayoría de nosotros creímos desde el principio. No nos abandone ahora. Le necesitamos. Lo hemos necesitado siempre.*

Apenas una semana antes, Jonathan habría leído aquellas cartas con rabia y disgusto. Habría contestado a los autores con desprecio y observaciones picantes. Pero ahora, después de sus primeras reacciones airadas, se reía casi con indulgencia.

—Creen a Champion —decía a algunos de sus amigos—. Champion, que ha sido siempre un mentiroso y charlatán, y nunca me han creído a mí, aunque no miento. Esta situación tiene algo de irónica, pero nunca me han gustado las bromas pesadas, vengan del hombre o de Dios. El humor de esta especie, humano u olímpico, solía descomponerme. Eso quizá se deba a que nunca he apreciado lo grosero ni lo burlesco.

—Bueno, Jon —dijo Louis Hedler—. Todo está bien cuando todo termina bien.

—Nada termina bien —dijo Jon—. Soy pesimista confeso. —Miró a Louis con cinismo y agregó—: Permíteme que te felicite, Louis, por una gran comedia. No me gusta el espectáculo de payasos haciendo de abogados. Para mí la verdad tiene que tener cierta dignidad, ¿o vuelvo a ser ingenuo?

—Depende del punto de vista —contestó Louis Hedler—. A propósito: ¿tengo razón al creer que aceptarás el puesto de jefe de cirugía en Sta. Hilda?

—¿Hablabas en serio?

—Naturalmente, muchacho, aunque tengo mis dudas sobre la forma como tratarás a los otros cirujanos. ¿Con un poco de brutalidad, supongo?

—No si demuestran ser hombres competentes. El paciente es más importante.

Louis suspiró.

—Te sorprendería ver lo competentes que son a veces esos «burros» y cómo se equivocan los científicos. Pero usa tu propio criterio, Jon, aunque espero que no haya incineraciones públicas.

Hambledon perdonó emocionalmente a Jonathan los crímenes que nunca había cometido y así se perdonó a sí mismo. Estaba dispuesto a aceptarle en su seno y fue necesaria toda la diplomacia de Louis Hedler y las admoniciones del padre McNulty para evitar que Jonathan diera a veces contestaciones explosivas.

—Humor, humor, Jon —le decía el sacerdote—. Si a un hombre le falta el sentido de la proporción y el humor interior, es un bárbaro. Tiene que sentir siempre un poco de piedad, aun cuando le hagan daño. Fíjese en el joven Francis Campion, por ejemplo. Tiene muchísimo que perdonar a su padre, pero ahora se ha ido con él a Washington por algunos días. Le han fotografiado juntos en una pose muy amistosa. Francis también ha tenido que hacer ciertas concesiones. Volverá a su seminario y creo que usted debería sentirse orgulloso por la parte que tuvo en eso.

—¡Concesiones! —exclamó Jonathan.

—La vida no es ni de lejos tan simple como usted ha creído siempre, Jon —dijo el sacerdote—. Requiere un gran caudal de valor y fortaleza.

Marjorie había superado el peligro y para aquel entonces el caso de Jonathan había perdido todo interés para el pueblo, pues el presidente McKinley sucumbió a las heridas de Buffalo y el vicepresidente Roosevelt tomó la presidencia.

—Ahora tenemos a Teddy —dijo Jonathan al sacerdote— con todas sus exuberantes ideas y sus filosofías radicales. —Los ojos volvieron a iluminársele con la luz de la batalla—. El futuro se ha cargado de presagios. Creo que tendré que intervenir quiera o no, pues voy a tener hijos.

Harald se había retirado diplomáticamente de la casa de su madre y se había instalado en el Hotel Quaker. No podía soportar ver a Jenny con su hermano y tampoco podía volver a la isla, pues el piso bajo del «castillo» estaba lleno de barro y de agua. Sus abogados convinieron que su ausencia no podía ser considerada como violatoria de las condiciones del testamento de su difunta esposa.

Jenny contó a Jonathan lo del contrato proyectado entre ella y su hermano... Jonathan le insistía para que se casaran inmediatamente, pero Jenny observó firmemente que: *«todavía no había pasado un año, y no era decoroso»*. Entonces Jonathan le había dicho sonriendo:

—Querida niña, eres todavía menor y no tendrás veintiún años hasta diciembre. No puedes firmar ningún contrato que tenga validez. ¿No te lo ha dicho nadie? Pero si te casas pronto conmigo, seré designado tu tutor y puedo firmar contratos en tu nombre.

—Eres tú, Jon, quien necesita tutor, no yo —replicó Jenny.

—Bien. ¿Qué decides? ¿Libramos a Harald de Hambleton y le mandamos a recorrer su alegre camino, o le encarcelamos aquí hasta diciembre, cuando seas mayor de edad? No hay otra salida. Se me hace difícil estar contigo bajo el mismo techo, mi amor, y no en tu cama. ¿O tendrás la amabilidad de dejar tu puerta abierta alguna noche?

—Muy bien —dijo Jenny ruborizándose— me casaré contigo el 30 de septiembre. —Se detuvo y titubeó—. ¿Qué pensará la gente?

—Al diablo lo que piensen, Jenny. Tenemos que vivir nuestras propias vidas.

Jenny ayudaba a las enfermeras que atendían a Marjorie.

—Querida —le dijo Marjorie en una ocasión— pronto voy a tener una hija. Siempre te he querido, como a una hija. Solía observarte cuando eras una niña y envidiaba a tu madre. Es mejor que tengas hijas, Jenny. Son más cariñosas con sus madres. No hay hombre que haya comprendido jamás a ninguna mujer, pero las mujeres intuyen lo que pasa en el interior de los hombres. Las madres y las hijas pueden reírse juntas de las cosas irracionales e imprevisibles que pueden hacer los maridos, los hijos y los padres. Pero nunca debemos permitir que nuestras risas sean demasiado visibles. Los hombres son criaturas muy frágiles y sensibles.

—Y sumamente peligrosas —dijo Jenny—. A veces pienso que no debería casarme.

Sus ojos azules tenían una mirada sensata y parecía tan inocente en su sabiduría que hasta Marjorie sentía ganas de llorar.

—Alguien tiene que casarse con ellos —dijo Marjorie—. De otro modo, volverán pronto a las cavernas.

Jenny había sugerido a Jonathan la idea de convertir la isla en museo, como él mismo había propuesto en una ocasión con su forma brutal de hacer bromas.

—Y será mantenido con el dinero de los Heger —agregó Jenny—. Hay tantos tesoros allí. Además, será un buen sustituto para los que no tienen esperanzas de ver un auténtico castillo en Europa. Añadiremos más tesoros y tendremos guardias y guías.

La isla había perdido todo significado para ella, pues ya no era un refugio como había sido en otro tiempo. A menudo pensaba por qué habría sido así.

Jonathan consideró cuánto les costaría.

—Creo que un pabellón grande para tuberculosos en Sta. Hilda y otro pabellón para el estudio del cáncer en el Friend's serían más prácticos.

—Tengo suficiente dinero para todo —dijo Jenny haciendo un gesto ampuloso.

—¿Después de lo que se lleva Harald?

—Jon, no seas mercenario. Podemos hacerlo todo. ¿Para qué sirve el dinero, sino para usarlo?

—Jenny, cuando me miras con esa inocencia casi me convences.

—La gente necesita medicinas tanto para el alma como para el cuerpo, Jon.

Jonathan la besó ardientemente.

—¿No quieres socorrer mi alma esta noche?

—El 30 de septiembre —contestó ella—. Ni un día antes. Creo que debemos avisar al padre McNulty.

Jonathan tuvo varias charlas con Robert Morgan

—Voy a recuperar mi clientela, Bob. Usted puede ser socio mío, si puede aguantar quedarse en Hambledon.

—No sé —dijo el joven Robert—. Le devolveré su clientela, ya que evidentemente piensa quedarse aquí —agregó con una expresión dolorida.

—Bob, usted es joven —repuso Jonathan— y como le he dicho a menudo: «*Los hombres han muerto y se los han comido los gusanos...*».

—«... *pero no por amor*». Sí, es su frase favorita, ¿verdad? Pero me parece que no toma en serio ni una palabra. Llegó a la isla como una tromba para matar a su hermano, según he sabido, pero si Jenny no hubiera estado allí, usted no se habría vuelto loco ni habría llegado prácticamente nadando en medio del huracán.

—Oiga, Bob, vayamos al grano. ¿Quiere ser mi socio? Actúe, por favor.

Robert se sentía completamente incómodo.

—No tengo por qué actuar —dijo— y espero que usted tampoco. Bueno, me quedaré y seré su socio, si usted me acepta. Sólo espero que no terminemos asesinándonos algún día.

Era una fresca noche de septiembre y el padre McNulty estaba en el confesionario de la iglesia de St. Leo. Estaba allí hacía más de dos horas, escuchando con triste compasión las interminables repeticiones del error humano, el pecado, la falibilidad y la arrogancia. Era joven, pero se sentía tan viejo como la muerte y la vida. También se sentía hambriento y acalambrado.

Alguien entró en el confesionario y se arrodilló, el sacerdote esperó. El penitente estaba silencioso. El padre McNulty vio una cabeza grande y oscura que le resultó conocida a través de la reja, luego, con creciente regocijo y asombro, escuchó una voz familiar.

—*Bendígame, padre, porque he pecado...*

El sacerdote lanzó un suspiro.

—Ya era hora... —dijo, y se preparó a escuchar. Estaba seguro de que el penitente creía tener una historia notable para contar, pero era tan vieja como el hombre, tan vieja como las mismas estrellas.

FIN



JANET MIRIAM HOLLAND TAYLOR CALDWELL (Manchester, Inglaterra, 1900 - Connecticut, Estados Unidos, 1985). Fue una polémica pero exitosa escritora, también conocida por sus seudónimos: Marcus Holland, Max Reiner y Jess Stearn.

Durante su vida escribió más de treinta novelas de distintos géneros que en su época fueron superventas aun cuando su trabajo fue ignorado y no fue publicado hasta que ella tuvo treinta y ocho años. Sus obras cuentan la vida de familias por varias generaciones. El tema es la pugna entre el deseo de poder y dinero y los valores familiares y espirituales. En sus últimas obras cambió a la historia de personajes que surgen de la pobreza y alcanzan grandes fortunas, el «sueño americano». También escribió varias novelas de género histórico-religioso.

Se estima que Caldwell en vida vendió más treinta millones de libros. Obtuvo numerosos premios por su trabajo. Su vida privada estuvo marcada por la polémica. Se casó cuatro veces y tuvo dos hijas. La riqueza generada por la aceptación de sus obras finalmente la llevaron a tener una triste batalla legal con su hija mayor por la administración de su fortuna.

Entre sus títulos que alcanzaron gran popularidad destacan: *La tierra es del Señor* (1940), *El brazo y la oscuridad* (1943), *La familia Turnbull* (1943), *Este lado de la inocencia* (1946), *El abogado del diablo* (1952), *Médico de cuerpos y almas* (1958), *La columna de hierro* (1965), *Testimonio de dos hombres* (1968), *Capitanes y reyes* (1972), *Gloria y esplendor* (1974) y *Yo, Judas* (1977).

Solía decir que la naturaleza humana es inmutable, que nunca cambia. En 1976 le dijo a un entrevistador: «Nadie me ayudó. Nadie me regaló nada. Nadie me ha dejado nada. Todo lo que tengo, me lo gané».



# Notas

[1] «Double jeopardy» o «Doble perjuicio» es un principio legal que evita que una persona sea juzgada dos veces por un mismo delito. Aunque pueda recibir diferentes nombres, este principio está garantizado como un derecho constitucional en varios países, entre ellos: Canadá, México y Estados Unidos de Norteamérica. Previamente debió existir un juicio así como un veredicto, conforme a los procedimientos penales de cada país. Nota del editor digital. <<